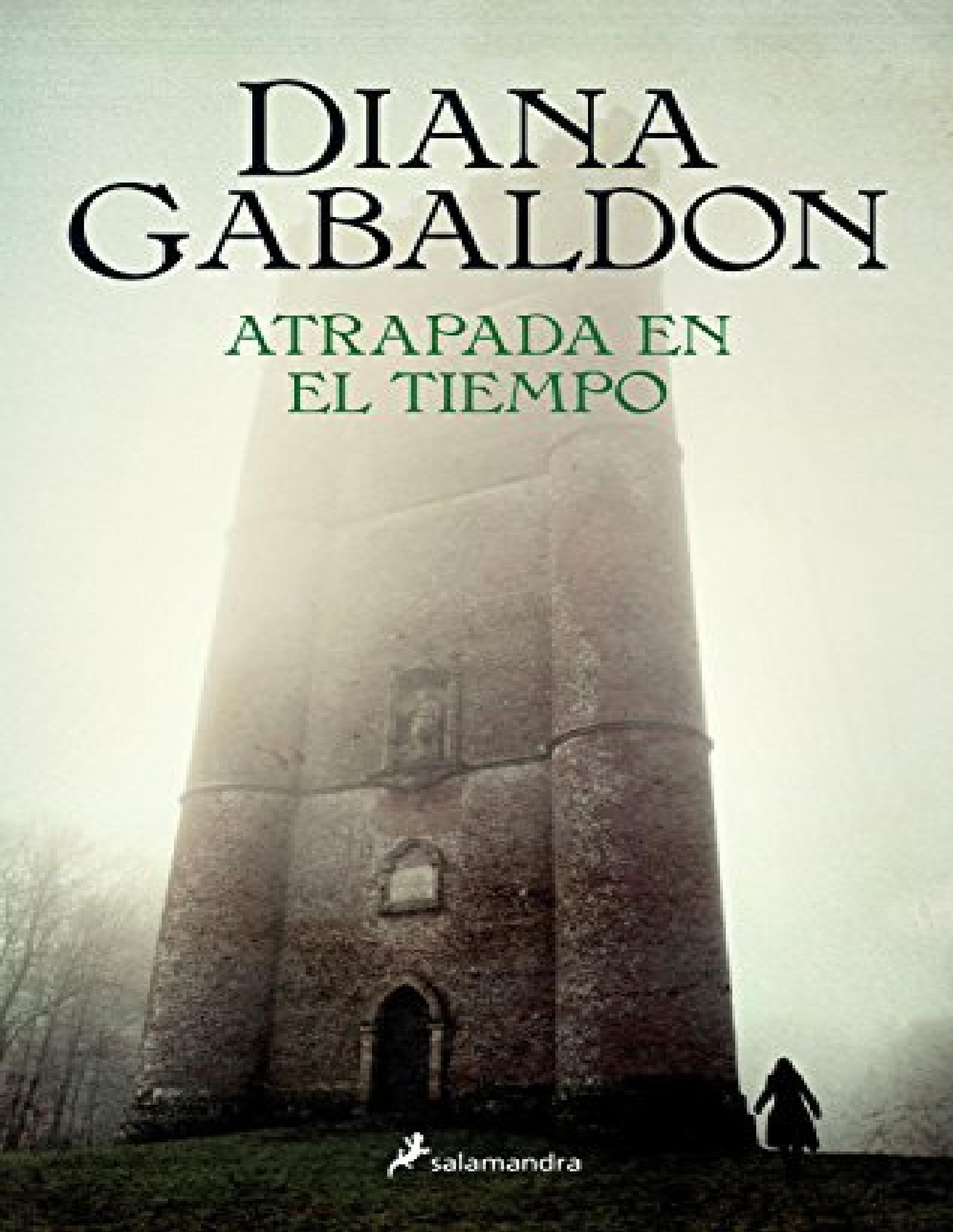


# DIANA GABALDON

ATRAPADA EN  
EL TIEMPO



# **PRIMERA PARTE**

*A través del espejo, oscuramente*  
*Inverness, 1968*

# 1

## *Pasando revista*

Roger Wakefield se sentía rodeado en el centro de la habitación. Pensó que la sensación se justificaba plenamente, pues estaba rodeado: por mesas cubiertas de antigüedades y recuerdos, por pesados muebles victorianos tapizados de terciopelo y adornados con tapetes de ganchillo y diminutas alfombras. Rodeado por doce habitaciones repletas de muebles, ropa y papeles. Y libros. ¡Dios mío, los libros!

Tres de las paredes del estudio estaban cubiertas por estanterías repletas. Había montones de novelas de misterio en ediciones de bolsillo, brillantes y baratas, volúmenes encuadernados en cuero, apretados junto a obras del club de lectores, antiguos tomos robados de bibliotecas desaparecidas y miles de panfletos, folletos y manuscritos.

Una situación similar prevalecía en el resto de la casa. Libros y papeles cubrían cualquier superficie y los armarios crujían, repletos. Su difunto padre adoptivo había tenido una vida plena y larga, diez años más de los setenta que prescribe la Biblia. Y en sus ochenta y tantos años, el reverendo Reginald Wakefield nunca había tirado nada.

Roger reprimió la tentación de salir corriendo por la puerta principal, saltar a su Mini Morris y regresar a Oxford, abandonando la rectoría y su contenido a merced del tiempo y los vándalos. «Tranquilízate —se dijo, respirando hondo—. Puedes solucionarlo. Los libros son lo más fácil; sólo es

cuestión de clasificarlos y llamar a alguien para que se los lleve. Claro que se necesitará un camión gigantesco, pero puede hacerse. La ropa no es problema. A una institución de caridad».

No sabía qué iba a hacer una institución de caridad con tantas sotanas negras de sarga de 1948, pero tal vez los pobres no fueran tan quisquillosos. Empezó a respirar mejor. Había pedido un mes de licencia en el Departamento de Historia de Oxford para ocuparse de las cosas del reverendo. Quizás eso bastara, después de todo. En sus momentos de mayor depresión había pensado que la tarea le llevaría años.

Se dirigió a una de las mesas y cogió un platito de porcelana. Estaba lleno de pequeños rectángulos de metal y unos distintivos de plomo que daban las parroquias a los mendigos en el siglo dieciocho como una suerte de identificación; en Escocia los llamaban *gaberlunzies*. Junto a la lámpara había una colección de botellas de cerámica y una caja de rapé en forma de caracol con un aro de plata. «¿Y si las donara a un museo?», pensó no muy convencido. La casa estaba llena de objetos jacobitas. El reverendo había sido aficionado a la historia; y el siglo dieciocho era su campo de investigación.

Sin querer se puso a acariciar la superficie de la caja de rapé, recorriendo las líneas negras de las inscripciones con los nombres y fechas de diáconos y tesoreros de la Organización de Sastres de la Canonjía de la Ciudad de Edimburgo, 1726. Quizá debería guardar algunas de las cosas del reverendo... pero se echó atrás, sacudiendo la cabeza con firmeza.

—Nada de eso, hombre —dijo en voz alta—. Sería una locura. —O en el mejor de los casos, el comienzo de una vida de rata—. Si empiezas a guardar cosas, terminarás quedándote con todo, viviendo en esta casa monstruosa, rodeado por siglos de basura... y hablando solo.

Al pensar en la basura recordó el garaje y se le aflojaron las rodillas. El reverendo, que de hecho era su tío abuelo, lo había adoptado a los cinco años, durante la Segunda Guerra Mundial, cuando su madre murió en un bombardeo y su padre en las negras aguas del canal de la Mancha. Con su fuerte instinto de conservación, el reverendo había guardado todos los efectos de sus padres, sellados en embalajes y cajas, en la parte posterior del garaje. Roger sabía que nadie los había abierto en los últimos veinte años.

Lanzó un quejido al pensar en tener que registrarlos.

—Dios mío —dijo en voz alta—. Cualquiera cosa menos eso.

No era un ruego, pero el timbre de la puerta sonó como si fuera una respuesta, haciendo que Roger se mordiera la lengua del susto.

La puerta de la rectoría se trababa cuando había humedad, es decir se trababa siempre. Roger la desatascó con esfuerzo antes de ver a la mujer en el umbral.

—¿En qué puedo servirle?

Era de estatura mediana, y muy guapa. Roger notó que era de huesos finos y que llevaba el pelo castaño recogido en un moño. En medio de todo, unos extraordinarios ojos claros color jerez añejo.

Los ojos lo recorrieron desde los zapatos hasta la cabeza, unos treinta centímetros más arriba que la de ella. La sonrisa se extendió.

—No me gusta empezar con una frase hecha —dijo—, pero ¡cómo ha crecido, Roger!

Roger sintió que se ruborizaba. La mujer rió y le tendió la mano.

—Es Roger, ¿verdad? Soy Claire Randall, una vieja amiga del reverendo. Pero no le veía desde que tenía cinco años.

—¿Dice que era amiga de mi padre? Entonces sabrá que él...

La sonrisa se desvaneció y dio paso a una expresión de pesar.

—Sí, lo sentí mucho cuando me enteré. El corazón, ¿no?

—Sí. Muy repentino. Acabo de llegar de Oxford para ocuparme de... todo. —Hizo un gesto indefinido que comprendía la muerte del reverendo, la casa y todo su contenido.

—Por lo que recuerdo de la biblioteca de su padre, la tarea le llevará hasta Navidad —observó Claire.

—En ese caso, no deberíamos molestarlo —dijo una suave voz con acento estadounidense.

—Ah, me olvidaba —dijo Claire—. Roger Wakefield: mi hija, Brianna.

Brianna Randall dio un paso adelante con una sonrisa tímida. Roger la observó un momento; se apartó y abrió la puerta preguntándose cuándo se había cambiado la camisa por última vez.

—De ninguna manera, de ninguna manera —dijo con sinceridad—. Necesito descansar. ¿No quieren pasar?

Las condujo hasta el estudio del reverendo. Además de atractiva, la hija

era una de las muchachas más altas que había visto. «Un metro ochenta por lo menos», pensó. Inconscientemente se enderezó hasta su metro noventa para superarla en estatura. Al entrar en el estudio, se agachó para no golpearse contra el dintel.

—Pensaba venir, antes —explicó Claire hundiéndose en el enorme sillón de orejas. La cuarta pared del estudio del reverendo tenía ventanales desde el suelo hasta el techo y la luz del sol hacía brillar la horquilla de perlas en su pelo castaño—. Tenía pensado venir el año pasado, pero hubo una emergencia en el hospital de Boston. Soy doctora —explicó, frunciendo un poco la boca ante la mirada de sorpresa de Roger—. Siento que no pudiéramos venir. Me habría gustado mucho volver a ver a su padre.

Roger se estaba preguntando por qué habrían ido, si sabían que el reverendo había muerto, pero le pareció descortés manifestarlo. Preguntó, en cambio:

—¿Están disfrutando del viaje?

—Sí, hemos venido en coche desde Londres —respondió Claire mientras dirigía una sonrisa a su hija—. Quería que Bree conociera esto. Al oírla hablar no lo creería, pero es tan inglesa como yo, aunque nunca ha vivido aquí.

—¿De veras? —Roger miró a Brianna. No parecía inglesa, pensó. Aparte de la estatura, tenía un pelo rojizo que llevaba suelto sobre los hombros, y su cara era angulosa con una nariz larga y recta, quizás más larga de lo aconsejable.

—Nací en los Estados Unidos —explicó Brianna—, pero tanto mamá como papá son... eran... ingleses.

—¿Eran?

—Mi marido murió hace dos años, —explicó Claire—. Creo que usted lo conoció. Frank Randall.

—¡Frank Randall! ¡Por supuesto! —Roger se dio un golpe en la frente y sintió que se ruborizaba—. Pensarán que soy tonto, pero acabo de darme cuenta de quiénes son.

El nombre lo explicaba todo. Frank Randall había sido un historiador eminente, muy amigo del reverendo. Intercambiaron información sobre los jacobitas durante años, aunque habían pasado más de diez desde la última vez

que Randall visitó la rectoría.

—¿De modo que están visitando los sitios históricos cercanos a Inverness? —preguntó Roger—. ¿Ya han estado en Culloden?

—Todavía no —respondió Brianna—. Pensábamos ir más adelante. —La sonrisa que acompañó su respuesta fue cortés, pero nada más.

—Haremos una excursión al lago Ness esta tarde —explicó Claire—. Y a lo mejor vamos hasta Fort William mañana, o damos una vuelta por Inverness. Ha crecido mucho desde la última vez que estuve allí.

—¿Cuándo fue? —Roger se preguntaba si debía ofrecerse como guía turístico. En realidad, no tenía tiempo, pero los Randall habían sido buenos amigos del reverendo. Además, un paseo en coche hasta Fort William con dos mujeres atractivas era una perspectiva más agradable que limpiar el garaje: la siguiente tarea en su lista.

—Ah, hace más de veinte años. Mucho tiempo. —Había una nota extraña en la voz de Claire que hizo que Roger la mirara, pero ella le devolvió la mirada con una sonrisa.

—Bien —dijo—, si hay algo que pueda hacer por ustedes mientras estén en las Tierras Altas...

Claire seguía sonriendo, pero su expresión había cambiado. Roger pensó que había estado esperando que le diera pie. Miró a Brianna, luego a él.

—Ya que lo menciona... —dijo, ampliando la sonrisa.

—¡Mamá! —exclamó Brianna, irguiéndose en la silla—. No querrás molestar al señor Wakefield. ¡Mira todo lo que tiene que hacer! —Con un ademán señaló el estudio, las cajas y las hileras de libros.

—¡No es ninguna molestia! —protestó Roger—. ¿De qué se trata?

Claire hizo callar a su hija con la mirada.

—No planeaba darle un golpe en la cabeza y sacarlo a rastras de aquí —dijo con cierta aspereza—. Pero quizá conozca a alguien que me pueda ayudar. Es un pequeño proyecto histórico —dijo—. Busco a alguien versado en la historia de los jacobitas del siglo dieciocho... Bonnie Prince Charlie y los demás.

Roger se inclinó hacia delante, interesado.

—¿En los jacobitas? Ese período no es mi especialidad, pero algo sé. Sería difícil no conocerlo viviendo tan cerca de Culloden. Allí se libró la

última batalla, como sabrás —le explicó a Brianna—. El ejército de Bonnie Prince se batió con el duque de Cumberland. Fue una derrota terrible.

—Así es —dijo Claire—. Y de hecho tiene que ver con lo que quiero averiguar. —Buscó en su bolso y sacó un papel doblado.

Roger lo abrió y lo leyó rápidamente. Era una lista de nombres, quizá treinta. Todos hombres. Había un título:

### REBELIÓN JACOBITA, 1745, CULLODEN

—El cuarenta y cinco, ¿eh? Estos hombres, ¿lucharon en Culloden?

—Así es —contestó Claire—. Lo que quiero averiguar es cuántos sobrevivieron.

Roger se frotó la barbilla mientras estudiaba la lista.

—Es una pregunta sencilla —dijo—, pero la respuesta puede ser difícil de encontrar. En Culloden murieron tantos miembros de los clanes que apoyaban al príncipe Carlos, que no los enterraron uno por uno. Los pusieron en fosas comunes, con sólo una lápida con el nombre del clan.

—Los sé —dijo Claire—. Brianna no ha estado allí, pero yo sí... hace mucho. —A Roger le pareció ver una sombra pasajera en su mirada, aunque ella la ocultó, buscando algo en el bolso. No le extrañó; Culloden era un sitio conmovedor. A él también se le llenaban los ojos de lágrimas al contemplar aquel extenso páramo y recordar la valentía de los soldados del regimiento de montañeses de Escocia que yacían bajo la hierba.

Claire le entregó varias hojas más. Su dedo recorría el margen de una de las hojas. «Manos hermosas —pensó Roger—, delicadamente moldeadas y cuidadas, con un solo anillo en cada mano». En especial resultaba atractivo el anillo de plata de la mano derecha: un aro ancho jacobino con el diseño entrelazado de las Tierras Altas, adornado con flores de cardo.

—Éstos son los nombres que conozco de las esposas. Pensé que podía ser de utilidad pues, si los maridos murieron en Culloden, es posible que ellas se volvieran a casar o emigraran. Esos datos, ¿estarán en el registro parroquial? Todos pertenecen a la misma parroquia. La iglesia estaba en Broch Mordha, al sur de aquí.

—Buena idea —señaló Roger, algo sorprendido—. Es lo que se le

ocurriría a un historiador.

—Yo no lo soy, de ninguna manera —dijo con voz seca Claire Randall—. Pero cuando se vive con un historiador se piensa de manera parecida.

—Por supuesto. —A Roger se le cruzó un pensamiento y se levantó—. Soy un pésimo anfitrión. Les traeré algo de beber. Después me puede contar algo más. Tal vez pueda ayudarla.

A pesar del desorden sabía dónde estaban las botellas, y pronto sirvió *whisky* para los tres. Le puso bastante soda al vaso de Brianna, y notó que la muchacha sorbía la bebida como si fuera insecticida y no el mejor Glenfiddich. Claire lo pidió puro y parecía disfrutarlo más.

—Bien. —Roger volvió a su asiento y cogió el papel otra vez—. Un problema interesante desde el punto de vista histórico. ¿Dice que estos hombres eran de la misma parroquia? Serían también del mismo clan... veo que muchos se apellidan Fraser.

Claire asintió.

—Eran de la misma heredad, una pequeña granja de las Tierras Altas llamada Broch Tuarach, conocida localmente como Lallybroch. Eran parte del clan Fraser, aunque formalmente nunca estuvieron a las órdenes de Lord Lovat. Se unieron antes a la rebelión. Lucharon en la batalla de Prestonpans, mientras que los de Lovat entraron en la guerra poco antes de Culloden.

—¿De veras? Es muy interesante. —Normalmente, los pequeños terratenientes morían en el lugar en que habían nacido y eran registrados en su parroquia. Pero la tentativa de Bonnie Prince Charlie de reconquistar el trono de Escocia cambió el curso normal de los acontecimientos.

En la hambruna posterior al desastre de Culloden, muchos habitantes de las Tierras Altas emigraron al Nuevo Mundo; otros se fueron de los valles y los páramos a las ciudades, en busca de empleo y comida. Unos pocos se quedaron, aferrados a sus tierras y tradiciones.

—Sería un artículo fascinante —dijo Roger, pensando en voz alta—. Seguir el rastro de varios individuos y averiguar qué fue de ellos. No sería tan interesante si todos hubieran muerto en Culloden, pero existe la posibilidad de que algunos se salvaran. —Estaba dispuesto a emprender el proyecto como una diversión, aunque no se lo hubiera pedido Claire Randall—. Sí, creo poder ayudarla —dijo, y se sintió gratificado con la sonrisa cálida que le

dirigió Claire.

—¿Lo hará? ¡Maravilloso! —exclamó ella.

—Será un placer —respondió él. Dobló el papel y lo puso sobre la mesa —. Empezaré enseguida. Pero cuéntenme, ¿qué tal el viaje desde Londres?

La conversación versó sobre generalidades. Las mujeres le hablaron de su viaje trasatlántico y luego del trayecto en coche desde Londres. Roger no prestaba mucha atención; hacía planes para la investigación. Se sentía culpable por haber asumido la responsabilidad; no debería gastar ese tiempo. Por otra parte, era un tema interesante. Y tal vez podría combinar el proyecto con la ordenación del material del reverendo; estaba seguro de que había cuarenta y ocho cajas en el garaje etiquetadas JACOBITAS, VARIOS; pensar en ellas fue suficiente para acobardarse.

Con un esfuerzo logró olvidarse del garaje y descubrió que la conversación ya versaba sobre otro tema.

—¿Druidas? —Roger se sintió aturdido. Comprobó si le había añadido soda a su vaso.

—¿Nunca ha oído hablar de ellas? —Claire pareció un poco desilusionada—. El reverendo conocía el tema, aunque sólo en forma extraoficial. Tal vez no creyera que valiera la pena contarle, le parecía como una broma.

Roger se rascó la cabeza.

—No, la verdad es que no lo recuerdo. Pero tiene razón, tal vez no lo consideró un tema serio.

—Bueno, no sé. —Claire cruzó las piernas. Un rayo de sol se reflejó en sus medias, realzando la delicadeza de los largos huesos que había debajo.

»Cuando estuve con Frank la última vez... ¡pero por Dios, si fue hace veintitrés años!, el reverendo le contó que había un grupo local de... digamos... druidas modernas. No sé si son auténticas; lo más probable es que no. —Brianna se inclinó hacia delante, interesada.

»El reverendo no podía reconocerlas oficialmente porque eran algo pagano pero su ama de llaves, la señora Graham, formaba parte del grupo, de modo que él sabía qué pasaba. Le contó a Frank que iba a haber una ceremonia de algún tipo en el amanecer de Beltane... o sea, el Día de Mayo.

Roger asintió, tratando de imaginarse a la seria señora Graham

participando en ritos paganos y danzando alrededor de círculos de piedra al amanecer. Lo único que recordaba de las ceremonias druidas era que en algunas se sacrificaban víctimas quemándolas en jaulas de mimbre, comportamiento de lo más inadecuado para una dama escocesa presbiteriana de su edad.

—Hay un círculo de piedras verticales en la cima de una colina, cerca de aquí. Fuimos un día, antes del amanecer, para espiarlas —prosiguió Claire encogiéndose de hombros como si pidiera disculpas—. Ya sabe cómo son los estudiosos: no se interesan por lo que no se refiere a su disciplina, ni por el sentido de cortesía. —Roger pareció sorprenderse un poco, pero asintió con ironía.

»Y allí estaban todas. La señora Graham, como el resto, llevaba una sábana puesta, y cantaban y bailaban en medio del círculo de piedras. Frank estaba fascinado —añadió con una sonrisa—. Incluso yo me quedé impresionada.

Hizo una pausa, mientras observaba a Roger.

—Me enteré de que la señora Graham murió. Pero me pregunto si tenía familia. Creo que el pertenecer a esos grupos es hereditario. A lo mejor hay una hija o nieta que me pueda contar algo.

—Bueno —dijo Roger—. Hay una nieta llamada Fiona Graham. De hecho, vino a ayudar cuando murió su abuela. El reverendo era demasiado viejo para arreglárselas solo.

Si algo podía borrar la imagen de la señora Graham danzando disfrazada con una sábana era pensar que Fiona, de diecinueve años, podía ser guardiana de antiguos conocimientos místicos. Pero Roger se repuso resueltamente y prosiguió:

—Ahora no está, pero podría preguntarle.

Claire hizo un ademán, como cambiando de idea.

—No se moleste. Ya le hemos hecho perder mucho tiempo.

Roger observó que Brianna Randall se comía las uñas. Esta pequeña imperfección le dio valor para dar el siguiente paso. La muchacha lo intrigaba y quería estar seguro de que la volvería a ver.

—Hablando de círculos de piedra —se apresuró a decir—. Creo que conozco el que mencionó. Es bastante pintoresco, y no está lejos del pueblo.

—Sonrió mirando a Brianna Randall y al hacerlo notó que ésta tenía tres pecas en un pómulo—. Tal vez podría comenzar mi investigación yendo a Broch Tuarach. Está en la misma dirección que el círculo de piedra, así que quizá... ¡ah!

Con una sacudida de su abultado bolso, Claire Randall derribó los vasos y volcó su contenido sobre la mesa, mojando las piernas de Roger.

—Ay, cuánto lo siento —se disculpó. Se inclinó y empezó a recoger los cristales, a pesar de los esfuerzos de Roger por disuadirla.

Brianna llevó unas servilletas de papel que había cogido del aparador.

—Mamá, realmente no me imagino cómo te permiten hacer cirugía. ¡Mira, le has empapado hasta los zapatos! —Se arrodilló y empezó a ayudar a su madre—. ¡Y también los pantalones!

Cogiendo una de las servilletas de papel, empezó a secarle los zapatos, la cabellera roja se sacudía entre sus piernas. Levantando la cabeza, le miró los muslos y frotó un par de manchas. Roger cerró los ojos y trató de pensar en otra cosa (impuestos y accidentes de coches) para no delatarse por completo mientras sentía el aliento de Brianna Randall a través de la tela mojada de los pantalones.

—Quizás quiera hacer el resto solo —oyó decir; abrió los ojos y se encontró con una mirada azul y una amplia sonrisa. Cogió la servilleta que le ofrecía Brianna, respirando como si lo hubiera perseguido un tren.

Al bajar la cabeza para frotarse los pantalones, Roger alcanzó a ver la expresión de Claire, mezcla de comprensión y burla. En su expresión no se percibía nada más; nada quedaba del brillo en los ojos que a Roger le había parecido ver justo antes de la catástrofe. Tal vez había sido producto de su imaginación pues, ¿por qué iba a hacer eso a propósito?

—¿Desde cuándo te interesan las druidas, mamá? —Brianna quería hallar algo divertido en la idea. Noté que se mordía el interior de la mejilla mientras yo charlaba con Roger Wakefield, y sonreía—. ¿Te vas a disfrazar con una sábana para unirte a ellas?

—Sin duda será más divertido que las reuniones de los jueves con el personal del hospital —repuse—. Pero me va a dar un poco de frío. —Brianna se rió a carcajadas, asustando a dos ardillas que se salieron del

camino.

—No —respondí, poniéndome seria—. No son las druidas las que me interesan. Conocí a alguien en Escocia a quien me gustaría encontrar. No tengo su dirección. Hace más de veinte años que no la veo, pero estaba interesada en cosas raras como ésa: magia, antiguas creencias, folclore. Vivía cerca de aquí. Se me ocurrió que si todavía vive, podría estar relacionada con un grupo como el de las druidas.

—¿Cómo se llama?

Sacudí la cabeza, tratando de sujetar la horquilla que se me había aflojado, pero se deslizó por el pelo y cayó al suelo.

—¡Maldición! —exclamé, agachándome a buscarla. La hierba era espesa y tuve dificultad en encontrarla. Pensar en Geillis Duncan me pone nerviosa.

»No sé —respondí, mientras me apartaba los rizos de la cara—. Quiero decir... Ha pasado tanto tiempo, que estoy segura de que debe de tener otro apellido. Era viuda. Se habrá casado de nuevo, o puede ser que use su apellido de soltera.

—Ah. —Brianna perdió interés en el tema y caminamos un rato en silencio. De repente preguntó—: ¿Qué te pareció Roger Wakefield, mamá?

La miré. Tenía las mejillas rosadas, pero quizás era por el viento primaveral.

—Parece un joven muy agradable —dije con cautela—. Es inteligente sin duda, uno de los profesores más jóvenes en Oxford. —Sabía lo de su inteligencia; me pregunté si tendría imaginación. Los eruditos por lo general carecen de ella, pero la imaginación resultaría útil.

—Tiene unos ojos divinos —dijo Brianna olvidando el detalle de la inteligencia—. ¿No son increíblemente verdes?

—Sí, son muy llamativos —dije—. Siempre han sido así; recuerdo que cuando lo conocí de niño me llamaron la atención.

Brianna bajó la mirada para mirarme.

—¿Qué ocurrencia la tuya, mamá! ¿Era necesario que le dijeras: «¡Dios mío, cómo ha crecido!» cuando te abrió la puerta? ¡Qué vergüenza!

Me eché a reír.

—Cuando alguien que te llegaba al ombligo la última vez que lo viste, te supera en estatura, notas la diferencia —me defendí.

—¡Mamá! —Pero se reía a carcajadas.

—También tiene un trasero muy bonito —añadí en son de burla—. Me di cuenta cuando se agachó.

—¡Madre! ¡Pueden oírte!

Casi habíamos llegado a la parada del autobús. Junto al poste había dos o tres mujeres y un anciano; cuando nos acercamos se volvieron a mirarnos.

—¿Para aquí el autobús de Loch-side Tours? —pregunté, mientras miraba los avisos pegados en la cartelera.

—Sí —respondió una de las mujeres—. Llegará dentro de unos diez minutos. —Observó a Brianna; con sus tejanos y su camiseta blanca, era evidente que era norteamericana. La nota patriótica final la daba el rostro, colorado por la risa contenida—. ¿Van a visitar el lago Ness? ¿Es la primera vez?

Le sonreí.

—Hace alrededor de veinte años viajé por el lago con mi marido, pero éste es el primer viaje de mi hija a Escocia.

—Oh, ¿de veras? —El comentario atrajo la atención de las demás señoras, que se agolparon a nuestro alrededor, de repente amables; nos dieron consejos y nos hicieron preguntas hasta que el enorme autobús amarillo apareció.

Antes de subir, Brianna hizo una pausa para admirar el pintoresco paisaje de verdes y sinuosas colinas que descendían al lago, bordeado de negros pinos.

—Esto será divertido —dijo, riéndose—. ¿Crees que veremos al monstruo?

—Nunca se sabe —respondí.

Roger pasó el resto del día abstraído, haciendo una tarea tras otra. Los libros que debía donar a la Sociedad para la Preservación de Antigüedades yacían desparramados fuera de su caja; el viejo camión del reverendo estaba en el sendero con la capota levantada, en mitad de una revisión de motor, y una taza de té yacía a medio tomar y cubierta de nata junto al codo de Roger mientras éste observaba con mirada ausente la lluvia.

Sabía qué debía hacer: ordenar el estudio del reverendo. No eran sólo los

libros; aunque era un trabajo arduo, sólo había que decidir con cuáles quedarse y cuáles enviar a la antigua biblioteca del reverendo. No, tarde o temprano iba a tener que ocuparse del escritorio, cuyos cajones y casilleros estaban repletos de papeles. Y tendría que quitar y ordenar todo lo que decoraba la pared de corcho, tarea capaz de intimidar al más valiente.

Además de cierta aversión por la tediosa tarea, a Roger lo detenía otra cosa. No tenía ganas de hacer eso, a pesar de que era necesario; le gustaría ocuparse del proyecto de Claire Randall, seguir la pista del clan de Culloden.

Era algo interesante, aunque como investigación fuera un trabajo menor. Pero no se trataba de eso. No, pensó, si debía ser sincero consigo mismo, quería iniciar el proyecto porque ansiaba ir a la casa de huéspedes de la señora Thomas y poner el fruto de su esfuerzo a los pies de Brianna Randall, como se suponía que hacían los caballeros con la cabeza del dragón. Aunque no obtuviera un buen resultado, necesitaba una excusa para verla y hablar con ella.

Brianna le recordaba un cuadro de Bronzino, pensó. Tanto ella como su madre parecían haber sido dibujadas, retratadas con pinceladas tan vívidas y con un arte tan delicado que se destacaban del resto como si estuvieran en relieve. Pero Brianna tenía un color de piel tan intenso y un aire tan imponente, que parecía que los modelos de Bronzino te siguieran con la mirada. Nunca había visto un cuadro de Bronzino haciendo muecas a un vaso de *whisky*, pero de haber habido uno, estaba seguro de que habría tenido la cara de Brianna Randall.

—Bueno, maldita sea —se quejó en voz alta—. No me llevará tanto tiempo revisar los registros de la Casa de Culloden mañana, ¿no? Tú —dijo, dirigiéndose al escritorio— puedes esperar otro día. Tú también —dijo a la pared, y con actitud desafiante cogió una novela de misterio. Miró a su alrededor con aire beligerante, como si estuviera retando a los muebles a poner alguna objeción, pero no hubo ningún sonido excepto el rumor de la estufa. La desconectó y, con el libro bajo el brazo, abandonó el estudio, apagando la luz tras de sí.

Un minuto más tarde regresó, cruzó la habitación en la oscuridad y recogió la lista de nombres de la mesa.

—¡Por todos los diablos! —dijo metiéndose la lista en el bolsillo de la

camisa—. No quiero olvidarme el maldito papel por la mañana. —Luego se fue a la cama.

\* \* \*

Volvimos del lago Ness, empapadas por la lluvia y el viento, al tibio refugio de una comida caliente ante el fuego de la sala. Brianna empezó a bostezar antes de terminar los huevos revueltos y pronto se excusó para darse un baño caliente. Me quedé charlando con la señora Thomas, la dueña de la casa de huéspedes, y hacia las diez subí a darme un baño, y a ponerme el camisón.

Brianna se levantaba temprano y se dormía también temprano; cuando abrí la puerta del dormitorio me recibió su suave respiración. Tenía el sueño bastante pesado. Colgué la ropa y arreglé un poco el cuarto sin hacer ruido, aunque no había peligro de que se despertara. La casa se sumió en el silencio mientras me dedicaba a mis tareas; por eso el rumor de mis movimientos me parecía fuerte.

Había llevado conmigo varios de los libros de Frank, con la idea de donarlos a la biblioteca de Inverness. Estaban en el fondo de mi maleta. Los saqué y los apoyé sobre la cama. Cinco volúmenes de tapa dura, con cubiertas llenas de polvo. Unos buenos tomos, de quinientas o seiscientas páginas cada uno, sin contar índices ni ilustraciones.

Las Obras Completas de mi difunto marido, con anotaciones en todas las ediciones. Citas de elogios de la crítica cubrían las solapas, comentarios de reconocidos expertos en el campo de la historia. No estaba mal para una vida de trabajo, pensé. Un trabajo completo y autorizado del cual enorgullecerse.

Coloqué los libros sobre la mesa, al lado de mi maleta, para no olvidarlos por la mañana. Los títulos de los lomos eran diferentes, por supuesto, pero los ordené de modo que el nombre «Frank W. Randall» coincidiera, uno encima del otro. Brillaban como joyas bajo la luz del velador.

La casa de huéspedes estaba en silencio; todavía no era época de turistas y los pocos que había se habían retirado a dormir ya hacía rato. En la cama vecina, Brianna dio un pequeño gruñido y se dio la vuelta en sueños,

cubriendo su rostro dormido con largos mechones rojizos. Un pie largo y descalzo quedó fuera de las sábanas y lo tapé con delicadeza.

El impulso de tocar a un niño dormido nunca desaparece, aunque el niño sea mucho más robusto que su madre. Aparté el pelo de su rostro y le acaricié la cabeza. Sonrió dormida, un fugaz reflejo de satisfacción. Sonreí mientras la observaba, y susurré en sus oídos, como tantas otras veces: «¡Por Dios, eres tan parecida a él!».

Tragué el nudo que tenía en la garganta; se había convertido en un hábito. Cogí el camión del respaldo de la silla. En las noches de abril hacía muchísimo frío en las Tierras Altas escocesas; sin embargo, aún no estaba lista para acudir a mi lecho.

Le había pedido a la casera que dejara el fuego encendido en el comedor, después de asegurarle que lo apagaría antes de retirarme. Cerré la puerta con suavidad, mirando las largas piernas y la cabellera rojiza desparramada sobre el cobertor azul.

La salita estaba oscura; el fuego se había consumido hasta reducirse a una llama constante en el tronco principal. Empujé un silloncito frente al hogar y apoyé los pies sobre el guardafuego. Podía oír a mi alrededor los pequeños sonidos de la vida moderna; el tenue zumbido del frigorífico en el sótano, el murmullo de la calefacción central que convertía al hogar de leños en un adorno antes que en algo necesario; a veces el motor de un coche al pasar.

Pero por debajo de todo permanecía el profundo silencio de la noche de las Tierras Altas. Me senté muy quieta, queriendo aprehenderlo. Hacia veinte años que lo había sentido por última vez, pero aún estaba allí el poder consolador de la oscuridad entre las montañas.

Metí la mano en el bolsillo de mi bata y saqué una copia de la lista que había entregado a Roger Wakefield. Estaba demasiado oscuro para leer a la luz del fuego de la chimenea, pero no necesitaba leer los nombres. Desplegué el papel y contemplé las líneas ilegibles. Pasé el dedo por cada una, murmurando cada nombre como una oración. Estaban en su elemento en aquella fría noche de primavera, mucho más que yo. Pero me quedé contemplando las llamas, dejando que la oscuridad exterior llenara los espacios vacíos de mi interior.

Y repitiendo sus nombres, como para convocarlos, empecé a dar mis

primeros pasos hacia atrás, cruzando la oscuridad vacía donde ellos aguardaban.

## 2

### *Se complica el argumento*

Roger salió del museo de Culloden a la mañana siguiente con doce páginas de notas, desconcertado. Lo que al principio le había parecido un sencillo trabajo de investigación histórica estaba adquiriendo un cariz extraño.

Había encontrado sólo tres de los nombres de la lista de Claire entre los muertos de Culloden. Esto, en sí, no era notable. El ejército de Carlos Estuardo nunca tuvo una lista completa de enrolados, pues los jefes de algunos clanes se habían unido a las fuerzas del príncipe al parecer por un capricho repentino, y otros se habían separado antes de que todos los nombres pudieran inscribirse en un documento oficial. Los registros del ejército de las Tierras Altas, de por sí irregulares, se habían desintegrado por completo hacia el final; no tenía sentido mantener un ejército si no había dinero para pagar a los soldados.

Se agachó con cuidado para acomodarse en su viejo Morris. Sacó la carpeta de debajo del brazo, la abrió y observó las páginas que había copiado. Lo más extraño era que casi todos los hombres de la lista de Claire aparecían en otra lista militar.

Dentro de las filas del regimiento de un clan determinado, los hombres podían haber desertado a medida que se veía con mayor claridad el desastre que se avecinaba: aquello no tenía nada de extraño. No, lo que hacía que todo fuera incomprensible era que todos los nombres de la lista de Claire

aparecieran como parte del regimiento de Lovat, enviado cuando la campaña estaba muy avanzada para cumplir una promesa de apoyo hecha a los Estuardo por Simon Fraser, lord Lovat.

Sin embargo, Claire había dicho que todos aquellos hombres provenían de una heredad llamada Broch Tuarach, al sudoeste de las tierras de Fraser, en el límite de las tierras del clan MacKenzie. También dijo que aquellos hombres estuvieron con el ejército de las Tierras Altas desde la batalla de Prestonpans, al comienzo de la campaña.

Roger sacudió la cabeza. Aquello no tenía sentido. Sin duda, Claire estaba equivocada con respecto al tiempo... ella misma había dicho que no era historiadora. Pero ¿se refería al lugar? ¿Y cómo era posible que los hombres de la heredad de Broch Tuarach, que no habían jurado fidelidad al jefe del clan Fraser, estuvieran bajo su mando? Aunque lord Lovat era conocido como «el Viejo Zorro», Roger dudaba de que tuviera la suficiente astucia para lograr algo así.

Frunciendo el ceño, Roger arrancó y se alejó del museo. Los archivos del museo de Culloden estaban incompletos, lo que resultaba deprimente. Estaban conformados en su mayor parte por pintorescas cartas escritas por lord George Murray, en las que se quejaba de los problemas de aprovisionamiento y cosas por el estilo; parecían propias de un museo para turistas. Roger necesitaba más.

—Espera, hombre —recordó, mientras miraba por el espejo retrovisor al doblar—. Se supone que debes averiguar qué les pasó a los que no murieron en Culloden. ¿Qué importa cómo llegaron si salieron vivos de la batalla?

Sin embargo, no podía quedarse tranquilo. Era una circunstancia tan rara... A menudo se confunden los nombres, en especial en las Tierras Altas, donde la mitad de la población en una época determinada parecía haberse llamado «Alexander». Por eso se conocía a la gente por su región de origen, y también por su clan o su apellido. A veces se utilizaba el nombre de la región o del clan en lugar del apellido. «Lochiel», uno de los jefes jacobitas más famosos, se llamaba en realidad Donald Cameron, nativo de Lochiel, lo cual lo distinguía de los cientos de Cameron que se llamaban Donald.

Y en las Tierras Altas los que no se llamaban Donald o Alec se llamaban John. De los tres muertos que encontró que coincidían con la lista de Claire,

uno era Donald Murray, otro Alexander MacKenzie y el tercero John Graham Fraser. Pero en la lista de Claire no aparecía su lugar de nacimiento; sólo sabía que los tres pertenecían al regimiento de Lovat, el regimiento Fraser.

Pero sin el lugar de origen, no podía estar seguro de que se tratara de los mismos hombres de la lista. Había por lo menos seis John Frasers en la lista de muertos, y ésta era incompleta; los ingleses no fueron muy exactos; la mayoría de los registros fue hecha por los jefes de los clanes, que contaban a los hombres y determinaban quién no había vuelto a casa. A veces los jefes de los clanes no regresaban, lo cual complicaba las cosas.

Se frotó la cabeza con la mano, frustrado, como si el masaje capilar pudiera estimularle el cerebro. Y si los tres nombres no pertenecían a las mismas personas, el misterio era mayor. Más de la mitad de los hombres de Carlos Estuardo había muerto en Culloden. Y los de Lovat habían luchado en la peor parte, justo en el centro de la batalla. Resultaba inconcebible que un grupo de treinta hombres hubiera sobrevivido en aquella posición sin ninguna baja. Los hombres de Lovat habían llegado tarde a la rebelión; aunque hubo muchas desertiones en otros regimientos, ellos habían sido leales, y habían sufrido las consecuencias.

Un fuerte bocinazo lo desconcentró; se apartó para ceder el paso a un camión. Le pareció que pensar y conducir no son actividades compatibles. Si continuaba así, terminaría estrellándose contra alguna pared.

Se quedó sentado, reflexionando. Quería ir a la casa de huéspedes de la señora Thomas y contarle a Claire lo que había encontrado hasta el momento. La perspectiva de estar un momento con Brianna Randall hacía aún más atractiva la idea.

Por otra parte, su instinto de historiador le exigía más información. Y no estaba seguro de que Claire fuera la persona más indicada para proporcionársela. Él no tenía la menor idea de qué la había impulsado a enredarlo en el proyecto, y al mismo tiempo interferir en su trabajo dándole información falsa. No tenía sentido, y Claire Randall parecía una persona sensata.

Entonces recordó el incidente del *whisky* y se ruborizó. Estaba seguro de que lo había hecho a propósito... y dado que Claire no parecía la clase de persona que haría ese tipo de bromas, tenía que suponer que lo había hecho

para impedirle invitar a Brianna a Broch Tuarach. ¿Querría alejarlo del lugar o impedir que llevara allí a Brianna? Cuanto más pensaba más se convencía de que Claire ocultaba algo a su hija, pero no sabía qué era.

Lo olvidaría todo si no fuera por dos razones: Brianna y su curiosidad. Quería saber qué pasaba, y tenía la firme intención de averiguarlo.

Golpeó suavemente el volante, pensando. Por fin tomó una decisión; volvió a arrancar y avanzó. En la siguiente rotonda, se desvió y se dirigió a la estación de ferrocarril de Inverness.

El Flying Scotsman podía llevarlo a Edimburgo en tres horas. El encargado de los documentos de los Estuardo había sido amigo del reverendo. Y él tenía una buena pista para empezar. La lista con los nombres del regimiento de Lovat mostraba que su jefe era un capitán llamado James Fraser, de Broch Tuarach. Aquel hombre era el único vínculo entre Broch Tuarach y los Fraser de Lovat. ¿Por qué no estaría en la lista de Claire?

Había salido el sol; Roger bajó la ventanilla para dejar que el viento le zumbara en los oídos.

Tuvo que pasar la noche en Edimburgo y volver al día siguiente. El largo viaje en tren lo dejó tan cansado que apenas tuvo tiempo de engullir la comida que Fiona le preparó, antes de caer rendido en la cama. Pero al otro día se levantó con renovadas energías, y fue en su coche hasta la pequeña aldea de Broch Mordha, cerca de Broch Tuarach. Si la madre no quería que su hija fuera allí, nada le impediría a él echar un vistazo.

Había un gran montón de piedras rodeando las ruinas de una de las antiguas torres circulares, llamadas *brochs* en la región, que se usaban para defensa y para vivienda. Sabía bastante gaélico para darse cuenta de que el nombre del lugar significaba «torre que mira al norte». Se preguntó cómo podía tener aquel nombre una torre circular.

Cerca había una casa solariega rodeada de edificios, todos en ruinas, aunque quedaban algunos muros. En un poste, en el patio, había un letrero casi ilegible de un agente inmobiliario. Roger se quedó en la ladera, al lado de la casa. No veía nada que explicara por qué Claire quería impedir a su hija ir allí.

Detuvo el Morris frente a la puerta. Era un sitio bellissimo, aunque muy

remoto; había tardado casi tres cuartos de hora desde la autopista, maniobrando con cuidado para que el Morris avanzara por el sendero sin que se le rompiera el cárter.

No entró en la casa; estaba abandonada y a lo mejor era peligrosa. El nombre FRASER estaba grabado en el dintel y en la mayoría de las lápidas en lo que habría sido el cementerio de la familia. Algunas eran ilegibles. Eso no ayudaba mucho, pensó. En ninguna lápida había nombres de la lista. Tendría que seguir adelante. Según el mapa del Automóvil Club, la aldea de Broch Mhorda estaba a cinco kilómetros.

Tal como temía, la iglesia de la pequeña aldea había caído en desuso y la habían derribado hacía años. Llamó a varias puertas; lo recibieron miradas inexpresivas u hoscas, hasta que un viejo granjero sugirió que los registros de la parroquia quizá estarían en el museo de Fort William, o tal vez en Inverness. Allí había un religioso que coleccionaba porquerías antiguas.

Cansado y polvoriento, pero no desanimado, Roger volvió al coche, que había dejado junto a la taberna de la aldea. Estaba acostumbrado a las dificultades. Tomaría una cerveza y e iría a Fort William.

Sólo faltaba, pensó, que los registros estuvieran en los archivos del reverendo. Se lo merecía por descuidar su trabajo e ir tras búsquedas quiméricas para impresionar a una chica. Su viaje a Edimburgo sólo había servido para eliminar los tres nombres que había encontrado en Culloden: los tres provenían de regimientos distintos al de Broch Tuarach.

Los papeles de los Estuardo llenaban tres salas, de modo que no podía decir que su estudio hubiera sido exhaustivo. Aun así, había encontrado un duplicado de la lista que había visto en Culloden con los hombres que habían estado bajo el mando de lord Lovat, el hijo del Viejo Zorro, es decir; el joven Simon. El viejo astuto había jugado a dos bandas, pensó Roger: él se quedó en su casa, jurando ser un leal súbdito del rey Geordie, mientras enviaba a su hijo a pelear por los Estuardo.

El documento mencionaba a Simon Fraser el Joven como comandante, sin nombrar a James Fraser. No obstante, el nombre de James Fraser aparecía en muchos documentos militares. Si se trataba del mismo hombre, había tenido una participación muy activa en la campaña. Sin embargo, el solo nombre no bastaba para saber si era el de Broch Tuarach. James era un

nombre común en Escocia, como Duncan o Robert. Sólo en un documento había encontrado un James Fraser con un nombre en el medio que podía ayudar a la identificación, pero el documento en cuestión no mencionaba a sus hombres.

Roger se encogió de hombros. Le llevaría años revisar aquellos registros. Mientras saboreaba la cerveza fría y amarga, pensó en los pasos que había dado y las opciones que tenía. Aún tenía tiempo de ir a Fort William, aunque regresara tarde a Inverness. Si no encontraba nada en el museo de Fort William, el siguiente paso sería una búsqueda minuciosa en los archivos del reverendo.

¿Y después? Bebió el último trago de cerveza y pidió otra. Si era necesario podía buscar en los cementerios cercanos. No creía que las Randall permanecieran en Inverness durante los dos o tres años siguientes, esperando los resultados.

Palpó en el bolsillo su libreta. Antes de partir de Broch Mhorda, debía echar un vistazo a los restos del antiguo cementerio. Nunca se sabe con qué se puede uno encontrar, y así no tendría que regresar.

A la tarde siguiente, las Randall fueron a tomar el té a casa de Roger para enterarse de sus progresos.

—Encontré varios de los nombres de su lista —dijo a Claire—. Es muy raro. No he hallado con seguridad a nadie que haya muerto en Culloden. Pensé que tenía tres, pero eran otras personas con los mismos nombres. — Miró a la doctora Randall; estaba de pie, muy quieta.

—¿No quieren sentarse? —dijo Roger; algo sobresaltada, Claire asintió y se sentó en el borde del sillón. Roger la miró con curiosidad, pero continuó; sacó su carpeta y se la entregó.

—Como les decía, es muy raro. No he rastreado todos los nombres. Tengo que ver los registros parroquiales y las tumbas cercanas a Broch Tuarach. Encontré la mayor parte de los datos entre los papeles de mi padre. Lo lógico sería que hubiera encontrado dos o tres nombres, ya que todos estuvieron en Culloden. Sobre todo si estuvieron con uno de los regimientos de Fraser, en el centro de la batalla, donde la lucha fue más intensa.

—Lo sé. —Algo en su voz hizo que Roger la mirara intrigado, pero no

logró verle la cara. La mayor parte de los papeles eran anotaciones de Roger, ya que en los archivos que guardaban los documentos de los Estuardo no había fotocopiadoras, pero también había unas cuantas hojas originales, desenterradas del tesoro de documentos dieciochescos del reverendo. Claire hojeó los registros con delicadeza.

—Tiene razón: es raro. —Él reconoció la emoción en su voz: era excitación, mezclada con satisfacción y alivio. Aquello era lo que Claire esperaba encontrar.

—Dígame... ¿Qué nombres encontró? ¿Qué pasó con ellos, si no murieron en Culloden?

A Roger le sorprendió que le importara tanto; sin embargo, sacó la carpeta con sus notas y la abrió.

—Dos estaban en la nómina de un barco; emigraron a América poco después de Culloden. Cuatro murieron por causas naturales un año después; no es extraño que después de Culloden hubiera una terrible hambruna y muriera mucha gente en las Tierras Altas. A este otro lo encontré en un registro parroquial, pero no de la parroquia de la que provenía. Pero estoy casi seguro de que es uno de sus hombres.

Notó entonces que se aflojaba la tensión de los hombros de Claire.

—¿Quiere que siga buscando el resto? —preguntó, esperando que le dijera que sí.

Brianna estaba medio vuelta, como si no le interesara su proyecto, aunque Roger notó una pequeña arruga vertical entre sus cejas.

Tal vez Brianna también percibía la emoción contenida que rodeaba a Claire como un campo eléctrico. Roger lo había notado desde que Claire entró en la habitación; sus revelaciones sólo habían aumentado tal emoción. Roger pensó que si la tocaba, saltarían chispas.

Un golpe en la puerta del estudio interrumpió sus pensamientos. Se abrió la puerta y entró Fiona Graham, empujando el carrito con el té; tetera, tazas, servilletas, bocadillos, un bizcocho, pastelillos y bollos.

—¡Hum! —exclamó Brianna—. ¿Es todo para nosotros, o habrá alguien más?

Claire Randall miró el banquete, sonriendo. El campo eléctrico seguía allí, reprimido merced a un gran esfuerzo. Roger vio que aferraba el borde de

la falda con tanta fuerza que el borde del anillo le cortaba la piel de la mano.

—Hay tanto que no tendremos que comer en una semana —dijo—. ¡Qué buena pinta tiene todo!

Fiona rebosaba alegría. Era baja, rellena y bonita. Roger suspiró. Si bien le gustaba ofrecer hospitalidad, se daba cuenta de que el banquete estaba destinado a su propio lucimiento, no al placer de sus invitadas. Fiona, de diecinueve años, tenía una sola ambición en la vida: ser una mujer casada. Mejor con un profesional. Le había bastado ver a Roger, para decidir que un profesor adjunto de historia era lo mejor que ofrecía Inverness.

Desde entonces se había dedicado a inflarlo como a un pavo en Navidad; le lustraba los zapatos; le preparaba las chinelas y el cepillo de dientes; le hacía la cama; le cepillaba la chaqueta; le llevaba el diario; le masajeara el cuello, y le preguntaba a menudo por su comodidad física, su estado de ánimo y su salud.

En resumen, Fiona lo estaba volviendo loco. Su desaliño se debía más a una reacción ante su implacable persecución que al abandono de los hombres temporalmente libres de las exigencias del trabajo y la sociedad.

Pensar en unirse en sagrado vínculo matrimonial con Fiona Graham era suficiente para que se le pusieran los pelos de punta. Fiona lo volvía loco con su acoso. Además, estaba Brianna Randall, que contemplaba el carrito como si se preguntara por dónde empezar.

Roger había prestado atención a Claire Randall y a su proyecto, evitando mirar a su hija. Claire Randall era encantadora; tenía el tipo de finos huesos y piel traslúcida que a los 60 años le daban el mismo aspecto que había tenido a los 20. Pero al mirar a Brianna Randall se quedaba sin aliento.

Tenía el porte de una reina; no caminaba con torpeza como muchas chicas altas. Tenía la espalda derecha y la postura elegante de la madre. No así la gran estatura, la cascada de pelo rojizo hasta la cintura y los rizos naturales, que caían como un manto; ni los ojos, de un azul tan oscuros que parecían negros en algunas ocasiones; ni tampoco la boca amplia y generosa. Todo aquello lo debía de haber heredado del padre.

A Roger le alegraba que el padre no estuviera allí, pues sus pensamientos sin duda no le habrían gustado.

—Té, ¿eh? —exclamó con entusiasmo—. Espléndido. Maravilloso.

Fiona. Gracias, Fiona. Creo que... no necesitamos nada más.

Haciendo caso omiso de su sugerencia, Fiona recibió complacida los cumplidos de sus invitadas, repartió las tazas y platos con diestra economía de movimientos, sirvió el té y distribuyó la primera porción de tarta; parecía dispuesta a quedarse como ama de casa.

—Ponga un poco de crema en los bollos, Rog... quiero decir, señor Wakefield —dijo y se los sirvió—. Está muy delgado; tiene que cuidarse. —Dirigió una mirada cómplice a Brianna Randall y dijo—: Ya sabe cómo son los hombres; nunca comen como deben si no tienen una mujer que los cuide.

—Es muy afortunado al tenerla a usted —respondió Brianna cortésmente.

Roger respiró hondo, flexionando los dedos varias veces hasta que se le pasaron las ganas de estrangular a Fiona.

—Fiona —dijo—. ¿Podrías hacerme un pequeño favor?

El rostro de la muchacha se iluminó; la boca se estiró en una amplia sonrisa ante la perspectiva de hacer algo por él.

—¡Por supuesto, Rog... quiero decir, señor Wakefield! ¡Lo que sea!

Roger se sintió un poco avergonzado, pero después de todo, se dijo, era por el bien de ambos. Si Fiona no se iba, él pronto dejaría de ser responsable de sus actos y ocurriría algo que ambos lamentarían.

—Gracias, Fiona. No es mucho, sólo que encargué un poco de... —pensó rápido, tratando de recordar el nombre de alguno de los comerciantes del pueblo— un poco de tabaco al señor Buchanan. ¿Querías ir a buscarlo? Me gustaría fumar una pipa después de un té tan estupendo.

Fiona ya se estaba quitando el delantal: el que tenía encajes, notó Roger sombríamente. Cerró los ojos aliviado al oír que se cerraba la puerta, sin importarle el hecho de no fumar. Con un suspiro de alivio, reanudó la conversación.

—Acerca de seguir buscando el resto de los nombres —dijo Claire. Roger tuvo la extraña impresión de que compartía su alivio ante la partida de Fiona—. Sí, me gustaría que lo hiciera... si no es demasiada molestia.

—De ninguna manera —dijo Roger—. Será un placer.

La mano de Roger vaciló antes de coger la botella de *whisky* Muir Breame de doce años. Después de enfadarse con Fiona, sintió que se lo merecía.

—¿Un poco de *whisky*? —preguntó. Al ver la mirada de disgusto de Brianna, añadió—: ¿O un poco de té?

—Té —respondió Brianna, aliviada.

—No sabes lo que te pierdes —le dijo Claire, mientras olía el *whisky* con delectación.

—Claro que lo sé —contestó Brianna—. Por eso me lo pierdo. —Se encogió de hombros y arqueó una ceja mirando a Roger.

—En Massachusetts hay que tener veintiún años para poder consumir alcohol —explicó Claire a Roger—. A Bree le faltan ocho meses, así que no está acostumbrada al *whisky*.

—Hablas como si no apreciar el *whisky* fuera un delito —protestó Brianna, sonriendo.

—Mi querida amiga —dijo Roger con severidad—. ¡Estamos en Escocia! ¡Por supuesto que no valorar el *whisky* es un delito!

—¿Ah, sí? —replicó Brianna con dulzura, imitando a la perfección el acento escocés de Roger—. Pues *esperremos* que no *merrezca* la pena capital.

Cogido por sorpresa, Roger se atragantó. Tosiendo y golpeándose el pecho, miró a Claire para compartir la broma. Ésta esbozó una sonrisa forzada, pero se había puesto pálida. Pestañeó y sonrió con mayor naturalidad.

Roger se sorprendió al ver con qué facilidad fluía la conversación entre ellos, tanto si hablaban de trivialidades como del proyecto. Brianna se había interesado por el trabajo de su padre; sabía mucho más que su madre sobre los jacobitas.

—Es sorprendente que llegaran tan lejos —dijo refiriéndose a Culloden—. ¿Sabías que los montañeses ganaron la batalla de Prestonpans con apenas dos mil hombres, contra el ejército inglés que contaba con ocho mil? ¡Es increíble!

—Y la batalla de Falkirk fue parecida —dijo Roger—. Superados en número, en armas, marchando a pie... no era posible ¡pero lo consiguieron!

—Ajá —dijo Claire, tomando un gran sorbo de *whisky*—. Lo lograron.

—Estaba pensando... —dijo Roger a Brianna con tono casual— que quizá te gustaría acompañarme a alguno de los lugares... los sitios de las

batallas. Son interesantes, y estoy seguro de que serías de gran ayuda.

Brianna se echó a reír y se alisó el pelo, que le caía sobre el té.

—No sé en qué podría ayudar, pero me encantaría ir.

—¡Espléndido! —Sorprendido y entusiasmado, apretó la botella y casi la tiró. Claire lo atajó a tiempo y llenó su vaso.

—Es lo menos que puedo hacer, después de haberlo derramado la última vez —dijo, sonriendo.

Al verla tranquila y relajada, Roger dudó de sus sospechas. ¿Tal vez, después de todo, fue un accidente? Aquel hermoso y sereno rostro no dejaba ver nada.

Media hora más tarde la mesa del té era un caos, la botella estaba vacía y los tres estaban sentados con aspecto satisfecho. Brianna se movió inquieta una o dos veces, miró a Roger y finalmente le preguntó por el tocador.

—¿El lavabo? Por supuesto. —Con un esfuerzo se puso en pie, repleto de torta y bizcocho de almendras. Si no se libraba pronto de Fiona, volvería a Oxford con ciento cincuenta kilos.

—Es de los antiguos —explicó, mientras señalaba el cuarto de baño al fondo del pasillo—. La cisterna está en el techo y tiene cadena.

—Vi uno de éstos en el Museo Británico —dijo Brianna—. Sólo que no estaba en exposición, sino en el tocador de damas. —Vaciló, y después añadió—: No tendrás la misma clase de papel que en el Museo Británico, ¿no? Porque si es así, tengo pañuelos de papel en el bolso.

Roger cerró un ojo.

—O es una extraña deducción, o he bebido mucho más de lo que pensé. —De hecho, Claire y él habían dado cuenta de todo el Muir Breame, ya que Brianna había bebido únicamente té.

Claire se echó a reír al oír la conversación y se levantó para darle a Brianna varios pañuelos.

—No será papel encerado con el sello de «Propiedad del Gobierno de Su Majestad» como el del Museo, pero tampoco es mucho mejor —dijo a su hija—. El papel higiénico británico es un artículo un poco duro.

—Gracias. —Brianna cogió el papel y se dirigió a la puerta, pero después se giró—. ¿Cómo puede haber gente que se dedica a fabricar papel higiénico que parece lija? —inquirió.

—Corazones duros tienen nuestros hombres —entonó Roger— y traseros de acero. Contribuye a cultivar el espíritu nacionalista.

—En el caso de los escoceses, supongo que también la insensibilidad hereditaria —añadió Claire—. Los hombres que podían cabalgar con una *kilt* sin duda tenían que tener el trasero como el cuero de la silla de montar.

Brianna se rió a carcajadas.

—No me gustaría saber qué usarían como papel higiénico en aquel entonces —dijo.

—En realidad no era tan malo —dijo Claire para sorpresa de ambos—. Las hojas de candelaria son bastante suaves; casi tan buenas como el papel higiénico de doble pliego. En invierno, dentro de casa, siempre había algunos trapos húmedos; no muy higiénicos, pero bastante cómodos.

Roger y Brianna la miraron intrigados.

—Lo leí en un libro —dijo, y se ruborizó.

Mientras Brianna, todavía riendo, iba al servicio, Claire se quedó junto a la puerta.

—Has sido muy amable al recibirnos de esta manera —dijo Claire sonriendo. El desconcierto había desaparecido para dejar sitio a su calma habitual—. Y más todavía, al investigar esos nombres por mí.

—Es un placer hacerlo —le aseguró Roger—. Un buen cambio después de las polillas y las telarañas. Te avisaré en cuanto encuentre algo sobre los jacobitas.

—Gracias. —Claire vaciló—. De hecho, ahora que Bree no está... hay algo que quiero pedirte, en privado.

Roger se aclaró la garganta y enderezó la corbata que se había puesto para la ocasión.

—Sólo tienes que pedirlo —dijo—. Estoy a tu entera disposición.

—Le preguntabas a Bree si quería acompañarte. Quería pedirte... hay un lugar al que prefería que no la llevaras, si no te importa.

Una campanita de alarma sonó en la cabeza de Roger. ¿Iba a enterarse del misterio de Broch Tuarach?

—El círculo de piedras verticales... que llaman Craigh na Dun. —El rostro de Claire estaba serio al acercarse aún más—. Tengo una razón importante, o no te lo pediría. Quiero llevar a Bree yo misma, aunque no te

puedo decir la razón ahora. Lo haré en su momento. ¿Me lo prometes?

La cabeza de Roger era un torbellino. ¡Así que no era Broch Tuarach el sitio del que quería alejar a su hija! Se explicaba un misterio, sólo para profundizar otro.

—Si así lo quieres... por supuesto —respondió por fin.

—Gracias. —Acarició el brazo de Roger y se dispuso a marcharse. Al ver la silueta de Claire a contraluz, Roger recordó algo. Quizás no era el momento adecuado para preguntar, pero no podía hacer ningún daño.

—Ah, doctora Randall... ¿Claire?

Claire se giró. Pudo apreciar que era una mujer muy hermosa. Tenía el rostro encendido por el *whisky* y sus ojos eran de un tono dorado, como el ámbar.

—En todos los registros que encontré —dijo Roger, escogiendo las palabras— aparecía un capitán James Fraser, que al parecer era su líder. Pero no estaba en tu lista. Me gustaría saber si conocías su existencia.

Claire se quedó paralizada; a Roger le recordó el modo en que se había comportado al llegar. Pero después de un momento se movió levemente y respondió con aparente calma:

—Sí, conocía su existencia. —Hablaba con serenidad, pero ya no había color en su rostro. Roger notó que le palpitaba una vena en el cuello—. No lo puse en la lista porque sabía lo que le pasó. Jamie Fraser murió en Culloden.

—¿Estás segura?

Como si estuviera ansiosa por partir, Claire recogió sus cosas y miró hacia el cuarto de baño, de donde Brianna estaba a punto de salir.

—Sí —dijo, sin mirarlo—. Estoy segura. Ah, señor Wakefield... quiero decir, Roger. —Se giró y lo miró. Con aquella luz, sus ojos parecían casi amarillos, pensó Roger; los ojos de un enorme gato, de un leopardo—. Por favor, no le hables de Jamie Fraser a mi hija.

Era tarde y hacía rato que debía haberse acostado, pero Roger no podía dormir. Ya fuera por el acoso de Fiona, las confusas contradicciones de Claire Randall o por la ansiedad que le producía la perspectiva de investigar junto a Brianna, estaba despierto, y sin duda seguiría así. En lugar de dar vueltas en la cama o de contar ovejas, resolvió dar utilidad a su insomnio.

Revolver un poco entre los papeles del reverendo seguramente le devolvería el sueño.

La luz del cuarto de Fiona seguía encendida, así que bajó las escaleras de puntillas para no molestarla. Al encender la luz del estudio, contempló la tarea que le aguardaba.

La pared, de unos seis metros por cuatro, era un ejemplo de la mente del reverendo Wakefield. Estaba cubierta de corcho. No se veía casi nada bajo las capas y capas de papeles, notas, fotografías, facturas, recetas, plumas de pájaro, trozos de sobres con sellos interesantes, direcciones, llaveros, postales, bandas elásticas y demás efectos, todos sujetos con chinchetas o con trozos de cuerda.

Las trivialidades hacían doce capas más abajo; sin embargo, el reverendo siempre era capaz de dar con lo que deseaba sin equivocarse.

Roger pensó que todo estaba organizado según un principio tan sutil que ni siquiera los científicos de la NASA podrían discernirlo.

Contempló la pared con vacilación. No existía ningún punto de partida lógico. Cogió una lista con fechas de reuniones de la Asamblea General enviada por la oficina del obispo, pero se distrajo al ver debajo un dragón dibujado a lápiz; por la nariz le salían nubes de humo y por las fauces, llamas verdes.

Al pie de la página estaba escrito ROGER con letras mayúsculas. Vagamente recordó haber explicado que el dragón escupía fuego verde porque lo único que comía eran espinacas. Dejó en su sitio la lista de la Asamblea General y se alejó de la pared. Se ocuparía de ella más tarde.

El escritorio de roble con tapa corrediza, que contenía por lo menos cuarenta casilleros repletos hasta reventar, era tarea fácil en comparación. Con un suspiro, Roger empujó la silla y se sentó para tratar de encontrar algún sentido a los papeles que el reverendo había considerado que debían guardarse.

Un casillero contenía facturas sin pagar. Otro, documentos de aspecto oficial: informes de investigación, certificados de inspección. Otro contenía notas y registros históricos. Otro, recuerdos de familia. Otro, sin lugar a dudas el más grande, basura.

Concentrado en su tarea, no oyó la puerta que se abría a sus espaldas ni

los pasos que se acercaban. De repente apareció sobre el escritorio una enorme tetera.

—¿Qué? —Se enderezó, pestañeando.

—Pensé que le gustaría tomar un poco de té, señor Wake... quiero decir, Roger. —Fiona dejó una bandejita con una taza y un plato de galletas.

—Ah, gracias. —En realidad tenía hambre; la muchacha se ruborizó. Al parecer alentada por este gesto, no se marchó; permaneció junto al escritorio, contemplándolo mientras Roger proseguía entre un bocado y otro de galleta de chocolate.

Sintiendo que de algún modo tenía que reconocer su presencia, Roger sostuvo una galleta a medio comer y masculló:

—Qué buena.

—¿Verdad que sí? Las he hecho yo. —Fiona se ruborizó aún más. Era atractiva, pequeña, redonda, con pelo oscuro y ondulado y grandes ojos castaños. De repente pensó si Brianna Randall sabría cocinar y sacudió la cabeza.

Interpretándolo como un gesto de incredulidad, Fiona se acercó más.

—Es verdad —insistió—. Es una receta de mi abuela. Siempre decía que le gustaban al reverendo. —Los ojos castaños se empañaron un poco—. Me dejó todos sus libros de cocina. Al ser la única nieta...

—Lamento lo de tu abuela —dijo Roger con sinceridad—. Fue algo rápido, ¿no?

Fiona asintió apesadumbrada.

—Ah, sí. Estuvo bien todo el día; después de cenar dijo que estaba cansada y se fue a la cama. Se fue a dormir y no se volvió a despertar.

—Una muerte dulce. Me alegro —dijo Roger. La señora Graham estaba aquí desde antes que llegara él, con cinco años, asustado y huérfano. De edad madura ya en aquel entonces, viuda y con hijos mayores, le había brindado su afecto maternal durante las vacaciones escolares, en que Roger regresaba a la rectoría. Con el reverendo formaban una extraña pareja; pero entre ambos habían convertido la casa en un hogar.

Conmovido por los recuerdos, Roger apretó la mano de Fiona. Ella le respondió; los ojos castaños parecieron derretirse. La pequeña boca se entreabrió, y la muchacha se inclinó, haciéndole sentir su tibio aliento en la

oreja.

—Gracias... —balbuceó Roger, soltando la mano de Fiona como si le quemara—. Muchísimas gracias por el... té y todo lo demás. Bueno. Estaba bueno, Muy bueno. Gracias. —Se volvió y cogió unos recortes de diarios de un casillero elegido al azar.

Desenrolló los recortes amarillentos y los extendió sobre el escritorio, sosteniéndolos con las manos. Frunciendo el entrecejo inclinó aún más la cabeza sobre el texto descolorido. Un momento después Fiona se levantó con un profundo suspiro y fue hacia la puerta. Roger no levantó la mirada.

Exhalando un profundo suspiro, Roger cerró los ojos y dio gracias a Dios por haberse escapado. Sí, Fiona era atractiva. Sí, una excelente cocinera. Pero también era curiosa, entrometida e irritante; y estaba decidida a casarse. Si volvía a poner una mano sobre su piel rosada, estarían publicando las amonestaciones al mes siguiente. Pero si era así, el nombre ligado al de Roger Wakefield en el registro parroquial no debía ser el de Fiona, sino el de Brianna Randall.

Abrió los ojos y parpadeó, pues frente a él estaba el apellido que había estado imaginando: Randall.

Claro, no se trataba de Brianna, sino de Claire Randall. Los titulares rezaban: REGRESÓ DE LA MUERTE. Debajo se veía la foto de Claire, veinte años más joven pero con poca diferencia en su aspecto, salvo la expresión. Estaba sentada en la cama de un hospital, despeinada y con la boca cerrada en un rictus amargo, mirando la cámara con sus enormes ojos.

Roger echó un rápido vistazo a los recortes, luego los leería con más cuidado. Aunque los diarios habían sacado todo el provecho posible a la historia, los hechos eran escasos.

Claire Randall, esposa del doctor Franklin W. Randall, destacado historiador, había desaparecido durante una fiesta escocesa en Inverness, a finales de la primavera de 1945. El coche que conducía había sido encontrado, pero no había ni rastro de ella. La policía y el marido llegaron a la conclusión de que había sido asesinada, quizá por un vagabundo, que escondió su cuerpo en la región rocosa.

Y en 1948, casi tres años después, Claire Randall regresó. La encontraron, desgñada y vestida con harapos, recorriendo el área donde

había desaparecido. Si bien su salud era buena, aunque con signos de desnutrición, estaba desorientada y sólo decía incoherencias.

Roger levantó las cejas ante la idea de que Claire Randall alguna vez hubiera sido incoherente, y continuó mirando los recortes, que se referían al tratamiento que recibía en un hospital local. Había fotografías del esposo supuestamente contento, Frank Randall. Más que contento parecía pasmado, pensó Roger, Y no era para menos...

Examinó las fotos con curiosidad. Frank Randall había sido un hombre delgado, buen mozo, de aspecto aristocrático, pelo oscuro y de porte elegante; lo había sorprendido el fotógrafo al ir a visitar a su esposa al hospital.

Roger siguió con el dedo la línea de la mandíbula y la curva de la cabeza, y se dio cuenta de que buscaba el parecido con Brianna. Intrigado por la idea, se levantó y buscó los libros de Randall. Había una foto en color en una de las solapas. No, el pelo era decididamente castaño, no rojizo. Aquel tono quizá provenía de un abuelo, junto con los ojos azules y rasgados como los de un gato. Hermosos, aunque sin ningún parecido con los de la madre. Tampoco con los del padre. Por más que lo intentara, no veía ningún parecido entre la sensual diosa y el famoso historiador.

Con un suspiro cerró el libro y recogió los recortes. Tenía que seguir con su trabajo, si no quería pasar los siguientes doce meses en aquel escritorio.

Estaba a punto de guardar los recortes, cuando un titular le llamó la atención: ¿SECUESTrada POR LAS HADAS? No tanto el titular como la fecha que aparecía justo encima: 6 de mayo de 1948.

Apoyó el recorte con suavidad, como si se tratara de una bomba a punto de estallar. Cerró los ojos y trató de evocar la conversación con las Randall. «En Massachusetts hay que tener veintiún años para poder consumir alcohol —había dicho Claire—. A Bree le faltan ocho meses». Entonces tenía veinte. Brianna Randall tenía veinte años.

Incapaz de contar hacia atrás con la suficiente rapidez, se levantó y buscó en el calendario que el vicario había conservado en un espacio libre sobre la pared repleta. Encontró la fecha y se quedó pasmado con el dedo apretado contra el papel.

Claire Randall había reaparecido desgreñada, desnutrida, desorientada...

y embarazada.

\* \* \*

Roger por fin consiguió dormirse; pero debido al insomnio se levantó tarde, con los ojos hinchados y con un principio de jaqueca, que ni una ducha de agua fría ni el buen humor de Fiona en el desayuno consiguieron eliminar.

La sensación era tan opresiva que abandonó su trabajo y salió a caminar. Bajo una fina lluvia, descubrió que el aire fresco quitaba el dolor de cabeza, pero también le aclaró la mente lo suficiente para volver a pensar en el descubrimiento de la noche anterior.

Brianna no lo sabía. Estaba claro por la forma en que hablaba de su padre muerto, o del hombre que ella creía que era su padre, Frank Randall. Y posiblemente Claire no quería que lo supiera, pues de lo contrario ya se lo habría dicho. A menos que aquel viaje a Escocia fuera el prelude de una confesión. El padre verdadero debía de haber sido escocés. Después de todo, Claire había desaparecido y reaparecido en Escocia. ¿Viviría él aún allí?

Era un pensamiento asombroso. ¿Acaso Claire había llevado a su hija a Escocia para presentarle a su verdadero padre? Roger sacudió la cabeza. Para Brianna sería muy confuso, y para Claire, penoso. El padre tampoco entendería nada. Y era evidente que la muchacha adoraba a Frank Randall. ¿Cómo iba a sentirse, al enterarse de que no tenía ningún lazo de sangre con el hombre al que había idolatrado toda su vida?

Roger se sintió mal por todos, incluyéndose a sí mismo. No quería tener que ver con aquello, y deseaba volver al mismo estado de maravillosa ignorancia que disfrutaba el día anterior. Claire Randall le caía bien, muy bien, y le resultaba desagradable la idea de que hubiese cometido adulterio. Al mismo tiempo, se rió de sí mismo por ser tan anticuado y sentimental. ¿Quién sabía cómo habría sido su vida con Frank Randall? Tal vez había tenido una buena razón para escaparse con otro hombre. Pero entonces, ¿por qué había vuelto?

Empapado y de mal humor, Roger regresó a casa. Se quitó la chaqueta y subió a darse un baño. A veces un buen baño le ayudaba a tranquilizarse, y lo

necesitaba.

Pasó la mano por las perchas de su armario, buscando su viejo albornoz blanco. Sin saber por qué, buscó en la parte trasera del armario, deslizando las perchas hasta que encontró la que buscaba.

Miró la raída bata con afecto. Se acercó la suave tela a la nariz e inspiró hondo, con los ojos cerrados. El leve aroma de *whisky* le hizo recordar al reverendo Wakefield.

Muchas veces había olido aquel aroma reconfortante, mezclado con una nota de colonia Old Spice. Roger había donado el resto de la ropa del anciano, pero por algún motivo no quería separarse de la bata.

Siguiendo un impulso se la echó sobre los hombros desnudos, algo sorprendido por su calidez. Movié los hombros placenteramente bajo la seda y se ató el cinturón con un nudo.

Mirando a su alrededor para evitar a Fiona, recorrió el pasillo hasta el cuarto de baño. Había un calentador de agua sobre la bañera. Otro de sus recuerdos de la infancia era el terror semanal de tratar de encender el calentador con un encendedor de pedernal para tomar un baño caliente; el gas le pasaba junto a la cabeza con un amenazador siseo mientras los dedos, húmedos por el miedo a la explosión y a la muerte inminente, resbalaban sobre el metal del encendedor.

El calentador, que hacía algún tiempo era automático, gorgoteaba y la invisible llama de gas gruñía y silbaba bajo el armazón de metal. Roger abrió el grifo de agua caliente al máximo, dio media vuelta al de agua fría y se quedó mirándose en el espejo mientras esperaba que se llenara la bañera.

No estaba tan mal, reflexionó, escondiendo el estómago y enderezándose ante el espejo de cuerpo entero que había detrás de la puerta. Firme. Delgado. De piernas largas pero no demasiado. ¿Tal vez un poco estrecho de hombros? Frunció el entrecejo con expresión crítica.

Se pasó una mano por el espeso pelo oscuro hasta que quedó tieso, tratando de imaginarse con barba y pelo largo, como algunos de sus estudiantes. ¿Se veía bien o parecía anticuado? Tal vez podría ponerse un aro, pero parecería un pirata, como Edward Teach o Henry Morgan. Juntó las cejas y descubrió los dientes.

—Grrrr —dijo a su reflejo.

—¿Señor Wakefield? —dijo el reflejo.

Roger dio un salto, asustado, y chocó contra la pata de la antigua bañera.

—¡Ay!

—¿Se encuentra bien, señor Wakefield? —preguntó el espejo. El pomo de porcelana de la puerta se movió.

—¡Por supuesto que sí! —dijo irritado, mientras miraba con furia la puerta—. ¡Vete, Fiona, me estoy bañando!

Hubo una risita al otro lado de la puerta.

—¡Oh, dos veces el mismo día! ¡Pero qué coqueto! ¿Quiere sales de baño? Están en el armario.

—No, no quiero —rugió. El agua había llegado hasta la mitad de la bañera y cerró los grifos. El repentino silencio le resultó tranquilizador. Inspiró profundamente una nube de vapor. Retrocedió un poco por el calor, cobró ánimos, se metió en el agua y se sentó. Sintió que sudaba a medida que el calor ascendía por su cuerpo.

—¿Señor Wakefield? —La voz estaba de regreso, gorjeando al otro lado de la puerta.

—Vete, Fiona —gruñó entre dientes, acomodándose en la bañera. El vapor lo envolvió, reconfortante como los brazos de una amante—. Tengo todo lo que necesito.

—No, no es verdad —dijo la voz.

—Sí. —Pasó revista a la fila de botellas y frascos que había sobre la repisa de la bañera—. Tres clases de champú. Acondicionador de pelo. Espuma de afeitar. Maquinilla de afeitar. Gel de baño. Jabón facial. Loción para después del afeitado. Colonia. Desodorante. No me falta absolutamente nada, Fiona.

—¿Y toallas? —inquirió dulcemente la voz.

Después de mirar con desesperación hasta el último rincón del baño y comprobar que no había ninguna, Roger cerró los ojos, apretó los dientes y contó lentamente hasta diez. Al no ser suficiente, contó hasta veinte. Entonces, sintiéndose capaz de responder sin que le saliera espuma por la boca, dijo con calma:

—Está bien, Fiona. Déjalas fuera, por favor. Y después, por favor, por favor, Fiona... vete.

Hubo un rumor de actividad, seguido por el sonido de pasos que se alejaban con desgana. Roger, con un suspiro de alivio, se entregó al placer de la intimidad. Paz. Tranquilidad.

Podía pensar en su perturbador descubrimiento; sintió curiosidad por el misterioso padre de Brianna. A juzgar por la hija, el hombre tendría mucho atractivo físico. ¿Habría bastado eso para seducir a una mujer como Claire Randall?

Ya había considerado la posibilidad de que el padre de Brianna fuera escocés. ¿Viviría, o habría vivido, en Inverness? Quizás a eso se debía el nerviosismo de Claire. Pero ¿y los confusos ruegos que le había hecho? No quería que llevara a Brianna a Craigh na Dun, ni que le mencionara al capitán de los hombres de Broch Tuarach. ¿Por qué?

Un pensamiento repentino hizo que se incorporara. ¿Y si Claire no estuviera interesada en el soldado jacobita del siglo dieciocho, sino sólo en su nombre? ¿Y si el padre de su hija también se llamaba James Fraser? Era un nombre común en las Tierras Altas.

Sí, pensó, ésa podía ser la explicación. En cuanto al deseo de Claire de enseñarle ella misma el círculo de piedras, quizá estaba relacionado con el misterio del padre. Quizá lo había conocido allí, o a lo mejor Brianna fue concebida allí. Roger sabía muy bien que el círculo de piedras era un lugar de citas; él mismo había llevado allí a chicas de la escuela secundaria, confiando en que el aire de misterioso paganismo del círculo venciera su timidez.

De repente tuvo una visión: las piernas finas y blancas de Claire Randall, entrelazadas en salvaje abandono con el cuerpo desnudo y fuerte de un hombre pelirrojo, los dos cuerpos mojados por la lluvia y llenos de barro, retorciéndose en éxtasis entre las piedras verticales. La visión fue tan chocante y nítida que Roger empezó a temblar.

¡Por Dios! ¿Cómo podría mirar a Claire a los ojos la próxima vez que la viera? ¿Y qué le diría a Brianna? «¿Has leído algún libro bueno últimamente?», «¿Has visto alguna película buena?». «¿Sabías que eres ilegítima?».

Sacudió la cabeza, tratando de aclarar sus pensamientos. No sabía qué hacer, era una situación confusa. No quería ser parte de ella, pero de hecho ya lo era. Claire Randall le caía bien; también Brianna Randall... a decir verdad,

mucho más que eso. Quería protegerla y evitarle cualquier sufrimiento. Pero no parecía encontrar la manera. Lo único que podía hacer era mantener la boca cerrada hasta que Claire hiciera lo que planeaba hacer. Luego, recogería los pedazos.

## 3

### *Madres e hijas*

No sé cuántos salones de té hay en Inverness. La calle Mayor está llena de pequeños cafés y tiendas. Al darle su real beneplácito, la reina Victoria había transformado las Tierras Altas en un lugar seguro para los viajeros y cada vez llegaban más turistas. Los escoceses, que no estaban acostumbrados a recibir del sur más que invasiones armadas e intromisiones políticas, aceptaron el desafío.

En cualquier pueblo de las Tierras Altas hay muchas tiendas que venden panecillos, pañuelos bordados con cardos, gaitas de juguete, insignias de clanes de aluminio fundido, abrecartas con forma de *claymor*, monederos y muchos artículos hechos con falsas telas escocesas de clanes.

Al mirar un surtido de servilletas que tenían grabado un dibujo bastante inexacto del monstruo del lago Ness cantando «Auld Lang Syne», pensé que la reina Victoria había sido una irresponsable.

Brianna paseaba por el angosto pasillo de la tienda mirando las mercancías que colgaban del techo.

—¿Crees que es auténtica? —preguntó, señalando una cornamenta de ciervo.

—¿La cornamenta? Pues, sí. No creo que la tecnología haya llegado tan lejos —respondí—. Además, fijate en el precio. Cualquier cosa que valga más de cien libras tiene que ser auténtica.

Los ojos de Brianna se agrandaron y bajó la cabeza.

—¡Caray! Entonces creo que a Jane le voy a llevar un retal de tela escocesa.

—Las telas escocesas de lana de buena calidad no cuestan mucho menos —le advertí— pero será mucho más fácil de llevar en el avión. Vamos a la tienda de *kilts*.

Había empezado a llover, como de costumbre, y metimos nuestros paquetes debajo de los impermeables que yo había insistido en llevar. Brianna se echó a reír.

—No me extraña que haya sido un escocés el que inventó el impermeable —dijo, mientras miraba el agua que caía por el borde de la cornisa—. ¿Aquí llueve siempre?

—Casi —dije, mientras miraba a un lado y otro de la calle para cruzar—. Aunque siempre he pensado que el señor Macintosh debió de haber sido un cobarde; la mayoría de los escoceses que conozco son impermeables a la lluvia.

—Mamá, será mejor cruzar en la esquina. Aquí no se puede.

No me negué. Mi corazón bombeaba adrenalina bajo el húmedo impermeable. «¿Cuándo vas a terminar con todo esto? —preguntaba mi conciencia—. No es posible tragarse la mitad de las cosas que empiezas a decir. ¿Por qué no se lo cuentas todo?».

«Todavía no —pensé—. No soy cobarde, y si lo soy, no importa. Pero todavía no es el momento. Quiero que vea Escocia primero. No esto —me dije mientras pasábamos frente una tienda—, sino el campo. Y Culloden. Sobre todo, quiero contarle el final de la historia. Y para eso necesito a Roger».

Como si lo hubiera evocado con el pensamiento, apareció el techo anaranjado de un viejo Morris.

Brianna también lo había visto. No podía haber en Inverness muchos coches como aquél. Lo señaló y dijo:

—Mira, mamá, ¿no es el coche de Roger?

—Sí, creo que sí —dije. Había un café a la derecha. Cogí a Brianna del brazo y entramos.

—Tengo hambre —dije—. Tomemos chocolate con pastas.

Bree no opuso resistencia. Se sentó y cogió la hoja verde que servía de carta.

No tenía muchas ganas de tomar chocolate pero necesitaba un momento para pensar. En el aparcamiento, un letrero decía SÓLO PARA USUARIOS DEL TREN. A menos que Roger supiera algo que yo ignoraba sobre el rigor de la ley y el orden en Inverness, todo indicaba que había subido a un tren. Lo más probable era que fuera a Edimburgo o Londres. Se tomaba muy en serio la investigación.

Nosotras habíamos viajado en tren desde Edimburgo. Traté de recordar el horario, pero no lo logré.

—¿Volverá Roger en el tren de la tarde? —preguntó Bree, haciéndose eco de mis pensamientos. El hecho de que se preocupara por la llegada de Roger me dio que pensar.

Al parecer, se interesaba por él.

—Estaba pensando —dijo— que tendríamos que comprarle algo a Roger, para agradecerle lo que hace por ti.

—Buena idea —dije—. ¿Qué crees que le gustará?

Brianna miró su taza como buscando inspiración.

—No sé. Algo bonito. Este proyecto parece darle mucho trabajo. —De repente me miró—. ¿Por qué le encomendaste este trabajo? —preguntó—. Para rastrear personas del siglo dieciocho, existen compañías especializadas. Que hacen genealogías y cosas por el estilo. Papá habría llamado a Scot-Search si hubiese necesidad de algo así y no hubiese tenido tiempo para hacerlo.

—Sí, lo sé —dije. Estábamos sobre terreno frágil—. Este proyecto era... algo especial para tu padre. Le habría gustado que lo hiciera Roger.

—Ah. —Se quedó callada mirando la lluvia. Un rato después, preguntó de repente—: ¿Echas de menos a papá?

—Sí —respondí. Acaricié con el índice el borde de mi taza—. No siempre nos llevábamos bien, como sabes, pero... sí. Nos respetábamos y nos queríamos. Sí, lo echo de menos.

Ella asintió, sin decir nada, y cubrió mi mano con la suya, dándome un pequeño apretón.

—Vaya —dije por fin, echando la silla hacia atrás—. Me olvidé de algo.

Tengo que enviar una carta al hospital. ¿Por qué no vas sola a la tienda de *kilts*? Nos encontraremos más tarde.

Bree pareció sorprendida, pero asintió.

—Está bien. ¿Pero no está lejos el correo? Vas a empaparte.

—No, cogeré un taxi.

En la mayoría de las ciudades, lo normal es que los taxis desaparezcan cuando llueve. Sin embargo, tal conducta en Inverness habría amenazado de extinción a los taxis. Pronto encontré dos taxis negros frente a un hotel. Entré en uno de ellos con una cómoda sensación de familiaridad.

—¿Número sesenta y cuatro? Es la vieja rectoría, ¿no? —A pesar de la calefacción del taxi, el conductor llevaba una bufanda y una gruesa chaqueta, además de una gorra que protegía su cabeza de las corrientes. Los escoceses se habían vuelto blandos, pensé; había pasado mucho tiempo desde los días en que los robustos montañeses dormían en la pradera sólo con la camisa y la capa. Pero yo tampoco estaría dispuesta a dormir en la pradera con una capa mojada. Hice una seña al conductor y partimos en medio de la lluvia.

No me gustaba mucho entrevistar a la asistente de Roger a sus espaldas, ni engañar a Bree. Pero habría sido difícil explicárselo. Aún no había decidido la manera ni el momento en que hablaría con ellos, pero sabía que aún faltaba mucho tiempo.

Busqué en el impermeable el sobre de Scot-Search. No había prestado mucha atención al trabajo de Frank, pero conocía la empresa, que contaba con varios investigadores especializados en genealogía escocesa; no era la clase de empresa que investiga el árbol genealógico de alguien para buscar su relación con Roberto I, rey de Escocia.

Scot-Search había realizado un trabajo minucioso y discreto con Roger. Sabía quiénes habían sido sus antepasados desde siete u ocho generaciones. Lo que no sabía era cómo reaccionaría. El tiempo lo diría.

Pagué el taxi y fui hasta la casa del ministro.

Fiona sonrió al verme; la sonrisa era algo natural en su rostro. Llevaba vaqueros y un delantal con volantes; el aroma a limón y comida recién horneada emanaba de ella como incienso.

—¡Qué sorpresa, señora Randall! —exclamó—. ¿Puedo serle útil en algo?

—Tal vez sí, Fiona —respondí—. Quiero hablar contigo de tu abuela.

—¿Te sientes bien, mamá? Si quieres que me quede contigo, puedo llamar a Roger y decirle que iremos mañana. —Brianna habló desde la puerta del dormitorio, preocupada. Llevaba botas, vaqueros, un jersey y el brillante pañuelo de seda que le había llevado Frank de París poco antes de su muerte, hacía dos años.

—Del mismo color de tus ojos, pequeña belleza —había dicho Frank sonriendo—: Anaranjado. —El «pequeña belleza» se había convertido en una broma entre ellos cuando Bree superó el metro sesenta de Frank, a los quince años. Así la había llamado desde que era niña, y la ternura del viejo apodo perduraba cuando Frank se estiraba para besarle la punta de la nariz.

En realidad, era la parte azul del pañuelo el color de sus ojos; el de lagos escoceses y cielos estivales; el azul nebuloso de las montañas distantes. Sabía que Brianna adoraba aquel pañuelo, por lo cual supe que tenía mucho interés por Roger.

—No, estoy bien —le aseguré—. La señora Thomas me ha traído té con tostadas; tal vez coma un poco más tarde. —Esperé que no pudiera oír el ruido que hacía mi estómago vacío bajo las sábanas.

—En ese caso... —se volvió hacia la puerta, como con desgana—. Volveremos enseguida, en cuanto hayamos visto Culloden.

—No os preocupéis por mí —le dije.

Esperé hasta oír que se cerraba la puerta de la calle. Entonces abrí el cajón de la mesilla y saqué la tableta de chocolate con almendras que había escondido la noche anterior.

Una vez restablecidas las relaciones cordiales con mi estómago, me recosté sobre la almohada. La rama de un tilo golpeó la ventana; el viento soplaba. La habitación estaba cálida gracias al radiador que había al pie de mi cama; sin embargo, me estremecí. En Culloden haría frío.

No, quizá, tanto frío como en abril de 1746, cuando Bonnie Prince Charlie condujo a sus hombres al campo de batalla para enfrentarse a la nieve y a los cañones ingleses. Los informes del día decían que hacía un frío intenso. Los escoceses heridos yacían entre los muertos, empapados de sangre y de lluvia, a merced de los vencedores. El duque de Cumberland, al

frente del ejército inglés, no tuvo clemencia con los caídos.

Los muertos fueron apilados como si fueran leña y quemados para impedir que se extendiera una epidemia. La historia dice que muchos de los heridos tuvieron un destino similar. Todos yacían protegidos de la guerra o del clima, bajo el prado de Culloden.

Hacía casi treinta años que había conocido el lugar, cuando Frank me llevó en nuestra luna de miel. Pero Frank también estaba muerto y yo había llevado a mi hija a Escocia. Quería que Brianna conociera Culloden, pero nada me obligaría a volver a poner el pie sobre aquel páramo.

Supuse que sería mejor permanecer en la cama para que se creyera el malestar que me había impedido acompañarlos. La señora Thomas podía contarle a Brianna que me había levantado y había pedido el almuerzo. Miré dentro del cajón: otras tres tabletas de chocolate y una novela de misterio. Con suerte, me ayudarían a pasar el día.

La novela era bastante buena, pero me quedé dormida y soñé con montañeses vestidos con *kilts*.

## 4

### *Culloden*

—¡Vaya cara de cerdo! —Brianna se inclinó para mirar, fascinada, el maniquí rojo que había en el vestíbulo del Centro de Turismo de Culloden: Medía poco más de un metro sesenta y tenía una peluca empolvada.

—Es que era pequeño y gordo —dijo Roger—. Sin embargo, era todo un general, por lo menos comparado con su elegante primo. —Señaló con la mano la alta figura de Carlos Eduardo Estuardo, al otro lado del vestíbulo.

—Lo llamaban «Carnicero Billy» —dijo Roger señalando al duque—. Y por una buena razón. Además de lo que hicieron aquí —dijo señalando la extensa pradera— los hombres de Cumberland fueron responsables del peor reinado del terror que haya habido jamás en las Tierras Altas. Persegúan a los supervivientes de la batalla hasta las colinas, quemando y saqueando todo lo que dejaban atrás. Dejaban morir de hambre a mujeres y niños, y asesinaban a los hombres sin preocuparse por averiguar si alguna vez habían luchado por Charlie. Uno de los contemporáneos del duque dijo refiriéndose a él: «Creó un desierto y lo llamó paz»... y me temo que aquí lo siguen odiando.

Y era cierto; el encargado del museo, amigo de Roger, le había contado que a Bonnie Prince lo trataban con respeto, mientras que los botones de la chaqueta del duque desaparecían muchas veces y la figura era objeto de más de una broma pesada.

—Me contó que una mañana llegó temprano y cuando encendió la luz, encontró una daga escocesa clavada en el vientre de su alteza —dijo Roger—. Dijo que se lo merecía.

—Supongo que sí —murmuró Brianna, mirando al duque—. ¿La gente todavía se lo toma tan en serio?

—Pues, sí. Los escoceses tienen buena memoria, y no son de los que perdonan.

—¿De veras? —Lo miró con curiosidad—. ¿Eres escocés?, Roger Wakefield no parece un apellido escocés, pero cuando hablas del duque de Cumberland... —Sonrió; Roger no sabía si se estaba burlando de él, pero le respondió con seriedad.

—Pues, sí. —Sonrió mientras hablaba—. Soy escocés. Wakefield no es mi verdadero apellido; el reverendo me lo dio al adoptarme. Era el tío de mi madre... Cuando mis padres murieron en la guerra, me llevó a vivir con él. Mi verdadero apellido es MacKenzie. Con respecto al duque de Cumberland... —dijo—, ahí fuera hay una lápida con el apellido MacKenzie. Muchos de mis parientes están enterrados ahí.

Se estiró para tocar una charretera dorada.

—No me lo tomo en forma tan personal como algunos pero tampoco he olvidado. —Le ofreció una mano y preguntó—: ¿Salimos?

Fuera hacía frío; el viento agitaba dos estandartes que pendían de sendos postes a cada lado del páramo, uno amarillo y el otro rojo; marcaban las posiciones donde estuvieron los dos comandantes, detrás de sus tropas, esperando el resultado de la batalla.

—Bien alejados del peligro, por lo que veo —dijo Brianna—. No era posible que se cruzaran en el camino de una bala perdida.

Roger notó que la muchacha temblaba, así que cogió su mano. Pensó que explotaría por la repentina felicidad que lo invadió, pero trató de ocultarla con un monólogo sobre historia:

—Bueno, así era como los generales dirigían: desde atrás. En especial Charlie; huyó tan de prisa al final de la batalla que dejó atrás el juego de cubiertos de plata.

—¿Un juego de cubiertos? ¿Merendó en medio de la batalla?

—Pues, sí. —Roger se dio cuenta que le gustaba ser escocés para

Brianna. En la universidad se esforzaba por ocultar su acento; sin embargo, en aquel momento le daba rienda suelta para conseguir una sonrisa de Brianna.

—¿Sabes por qué lo llamaban Príncipe Charlie? —preguntó Roger—. Los ingleses siempre han creído que era un apodo que demostraba cuanto lo querían sus hombres.

—¿Y no era así?

Roger sacudió la cabeza.

—En absoluto. Sus hombres la llamaban Príncipe *Tcharlach* —lo pronunció cuidadosamente— que en gaélico significa Charles. *Tcharlach mac Seamus*: «Charles, hijo de James». Muy formal y respetuoso. Pero *Tcharlach* en gaélico suena muy parecido a «Charlie» en inglés.

Brianna sonrió.

—¿Así que nunca fue «Bonnie Prince Charlie?».

—Entonces no. —Roger se encogió de hombros—. Ahora sí, por supuesto. Es uno de esos pequeños errores históricos que se dan por hechos. Hay muchísimos.

—¡Y eres historiador! —dijo Brianna en tono burlón.

Roger sonrió.

—Por eso lo sé.

Pasearon lentamente por los senderos de grava que conducían al campo de batalla. Roger señaló la posición de los diferentes regimientos que habían peleado, explicó el orden de la batalla y contó pequeñas anécdotas de los comandantes.

Mientras caminaban, el viento se calmó dejando paso al silencio del campo. El cielo estaba gris y nublado y todo lo que había bajo su cúpula parecía mudo; sólo se oía el murmullo de las plantas del páramo.

—Este lugar se llama «Pozo de la Muerte». —Roger se inclinó junto al pequeño manantial. Era un diminuto pozo de agua oscura situado bajo una saliente de piedra—. Uno de los capitanes murió aquí; sus seguidores lavaron la sangre de su rostro con agua de este manantial. Y allí están las tumbas de los clanes.

Las lápidas de los clanes eran enormes piedras de granito gris llenas de musgo. Estaban asentadas sobre el césped, al borde del páramo. Cada una

llevaba un solo nombre; la piedra estaba tan erosionada que en algunos casos era ilegible. MacGillivray, MacDonald, Fraser, Grant, Chisholm, MacKenzie.

—Mira —dijo Brianna casi en un susurro señalando una de las piedras. Allí había un pequeño montículo de ramas, junto con unas pocas flores.

—Es brezo —explicó Roger—. Es más común en el verano, cuando florece; entonces se ven montículos como ése frente a cada lápida. Es púrpura con alguna rama blanca; el blanco significa suerte y monarquía; era el emblema de Charlie, junto con la rosa blanca

—¿Quién los deja? —Brianna se agachó cerca del sendero, tocando las ramas suavemente con el dedo.

—Los visitantes. —Roger se agachó a su lado. Tocó las letras gastadas de la piedra: FRASER—. Los descendientes de los hombres que murieron aquí. O quienes sólo desean recordarlos.

La muchacha lo miró de reojo.

—¿Y tú alguna vez lo hiciste?

Roger miró hacia abajo, sonriendo.

—Sí. Supongo que soy un sentimental, pero sí.

Brianna miró los matorrales que bordeaban el sendero.

—¿Cuál es el brezo? —quiso saber.

Una vez de regreso, la melancolía de Culloden desapareció, pero la sensación de bienestar permaneció. Hablaron y rieron juntos como viejos amigos.

—Es una lástima que mamá no haya podido venir con nosotros —dijo Brianna.

Por mucho que apreciara a Claire Randall, Roger no estuvo de acuerdo. Tres, pensó, habrían sido demasiados. Sin embargo, asintió; un momento después preguntó:

—¿Cómo está tu madre? Espero que no esté muy enferma.

—No, no, es algo del estómago... por lo menos es lo que dice. —Brianna se puso seria un momento, y después se volvió hacia Roger, apoyando una mano sobre su pierna. Roger sintió que los músculos le temblaban desde la rodilla hasta la ingle, y le fue muy difícil concentrarse en lo que Brianna decía.

—¿... que esté bien? —terminó. Sacudió la cabeza y en su pelo brillaron

reflejos cobrizos a pesar de la luz opaca del coche—. No sé; parece muy afligida. No enferma, exactamente... más bien parece que estuviera preocupada por algo.

Roger sintió una repentina pesadez en la boca del estómago.

—Hum —dijo—. Tal vez es que está lejos de su trabajo. Estoy seguro de que se pondrá bien. —Brianna sonrió con gratitud cuando el coche se detuvo frente a la casita de piedra de la señora Thomas.

—Lo he pasado muy bien, Roger —dijo, rozándole el hombro—. Pero no te ayudé mucho con el proyecto de mamá. ¿No puedo ayudarte con el trabajo sucio?

El ánimo de Roger mejoró; sonrió.

—Creo que podría arreglarse. ¿Quieres venir mañana a intentarlo en el garaje conmigo? Si quieres ensuciarte, allí lo conseguirás.

—Estupendo. —Brianna sonrió—. Tal vez mamá venga también.

Sintió que se le endurecía el rostro, pero siguió sonriendo.

—Bien —dijo—. Ojalá. Así lo espero.

Al día siguiente, Brianna llegó sola a la rectoría.

—Mamá está en la biblioteca pública —explicó—. Consultando guías viejas. Busca a alguien que conocía.

A Roger le dio un vuelco el corazón. La noche anterior había buscado en la guía del reverendo. Había tres hombres llamados James Fraser en la guía, y dos más con un primer nombre distinto pero con la inicial «J» en el medio.

—Bien, espero que lo encuentre —dijo, tratando de parecer indiferente—. ¿Estás segura de que me quieres ayudar? Es una labor aburrida y sucia. —Miró a Brianna con expresión dubitativa, pero ella asintió convencida.

—Ya lo sé. A veces ayudaba a mi padre. Además, es el proyecto de mamá. Lo menos que puedo hacer es ayudarte.

—Muy bien. Deja que me cambie e iremos a echar un vistazo.

Cuando estuvieron dentro, Brianna sacudió las manos frente a su cara, tosiendo.

—¡Dios! —exclamó—. ¿Cuánto hace que no entra nadie aquí?

—Una eternidad, supongo —respondió Roger, abstraído. Iluminó el interior del garaje con la linterna, revelando montones de cajas de cartón.

Aquí y allá asomaban patas de muebles.

Había una especie de sendero entre los trastos; Roger entró y enseguida desapareció en un túnel lleno de polvo y sombras. Por fin con un grito de triunfo, tiró de un cordón y el garaje se iluminó.

—Por aquí —dijo Roger cogiendo a Brianna de la mano—. Hay un espacio vacío en la parte de atrás.

Había una mesa antigua apoyada en la pared trasera.

—Aquí podremos trabajar —dijo Roger mientras sacaba un taburete—. Siéntate. Veré si puedo abrir la ventana.

Brianna asintió, pero en vez de sentarse empezó a revisar los montones de cajas. Roger intentó abrir la ventana. Podía oírla a sus espaldas, leyendo las etiquetas.

—Aquí está 1930-33 —decía—. Y aquí 1942-46. ¿Qué son?

—Diarios —dijo Roger—. Mi padre... quiero decir, el reverendo, siempre llevaba un diario. Escribía todas las noches después de cenar.

—Parecía que encontraba mucho de que escribir. —Brianna alzó varias de las cajas y las amontonó a un lado para inspeccionar la siguiente pila—. Aquí hay cajas con nombres. Kerse. Livingston, Balnain. ¿Eran miembros de la parroquia?

—No, aldeas. —Roger hizo una pausa, jadeando. Se enjugó la frente, dejando una línea de suciedad en la manga de su camisa. Por fortuna se habían puesto ropa vieja para trabajar—. Las cajas tienen notas acerca de la historia de las aldeas de las Tierras Altas. Con esas notas escribió libros. Puedes verlos en las tiendas para turistas de toda Escocia.

Cogió un destornillador.

—Busca las que dicen «Registros parroquiales» o aldeas del aérea de Broch Tuarach —dijo.

—No sé los nombres de esas aldeas —indicó Brianna.

—Ah, me olvidaba. —Roger metió la punta del destornillador entre los bordes del marco de la ventana, quitando las capas de pintura vieja—. Nombres como Broch Mordha... Mariannan, St. Kilda. Hay otros, pero sé que en esas aldeas había iglesias bastante grandes que fueron cerradas o demolidas.

—De acuerdo. —Brianna apartó una tapa que colgaba y, de repente, saltó

hacia atrás y gritó:

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Roger se dio la vuelta, destornillador en mano, listo para atacar.

—No sé. Algo ha salido corriendo cuando toqué esa tapa. —Brianna señaló y Roger bajó el arma, aliviado.

—Ah, ¿eso? Un ratón, tal vez. O una rata.

—¿Una rata? ¿Tienes ratas aquí? —La tensión de Brianna era evidente.

—Bueno, espero que no, porque de ser así se habrán comido los archivos que estamos buscando —respondió Roger. Le dio la linterna—. Toma, apunta a la oscuridad; por lo menos no te cogerá por sorpresa.

—Muchísimas gracias. —Brianna aceptó la linterna, pero siguió mirando las cajas con aprensión.

—Vamos, continúa —dijo Roger—. ¿O prefieres que declame una sátira a la rata?

El rostro de Brianna se iluminó con una amplia sonrisa.

—¿Una sátira a la rata? ¿Qué es eso?

Roger tardó en responder. Por fin, con un crujido, la ventana cedió y una corriente de aire penetró a través del espacio que había creado.

—¡Por Dios, así está mejor! —Se abanicó mientras sonreía a Brianna—. ¿Continuamos?

Brianna le entregó la linterna y dio un paso hacia atrás.

—¿Qué te parece si tú buscas las cajas y yo las inspecciono? ¿Y qué es una sátira a la rata?

—¡Cobarde! —dijo Roger, inclinándose para buscar debajo de la tapa—. La sátira a la rata es una antigua costumbre escocesa; si había ratas o ratones en tu casa o en tu granero, podías hacerlas desaparecer al recitar un poema que también podía cantarse; dice que la comida era muy pobre en el sitio donde se encontraban y muy rica en otro sitio. Les decías dónde debían ir y cómo llegar y presumiblemente, si la poesía era buena, se iban.

Sacó una caja en que decía JACOBITAS, VARIOS, y la llevó a la mesa, mientras cantaba:

*Vosotras, ratas, sois demasiadas,  
si queréis cenar en abundancia,*

*debéis iros, debéis iros.*

Dejó caer la caja con estrépito e hizo una reverencia en respuesta a la carcajada de Brianna. Se volvió hacia el montón, mientras continuaba con voz estentórea:

*Id al jardín de los Campbell,  
donde ningún gato monta guardia  
y la col crece y madura.*

*Id y llenad vuestras panzas,  
no sigáis royendo mis bienes  
¡Idos, ratas, idos ya!*

Brianna soltó una carcajada.

—¿Acabas de inventarla?

—Por supuesto. —Roger depositó otra caja sobre la mesa—. Una buena sátira de la rata debe ser original. —Dijo y echó un vistazo a las apretadas filas de cajas.

—Bien. —Brianna extrajo una navaja de bolsillo y cortó la cinta de la caja de encima—. Deberías venir e inventar una en la casa de huéspedes; mamá dice que hay ratones en el baño. Algo mordió su jabonera.

—Sólo Dios sabe lo que se necesita para desalojar a un ratón capaz de comer jabón; está fuera de mis humildes poderes. —Sacó un cojín raído de detrás de un montón de enciclopedias y se lo dio a Brianna—. Te daré los registros parroquiales; son más fáciles de leer.

Trabajaron toda la mañana en cordial camaradería. Encontraron poco que fuera de valor para el proyecto.

—Será mejor que hagamos un alto para almorzar —dijo Roger. No quería volver a casa, donde, una vez más, se encontraría a merced de Fiona, pero el estómago de Brianna había comenzado a hacer ruido al mismo tiempo que el suyo.

—De acuerdo. Podemos seguir después de comer, si no estás demasiado cansado. —Brianna se puso en pie y se desperezó—. ¡Eh! —Brianna se

detuvo en seco, cerca de la puerta. Roger, que la seguía, casi se dio de narices con su nuca.

—¿Qué pasa? —preguntó—. No será otra rata, ¿no? —Advirtió que el sol brillaba en la gruesa trenza de la muchacha. A Roger le pareció que tenía un aire medieval; Nuestra Señora de los Archivos.

—No. ¡Mira esto, Roger! —Señaló una caja de cartón. Con letra del reverendo, había una sola palabra: *Randall*.

Roger sintió una mezcla de excitación y aprensión. La excitación de Brianna era enorme.

—¡Tal vez esté aquí el material que buscamos! —exclamó—. Mamá dijo que era algo en lo que estaba interesado mi padre; tal vez él ya había preguntado al reverendo al respecto.

—Tal vez. —Roger se arrodilló para sacar la caja de su sitio—. Llévemola a casa; la miraremos después de almorzar.

La caja contenía un variado surtido de objetos. Había fotocopias de registros parroquiales, dos o tres listas militares, cartas y papeles sueltos, una libreta pequeña y delgada, unas viejas fotografías y una carpeta con el nombre *Randall* en la tapa.

Brianna cogió la carpeta y la abrió.

—¡Es el árbol genealógico de papá! —exclamó—. Fíjate. —Le pasó la carpeta a Roger. Dentro había dos hojas de pergamino grueso. La fecha de comienzo era 1633; la anotación final, al pie de la segunda página, rezaba:

*Frank Wolverton Randall c. Claire Elizabeth Beauchamp, 1937*

—Hecho antes de que nacieras tú —murmuró Roger.

Brianna miró por encima del hombro de Roger mientras éste señalaba con el dedo las ramas del árbol genealógico.

—Lo he visto antes; papá tenía uno en el estudio. Pero me había añadido al final. Este debe de ser anterior.

—Tal vez el reverendo haya hecho parte de la investigación para él. —Roger cogió uno de los papeles de la mesa.

—Esto es una reliquia para ti —dijo, mirando el escudo de armas grabado en el papel—. Un nombramiento militar, firmado por su majestad el rey Jorge II.

—¡Jorge II! ¡Es anterior a la revolución de Estados Unidos!

—Mucho antes. La fecha es 1735. El nombramiento es para Jonathan Wolverton Randall. ¿Conoces ese nombre?

—Sí. —Brianna asintió con la cabeza—. Papá lo nombraba de vez en cuando; era uno de sus ancestros, del que sabía mucho. Era un capitán del ejército que luchó contra Bonnie Prince Charlie en Culloden. —Miró a Roger, pestañeando—. Creo que murió en la batalla. ¿No estará enterrado allí?

Roger sacudió la cabeza.

—Juraría que no. Los ingleses recogieron los cadáveres, y a sus muertos los enviaron a su país. A los oficiales, por lo menos.

En aquel momento apareció Fiona en la puerta, con un plumero en la mano.

—Señor Wakefield —dijo—. Un hombre ha venido a buscar el camión del reverendo, pero no lo puede poner en marcha. Quiere que le eche una mano.

Roger se sobresaltó, sintiéndose culpable. Había sacado la batería para llevarla a probar a un taller y todavía estaba en el asiento trasero de su Morris. No era raro que el camión no arrancara.

—Tendré que ir a resolver este asunto —dijo a Brianna—. Me temo que me llevará un buen rato.

—Está bien. —La muchacha sonrió—. Yo también tengo que irme; queríamos visitar Clava Cairns. Gracias por el almuerzo.

—Fue un placer... para mí y para Fiona. —Roger lamentó no poder ofrecerse a acompañarla, pero el deber lo llamaba. Miró los papeles, los juntó y los volvió a guardar en la caja.

—Toma —le dijo a Brianna—. Todo esto es de tu familia. Llévatelo. A lo mejor a tu madre le interesa.

—¿De verdad? Bien, muchas gracias, Roger. ¿Estás seguro?

—Absolutamente —dijo—. Aunque, espera, quizá no todo. —Debajo de la carta de nombramiento había un cuaderno gris que sobresalía; lo sacó y

volvió a arreglar los papeles en la caja—. Parece uno de los diarios del reverendo. No sé qué hace aquí, pero es mejor que lo ponga con los otros. La Sociedad Histórica los quiere todos.

—Claro. —Brianna se había levantado para irse, apretando la caja contra su pecho, pero vaciló, mirándolo. ¿Quieres... que vuelva?

Roger sonrió. Tenía telarañas en el pelo y una mancha en la nariz.

—Nada me gustaría más. Nos vemos mañana, ¿eh?

\* \* \*

Roger siguió pensando en el diario del reverendo mientras ponía en marcha el viejo camión; luego vino el tasador de muebles, a separar las antigüedades valiosas de la basura y a tasar los muebles del reverendo para la subasta.

Lo que se hacía con las pertenencias del reverendo le dejó una sensación de melancolía. Después de todo, equivalía a dismantelar su propia juventud.

Cuando se sentó en el estudio después de la cena no supo si fue la curiosidad por los Randall lo que le impulsó a coger el diario, o simplemente la necesidad de recobrar una tenue relación con el reverendo.

Los diarios eran concienzudos; los rasgos de tinta habían registrado todos los eventos de la comunidad. La libreta gris provocó en Roger una visión inmediata del reverendo.

«Es una disciplina —le había explicado—. Es bueno tener una actividad que ordene la mente. Los monjes católicos tienen servicios a horas fijas todos los días y los sacerdotes tienen sus breviarios. Me temo que no tengo tanta devoción, pero escribir los sucesos del día me ayuda a aclarar la mente; después de hacerlo puedo rezar con el corazón tranquilo».

Con el corazón tranquilo. Roger deseó lo mismo, pero no tenía calma desde que había encontrado aquellos recortes.

Abrió el libro al azar y volvió lentamente las páginas buscando el nombre *Randall*. Las fechas eran de enero a junio de 1948.

Lo que le había dicho a Brianna con respecto a la Sociedad Histórica era cierto, pero no era el principal motivo para conservar el libro. En mayo de

1948, Claire Randall había regresado de su misteriosa desaparición. El reverendo conocía bien a los Randall. Tal acontecimiento debía de figurar en su diario.

Lo encontró en la anotación correspondiente al 7 de mayo:

*He estado con Frank Randall esta tarde. ¡Este asunto de su mujer es tan penoso! La vi ayer; es frágil, pero sus ojos miran tan fijamente que me ponen nervioso. Pobre mujer. A pesar de todo, hablaba con sensatez.*

*Su experiencia desequilibraría a cualquiera. Corren unos rumores terribles. El doctor Bartholomew fue muy imprudente al contarle a todo el mundo que está embarazada. Es tan difícil para Frank. ¡Y para ella, por supuesto! Ambos me caen bien.*

*La señora Graham está enferma. Podría haber elegido un momento mejor. Venta de artículos donados la semana próxima, y el porche lleno de ropa vieja...*

Roger pasó varias páginas, buscando otra mención de los Randall. La encontró. Correspondía a la misma semana.

*Mayo 10. Frank Randall ha venido a comer. Hago lo que puedo para reunirme con él y su mujer. Voy a visitarla una hora casi cada día con la esperanza de apaciguar un poco los chismes. Es digna de lástima; ahora dicen que está loca. Creo que a ella le molestaría más que la creyeran loca que inmoral. Debe de ser una cosa o la otra, ¿no?*

*He intentado hablar de sus experiencias, pero se queda callada. Habla de cualquier tema, pero siempre parece que está pensando en otra cosa.*

*Este domingo tengo que dar un sermón sobre los males que acarrearán las habladurías, aunque quizá llamar la atención sobre el caso empeore la situación.*

*Mayo 12. No puedo creer que Claire Randall esté loca. He oído los*

*rumores, por supuesto, pero no veo nada en su comportamiento que parezca inestable.*

*Creo, sí, que guarda un secreto terrible que está decidida a ocultar. Se lo comenté a Frank con mucha cautela; es reticente, pero seguro que ella le ha dicho algo. He dejado bien claro que quiero ayudarles.*

*Mayo 14. Ha venido a visitarme Frank Randall. Estoy muy intrigado. Me ha pedido ayuda. Pero no entiendo por qué me ha pedido eso. Parece muy importante para él. Se contiene, pero está muy tenso. Me da miedo que se relaje la tensión.*

*Claire ya está bien para viajar. Frank tiene la intención de llevarla a Londres esta semana. Le aseguré que le comunicaría los resultados por carta a la dirección de su universidad. Para que no se entere su esposa.*

*Tengo varios apuntes sobre Jonathan Randall, aunque no entiendo qué papel juega en este lamentable suceso. De James Fraser, nada, como le dije a Frank. Un misterio total.*

Un misterio, pensó Roger. ¿Qué le habría pedido Frank Randall que hiciera? Al parecer, que averiguara lo que pudiera sobre Jonathan Randall y James Fraser. De manera que Claire le había contado algo de James Fraser. Si no todo.

Pero ¿qué conexión podía haber entre un capitán del ejército inglés muerto en Culloden en 1746 y la desaparición de Claire en 1945? ¿Y qué tenía que ver con el nacimiento de Brianna?

El resto del diario eran apuntes cotidianos; la borrachera crónica de Derick Gowan, que culminó a fines de mayo, cuando sacaron su cadáver del río Ness; la boda de Maggie Brown y William Dundee; la apendicitis de la señora Graham.

Roger se descubrió sonriendo, al recordar el gran interés del reverendo por su rebaño. Casi se saltó la última anotación referida a Frank Randall.

*Junio 18. He recibido una breve nota de Frank Randall avisándome*

*de que la salud de su esposa es algo precaria: el embarazo es delicado. Me suplica que rece por ellos.*

*Le respondí deseándole lo mejor para él y su esposa. Le hablé acerca del sorprendente descubrimiento de la tumba de Jonathan Randall en St. Kilda. Le pregunté si quiere que saque una foto de la lápida.*

Eso era todo. Ya no había otra mención de los Randall, ni de James Fraser. Roger apartó el cuaderno. La lectura le había dado dolor de cabeza.

Además de confirmar su sospecha de que había un tal James Fraser mezclado en todo el asunto, éste era tan impenetrable como antes. ¿Qué tenía que ver Jonathan Randall? ¿Por qué estaba enterrado en St. Kilda? La carta de nombramiento daba como lugar de nacimiento una heredad en Sussex. Entonces, ¿cómo diablos terminó en un remoto cementerio escocés? No estaba tan lejos de Culloden, pero ¿por qué no habrían enviado su cuerpo a Sussex?

—¿Va a necesitar algo más esta noche, señor Wakefield? —La voz de Fiona le sacó de sus meditaciones. Se incorporó y la vio con una escoba y un trapo en la mano.

—¿Qué? Eh, no. No, gracias, Fiona. Pero ¿qué estás haciendo con todo eso? ¿No estarás limpiando a esta hora de la noche?

—Bueno, es por las señoras de la iglesia —dijo ella—. ¿Recuerda que les dio permiso para tener aquí su reunión mensual mañana? Pensé que sería mejor que limpiara un poco.

¿Las señoras de la iglesia? Roger se acobardó al pensar en cuarenta amas de casa descendiendo sobre la rectoría en una avalancha de elegantes vestidos y perlas cultivadas.

—¿Va a tomar el té con las señoras? —preguntó Fiona—. El reverendo siempre lo hacía.

La idea de recibir a Brianna Randall y a las señoras de la iglesia al mismo tiempo fue más de lo que pudo soportar Roger.

—No —respondió bruscamente—. Mañana... tengo un compromiso. — Su mano cayó sobre el teléfono—. Si me disculpas, Fiona, tengo que hacer una llamada.

\* \* \*

Brianna entró sonriendo en el dormitorio. Levanté la mirada de mi libro y arqueé una ceja inquisitivamente.

—¿Te ha llamado Roger? —le pregunté.

—¿Cómo lo sabes? —Pareció intrigada por un momento, luego sonrió, mientras se quitaba la bata—. Ah, ¿lo dices porque es el único chico que conozco en Inverness?

—No creí que ninguno de tus amigos te llamara desde Boston —expliqué. Eché un vistazo al reloj de la mesilla—. Por lo menos no a esta hora; deben de estar jugando al fútbol.

Brianna no dijo nada y metió los pies debajo de las mantas.

—Roger nos invita a ir mañana a un lugar llamado St. Kilda. Dice que hay una antigua iglesia, muy interesante.

—He oído hablar de ella —dije, bostezando—. Muy bien, ¿por qué no? Pero si vamos a pasarnos el día leyendo viejas lápidas, desisto. Desenterrar el pasado es un trabajo muy duro.

Me pareció que iba a decir algo. Pero sólo asintió y estiró la mano para apagar la luz; seguía sonriendo.

Permanecí despierta, mirando en la oscuridad, oyéndola dar vueltas en la cama hasta que escuché la cadencia regular de su respiración. St. Kilda, ¿eh? Nunca había estado allí, pero había oído hablar de la vieja iglesia abandonada, como había dicho Brianna, apartada de la ruta turística; sólo algún investigador la visitaba. Quizás encontraría allí la ocasión propicia. Tendría a Roger y a Brianna juntos, solos, sin temor a interrupciones. Tal vez era el lugar adecuado para contarles... allí, entre los feligreses muertos tanto tiempo atrás en St. Kilda. Roger no había verificado aún el paradero del resto de los hombres de Lallybroch, pero era casi seguro que habían escapado vivos de Culloden; era lo único que necesitaba saber de momento. Así podía contarle a Bree el final de la historia.

Se me secó la boca al pensar en la entrevista que me aguardaba. ¿Dónde iba a encontrar las palabras? Traté de imaginar la escena: qué diría, cómo

reaccionarían ellos... pero la imaginación me falló. Lamenté más que nunca haber prometido a Frank que nunca escribiría al reverendo Wakefield. De haberlo hecho, Roger por lo menos lo sabría. O tal vez no; tal vez el reverendo no me habría creído.

Di vueltas en la cama, buscando inspiración, pero el cansancio me invadió. Como si al pensar en él hubiera evocado el espíritu del reverendo, una cita bíblica se filtró en mi conciencia adormecida: «Suficiente por este día», parecía murmurar la voz del reverendo, «suficiente por este día es el mal». Después caí dormida.

\* \* \*

Me desperté en la oscuridad, sujetando las mantas. Me latía el corazón con tanta fuerza que me estremecía como la piel de un tambor.

—¡Dios mío! —exclamé.

La seda de mi camisón estaba caliente y pegada a mi cuerpo; bajé la mirada y pude ver mis pezones, duros como mármol. Los espasmos aún me recorrían las muñecas y los muslos, como los efectos de un terremoto. Ojalá no haya gritado. Quizá no. Alcancé a oír la respiración acompasada y tranquila de Brianna.

Volví a caer sobre la almohada, temblando débilmente; la repentina agitación había bañado mis sienes en sudor.

—¡Jesús, María y José! —murmuré mientras mi corazón volvía a latir con normalidad.

Uno de los efectos de dormir a deshoras es que se deja de soñar en forma coherente. En los primeros y largos años de maternidad, y más tarde los de residencia y las noches de guardia, me había acostumbrado a caer dormida de inmediato apenas me acostaba; los sueños eran inquietas llamas en la oscuridad, como neuronas disparadas al azar, recargándose para el día de trabajo.

Últimamente, al volver a un horario más normal, había vuelto a tener sueños normales, ya fueran pesadillas o sueños agradables. También me había familiarizado con este otro tipo de sueños.

Por lo general tales sueños llegaban flotando, suaves como el roce de las sábanas de satén y, aunque me despertaran, volvía a quedar dormida de inmediato; el recuerdo brillaba tenuemente, pero no duraba hasta la mañana.

Éste era diferente. No recordaba mucho del sueño, pero si unas manos que me agarraban con fuerza. Y una voz que casi gritaba, cuyo eco aún resonaba en mis oídos al compás del latido de mi corazón.

Me puse la mano en el pecho, sobre el corazón, sintiendo la suave dureza de mi seno bajo la seda. Brianna dio un suave ronquido; después su respiración volvió a la cadencia normal. Recordé cuando Brianna era pequeña; el ritmo lento que sonaba en todo el cuarto a oscuras.

El latido de mi propio corazón se hacía cada vez más lento bajo mi mano, bajo la seda oscura, como la mejilla de un niño. Cuando se amamanta un bebé, la curva de la cabecita repite exactamente la curva del seno del que mama, como si fuera un reflejo de la carne que le dio vida.

Los niños son suaves. Cualquiera que los contemple puede apreciar la piel tierna y sentir la suavidad de pétalo de rosa que invita a acariciarlos. Pero cuando se vive con ellos y se los ama, esa blandura penetra hacia el interior. Las articulaciones son como goma derretida y cuando se las besa con fuerza, los labios se hunden sin chocar con los huesos. Al apretarlos contra el pecho, el cuerpo parece derretirse y moldearse, como si en cualquier momento fuera a meterse otra vez dentro de ti.

Sin embargo, desde el principio cada niño tiene una pequeña veta de acero, que dice «Yo soy» y forma el núcleo de su personalidad.

En el segundo año de vida, los huesos cogen fuerza y el niño se mantiene erguido, con el cráneo ancho y sólido como un casco que protegiera el interior. Y el «Yo soy» crece también. Al mirarlos, casi se puede ver, duro como la madera, brillando a través de la piel traslúcida.

A los seis años emergen los huesos del rostro, y el alma que oculta se manifiesta a los siete. El proceso continua hasta llegar a su punto máximo durante la adolescencia, cuando toda la blandura se oculta tras las capas de las múltiples personalidades nuevas que los adolescentes prueban para defenderse.

En los años siguientes, la dureza se extiende desde el centro, mientras encuentra y fija las facetas del alma, hasta que el «Yo soy» se sitúa, delicado

y detallado como un insecto en el ámbar.

En mi caso pensaba que ya había pasado aquella etapa hacía tiempo, que había perdido todo vestigio de blandura y estaba en camino de una madurez de acero. Pero la muerte de Frank me había resquebrajado. Y las grietas crecían. Ya no era posible negar algunas cosas. Había traído a mi hija a Escocia con la esperanza de que su coraza fuera lo bastante fuerte como para resistir, para poder llegar al centro de su ser.

Pero ya no resistía la soledad de mi identidad y no tenía protección para la blandura en mi interior. Ya no sabía quién era ni quién era ella. Sólo sabía lo que debía hacer.

Pues había regresado, y vuelto a soñar, con el aire fresco de las Tierras Altas. Y la voz de mi sueño aún repercutía en mis oídos y en mi corazón, y se repetía con el sonido de la respiración de Brianna.

—Tú eres mía —había dicho la voz—. ¡Mía! Y no te dejaré ir.

## 5

### *Amada esposa*

El cementerio de St. Kilda parecía tranquilo bajo el sol. Ocupaba una meseta ondulada y muchas lápidas yacían ocultas en pequeños huecos. Algunas estaban ladeadas o volcadas sobre el césped.

—Está un poco descuidado —dijo Roger, como pidiendo disculpas; estaba ante la puerta del cementerio. A lo lejos, sobre el estuario, se amontonaban las nubes, pero el sol brillaba en la colina y el aire estaba tibio y tranquilo.

—Mi padre reunía un grupo de hombres para limpiar el cementerio, pero eso ya no se hace.

—Es un sitio bello y tranquilo —dijo Brianna—. Es muy viejo, ¿no?

—Sí, lo es. Papá pensaba que fue construido encima de una iglesia; por eso está en un lugar tan incómodo. Uno de sus amigos de Oxford quería venir a excavar para ver qué había debajo, pero no consiguió permiso de la Iglesia.

—Es como una colina, pero hermosa. —Observó la fachada de la iglesia con interés. Antiguas esculturas decoraban los marcos de las puertas y ventanas; algunas eran cristianas, pero otras más antiguas.

—La lápida de Jonathan Randall, ¿estará ahí? —Brianna señaló el cementerio, visible a través del portón—. ¡Mamá se sorprenderá tanto!

—Sí, así lo espero. Yo no la he visto. —Roger esperaba que fuera una sorpresa agradable. La noche anterior, al mencionar la lápida por teléfono,

Brianna se había entusiasmado.

—He oído hablar de Jonathan Randall —dijo Brianna—. Papá lo admiraba. Creo que fue un buen soldado. Papá tenía documentos sobre su actuación.

—¿En serio? —Roger miró hacia atrás, buscando a Claire.

—Mi madre vendrá con nosotros enseguida —dijo Brianna.

El avance de los tres visitantes era lento. De vez en cuando, Roger y Brianna se detenían para leer alguna extraña inscripción o Claire se inclinaba para cortar alguna enredadera o arrancar una pequeña planta.

Roger se inclinó sobre una lápida y, sonriendo, hizo señas a Brianna para que leyera la inscripción.

—«Acercaos y leed, mas quitaos los sombreros —leyó—. Pues aquí yace Bailie William Watson / famoso por sus pensamientos / y por su moderación en la bebida». —Brianna se levantó riendo—. No hay fechas... Me pregunto cuándo habrá vivido William Watson.

—En el siglo dieciocho probablemente —dijo Roger—. Las lápidas del siglo diecisiete están demasiado gastadas para ser legibles, hace doscientos años que no entierran a nadie aquí; la iglesia fue desconsagrada en 1800.

Poco después Brianna lanzó un grito.

—¡Aquí está! —dijo e hizo señas a Claire, que estaba en el otro extremo del cementerio—. ¡Mamá! ¡Ven a ver esto!

Claire se encaminó hacia allí pisando con cuidado entre las tumbas.

—¿Qué pasa? ¿Habéis encontrado algo interesante?

—Creo que sí. ¿Reconoces el nombre? —Roger se echó atrás para que pudiera ver bien.

—¡Santísimo Dios! —Roger miró a Claire y se alarmó al verla palidecer. Ella miraba fijamente la piedra; los músculos de su garganta hacían un esfuerzo convulsivo por tragar saliva.

—Doctora Randall... Claire. ¿Te encuentras bien?

Los ojos ambarinos eran inexpresivos. Pareció no oírlo. Luego parpadeó y levantó la mirada. Todavía estaba pálida, pero parecía había recuperado el control.

—Estoy bien —respondió. Se agachó y pasó los dedos por las letras de la lápida, como si estuviera leyendo en sistema Braille.

—Jonathan Wolverson Randall —leyó en voz alta—. 1705-1746. Te lo dije, ¿no? ¡Bastardo, te lo dije! —La voz, antes inexpresiva, resonaba con furia contenida.

—¡Mamá! ¿Estás bien? —Visiblemente turbada, Brianna tiró a su madre del brazo.

Roger vio desaparecer una sombra de los ojos de Claire. La emoción que los había iluminado se ocultó de pronto, al recordar las dos personas que la miraban boquiabiertas. Les dedicó una sonrisa mecánica y asintió.

—Sí, sí, por supuesto. Estoy bien.

—Creí que te sorprenderías. —Brianna miró preocupada a su madre—. ¿No es éste el antepasado de papá? ¿El soldado que murió en Culloden?

Claire bajó la mirada a la lápida.

—Sí, así es —respondió—. Y está muerto, ¿verdad?

Roger y Brianna se miraron. Roger tocó a Claire en el hombro.

—Hace un poco de calor —dijo—. Deberíamos entrar en la iglesia. Hay unas esculturas muy interesantes en la pila bautismal.

Claire sonrió. Esta vez fue una sonrisa franca, un poco cansada, pero absolutamente cuerda.

—Id vosotros —dijo—. Yo necesito un poco de aire fresco. Me quedaré aquí un momento.

—Me quedo contigo. —Brianna vaciló, visiblemente reacia a dejar sola a su madre.

—Tonterías —dijo Claire—. Estoy bien. Prefiero quedarme sola un rato —añadió al ver que Roger abría la boca para protestar.

Sin más que decir, se volvió y se alejó hacia la hilera de oscuros tejos que bordeaban el cementerio por el oeste. Brianna vaciló, mirándola, pero Roger la cogió por el codo y la condujo a la iglesia.

—Es mejor que la dejes sola —murmuró—. Después de todo, es doctora, ¿no? Ella sabe si está bien.

—Sí... supongo que sí. —Mirando con preocupación a Claire, Brianna dejó que Roger la guiara.

La iglesia no era más que un recinto vacío, de suelo de madera, con una pila bautismal abandonada; no se la pudieron llevar, pero la habían arrancado de

la repisa de piedra. Encima de la pila, el rostro tallado de St. Kilda observaba el techo.

—Probablemente haya sido un dios pagano —dijo Roger—. Puede verse donde añadieron el velo y el tocado a la figura original... sin mencionar los ojos.

—Como huevos escalfados —coincidió Brianna, poniendo los ojos en blanco, imitándola—. ¿Qué es esta escultura? Se parece mucho a las figuras de las piedras celtas de Clava.

Recorrieron la iglesia examinando las paredes de piedra. Hablaron en voz baja, atentos a cualquier sonido proveniente del cementerio, pero todo estaba tranquilo y pronto comenzaron a relajarse otra vez.

Todo lo que quedaba de la fachada de la iglesia era un saliente de madera sobre un hueco donde había estado el altar. Roger sintió un escalofrío al verse junto a Brianna en el lugar en que debería haber estado el altar.

La intensidad de sus sentimientos pareció hacer eco en el recinto vacío. Hacía sólo una semana que se conocían y casi no habían tenido una conversación privada. Ella se sorprendería, sin duda, o incluso se asustaría, si supiera lo que él sentía. O peor aún, podría reírse.

Sin embargo, cuando la miró de reojo, vio que su cara estaba tranquila y seria. Y le devolvía la mirada con una expresión que hizo que sin pensarlo, la tomara en sus brazos.

El beso fue breve y suave, apenas algo más que la formalidad que concluye una boda, pero tan intenso que pareció sellar un compromiso.

Roger apartó las manos, pero quedó en ellas la tibieza de las manos, los labios y el cuerpo de la muchacha, de modo que le pareció que aún la abrazaba. Permanecieron juntos un momento, rozándose, respirando el aliento del otro hasta que Brianna dio un paso atrás. Roger todavía podía sentir su roce en las palmas de las manos. Las cerró, tratando de retener la sensación.

El aire vibró de repente con los ecos de un grito. Sin darse cuenta, Roger se encontró fuera, corriendo y tropezando con las tumbas, dirigiéndose a la línea oscura de los tejos. Se abrió camino entre las ramas, sin molestarse por apartar las más frondosas a Brianna, que corría tras él. Divisó a Claire entre las sombras. Parecía un espectro. Permaneció en pie un instante,

tambaleándose, y luego cayó de rodillas sobre la hierba, como si las piernas no pudieran sostenerla.

—¡Mamá! —Brianna se arrodilló a su lado, frotándole una de las manos exangües—. Mamá, ¿qué pasa? ¿Te sientes mal? Pon la cabeza entre las rodillas. ¿Por qué no te echas?

Claire se resistió a las sugerencias de su hija y la cabeza caída volvió a levantarse.

—No quiero tumbarme —dijo—. Quiero... ay, Dios. Ay, Dios mío. —Arrodillándose sobre la hierba extendió una mano para tocar la lápida.

—Doctora Randall... Claire. —Roger se arrodilló a su lado. Le asustaba su aspecto; parecía como si en cualquier momento fuera a desmayarse—. Claire —repitió, impaciente, tratando de sacarla del trance en el que había caído—, ¿qué pasa? ¿Es un nombre que conoce? —Mientras hablaba, sus propias palabras resonaban en sus oídos: «Nadie ha sido enterrado aquí desde el siglo dieciocho —le había dicho a Brianna—. Nadie ha sido enterrado aquí en doscientos años».

Los dedos de Claire tocaron la piedra, acariciándola como si fuera carne, siguiendo los surcos de las letras ya no tan profundos, pero todavía legibles.

—JAMES ALEXANDER MALCOLM MACKENZIE FRASER —leyó Claire en voz alta—. Sí, lo conozco. —Bajó la mano y apartó la espesa hierba que crecía alrededor de la piedra, oscureciendo la línea de letras más pequeñas que había en la base.

—«Amado esposo de Claire» —leyó—. Sí, lo conocí —dijo en voz baja—. Yo soy Claire. Él era mi marido. —Los miró, miró a su hija a los ojos—. Y tu padre —añadió.

Roger y Brianna la miraron; en el cementerio sólo se oía el rumor de las hojas.

—¡No! —exclamé enfadada—. ¡Por quinta vez, no! No quiero un vaso de agua. No es una insolación. No voy a desmayarme. Ni estoy enferma. Y tampoco me he vuelto loca, aunque me imagino que eso es lo que estaréis pensando.

Roger y Brianna intercambiaron miradas que mostraban que eso era precisamente lo que pensaban. Entre los dos me subieron al coche. Me negué

a ir a un hospital, de modo que volvimos a la rectoría. Roger me dio *whisky* como remedio, pero no dejaba de mirar el teléfono como preguntándose si sería necesario hacer una llamada; imagino que para pedir una camisa de fuerza.

—Mamá. —Brianna habló con voz tranquilizadora, apartándome un mechón de pelo de la cara—. Estás muy nerviosa.

—¡Por supuesto que estoy muy nerviosa! —respondí—. Pero no estoy loca. —Me detuve, tratando de controlarme. Así no había planeado las cosas. No sabía cómo hacerlo, pero no así, soltando la verdad sin preparación ni tiempo para organizar mis ideas. Ver la maldita tumba había desbaratado todo el plan.

—¡Maldito seas, Jamie Fraser! —exclamé, furiosa—. ¿Qué estás haciendo allí? ¡Está muy lejos de Culloden!

Los ojos de Brianna parecían escaparse de sus órbitas; la mano de Roger se acercaba al teléfono. Me detuve, intentando controlarme.

«Tranquilízate Beauchamp —me dije—, respira hondo. Una vez... dos veces... una vez más. Así está mejor Es muy simple. Todo lo que debes hacer es contarles la verdad. Para eso viniste a Escocia, ¿no?».

Abrí la boca, pero no pude emitir sonido. Cerré la boca y los ojos, esperando reunir valor si no veía los dos rostros pálidos frente a mí. «Solo... déjame... decir... la... verdad», dije, sin saber a quién me estaba dirigiendo, A Jamie, pensé.

Ya conté la verdad una vez. Y no me fue muy bien.

Cerré los ojos con más fuerza. Una vez más percibí el olor del hospital y sentí bajo la mejilla la almohada extraña. Desde el corredor me llegaba la voz de Frank, ahogada por la rabia.

—¿Qué quieren decir con que no la presione? Mi mujer desapareció durante casi tres años y ha vuelto mugrienta, maltratada y embarazada, ¿y me piden que no le haga preguntas?

Y la voz del médico, susurrante, consoladora. Entendí las palabras «delirio» y «estado traumático» y «déjelo para después» mientras que la voz de Frank, que seguía discutiendo, se perdía en el corredor. Me enrollé como una pelota, a la defensiva, con la almohada apretada contra el pecho, y la mordí con tanta fuerza como pude, hasta que sentí la funda de algodón

romperse y las plumas entre mis dientes.

De nuevo estaba apretando los dientes. De repente abrí los ojos.

—Mirad —dije, tan razonablemente como pude—. Lo siento. Sé cómo suena, pero es verdad, y no puedo hacer nada al respecto.

Dicha explicación no tranquilizó a Brianna, que se acercó más a Roger. éste ya no parecía indeciso y mostraba signos de interés. ¿Sería posible que fuera capaz de entender la verdad? Cobré ánimo y dejé de apretar las manos.

—Son las malditas piedras —expliqué—. ¿Conocéis el círculo de piedras verticales que hay en la colina de las hadas, al oeste?

—Craig na Dun —murmuró Roger—. ¿Ése?

—Sí. Conoceréis las leyendas que se cuentan de las colinas de las hadas, ¿no? ¿Acerca de personas atrapadas en las colinas rocosas, que se despiertan doscientos años después?

La expresión de Brianna parecía más alarmada aún.

—Creo que debes acostarte —dijo—. Puedo buscar a Fiona...

Roger le impidió que fuera a ninguna parte.

—No, espera —le dijo. Me miró como cuando un científico pone un nuevo bicho bajo el microscopio—. Prosigue —me dijo.

—Gracias —respondí con sequedad—. No os preocupéis. No voy a ponerme a hablar de hadas; sólo pensé que os gustaría saber que hay algo de verdad en las leyendas. No sé qué es, pero el hecho es que... —Respiré hondo—. Bien, el hecho es que... en 1945 yo entré por un resquicio en ese círculo de piedras, y terminé en la colina de más abajo en 1743.

Era exactamente lo que le había dicho a Frank. él me había mirado con furia. Luego cogió un jarrón de flores que había sobre la mesa y lo tiró al suelo.

Roger me miraba como un científico cuyo nuevo microbio ha ganado un premio. Me pregunté por qué, pero estaba demasiado ocupada en hallar palabras que no sonaran demasiado a locura.

—La primera persona que vi fue un dragón inglés con su uniforme completo —dije—. Lo que me hizo pensar que algo andaba mal.

Una repentina sonrisa iluminó el rostro de Roger, aunque Brianna siguió con la misma expresión.

—En tu lugar me habría pasado lo mismo —dijo Roger.

—La dificultad era que no podía volver. —Pensé que lo mejor era dirigirme a Roger, que al menos parecía dispuesto a escuchar, me creyera o no.

—Las señoras no solían andar solas en aquel entonces, y, si lo hacían, no llevaban un vestido estampado y zapatos —expliqué—. Todos se daban cuenta de que algo en mí iba mal, aunque no sabían qué. ¿Y cómo iban a saberlo? Ni siquiera yo podía dar explicaciones, y entonces los manicomios eran mucho peores que ahora. —Brianna hizo una mueca, más preocupada que antes.

—Aquel dragón... —dije, y sentí un escalofrío momentáneo al recordar a Jonathan Wolverton Randall, capitán del Octavo Regimiento de Dragones de Su Majestad—. Al principio pensé que se trataba de una alucinación, porque a primera vista era igual que Frank.

—Toda una coincidencia —dijo Roger.

—Pues, sí y no —dije—. Ya sabes que era el antepasado de Frank. En esa familia todos los hombres se parecen, por lo menos físicamente —añadí, pensando en las extraordinarias diferencias físicas.

—¿Cómo... cómo era él? —preguntó Brianna, como emergiendo de su estupor.

—Era un asqueroso perverso —dije. Dos pares de ojos se abrieron y se miraron con expresión consternada.

—No pongáis esa cara. En el siglo dieciocho también había perversión; no es nada nuevo. Sólo que entonces era peor, quizá, porque a nadie le importaba siempre y cuando se mantuviera en secreto. Y Jack Randall el Negro era un soldado, capitaneaba una guarnición en las Tierras Altas cuya misión era mantener a los clanes bajo control... sus actividades tenían un alcance considerable y todas estaban oficialmente justificadas. —Tomé un sorbo de *whisky*.

—Le gustaba herir a la gente —dije—. Eso le gustaba mucho.

—¿Te hizo daño? —Roger hizo la pregunta con delicadeza, después de una pausa. Bree pareció retraerse; su expresión se endureció.

—Directamente no. O no mucho, por lo menos. —Sacudí la cabeza. Sentí un frío en la boca del estómago. Jack Randall me había pegado allí una vez.

Lo recordé.

—Tenía gustos variados. Pero era a Jamie a quien él... quería. —Bajo ninguna circunstancia había usado la palabra «amaba». Se me secó la garganta y trague las últimas gotas de *whisky*.

—Jamie. ¿Jamie Fraser? ¿Y él era...?

—Mi marido —dije.

Brianna sacudió la cabeza como un caballo que se espanta las moscas.

—¡Pero tú ya tenías marido! —dijo—. No podías... aunque... quiero decir... no podías.

—Tuve que hacerlo —dije—. No hice nada a propósito.

—¡Mamá, uno no puede casarse accidentalmente! —Brianna estaba abandonando la actitud de enfermera amable. Pensé que era mejor, aunque la alternativa fuera la ira.

—Bueno, no fue precisamente un accidente —dije—. Fue para que no me entregaran a Jack Randall. Jamie se casó conmigo para protegerme... lo cual fue muy generoso de su parte —añadí, mirando con ira a Bree por encima del vaso—. No tenía por qué hacerlo, pero lo hizo.

Luché para reprimir el recuerdo de la noche de bodas. Él era virgen. Le temblaban las manos cuando me tocó. Yo también tenía miedo, con mayor razón. Pero al alba me abrazó, mi espalda desnuda se juntó con su pecho desnudo, sus muslos fuertes y tibios enlazaron los míos y murmuró en mi oído:

«No tengas miedo. Ahora somos dos».

—Yo no podía volver —dije—. Huía del capitán Randall cuando me encontraron los escoceses. Eran trashumantes. Jamie estaba entre ellos. Eran gente del clan de su madre, los MacKenzie de Leoch. No sabían qué hacer conmigo, pero me llevaron como cautiva. Y no pude volver a escapar.

Recordé mis esfuerzos frustrados por huir del castillo de Leoch. Y luego el día en que le conté la verdad a Jamie; y él, que al igual que Frank no me creyó, pero estaba dispuesto a actuar como si me creyera, me llevó de regreso a la colina de las piedras.

—Quizá pensó que era una bruja —dije—. Ahora creen que estás loca; entonces, que eras una bruja —les expliqué—. Ahora llaman psicología a lo que entonces era magia. No hay mucha diferencia. —Roger asintió—. A mí

me juzgaron por bruja, en la aldea de Cranesmuir, debajo del castillo. Me salvó Jamie, y entonces se lo conté. Y él me llevó a la colina y me dijo que regresara con Frank. —Hice una pausa, recordando aquella tarde de octubre en que recuperaba el control de mi destino, y no se me daba la posibilidad, sino que se me exigía. «¡Regresa! —había ordenado él—. ¡Aquí no hay nada para ti! Nada, sólo el peligro». «¿De verdad no hay nada para mí?», le pregunté.

—Era demasiado tarde —dije. Mis dos alianzas, de oro y de plata, brillaban. No me había quitado la alianza de oro de Frank cuando me casé con Jamie; me puse el anillo de plata de Jamie en el anular de la mano derecha y lo llevé todos los días de los más de veinte años pasados desde que él la puso allí.

—Yo amé a Frank —dije, sin mirar a Bree—. Le quise muchísimo. Pero entonces Jamie era mi corazón y el aliento de mi cuerpo. No podía dejarlo. ¡No podía! —Miré a Bree, como suplicándole. Ella me devolvió la mirada, con cara de piedra.

—Me llevó a su casa. Lallybroch, se llamaba. Era un lugar muy hermoso. —Volví a cerrar los ojos para no ver la expresión de Brianna y deliberadamente evoqué la imagen de la heredad de Broch Tuarach, Lallybroch para quienes vivían allí. Una hermosa granja en las Tierras Altas, con bosques y arroyos, y hasta una parcela de tierra fértil, algo desusado en la región. Un lugar encantador, pacífico, apartado de la lucha que azotaba las Tierras Altas. Pero incluso Lallybroch resultó ser un refugio temporal.

—Jamie era un proscrito —expliqué, y recordé las marcas de los azotes de los ingleses, una fina red de líneas blancas que le envolvía las anchas espaldas—. Su cabeza tenía precio. Uno de sus propios inquilinos lo delató a los ingleses. Lo capturaron y lo llevaron a la prisión de Wentworth para colgarlo.

Roger dio un silbido bajo y prolongado.

—Un infierno —dijo—. ¿La has visto? ¡Las paredes deben de tener tres metros de espesor!

Abrí los ojos.

—Así es —contesté con voz seca—. Estuve dentro de esas paredes. Pero hasta las paredes más anchas tienen puertas. —Sentí un escalofrío al recordar

el valor que me había llevado a la prisión de Wentworth, obedeciendo a mi corazón. «Si pude hacer aquello por ti —pedía en silencio a Jamie—, también puedo hacer esto. Pero ayúdame, maldito escocés, ¡ayúdame!».

—Yo lo saqué —dije, respirando hondo—. O lo que quedaba de él. Jack Randall mandaba la guarnición de Wentworth. —No quería recordar las imágenes que mis palabras evocaban, pero no pude evitarlo. Jamie, desnudo y cubierto de sangre, en el suelo de Eldridge Manor, donde habíamos encontrado asilo.

«No permitiré que me lleven de nuevo, *Sassenach*», me dijo, con los dientes apretados por el dolor mientras yo limpiaba sus heridas. *Sassenach*. Así me había llamado desde el principio; la palabra gaélica que significa extranjero, extraño, inglés. Al principio, en broma, después con afecto.

Y no permití que lo encontraran. Con la ayuda de un joven miembro del clan de los Fraser llamado Murtagh, cruzamos el Canal hasta Francia y buscamos refugio en la abadía de Ste. Anne de Beaupré, donde uno de sus tíos era abad. Pero una vez a salvo, descubrí que salvar su vida no era mi misión.

Lo que le había hecho Jack Randall había dejado en su mente cicatrices tan profundas como sobre su espalda. No estaba segura de lo que hacía cuando evoqué a sus demonios y luché con ellos; la medicina y la magia son muy parecidas cuando se trata de curar algunas enfermedades.

Aún podía sentir la piedra fría y dura que me había lastimado, las manos que se cerraron alrededor de mi cuello y la criatura en llamas que me persiguió en la oscuridad.

—Pero lo curé —dije con voz suave—. Volvió a mí.

Brianna estaba confundida, pero tenía una expresión obstinada que yo conocía muy bien. «Los Graham son estúpidos, los Campbell, mentirosos, los MacKenzies encantadores pero astutos, y los Fraser obstinados», me había dicho Jamie al darme su opinión sobre los clanes. Y no estaba tan errado: los Fraser eran muy obstinados, Jamie más que ninguno. Y también Bree.

—No me creo nada —dijo Brianna con voz áspera. Se irguió, mientras me observaba de cerca—. Tal vez has pensado demasiado en los hombres de Culloden. Y quizá la muerte de papá...

—Frank no era tu padre —la interrumpí con brusquedad.

—¡Sí lo era! —Respondió tan rápidamente que nos sorprendió a ambos.

Ante la insistencia del médico, Frank había aceptado que cualquier intento de «obligarme a aceptar la realidad», como dijo uno de ellos, podía poner en peligro mi embarazo. Hubo muchos rumores en los pasillos, y gritos de vez en cuando, pero finalmente Frank se dio por vencido: dejó de pedirme que le contara la verdad. Y yo, con la salud débil y el corazón angustiado, me había dado por vencida: no se la conté.

Pero esta vez no iba a darme por vencida.

—Se lo prometí a Frank. Hace veinte años, cuando naciste. Traté de dejarlo, pero él no me lo permitió. Te amaba. —Sentí que mi voz se suavizaba al mirar a Brianna—. No podía creer la verdad, pero sabía que no era tu padre. Me pidió que no te lo dijera. Que le permitiera ser tu único padre mientras viviera. Después, yo debía decidir. —Tragué saliva, mojándome los labios resecaos.

—Se lo debía —dije—. Porque Frank te amaba. Pero ahora está muerto... y tienes derecho a saber quién eres. Si lo dudas —proseguí—, ve a la Galería Nacional de Retratos. Allí hay un cuadro de Ellen MacKenzie, la madre de Jamie. Lleva puestas estas perlas —me toqué las que llevaba alrededor del cuello. Un collar de perlas con aros de oro—. Jamie me las regaló en nuestra boda.

Miré a Brianna, sentada, erguida y tiesa, con expresión rígida.

—Lleva un espejo de mano —dije—. Mira bien el retrato y luego mírate en el espejo. No eres idéntica, pero te pareces bastante a tu abuela.

Roger miró a Brianna como si nunca la hubiera visto antes. Nos miró a la una y a la otra. Luego, como si hubiera tomado una decisión, se levantó del sofá, donde había estado sentado junto a Brianna.

—Tengo algo que creo que debes ver —dijo con firmeza. Se dirigió al antiguo escritorio del reverendo y sacó un montón de recortes de diarios.

—Cuando los hayas leído, fíjate en las fechas —le dijo a Brianna. Luego, todavía en pie, se volvió hacia mí y me examinó de pies a cabeza, con la mirada tranquila y desapasionada de los estudiosos: alguien acostumbrado a ser objetivo. Todavía no creía, pero tenía bastante imaginación para dudar.

—Mil setecientos cuarenta y tres —dijo, como para sí. Meneó la cabeza, maravillado—. Y yo que creía que era un hombre que había conocido aquí,

en 1945. ¡Por Dios, nunca me lo habría imaginado! ¿Y quién se lo habría imaginado?

Esto me sorprendió.

—¿Lo sabías? ¿Lo del padre de Brianna?

Asintió, señalando los recortes. Brianna no los había mirado aún, sino que observaba a Roger, entre atónita y enfadada. Podía ver en su mirada la tormenta que se avecinaba, y también Roger, pensé. Éste se volvió hacia mí y me preguntó:

—Entonces esos nombres que me diste, los que lucharon en Culloden, ¿los conociste?

Me relajé un poco.

—Sí, los conocí. —Se oyó el rumor de un trueno en el este y la lluvia comenzó a caer. La cabeza de Brianna estaba inclinada sobre los recortes; los mechones de pelo le ocultaban todo el rostro menos la punta de la nariz, de un rojo brillante. Jamie siempre se ponía rojo cuando estaba furioso o enfadado. Me era muy familiar la vista de un Fraser a punto de explotar.

—Y estuviste en Francia —murmuró Roger como para sí, todavía estudiándome. La expresión de sorpresa estaba dejando paso a la conjetura y a algo parecido a la excitación—. Supongo que no sabías...

—Sí —respondí—. Por eso fuimos a París. Le hablé a Jamie de Culloden, del año cuarenta y cinco, y de lo que pasaría. Fuimos a París para tratar de detener a Carlos Estuardo.

## **SEGUNDA PARTE**

*Los pretendientes al trono  
Le Havre, Francia: febrero de 1744*

## 6

### *Agitación*

—Pan —musité débilmente, con los ojos cerrados. No hubo respuesta. Aparte de la suave respiración—. ¡Pan! —repetí. Hubo un repentino sobresalto entre las sábanas; me agarré al borde del colchón y endurecí los músculos.

—Toma, *Sassenach* —dijo una voz, y sentí el roce de una corteza de pan seco en los labios. Sin abrir los ojos, lo cogí y empecé a masticar con cuidado. No valía la pena pedir agua.

Las migas de pan poco a poco fueron bajando por mi garganta. El movimiento de mi oleaje interior se fue calmando. Abrí los ojos y vi el rostro preocupado de Jamie Fraser.

—¡Ah! —exclamé, asustada.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó. Cuando asentí e intenté incorporarme, pasó un brazo por mi espalda para ayudarme. Sentándose a mi lado, me atrajo hacia sí y me alisó el pelo.

—Pobre —dijo—. ¿No quieres un poco de vino? Tengo un frasco en la alforja.

—No. No, gracias. —Temblé ante la sola idea de beber vino; me incorporé en la cama.

—Pronto estaré bien —dije—. No te preocupes. Es normal que una mujer embarazada se sienta mal por la mañana.

Jamie se levantó y se dirigió a buscar su ropa. En febrero hace frío en

Francia y todo está cubierto de escarcha. Estaba desnudo y la piel de gallina le erizaba el vello. Pero no temblaba ni se apresuró a ponerse la camisa. Antes de acabar de vestirse, volvió a la cama y me abrazó.

—Quédate en la cama —sugirió—. Enviaré a la criada para que encienda el fuego. ¿No te sientes mal? —No estaba muy segura.

—No, creo que no. —Me volví para mirar la cama; el cobertor no estaba muy limpio. Y eso que teníamos el mejor cuarto de la posada, y el angosto colchón estaba relleno de plumas de ganso en lugar de paja o lana.

—Hum, tal vez sí me acueste un momento —murmuré—. ¿Qué haces? —pregunté un poco después mientras bebía agua con cuidado—. No habrá arañas, ¿no?

Ajustándose la falda a la cintura, Jamie sacudió la cabeza.

—Ajjj, no —dijo—. Era sólo una rata. Supongo que estaría buscando el pan.

Miré hacia el suelo y vi el bulto gris e inmóvil. En el hocico tenía un hilo de sangre. Salí de la cama justo a tiempo.

—Estoy bien —dije débilmente poco después—. No tengo nada más que vomitar.

—Enjuágate la boca, *Sassenach*, pero no tragues, por el amor de Dios. — Jamie sostuvo la taza y me limpió la boca con un pañuelo como si yo fuera una niña traviesa; después me cogió en brazos y me apoyó cuidadosamente en la cama. Me miró con preocupación.

—Tal vez será mejor que me quede —dijo—. Puedo mandar recado.

—No, no, estoy bien —dije. Y era cierto. Por más que me esforzara por no vomitar, no podía retener nada en el estómago. Sin embargo me sentía bien. Aparte del gusto ácido en la boca y un leve dolor en el estómago, me sentía como siempre. Eché atrás el cobertor y me levanté para demostrárselo.

—¿Lo ves? Estoy bien. Y tienes que irte; no hagas esperar a tu primo.

Empezaba a sentirme de buen humor otra vez, a pesar del aire frío que se colaba debajo de la puerta y bajo los pliegues de mi camisón. Jamie vacilaba; no quería dejarme sola. Lo abracé.

—Brrr. ¿Cómo diablos puedes estar tan calentito, vestido sólo con esa falda?

—También llevo una camisa —protestó, sonriendo.

Nos quedamos abrazados un momento. Por el corredor se oía a la criada que se acercaba con la leña. Jamie cambió de posición, ejerciendo presión contra mi cuerpo. Habíamos tardado casi una semana en viajar desde Ste. Anne hasta Le Havre. Y como llegábamos tarde a las lúgubres posadas, mojados, sucios, temblando de fatiga y de frío, y por la mañana mi indisposición empeoraba, apenas nos habíamos tocado desde la última noche en la abadía.

—¿Vienes a la cama conmigo? —sugerí con voz suave.

Él vaciló. La fuerza de su deseo era patente a través de la tela de su *kilt*, y sentía el calor de sus manos sobre mi piel fría, pero no me tomó en sus brazos.

—Bueno... —dijo con tono dubitativo.

—Quieres, ¿no? —pregunté, metiendo una mano helada bajo la falda para asegurarme.

—Ah, sí. Sí, claro que sí. —Había una prueba que confirmaba esta afirmación. Gruñó débilmente cuando cerré la mano entre sus piernas—. Ay, Dios. No hagas eso, *Sassenach*. No puedo dejar de tocarlo.

Entonces sí me abrazó, y mi cara se hundió entre los blancos pliegues de su camisa, que olía al almidón que usaba el hermano Alfonso en la abadía.

—¿Por qué no me acaricias? —dije—. Tienes tiempo. Hay un trecho corto hasta los muelles.

—No es eso —dijo.

—Ah, ¿estoy muy gorda? —De hecho, estaba más delgada que nunca por los vómitos—. ¿O es por...?

—No —dijo, sonriendo—. Hablas demasiado. —Se inclinó y me besó; luego me alzó y se sentó en la cama, sosteniéndome en su regazo. Me acosté y le obligué a cubrirme con su cuerpo.

—¡Claire, no! —protestó cuando empecé a quitarle la falda.

Lo miré con fijeza.

—¿Por qué no?

—Es que... —dijo con torpeza, ruborizándose un tanto—. El niño... no quiero lastimarlo.

—Me eché a reír.

—Jamie, no puedes lastimarlo, No es más grande que la punta de mi

dedo. —Levanté un dedo y acaricié su labio inferior. Me cogió la mano y se inclinó para besarme, como si quisiera borrar mi caricia

—¿Estás segura? —preguntó—. Quiero decir... No creo que le guste que lo sacudamos de un lado para otro...

—No se dará cuenta —le aseguré, con las manos otra vez ocupadas con la hebilla de su falda.

—Bueno, si estás tan segura...

Llamaron a la puerta y, con el impecable sentido francés de la oportunidad, la criada entró de espaldas. Al pasar golpeó la puerta con un leño. A juzgar por la maltratada superficie de la puerta, así era como acostumbraba a entrar en las habitaciones.

—*Bonjour, Monsieur, Madame* —saludó, con un leve cabeceo hacia la cama, mientras arrastraba los pies hacia el hogar. Estará bien para algunas personas, decía su actitud, con mayor claridad que las palabras. Acostumbrada ya a la naturalidad con que los sirvientes trataban a los huéspedes de las posadas, devolví el saludo:

—*Bonjour, Mademoiselle.* —Solté la falda de Jamie y me metí bajo las sábanas, cubriéndome las mejillas con el cobertor.

Jamie colocó una de las almohadas sobre las piernas, apoyó los codos en ella y la barbilla sobre la palma de la mano, y conversó con la criada, alabando la cocina de la casa.

—¿Y dónde conseguís el vino? —preguntó cortésmente.

—Aquí y allá. Donde sea más barato. —La mujer frunció el ceño al mirar de reojo a Jamie desde el hogar.

—Lo suponía —respondió; la criada rió—. Apuesto a que puedo igualar el precio que pagáis y doblar la calidad —dijo—. Díselo a la patrona.

La mujer alzó una ceja con escepticismo.

—¿Y cuál es el precio?

Jamie hizo un gesto resignado.

—Ninguno. Tengo un pariente que vende vino. Tal vez pueda traer algún negocio que garantice mi bienvenida en esta posada, ¿no?

La mujer asintió, percatándose de la conveniencia del trato, y gruñó al incorporarse.

—Muy bien, *Monsieur*. Hablaré con la *patronne*.

La puerta se cerró detrás de la criada, ayudada por un hábil movimiento de su cadera al pasar. Apartando la almohada, Jamie se levantó y volvió a ponerse la falda.

—¿Adónde crees que vas? —protesté.

Bajó la mirada hacia mí y sonrió.

—Ah. Bien... ¿estás segura de que puedes, *Sassenach*?

—Lo estoy si tú lo estás —dije, incapaz de resistirme.

Me miró con severidad.

—Sólo por eso debería marcharme de inmediato —dijo—. Pero he oído decir que hay que complacer a las mujeres embarazadas. —Dejó caer la falda y se sentó junto a mí con la camisa puesta. La cama crujió bajo su peso.

Su aliento se elevó en una nube tenue cuando echó atrás el cobertor y abrió mi camisón para besarme los senos. Con la lengua rozó un pezón, que se endureció como por arte de magia.

—Son adorables —murmuró, mientras hacía lo mismo con el otro. Tomó ambos senos entre las manos, admirándolos.

—Están más pesados —advirtió—. Sólo un poquito. Y los pezones más oscuros. —Levantando el cobertor, se acostó a mi lado; me acurruqué entre sus brazos, apretando las sólidas curvas de su espalda, deslizando las manos hacia la firme redondez de su nalgas. Su piel desnuda estaba fría por el aire de la mañana, pero la piel de gallina desapareció bajo mis caricias.

Intenté atraerlo hacia mí de inmediato, pero se resistió con suavidad, obligándome a apoyarme en la almohada mientras me mordisqueaba el cuello y la oreja. Una mano se deslizó por mi muslo.

Su cabeza descendió aún más y sus manos separaron con suavidad mis muslos. Temblé cuando el aire frío rozó la piel desnuda de mis piernas, pero después me relajé por completo ante el cálido afán de su boca.

Aún no se había recogido el pelo y sentí un suave cosquilleo en los muslos. Apoyó el peso de su cuerpo en mis piernas, y cogió mis caderas.

—¿Humm? —Arquee un poco las caderas en respuesta y una breve risita rozó mi piel.

Las manos se deslizaron debajo de mis caderas y me alzaron. Me dejé llevar mientras la excitación aumentaba hasta que alcancé un orgasmo que me dejó inmóvil y jadeante, con la cabeza de Jamie apoyada en mi muslo. Él

esperó un momento y poco después volvió a empezar. Alisé la despeinada cabellera y acaricié sus orejas.

—Son puntiagudas, como las de un fauno.

—¿Ah, sí? —preguntó, interrumpiendo su labor por un momento—. ¿Quieres decir, como un ciervo, o como ésos con patas de cabra que se ven en las pinturas clásicas persiguiendo mujeres desnudas?

Abrí los ojos y eché un vistazo al revoltijo de sábanas, camisón y piel desnuda y a los ojos que brillaban encima de mis rizos castaños.

—Si la ocasión se presenta, aprovéchala. —Y dejé caer la cabeza sobre la almohada, mientras la risa ahogada de Jamie vibraba en mi piel demasiado sensible.

—Ah. ¡Dios mío! Jamie, ven aquí —dije, haciendo un esfuerzo por incorporarme.

—Aún no —dijo, mientras hacía algo con la punta de la lengua que me hizo retorcer.

—Ahora —dije. Jamie no se molestó en responder, y yo no tuve más aliento para hablar—. Ah —dije momentos más tarde—. Ha sido...

—¿Humm?

—Hermoso —murmuré—. Ven aquí.

—No —dijo el rostro invisible que había detrás de la mata de pelo color canela—. ¿Te gustaría que...?

—Jamie —dije—. Te quiero. ¡Ven aquí!

Suspirando con resignación, se arrodilló y dejó que lo excitara. Por fin se apoyó sobre los codos, encima de mí. Abrió la boca para protestar, pero me apresuré a besarlo. Se deslizó entre mis muslos antes de poder evitarlo. Gimió con involuntario placer al penetrarme. Fue suave y lento. Se detenía de vez en cuando para besarme y volvía a moverse sólo cuando yo se lo pedía. Yo recorría su espalda con mis manos, cuidando de no apretar las cicatrices de sus heridas. Sus muslos temblaron contra los míos, pero se contuvo, reacio a moverse con la rapidez que hubiera necesitado. Empujé las caderas para que su penetración fuera más profunda. Cerró los ojos y frunció el entrecejo. Tenía la boca abierta y hacía ruido al respirar.

—No puedo... —dijo—. Ay, Dios, no puedo evitarlo. —Sus nalgas se endurecieron bajo mis manos.

Suspiré, satisfecha, y lo atraje más hacia mí.

—¿Estás bien? —me preguntó momentos después.

—No me romperé —dije, sonriendo. Jamie se rió con ganas.

—Quizá tú no, *Sassenach*, pero a lo mejor yo sí.

Permanecimos quietos un tiempo, escuchando el crujir del fuego en el hogar y los débiles ruidos de la posada.

—*Très français, n'est-ce pas?* —dije, sonriendo al oír la discusión que llegaba hasta nosotros desde el piso de abajo, un amigable ajuste de cuentas entre la esposa del posadero y el vinatero del pueblo.

—¡Hijo enfermo de una puta sifilítica! —exclamaba la voz femenina—. El coñac que me vendiste sabía a orina de caballo.

No necesitaba ver la escena para imaginarme a la mujer encogiéndose un hombro.

—¿Y cómo te diste cuenta? Después del sexto vaso, todo tiene el mismo gusto, ¿no?

La cama se agitó cuando Jamie se echó a reír conmigo. Levantó la cabeza de la almohada y olió el olor a jamón que se filtraba a través de las tablas del suelo.

—Sí, así es Francia —coincidió—. Comida, bebida... y amor.

—Jamie —dije—, ¿estás contento por el niño? —Proscrito en Escocia, expulsado de su propio hogar y con perspectivas dudosas en Francia, bien podía estar poco entusiasmado con una obligación más. Permaneció en silencio un momento, me abrazó con más fuerza y luego suspiró antes de responder.

—Sí, *Sassenach*. Estoy feliz, y orgulloso como un semental. Pero también tengo mucho miedo.

—¿Por el parto? Me irá bien. —No podía culparlo por su temor: su propia madre había muerto al nacer él, y en aquella época el parto era la causa principal de muerte para las mujeres. Pero yo sabía algo, y no tenía intención de exponerme a lo que ellos consideraban cuidados médicos.

—Sí, por eso... y por todo —dijo suavemente—. Quiero protegerte *Sassenach*... extenderme sobre ti como un manto y protegerte. —Su voz era suave y ronca—. Haría cualquier cosa por ti... y sin embargo... no puedo hacer nada. No importa lo fuerte que yo sea, o la voluntad que tenga; no

puedo ir adonde tú debes ir... ni siquiera puedo ayudarte. Pensar en las cosas que podrían pasar, y no poder hacer nada para evitarlas... sí, tengo miedo, *Sassenach*.

—Y sin embargo —me volvió hacia él y su mano me envolvió con suavidad un seno— cuando pienso en ti amamantando a nuestro hijo... entonces me siento como una burbuja de jabón a punto de reventar de felicidad. —Me estrechó contra su pecho y yo le respondí abrazándolo con todas mis fuerzas—. Ay, Claire, te quiero tanto que se me rompe el corazón.

\* \* \*

Dormí un rato y me desperté con el tañido de una campana de la plaza vecina. Recién llegada de la abadía de Ste. Anne, donde todo transcurría de acuerdo con el ritmo de las campanas, miré a la ventana para medir la intensidad de la luz y saber la hora. Una luz clara y brillante. Las campanas llamaban al Ángelus. Era mediodía.

Durante el viaje, las tormentas invernales habían azotado la costa francesa. Sin embargo, podría haber sido peor. Nuestra intención original era ir a Roma, no a Le Havre. Con aquel tiempo habría representado un viaje de tres o cuatro semanas.

Ante la perspectiva de ganarse la vida en el extranjero, Jamie había conseguido una recomendación como traductor de Jacobo Francisco Eduardo Estuardo, rey de Escocia en el exilio, o simplemente el caballero Jorge, pretendiente al trono (según a qué facción pertenecía quien lo dijera), de modo que decidimos unirnos a la corte del pretendiente cerca de Roma.

Estábamos a punto de partir para Italia cuando Alexander, abad de Ste. Anne y tío de Jamie, nos llamó a su estudio.

—He tenido noticias de su majestad —dijo.

—¿Cuál? —preguntó Jamie.

—Su majestad, el rey Jacobo —respondió el tío Alexander, mirándome seriamente. Tuve cuidado de que mi rostro no reflejara ninguna emoción; mi presencia en el estudio del abad Alexander era una prueba de confianza, y no quería hacer nada que la pusiera en peligro. Hacía apenas seis semanas que

me conocía, desde el día después de Navidad, cuando aparecí ante su puerta con un Jamie moribundo por la tortura y el encierro. El conocerme mejor había hecho que el abad confiara en mí. Por otra parte, yo era inglesa, y el nombre del rey inglés era Jorge, no Jacobo.

—¿Sí? ¿Entonces no necesita un traductor? —Jamie todavía estaba delgado, pero había trabajado al aire libre con los frailes, de modo que su rostro estaba recuperando su color saludable.

—Necesita un sirviente leal, y un amigo. —El abad Alexander tocó una carta que había sobre su escritorio, con el lacre del sello roto. Frunció los labios, mientras su mirada iba de mí a su sobrino.

—Lo que os digo no debe repetirse —dijo con tono severo—. Pronto será del conocimiento de todos, pero por el momento... —Intenté parecer de confianza; Jamie se limitó a asentir.

—Su alteza, el príncipe Carlos Estuardo, ha abandonado Roma y llegará a Francia esta semana —explicó el abad.

Era un dato importante. Jacobo Estuardo había planeado reconquistar el trono en 1715, una operación militar que fracasó por falta de apoyo. Desde entonces, según Alexander, el exiliado Jacobo de Escocia había estado escribiendo a los demás monarcas, en especial a su primo, Luis de Francia, reclamando su derecho al trono de Inglaterra y Escocia, y el de su hijo, el príncipe Carlos, como heredero del trono.

—Su real primo Luis ha hecho oídos sordos —dijo el abad—. El hecho de que se haya dado cuenta de su responsabilidad es causa de gran regocijo entre quienes respetan el derecho sagrado de la monarquía.

Es decir, entre los jacobitas, o partidarios de Jacobo. Entre ellos se contaba el abad Alexander, de la abadía de Ste. Anne, nacido Alexander Fraser de Escocia, que se mantenía en contacto con el rey exiliado, y al tanto de todo lo que atañía a la causa de los Estuardo.

—Está en el lugar apropiado —me explicó Jamie, al informarme sobre la empresa que estábamos a punto de emprender—. Los mensajeros papales cruzan Italia, Francia y España con gran rapidez. Y los funcionarios de aduanas no pueden detenerlos, así que nadie intercepta las cartas.

Jacobo de Escocia, exiliado en Roma, tenía el apoyo del papa, que tenía interés en restaurar la monarquía católica en Inglaterra y Escocia. Por lo

tanto, la mayor parte del correo privado de Jacobo era por un mensajero papal y entregado a partidarios leales dentro de la jerarquía eclesiástica, como el abad Alexander de Ste. Anne de Beaupré, que gozaba de confianza para comunicarse con los partidarios del rey en Escocia. Eso era menos arriesgado que enviar cartas, desde Roma hasta Edimburgo y las Tierras Altas.

Observé a Alexander con interés, mientras explicaba la importancia de la visita del príncipe Carlos a Francia. Un hombre robusto, moreno y bastante más bajo que su sobrino, pero al igual que éste con los ojos algo sesgados, inteligencia aguda y talento para discernir motivos ocultos.

—De manera que —concluyó el abad, acariciándose la barba hirsuta y castaña— no sé si su alteza está en Francia por invitación de Luis, o ha venido sin ser invitado, en nombre de su padre.

—Son dos casos distintos —observó Jamie. Su tío asintió y sonrió irónicamente.

—Cierto, muchacho —dijo, dejando que un poco de su acento escocés nativo emergiera en medio de su inglés formal—. Es una gran verdad. Y es allí donde tu esposa y tú podéis ser de utilidad, si os parece bien.

La propuesta era simple. Su majestad el rey Jacobo cubriría los gastos del viaje y un pequeño estipendio, si el sobrino de su amigo Alexander consentía en viajar a París para ayudar a su hijo, su alteza el príncipe Carlos Eduardo, en lo que éste necesitara.

Me quedé alelada. Queríamos ir a Roma porque parecía el mejor sitio para cumplir con nuestro objetivo: impedir la segunda rebelión jacobita, la de 1745. Por mis conocimientos históricos, sabía que la rebelión, financiada por Francia y llevada a cabo por Carlos Eduardo Estuardo, iría mucho más lejos que el intento de su padre de 1715, aunque no lo bastante lejos. Si todo sucedía como yo creía, las tropas de Bonnie Prince Charlie, como se conocía a Carlos Estuardo, serían vencidas en Culloden en 1746, y los habitantes de las Tierras Altas sufrirían durante los dos siglos siguientes.

Entonces, en 1744, Carlos en persona empezaba a buscar el apoyo de Francia. ¿Qué mejor lugar para impedir la rebelión que estar al lado de su líder?

Miré de reojo a Jamie. Su mirada se posó en la figura dorada de Santa Ana y en el pequeño manojito de flores colocado a sus pies. Finalmente

parpadeó y sonrió.

—¿En lo que necesite? Sí —dijo con voz tranquila—. Creo que puedo hacerlo. Iremos.

Así que aceptamos la propuesta. En vez de ir directamente a París, nos dirigimos por la costa de Ste. Anne a Le Havre, para reunirnos con el primo de Jamie, Jared Fraser.

Jared era un próspero emigrante escocés, importador de vinos y licores, con una pequeña bodega y una gran casa en París, y una bodega enorme en Le Havre, donde había pedido a Jamie que se reuniera con él cuando éste le escribió para decirle que íbamos camino de París.

Estaba empezando a sentir hambre. Había comida sobre la mesa; Jamie debió de habérsela ordenado a la criada mientras yo dormía.

No tenía salto de cama, pero tenía a mano el manto de terciopelo que utilizaba para viajar; me senté y me lo eché sobre los hombros antes de levantarme para orinar, añadir otro leño al fuego y sentarme para tomar mi desayuno.

Mastiqué con satisfacción los panecillos duros con jamón cocido y los acompañé con la leche que había en la jarra. Deseé que Jamie estuviera comiendo tan bien como yo; él insistía en que Jared era un buen amigo, pero yo tenía mis dudas sobre la hospitalidad de los parientes de Jamie, pues ya conocía a unos cuantos. Cierto que el abad Alexander nos había dado la bienvenida; tan bien como un hombre en la posición del abad podía recibir a un sobrino proscrito con una esposa sospechosa de ser espía. Pero nuestra visita a la familia materna de Jamie, los MacKenzie de Leoch, casi nos había matado el otoño anterior, cuando fui arrestada y juzgada como bruja.

—No cabe duda —dije— que este tal Jared es un Fraser y parece un poco más fiable que tus parientes MacKenzie. Pero ¿lo conocías?

—Viví con él durante un tiempo, cuando tenía dieciocho años —me dijo Jamie, mientras echaba cera derretida a la carta de respuesta y presionaba la alianza de su padre sobre la mezcla verde grisácea. La alianza tenía un pequeño rubí y en la montura estaba grabado el lema del clan: *je suis prest*: «Estoy listo».

—En París, donde fui a terminar mi educación y aprender algo acerca del mundo. Fue muy bueno conmigo; un buen amigo de mi padre. Y no hay

hombre que sepa más de la sociedad parisina que quien vende su vino —añadió, arrancando el anillo de la cera endurecida—. Quiero hablar con Jared antes de entrar en la corte de Luis junto a Carlos Estuardo; me gustaría saber que tengo posibilidad de volver a salir —terminó con un dejo de ironía.

—¿Por qué? ¿Crees que habrá problemas? —pregunté. El alcance de la frase: «En lo que necesite» parecía ser bastante amplio.

Jamie sonrió al ver mi preocupación.

—No, no espero que haya dificultades. Pero ¿qué dice la Biblia, *Sassenach*? «No confíes en los príncipes». —Se levantó y me dio un rápido beso en la frente, mientras guardaba el anillo—. ¿Quién soy yo para ignorar la palabra de Dios?

Pasé la tarde leyendo uno de los tratados de botánica que mi amigo, el hermano Ambrose, me había obligado a aceptar como regalo de despedida; más tarde me puse a coser. Ninguno de los dos tenía mucha ropa; si bien viajar ligero de equipaje tenía sus ventajas, los calcetines rotos y los dobladillos descosidos requerían atención inmediata. Mi costurero me resultaba casi tanpreciado como la cajita donde llevaba hierbas y medicinas.

Me intrigaba cómo estaría yendo la visita de Jamie a Jared. Pero aún estaba más intrigada por el príncipe Carlos. Era la primera persona famosa que iba a conocer, y a pesar de que no creía en todas las leyendas que se habían tejido a su alrededor (mejor dicho, que iban a tejerse), la verdad sobre aquel hombre era un misterio. El éxito o fracaso de la rebelión del 45 iba a depender casi totalmente de su personalidad. Y el que se produjera iba a depender de los esfuerzos de otro joven: Jamie Fraser. Y de mí.

Todavía estaba absorta en la costura y en mis pensamientos, cuando el ruido de pasos en el pasillo me hizo recordar lo tarde que era; el goteo de agua de los aleros había disminuido a medida que descendía la temperatura. La puerta se abrió y entró Jamie.

Me sonrió vagamente y se detuvo en seco junto a la mesa, con el rostro absorto como si tratara de recordar algo. Se quitó la capa, la plegó y la colgó al pie de la cama; se enderezó, fue al otro banco, se sentó y cerró los ojos.

Me quedé sentada con la costura olvidada sobre mi regazo, observándolo con interés. Poco después abrió los ojos y sonrió, pero no dijo nada. Se

inclinó, estudiando mi rostro con gran atención, como si no me hubiese visto durante semanas. Por fin se relajó.

—*Whisky* —dijo con inmensa satisfacción.

—Ya veo —respondí con precaución—. ¿Mucho?

Sacudió la cabeza lentamente de lado a lado, como si le pesara mucho. Casi podía oír el ruido de su cerebro.

—Yo no —dijo con voz clara—. Tú.

—¿Yo? —repliqué, indignada.

—Tus ojos —dijo. Sonrió beatíficamente. Su mirada era suave y soñadora, nublada como una laguna bajo la lluvia.

—¿Mis ojos? ¿Qué tienen que ver mis ojos con...?

—Tienen el color del buen *whisky*; parece que el sol brilla por detrás. Esta mañana pensaba que eran del color del jerez, pero estaba equivocado. No es jerez, ni coñac. Es *whisky*. Eso es. —Pareció tan feliz al decirlo que no pude evitar reírme.

—Jamie, estás como una cuba. ¿Qué has estado haciendo?

Cambió su expresión por una seria.

—No estoy borracho.

—¿Ah, no? —Aparté la costura y me acerqué para apoyarle una mano sobre la frente. Estaba fría y húmeda, aunque su rostro estaba arrebatado. De inmediato me rodeó la cintura con los brazos y me acerco a él, frotando la nariz cariñosamente contra mi pecho.

El olor a una mezcla de bebidas alcohólicas se elevaba como una nube, tan gruesa que casi podía verse.

—Ven a mí, *Sassenach* —murmuró—. Mi mujercita de ojos color *whisky*, mi amor. Déjame llevarte a la cama.

Pensé que era un punto discutible quién iba a llevar a quién a la cama, pero no dije nada. Después de todo, no importaba para qué pensaba ir a la cama, sino que llegara allí. Me incliné y puse un hombro bajo su axila para ayudarlo a levantarse, pero se echó hacia atrás y se levantó con sus propias fuerzas.

—No necesito ayuda —dijo, agarrando el cordón del cuello de su camisa—. Ya te lo dije, no estoy borracho.

—Tienes razón —asentí—. «Borracho» no alcanza para describir tu

estado.

Paseó la mirada por su *kilt*, por el suelo y por mi camisón.

—No, no es así —replicó, con gran dignidad. Avanzó un paso hacia mí —. Ven aquí, *Sassenach*; estoy listo.

Pensé que «listo» era una exageración; se había desabrochado la mitad de los botones y la camisa le colgaba torcida de los hombros, pero era lo máximo que iba a poder hacer sin ayuda.

Por otra parte... tenía desnuda gran parte del pecho y pude ver el huequito donde solía apoyar mi barbilla y los pelillos que rodeaban sus pezones. Se dio cuenta que lo observaba; cogió mi mano y se la llevó al pecho. Estaba tibio; me acerqué a él. Con el otro brazo me rodeó y se inclinó para besarme. Lo hizo con tanta delicadeza que su aliento casi me mareó.

—Está bien —dije riendo—. Si estás listo, también yo. Pero primero déjame desnudarte... ya he cosido bastante por hoy.

Se quedó quieto mientras lo desvestía. Tampoco se movió cuando me quité la ropa y abrí la cama.

Me metí dentro y me di la vuelta para mirarlo. Parecía una estatua griega, de nariz larga y pómulos altos. La boca amplia y suave tenía una sonrisa soñadora y los ojos sesgados parecían mirar a lo lejos. Estaba totalmente inmóvil.

Lo miré con preocupación.

—Jamie —dije—. ¿Cómo sabes si estás borracho?

Sobresaltado por mi voz, se balanceó, pero se agarró al borde de la repisa de la chimenea. Su mirada flotó por la habitación para después fijarse en mi cara. Por un instante sus ojos brillaron, claros y diáfanos.

—Ah, es fácil, *Sassenach*. Si puedes permanecer en pie, no estás borracho. —Soltó la repisa, dio un paso hacia mí y cayó lentamente la mirada ausente y una sonrisa amplia y dulce.

—Ah —respondí.

El canto de los gallos y el estrépito de cacharros en la cocina me despertó poco después del alba. Jamie se sacudió y después se quedó inmóvil, pues el movimiento le había dado dolor de cabeza.

Me apoyé en un codo para examinar los restos de Jamie. No estaba tan

mal, pensé, con mirada crítica. Tenía los ojos cerrados con fuerza para evitar los rayos del sol y el pelo revuelto como las púas de un puerco espín, pero su piel estaba pálida y clara, y las manos que se aferraban al cobertor no temblaban.

Le levanté un párpado, miré dentro y dije divertida:

—¿Hay alguien en casa?

El otro ojo se abrió lentamente. Dejé caer la mano y sonreí.

—Buenos días.

—Eso, *Sassenach*, es cuestión de opiniones —dijo, y volvió a cerrar ambos ojos.

—¿Tienes idea de cuánto pesas? —pregunté como al descuido.

—No.

Lo repentino de la respuesta sugirió no sólo que no lo sabía sino que no le importaba; sin embargo; persistí en mis esfuerzos.

—Creo que alrededor de dos quintales. Como un jabalí de buen tamaño. Pero por desgracia no contaba con batidores que te colgaran de pies y manos y te trajeran a casa.

Un ojo volvió a abrirse y me miró pensativo, después miró la chimenea y esbozó una media sonrisa.

—¿Cómo me metiste en la cama?

—No lo hice. No podía moverte, así que te eché encima un cobertor y te dejé junto a la chimenea. Después resucitaste y gateaste hasta aquí por tus propios medios.

Pareció sorprendido y volvió a abrir el otro ojo.

—¿Lo hice?

Asentí y traté de alisar el pelo que se le erizaba detrás de la oreja izquierda.

—Claro que sí. Testarudo.

—¿Testarudo? —Frunció el entrecejo y se desperezó, echando los brazos detrás de la cabeza. Después se sorprendió.

—No, no pude haberlo hecho.

—Sí que lo hiciste. Dos veces.

Miró de soslayo por debajo de su pecho, como si quisiera confirmar una afirmación tan improbable, Y después volvió a mirarme.

—¿De veras? Pues no es justo; no recuerdo nada. —Vaciló un momento, con timidez—. ¿Hice todo bien? ¿Ninguna tontería?

Me acerqué a él y apoyé la cabeza en la curva de su hombro.

—No, no lo llamaría una tontería. Pero no estuviste muy conversador.

—Gracias a Dios —dijo, y una risita socarrona le tembló en el pecho.

—Hum. Lo único que decías era «Te amo», pero lo dijiste muchas veces. La risita se repitió, esta vez más fuerte.

—¿Ah, sí? Bueno, supongo que podría haber sido peor.

Retuvo el aliento, después hizo una pausa. Giró la cabeza y olfateó debajo de su brazo alzado.

—¡Cristo santo! —exclamó. Trató de apartarme—. No pongas la cabeza cerca de mi sobaco, *Sassenach*. Huelo como un jabalí muerto hace una semana.

—Y adobado con coñac después —dije, mientras me acurrucaba junto a él—. ¿Cómo diablos pudiste emborracharte tanto?

—Por la hospitalidad de Jared. —Se acomodó con un profundo suspiro, con el brazo alrededor de mi hombro.

—Me enseñó su bodega en el muelle. Y el almacén donde guarda las bebidas raras, el coñac portugués y el ron jamaicano. —Sonrió al recordar—. El vino no estaba tan mal, porque se paladea y se escupe en el suelo después. Pero el coñac es otra historia. Además, Jared dijo que hay que dejarlo pasar por la garganta para apreciarlo al máximo.

—¿Y cuánto apreciaste? —pregunté con curiosidad.

—Perdí la cuenta en la mitad de la segunda botella. —En aquel momento empezó a sonar la campana de una iglesia; la llamada para la primera misa. Jamie se incorporó y miró la ventana, por la que entraba un sol brillante.

—¡Por Dios, *Sassenach*! ¿Qué hora es?

—Alrededor de las seis, supongo —contesté—. ¿Por qué?

Jamie se relajó levemente, aunque continuó sentado.

—Ah, está bien, entonces. Creí que era la campana del Ángelus. Perdí la noción del tiempo.

—Eso me parece. ¿Qué sucede?

Con una explosión de energía, apartó las mantas y se levantó. Trastabilló un poco, pero conservó el equilibrio, aunque se llevó las dos manos a la

cabeza, como para asegurarse de que aún la tenía en su lugar.

—Es que —exclamó, jadeante— tenemos una cita en los muelles mañana. En la bodega de Jared. Nosotros dos.

—¿De verdad? —Bajé de la cama con dificultad, y busqué la bacinilla—. Si planea terminar el trabajo, no creo que quiera testigos.

La cabeza de Jamie emergió por el cuello de la camisa con las cejas levantadas.

—¿Terminar el trabajo?

—Bueno, la mayoría de tus parientes parece querer eliminarnos, a ti o a mí. ¿Por qué no Jared? Ha empezado a envenenarte, por lo que veo.

—Muy gracioso, *Sassenach* —dijo con ironía—. ¿Tienes algo decente que ponerte?

Para nuestros viajes me había puesto un vestido de sarga gris, muy cómodo, adquirido gracias a los buenos servicios del asistente de la abadía de Ste. Anne, pero también tenía el vestido con que me había fugado de Escocia, regalado por lady Annabelle MacRannoch. Era de terciopelo verde, muy bonito; resaltaba mi palidez, pero era elegante.

—Creo que sí, si no está manchado de salitre.

Me arrodillé junto al baúl y desplegué el vestido. Jamie se arrodilló a mi lado, levantó la tapa de mi caja de medicinas y examinó las botellas, cajas y hierbas envueltas en gasa.

—¿Tienes algo para una jaqueca muy fuerte, *Sassenach*?

Busqué una botella y la saqué.

—El marrubio podría ayudarte, aunque no es lo mejor. Y una infusión de corteza de sauce con hinojo va bastante bien, pero tarda en prepararse. Mejor, ¿qué tal si te preparo una receta de hígado con tachuelas? Es una maravillosa cura para la resaca.

Inclinó un ojo azul y me miró con suspicacia.

—Suena horrible.

—Lo es —contesté alegremente—. Pero te sentirás muchísimo mejor una vez que hayas vomitado.

—Hum. —Se levantó y empujó la bacinilla hacia mí.

—Vomitara por la mañana es tu trabajo, *Sassenach* —dijo—. Hazlo y vístete. Puedo soportar la jaqueca.

Jared Munro Fraser era un hombre pequeño, delgado, de ojos negros, con cierto parecido a su primo lejano Murtagh, el que nos había acompañado hasta Le Havre. La primera vez que vi a Jared el parecido era tanto que parpadé y me restregué los ojos. Según creía, Murtagh aún estaba en la posada, ocupándose de un caballo con una pata lastimada.

Jared tenía el pelo lacio y oscuro, los ojos penetrantes y el físico vigoroso. Pero allí terminaba toda semejanza. Mientras Jamie se abría paso a codazos, empecé a ver las diferencias. La cara de Jared era ovalada, y no con forma de hacha como la de Murtagh, con una jovial nariz respingona que destrozaba el aire digno que le confería su pose erguida.

Jared no era pastor sino mercader; a diferencia de Murtagh, cuya expresión era agria, sabía sonreír.

—¡Querida mía! —exclamó, tomándome con fuerza de un brazo, y apartándome con destreza de un par de fornidos estibadores que empujaban un gigantesco tonel—. ¡Es un gran placer conocerte por fin! —El tonel hizo un gran ruido al golpear los tablones de la rampa y pude oír el chapoteo de su contenido al pasar junto a mí.

—El ron se puede tratar así —observó Jared, mientras vigilaba el enorme barril sorteando los obstáculos de la bodega— pero no el oporto. Por eso lo entrego personalmente, junto con el vino embotellado. De hecho, me estaba preparando para embarcar una carga de oporto Belle Rouge. ¿Os gustaría acompañarme?

Miré a Jamie, quien asintió, y de inmediato partimos tras Jared, apartándonos del tráfico de toneles y barriles, carretas y carretillas; hombres y muchachos de todo tipo llevaban rollos de tela, cajas de cereales y alimentos, rollos de cobre, bolsas de harina y todo lo que podía transportar un barco.

Le Havre era un centro importante del tráfico marítimo; el puerto era el corazón de la ciudad. En el puerto habían anclados barcos de tres mástiles, bergantines, esquifes y pequeñas galeras; una colección completa de los buques que aprovisionaban Francia.

Jamie me cogió con fuerza el codo para quitarme del camino de las carretillas, barriles rodantes, mercaderes y marineros descuidados que no miraban por dónde iban.

Mientras caminábamos por el muelle, Jared me gritaba en el oído, señalando objetos de interés al pasar. El *Arianna*, barco al cual nos dirigíamos, era propiedad de Jared. La mayoría de los barcos pertenecían a grupos de mercaderes; o a veces, a un capitán que alquilaba el barco, la tripulación y los servicios para un viaje. Al comparar la cantidad de buques pertenecientes a compañías con el número relativamente escaso de dueños individuales, empecé a formarme una idea del poder de Jared.

Estaba en la mitad del muelle, cerca de una gran bodega con el nombre de FRASER pintado con letra cursiva blanca. Al ver el nombre sentí un pequeño escalofrío, una sensación repentina de alianza y pertenencia; me di cuenta de que compartía ese nombre.

El *Arianna* tenía tres mástiles, unos 200 metros de eslora, ancha proa y dos cañones a los lados; por si intentaban robarlos en alta mar, supuse. Había hombres que iban y venían por las cubiertas, supuestamente con algún propósito, aunque parecía un hormiguero en pleno ataque.

Todas las velas estaban arriadas y atadas, pero la marea alta mecía levemente el barco, ladeando el bauprés en nuestra dirección. Estaba decorado con un mascarón de proa de aspecto algo torvo; con su formidable busto desnudo y rizos enmarañados llenos de salitre, la dama no parecía disfrutar mucho del aire de mar.

—Es una belleza, ¿verdad? —preguntó Jared. Supuse que se refería al barco y no al mascarón de proa.

—Muy bonito —dijo Jamie. Vi que miraba con inquietud la línea de flotación del buque, donde pequeñas olas lamían el casco. Me di cuenta de que no quería subir a bordo. Sabía que era un buen guerrero, pero también que no le gustaba demasiado el agua.

Definitivamente no era uno de esos escoceses que cazaban ballenas en Tarwathie o viajaban por el mundo en busca de riquezas. Sufría mareos tan grandes en alta mar que nuestro viaje a través del Canal en diciembre casi lo había matado, debilitado como estaba entonces por la tortura y la prisión. Y a pesar de que la borrachera con Jared del día anterior era otro tipo de mal, tampoco había contribuido a hacerle las cosas más fáciles. Me acerqué lo suficiente para murmurarle:

—Seguramente no te pasará nada mientras está anclado, ¿no?

—No lo sé —respondió—. Habrá que descubrirlo. —Jared ya se encontraba en mitad de la pasarela, saludando al capitán—. Si me pongo verde, ¿puedes fingir que te desmayas o algo parecido? No quedará muy bien que vomite en los zapatos de Jared.

Le di una palmadita reconfortante en el brazo.

—No te preocupes. Tengo fe en ti.

—Es que no soy yo —explicó—; es mi estómago.

Por suerte, el barco se mantuvo bastante quieto y tanto Jamie como su estómago se portaron bastante bien. Quizás ayudó también el coñac que nos sirvió el capitán.

—Es una buena marca —dijo Jamie mientras se pasaba el vaso bajo la nariz y cerraba los ojos aprobando el rico aroma—. Portugués, ¿no es cierto? Jared se rió.

—¿Lo ves, Portis? ¡Te dije que tenía un buen paladar! ¡Es la segunda vez que lo prueba!

Evité mirar a Jamie. El capitán parecía aburrido, pero sonrió cortésmente al mirar a Jamie.

—¿Éste es el que va a mantener seca la bodega?

Jared pareció turbado.

Si, éste... —dijo—, eso está por verse. Pero eso creo. Portis, ¿me permites usar tu camarote un momento? Quisiera conversar con mi sobrino y su esposa... y veo que hay algunos problemas en la bodega de popa. —Esta astuta observación bastó para que el capitán Portis saliera del camarote como un jabalí enfurecido.

Jared se dirigió a la puerta y la cerró con firmeza tras el capitán. Volvió a la mesa del capitán y llenó de nuevo nuestros vasos antes de hablar. Después nos miró y sonrió otra vez.

—No pensaba hacerlo así —dijo—. Pero veo que el buen capitán me ha ganado por la mano. La verdad es que necesito un hombre. Un hombre bueno —especificó, bajando la copa—. Verás, querida —me dijo, puedo hacer una buena inversión en un nuevo lagar de la región del Mosela. Pero no estaría tranquilo si se lo confiara a otro. Necesitaría ver las instalaciones yo mismo y supervisar su desarrollo. La empresa requeriría varios meses.

Contempló la bebida de su copa de manera pensativa, haciendo girar el

fragante líquido de manera tal que su aroma impregnó el pequeño camarote. Yo no había bebido más que unos pocos sorbos de mi copa, pero ya me sentía ligeramente mareada, más por la excitación que por el alcohol.

—Es una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar —dijo Jared—. Con la posibilidad de hacer buenos contactos con los lagares que hay a lo largo del Ródano. Lo que se produce allí es excelente, pero poco conocido en París. ¡Se vendería entre la nobleza como nieve en verano! —Sus astutos ojos negros brillaron con avaricia—. Pero...

—Pero —dije, terminando lo que él iba a decir—, no puedes dejar tu empresa sin una mano que la guíe.

—Inteligencia además de belleza y encanto. Te felicito, primo. —Inclinó la cabeza en señal de aprobación—. Confieso que no estaba muy seguro de cómo proceder —dijo—, pero cuando me escribiste desde Ste. Anne, diciendo que tenías la intención de visitar París... —Vaciló un momento, después sonrió—. Sé que tú, muchacho, tienes buena cabeza para los números; para mí tu llegada ha sido una respuesta a mis súplicas.

«Es decir que querías ver si yo era presentable», pensé con ironía, pero le sonreí de todos modos. Miré a Jamie y vi que enarcaba una ceja. Sin duda era nuestra semana de propuestas. Para ser un proscrito desposeído y una posible espía inglesa, nuestros servicios eran bastante solicitados.

La propuesta de Jared resultó más que generosa; como recompensa por la dirección de la empresa en Francia durante los seis meses siguientes, no sólo pagaría a Jamie un salario sino que le dejaba su casa de París, con todo el personal de servicio.

—Ni hablar —dijo cuando Jamie quiso rechazar este último ofrecimiento—. Una mujer guapa presidiendo la mesa es una ventaja incomparable en el negocio de los vinos, primo. No tienes idea de la cantidad de vino que puedes vender si permites que los clientes lo prueben antes de comprar. —Sacudió la cabeza con decisión—. No, será un inmenso favor que tu esposa acepte ofrecer veladas.

La idea de ser anfitriona de la sociedad parisina me intimidaba un poco. Jamie me miró, alzando las cejas de manera inquisitiva, pero tragué saliva y sonreí. Era una buena oferta; si él se sentía capaz de dirigir una empresa importante, lo menos que podía hacer yo era arreglar una cena y mejorar mi

francés.

—Por supuesto —murmuré, pero Jared había dado por sentada mi aprobación y continuó, con los ojos negros fijos en Jamie.

—También he pensado que quizá necesitaríais una sede de operaciones en función de los otros intereses que os llevan a París.

Jamie esbozó una sonrisa inexpresiva. Jared soltó una carcajada y alzó su copa de coñac. Nos habían dado una copa de agua, para enjuagar el paladar entre sorbos y Jared la cogió con la otra mano.

—¡Bien, un brindis! —exclamó Jared—. ¡Por nuestra sociedad, primo, y por su majestad! —Levantó su copa, la pasó por encima de la de agua y se la llevó a los labios.

Observé con sorpresa aquel extraño procedimiento, pero al parecer tenía algún significado para Jamie, ya que sonrió a Jared, alzó su propia copa y la pasó sobre la de agua.

—Por su majestad —repitió. Después, al ver que lo observaba, sonrió y explicó—: Por su majestad del otro lado del agua, *Sassenach*.

—Ah —dije, al darme cuenta. El rey del otro lado del agua, el rey Jacobo. Esto explicaba un poco la repentina urgencia de todo el mundo por vernos a Jamie y a mí establecidos en París, lo cual de otro modo habría parecido una coincidencia improbable.

Si Jared también era jacobita, entonces era posible que su correspondencia con el abad Alexander fuera más que una coincidencia. Era muy probable que la carta de Jamie anunciando nuestra llegada fuera acompañada de otra de Alexander explicando el nombramiento del rey. Y si nuestra presencia en París se adecuaba a los planes de Jared, entonces mucho mejor. Reconociendo las complejidades de la red jacobita, levanté mi propia copa y brindé por su majestad y por nuestra nueva sociedad.

Jared y Jamie se pusieron a discutir sobre el negocio, y pronto estaban inclinados sobre un montón de hojas de papel con olor a tinta, al parecer instrucciones de embarque. El pequeño camarote apestaba a tabaco y coñac; empecé a sentirme mal. Viendo que no me iban a necesitar durante un rato, me levanté en silencio y salí a cubierta.

Me senté sobre un cajón y disfruté de la brisa salada y los olores a pescado y a alquitrán que despedían los barcos y el puerto. Todavía hacía

frío, pero arropada con la capa no lo sentía. El barco se meneó lentamente, elevándose con la marea; pude ver las algas sobre los pilotes del embarcadero que se alzaban y giraban, tapando los mejillones negros y brillantes que había entre ellas.

El pensar en mejillones me recordó los mejillones ahumados con manteca que había cenado la noche anterior, y de repente sentí hambre. Los caprichos del embarazo me mantenían consciente de mi estómago; si no estaba ocupada vomitando, me moría de hambre. El pensar en comida me llevó a pensar en menús, y éstos me hicieron recordar las veladas que Jared quería que organizara. Conque recibir invitados, ¿eh? Parecía un modo extraño de comenzar la tarea de salvar a Escocia; sin embargo, no se me ocurrió nada mejor.

Por lo menos si compartía la mesa con Carlos Estuardo podría vigilarlo de cerca, pensé. Si había signos de que fuera a fletar un barco a Escocia, podría ponerle algo en la sopa.

Quizás no fuera tan gracioso, después de todo. Recordé a Geillis Duncan y se me borró la sonrisa. Esposa del fiscal procurador en Cranesmuir, asesinó a su marido echando cianuro en polvo en su comida durante un banquete. Acusada de brujería poco tiempo después, fue arrestada cuando yo estaba con ella. Yo misma fui llevada a un juicio del que me rescató Jamie. El recuerdo de los días pasados en la fría oscuridad del foso de los ladrones en Cranesmuir todavía estaba fresco en mi mente. De pronto el viento me pareció muy frío.

Me estremecí, pero no sólo por el frío. No podía pensar en Geillis Duncan sin sentir un escalofrío en la columna. No tanto por lo que había hecho, sino por lo que fue. Una jacobita, también, cuya defensa de la causa de los Estuardo tuvo cierto tinte de locura. Y lo peor era que, al igual que yo, había viajado a través de las piedras verticales. Nunca supe si había llegado al pasado como yo, por accidente, o si había sido por propia decisión. Tampoco supe exactamente de dónde provenía. Pero conservaba mi última visión de ella, gritando, desafiante, a los jueces que la condenaban a la hoguera; una mujer alta y bella, con los brazos extendidos, en uno de los cuales se veía la reveladora marca redonda de una vacuna. Automáticamente, me toqué la pequeña marca de piel endurecida en mi brazo: bajo los pliegues de mi capa;

temblé al hacerlo.

Me distrajo de estos tristes recuerdos una conmoción en el muelle contiguo. Un grupo de hombres se había reunido sobre la plancha de un barco, y abundaban los gritos y los empujones. No era una lucha. Observé el altercado, haciéndome sombra sobre los ojos con una mano, pero no vi que se intercambiaran golpes. En cambio, parecía que se trataba de abrir camino a través de la multitud hacia las puertas de un gran depósito del extremo del muelle. La multitud resistía tales intentos, empujando en sentido contrario.

Jamie apareció detrás de mí, seguido por Jared, que miró la escena con ojos aviesos. Absorta en el alboroto, no los había oído subir.

—¿De qué se trata? —Me levanté y me apoyé en Jamie, preparándome para el balanceo cada vez mayor del barco. Sentí su perfume; se había bañado en la posada y olía a limpio y cálido, a sol y polvo. Parecía que el embarazo también me había agudizado el sentido del olfato; podía olerlo incluso entre la miríada de hedores y aromas del puerto, así como se oye una voz grave y cercana en medio de una multitud ruidosa.

—No sé. Problemas en el barco vecino, al parecer. —Se inclinó y apoyó una mano en mi codo. Jared se volvió y ladró una orden en un francés gutural a un marinero. El hombre saltó rápidamente sobre el pasamano y se deslizó por una de las sogas hasta el muelle. Observamos desde la cubierta del barco cómo se mezclaba entre la multitud, daba un codazo en las costillas a otro marinero y recibía una respuesta, con expresivas gesticulaciones.

Jared tenía el ceño fruncido. El marinero regresó arrastrándose por la rampa, y le dijo algo en el mismo francés gutural, demasiado rápido para poder entenderlo. Después de un intercambio de palabras, Jared giró bruscamente y se puso junto a mí, con las manos aferradas al pasamano.

—Dice que hay una enfermedad en el *Patagonia*.

—¿Qué clase de enfermedad? —Yo no había pensado en traer mi maletín médico, de manera que poco podía hacer, pero sentí curiosidad. Jared parecía ansioso y preocupado.

—Tienen miedo de que sea viruela, pero no lo saben. Han llamado al inspector y al capitán del puerto.

—¿Quieres que lo vea? —pregunté—. Al menos podría decir si se trata de algo contagioso.

Las cejas de Jared desaparecieron debajo de su pelo. Jamie parecía turbado.

—Mi mujer tiene dotes de curandera, primo —explicó, pero se volvió, me miró y sacudió la cabeza. No, *Sassenach*. Podría ser peligroso.

Yo alcanzaba a ver bien la cubierta del *Patagonia*. La multitud se había apartado de repente, empujándose y pisándose los pies. Aparecieron dos marineros con una lona extendida que se combaba bajo el peso del hombre que llevaban. Un brazo desnudo, tostado por el sol, colgaba de la lona.

Los marineros tenían la boca y la nariz cubiertas por tiras de tela y apartaban la cara de la camilla, sacudiendo la cabeza, maniobrando sobre las rampas astilladas. Pasaron al lado de la multitud y desaparecieron en un almacén contiguo.

Tomando una decisión repentina, me volví y me dirigí hacia la pasarela del *Arianna*.

—No te preocupes —le dije a Jamie—. Si es viruela, no puedo contagiarme. —Uno de los marineros, al oírme, se quedó con la boca abierta, pero me limité a sonreír y a pasar junto a él.

La multitud estaba quieta; ya no se movía de un lado a otro. No me fue difícil abrirme camino entre los grupos de marineros; muchos fruncían el entrecejo o parecían sorprendidos cuando yo pasaba a su lado. El almacén estaba en desuso; no había fardos ni barriles que llenaran las sombras vacías del enorme recinto, pero olía a madera cortada, a carne ahumada y a pescado.

Habían arrojado al enfermo cerca de la puerta, encima de un montón de paja de embalaje. Cuando entré los asistentes salían y me empujaron, ansiosos por alejarse.

Me acerqué con cautela, deteniéndome a unos metros. Tenía fiebre. La piel, de un raro tono rojizo, tenía pústulas blancas. Gemía y movía la cabeza de un lado a otro. La boca reseca se movía como pidiendo agua.

—Busca un poco de agua —le dije a uno de los dos marineros. Era un hombre bajo y musculoso, de barba grasienta acabada en dos puntas, que se me quedó mirando como si de repente hubiera oído hablar a un pez.

Dándole la espalda con impaciencia, me arrodillé junto al enfermo y le abrí la inmundada camisa. Olía a rayos; había sido abandonado en su propia mugre, pues sus compañeros tenían miedo de tocarlo. Tenía los brazos

bastante sanos, pero tenía pústulas en todo el pecho y estómago, y hervía de fiebre.

Jamie había llegado mientras yo hacía mi examen, acompañado por Jared, un hombrecito con uniforme de oficial y otros dos hombres, uno de los cuales era un noble o un burgués rico, a juzgar por su atavío; el otro, un individuo alto y delgado, por su tez era un hombre de mar, posiblemente el capitán del barco apestado, si es que aquello era peste.

Y al parecer así era. Yo había visto muchos casos de viruela, en partes poco civilizadas del mundo a las que me había llevado mi tío Lamb, un eminente arqueólogo. Aquel enfermo no orinaba sangre, como sucede a veces cuando la enfermedad ataca los riñones, pero tenía todos los demás síntomas clásicos.

—Me temo que es viruela —dije.

El capitán del *Patagonia* lanzó un grito de angustia y dio un paso hacia mí con el rostro contraído, levantando el puño como si quisiera pegarme.

—¡No! —gritó—. ¡Estúpida mujer! *Salope! Femme sans cervelle!* ¿Quieres arruinarme?

Esta última palabra fue acompañada de un sonido gutural, pues Jamie le apretó la garganta con una mano, mientras que con la otra le cogió el cuello de la camisa, levantándolo del suelo.

—Preferiría que os dirigierais a mi esposa con respeto, señor —le dijo. El capitán logró asentir y Jamie lo soltó.

El oficial se inclinó con cautela sobre el enfermo, mientras sostenía sobre la nariz de éste un pomo grande de plata colgado de una cadena. El ruido de fuera cesó cuando la multitud volvió a apartarse del almacén para abrir paso a otra camilla.

El enfermo se sentó de repente. El oficial se asustó tanto que casi se cayó. El enfermo miró a su alrededor, puso los ojos en blanco y volvió a caer en la paja.

—Está muerto —dije.

El oficial, recuperando su dignidad, intervino otra vez, miró el cuerpo, se enderezó y anunció:

—Viruela. La señora está en lo cierto. Lo siento, *Monsieur le Comte*, pero ya conocéis la ley.

El interpelado suspiró. Me miró frunciendo el entrecejo y luego volvió los ojos hacia el oficial.

—Estoy seguro de que esto puede arreglarse, *Monsieur* Pamplémousse. Por favor, conversemos en privado... —Se acercó a la cabina del contramaestre. *Monsieur* le Comte, un noble tanto por su atavío como por su título, era delgado y elegante, de cejas espesas y labios finos. Se notaba que estaba acostumbrado a salirse con la suya.

Pero el oficial retrocedió, interponiendo las manos, como en defensa propia.

—*Non, Monsieur le Comte* —dijo—. *Je le regrette, mais c'est impossible...* No puede hacerse. Ya hay demasiadas personas enteradas. La noticia se ha extendido por todo el puerto. —Miró a Jamie y a Jared, después hizo un gesto hacia la puerta del almacén, donde se veían innumerables espectadores.

—No —repitió. Sus rasgos se endurecieron—. Debéis excusarme, *Monsieur...* y *Madame* —añadió, como si acabara de advertir mi presencia—. Debo ir e iniciar el procedimiento para la destrucción del navío.

El capitán emitió otro grito ahogado al oír esto, y el oficial salió a toda prisa del edificio.

Tras su partida, *Monsieur* le Comte y el capitán me miraban con furia, Jamie tenía una expresión amenazante y el muerto tenía la mirada fija en el techo.

El conde se dirigió hacia mí. Le brillaban los ojos.

—¿No os dais cuenta de lo que habéis hecho? —me espetó—. Os advierto, *Madame*, ¡pagaréis por esto!

Jamie se dirigió de inmediato hacia el conde, pero Jared fue más rápido; lo cogió del brazo, me empujó con suavidad hacia la puerta y murmuró algo ininteligible al apesadumbrado capitán, que se limitó a sacudir la cabeza.

—Pobre tipo —dijo Jared una vez fuera—. Vamos, muchachos, busquemos una taberna. Necesito un trago.

Fuimos a una de las tabernas del puerto. Jared se dejó caer en una silla, abanicándose, y soltó una bocanada de aire.

—¡Dios, qué suerte! —Vertió un gran chorro de vino en su copa, bebió y se sirvió otro. Al ver que lo observaba sorprendida, sonrió y empujó la jarra

en mi dirección.

—Una cosa es el vino, muchacha —explicó— y otra esto que sirve para limpiar el polvo. Trágate-lo rápido, antes de que tengas tiempo de saborearlo. —Siguiendo su propio consejo, vació su copa y volvió a coger la jarra. Me di cuenta de lo que le había pasado a Jamie el día anterior.

—¿Buena suerte o mala suerte? —pregunté a Jared con curiosidad. Supuse que la respuesta sería «mala», pero su entusiasmo era excesivo para deberse al vino tinto, que se parecía mucho al ácido de una batería.

—Mala para el conde de St. Germain, buena para mí —resumió. Se levantó y espió por la ventana.

—Buena —repitió, mientras se sentaba otra vez con aire satisfecho—. Al anochecer el vino estará a salvo en nuestra bodega.

Jamie se reclinó en su silla, estudiando a su primo con una ceja enarcada y una sonrisa en los labios.

—¿Debemos entender que la embarcación del conde de St Germain también transportaba bebidas, primo?

Una amplia sonrisa se extendió por la cara de Jared, exhibiendo dos dientes de oro en la parte inferior, lo que le daba aspecto de pirata.

—El oporto más añejo de Pinhao —dijo—. Le costó una fortuna. La mitad de la cosecha de los viñedos de Noval, y ya no queda más este año.

—¿Y supongo que la otra mitad es la que están descargando en tu bodega? —Yo empezaba a comprender la satisfacción de Jared.

—¡Exacto, hija mía, exacto! —respondió sonriendo—. ¿Sabéis por cuánto se podrá vender en París? —preguntó—. ¡Una cosecha limitada, y tengo el monopolio! ¡Y la ganancia de todo el año!

Me puse de pie y miré por la ventana. El *Arianna* ya se notaba más alto en el agua. Estaban descargando el vino.

—No quiero empañar tu alegría —le dije, con cierta timidez—, pero tu oporto, ¿no viene del mismo lugar que el cargamento de St. Germain?

—Así es. Noval hace el mejor oporto de toda España y Portugal; me hubiera gustado comprar toda la cosecha, pero no tenía suficiente capital. ¿Qué hay?

—Si los barcos provienen del mismo puerto, existe la posibilidad de que alguno de tus marineros haya contraído la viruela.

La idea hizo palidecer a Jared, quien se sirvió más vino.

—¡Dios, qué idea! —dijo, respirando con dificultad al dejar la copa sobre la mesa—. Pero creo que todo irá bien —dijo, dándose ánimos—. Ya se ha descargado la mitad del oporto. De todos modos será mejor que hable con el capitán —añadió, poniéndose serio—. Le diré que despida a los hombres tan pronto les pague... y si alguno parece enfermo, debe pagarle de inmediato y despacharlo. —Se giró y salió; en la puerta dijo—: ¡Ordena algo para cenar!

Me volví hacia Jamie, quien miraba absorto su copa de vino, intacta.

—¡No debería hacer eso! —exclamé—. ¡Si hay viruela a bordo y despide a los hombres, puede extenderse por toda la ciudad!

Jamie asintió lentamente.

—Entonces esperemos que no haya viruela —dijo.

Me dirigí tambaleándome hacia la puerta.

—Pero... ¿no deberíamos hacer algo? Por lo menos podría examinar a los hombres. Y decirles qué deben hacer con los cuerpos de los del otro barco...

—*Sassenach*. —La voz profunda todavía era suave, pero tenía una nota de advertencia.

—¿Qué? —Me di la vuelta y lo vi inclinado, mirándome. Entonces dijo:

—¿No crees que tenemos algo importante que hacer, *Sassenach*?

—Solté el pomo de la puerta.

—¿Impedir que los Estuardo comiencen una rebelión en Escocia? ¡Sí, claro que es importante! ¿Por qué lo preguntas?

Jamie asintió, pacientemente.

—En ese caso, debes quedarte aquí hasta que vuelva Jared. De lo contrario... puedes ir a un muelle lleno de marineros y mercaderes que creen que una mujer cerca de un barco trae mala suerte, que ya están haciendo correr el rumor de que le echaste una maldición al barco de St. Germain. Con suerte, quizá les dé por violarte antes de cortarte la garganta y arrojarte al agua, y a mí después. Eso si St. Germain no te estrangula antes. ¿No viste su expresión?

Volví a la mesa y me senté. Me temblaban las rodillas.

—Sí —dije—. ¿Pero él podría...? No se atrevería...

Jamie enarcó las cejas y empujó una copa de vino hacia mí.

—Podría, y se atrevería si pudiera hacerlo sin levantar sospechas. ¡Por el

amor de Dios, *Sassenach*, le hiciste perder la ganancia de un año! Y no parece el tipo de persona que se tome semejante pérdida con filosofía. Si no hubieras dicho al inspector del puerto que era viruela en voz alta frente a testigos, todo podría haberse arreglado con unos cuantos sobornos. Pero tal como están las cosas, ¿por qué crees que Jared nos trajo aquí tan rápido? ¿Por la excelencia del vino?

Sentí los labios rígidos, como si hubiese bebido vitriolo de la jarra.

—¿Quieres decir... que estamos en peligro?

Jamie volvió a reclinarse, asintiendo.

—Por fin has entendido —dijo con suavidad—. Supongo que Jared no habrá querido alarmarte. Habrá ido a buscar algún tipo de guardia, además de a supervisar su tripulación. Él estará a salvo... todo el mundo lo conoce, y su tripulación está por ahí.

Me froté la carne de gallina de los brazos. El cuarto estaba cálido; sin embargo, sentí frío.

—¿Cómo sabes tanto de lo que el conde St. Germain podría hacer?

Jamie tomó un sorbo pequeño de vino, hizo una mueca y lo dejó sobre la mesa.

—Por un lado, tiene fama de ser cruel, entre otras cosas. Ya oí hablar de él cuando viví en París. Por otra parte, Jared me lo advirtió ayer; es su principal competidor en París.

Apoyé los codos sobre la mesa.

—Lo he estropeado todo, ¿no? —dije con pena—. No te hice quedar muy bien.

—No te preocupes, *Sassenach* —me consoló—. Puedo cuidarme solo. Y también puedo cuidarte a ti... si me lo permites. —Lo dijo en tono de broma, pero también de interrogación. Asentí, recostando la cabeza contra su pecho.

—Te lo permitiré —dije—. Los ciudadanos de Le Havre deberán correr el riesgo de contagiarse de viruela.

Pasó casi una hora antes de que Jared regresara, con las orejas rojas por el frío, pero con la garganta intacta. Me alegre al verlo.

—Todo arreglado —dijo—. No hay nada a bordo, excepto un poco de escorbuto y los resfriados de costumbre. Nada de viruela. —Miró a su

alrededor, frotándose las manos—. ¿Dónde está la cena?

Se le veía feliz. Parecía que tratar con competidores que ajustaban cuentas asesinando a gente formaba parte de su trabajo cotidiano. ¿Y por qué no?, pensé. Después de todo, era un maldito escocés.

Como confirmando dicha opinión, Jared ordenó la cena, consiguió un vino excelente mediante el simple trámite de enviar por él a su propia bodega, y se sentó a discutir con Jamie sobre el modo de tratar con mercaderes franceses.

—Son bandidos —dijo—. Todos sin excepción te apuñalan apenas les das la espalda. Sucios ladrones, eso es lo que son. No te fíes de ellos. La mitad en la bodega, la mitad contra entrega; nunca permitas que un noble te pague a crédito.

A pesar de que Jared nos aseguró que había apostado a dos hombres para que hicieran guardia debajo, yo seguía nerviosa. Después de cenar me asomé a la ventana para poder ver lo que sucedía en el muelle. Mi vigilancia no sirvió de mucho: todos los hombres que veía me parecían asesinos.

A medida que anochecía, el bullicio del puerto iba disminuyendo. Los estibadores desaparecían empujando sus carretillas y los marineros se iban a las tabernas. Sin embargo, el muelle no estaba desierto; aún había una pequeña multitud reunida cerca del *Patagonia*. Un grupo de hombres vestidos con una especie de uniforme formaba un cordón al pie de la rampa; sin duda para impedir que alguien subiera a bordo o descargara la mercancía. Jared nos explicó que se iba a permitir a los miembros sanos de la tripulación bajar a tierra, pero que se les prohibiría sacar nada del barco, a excepción de la ropa que llevaban puesta.

—Es mejor que lo que hacen en Holanda —dijo rascándose la barba—. Si llega un barco de un puerto que sufre de alguna peste, obligan a los marineros a nadar desnudos hasta la costa.

—¿Y con qué se visten cuando llegan a la costa? —pregunté con curiosidad.

—No sé —respondió—, pero como se meten en un burdel apenas llegan, no creo que necesiten ropa... te pido, disculpas, querida —añadió al recordar de repente que se estaba dirigiendo a una señora.

Ocultando su confusión, se levantó y se retiró a la ventana.

—Ah —dijo—. Van a incendiar el barco. Teniendo en cuenta la carga, sería mejor que lo remolcaran lejos del puerto.

Habían atado varias maromas al *Patagonia*, y un grupo de pequeños botes tripulados por remeros estaba listo para remolcarlo cuando dieran la señal. Ésta fue dada por el inspector del puerto. Su grito fue repetido por el capitán de los botes y galeras; las maromas se elevaron lentamente a medida que se tensaban; el agua se escurrió por las pesadas espirales de cáñamo con un chapoteo audible en medio del silencio.

Lo dejaron en medio del puerto, a distancia segura de los demás barcos. Sus cubiertas habían sido empapadas con petróleo, y mientras retiraban las maromas y las galeras se apartaban, el inspector del puerto apareció en el bote. Se inclinó, con la cabeza cerca de una de las figuras sentadas.

El remero que estaba detrás de él se inclinó hacia atrás cuando el inspector estiró el brazo y arrojó la antorcha, un pesado palo envuelto con trapos empapados en petróleo. La tea dio varias vueltas en el aire, el fuego se redujo a un brillo azul, y aterrizó fuera de la vista, detrás de la barandilla. El inspector no esperó a ver los resultados de su acción; se sentó de inmediato, gesticulando nerviosamente al remero, que se inclinó sobre los remos, alejando el bote por el agua oscura.

—Mira ahí —murmuró Jamie. Una pequeña línea azul brillante se elevó de repente detrás de la barandilla, seguida de una llama vacilante. Los obenques delanteros se convirtieron en líneas anaranjadas contra el cielo. Poco después las lenguas de fuego danzaban por las barandillas impregnadas de petróleo; una vela plegada estalló en llamas.

En menos de un minuto se quemaron los obenques y la vela principal se desplegó como una hoja de fuego. Las llamas se esparcieron demasiado rápido para que se pudiera contemplar su avance; todo pareció encenderse de inmediato.

—Ahora —dijo Jared de repente—. Bajemos. La bodega arderá en un minuto; será el mejor momento para escapar. Nadie nos verá.

Tenía razón; cuando salimos por la puerta de la taberna, aparecieron los marineros de Jared armados con pistolas y porras. Pero nadie nos vio. Todo el mundo miraba hacia el puerto, donde el *Patagonia* parecía un esqueleto negro entre las llamas. Hubo una serie de explosiones, tan cerca una de otra

que pareció el tableteo de una ametralladora. Después, una gran explosión se elevó desde el centro del barco, como una fuente de chispas y madera quemada.

—Vámonos. —Jamie me cogió el brazo con firmeza. No protesté. Seguimos a Jared, escoltados por los marineros, y salimos del muelle, como si hubiéramos sido nosotros los que hubiésemos iniciado el fuego.

## 7

### *Audiencia real*

La casa de Jared estaba en la Rue Tremoulins, en un barrio lujoso.

—Humm —fue la única observación de Murtagh al ver la casa de Jared —. Encontraré un sitio para mí.

—Hombre, si te pone nervioso tener un techo decente, puedes dormir en el establo —dijo Jamie, sonriendo.

El mobiliario era cómodo y elegante, aunque, como pude descubrir después, era una elegancia espartana comparada con las casas de la nobleza y la burguesía acaudalada. Supuse que se debía al hecho de que no había una señora en la casa. Jared estaba soltero, pero no parecía sentir la falta de esposa.

—Tiene amante, por supuesto —me dijo Jamie cuando especulé acerca de la vida privada de su primo.

—Ah, claro —murmuré.

—Pero ella está casada. Jared me dijo una vez que un comerciante no debe tratar con señoras solteras, pues exigen demasiado, tiempo y dinero. Y si se casa con ellas, se termina siendo un pobre.

—Buena opinión tiene de las esposas. ¿Qué piensa de que te hayas casado tú, a pesar de todos sus útiles consejos?

Jamie se echó a reír.

—Bueno, para empezar yo no tengo dinero, así que no tengo mucho que

perder. Y él piensa que das buena impresión, aunque dice que te debo comprar un vestido nuevo.

Miré la desgastada falda de terciopelo verde.

—Supongo que sí —dije—. Dentro de poco tendré que andar envuelta en una sábana; esta falda me empieza a apretar la cintura.

—Y otras partes también —añadió—. Has recuperado el apetito, ¿eh, *Sassenach*?

—Tonto —dije—. Sabes perfectamente que esta falda es para un maniquí, lo que ya no soy.

—Claro que no —dijo al tiempo que me miraba con aprobación—. Gracias a Dios. —Me dio una palmadita en el trasero.

—Voy a reunirme con Jared en la bodega para revisar los libros; luego quiere presentarme a algunos de sus clientes. ¿Estarás bien sola?

—Sí, por supuesto —le respondí—. Exploraré la casa un poco, para familiarizarme con los sirvientes. —Los había visto todos juntos al llegar la noche anterior, pero como comimos en nuestro dormitorio, sólo había tratado con el lacayo que nos llevó la bandeja, y con la criada que fue a correr las cortinas, preparar y encender el fuego y retirar la bacinilla. Me intimidaba un poco el hecho de estar a cargo de «personal», pero me tranquilicé al pensar que no podía ser muy diferente a dirigir ordenanzas y enfermeras, como ya había hecho cuando era jefa de enfermeras en Francia en 1943.

En un cajón lateral de mi botiquín tenía las ramitas de sauce con que me limpiaba los dientes, y me puse a hacerlo mientras meditaba acerca de la buena fortuna que nos había llevado hasta allí.

Prácticamente desterrados de Escocia, deberíamos buscar un lugar para forjarnos el futuro, ya fuera en Europa, o emigrando a América. Y dada la reacción de Jamie frente a los barcos, no me sorprendió que se decidiera por Francia, para empezar.

Los Fraser tenían fuertes vínculos con Francia. Muchos de ellos, como el abad Alexander y Jared Fraser, vivían allí, y rara vez visitaban su Escocia natal. Y, por lo que me había dicho Jamie, había muchos jacobitas que siguieron a su rey en el exilio, y que vivían como mejor podían en Francia o Italia, aguardando la restauración.

—Se habla mucho del tema —me había dicho—. Más en las casas que en

las tabernas. Por eso todavía no ha ocurrido nada. Cuando el rumor llegue a las tabernas, se sabrá que es en serio.

—Dime —pregunté, mientras observaba cómo le quitaba el polvo a la chaqueta— ¿todos los escoceses nacen sabiendo de política, o eres sólo tú?

Se echó a reír, pero se puso serio al abrir el enorme armario y colgar la chaqueta.

—Pues no lo sé. Pero nací entre MacKenzies y Frasers, así que no tuve mucha opción. Y no se vive un año en la sociedad francesa y dos años en un ejército sin aprender a escuchar lo que se dice y entender lo que se quiere decir, y a advertir la diferencia. Sin embargo por los tiempos en que vivimos, no soy el único. No existe hacendado ni campesino en las Tierras Altas que pueda mantenerse al margen de lo que está por venir.

—Lo que está por venir. —¿Lo que estaba por venir?, me pregunté. ¿Qué sucedería, pensé, si no lográbamos nuestro propósito y se producía una rebelión armada, un intento de restaurar el trono de los Estuardo, dirigido por el hijo del rey exiliado, el príncipe Carlos Eduardo Estuardo?

—Bonnie Prince Charlie —murmuré suavemente, mirándome en el espejo de cuerpo entero. Estaba en la misma ciudad, tal vez no lejos. ¿Cómo sería? Sólo podía imaginármelo como su retrato: un joven atractivo y algo afeminado de alrededor de dieciséis años, con suaves labios rosados y pelo empolvado. O como los cuadros, una versión más robusta, blandiendo una espada al descender de un bote en la costa de Escocia.

Una Escocia que arruinaría y devastaría al intentar recuperarla para su padre y para sí. Condenado al fracaso, lograría suficiente apoyo para dividir al país y conducir a sus seguidores a una guerra civil con un final sangriento en Culloden. Después huiría a Francia, pero sus enemigos se vengarían con quienes quedaran en Escocia.

Para prevenir ese desastre estábamos en Francia. Parecía increíble pensarlo en medio de la paz y el lujo de la casa de Jared. ¿Cómo se impedía una rebelión? Bueno, si las insurrecciones se fomentaban en las tabernas, tal vez podían impedirse en cenas. Me encogí de hombros ante el espejo y bajé a conocer al cocinero.

El personal, que al principio me miraba con desconfianza y temor, pronto se

dio cuenta de que no pensaba interferir en su trabajo. Al principio pensé que había por lo menos doce sirvientes alineados en el vestíbulo para mi inspección. De hecho, había dieciséis, incluyendo al cochero, al mozo de cuadra y al cuchillero, a los que no había visto en el revuelo general. Me impresionó aún más el éxito que Jared tenía en los negocios; hasta que me enteré de cuánto se pagaba al servicio: un par de zapatos nuevos y dos libreas por año a los lacayos, algo menos a las criadas y pinches de cocina y un poco más a personajes eminentes como *Madame* Vionnet, la cocinera, y el mayordomo, Magnus.

Mientras me familiarizaba con la vida doméstica y me enteraba de las hablurías de las doncellas, Jamie salía con Jared para visitar clientes, reunirse con proveedores y prepararse para «asistir a su majestad» mediante las conexiones sociales que pudieran resultar de valor a un príncipe en el exilio. Entre los invitados a nuestras comidas encontraríamos a nuestros aliados... o a nuestros enemigos.

—¿St. Germain? —pregunté, al oír un nombre conocido en medio de la cháchara de Marguerite, que estaba lustrando el suelo de madera—. ¿El conde de St. Germain?

—*Oui, Madame*. —Era una muchacha pequeña y regordeta; sin embargo, era amable. Frunció la boca hasta formar un pequeño círculo; traté de parecer interesada por lo que iba a contar.

—El conde, *Madame*, tiene muy mala reputación —sentenció.

Como esto sucedía, según Marguerite, con casi todos los que venían a cenar, arqueé las cejas a la espera de más detalles.

—Ha vendido el alma al diablo —me dijo—. ¡Celebra misas negras en las que se derrama la sangre de niños inocentes!

«Bonito elemento nos hemos buscado como enemigo», pensé.

—Todo el mundo lo sabe, *Madame* —me aseguró Marguerite—. Pero no importa; las mujeres están locas por él; dondequiera que vaya, se tiran a sus pies. Claro que es rico. —Evidentemente esta última afirmación bastaba para comprender, si no para justificar, el hecho de que bebiera sangre humana.

—Muy interesante —dije—. Creía que *Monsieur* le Comte era competidor de *Monsieur* Jared. ¿No es importador de vinos, también? ¿Para qué lo invita *Monsieur* Jared, pues?

Marguerite levantó la mirada de su tarea y se echó a reír.

—¡Pero, *Madame!* ¡Para que vea que *Monsieur* Jared puede servir el mejor Beaune con la comida! ¡Le cuenta que acaba de adquirir diez barriles y cuando termina la comida, le regala una botella!

—Ya veo —dije, sonriendo—. ¿Y *Monsieur* Jared también es invitado a cenar por *Monsieur* le Comte?

Marguerite asintió.

—Claro que sí, *Madame*. ¡Pero no tan a menudo!

Por fortuna el conde de St. Germain no estaba invitado aquella noche. Cenamos en familia para que Jared diera a Jamie los últimos detalles. De ellos el más importante era el *lever* del rey en Versalles.

Ser invitado a presenciar el *lever* del rey era una prueba de que se era merecedor de su apoyo y protección, según nos explicó Jared.

—No para ti, muchacho —aclaró—, sino para mí; El rey quiere asegurarse de que regresaré de Alemania... o por lo menos Duverney, el ministro de Finanzas. Los últimos impuestos fueron un golpe terrible para los mercaderes, y muchos de los extranjeros partieron... con malas consecuencias para el Tesoro Real, como podrás imaginarte. —Hizo una mueca al pensar en impuestos.

—Tengo intenciones de partir el lunes próximo. Sólo espero tener noticias de que el *Wilhelmina* ha llegado bien a Calais; después me iré. Dejo el negocio en buenas manos, en ese sentido no estoy preocupado. Sin embargo, podríamos hablar un poco de otros temas antes que me vaya. He arreglado con el conde Marischal que iremos a Montmartre dentro de dos días, para que presentes tus respetos a su alteza, el príncipe Carlos Estuardo. Su alteza lleva una vida retirada en París. No sería conveniente que apareciera en sociedad, a menos que el rey lo reciba en forma oficial. De modo que casi nunca abandona su residencia, y recibe a muy pocas personas: sólo los que apoyan a su padre y van a presentar sus respetos.

—Eso no es lo que he oído —dije.

—¿Cómo? —Dos pares de ojos sorprendidos se volvieron hacia mí. Jared dejó el tenedor.

Jamie me miró, arqueando una ceja.

—¿Qué has, oído, *Sassenach*, y de boca de quién?

—De los sirvientes —respondí. Al ver la expresión seria de Jared consideré por primera vez que quizá no era lo más apropiado andar chismorreando con la servidumbre. Bueno. No tenía tanto que hacer.

—La criada me ha dicho que su alteza el príncipe Carlos ha estado visitando a la princesa Louise de La Tour de Rohan —dije—. En ausencia del marido de la señora —añadí.

Jamie me miró divertido; Jared, horrorizado.

—¿La princesa de Rohan? —preguntó—. ¿Marie-Louise-Henriette-Jeanne de La Tour d’Auvergne? La familia de su marido está muy unida al rey. —Se frotó los labios—. Eso podría ser muy peligroso —murmuró—. Me pregunto si el pequeño loco... pero no. Sin duda tendrá un poco de sentido común. Debe de ser la inexperiencia; no ha hecho mucha vida social y las cosas son diferentes en Roma. Sin embargo... —Cesó de murmurar y se volvió a Jamie con decisión.

—Ésa será tu primera tarea al servicio de su majestad. Eres casi de su misma edad, pero tienes la experiencia y la sensatez de la época en que viviste en París... y mi entrenamiento, tengo el orgullo de afirmar. —Sonrió—. Puedes convertirte en amigo de su alteza. Allonar su camino con los hombres que le serán útiles; ya has conocido a la mayoría. Y explicarle a su alteza, con todo el tacto que puedas, que la galantería mal dirigida puede hacer daño a su padre.

Jamie asintió, abstraído. Era evidente que pensaba en otra cosa.

—Y tu criada, *Sassenach*, ¿cómo está enterada de las visitas de su alteza? No sale más que una vez por semana, ¿no?

Sacudí la cabeza y tragué un bocado para poder responder.

—Por lo que sé, ella se enteró por el cuchillero, que lo oyó del caballerizo, a quien se lo había dicho el mozo de cuadra de la casa vecina. No sé cuántas personas más hay en el medio, pero la casa Rohan está a tres puertas de la nuestra. Me imagino que la princesa ya sabrá todo acerca de nosotros —añadí divertida—. Es decir, si habla con su pinche de cocina.

—Las señoras no chismorrear con sus criadas —dijo Jared con frialdad. Miró a Jamie como conminándolo a controlar más a su esposa.

Cuando Jared hizo sonar la campanilla para que retiraran los platos, salí. Me acosté, cerré los ojos y pensé en Jamaica. Me alegré al ver aparecer a

Jamie y me senté en la cama. Él se acercó y se tumbó junto a mí, vestido sólo con la *kilt* y las medias.

—¿Así está bien? —preguntó—. Si quieres puedo dormir en el vestidor.

La luz de la vela tiñó el rojo de su pelo con haces dorados. Le pasé los dedos por el pelo, disfrutando de su suavidad sobre el hueso duro.

—Sí, está bien. Entonces ¿no te preocupa que Jared parta tan pronto?

Me besó la frente y se acostó, apoyando la cabeza sobre la almohada. Me sonrió, sacudiendo la cabeza.

—No. Me he reunido con los clientes principales y con los capitanes; conozco a todos los bodegueros y a los inspectores y he memorizado las listas de precios y los inventarios. Lo que me queda por aprender debo hacerlo trabajando; Jared no puede enseñarme más.

—¿Y el príncipe Carlos?

Entrecerró los ojos y soltó un gruñido de resignación.

—Ah, sí. Para eso debo confiar en la misericordia de Dios, no en Jared. Y creo que será más fácil si Jared no está aquí para supervisarme.

—¿Qué haremos? ¿Tienes alguna idea, Jamie?

Sentí su aliento cálido en la cara; olía a coñac. Levanté la cabeza para besarlo.

—Tengo ideas —dijo—. No sé de qué servirán, pero tengo ideas.

—Cuéntame.

—Hum. —Apoyé la cabeza sobre su hombro.

—Bien. Según lo veo yo, es una cuestión de dinero.

—¿De dinero? Yo creía que era una cuestión de política. ¿No es porque los franceses quieren a Jacobo en el trono causándoles problemas a los ingleses? Por lo que recuerdo, Luis quería, o mejor dicho, querrá —corregí— que Carlos Estuardo distraiga al rey Jorge de los asuntos de Luis en Bruselas.

—Supongo que así es —convino Jamie— pero restaurar a un rey cuesta dinero. Y Luis no tiene tanto como para gastarlo en una guerra en Bruselas y financiar una invasión a Inglaterra a la vez. Ya oíste lo que contó Jared acerca de los impuestos y el Tesoro Real.

—Sí, pero...

—No, no será Luis quien lo haga —dijo—. A pesar de que, por supuesto, tiene cartas en el asunto. No, hay otras fuentes de dinero que intentarán

conseguir Jacobo y Carlos: las familias de los banqueros franceses, el Vaticano y la corte española.

—¿Tú crees que el padre se ocupará de los dos últimos, y que Carlos deberá ocuparse de los banqueros franceses? —pregunté con interés.

—Sí —dijo—. El tío Alex me enseñó la correspondencia de su majestad el rey Jacobo, y debo decir que los españoles son su mejor baza. El Papa está obligado a apoyarlo, como monarca católico; el Papa Clemente lo apoyó muchos años, y ahora Benedicto, su sucesor, continúa apoyándolo, aunque no tanto como antes. Y tanto Felipe de España como Luis de Francia son primos de Jacobo. Todos llevan sangre de los Borbones.

»Hace treinta años, en la rebelión de 1715, Jacobo consiguió dinero de España —continuó—. Una pequeña flota y algunos hombres. Pero tuvo mala suerte, y fueron derrotados en Sheriffsmuir, antes de que llegara Jacobo. Así que tal vez los españoles no tengan muchas ganas de financiar un segundo intento de restauración... no sin la seguridad de que va a tener éxito.

—Así que Carlos ha venido a Francia para convencer a Luis y a los banqueros —murmuré—. Y según mis conocimientos de historia, logrará su objetivo. ¿Y eso dónde nos deja?

—A mí me deja vendiendo vino a los banqueros —respondió—. Y a ti hablando con las criadas.

\* \* \*

Antes de partir, Jared llevó a Jamie a una casita de Montmartre, donde residía su alteza, el príncipe Carlos Eduardo Luis Felipe Casimiro, etc. Estuardo, mientras esperaba a ver qué haría o dejaría de hacer Luis por un primo sin dinero.

Los vi partir, ataviados con sus mejores galas; pasé el tiempo imaginando el encuentro y preguntándome cómo les iría.

—¿Cómo os ha ido? —pregunté a Jamie cuando estuvimos a solas—. ¿Cómo es?

Jamie se rascó la cabeza.

—Bien —dijo, por fin—. Tenía dolor de muelas.

—¿Qué?

—Eso dijo. Y parecía sufrir mucho; estaba con la cabeza gacha y tenía la mandíbula hinchada. No sé si siempre es así, o era por el dolor, pero no habló mucho.

Después de las presentaciones formales, los hombres mayores, Jared, el duque Marischal y un personaje de aspecto más bien andrajoso al que llamaban «Balhaldy» empezaron a hablar de política escocesa, dejando a Jamie y a su alteza más o menos solos.

—Tomamos una copa de coñac y le pregunté cómo encontraba París, y dijo que aburrida, ya que vivía encerrado y no podía salir de caza. Y entonces hablamos de la caza. Prefiere cazar con perros y no con batidores. Igual que yo, le dije. Luego me contó cuántos faisanes había matado en una cacería en Italia. Habló de Italia hasta que dijo que el aire que entraba por la ventana hacía que le doliera más la muela... esa casa no está muy bien construida. Bebió más coñac para su muela, y yo le hablé de la caza del jabalí en las Tierras Altas. Me dijo que le gustaría cazar allí alguna vez, y me preguntó si tenía buena puntería con el arco. Le dije que sí, y dijo que me invitaría a cazar con él en Escocia. Luego vino Jared y dijo que debíamos ir a la bodega, de modo que su alteza extendió la mano, se la besé, y nos marchamos.

—Humm —dije. A pesar de que el sentido común me decía que las personas famosas son como las demás en su vida normal, tuve que admitir que me desilusionó la descripción de Bonnie Prince. Aun así, había invitado a Jamie a que volviera a visitarlo. Lo importante, según Jamie, era conocer a su alteza, a fin de seguir de cerca sus planes. Me pregunté si el rey de Francia sería un poco más imponente en persona.

No tardamos en averiguarlo. Una semana después, Jamie se levantó y se vistió para el largo viaje a Versalles, al *lever* del rey. Luis se despertaba todas las mañanas a las seis. A esa hora, los pocos invitados a presenciar la *toilette* del rey se reunían en la antecámara, listos para unirse a la procesión de nobles y asistentes que se necesitaban para ayudar a que el rey saludara el nuevo día.

Magnus, el mayordomo, despertó a Jamie. Éste salió de la cama aún soñoliento y se preparó, entre bostezos y murmullos. A esta hora mi estómago estaba tranquilo, de modo que disfruté viéndolo hacer una tarea

desagradable de la que yo estaba libre.

—Observa con atención —le dije, con la voz ronca del sueño—. Así después me lo cuentas todo.

Con un gruñido, se inclinó para besarme, y después se fue. Lo último que oí antes de sumergirme en el sueño fue la voz de Jamie intercambiando saludos con el mozo de cuadra.

Esperé con gran impaciencia hasta que por fin, cerca de la hora del té, llegó.

—¿Cómo ha sido el *lever* del rey? —pregunté.

—Interesante —dijo—. Por lo menos la primera hora.

La procesión de nobles entró en la alcoba real. Cada uno llevaba un objeto ceremonial: toalla, navaja, sello real, etcétera. Los caballeros de la alcoba descorrieron los pesados cortinajes que ocultaban el alba exponiendo el rostro de *le roi Louis* al sol naciente.

Ayudado a sentarse sobre el borde de la cama, el rey bostezó y se rascó la barbilla mientras sus asistentes le ponían una bata de seda y se arrodillaban para quitarle las medias de fieltro con que dormía, reemplazándolas por otras más ligeras de seda.

Uno a uno, los nobles se arrodillaron a los pies de su soberano para saludarlo y preguntarle cómo había pasado la noche.

—A mi parecer, no muy bien —observó Jamie—. Parecía haber dormido una o dos horas, y mal.

A pesar de sus ojos enrojecidos y de su papada, su majestad fue amable con sus cortesanos, luego se levantó y saludó a los visitantes que miraban desde la parte trasera de la alcoba. Con gesto desmayado, convocó al ayuda de cámara, que lo condujo hasta un sillón, donde se sentó con los ojos cerrados; mientras tanto, el duque de Orleans guiaba a los visitantes, que se arrodillaban ante el rey. El turno de las peticiones formales llegó después, cuando Luis ya estaba más despierto para oírlas.

—Yo no estaba allí para hacer una petición —explicó Jamie— de modo que me arrodillé y le dije: «Buenos días, majestad». El duque le dijo quién era yo.

—¿Y el rey te dijo algo?

Jamie sonrió.

—Pues sí. Abrió un ojo y me miró, como si no lo creyera.

Con el ojo todavía abierto, Luis había inspeccionado a su visitante con interés; después comentó: «Eres grande, ¿eh?».

—Le respondí: «Sí, majestad». Después me preguntó: «¿Sabes bailar?». Le contesté que sí, volvió a cerrar el ojo y el duque me llevó otra vez hacia atrás.

Una vez terminadas las presentaciones, los caballeros de la alcoba, asistidos por los principales nobles, le hicieron la *toilette*. A una señal del duque de Orleans, los solicitantes se acercaban; mientras el rey torcía la cabeza para facilitar el trabajo de quien lo rasuraba o la inclinaba para que le acomodaran la peluca, murmuraban algo en su oído.

—¿Ah, sí? ¿Y no tuviste el honor de sonarle la nariz? —le pregunté.

Jamie sonrió, e hizo chasquear los nudillos.

—No, gracias a Dios. Me apoyé en el armario, tratando de confundirme con el mobiliario. Los condes y duques me miraban de reojo, como si el ser escocés fuera contagioso.

—¿Pudiste verlo todo?

—Ah, sí. Incluso cuando se acomodó en su *chaise percée*.

—¿De veras hizo eso? ¿Enfrente de todos? —Estaba fascinada. Por supuesto, lo había leído, pero me parecía difícil de creer.

—Ah, sí, y todo el mundo se comportó como cuando se lavó la cara o se sonó la nariz. El duque de Neve tuvo el honor —añadió con ironía— de limpiarle el real trasero. No vi qué hicieron con la toalla; seguramente le habrán puesto bordes dorados.

»Además, fue una ardua tarea —añadió—. Parecía que no iba a terminar nunca; el hombre es duro como una lechuza.

—¿Duro como una lechuza? —pregunté. Me hacía gracia la comparación—. ¿Quieres decir, estreñado?

—Ajá, estreñado. Y no me sorprende, con las cosas que comen en la corte —añadió—. Es una dieta terrible: todo lleva crema y manteca. Debería desayunar avena todos los días... así se curaría. Es muy buena para los intestinos, ¿sabes?

Si los escoceses estaban empeñados en algo (de hecho, tendían a estarlo en muchas cosas) era en alabar las virtudes de la avena en el desayuno. Al

vivir en una tierra tan pobre, donde la avena era el alimento común, los escoceses habían hecho de la necesidad virtud, e insistían en que les encantaba.

Jamie se tiró al suelo e hizo los ejercicios de la Royal Air Force que le había recomendado para fortalecer los músculos de la espalda.

Volviendo a su comentario anterior, pregunté:

—¿Por qué dijiste «duro como una lechuga»? Ya había oído el dicho antes, pero no con el significado de «estreñido». ¿Significa que las lechugas lo son?

Jamie completó su ejercicio y se echó de espaldas sobre la alfombra, jadeando.

—Ah, sí. —Dio un largo suspiro y recobró el aliento. Se sentó y se apartó el pelo de los ojos—. O no, la verdad no lo sé, pero eso cuenta la historia. La gente dice que las lechugas no tienen culo y no pueden evacuar lo que comen: ratones ¿sabes? Así que convierten los huesos y los pelos en una bola y, al no poder deshacerse de ella por el otro lado, la vomitan.

—¿Es cierto?

—Ah, sí, es cierto. Así si se encuentra un árbol de lechugas, hay que mirar debajo y ver si hay bolas sobre el suelo. Suelen formar enormes estercoleros —añadió, abriéndose el cuello de la camisa para que le entrara aire.

—Pero sí tienen culo —me informó—. Una vez derribé una con la honda y miré.

—Un investigador, ¿eh? —dije, riendo.

—Claro que sí, *Sassenach*. —Sonrió—. Y también lo utilizan. Me pasé un día entero con Ian debajo de un árbol de lechugas para asegurarme.

—Tenías mucha curiosidad —dije.

—Quería saber. Ian no quería quedarse tanto tiempo, y tuve que darle un par de bofetadas para que dejara de moverse. —Se echó a reír—. Así se quedó quieto conmigo hasta que sucedió. Entonces agarró un puñado de pelotas de lechuga, me las metió por el cuello de la camisa y salió corriendo. —Un dejo de tristeza cruzó su rostro; el recuerdo del amigo de su juventud chocó con otro más reciente: el de su cuñado cojeando, aunque de buen humor, sobre su pata de palo; había recibido una andanada de proyectiles en

la pierna.

—Qué horrible manera de vivir —comenté, deseosa de distraerlo—. Me refiero al rey, no a observar lechuzas. Nunca tiene intimidad, ni siquiera en el retrete.

—Tampoco a mí me gustaría —dijo él—. Pero es el rey.

—Hum. Y supongo que el poder y el lujo compensan.

Jamie se encogió de hombros.

—Bueno, no lo sé, pero es el destino que Dios le dio. —Cogió su manta escocesa y se la echó por los hombros.

—Permíteme. —Cogí el broche de plata y aseguré la hermosa tela en su hombro.

—Yo tengo un destino parecido, *Sassenach* —dijo y bajó la mirada hacia mí. Sonrió brevemente—. Aunque, gracias a Dios, eso no significa invitar a Ian a que me limpie el trasero. Pero nací terrateniente. Soy administrador de esa tierra y de la gente que en ella vive, y debo hacer todo lo que pueda por ellos.

Extendió la mano y me acarició el pelo.

—Por eso me alegré cuando dijiste que vendríamos para tratar de ver qué podíamos hacer. Porque una parte de mí desea llevarte a ti y al niño muy lejos de aquí, y pasar el resto de mi vida trabajando en el campo, llegar por la tarde y dormir contigo toda la noche.

Los profundos ojos azules se volvieron. Sus manos acariciaron los brillantes cuadros de la capa Fraser, con la tenue raya blanca que distinguía a Lallybroch de los demás clanes y familias.

—Pero si lo hiciera —continuó, como si hablara solo— una parte de mi alma se sentiría repudiada, y creo... creo que siempre escucharía las voces de los míos, llamándome.

Apoyé una mano sobre su hombro y él alzó la mirada. Una leve sonrisa se dibujó en su amplia boca.

—Creo que sí. Jamie... pase lo que pase... —Me detuve. Como me había pasado tantas veces, la gran tarea que habíamos emprendido me superaba y me dejaba sin palabras. ¿Quiénes éramos para alterar el rumbo de la historia, para cambiar el curso del destino, no sólo el nuestro, sino el de príncipes y campesinos de toda Escocia?

Jamie apoyó su mano sobre la mía y la apretó, dándome confianza.

—Nadie puede pedirnos más, *Sassenach*. No, si hay derramamiento de sangre, por lo menos no será nuestra culpa, y roguemos a Dios que no se llegue a eso.

Pensé en las solitarias piedras grises de Culloden, y en los hombres de las Tierras Altas que yacerían debajo si no teníamos éxito.

—Roguemos a Dios —repetí.

## 8

### *Fantasmas sin enterrar y cocodrilos*

Jamie ocupaba todo su tiempo entre las audiencias reales y el negocio de Jared. Se iba con Murtagh todas las mañanas para supervisar las entregas, visitar los muelles del Sena y conocer tabernas.

—Bien, por lo menos tienes a Murtagh para que te acompañe —decía yo — y no os podéis meter en demasiados problemas en pleno día —el aspecto del delgado montañés no impresionaba; su atuendo se diferenciaba del de un holgazán de puerto en que la mitad inferior era una falda escocesa. Pero había recorrido media Escocia con él para rescatar a Jamie de la prisión de Wentworth y no hubiera confiado el bienestar de Jamie a ninguna otra persona en el mundo.

Después del almuerzo, Jamie hacía sus rondas de visitas y luego se retiraba a su estudio para trabajar con los libros. Estaba ocupado.

En cambio yo no. Después de unos días de corteses desavenencias con *Madame* Vionnet, la cocinera principal, había quedado en claro quién estaba a cargo de la casa, y no era yo. Ella iba a mi salita por la mañana a consultar el menú y a presentar la lista de gastos. Se compraba a diario fruta, verduras, mantequilla, leche, pescado y mejillones. Yo revisaba las listas, aprobaba todo, elogiaba la comida de la noche anterior, y nada más. Aparte de tener que abrir con una de mis llaves el armario de la ropa blanca, la bodega, el sótano o la despensa, no tenía nada que hacer hasta la hora de vestirme para

la comida

La vida social de la casa de Jared continuó como cuando éste estaba presente. Todavía era cautelosa con respecto a recibir mucha gente, pero todas las noches dábamos pequeñas cenas, a las que asistían nobles, caballeros, damas, jacobitas pobres en el exilio y mercaderes acaudalados.

Pero comer y beber no era bastante para mí. Estaba tan inquieta que Jamie sugirió que copiara las entradas en el libro mayor.

—Mejor que hagas eso a que te comas a ti misma —dijo, mirando con expresión crítica mis uñas—. Además, tus números son más bonitos que los de los empleados de la bodega.

Una tarde, estando en el estudio, inclinada sobre los libros, llegó el señor Silas Hawkins pidiendo dos barriles de coñac flamenco. El señor Hawkins era un inglés corpulento y próspero, especializado en la exportación de licores franceses a su país.

Supuse que a un mercader con aspecto de abstemio le resultaría muy difícil vender vinos y licores al por mayor. En este sentido el señor Hawkins tenía suerte, pues tenía aspecto de juerguista. Sin embargo, Jamie me había contado que nunca bebía su propia mercancía; de hecho, rara vez tomaba otra cosa que no fuera cerveza, aunque su apetito era célebre. Detrás de sus brillantes ojos marrones y de la bondad de sus maneras se escondía una mente alerta y calculadora.

—Mis mejores proveedores, os lo aseguro —declaró—. Siempre fiables, siempre mercancía de primera calidad. Echaré mucho de menos a vuestro primo en su ausencia —dijo— pero ha buscado un excelente sustituto.

Los pequeños ojos brillantes se detuvieron en la kilt de Jamie; el rojo de los Fraser destacaba de las maderas oscuras que recubrían las paredes de la sala.

—¿Acabáis de llegar de Escocia? —preguntó en tono casual.

—No, estamos en Francia desde hace un tiempo —respondió Jamie. Cogió la pluma que le ofrecía el señor Hawkins, pero hallándola demasiado despuntada para su gusto, la dejó a un lado y cogió una nueva.

—Veo que sois de las Tierras Altas. Quizá podáis informarme acerca de los sentimientos imperantes en esa región del país. Se oyen muchos rumores. —El señor Hawkins se sentó. Su cara redonda y rosada estaba pendiente de

su abultado monedero.

—En cuanto a los rumores... bien, son normales en Escocia, ¿no? —dijo Jamie, mientras afilaba la pluma nueva—. Pero ¿sentimientos? No, si os referís a la política, no le presto atención.

El señor Hawkins sacó varias piezas de plata.

—¿De veras? —dijo, casi con indiferencia—. En ese caso, sois el primer escocés que conozco que no se interesa por la política.

Jamie terminó su tarea y sostuvo en alto la pluma, mirándola de soslayo para juzgar su ángulo.

—¿Mm? —dijo vagamente—. Bien, tengo otros asuntos de qué ocuparme. Un negocio como éste quita mucho tiempo, como sabéis.

—Así es. He oído que Carlos Estuardo ha llegado a París —comentó. La cara de borrachín no mostró más que un ligero interés, pero los ojos estaban alerta.

—Ah, sí —musitó Jamie con tono inexpresivo. Tenía la hoja del pedido delante y firmaba con cuidado, dibujando las letras en lugar de garabatearlas. Como niño zurdo obligado a escribir con la mano derecha, le costaba escribir, pero nunca tanto.

—Entonces, ¿no compartís las simpatías de vuestro primo en ese sentido? —Hawkins se echó hacia atrás.

—¿Eso os preocupa, señor? —Jamie levantó la cabeza y fijó sus ojos azules en el señor Hawkins. El mercader hizo un ademán restando importancia al asunto.

—En absoluto —respondió con suavidad—. Aun así, conozco las tendencias jacobitas de vuestro primo, que no las oculta. Me preguntaba si todos los escoceses eran del mismo parecer.

—Si conocéis a los escoceses de las Tierras Altas —dijo Jamie con voz seca, entregándole una copia de la orden— sabréis que es raro encontrar a dos que estén de acuerdo con algo que no sea el color del cielo, aunque eso también es discutible.

El señor Hawkins se echó a reír y guardó los papeles. Al ver que Jamie no quería hablar, le ofrecí un poco de vino de Madeira y galletas.

El señor Hawkins pareció tentado, pero sacudió la cabeza y apartó el sillón para ponerse de pie.

—No, no, gracias, señora, pero no. El *Arabella* llega a puerto este jueves, y tengo que estar en Calais para recibirlo. Y tengo mucho que hacer antes. Sin embargo, en el camino voy a visitar las posadas y tabernas que hay de aquí a Calais.

—Sí visitáis todas las tabernas que hay de aquí a la costa, llegaréis a Calais el mes próximo —observó Jamie.

—Es verdad, milord —respondió el señor Hawkins—. Supongo que deberé dejar de lado una o dos y visitarlas en el camino de regreso.

—¿No podríais enviar a alguien a Calais? —sugerí.

Puso los ojos en blanco, frunciendo la boca pequeña.

—Ojalá eso fuera posible, señora. Pero la carga que transporta el *Arabella* no es algo que pueda confiar a un funcionario. Mi sobrina Mary está a bordo —dijo—, rumbo a Francia. Pero no tiene más que quince años y nunca ha salido de su casa. Me temo que no podría dejarla viajar sola hasta París.

—Por supuesto —dije. El nombre me sonaba familiar, pero no sabía por qué. Mary Hawkins. Un nombre vulgar; no podía relacionarlo con nadie. Jamie se puso de pie y acompañó al señor Hawkins hasta la puerta.

—Espero que el viaje de vuestra sobrina sea placentero —dijo—. ¿Viene a estudiar? ¿O a visitar a algún pariente?

—Viene a casarse —dijo su tío—. Mi hermano tuvo la fortuna de conseguir un buen partido, de la nobleza francesa —dijo con orgullo—. Mi hermano mayor es un *baronet*.

—¿Tiene quince años? —pregunté. Sabía que no era extraño casarse joven, ¡pero a los quince años! Sin embargo, yo me había casado a los diecinueve, y a los veintisiete por segunda vez—. Y... ¿hace mucho que vuestra sobrina conoce a su novio? —pregunté con cautela.

—No lo conoce. De hecho —dijo—, aún no sabe nada.

Yo estaba consternada, y abrí la boca para decir algo, pero Jamie me asió del codo con firmeza, a modo de advertencia.

—Bien, si el caballero pertenece a la nobleza, quizá veamos a vuestra sobrina en la corte —dijo Jamie. El señor Hawkins seguía hablando.

—Por supuesto, milord Broch Tuarach. Por cierto, consideraría un gran honor que vos y vuestra esposa recibierais a mi sobrina. Estoy seguro de que le encantaría hablar con una compatriota —añadió dirigiéndome una sonrisa

—. Aunque no debería atreverme, ya que por una simple relación de negocios...

«Claro que te atreves —pensé—. Harías cualquier cosa por introducir a tu familia en la nobleza francesa, inclusive casar a tu sobrina con... con...».

—¿Quién es el prometido de vuestra sobrina? —pregunté.

La cara del señor Hawkins se volvió misteriosa, y se inclinó para susurrarme con voz ronca:

—En realidad no debería decirlo antes de que se firmen los contratos, pero dado que se trata de la señora... Os puedo decir que es un miembro de la casa de Gascogne. ¡Y un miembro muy encumbrado!

—¡Vaya! —dije.

El señor Hawkins se marchó, restregándose las manos. Me volví de inmediato hacia Jamie.

—¿Gascogne! Debe de ser... pero no es posible, ¿verdad? ¿Aquel viejo asqueroso que vino a cenar la semana pasada?

—¿El vizconde de Marigny? —Jamie sonrió—. Puede ser. Es viudo, y el único varón de esa familia.

—¡No pueden casar a una niña de quince años con eso! ¡Y sin siquiera preguntárselo!

—Claro que pueden —dijo Jamie—. De todos modos, *Sassenach*, no es asunto tuyo. ¿Me oyes? Sé que te resulta extraño, pero así son las cosas. Después de todo —dijo torciendo su boca— tú también te casaste en contra de tu voluntad. Pero ya te has resignado, ¿no?

—¡A veces no lo sé! —exclamé, pero Jamie me abrazó, riendo, y me besó. Ya conocería a Mary Hawkins. Y veríamos qué pensaría acerca de ese matrimonio. Si no quería ver su nombre en un contrato relacionado con el vizconde de Marigny, entonces... De repente me puse rígida y me aparté de Jamie.

—¿Qué pasa? —preguntó alarmado—. ¿Estás enferma, querida? ¡Estás pálida!

Sin duda me había puesto pálida. Porque de repente recordé dónde había visto el nombre de Mary Hawkins. Jamie estaba equivocado. Sí que era asunto mío. Había visto el nombre en un árbol genealógico. Mary Hawkins no estaba destinada a casarse con el conde de Marigny. Se casaría con

Jonathan Randall, en el año de nuestro Señor de 1745.

—No es posible, ¿no? —dijo Jamie—. Jack Randall está muerto. —Terminó de servir coñac. Su mano estaba firme sobre el pie de cristal, pero la boca fruncida y la palabra muerto pareció definitiva.

—Levanta los pies, *Sassenach* —dijo—. Aún estas pálida. —Con su ayuda, levanté los pies y me tumbé en el sofá. Jamie se sentó cerca de mi cabeza. Sentí sus dedos, cálidos y fuertes, masajeando con suavidad el pequeño hueco de la articulación.

—Marcus MacRannoch me dijo que vio morir a Randall en la prisión Wentworth —declaró—. «Como un muñeco de trapo ensangrentado». Eso dijo *sir* Marcus. Y estaba muy seguro de lo que decía.

—Sí. También me lo dijo a mí. No, tienes razón. El capitán Randall ha muerto. Pero me impresionó recordar a Mary Hawkins. Debido a Frank. —Observé mi mano izquierda, que tenía apoyada sobre el estómago. Había un pequeño fuego en el hogar, y su luz iluminó la alianza de oro de mi primer matrimonio.

—Ah. —La caricia de Jamie sobre mi hombro cesó. Tenía la cabeza inclinada, pero levantó la vista para mirarme. No hablábamos de Frank desde que rescaté a Jamie de Wentworth, ni tampoco habíamos mencionado la muerte de Jonathan Randall. En su momento no había parecido tener importancia; ningún peligro provendría de esa dirección. Y desde entonces, yo no había querido que Jamie se acordara de Wentworth.

—Sabes que está muerto, ¿no, *mo duinne*? —Jamie habló con dulzura, y me di cuenta de que se refería a Frank, no a Jonathan.

—A lo mejor no —dije, con los ojos fijos en el anillo. Alcé la mano, de modo que el metal destelló a la luz mortecina de la tarde—. Si está muerto, Jamie, si no va a existir, porque Jonathan está muerto... ¿por qué todavía tengo en el dedo el anillo que él me dio?

Jamie observó el anillo, y vi que fruncía los labios. También tenía la cara pálida. Yo no sabía si le haría daño pensar en Jonathan Randall, pero no parecía haber otra opción.

—¿Estás segura de que Randall no tuvo hijos antes de morir? —preguntó Jamie—. Ésa podría ser la respuesta.

—Sí, pero estoy segura de que no. Frank... —me tembló la voz al nombrarlo—, Frank siempre hablaba de las circunstancias trágicas de la muerte de Jonathan Randall. Decía que había muerto en Culloden, en la última batalla de la rebelión, y decía que su hijo (antepasado de Frank) nació pocos meses después de su muerte. Su viuda se volvió a casar unos años después. Aunque hubiera un hijo ilegítimo, no estaría en la línea de descendencia de Frank.

—Entonces ¿podría ser que el niño no fuera de Randall? Tal vez Frank descienda de la línea de Mary Hawkins, pues sabemos que todavía vive.

Sacudí la cabeza con impotencia.

—No veo cómo. Si hubieras conocido a Frank... pero no, supongo que nunca te lo conté. La primera vez que vi a Jonathan Randall, pensé que era Frank... no eran iguales, por supuesto, pero el parecido era... sorprendente. No, Jack Randall era un antepasado de Frank.

—Ya veo. —Tenía los dedos húmedos; los secó en la falda.

—Entonces... tal vez el anillo no signifique nada, *mo duinne* —dijo.

—Tal vez. ¡Ay, Jamie, no sé! ¡No sé nada!

Jamie se frotó la frente arrugada con los nudillos.

—Tampoco yo, *Sassenach*.

—Hay algo... ¿Dijiste que Frank te contó que Jonathan Randall iba a morir en Culloden?

—Sí. De hecho, yo misma se lo dije a Jack Randall, para asustarlo en Wentworth, cuando me sacó a la nieve, antes... antes de volver a ti. —Los ojos y la boca de Jamie se cerraron en un repentino espasmo. Bajé los pies, alarmada.

—¡Jamie! ¿Estás bien? —Traté de ponerle una mano en la cabeza, pero se alejó de mí; se levantó y fue hacia la ventana.

—No. Sí. Estoy bien, *Sassenach*. He estado escribiendo cartas toda la mañana, y parece que la cabeza me va a explotar. No te preocupes. —Continuó hablando, como para distraer el dolor—. Entonces si Frank y tú sabíais que Jack Randall iba a morir en Culloden, pero nosotros sabemos que no... entonces podemos conseguirlo, Claire.

—¿Qué podemos conseguir? —me acerqué; quería ayudarlo pero no sabía qué hacer. No quería que lo tocaran.

—Lo que sabes que sucederá puede ser modificado. —Apartó la cabeza de la ventana y sonrió. Aún estaba pálido, pero el espasmo había pasado—. Jack Randall murió antes de lo debido, y Mary Hawkins se casará con otro hombre. Aunque eso signifique que tu Frank no nazca... o tal vez que nazca de otro modo —añadió—; también significa que podemos triunfar en lo que nos propusimos. Tal vez Jack Randall no muere en Culloden, porque la batalla no se libra nunca.

Se movió con un esfuerzo, se acercó a mí y me abrazó. Lo sostuve por la cintura, suavemente, sin moverme. Incluyó la cabeza, apoyando la frente sobre mi pelo.

—Sé que te entristece, *mo duinne*. Pero ¿no te tranquiliza saber que gracias a eso pasarán cosas buenas?

—Si —murmuré por fin—. Jamie, ve a acostarte. Enviaré una nota a los d'Arbanville para decirles que no iremos esta noche.

—Ah, no —protestó—. Estoy bien. Conozco este tipo de jaqueca, *Sassenach*; es por escribir. Con una hora de sueño estaré mejor. Ahora mismo subo a la habitación. Si grito dormido, pon tu mano en mi frente y dime: «Jack Randall está muerto». Entonces todo estará bien.

Tanto la comida como la compañía en casa de los d'Arbanville fueron buenas. Llegamos tarde a casa, y caí en un profundo sueño apenas apoyé la cabeza en la almohada. Dormí sin soñar, pero me desperté de repente en mitad de la noche, sabiendo que algo andaba mal.

La noche era fría y el edredón de plumas había caído al suelo. Me di la vuelta, medio dormida, buscando el calor de Jamie. No estaba.

Me senté en la cama, buscándolo con la mirada, y lo vi casi de inmediato, sentado al lado de la ventana.

—¡Jamie! ¿Qué pasa? ¿Te duele otra vez la cabeza? —Busqué una vela con la intención de recurrir al botiquín, pero algo en su actitud me hizo abandonar la búsqueda y dirigirme de inmediato a su lado.

Respiraba fuerte, como si hubiera estado corriendo y, a pesar del frío, estaba sudando. Le toqué el hombro, y lo encontré duro y frío como el de una estatua de metal.

Se separó de mí al sentir mi mano y se puso en pie de un salto, con los

ojos desorbitados.

—No quise asustarte —le dije—. ¿Te sientes bien?

Me pregunté si estaría sonámbulo, pues su expresión no cambió. Miró a través de mí, y fuera lo que fuera lo que vio, no le gustó.

—¡Jamie! —exclamé—. ¡Jamie, despierta!

Entonces parpadeó y me vio, aunque su expresión siguió siendo la de un animal acosado.

—Estoy bien —respondió—. Estoy despierto. —Parecía querer convencerme.

—¿Qué pasa? ¿Tuviste una pesadilla?

—Un sueño. Sí. Fue un sueño.

Me acerqué y le cogí un brazo.

—Cuéntame. Se irá si me lo cuentas.

Me cogió los brazos con fuerza, tanto para que no lo tocara como para buscar sostén. A la luz de la luna llena vi que todos los músculos de su cuerpo estaban en tensión, pero palpitando debido a la furia contenida,

—No —dijo, todavía aturdido.

—Sí —insistí—. Jamie, háblame. Dime qué ves.

—No puedo... ver nada. Nada. No puedo ver.

Lo aparté de las sombras para ponerlo frente a la ventana. La luz pareció ayudar, pues su respiración se calmó y las palabras empezaron a aflorar.

Soñaba con las piedras de la prisión de Wentworth. Y, a medida que hablaba, la sombra de Jonathan Randall recorrió la habitación. Y se acostó, desnuda, sobre la manta de lana.

A sus espaldas había oído una respiración ronca, y sintió una piel empapada de sudor frotándose contra la suya. Apretó los dientes con fuerza; el hombre percibió el movimiento y se echó a reír.

—Ah, tenemos tiempo antes de que te ahorquen, muchacho —susurró—. Mucho tiempo para disfrutarlo. —Randall hizo un movimiento brusco y soltó un gruñido.

La mano de Randall le apartó el pelo de la frente y se lo colocó detrás de las orejas. Jamie sentía el aliento caliente, y volvió la cabeza para escapar, pero el aliento lo siguió, diciendo palabras.

—¿Has visto ahorcar a un hombre, Fraser? —Las palabras seguían, sin

esperar respuesta, y una mano larga y delgada le acarició la cintura, el vientre, y siguió bajando, junto con la voz que no se detenía—. Sí, por supuesto que sí. Has estado en Francia. Habrás visto cómo se ahorca a los desertores. Al ser ahorcado, el hombre pierde las entrañas, ¿verdad? A medida que la soga se va ajustando alrededor de su cuello. —La mano lo tocaba, con suavidad, con firmeza, restregando y acariciando. Jamie se aferró al borde de la cama y se volvió hacia la manta, pero las palabras seguían.

—Eso te sucederá a ti, Fraser. Unas pocas horas más, y sentirás el nudo. Irás a la muerte con el culo ardiendo a causa de mi placer, y cuando se te aflojen los intestinos, será mi esperma lo que te correrá por las piernas y chorreará bajo la horca.

No emitió sonido. Podía olerse, lleno de mugre a causa del encarcelamiento, de sudor producido por el miedo y la ira. También podía oler el fétido hedor animal inundando el delicado aroma del agua de lavanda.

—La manta —dijo. Tenía los ojos cerrados y la cara contorsionada a la luz de la luna. La sentía áspera debajo de la cara, y todo lo que veía eran las piedras de la pared de enfrente. No había nada con que pudiera distraer la mente... nada que ver. De modo que mantenía los ojos cerrados y pensaba en la manta. Era todo lo que sentía, aparte del dolor... y a él. Y se aferraba a ella.

—Jamie. Déjame abrazarte. —Le hablé con suavidad, tratando de calmar el frenesí que le recorría la sangre. Me apretaba los brazos con tanta fuerza que los sentía inertes, pero no me permitía acercarme; me mantenía alejada y a la vez se aferraba a mí.

De repente me soltó, sacudiéndose y volviéndose hacia la ventana iluminada por la luz de la luna. Permaneció tenso y temblando como un arco recién disparado.

—No, no te usaré de esa manera. Serías parte de aquello.

Di un paso hacia él, pero me detuvo. Volvió la cara hacia la ventana, más tranquilo pero vacío.

—Ve a la cama. Déjame solo un momento. Estaré bien en seguida. No tienes que preocuparte ahora.

Estiró los brazos, cubriendo el marco de la ventana, tapando la luz con su cuerpo. Sus hombros se hincharon por el esfuerzo, y me di cuenta de que

estaba empujando la madera con todas sus fuerzas.

—Fue sólo un sueño. Jack Randall está muerto.

Por fin me quedé dormida; Jamie seguía sentado junto a la ventana. Sin embargo, cuando me desperté al amanecer, vi que estaba dormido, hecho un ovillo sobre el asiento, cubierto por su manta escocesa y con mi capa sobre las piernas.

Lo desperté; parecía haber vuelto a la normalidad, con la alegría que solía mostrar por la mañana. Sin embargo, yo no iba a olvidar tan fácilmente lo sucedido, así que, después del desayuno, fui en busca de mi caja de remedios.

Vi, con fastidio, que me faltaban varias de las hierbas que necesitaba para preparar un tónico para el insomnio. Entonces me acordé del hombre del que me había hablado Marguerite: Raymond, el vendedor de hierbas de la Rue de Varennes. Un brujo, según ella. Un lugar digno de visitar. Muy bien. Jamie pasaría la mañana en la bodega. Yo tenía coche y lacayo a mi disposición así que iría a visitar la tienda de Raymond.

Había un limpio mostrador de madera que se extendía a lo largo de toda la tienda, con estantes desde el suelo hasta el techo, cuya altura duplicaba la estatura de un hombre. Algunos estantes tenían puertas de vidrio, al parecer para proteger las sustancias más raras y caras. Había gordos cupidos dorados desparramados con abandono sobre los armarios, soplando cuernos, con sus vestimentas ondeando y con aspecto de haber bebido algunas de las bebidas de mayor grado de alcohol de la tienda.

—¿*Monsieur* Raymond? —pregunté a la joven que estaba detrás del mostrador.

—Maître Raymond —me corrigió. Se limpió la nariz con la manga y me señaló el fondo, donde flotaban siniestras nubes de humo.

Brujo o no, Raymond tenía el ambiente apropiado. El humo emanaba de una chimenea de pizarra y se elevaba hasta las vigas ennegrecidas del techo. Sobre el fuego, una mesa de piedra con agujeros sostenía alambiques de vidrio, unos recipientes de cobre llamados «pelícanos», por cuya larga nariz salían extrañas sustancias que caían en tarros, y lo que parecía un destilador, pequeño pero útil. Olfateé el aire con cautela. Entre los fuertes olores de la tienda pude distinguir un vaho alcohólico proveniente del fuego. Una fila de

botellas limpias confirmó mis sospechas. Además de sus hechizos y pócimas, el maestro Raymond ganaba dinero con su licor de cerezas.

El destilador en persona estaba en cuclillas frente al fuego, atizando el carbón. Al oírme entrar, se enderezó y se volvió para saludarme con una agradable sonrisa.

—¿Cómo estáis? —dije con cortesía. Tan fuerte era la impresión de que acababa de entrar en la cueva de un hechicero que no me hubiera sorprendido que croara para responder.

Pues eso parecía el maestro Raymond: una cordial y gigantesca rana. Medía menos de metro y medio, tenía pecho de barril y piernas combadas, la piel gruesa y viscosa del que vive en un pantano, y amistosos ojos negros. Sólo le faltaba ser verde.

—*¡Madonna!* —exclamó, irradiando amabilidad—. ¿Qué puedo hacer por vos? —Carecía por completo de dientes, lo que aumentaba su parecido con un batracio. No podía dejar de mirarlo.

—*¿Madonna?* —repitió, mirándome, inquisitivamente.

Dándome cuenta de repente de que había estado observándolo de forma poco educada, me ruboricé y dije sin pensar:

—Me estaba preguntando si no habríais sido besado por una bella joven.

Enrojecí al verlo estallar de risa. Con una amplia sonrisa, respondió.

—Muchas veces, *madonna*. Pero ¡ay! No sirve de nada. Como podéis ver. *Ribbit*.

Nos reímos a carcajadas, lo cual atrajo la atención de la dependienta, que miró por encima de la puerta, alarmada. El maestro Raymond le hizo una seña para que se fuera y después se dirigió cojeando hasta la ventana, tosiendo y agarrándose la cintura, para abrirla y que saliera el humo.

—¡Ah, eso está mejor! —exclamó, aspirando el aire frío de primavera. Se volvió hacia mí, echándose atrás la larga cabellera.

—Muy bien, *madonna*, ya que nos hemos hecho amigos, quizá no os moleste que termine algo.

Todavía ruborizada, asentí. El maestro se volvió al fuego, riéndose mientras llenaba la lata del alambique. Aproveché la ocasión para recuperar mi aplomo. La habitación estaba en desorden.

Un cocodrilo grande, al parecer embalsamado, colgaba del techo.

Observé las escamas del vientre, amarillas, duras y brillantes.

—¿Es de verdad? —pregunté, mientras me sentaba en la gastada mesa de nogal.

El maestro Raymond levantó la mirada, sonriendo.

—¿Mi cocodrilo? ¡Por supuesto! Da confianza a mis clientes. —Una repisa recorría la pared justo a la altura de los ojos. Estaba repleta de frascos de porcelana adornados con volutas doradas, flores y bestias; cada uno tenía una etiqueta, escrita con letra negra. Tres de los frascos más cercanos tenían la etiqueta en latín, que traduje con cierta dificultad: sangre de cocodrilo, e hígado y bilis del mismo animal, al parecer del que colgaba sobre mi cabeza.

Levanté un frasco, le quité la tapa y olí con cuidado.

—Mostaza —dije, arrugando la nariz— y tomillo. En aceite de nuez, me parece, pero ¿qué le pusisteis para darle ese olor tan desagradable? —Incliné el frasco, examinando con mirada crítica el espeso líquido negro que contenía.

—Ah, de manera que vuestra nariz no es sólo decorativa, ¿eh? —Una amplia sonrisa se extendió por la cara de rana, dejando al descubierto unas duras encías azuladas—. La sustancia negra es la pulpa podrida de una calabaza —dijo—. En cuanto al olor... bien, en realidad, es sangre.

—No del cocodrilo —dije, mirando hacia arriba.

—Cuánto escepticismo en una persona tan joven —se lamentó Raymond—. Por fortuna, las damas y los caballeros de la corte son de naturaleza más confiada, aunque no sea este calificativo el que viene a la mente cuando se piensa en el temperamento aristocrático. Es sangre de cerdo, *madonna*. Los cerdos se consiguen con mayor facilidad que los cocodrilos.

—Hum, sí —coincidí—. El cocodrilo os debió de costar mucho dinero.

—Por fortuna lo heredé, junto con gran parte de los bienes de la tienda, del anterior dueño. —Me pareció ver un leve dejo de inquietud en sus ojos. La costumbre de observar los rostros buscando indicios que pudieran ser útiles a Jamie me había vuelto muy sensible a los cambios de expresión.

El pequeño propietario se inclinó hacia mí, poniendo una mano sobre la mía.

—Una profesional, ¿verdad? Aunque debo decir que no lo parecís.

Mi primer impulso fue retirar la mano, aunque su roce no era molesto; era

impersonal e inesperadamente cálido y tranquilizador. Observé la escarcha que bordeaba la ventana y pensé que ésa era la razón; sus manos sin guantes estaban tibias, algo muy raro en aquella época del año.

—Depende de lo que queráis decir con «profesional». Soy curandera, — dije.

—Curandera, ¿eh? ¿Y algo más? ¿No sois adivina, ni preparáis filtros de amor?

Me remordió la conciencia al recordar los días pasados con Murtagh en los caminos, cuando buscábamos a Jamie por las Tierras Altas de Escocia; adivinábamos el futuro y cantábamos para pagar nuestras cenas, como una pareja de gitanos.

—Nada de eso —aseguré, ruborizándome un poco.

—Tampoco una mentirosa profesional, por lo que veo —dijo, observándome divertido—. Es una lástima. ¿Qué puedo hacer por vos, *madonna*?

Le expliqué mis necesidades, y él fue asintiendo mientras escuchaba. Tenía una espesa cabellera gris que le caía hasta los hombros. No usaba peluca en el lugar sagrado de su tienda, ni se empolvaba el pelo.

Era de conversación fácil y sabía mucho de aplicaciones de hierbas y sobre botánica en general. Cogió varios frascos de aquí y allí, sacó un poco de cada uno y pulverizó las hojas en la palma de su mano para que yo las oliera.

El sonido de voces en la parte delantera de la tienda interrumpió nuestra conversación. Un lacayo estaba apoyado sobre el mostrador, y le decía algo a la dependienta. O más bien, trataba de decirle algo. La muchacha hablaba en provenzal, demasiado dialectal para mí, aunque entendí el sentido general de lo que decía. Algo que tenía que ver con repollo y salchichas, y no era muy cortés.

Estaba pensando en la costumbre de los franceses de introducir la comida en cualquier clase de discusión, cuando la puerta de la tienda se abrió de golpe. Un personaje con la cara pintada entró contoneándose.

—Ah —musitó Raymond—. La *Vicomtesse* de Rambeau.

—¿La conocéis? —La dependienta sin duda la conocía.

—Sí, *madonna* —dijo Raymond, asintiendo con la cabeza—. Es algo

cara.

Vi lo que quería decir; la dama en cuestión se apoderó del origen del altercado, un frasquito con una planta bañada en líquido, apuntó y la arrojó con fuerza contra el vidrio que cubría el estante.

El estrépito acalló el tumulto de inmediato. La vizcondesa apuntó a la muchacha con un largo dedo huesudo.

—Tú —dijo, con una voz metálica como virutas de acero—. Búscame la pócima negra. Ya.

La muchacha abrió la boca como para protestar, pero al ver que la vizcondesa echaba mano a otro proyectil, la cerró y corrió a la trastienda.

Anticipándose a su entrada, el resignado Raymond estiró la mano sobre su cabeza, cogió una botella y se la dio.

—Dásela —dijo, encogiéndose de hombros—. Antes de que rompa algo más.

Mientras la dependienta regresaba con timidez a entregar la botella, él se volvió hacia mí con expresión burlona.

—Veneno para una rival —explicó—. O eso es lo que ella piensa.

—¿Ah, sí? —dije—. ¿Y qué es en realidad? ¿Cáscara amarga?

Me miró con agradable sorpresa.

—Sabéis mucho de esto —dijo—. ¿Es talento natural o lo habéis aprendido? Bien, no importa. —Hizo un gesto con la palma de su mano—. Sí, eso es, cáscara amarga. La rival caerá enferma mañana, sufriendo visiblemente, lo que satisfará el deseo de venganza de la vizcondesa y la convencerá de que hizo una buena compra. Luego se recuperará, sin ningún daño permanente, y la vizcondesa atribuirá la mejoría a la intervención de un cura o a algún bebedizo preparado por un brujo.

—Ah. ¿Y los daños de la tienda? —El sol del crepúsculo brillaba sobre los trozos de vidrio que habían caído al mostrador, y sobre la única moneda de plata que la vizcondesa había dado en pago.

Raymond volvió una palma de lado a lado, siguiendo la costumbre inmemorial del hombre que marca una equivocación.

—Se compensa —respondió con calma—. Cuando el mes próximo venga a buscar una pócima abortiva, le cobraré lo suficiente no sólo para reparar el daño sino para construir tres vitrinas nuevas. Y pagará sin discutir. —Sonrió

—. Todo depende del momento.

Me di cuenta de que los ojos negros se paseaban por mi figura. Todavía no se notaba mi embarazo, pero estaba segura de que él lo sabía.

—Y la pócima que le daréis a la vizcondesa el mes próximo, ¿funcionará?  
—pregunté.

—Todo depende del momento —volvió a responder, ladeando la cabeza

—. Si es pronto, funcionará. Pero es peligroso esperar demasiado.

Hubo una clara nota de advertencia en su voz. Le sonreí.

—No lo pregunto por mí —expliqué—. Sólo quería saber.

Volvió a relajarse.

—Ah, ya me parecía.

Oímos pasar el carruaje de la vizcondesa. El lacayo hacía señas y gritaba desde atrás.

—*A la lanterne* —murmuré. Rara vez la perspectiva de los acontecimientos me proporcionaba alguna satisfacción, pero en aquélla sin duda me satisfizo.

—No preguntéis por quién hace ruido la carreta —comenté, volviéndome a Raymond—. Por vos.

Raymond se mostró un poco sorprendido.

—¿Ah, sí? Bueno, ¿decíais que usáis la betónica negra para las purgas? En vuestro lugar usaría la blanca.

—¿De veras? ¿Por qué?

Y olvidándonos de la vizcondesa, nos sentamos a hablar de nuestros asuntos.

## 9

### *El esplendor de Versalles*

Cerré la puerta de la sala y me detuve para reunir valor. Inspiré hondo, pero lo ajustado del corsé con ballenas hizo que mi respiración sonara como un jadeo.

Jamie, inmerso en su trabajo, levantó la mirada al oírme, y se quedó helado, con la boca abierta.

—¿Te gusta? —Levanté la cola del vestido y avancé hasta el centro de la habitación, meciéndome con suavidad, como me había recomendado la costurera, para que se vieran bien los adornos de seda plisada de la falda.

Jamie cerró la boca y parpadeó varias veces.

—Es... ah... es rojo, ¿no?

—Más bien. *Sang-du-Christ*, para ser exactos. Sangre de Cristo, el color de moda esta temporada, según me han dicho.

—No todas las señoras podrían usarlo, *Madame* —me había dicho la costurera—. Vos sí, con esa piel. ¡Madre de Dios! ¡Los hombres se meterán debajo de la falda!

—Si alguno lo intenta, le romperé los dedos —dije yo. Ésa no era mi intención. Pero sí destacar. Jamie me había pedido que vistiera para sobresalir. A pesar de la neblina matinal, el rey se había acordado de Jamie por su aparición en el *lever*, y nos había invitado a un baile en Versalles.

—Necesito hablar con los ricos —me había explicado Jamie al hacer

planes—. Y como no tengo posición, ni poder, tendré que hacer que los hombres se acerquen a mí por alguna otra razón. —Suspiró mientras me miraba, decididamente poco atractiva con mi camisón de lana.

—En París eso significa que deberé alternar en sociedad; aparecer en la corte, a ser posible. Sabrán entonces que soy escocés y me preguntarán sobre el príncipe Carlos, y sobre el deseo de Escocia de que regresen los Estuardo. Entonces les diré que los escoceses estarían dispuestos a pagar para que los Estuardo no regresen, aunque no sea verdad.

—Sí, debes ser discreto —dije—. O el príncipe te soltará los perros la próxima vez que vayas a visitarlo. —Siguiendo su plan de mantenerse al tanto de las actividades de Carlos, Jamie visitaba la casita de Montmartre todas las semanas.

Jamie sonrió.

—Ah, para su alteza y sus partidarios jacobitas, soy un leal defensor de la causa de los Estuardo. Y mientras no se reciba a Carlos en la corte francesa, no es probable que se entere de lo que ando diciendo. Los jacobitas que están en Francia no tienen mucho dinero para alternar en los círculos de moda. Nosotros sí, gracias a Jared.

Por razones completamente diferentes, Jared había aceptado la propuesta de Jamie de ampliar su círculo de amistades comerciales, para que la nobleza francesa y los banqueros llegaran a nuestro puerto; teníamos que atraerlos con vino del Rin, conversación, diversiones y cantidades del *whisky* escocés que Murtagh había llevado hasta nuestros sótanos.

—Es la diversión de una forma u otra la que los atrae, ¿sabes? —dijo Jamie, mientras trazaba planes en el reverso de un poema que describía la oscura relación entre el conde de Sévigny y la esposa del ministro de Agricultura—. Lo único que le importa a la nobleza son las apariencias. Así que para empezar, debemos ofrecerles algo interesante para mirar.

A juzgar por la expresión con que me miraba, yo había empezado bien. Caminé unos pasos, balanceando la enorme falda como una campana.

—No está mal, ¿no es así? —pregunté—. Al menos cubre bastante.

Jamie por fin pudo articular palabra.

—¿Qué? —gruñó—. ¿Que cubre bastante? ¡Por Dios, si puedo verte hasta la tercera costilla!

Miré hacia abajo.

—No es cierto. No es mi piel la que se ve bajo el encaje, es un forro blanco de *charmeuse*.

—¡Pues lo parece! —Se acercó aún más, inclinándose para inspeccionar el corpiño y se asomó al escote.

—¡Dios mío, puedo verte hasta el ombligo! ¡No querrás aparecer así en público!

El comentario me puso algo nerviosa. No me sentía muy cómoda por lo provocativo de aquel vestido, aunque la costurera me había enseñado otros modelos. Sin embargo, la reacción de Jamie me puso a la defensiva, y rebelde.

—¡Tú me dijiste que llamara la atención! —le recordé—. Y esto no es nada comparado con la última moda en la corte. Créeme, seré la modestia personificada al lado de *Madame* de Pérignon y de la duquesa de Rouen. ¿Prefieres que aparezca en la corte con mi vestido de terciopelo verde?

Jamie desvió la mirada de mi escote y frunció los labios.

—Hum —dijo, tratando de parecer lo más escocés posible.

Me acerqué y apoyé una mano en su brazo.

—Vamos. Ya estuviste antes en la corte; sin duda sabes cómo se visten las señoras. Sabes que este vestido no es tan exagerado en comparación.

Bajó la mirada hacia mí y sonrió, algo avergonzado.

—Sí —respondió—. Es cierto. Es sólo que... bueno, tú eres mi esposa, *Sassenach*. No quiero que otros hombres te miren como yo miro a esas señoras. Supongo que tendrás que usarlo, pero por el amor de Dios, ten cuidado.

—¿Cuidado? ¿De qué?

Su boca se torció en una triste sonrisa.

—Por favor, mujer, ¿acaso no sabes lo que pareces con ese vestido? Me hace querer violarte aquí mismo. Y esos malditos comesapos no tienen el control que yo tengo. ¿No podrías... taparte un poco arriba? —Extendió una mano enorme sobre su propio escote de encaje, asegurado con un alfiler de rubí—. ¿Un volante o algo parecido? ¿Un pañuelo?

—Los hombres —le dije— no tenéis ni idea de modas. Pero no te preocupes. La costurera dice que para eso son los abanicos.

Abrí el abanico con borde de encaje que hacía juego con el vestido, con un gesto que me había llevado quince minutos perfeccionar, y lo agité seductoramente sobre mi pecho.

Jamie fue a sacar mi capa del armario.

—Hazme un favor, *Sassenach* —dijo, posando el pesado terciopelo sobre mis hombros—. Lleva un abanico más grande.

Como foco de atención, el vestido resultó un gran éxito, pero no benefició la presión arterial de Jamie, que revoloteaba a mi lado para protegerme, fulminando con la mirada a cualquiera que se fijara en mí.

Annalise de Marillac nos vio desde el otro extremo del salón y fue hacia nosotros. En sus delicados rasgos se dibujó una sonrisa de bienvenida. Sentí que se me congelaba la sonrisa. Annalise de Marillac dijo haber sido «amiga» de Jamie durante la anterior estancia en París de mi marido. Era una mujer hermosa, encantadora y exquisitamente diminuta.

—*Mon petit sauvage!* —exclamó, saludando a Jamie—. Debo presentarte a alguien. A varias personas, en realidad. —Señaló con la cabeza un grupo de hombres que discutían alrededor de una mesa de ajedrez. Reconocí al duque d'Orleans y a Gérard Gobelin, un prominente banquero. Desde luego, eran un grupo influyente.

—Ven a jugar al ajedrez —suplicó Annalise, colocando una mano sobre el brazo de Jamie—. Será un buen lugar para que luego veas a su majestad.

El rey llegaría después de la comida a la que asistía, en una hora o dos. Mientras tanto, los invitados se paseaban por el salón, conversando, admirando los cuadros, flirteando detrás de los abanicos, comiendo dulces y pastelillos, y bebiendo vino. De vez en cuando desaparecían con discreción en pequeñas alcobas, resguardadas por cortinajes, ingeniosamente dispuestas entre los paneles de madera de las paredes. Casi no se notaban, a menos que se estuviera cerca, en cuyo caso se oían los ruidos del interior.

Jamie vaciló, y Annalise siguió tirando de él.

—Ven —suplicó—. No tengas miedo por tu dama —dijo mientras observaba con admiración mi vestido— no estará mucho tiempo sola.

—Eso me temo —murmuró Jamie—. De acuerdo, espera un momento. — Se deshizo momentáneamente de Annalise y se inclinó para susurrarme al

oído.

—Si te encuentro en una de esas alcobas, *Sassenach*, el que esté contigo es hombre muerto. En cuanto a ti... —Sus manos tocaron inconscientemente su cinturón.

—Ah, no. Juraste que no volverías a golpearme.

Una sonrisa forzada se dibujó en su boca.

—No, no voy a golpearte, aunque me gustaría.

—¿Qué vas a hacer, entonces? —pregunté en son de burla.

—Ya pensaré algo —respondió, con cierta severidad—. No sé qué, pero no te gustará.

Y con un vistazo final a su alrededor y un apretón de propietario sobre mi hombro, dejó que Annalise se lo llevara, como una pequeña pero entusiasta guía remolcando una barcaza.

Annalise tenía razón. Una vez librados de la presencia de Jamie, los caballeros de la corte descendieron sobre mí como una bandada de loros sobre una fruta madura.

Mi mano fue besada una y otra vez y sostenida en el aire, miles de elogios floridos cayeron sobre mí, y gran cantidad de copas de vino me fue traída en interminable procesión. Media hora después me empezaron a doler los pies. También la cara, de tanto sonreír. Y la mano, de agitar el abanico.

Tuve que admitir mi gratitud hacia Jamie por su intransigencia con el abanico. Cediendo a su deseo, había llevado el más grande que tenía, una monstruosidad de medio metro de largo. Jamie criticó su diseño pero aprobó su tamaño. Después de alejar con el abanico a un ardiente joven vestido de púrpura, desplegué el artefacto con discreción debajo de mi barbilla para sacudir las migas mientras mordisqueaba un pedazo de tostada con salmón.

Y no sólo las migas. A pesar de que Jamie, gracias a su altura, había asegurado que se me veía el ombligo, éste estaba a salvo del escrutinio de los cortesanos franceses, ya que eran más bajos que yo. Por otra parte...

Siempre me había gustado apretarme contra el pecho de Jamie y poner la nariz en el hueco que se le formaba en el centro. Algunos de mis más bajos y atrevidos admiradores parecían querer disfrutar una experiencia similar, de modo que agitaba el abanico con energía suficiente como para apartarles los rizos de la cara y, si eso no bastaba para desalentarlos, cerraba el abanico y

les golpeaba suavemente la cabeza.

Fue un alivio ver al lacayo irguiéndose de repente para anunciar:

—Sa Majesté, Le Roi Louis!

El rey se levantaba al alba, pero no florecía por la noche. No mucho más alto que mi metro setenta de estatura, se movía como si midiera mucho más; miraba a derecha e izquierda y saludaba a sus súbditos.

Pensé que su figura se adecuaba más a mi idea de cómo debería ser un rey. Si bien no era muy apuesto, actuaba como si lo fuera; la suntuosidad de su atavío y la conducta de los que lo rodeaban realzaban esta impresión.

Los oscuros ojos se paseaban, inquietos, por la multitud; llevaba la nariz levantada, como si estuviera lista para olfatear algo de interés.

Vestido con falda escocesa y capa, chaqueta y chaleco de seda, Jamie constituía un foco de interés. Pensé que era él quien había atraído la atención del rey, pues *Le Roi Louis* fue hacia nosotros. *Madame* Nesle de la Tourelle lo seguía.

Había olvidado mi vestido rojo; el rey se detuvo frente a mí e hizo una reverencia.

—*Chère Madame!* —dijo—. ¡Estamos encantados!

Oí que Jamie inspiraba hondo antes de dar un paso adelante para postrarse ante el rey.

—¿Puedo presentaros a mi esposa lady Broch Tuarach? —Se incorporó y dio un paso atrás. Un rápido movimiento de los dedos de Jamie me hizo mirarle sin comprender; luego me di cuenta de que me estaba indicando que hiciera una reverencia.

Me incliné automáticamente, mirando al suelo y preguntándome dónde iba a mirar cuando me incorporase. *Madame* Nesle de la Tourelle estaba de pie detrás de Luis. Según los chismes, «Nesle» era la favorita de Luis. Siguiendo la moda, llevaba un vestido cortado debajo los dos senos, con una gasa que ni los ocultaba ni los abrigaba.

Sin embargo, no fue el vestido ni lo que revelaba lo que me desconcertó. Los senos de «Nesle» llevaban como adorno sendas joyas en los pezones: un par de cisnes de oro con incrustaciones de diamante y ojos de rubí que extendían los cuellos el uno hacia el otro. La artesanía era excelente y los materiales maravillosos, pero fue el hecho que cada uno de los zarcillos

atravesara los pezones lo que me impresionó. Los pezones mismos estaban seriamente alterados, pero este defecto era ocultado por grandes perlas que colgaban de una delgada cadena de oro.

Me incorporé con la cara roja y logré excusarme, tosiendo en un pañuelo mientras retrocedía. Percibí una presencia a mis espaldas y me detuve justo a tiempo para no tropezar con Jamie, que observaba a la amante del rey sin ningún disimulo.

—Ella le contó a Marie d'Arbanville que el maestro Raymond se los perforó —murmuré. Jamie no dejaba de mirarla.

—¿Quieres que pida hora? —pregunté—. Me imagino que lo haría a cambio de la receta de tónico de alcaravea.

Jamie bajó la mirada y me llevó hasta una de las alcobas.

—Si vuelves a hablar con el maestro Raymond —murmuró— yo mismo te los perforaré... con los dientes.

El rey siguió camino hacia el salón de Apolo. Al ver a Jamie conversando con un tal *Monsieur* Genet, cabeza de una familia naviera, busqué un lugar donde quitarme los zapatos un momento.

Una de las alcobas estaba, al parecer, desocupada. Entré. Estaba amueblada con un diván, una mesita y un par de sillas; me senté en una, me desabroché los zapatos, me los quité y, con un suspiro de alivio, puse los pies sobre la otra.

Un leve cascabeleo de los aros del cortinaje me anunció que mi desaparición no había pasado inadvertida.

—¡*Madame!* ¡Por fin estamos solos!

—Sí, y no lo celebro —dije, suspirando. Supuse que era uno de tantos condes. Aunque no, era un vizconde; alguien me lo había presentado como el vizconde de Rambeau. Uno de los de corta estatura. Me pareció recordar cómo habían brillado de admiración sus ojillos bajo el borde de mi abanico.

Sin perder tiempo, se dirigió hacia la otra silla, levantó mis pies, cubiertos por medias de seda, se sentó y los puso sobre su regazo, apretándolos fervientemente en su entrepierna.

—¡Ah, *ma petite!* ¡Qué delicadeza! ¡Vuestra belleza me turba!

Si creía que mis pies eran particularmente delicados, era evidente que estaba turbado. Levantando uno de ellos, me mordisqueó los dedos.

—*C'est un cochon qui vit dans la ville, c'est un cochon qui vit...* — Aparté el pie de un tirón y me levanté como pude.

—Hablando de *cochons* que viven en la ciudad —dije, algo nerviosa— me parece que a mi marido no le gustaría encontraros aquí.

—¿Vuestro marido? ¡Bah! —Descartó a Jamie con un ademán—. Estará ocupado un buen rato. Y cuando el gato no está... Venid a mí, *ma petite souris*; dejad que os oiga chillar un poquito.

Al parecer tratando de ganar fuerzas para la lid, el vizconde sacó una cajita de rapé esmaltada, vertió con destreza una línea de granos oscuros en el dorso de la mano y se la acercó a la nariz.

Inspiró hondo, con los ojos brillantes al pensar en lo que se avecinaba; sacudió la cabeza al oír que se descorría el cortinaje con un tintineo de los aros de bronce y estornudó sobre mi pecho con considerable vigor.

Lancé un grito.

—¡Asqueroso! —exclamé, y le di un golpe en la cara con mi abanico cerrado.

El vizconde tropezó con mis zapatos del cuarenta y cayó de cabeza en los brazos de Jamie, que estaba entre los cortinajes de la entrada.

—Pues sí que llamaste la atención —le dije, por fin.

—Bah —respondió Jamie—. El *salaud* tuvo suerte de que no le cortara la cabeza y se la hiciera tragar.

—Habría sido un espectáculo interesante —dije—. Pero remojarlo en la fuente también estuvo bien.

Levantó la mirada y cambió el entrecejo fruncido por una sonrisa forzada.

—Bien, después de todo, no lo ahogué.

—Confío en que el vizconde haya sabido apreciar tu moderación.

Resopló otra vez. Estaba de pie en el centro de un pequeño *appartement* del palacio que nos había asignado el rey insistiendo en que no debíamos regresar a París esa noche.

—Después de todo, *mon chevalier* —había dicho Luis al ver la figura de Jamie chorreando agua en la terraza— nos disgustaría que os resfriarais. La corte se privaría de un buen entretenimiento y *Madame* nunca me lo perdonaría. ¿Verdad, cariño? —Extendió la mano y pellizcó uno de los

pezones de *Madame* de La Tourelle. Ésta pareció algo disgustada, pero sonrió. Advertí que cuando el rey se distrajo, se quedó mirando a Jamie. Había que admitir que Jamie estaba imponente. Pero eso no significaba que esas miradas me gustaran.

Jamie se quitó la camisa empapada y la arrojó sobre el resto de la ropa mojada. Aún estaba más guapo sin ella.

—En cuanto a ti —dijo, mirándome de manera siniestra—, ¿no te dije que te mantuvieras alejada de esas alcobas?

—Sí. Pero aparte de eso, señora Lincoln, ¿no le gustó la obra de teatro? —pregunté.

—¿Qué? —Me miró como si estuviera loca.

—No importa; no lo entenderías. ¿Has conocido a alguien antes de ir a defender tus derechos conyugales?

—Ah, sí. Jugué una partida de ajedrez con *Monsieur Duverney*. Le gané, además, lo que hizo que se enfadara.

—Suena prometedor. ¿Y quién es *Monsieur Duverney*?

—El ministro francés de Finanzas, *Sassenach*.

—Ah. ¿Y te alegra que se haya enfadado?

—Se enfadó consigo mismo por haber perdido, *Sassenach* —me explicó—. Ahora no descansará hasta que me gane. Irá a casa el domingo a jugar de nuevo.

—¡Espléndido! —exclamé—. Y mientras jugáis, podrás asegurarle que las perspectivas de los Estuardo son remotas, y convencerlo de que a Luis no le conviene ayudarlo, por muchos vínculos de sangre que haya.

Jamie asintió, peinándose hacia atrás con ambas manos el pelo mojado. Aún no habían encendido el hogar, y tembló un poco.

—¿Dónde aprendiste a jugar al ajedrez? —pregunté con curiosidad—. No conocía esa habilidad tuya.

—Colum MacKenzie me enseñó —dijo—. Cuando yo tenía dieciséis años y pasé un año en el castillo de Leoch. Tenía maestros de francés, alemán, matemáticas, etcétera, pero todas las tardes iba al cuarto de Colum una hora para jugar al ajedrez. Por lo general le llevaba menos tiempo vencerme —agregó con pena.

—No me sorprende que juegues tan bien —dije. Colum, tío de Jamie,

víctima de una enfermedad degenerativa que lo había privado de la mayor parte de su movilidad, la compensó con una inteligencia que habría hecho avergonzar a Maquiavelo.

Jamie se levantó, se desabrochó el cinturón y me miró.

—No creas que no sé lo que te propones, *Sassenach*, al cambiar de tema y elogiarme. ¿No te advertí que no fueras a esas alcobas?

—Dijiste que no me pegarías —le recordé, mientras me sentaba un poco más atrás en mi silla.

Volvió a resoplar, arrojando el cinturón sobre el armario y dejando caer la falda junto a la camisa empapada.

—¿Parezco la clase de hombre que golpearía a una mujer embarazada? —preguntó, indignado.

Lo miré dudando. Absolutamente desnudo, con la cabeza mojada y las cicatrices blancas aún visibles sobre su cuerpo, parecía un tripulante de un barco vikingo que solo pensara en violaciones y robos.

—En realidad, pareces capaz de cualquier cosa —le dije—. En cuanto a las alcobas, sí, es cierto que me lo advertiste. Supongo que debí haber ido al jardín a quitarme los zapatos, pero ¿cómo iba a saber que ese idiota me seguiría y empezaría a mordirme los dedos de los pies? Y si no tienes pensado golpearme ¿qué tienes pensado?

Jamie se acostó en la cama y me sonrió.

—Quítate ese vestido de puta, *Sassenach*, y ven a la cama.

—¿Por qué?

—No puedo azotarte, ni sumergirte en la fuente. —Se encogió de hombros—. Así que tenía pensado echarte una buena reprimenda, pero no creo que pueda mantener abiertos los ojos el tiempo suficiente. —Bostezó, pestañeó y volvió a sonreír—. Recuérdamelo por la mañana, ¿eh?

—¿Te sientes mejor, *Sassenach*? —Sus ojos azules estaban nublados de preocupación—. ¿Es normal que estés tan enferma?

Me aparté el pelo de las sienes sudorosas y me pasé una toalla húmeda por la cara.

—No sé, pero creo que es normal —dije—. Algunas mujeres están enfermas durante todo el embarazo. —No era un pensamiento muy

agradable.

—¿Te sientes capaz de bajar a desayunar, *Sassenach*, o quieres que le pida a una criada que nos traiga una bandeja?

—No, no, ya estoy bien. Deja que me enjuague la boca.

Mientras me mojaba la cara oí un golpe en la puerta. Sería el criado enviado a París a buscar ropa limpia.

Era un cortesano con una invitación a almorzar.

—Su majestad almuerza hoy con un noble inglés —explicó el cortesano— que acaba de llegar a París. Su majestad ha convocado a varios mercaderes ingleses para ofrecer al duque la compañía de algunos compatriotas. Alguien le recordó que *Madame* es inglesa y debería ser invitada.

—Muy bien —dijo Jamie—. Será un honor asistir.

Poco después llegó Murtagh con un hato de ropa limpia y mi caja de remedios. Mientras Jamie le daba instrucciones, yo me vestí apresuradamente, lamentando no haber aceptado la asistencia de una doncella.

Un paseo por los jardines de palacio contribuyó a restaurar mi buen humor. Me detuve junto a la estatua de un hombre medio desnudo con uvas en el pelo y una flauta en los labios. Una cabra enorme y blanca mordisqueaba con voracidad las uvas que caían en cascada de los pliegues de mármol de las vestiduras.

—¿Quién es? —pregunté—. ¿Pan?

Jamie sacudió la cabeza, sonriendo. Iba vestido con su vieja falda y una chaqueta gastada pero cómoda; sin embargo, en mi opinión estaba mucho mejor que los cortesanos lujosamente vestidos que pasaban junto a nosotros en grupos, conversando.

—No, creo que hay una estatua de Pan por aquí, pero no es ésta. Ésta es una de los Cuatro Humores del Hombre.

—Parece de bastante buen humor —dije, mirando al sonriente amigo de la cabra.

Jamie se echó a reír.

—¡Y dices que eres médica, *Sassenach*! No es ese tipo de humor. ¿No conoces los cuatro humores que conforman el cuerpo humano?, ésta es Sangre —dijo señalando al flautista, y después hacia el sendero— y aquélla

es Melancolía. —Era la estatua de un hombre vestido con una especie de toga, sosteniendo un libro abierto.

Jamie señaló en otra dirección.

—Y más allá está Furia —un hombre desnudo y musculoso, que ciertamente tenía aspecto amenazador, sin importarle el león de mármol que estaba a punto de morderle la pierna— y aquella es Flema.

—¿De veras? —Flema, un sujeto barbado con sombrero, tenía ambos brazos cruzados sobre el pecho y una tortuga a sus pies.

—Hum —murmuré.

—¿En tu época los médicos no conocen los humores? —preguntó.

—No —respondí—. En su lugar tenemos gérmenes.

—¿De veras? Gérmenes —dijo para sí, repitiendo la palabra, pronunciándola con acento escocés, lo cual le daba un sonido siniestro—. *Gérrmenes*. ¿Y qué aspecto tienen?

Observé una representación de «América», una joven con falda y tocado de plumas, con un cocodrilo a sus pies.

—Bueno, no les hacemos estatuas tan pintorescas —respondí.

El cocodrilo a los pies de América me recordó el de la tienda del maestro Raymond.

—¿De verdad no quieres que vaya a la tienda del maestro Raymond? —pregunté—. ¿O temes que me perforo los pezones?

—Claro que no quiero que te perforo los pezones —dijo—. Pero no, no quiero que vayas a ver al maestro Raymond. Corren rumores acerca de ese hombre.

—En París corren rumores acerca de todo el mundo —observé—; y apostaría a que el maestro Raymond los conoce.

Jamie asintió. Le brillaba el pelo.

—Ah, sí, supongo que sí. Pero creo que he oído algo. Se dice que el maestro Raymond es el centro de un círculo especial, que no es precisamente de amigos de los jacobitas.

—¿De veras? ¿Qué son, entonces?

—Cabalistas y ocultistas. Brujos, quizá.

—Jamie, no estarás preocupado por brujos y demonios, ¿no? —Habíamos llegado a una parte de los jardines conocida como «Alfombra verde».

—Por los brujos no —contestó—. Por el conde de St. Germain, tal vez.

Recordé la oscura mirada del conde de St. Germain en Le Havre y me estremecí a pesar del sol y del chal de lana que llevaba.

—¿Crees que está asociado con el maestro Raymond?

Jamie se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero tú fuiste quien me habló de los rumores que rodean a St. Germain, ¿no? Y si el maestro Raymond pertenece al mismo círculo, deberías mantenerte alejada, *Sassenach*. —Sonrió—. No me gustaría tener que volver a salvarte de la hoguera.

Las sombras bajo los árboles me recordaron la tétrica frialdad del foso de los ladrones de Cranesmuir. Temblé y me acerqué a Jamie.

—A mí tampoco me gustaría.

Una figura apareció detrás de nosotros elogiando a gritos el espectáculo de la noche anterior. Las tres damas que estaban con él se hacían eco de sus opiniones, aunque no en forma tan espectacular.

—¡Soberbia! ¡Soberbia, la voz de La Couelle!

—¡Oh, soberbia! ¡Sí, maravillosa!

—¡Deliciosa, deliciosa! ¡Soberbia es la única palabra que la define!

—¡Oh, sí, soberbia!

Miré al cortesano, que en aquel momento recogía un pañuelo que una de sus compañeras había dejado caer como carnada.

\* \* \*

Todo habría salido bien de no ser por los malditos ruseñores. Hacía calor en el comedor, atestado de cortesanos y observadores. Uno de los alambres del miriñaque se había soltado y me pinchaba debajo del riñón izquierdo cada vez que inspiraba. Estaba padeciendo una de las peores consecuencias del embarazo: la urgencia de orinar a cada rato. Aun así, todo podría haber salido bien. Después de todo, era de pésima educación levantarse de la mesa antes que el rey, aunque el almuerzo fuera informal en comparación con las cenas de Versalles. Sin embargo, informal es un término bastante relativo.

Sí, había tres variedades de escabeche en lugar de ocho. Y consumé, no

sopa espesa. El venado era asado, no en *brochette*, y el pescado, si bien cocido en vino, era en lonchas en lugar de entero.

No obstante, como si se sintiera frustrado por tanta simplicidad rústica, uno de los cocineros había preparado un precioso plato de entrada: un nido, hecho con tiras de masa, adornado con ramitas de manzano sobre las que había dos ruisseños, pelados y cocidos, rellenos con manzana y canela, y vestidos con sus propias plumas. En el nido estaba la familia entera de ruisseños recién nacidos, con sus alitas extendidas, las tiernas pieles desnudas y los picos negros abiertos para que se viera el relleno de pasta de almendras.

Después de una vuelta triunfal alrededor de la mesa para enseñarlo, el refinado platillo fue puesto frente al rey, que dejó de conversar con *Madame* de La Tourelle el tiempo suficiente para coger uno de los pajarillos y metérselo en la boca.

El rey no dejaba de masticar. Hipnotizada, observaba cómo se le movían los músculos de la garganta; me sentía como si fuera yo la que estuviera tragando los huesecillos. Los dedos del rey cogieron con indiferencia otro pajarillo.

En aquel momento, llegué a la conclusión de que habría cosas peores que insultar al rey levantándome de la mesa, y salí a toda prisa.

Poco después, al incorporarme entre los arbustos, oí un ruido a mis espaldas. Esperaba ver la mirada de un jardinero enfadado, y con razón, pero encontré la de un marido irritado.

—¡Por favor, Claire!, ¿es que siempre tienes que hacer lo mismo?

—Para responderte con una sola palabra, sí —dije, dejándome caer sobre el borde de una fuente ornamental. Tenía las manos húmedas, y me las sequé sobre la falda—. ¿No creerás que lo hago por diversión? —Me sentía mareada y cerré los ojos, tratando de recobrar el equilibrio para no caer en la fuente.

De pronto sentí una mano en la espalda, y casi me caí en unos brazos que se abrieron para recibirme.

—Por Dios. Lo siento, *mo duinne*. ¿Estás bien, Claire?

Lo empujé lo suficiente para mirarlo y sonreí.

—Estoy bien. Un poquito mareada, eso es todo. Lo siento, de veras,

Jamie, no pude evitarlo.

Su mano húmeda, fuerte y firme, apretó mi nuca para tranquilizarme.

—Oh, no te preocupes por mí, *Sassenach*. No guise gritarte. Es sólo que... me siento tan estúpido. Te veo sufrir, sé que es por mi culpa y no puedo hacer nada para ayudarte. Así que te culpo a ti, me enfado y te grito... ¿por qué no me mandas al infierno, *Sassenach*? —dijo.

Me reí a carcajadas hasta que me dolió la cintura por el apretado corsé.

—Vete al infierno, Jamie —dije—. Ya está. ¿Te sientes mejor?

—Sí —dijo—. Cuando empezamos a hablar en broma, sé que te sientes bien. ¿De verdad te sientes bien, *Sassenach*?

—Sí —respondí, mientras me sentaba y empezaba a ver dónde estaba. Los jardines de Versalles estaban abiertos al público, y pequeños grupos de mercaderes y trabajadores se mezclaban con los nobles; todos disfrutaban del buen tiempo.

De repente se abrieron las puertas que daban a la terraza, y los invitados del rey salieron. El éxodo del almuerzo se vio aumentado por una nueva delegación que acababa de descender de dos grandes carruajes que en aquel momento se dirigían hacia los establos.

Era un gran grupo de hombres y mujeres, sobriamente vestidos en comparación con los colores brillantes de los cortesanos que los rodeaban. Pero fue el sonido y no su aspecto, lo que atrajo mi atención. El francés, oído desde lejos, tiene un fuerte parecido al graznido de patos y gansos, por sus elementos nasales. El inglés tiene un ritmo más lento y la entonación no sube y baja tanto. Oído desde lejos, donde no es posible distinguir las voces individuales, tiene la monotonía áspera y amistosa de los ladridos de un perro ovejero. El efecto general del éxodo masivo que se dirigía hacia donde estábamos nosotros era el de una manada de gansos graznando mientras eran conducidos al mercado por una jauría de perros.

El grupo de ingleses había llegado, aunque tarde, y los habían llevado al jardín mientras el personal de la cocina preparaba otro almuerzo.

Inspeccioné el grupo con curiosidad. Al duque de Sandringham lo conocía, pues lo había visto en una oportunidad en Escocia, en el castillo de Leoch. Su figura regordeta era fácil de ver. Iba caminando al lado de Luis, con una peluca ladeada a la moda.

Casi todos los demás eran desconocidos. Supuse que la elegante señora de mediana edad que en aquel momento trasponía la puerta debía de ser la duquesa de Claymores. Aunque por lo general se dejaba a la reina en alguna casa de campo para que se entretuviera como pudiera, en esta ocasión la habían arrastrado a palacio y estaba conversando con la visitante. Su dulce rostro estaba ruborizado de excitación, al estar poco acostumbrada a ocasiones semejantes.

La joven que caminaba detrás de la duquesa me llamó la atención. Aunque vestida de manera muy sencilla, tenía la clase de belleza que la haría resaltar en cualquier parte. Era pequeña, de huesos delicados y figura redondeada, con pelo oscuro y brillante; y su piel era blanquísima. El rosa profundo de sus mejillas me recordó un vestido que había tenido en la otra época, un vestido de algodón estampado con amapolas rojas. Por alguna razón, aquel pensamiento me provocó una repentina nostalgia. Supongo que habrá sido por escuchar el inglés después de tantos meses entre la cadencia del escocés y el cacareo del francés. Los visitantes me recordaban mi hogar.

Entonces lo vi. Sentí que me quedaba sin sangre cuando recorrí con la mirada la curva elegante de su cráneo, cubierto de pelo oscuro, alto y esbelto en medio de las pelucas empolvadas. En mi mente sonaron alarmas, como sirenas ante un bombardeo; me debatía por aceptar y repeler las impresiones que me asaltaban. Mi inconsciente se detuvo en la línea de la nariz, pensando en Frank, y me dispuse a correr para darle la bienvenida. «Pero no es Frank», advirtió el centro racional de mi mente; me quedé helada al ver la curva familiar de la boca, sonriendo a medias. «Sabes que no es Frank», pensé, sintiendo que me ponía rígida. Entonces tuve pánico, apreté los puños y sentí un nudo en el estómago; el lento proceso del pensamiento lógico siguió el curso del instinto y del conocimiento; la frente ancha y la arrogante inclinación de la cabeza me convencían de lo impensable. No podía ser Frank. Y si no era Frank, entonces sólo podía ser una persona.

—Jack Randall.

No fue mi voz la que habló, sino la de Jamie, tranquila e impersonal. Al llamarle la atención mi conducta, había mirado en la misma dirección, y había visto lo que yo había visto.

No se movió. En medio de mi pánico, creí que tampoco respiraba. Me

pareció que un sirviente miraba con curiosidad la silueta imponente del guerrero escocés que tenía a mi lado, pero toda mi preocupación estaba centrada en Jamie.

Estaba completamente inmóvil, tan inmóvil como puede estarlo un león acechando en medio de la selva, con la mirada fija y sin pestañear mientras el sol quema la estepa africana. Y vi que algo se movía en el fondo de sus ojos. El pestañeo delator del gato al acecho antes de dar el zarpazo para atrapar la presa.

Sacar un arma en presencia del rey equivalía a la muerte. Murtagh estaba en el extremo del jardín, demasiado lejos para servir de ayuda. Dos pasos más traerían a Randall dentro de nuestro radio de audición. Dentro del alcance de la espada. Puse una mano sobre el brazo de Jamie. Estaba tan rígido como el acero de la empuñadura de su espada. La sangre me rugía en los oídos.

—Jamie. ¡Jamie! —exclamé. Y me desmayé.

## 10

### *Una dama de cabellera castaña con abundantes rizos*

Emergí de una bruma amarilla compuesta de luz del sol, polvo y recuerdos fragmentados, totalmente desorientada. Frank estaba inclinado sobre mí y sostenía mi mano. Pero no, la mano que yo palpaba era mucho más grande que la de Frank, y mis dedos acariciaron el vello áspero de su muñeca. Las manos de Frank eran suaves como las de una mujer.

—¿Os sentís bien? —Era la tranquila voz de Frank.

—¡Claire! —Aquella voz, más baja y más profunda, no era la de Frank. Estaba cargada de temor y angustia.

—Jamie. —Había encontrado el nombre adecuado a la imagen mental que buscaba—. ¡Jamie! ¡No...! —Me senté de repente, mirando primero a uno, luego al otro. Estaba rodeada por un círculo de curiosos, con un espacio pequeño dejado para el rey, que se había inclinado y me observaba con interés.

Había dos hombres a mi lado, Jamie a la derecha, con los ojos abiertos y el rostro pálido. Y a mi izquierda...

—¿Estáis bien, señora? —No era Frank, por supuesto. Tampoco era Jonathan Randall. Aquel hombre era unos diez años más joven que el capitán, quizá de mi misma edad, con un rostro pálido pero curtido por la intemperie. Los labios tenían la misma línea cincelada, pero carecían de los rasgos de

crueldad que enmarcaban la boca del capitán.

—Vos... —dije, apartándome de él—. Vos sois...

—Alexander Randall, señora —respondió—. No creo que nos conozcamos... —dijo, con tono de duda.

—No, no nos conocemos —dije, apoyándome en Jamie. Su brazo era firme, pero su mano temblaba, así que la oculté en el pliegue de mi falda.

—Una presentación un tanto informal, ¿no es cierto? Señora... no, lady Broch Tuarach, ¿verdad? —La voz aflautada atrajo mi atención, y vi el semblante del duque de Sandringham asomando por encima del conde de Sévigny y del duque d'Orléans. Se abrió paso con su cuerpo desmañado y extendió la mano para ayudarme. Con mi mano entre las suyas, hizo una reverencia a Alexander Randall; éste fruncía el entrecejo, intrigado.

—El señor Randall es mi secretario, lady Broch Tuarach. Las Órdenes sagradas son una noble vocación, pero lamentablemente la nobleza de propósito no contribuye a pagar las cuentas, ¿verdad, Alex? —El joven se ruborizó pero inclinó la cabeza en respuesta a la presentación de su jefe. Entonces noté el sobrio traje negro y el alzacuello blanco que lo distinguían como miembro de alguna orden.

—Su gracia dice la verdad, señora. Y como es así, aprecio el empleo con la más profunda gratitud. —Una ligera rigidez de los labios al pronunciar estas palabras parecía indicar que la gratitud podría no ser tan profunda, pese a sus palabras. Lancé una mirada al duque, que había entornado los ojos y cuya expresión era impenetrable.

Esta pequeña escena se vio interrumpida por una palmada del rey convocando a dos lacayos; éstos, siguiendo la orden real, me cogieron de los brazos y me depositaron en una litera a pesar de mis protestas.

—De ninguna manera, señora —dijo el rey—. A casa, a descansar. No queremos que estéis indispuesta para el baile de mañana, ¿*non*? —Sin quitarme los ojos de encima, hizo una reverencia a Jamie, el cual había reunido suficiente valor para pronunciar un discurso de agradecimiento, y le respondió—: Quizá acepte vuestro agradecimiento, señor, si me autorizáis a bailar una pieza con vuestra encantadora esposa.

Jamie apretó los labios al oír estas palabras, pero devolvió la reverencia y dijo:

—Mi esposa comparte mi honor ante vuestra atención, majestad. —Me miró—. Si puede ir al baile, aguardará con impaciencia el momento de bailar con vuestra alteza. —Se volvió e hizo un gesto con la cabeza a los lacayos.

—A casa —ordenó.

Una vez en casa, me quité el pesado vestido y me puse una bata de seda. Encontré a Jamie sentado frente al hogar. Estaba pálido.

—Madre Sagrada —musitó—. ¡Dios querido y santos de los cielos, estuve tan cerca de matar a ese hombre! ¿Te das cuenta, Claire, de que si no te hubieras desmayado...? Jesús, tenía toda la intención de matarlo. —Se interrumpió.

—Es mejor que levantes los pies y los pongas en alto —le dije, acercándole un escabel tapizado.

—No, estoy bien ahora —dijo, rechazándolo con un ademán—. ¿Es... hermano de Jack Randall, entonces?

—Posiblemente —dije con sequedad—. No podría ser otra persona.

—Mmm. ¿Sabías que trabajaba para Sandringham?

Negué con la cabeza.

—No sabía ni sé nada de él, aparte de su nombre y que es un clérigo. Frank no estaba muy interesado en él, pues no era un antepasado directo. — El ligero temblor de mi voz al pronunciar el nombre de Frank me traicionó.

Jamie dejó la botella y se acercó. El aroma de los jardines de Versalles surgió de su camisa. Me besó y se volvió a la cama.

—Ven y descansa, Claire. Ha sido un día largo para ambos.

Yo temía que el encuentro con Alexander Randall hiciera que Jamie volviera a tener pesadillas. No sucedía con frecuencia, pero de vez en cuando notaba que se despertaba con el cuerpo tenso. Por la mañana Jack Randall y los otros demonios de la noche habían vuelto a su cajón, vencidos por la fuerza de voluntad de Jamie.

Pero se durmió en seguida, y la tensión del día abandonó su rostro.

Era una bendición yacer inmóvil. A medida que me sumergía en el sueño, desaparecían los dolores de espalda, cuello y rodillas. Pero mi mente, liberada de la tensión, volvía a representar la escena del jardín del palacio: veía la

melena oscura, la frente alta, las orejas pegadas a la cabeza y la mandíbula pronunciada, y otra vez experimentaba el reconocimiento que me inundaba el corazón de angustia y alegría a la vez. «Frank», había pensado en aquel momento. «Frank». Y fue con el rostro de Frank con el que me sumergí en el sueño.

La sala de conferencias pertenecía a la Universidad de Londres. Los asientos eran los bancos antiguos; los escritorios nuevos se reservaban para las salas de ciencias. Para las de historia bastaba con los antiguos escritorios de madera. Si la asignatura era fija y nunca iba a cambiar... ¿por qué iban a hacerlo los bancos?

—Objetos de arte —decía Frank— y objetos de uso.

Los objetos, de las colecciones del Museo Británico, estaban alineados en el borde de la mesa, los estudiantes de la primera fila podían ver las pequeñas grietas en el marfil amarillento de un ábaco francés y las manchas de tabaco que oscurecían los bordes de la pipa de arcilla; también había un perfumero inglés con tapa de oro, un tintero chapado en bronce con tapa tallada, una cuchara rota y un pequeño reloj de mármol.

Detrás de la fila de objetos había otra de miniaturas pintadas. Frank se inclinó sobre los objetos.

—Para ciertos períodos —explicó— está la historia propiamente dicha; el testimonio escrito de las personas que vivieron en aquel entonces. Para otros, sólo tenemos objetos que nos indican cómo vivía la gente.

Se puso la pipa en la boca y apretó los labios alrededor de la boquilla, llenó de aire las mejillas y levantó las cejas, cómicamente. La audiencia respondió con una risa apagada. Frank sonrió y dejó la pipa sobre la mesa.

—El arte, y los objetos de arte —extendió una mano sobre la brillante serie de objetos— es lo que vemos con más frecuencia. ¿Y por qué no? —Elegió a un muchacho de pelo castaño y de aspecto inteligente para dirigirse a él. Era una treta típica de conferenciante: elegir a un miembro de la audiencia para hablarle como si estuviera a solas con él. Un momento después, cambiar a otro. Y todo el mundo percibía el sentido de sus comentarios.

—Éstos son objetos bonitos, después de todo. —Con un dedo tocó los cisnes—. Vale la pena preservarlos. Pero ¿a quién le importaría guardar una rueda de coche gastada? —Esta vez eligió una bonita rubia con gafas, que le

sonrió y soltó una risita como respuesta.

—Sin embargo son los objetos útiles, los objetos que no constan en los documentos, los que se usan, se rompen y se tiran sin pensarlo dos veces, los que nos dicen cómo vivió el hombre común. La cantidad de estas pipas, por ejemplo, nos dice algo sobre la frecuencia y los tipos de tabaco que usaban las diferentes clases sociales, desde las altas —dio un golpecito sobre la tapa de una caja de rapé esmaltada— hasta las bajas. —El dedo se movió para acariciar la boquilla larga y recta de una pipa.

Se dirigió a una mujer de mediana edad, que escribía frenéticamente, apenas consciente de la mirada del profesor. Al sonreír unas arrugas se marcaron en su frente.

—No es necesario que tome nota de todo, señora Smith —dijo—. Después de todo, la conferencia dura una hora... su lápiz se gastará antes.

La mujer se sonrojó y dejó el lápiz, pero sonrió a la mueca amistosa de Frank. Gracias a su buen humor, la atención de todos los oyentes estaba pendiente de los pequeños destellos de los objetos. Así lo seguirían, sin aburrirse ni quejarse, a lo largo del sendero de la lógica y se adentrarían en la espesura de la discusión. La tensión de Frank se aflojó al percibir que la atención de los estudiantes se fijaba en él.

—El mejor testigo de la historia es el hombre, o la mujer, que la vivió, ¿no es verdad? Bueno, quizá. Después de todo, forma parte de la naturaleza humana poner lo mejor de uno cuando se sabe que alguien lo va a leer. La gente tiende a concentrarse en las cosas importantes y las arregla para el consumo público. Los objetos hermosos son los que se preservan más; sin embargo, las bacinillas, las cucharas y las pipas de arcilla baratas pueden decirnos más acerca de la gente que las utilizó.

»¿Y esas personas? Consideramos a los personajes históricos diferentes de nosotros, a veces casi mitológicos. Pero alguien jugó con esto —el delgado dedo índice acarició el ábaco— una dama usó esto —tocó el perfumero— poniéndose perfume detrás de las orejas, en las muñecas... ¿en qué otro sitio usan perfume las mujeres? —Alzando la cabeza bruscamente, sonrió a la muchacha rubia y regordeta de la primera fila, que se ruborizó, soltó una risita y se tocó con timidez el escote de su blusa.

—Ah, sí. Justo ahí. Pues bien, lo mismo hacía la dueña de este perfumero.

Todavía sonriendo, destapó el perfumero y se lo pasó bajo la nariz.

—¿Qué es, profesor? ¿Chanel? —Esta estudiante no era tan tímida como la otra.

Frank cerró los ojos e inhaló profundamente.

—No. Es L'Heure Bleu. Mi favorito. —Volvió a la mesa y pasó la mano sobre las miniaturas.

—Después tenemos una clase especial de objetos: retratos. Obras de arte y, al mismo tiempo, todo lo que podemos ver de las personas. Pero ¿son reales para nosotros?

Levantó un óvalo pequeño y lo mostró a la clase, mientras leía la pequeña etiqueta pegada al dorso.

—Una dama, por Nathaniel Plimer, firmado con iniciales y fechado en 1786; de cabellera castaña y rizada, con vestido rosa y cuello con volantes; de fondo el cielo nublado. —Levantó un cuadrado junto al anterior—. Un caballero, por Horace Hone, firmado con monograma y fechado en 1780; con cabellera empolvada *en queue*, vestido con chaqueta marrón, chaleco azul, chorrera de linón y una condecoración.

La miniatura mostraba a un hombre de cara redonda, con la boca fruncida en una pose típica de los retratos del siglo dieciocho.

—Conocemos a los artistas —dijo—. Ellos firmaban su trabajo, o dejaban indicios de su identidad en las técnicas y los temas que trataba. Pero ¿y sus modelos? Los vemos, y sin embargo no sabemos nada de ellos. Los peinados extraños, las ropas singulares... no nos son familiares, ¿no? Y el modo en que muchos artistas los pintaron... los rostros son parecidos: la mayoría redondos y pálidos, y no hay mucho más que se pueda decir de ellos. De vez en cuando, uno se destaca... —Cogió otro óvalo.

—Un caballero...

Alzó la miniatura, y los ojos azules de Jamie brillaron bajo la mata reluciente de cabello, peinado, trenzado y sujeto con una cinta. La nariz afilada destacaba y la boca grande parecía a punto de hablar.

—Eran personas reales —insistió la voz de Frank—. Hacían más o menos las mismas cosas que nosotros, exceptuando unos pequeños detalles como ir al cine o conducir por la autopista —se oyeron risitas— pero amaban a sus hijos, a sus esposos o esposas... bueno, a veces... —Más risas—. Una dama

de pelo castaño, frondoso y rizado hasta los hombros, y un collar de perlas. Sin fecha. Artista desconocido.

Era un espejo, no una miniatura. Mis mejillas enrojecieron, y mis labios temblaron cuando el dedo de Frank trazó con suavidad la línea de mi mandíbula y la graciosa línea de mi cuello. Las lágrimas me inundaron los ojos y cayeron por mis mejillas al oír su voz. Frank dejó la miniatura en la mesa. Miré hacia arriba.

—Sin fecha. Autor desconocido. Pero alguna vez... alguna vez, fue real.

Tenía dificultad en respirar. Al principio pensé que me estaba ahogando el vidrio que cubría la miniatura. Pero lo que me apretaba la nariz era blando y húmedo, y torcí la cabeza. Entonces me desperté, sintiendo la almohada mojada por mis propias lágrimas. La mano grande y tibia de Jamie me sacudía con suavidad.

—¡Tranquila, Claire! Estabas soñando. Estoy aquí.

Volví el rostro hacia su hombro, sintiendo cómo se deslizaban las lágrimas entre mi mejilla y su piel. Me aferré a su solidez, y los pequeños ruidos de la casa de París llegaron a mis oídos, llevándome de regreso a mi vida actual.

—Lo siento —susurré—. Estaba soñando con... con...

Me dio una palmadita en la espalda y buscó un pañuelo bajo la almohada.

—Lo sé. Estabas diciendo su nombre.

Apoyé la cabeza sobre su hombro.

—Lo siento —volví a decir.

Él resopló. No alcanzó a ser una risa.

—Bien, no te diré que no estoy celoso —dijo con cierta tristeza— porque lo estoy. Pero no puedo prohibirte que sueñes. Ni que llores. —Con el dedo siguió el rastro húmedo sobre una mejilla, luego lo secó con el pañuelo.

—¿No?

Vi su sonrisa en la penumbra.

—No. Tú lo amabas. No puedo reprocharte que lo eches de menos. Y me da cierto consuelo saber... —Vaciló. Alcé la mano para quitarle el pelo enmarañado de la cara.

—¿Saber qué?

—Que de ser necesario, también podrías echarme de menos de la misma

manera —respondió en voz baja.

Apreté la cara contra su pecho.

—A ti no te echaré de menos, porque no será necesario. No te perderé. ¡Nunca! No temes que yo pueda volver, ¿verdad? No creerías que porque... pienso en Frank...

—No. —Su respuesta fue inmediata, tan posesiva como sus brazos a mi alrededor.

—No —repitió—. Estamos unidos, tú y yo, y no hay nada en la tierra que pueda separarme de ti. —Me acarició el pelo—. ¿Recuerdas el juramento de sangre que pronuncié cuando nos casamos?

—Sí, creo que sí. «Sangre de mi sangre, hueso de mi hueso...».

—Te entrego mi cuerpo, para que seamos uno —terminó diciendo Jamie—. Si, y he mantenido ese juramento, *Sassenach*, y tú también. —Me dio la vuelta y con una mano cubrió mi vientre abultado.

—Sangre de mi sangre —repitió— y hueso de mi hueso. Me llevas dentro de ti, Claire; ahora no puedes abandonarme, pase lo que pase. Eres mía para siempre, quieras o no, me ames o no. Mía, y no te dejaré ir.

Puse una mano sobre la suya, apretándola contra mí.

—No —dije—, ni podrás dejarme tú.

—No —dijo él, sonriendo a medias—. Porque también he cumplido mi parte final del juramento.

—Porque te entrego mi espíritu, hasta que la muerte nos separe.

*Ocupaciones útiles*

—¿Quién es ese hombrecillo tan extraño? —pregunté a Jamie. El hombre en cuestión avanzaba entre los grupos de invitados en el salón principal de la casa de los Rohan. Hacía una pausa para estudiar al grupo y luego encogía los huesudos hombros y seguía andando, o se colocaba frente a un hombre o una mujer, llevaba algo a la cara de éstos y pronunciaba alguna orden. En todo caso, sus actos causaban considerable hilaridad.

Antes de que Jamie pudiera contestar, el hombre, un espécimen enjuto vestido de sarga gris, nos vio, y se le iluminó el semblante. Se abalanzó sobre Jamie como un ave de presa que le desciende sobre un conejo.

—Cantad —ordenó.

—¿Cómo? —Jamie parpadeó ante la pequeña figura, alhelado.

—He dicho que cantéis —respondió el hombrecillo—. Con una caja de resonancia como ésta, vuestra voz debe de ser formidable.

—Ya lo creo —dije—. Se le puede oír en tres manzanas a la redonda cuando está enfadado.

Jamie me lanzó una mirada fulminante. El hombrecillo caminaba alrededor de él, midiendo el ancho de su espalda y golpeándolo.

—No sé cantar —dijo.

—Tonterías. Por supuesto que sabéis. Seguro que tenéis una buena voz de barítono —dijo el hombrecillo—. Excelente. Justo lo que necesitamos. Os

echaré una mano. Tratad de imitar este tono.

Extrajo hábilmente un pequeño diapasón del bolsillo, lo golpeó contra una columna y lo acercó al oído izquierdo de Jamie.

Jamie puso los ojos en blanco, pero se encogió de hombros y obedeció. El hombrecillo se apartó como si le hubieran disparado.

—¡No! —dijo, sin poder creerlo.

—Me temo que así es —dije—. No sabe cantar.

El hombrecillo miró de reojo a Jamie, después volvió a golpear y lo sostuvo, como invitándolo.

—Otra vez —lo incitó—. Limitaos a escucharlo y dejad que salga el mismo sonido.

Paciente como nunca, Jamie escuchó el *la* del diapasón, y emitió *mi* bemol y *re* sostenido.

—No es posible —dijo el hombrecillo, con profunda desilusión—. Nadie puede ser tan disonante, ni siquiera haciéndolo a propósito.

—Yo sí —dijo Jamie alegremente, e hizo una cortés reverencia. Entonces se había juntado una pequeña multitud de curiosos a nuestro alrededor. Louise de Rohan era una gran anfitriona, y sus salones atraían a la crema de la sociedad parisina.

—Sí, él puede serlo —aseguré a nuestro visitante—. No tiene oído musical, ¿os dais cuenta?

—Sí, claro que me doy cuenta —dijo el hombrecillo, muy deprimido. Entonces empezó a mirarme.

—¡A mí no! —exclamé, riendo.

—¿También carecéis de oído musical, *Madame*? —Comenzó a acercarse a mí.

—Aguardad un momento —dije—. ¿Quién sois?

—Es *Herr* Johannes Gerstmann, *Sassenach*. —Con expresión divertida, Jamie se inclinó ante el hombrecillo—. El maestro de canto del Rey. Os presento a mi esposa, lady Broch Tuarach, *Herr* Gerstmann. —Jamie ya conocía a todos los miembros de la corte, hasta al más insignificante.

Johannes Gerstmann. Eso explicaba el acento que había detectado bajo la formalidad del francés de la corte.

—Estoy reuniendo un pequeño coro —me explicó el pequeño maestro—.

No es necesario que tengáis la voz educada, pero debe ser fuerte y pura. — Miró desilusionado a Jamie, quien se limitó a sonreírle en respuesta. Le quitó el diapasón a *Herr Gerstmann* y lo apuntó hacia mí.

—Ah, está bien —dije, y canté.

Lo que oyó pareció alentar a *Herr Gerstmann*, pues guardó el diapasón y me miró con interés. Su peluca le quedaba un poco grande y se le deslizaba hacia un lado cuando asentía.

—Excelente tono, *Madame*. Muy, muy bonito. ¿Conocéis quizá *Le Papillon*? —Entonó algunos compases.

—La he oído —respondí—. La melodía. No sé la letra.

—¡Ah! No es difícil, *Madame*. El coro es simple; así...

Cogiéndome del brazo y sin dejar de tararear en mi oído como un moscardón demente; me llevó hacia una habitación en la que sonaba un clavicordio.

Jamie se limitó a sonreír y alzó su copa de clarete a modo de despedida antes de volverse para reanudar la conversación con *Monsieur Duverney*, hijo del ministro de Finanzas.

La casa de los Rohan estaba iluminada por faroles. Mientras *Herr Gerstmann* me llevaba, veía sirvientes que entraban y salían de los salones, disponiendo la cena. La mayor parte de las reuniones en los «salones» eran pequeñas e íntimas, pero la princesa Louise de La Tour de Rohan tenía una personalidad expansiva.

La había conocido la semana anterior, en otra fiesta, y me había sorprendido un tanto. Regordeta, y más bien fea, tenía la cara redonda, los ojos azules claro, sin pestañas, y un lunar pintado en forma de estrella. ¿Era aquélla la dama que había incitado al príncipe Carlos a olvidar los dictados del decoro?, pensé, haciendo una reverencia en la fila de recibo.

Sin embargo, era dueña de una vivacidad contagiosa y de una encantadora boca rosada. De hecho, la boca era su rasgo más atractivo.

—¡Encantada! —había exclamado—. ¡Estoy encantada de conoceros por fin! Tanto mi marido como mi padre han hablado bien de milord Broch Tuarach, pero nunca han dicho nada de su esposa. Me alegro mucho de que haya venido. ¿Debo decir Broch Tuarach, o sólo bastará con que diga lady Tuarach? No estoy segura de poder recordarlo... ¿es escocés? ¡Qué

maravilla!

En realidad, Broch Tuarach significaba «torre que da al norte», pero si ella quería llamarme «lady que da al norte», a mí me daba lo mismo. De hecho, pronto se olvidó de todo para llamarme simplemente *ma chère Claire*.

Louise estaba con un grupo de cantantes en la sala de música, conversando y riendo. Cuando me vio, atravesó el salón.

—¡*Ma chère Claire!* —exclamó—. ¡Llegas justo a tiempo! ¡Venga, tienes que hablar con esta inglesita en mi lugar!

La «inglesita» era muy joven, de no más de quince años, con oscuros bucles brillantes y estaba muy ruborizada. Fueron las mejillas las que me hicieron recordar que la había visto en los jardines de Versalles, justo antes de la aparición de Alexander Randall.

—*Madame* Fraser también es inglesa —le estaba explicando Louise a la joven—. Pronto te hará sentir como en casa. Es muy tímida —dijo—. Habla con ella. Convéncela de que cante con nosotros. Me han asegurado que tiene una voz preciosa. Muy bien, *mes enfants*, ¡a divertirse! —Y con unas palmaditas, se marchó al otro extremo del salón, lanzando exclamaciones, adulando, maravillándose ante el vestido de una recién llegada, haciendo una pausa para acariciar al joven ligeramente obeso sentado ante el clavicordio, enroscándole los bucles mientras charlaba con el duque de Castellotti.

—Cansa el sólo mirarla, ¿verdad? —dije en inglés a la niña. Una sonrisa diminuta apareció en sus labios y movió la cabeza un poco, pero no habló. Pensé que la ocasión era abrumadora; la fiesta de Louise me mareaba incluso a mí y la pobre parecía recién salida de la escuela.

—Soy Claire Fraser —le dije—, pero Louise no me ha dicho tu nombre. —Hice una pausa para invitarla a que me lo dijera, pero no respondió. Se puso más colorada aún, apretó los labios y cerró los puños a ambos lados de su cuerpo. Me alarmó un tanto su aspecto, hasta que por fin apeló a toda su voluntad para poder hablar. Inspiró hondo y alzó la barbilla como quien se dispone a subir a la horca.

—M-m-mi nombre es... M-M-M —empezó a decir, y de inmediato comprendí la razón de su dolorosa timidez. Cerró los ojos, mordiéndose el labio inferior, luego volvió a abrirlos, para intentarlo otra vez—. M-Mary Hawkins —logró decir por fin—. Y no sé cantar —añadió.

Si antes me había parecido interesante, entonces la encontré fascinante. ¡De modo que aquélla era la sobrina de Silas Hawkins, la hija del *baronet*, la prometida del vizconde de Marigny! Miré a mi alrededor para ver si estaba el vizconde, y con alivio comprobé que no.

—No te preocupes —le dije, poniéndome delante de ella para protegerla de la oleada de gente que llenaba la sala de música—. No tienes que hablar, si no quieres, aunque quizá convendría que intentaras cantar —dije, pues se me acababa de ocurrir una idea—. Una vez conocí a un médico especializado en el tratamiento de la tartamudez; decía que las personas que tartamudean no lo hacen cuando cantan.

Mary Hawkins abrió los ojos, sorprendida. Miré a mi alrededor y vi una alcoba cuyo cortinaje ocultaba un cómodo banco.

—Ven —le dije—. Puedes sentarte aquí, así no tendrás que hablar con nadie. Si quieres cantar, puedes salir cuando empecemos; de lo contrario, puedes quedarte aquí hasta que termine la fiesta. —Me miró un momento, luego me sonrió, agradecida, y entró en la alcoba.

Me quedé cerca, conversando con los que pasaban para impedir que la molestara algún curioso.

—Estás muy guapa esta noche, *ma chère!* —Era *Madame* de Ramage, una de las damas de la reina. Una mujer mayor, majestuosa, que había asistido a las cenas de la Rue Tremoulins un par de veces. Me abrazó con afecto, luego se aseguró que nadie nos observaba.

—Tenía la esperanza de verte aquí, querida —dijo, acercándose y bajando la voz. Quería aconsejarte que te cuides del conde de St. Germain.

Volviéndome a medias en dirección a su mirada, vi que el hombre de rostro delgado de los muelles de Le Havre entraba del brazo de una mujer joven y elegante. Aparentemente no me había visto. Me volví rápidamente a *Madame* de Ramage.

—¿Qué... él ha... quiero decir...? —La aparición del conde me turbó hasta el punto de que me ruboricé intensamente.

—Pues sí, ha hablado de ti —dijo *Madame* de Ramage, ayudándome a salir de mi confusión—. Entiendo que tuvisteis un pequeño problema en Le Havre, ¿no?

—Algo así —respondí—. No hice más que detectar un caso de viruela,

pero eso trajo como consecuencia la destrucción de su embarcación, lo cual no pareció gustarle —dijo débilmente.

—Ah, fue eso. —*Madame* de Ramage parecía contenta. Supuse que el saber aquello le daría alguna ventaja en el comercio de habladurías de París.

—Dice que eres bruja —dijo—. Claro que nadie le cree. Se sabe que si hay alguien implicado en brujerías es él mismo.

—¿De veras? —Quería preguntarle qué quería decir, pero entonces apareció *Herr* Gerstmann batiendo palmas.

—¡Vamos, vamos, señoras! —dijo—. ¡El canto va a comenzar!

Cuando el coro se reunió alrededor del clavicordio, miré la alcoba donde había dejado a Mary Hawkins. Me pareció ver que se movía el cortinaje, pero no estaba segura. Y cuando empezó la música creí oír una voz de soprano clara y potente que provenía de la alcoba, pero tampoco podría asegurarlo.

—Muy bonito, *Sassenach* —dijo Jamie cuando volví con él.

—¿Y cómo lo sabes —dije—, si no sabes diferenciar una canción de otra?

—Bueno, de todos modos, cantaste alto —replicó—. Oí cada palabra. — Vi que se ponía rígido y me giré para ver qué miraba.

La mujer que acababa de entrar era mucho más pequeña que Jamie; tenía manos y pies de muñeca, cejas delicadas y ojos negrísimo. Su modo de andar parecía un remedo de su propia delicadeza: más que caminar, parecía flotar.

—Ahí está Annalise de Marillac —dije—. ¿No es guapa?

—Ah, sí. —Algo en su voz me hizo mirarlo. Tenía los lóbulos de las orejas colorados.

—Creí que habías pasado esos años en Francia luchando, no haciendo conquistas amorosas —dije.

Jamie se rió, lo cual me sorprendió. La mujer lo oyó y se volvió hacia nosotros. Una sonrisa iluminó su rostro al ver a Jamie. Iba hacia nosotros, pero la distrajo un caballero elegantísimo que puso una mano sobre su frágil brazo. Annalise desplegó su abanico con gesto coqueto mirando a Jamie, antes de dedicar toda su atención a su nuevo compañero.

—¿Qué es lo que te parece tan gracioso? —pregunté.

De repente se dio cuenta de mi presencia, y sonrió.

—Ah nada, *Sassenach*. Lo que dijiste acerca de luchar. Me batí en duelo por Annalise de Marillac. Tenía dieciocho años.

El tono de su voz era nostálgico; observaba la cabeza oscura alejarse, rodeada siempre por grupos de pelucas blancas y algún que otro peluquín.

—¿Un duelo? ¿Con quién? —pregunté mirando en derredor.

—Ah, no está aquí —dijo Jamie—. Está muerto.

—¿Lo mataste tú? —Agitada, hablé más alto de lo que quería... Jamie me llevó hacia la terraza más cercana.

—Cuida tu voz, *Sassenach* —dijo—. No, no lo maté yo. Aunque quería hacerlo —añadió con tristeza—. Murió hace dos años de una infección en la garganta. Me lo dijo Jared.

—Cuéntame lo que pasó —le dije después de que nos hubimos alejado de los grupos de la terraza.

—Muy bien —dijo—. Habrás visto que Annalise es muy guapa.

—¿De veras? Pues, si tú lo dices... —respondí con dulzura.

—Pues sí. Yo no era el único joven que así lo creía, ni el único en perder la cabeza por ella. Caminaba como en trance, pensando en ella. La esperaba en la calle, con la esperanza de verla subir al carruaje. Hasta me olvidaba de comer.

—¿Te olvidabas de comer? Cristo Santo, ¡sí que estabas mal!

Jamie rió.

—Ah, sí. Pero lo peor fue cuando ella empezó a flirtear con Charles Gauloise. Te diré —añadió— que Annalise flirteaba con todos, pero a él lo eligió como compañero de cena demasiadas veces para mi gusto, bailaba con él en las fiestas y... en resumen, *Sassenach*, una vez lo sorprendí besándola a la luz de la luna en la terraza de su casa. Entonces lo desafié a un duelo. En aquella época los duelos eran ilegales en París, igual que ahora. Claro que había lugares adonde ir. Suya era la elección y escogió el Bois de Boulogne. Cerca del camino de los Siete Santos, pero oculto por un grupo de robles. Él también tenía derecho a elegir el arma, y aunque yo esperaba que fueran pistolas, él prefirió espadas.

—¿Por qué lo haría? Debías de tener una ventaja de quince centímetros o más sobre él.

—¿Por qué eligió la espada? Porque la sabía usar muy bien. Quizá temía que lo matara por error con una pistola, y además sabía que yo quedaría satisfecho con sacarle sangre. No era mi intención matarlo, ¿sabes? —explicó—. Sólo humillarlo. Y él lo sabía. No era ningún estúpido.

—¿Y lo humillaste?

—Bueno, por lo menos lo herí. Había aprendido esgrima con Le-Jeune, uno de los mejores espadachines de Francia —dijo—. Era como luchar con una maldita pulga. Además, luché con la derecha. En mitad de la lucha se me soltó el pelo —continuó—. La cinta que lo sujetaba se rompió y el viento me lo echaba en los ojos, así que lo único que veía era la pequeña silueta blanca de Charles moviéndose de aquí para allá como un pez. Y así fue como lo vencí finalmente: como se atraviesa a un pez con un puñal. Lanzó un grito como si lo hubiese atravesado de lado a lado, aunque yo sabía que apenas lo había pinchado en un brazo. Por fin me quité el pelo de la cara y miré a sus espaldas: vi a Annalise, con los ojos abiertos. Así que envainé mi espada, me alisé el pelo y me quedé quieto... supongo que esperaba que ella corriera a echarse en mis brazos.

—Humm. ¿Y no lo hizo? —pregunté con delicadeza.

—Yo no conocía a las mujeres —dijo—. No, fue y se arrojó en brazos de él, por supuesto. Un mes después se casaron. —De repente se encogió de hombros, con una sonrisa triste—. Me destrozó el corazón. Volví a Escocia y estuve deprimido durante semanas, hasta que mi padre perdió la paciencia conmigo. Incluso pensé en convertirme en monje. Una noche le dije a mi padre que tal vez iría a la abadía y me haría monje.

Me eché a reír ante la idea.

—No habrías tenido dificultad con el voto de pobreza; pero el de castidad y el de obediencia te habrían costado un poco más. ¿Y qué dijo tu padre?

—Estaba comiendo sopa. Dejó a un lado la cuchara y me miró un momento. Después suspiró, sacudió la cabeza y dijo: «Hoy he tenido un día muy duro, Jamie». Después volvió a coger la cuchara y siguió comiendo. Nunca volví a mencionar el tema... Ah, sí, una muchacha muy bonita, Annalise de Marillac. Ligera como el viento, y tan pequeña que daban ganas de guardártela dentro de la camisa y llevarla como un gatito.

Permanecí en silencio, escuchando la música que salía por las ventanas

abiertas y contemplando la brillante zapatilla de satén que envolvía mi pie del número cuarenta.

Un momento después Jamie se dio cuenta de mi silencio.

—¿Qué sucede, *Sassenach*? —preguntó, apoyando una mano sobre mi brazo.

—No, nada —respondí—. Sólo pensaba que dudo que nadie me describa nunca como «ligera como el viento».

—Bueno, te diré, *Sassenach*, tal vez ligera no sea la primera palabra que se le ocurre a uno al pensar en ti —dijo—. Pero puedo hablar contigo como con mi propia alma. Además, tu rostro es mi corazón.

—Entonces ya has aprendido bastante de mujeres.

—Lo más importante que he aprendido sobre mujeres es cuál elegir. ¿Me concedéis esta pieza?

Pasé la tarde siguiente en casa de los d'Arbanville, donde volví a encontrar al maestro de canto del rey. Esta vez tuvimos tiempo para conversar. Se lo conté a Jamie después de la cena.

—¿Qué has dicho? —Jamie me miró de reojo, como sospechando que le estaba gastando una broma.

—Que *Herr* Gerstmann quiere presentarme a una amiga suya, la madre Hildegarde, que está a cargo de L'Hôpital des Anges. Ese hospital de caridad que hay cerca de la ciudad.

—Ya sé dónde está —dijo Jamie sin entusiasmo.

—Tenía la garganta irritada, y le aconsejé algo para tomar. Hablé de remedios, le dije que me interesaban las enfermedades y, sabes, una cosa lleva a la otra.

—Contigo siempre es así —convino con cierto cinismo.

—De modo que iré al hospital mañana. —Me puse de puntillas para alcanzar la caja de remedios—. Creo que no la llevaré la primera vez —dije mientras revisaba su contenido—. Parecería que quiero imponerme, ¿no crees?

—¿Imponerte? ¿Vas a visitar el lugar, o a mudarte?

—Bueno —dije. Respiré hondo—. Pensé que... tal vez podría trabajar allí. *Herr* Gerstmann dice que todos los médicos y enfermeras van allí a

donar su tiempo. La mayoría no va todos los días, pero yo tengo mucho tiempo, de modo que podría...

—¿Mucho tiempo?

—Deja de repetir todo lo que digo —dije—. Sí, mucho tiempo. Sé que es importante ir a los salones y a las cenas y todo eso, pero no me ocupa todo el día. Podría...

—¡*Sassenach*, estás embarazada! ¡No querrás ir a cuidar pordioseros y criminales!

—No lo había olvidado. Todavía no se nota; con un vestido suelto puedo disimularlo algún tiempo. Y excepto las náuseas matinales estoy bien; no hay razón por la que no pueda trabajar durante algunos meses.

—¡Ninguna, excepto que no lo permitiré! —Como no esperábamos visitas aquella noche, se había abierto la camisa al llegar a casa. Vi cómo empezaba a enrojecer.

—Jamie —dije—, sabes lo que soy.

—¡Eres mi esposa!

—Eso también. Soy enfermera, Jamie. Curandera. Lo sabes.

Enrojeció intensamente.

—Sí, así es. ¿Y porque me curaste cuando estuve herido, debo pensar que está bien que atiendas a mendigos y prostitutas? *Sassenach*, ¿no sabes qué clase de personas van a L'Hôpital des Anges?

—¿Y qué diferencia hay?

—¡Podrías contraer una enfermedad contagiosa! Ten al menos consideración por tu hijo, ya que no la tienes por mí.

—¿Qué clase de persona crees que soy? ¿Una irresponsable?

—¡La clase de persona que abandona a su marido para ir a jugar con la escoria! —dijo—. Ya que lo preguntas.

—¿Abandonarte? ¿Es abandonarte el tratar de hacer algo útil, en vez de perder el tiempo en el salón d'Arbanville, viendo cómo se atiborra de pasteles Louise de Rohan, escuchando poemas y músicas horribles?

—¿No es hacer algo útil cuidar tu propia casa? ¿Estar casada conmigo?

—A otro con ese cuento —repliqué—. ¿Acaso es suficiente ocupación para ti estar casado conmigo? No veo que estés todo el día en casa. Y con respecto a la casa, no digas tonterías.

—¿Tonterías? ¿Qué son tonterías? —inquirió.

—Idioteces. En otras palabras, no seas ridículo. *Madame* Vionnet se ocupa de todo, y lo hace mucho mejor que yo.

Era tan evidente que decía la verdad que durante un momento no dijo nada. Me fulminó con la mirada, moviendo la mandíbula.

—¿Ah, sí? ¿Y si te prohíbo ir?

—¿Me lo prohíbes?

—No —respondió—. No te lo prohíbo. —Su voz tembló un poco—. Pero ¿y si te pido que no lo hagas?

—No sé —dije por fin.

Él respiró hondo, y dejó salir el aire lentamente.

—¿Quieres pensarlo, Claire? —Sentía que me miraba. Después de lo que pareció mucho tiempo, asentí.

—Lo pensaré.

—Bien.

—Jamie, no he querido molestarte.

—Yo tampoco quería pelear contigo. Supongo que tengo mal genio y que soy demasiado susceptible.

—Has trabajado mucho —dije para calmarlo, siguiéndolo.

—No es eso. —Sacudió la cabeza, y se estiró para abrir el libro mayor que se encontraba en el centro del escritorio.

—El negocio del vino va bien. Es mucho trabajo, sí, pero no me importa. Es lo otro.

—Señaló un montón de cartas del abad Alexander, del conde de Mar y de otros jacobitas prominentes. Todas llenas de preguntas encubiertas, vagas promesas y expectativas contradictorias.

—¡Me siento como si estuviera luchando contra plumas! —Exclamó—. Podría luchar contra algo real, algo concreto. Pero esto... —Cogió un puñado de cartas y las lanzó hacia arriba. Los papeles fueron de un lado a otro, metiéndose debajo de los muebles y cayendo sobre la alfombra.

—No hay nada concreto —dijo—. Puedo hablar con mil personas, escribir cientos de cartas, beber con Carlos hasta morir, y nunca sabré si avanzo o no.

Dejé las cartas en el suelo; ya las recogería algún criado.

—Jamie —dije—. Lo único que podemos hacer es intentarlo.

Sonrió débilmente.

—Sí. Me alegro que hayas dicho «podemos», *Sassenach*. Es que a veces me siento tan solo...

—Sabes que no te dejaría solo —dije—. Después de todo, yo te metí en esto.

Sentí la pequeña vibración de su risa en mi mejilla.

—Sí. No voy a echártelo en cara, *Sassenach*. —Se volvió, se inclinó y me besó en la frente—. Pareces cansada, *mo duinne*. Sube a la cama. Tengo que hacer un trabajo, pero pronto iré contigo.

—Está bien. —Me sentía muy cansada, aunque la somnolencia de los primeros meses del embarazo estaba desapareciendo para dar lugar a una nueva energía. Comenzaba a estar más alerta durante el día y deseaba más actividad.

Me detuve en la puerta al salir. Jamie todavía estaba junto al escritorio, mirando las páginas del libro mayor.

—¿Jamie? —dije.

—¿Sí?

—Con respecto al hospital... dije que lo pensaría. Piénsalo tú también, ¿eh?

Volvió la cabeza. Después sonrió, y asintió.

—Voy en seguida, *Sassenach* —dijo.

\* \* \*

Aún caía la nieve y el fuerte viento soplaba haciendo que el dormitorio pareciera más cómodo que nunca. La cama era un oasis de calor, y con Jamie dentro, una verdadera estufa.

Me acarició el estómago con su mano.

—No; ahí. Tienes que apretar un poco más fuerte. —Cogí su mano y presioné los dedos hacia abajo.

—Puedo sentirlo —murmuró—. Está ahí. —Sonrió y levantó la mirada hacia mí—. ¿Sientes que se mueve?

—Todavía no. Dentro de un mes o dos, creo, por lo que dijo tu hermana Jenny.

—Hum —dijo, besando el pequeño bulto—. ¿Qué te parece Dalhousie, *Sassenach*?

—¿Cómo que qué me parece Dalhousie? —pregunté.

—Bueno, como nombre —dijo. Me dio una palmadita en el estómago—. El bebé va a necesitar un nombre.

—Es cierto —respondí—. Pero ¿qué te hace pensar que va a ser varón? Bien podría ser mujer.

—Ah, sí, es cierto —admitió—. Pero ¿por qué no empezar con nombres de varones? Podríamos llamarlo como el tío que te crió.

—Hum. —Fruncí el entrecejo, mirando mi vientre. Por más cariño que le tuviera a mi tío Lamb, no quería que un pobre niño tuviera que llevar el nombre de Lambert o Quentin—. No, creo que no. Y tampoco me gustaría llamarlo como ninguno de tus tíos.

Jamie acarició mi estómago mientras pensaba.

—¿Cómo se llamaba tu padre, *Sassenach*?

Tuve que pensar antes de responder.

—Henry —contesté—. Henry Montmorency Beauchamp. Jamie, no quiero tener un hijo que se llame Montmorency Fraser. Tampoco me gusta Henry, aunque suena mejor que Lambert. ¿Qué te parece William —sugerí —, como tu hermano? —Su hermano mayor, había muerto de niño, pero Jamie lo recordaba con mucho afecto.

Su frente se arrugó.

—Hum. Sí, tal vez. O podríamos ponerle...

—James —dijo una voz hueca y sepulcral por la chimenea.

—¿Qué? —dije, incorporándome en la cama.

—James —dijo la chimenea, impaciente—. ¡James, James!

—¡Por los clavos de Cristo! —dijo Jamie, mirando las llamas que ardían en el hogar. Se sentó, inmovilizado. Después se le ocurrió algo, saltó de la cama y fue hasta la ventana.

La abrió de un golpe, dejando entrar el aire gélido, y asomó la cabeza en la oscuridad. Oí un grito ahogado, y luego el ruido de algo que se arrastraba por la pizarra del techo. Jamie se asomó más, poniéndose de puntillas y luego

retrocedió despacio hacia el interior del dormitorio, mojado y respirando con dificultad por el esfuerzo. Arrastrando por el cuello a un apuesto muchacho de ropa oscura, totalmente empapado, con una mano envuelta en un trapo ensangrentado.

El visitante tropezó con el alféizar de la ventana y cayó de bruces al suelo. Se levantó en seguida, y me saludó con una inclinación de cabeza, quitándose el sombrero.

—*Madame*, —dijo, en un mal francés—. Os pido disculpas por llegar sin ceremonia. Sé que soy un intruso, pero acudo a mi amigo James a esta hora tan poco propicia por razones de fuerza mayor.

Era un muchacho robusto, bien parecido, de pelo castaño y rizado; sus mejillas estaban rojas por el frío y el esfuerzo. La nariz le goteaba un poco, y se la limpió con el dorso de la mano vendada.

Jamie se inclinó cortésmente ante el visitante.

—Mi casa está a vuestro servicio, alteza —dijo, observando el desaliño de nuestro visitante. Tenía el corbatín desatado, la camisa a medio abrochar y la bragueta abierta. Vi que Jamie fruncía el entrecejo. Se interpuso entre mis ojos y el muchacho para protegerme.

—¿Puedo presentaros a mi esposa, alteza? Claire, lady Broch Tuarach. Claire, te presento a su alteza, el príncipe Carlos, hijo del rey Jacobo de Escocia.

—Ya me lo había imaginado —dije—. Buenas noches, alteza —dije, inclinando la cabeza y cubriéndome con la sábana. Supuse que, dadas las circunstancias, podía ser eximida de la tradicional reverencia.

El príncipe aprovechó la larga presentación de Jamie para arreglarse los pantalones y me devolvió la inclinación de cabeza imbuido de nuevo de su dignidad real.

—Es un placer, *Madame* —dijo, y volvió a inclinar la cabeza con mayor elegancia. Se enderezó y se quedó en el mismo lugar, dando vueltas al sombrero. Jamie, vestido sólo con su camisa, me miró a mí, luego a Carlos. Ninguno de los dos sabía qué decir.

—Bien —dije—. ¿Habéis tenido un accidente, alteza? —Miré la mano que llevaba envuelta.

—Sí —respondió—. Ah... no. Quiero decir que no es nada, señora. —Se

puso colorado al mirarse la mano. Su manera de hablar era extraña, entre turbada y airada. Sin embargo, vi que la mancha de sangre se extendía y bajé de la cama, buscando mi bata.

—Será mejor que me dejéis verla —dije.

La herida, que el príncipe me mostró sin muchas ganas, no era seria, pero sí extraña.

—Parece la mordedura de un animal —dije con incredulidad, mientras tocaba el pequeño semicírculo de heridas punzantes que tenía entre el pulgar y el índice. El príncipe Carlos dio un respingo cuando apreté la carne que rodeaba la herida.

—Sí —dijo—. Una mordedura de mono. ¡Una bestia asquerosa, llena de pulgas! —exclamó—. Le dije que debía librarse de ese animal. ¡Sin duda ese mono está enfermo!

Busqué mi botiquín y le apliqué un poco de unguento de genciana.

—No debéis preocuparos —dije, concentrada en mi tarea—. Es decir, si el animal no tenía rabia.

—¿Rabioso? —Se puso pálido—. ¿Creéis que podría estarlo? —Era evidente que no sabía lo que significaba «rabioso», pero no quería saber nada del asunto.

—Todo es posible —respondí. Sorprendida por su aparición repentina, se me estaba ocurriendo que muchas personas se ahorrarían problemas si aquel joven sucumbiera graciosamente a una enfermedad rápida y mortal. Aun así, no podía desear que contrajese gangrena, ni rabia, y le vendé la mano cuidadosamente.

Él sonrió, volvió a inclinar la cabeza y me dio las gracias en una mezcla de francés e italiano. Mientras seguía disculpándose efusivamente por su inoportuna visita, Jamie, que se había puesto una falda, lo condujo al piso superior para invitarlo a una copa.

El frío de la habitación había atravesado mi bata y mi camisón, de modo que volví de inmediato a la cama y me cubrí con el edredón hasta la barbilla. De modo que aquél era nuestro príncipe. Parecía muy joven, mucho más que Jamie, aunque yo sabía que Jamie sólo le llevaba uno o dos años. Su alteza, a pesar de su desaliño, poseía encanto y dignidad. ¿Sería suficiente para llevarlo a Escocia, al frente del ejército de la restauración? Me pregunté qué

estaría haciendo el heredero del trono escocés vagando por los techos parisinos en mitad de la noche, con una herida por mordedura de mono en la mano.

La pregunta todavía flotaba en mi mente cuando Jamie me despertó al entrar en la cama y plantar sus pies helados en mis piernas.

—No grites así o despertarás a los sirvientes.

—¿Qué demonios hacía Carlos Estuardo por los tejados con un mono? —pregunté—. Y quítame esos cubos de hielo de encima.

—Visitar a su amante —resumió Jamie—. Está bien, está bien. —Quitó los pies y me abrazó; tiritaba cuando me giré.

—¿Tiene una amante? ¿Quién? —Estimulada por el frío y el escándalo, me estaba despertando rápidamente.

—Louise de La Tour —explicó ante mi insistencia. Su nariz parecía larga y más fina de lo normal. Tener una amante no estaba bien para aquel escocés católico, aunque aceptaba el hecho de que la realeza tuviera ciertos privilegios en ese sentido. Pero la princesa Louise de La Tour estaba casada. Y, realeza o no, tener a una mujer casada por amante era francamente inmoral, por mucho que primo Jared también lo hiciera.

—¡Ja! —exclamé con satisfacción—. ¡Lo sabía!

—Dice que está enamorado de ella —dijo—. E insiste que ella también lo está, y en que ella le ha sido fiel estos últimos tres meses. ¡Bah!

—Pues son cosas que pasan —dije, divertida—. ¿De modo que la estaba visitando? Pero ¿cómo terminó en el tejado? ¿Te lo dijo?

—Sí, me lo dijo.

Fortalecido con el mejor oporto añejo de Jared, Carlos se había sincerado. Aquella noche la fuerza de su amor había sido puesta a prueba, según Carlos, por la devoción que su enamorada profesaba a su mascota, un mono de muy mal genio que odiaba a Carlos y contaba con medios efectivos para expresar sus opiniones. A modo de burla, el príncipe había chasqueado los dedos bajo la nariz del mono y había recibido un gran mordisco en la mano, y después los duros reproches de su amante. La pareja discutió acaloradamente, hasta que Louise, Princesse de Rohan, terminó ordenando a Carlos que se marchara. Éste dijo que eso precisamente iba a hacer y añadió que jamás regresaría.

Pero el regreso del marido, que se instaló cómodamente en la antesala a beber coñac, retrasó su partida.

—No quería quedarse con su dama —dijo Jamie— pero tampoco podía salir por la puerta, así que se quitó el cinturón y saltó al tejado. Llegó casi hasta la calle, dijo, por las tuberías de desagüe, pero lo descubrió un guardia y tuvo que regresar. Paso un rato sorteando chimeneas y saltando por tejados mojados, hasta que se acordó de que nuestra casa estaba cerca, y los tejados lo suficientemente cerca para saltar sobre ellos.

—Hum —dije, sintiendo que se me volvían a calentar los pies—. ¿Lo enviaste a su casa en un carruaje?

—No, se llevó uno de los caballos.

—Si estuvo bebiendo el oporto de Jared, espero que ambos lleguen a salvo a Montmartre —señalé—. Es un largo camino.

—Será un viaje frío y húmedo, sin duda —dijo Jamie, con la satisfacción de un hombre virtuosamente arropado en una cama cálida con su esposa legal. Sopló la vela y me acercó aún más a su pecho.

—Se lo tiene bien merecido —murmuró—. Un hombre debe estar casado.

Los sirvientes se levantaron antes del amanecer para hacer los preparativos de la cena a que estaba invitado *Monsieur Duverney*.

—No sé para que se molestan —dije a Jamie.

Jamie se echó a reír y me dio un beso.

—Está bien; voy a necesitar una buena cena si he de vencerlo. —Me dio una palmadita en el hombro a modo de despedida—. Voy a la bodega, *Sassenach*. Pero volveré a tiempo para vestirme.

Buscando algo para apartarme del camino de los sirvientes, decidí que un lacayo me escoltara hasta la casa de los Rohan. Tal vez Louise necesitara consuelo, pensé, después de la pelea de la noche anterior. Lo mío no era vulgar curiosidad, me dije a mí misma.

Cuando regresé, hacia el anochecer, encontré a Jamie sentado, con el cuello abierto y la cabellera despeinada. Revisaba un montón de papeles escritos. Levantó la mirada al oír la puerta y su expresión absorta se convirtió en una amplia sonrisa.

—¡*Sassenach*! ¡Ya estás aquí! —Bajó sus largas piernas y fue a abrazarme. Hundió su cara en mi pelo, y estornudó. Volvió a estornudar y me soltó para buscar el pañuelo.

—¿Qué es ese olor, *Sassenach*? —Inquirió, apretando el pañuelo contra la nariz justo a tiempo para reprimir otro estornudo.

Metí la mano en el escote de mi vestido y saqué un paquetito de entre los senos.

—Jazmín, rosas, jacinto y lino del valle... creo que también tiene ambrosía —dije—. ¿Estás bien? —Miré a mi alrededor para buscar algún sitio donde poner el paquetito; lo dejé en una caja de papel que había sobre mi escritorio, en el otro extremo de la habitación.

—Sí. Es el at... at... ¡atchís!

—¡Dios mío! —Rápidamente abrí la ventana y acerqué a Jamie. Obediente, sacó la cabeza y los hombros a la llovizna húmeda de la mañana y aspiró aire puro, libre de jacinto.

—Ah, eso está mejor —dijo aliviado, cuando volvió a meter la cabeza. Abrió los ojos de par en par—. ¿Y ahora qué haces?

—Me lavo —le expliqué, luchando con las cintas de la espalda de mi vestido—. O me preparo para hacerlo, por lo menos. Estoy cubierta de aceite de jacinto —continué—. Si no me lo quito, vas a explotar.

Jamie apretó el pañuelo contra la nariz y asintió.

—Tienes razón, *Sassenach*. ¿Quieres que el lacayo te traiga agua caliente?

—No, no te molestes. Con un rápido enjuague lo quitaré todo —le aseguré, desabrochando los botones lo más rápido posible. Alcé los brazos para recogerme el pelo. De repente Jamie se inclinó y me asió de la muñeca, sosteniendo mi brazo en el aire.

—¿Qué haces? —pregunté, sobresaltada.

—¿Qué te has hecho, *Sassenach*? —preguntó. Estaba mirando mi axila.

—Me he afeitado —dije con orgullo. O mejor dicho, me he depilado con cera. Louise tenía a su *servente aux petits soins* (su doncella personal) esta mañana, y me atendió a mí también.

—¿Con cera? —Jamie miró sorprendido el candelero que había junto al aguamanil, y después a mí—. ¿Te pusiste cera en las axilas?

—No ese tipo de cera —le aseguré—. Cera de abejas aromatizada. La criada la calentó, y después extendió la cera. Una vez fría, la arrancas —cerré los ojos al recordar— y listo.

—¿Y para qué diablos haces eso? —me reprendió con severidad. Miró de cerca mi axila, todavía sosteniendo mi muñeca—. ¿Y no te dol... dolió...? ¡atchís! —Dejó caer mi brazo y se echó atrás rápidamente.

—¿No te dolió? —repitió, otra vez con el pañuelo en la nariz.

—Bueno, un poquito —admití—. Pero valió la pena, ¿no crees? —pregunté, levantando ambos brazos como una bailarina y girando—. Es la primera vez que me siento completamente limpia en meses.

—¿Si valió la pena? —dijo, algo aturdido—. ¿Qué tiene que ver la limpieza con que te hayas arrancado todos los pelos de debajo de los brazos?

Un poco tarde me di cuenta de que ninguna de las mujeres escocesas que yo conocía se depilaba. Más aún, era casi seguro que Jamie nunca había estado en contacto lo suficiente con alguna parisina de clase alta para saber lo que muchas hacían.

—Bueno —dije. De repente me di cuenta de lo difícil que es para un antropólogo tratar de interpretar las costumbres más singulares de una tribu primitiva—. Así huelo menos —sugerí.

—¿Y qué tiene de malo tu olor? —preguntó, irritado—. Por lo menos olías a mujer, no a flor. ¿Qué crees que soy, un hombre o un abejorro? ¿Puedes lavarte, *Sassenach*, para que pueda acercarme a menos de tres metros?

Cogí un paño y empecé a limpiarme el torso. *Madame Laserre*, la criada de Louise, me había pasado aceite aromatizado por todo el cuerpo; deseé que saliera con facilidad. Me resultaba desconcertante ver a Jamie caminando de un lado a otro, olisqueando el aire y mirándome como un lobo que camina alrededor de su presa.

Me puse de espaldas para sumergir el paño en la palangana, y dije como sin darle importancia:

—También me depilé las piernas.

Eché un vistazo por encima de mi hombro. El impacto se convirtió en estupefacción total.

—Tus piernas no tienen ningún olor —dijo—. A menos que hayas estado

caminando hundida hasta las rodillas en un establo.

Me di la vuelta y me levanté la falda hasta las rodillas, exhibiendo las curvas de la pantorrilla y la espinilla.

—Pero tienen mucho mejor aspecto —señalé—. Todas suaves, no como Harry el gorila peludo.

Miró sus propias rodillas velludas, ofendido.

—¿Es que soy un gorila?

—Tú no, ¡yo! —dije, irritada.

—¡Mis piernas tienen mucho más vello del que tenían las tuyas!

—Bueno, así debe ser; ¡tú eres hombre!

Inspiró aire como para responder, y después lo dejó escapar otra vez, sacudiendo la cabeza y murmurando algo para sí en gaélico. Volvió a sentarse en la silla y me observó con los ojos entrecerrados, murmurando para sí de vez en cuando. Decidí no pedirle que me tradujera.

Después de realizar la mayor parte de mi baño en medio de lo que podría llamarse una atmósfera cargada, decidí intentar la reconciliación.

—Podría haber sido peor, ¿sabes? —dije, pasándome el paño por las piernas—. Louise se quitó todo el pelo del cuerpo.

Semejante afirmación hizo que volviera a hablar inglés, por lo menos temporalmente.

—¿Qué? ¿Se quitó los pelos de ahí abajo? —dijo, horrorizado.

—Ajá —respondí—. Todos los pelos. *Madame* Laserre le quitó los que la cera no depiló.

—¡Virgen santísima! —Cerró fuertemente los ojos, ya fuera para evitar la imagen o para contemplar mejor mi descripción.

Evidentemente fue esto último, pues volvió a abrir los ojos y me preguntó:

—¿Entonces ahora anda pelada como un recién nacido?

—Ella dice —respondí con delicadeza— que a los hombres les resulta estimulante.

Sus cejas casi le llegaron a la línea capilar; bonito recurso para alguien con una frente tan alta.

—Me gustaría que dejaras de murmurar —dije—. No entiendo una palabra de lo que dices.

—Mejor así, *Sassenach* —respondió—. Mejor así.

*L'Hôpital des Anges*

—Está bien —dijo Jamie en el desayuno. Me señaló con la cuchara, advirtiéndome—: Ve, pues. Pero llevarás a Murtagh de escolta, además del lacayo; el vecindario cercano a la catedral es pobre.

—¿Escolta? —Me enderecé en mi asiento, empujando el tazón de avena que había estado observando con poco entusiasmo—. ¡Jamie! ¿Quieres decir que no te importa que visite L'Hôpital des Anges?

—No sé si quiero decir eso con exactitud —dijo—. Pero creo que me sentiré peor si no lo haces. Y si trabajas en el hospital, no pasarás todo tu tiempo con Louise de Rohan. Supongo que hay cosas peores que estar con mendigos y criminales —sentenció—. Por lo menos de un hospital no volverás a casa con tus partes íntimas afeitadas.

—Lo intentaré —le aseguré.

Había conocido a muchas enfermeras, algunas de ellas realmente buenas, que habían convertido su trabajo en una vocación. La madre Hildegarde había revertido el proceso con resultados impresionantes.

Hildegarde de Gascogne era la persona más adecuada que podía imaginarse para estar a cargo de un lugar como L'Hôpital des Anges. De casi un metro ochenta, su flaca y huesuda contextura envuelta en lana negra asomaba sobre sus hermanas enfermeras como un espantapájaros cuidando

un sembrado de calabazas. Conserjes, pacientes, monjas, enfermeros, novicias, visitantes, boticarios, todo el mundo era absorbido por la fuerza de su presencia.

Con su estatura y su fealdad, resultaba obvia la razón por la cual había abrazado la vida religiosa: Cristo era el único hombre del cual podía esperar un abrazo.

Tenía una voz profunda y resonante. Pude oírla antes de verla: una voz poderosa cuyo volumen se acrecentaba a medida que se acercaba al salón donde seis damas de la corte y yo nos acurrucábamos detrás de *Herr Gerstmann*.

La madre Hildegarde apareció, se acercó a *Herr Gerstmann* y lo besó en ambas mejillas.

—*Mon cher ami!* ¡Qué inesperado placer! ¿Qué os trae a mí? Enderezándose, nos dirigió una amplia sonrisa que permaneció intacta a medida que *Herr Gerstmann* explicaba nuestra misión, aunque no era difícil ver cómo se le endurecían los músculos de las mejillas, convirtiendo la sonrisa en un rictus.

—Apreciamos vuestra consideración y generosidad, señoras. —La voz profunda prosiguió, explayándose con un discurso que expresaba su gratitud. Sin embargo, pude ver que sus inteligentes ojillos revelaban su intención de decidir la mejor manera de librarse de aquella molestia cuanto antes, pero a la vez de sacar la mayor cantidad de dinero posible de las piadosas damas.

Habiendo tomado una decisión, golpeó las manos con fuerza. Una monja pequeña apareció en la puerta como un muñeco de resorte en una caja de sorpresa.

—Hermana Angelique, ten la bondad de llevar a estas damas al dispensario —ordenó—. Dales ropa apropiada y enséñales las salas. Pueden ayudar en la distribución de la comida a los pacientes, si así lo desean. —Una leve contorsión de la boca ancha y fina hizo evidente que la madre Hildegarde no esperaba que la inclinación piadosa de las damas sobreviviera a la visita a las salas.

La madre Hildegarde era una astuta conocedora de la naturaleza humana. Tres de las damas lograron atravesar la primera sala, con sus casos de escrófula, sarna, eczema, sífilis y pitiriasis maloliente, y finalmente

decidieron que su inclinación caritativa se veía satisfecha con una donación al hospital. Luego volvieron a toda prisa al dispensario para quitarse las túnicas de arpillera.

En el centro de la siguiente sala, un hombre alto y delgado con una chaqueta oscura estaba realizando lo que parecía ser la habilidosa amputación de una pierna; particularmente habilidosa pues el paciente no estaba sedado de ninguna manera visible, y era retenido por dos fornidos enfermeros y una monja robusta que estaba sentada sobre el paciente. Por fortuna, sus oscuras vestiduras tapaban el rostro del desgraciado.

Unas de las damas contuvo el vómito; cuando me giré, lo único que vi fue el trasero bastante ancho de dos de las supuestas samaritanas, atascadas cadera contra cadera en la puerta que llevaba al dispensario y a la libertad.

Miré a un lado, y me sorprendió agradablemente encontrar a Mary Hawkins todavía allí. Un poco más blanca que las vendas que, a decir verdad, eran de un tono más bien gris, y algo mareada, pero todavía allí.

—¿Preferirías irte? —le pregunté con amabilidad—. Estoy segura que la madre Hildegarde puede pedirte un carruaje. —Miré por encima del hombro el pasillo oscuro—. Me temo que la condesa y *Madame* Lambert ya se han marchado.

Mary tragó saliva, apretando la mandíbula con decisión.

—N-no —dijo—. Si tú te quedas, yo también.

Yo pensaba quedarme. La curiosidad y el deseo de participar en el funcionamiento del hospital superaban la lástima que pudiera sentir por la sensibilidad de Mary.

La hermana Angélique había seguido caminando antes de darse cuenta de que nos habíamos detenido. Regresó y se quedó esperando con paciencia, sonriendo, como si esperara que también nosotras saliéramos huyendo. Me incliné sobre un camastro en el que yacía una mujer delgada, exánime, bajo una sola manta. Sus ojos nos miraron sin interés. Pero no fue la mujer la que había atraído mi atención, sino un recipiente de vidrio, de forma extraña, que había en el suelo junto al camastro.

El recipiente estaba lleno de un fluido amarillo: orina, indudablemente. Me sorprendí; sin un análisis químico, y ni siquiera papel de tornasol, ¿de qué utilidad podía ser una muestra de orina? Pensando en los diversos exámenes a

que se sometía la orina, tuve una idea.

Cogí con cuidado el recipiente, haciendo caso omiso de la exclamación de protesta de la hermana Angelique. Olfateé. Resultó lo que yo pensaba. Debajo de las emanaciones amoniacaes, el fluido tenía olor dulzón, como a miel ácida. Vacilé, pero había una sola manera de asegurarme. Con una mueca de asco, mojé la punta de un dedo en el líquido y me lo llevé a la lengua.

Mary, que observaba atónita, tosió un poco, pero la hermana Angelique me miró con repentino interés. Coloqué la mano sobre la frente de la mujer; estaba fresca, sin fiebre.

—¿Tenéis sed, *Madame*? —pregunté a la paciente. Ya sabía la respuesta antes de que ella me la diera. Había una jarra vacía a su lado.

—Siempre, *Madame* —respondió—. Y siempre tengo hambre. Pero sigo flaca, por mucho que coma. —Alzó un brazo delgadísimo, con una muñeca huesuda, y lo dejó caer como si el esfuerzo la hubiera dejado exhausta.

Le di una palmadita y me despedí. Estaba emocionada por haber hecho un diagnóstico correcto, pero a la vez triste, porque sabía que en esa época no existía cura para la diabetes. La mujer tenía los días contados.

Un poco desanimada, me incorporé para seguir a la hermana Angelique.

—¿Podrías decir de qué padece esa mujer, *Madame*? —me preguntó con curiosidad la hermana—. ¿Tan sólo por la orina?

—No sólo por eso —respondí—. Pero sí, lo sé. Tiene... —«¡Maldita sea! ¿Qué nombre le habrán puesto?»—. Tiene... la enfermedad del azúcar. Nada de lo que come la alimenta, y su sed es tremenda. Produce enormes cantidades de orina.

La hermana Angelique asentía. Su rostro reflejaba una intensa curiosidad.

—¿Y sabéis si se recuperará, *Madame*?

—No, no mejorará. No vivirá más de un mes.

—Ah. Eso fue lo que dijo *Monsieur Parnelle*.

—¿Y a qué se dedica cuando no está aquí? —pregunté.

La monja frunció el entrecejo, sorprendida.

—Pues, creo que es fabricante de armaduras, y joyero. Pero cuando viene aquí suele officiar de uroscopista.

Sentí que mis cejas se enarcaban.

—¿Uroscopista? —dije, incrédula—. ¿De veras existen?

—*Oui, Madame*. Y él dijo lo mismo que vos sobre la pobre mujer. Nunca había conocido a una mujer que conociera la ciencia de la uroscopia —añadió la hermana Angelique, observándome con fascinación.

—Bueno, existen más cosas en el cielo y en la tierra de las que sueña vuestra filosofía, hermana —dije con amabilidad. La hermana asintió con seriedad, haciéndome sentir un poco avergonzada por mi agudeza.

—Es verdad, *Madame*. ¿Queréis ver al caballero de la última cama? Creo que padece del hígado.

Continuamos, de una cama a la otra, haciendo todo el circuito de la sala. Vi enfermedades que sólo había visto en los libros de texto y heridas de todas clases, desde chichones producidos en grescas de borrachos, hasta un carretero cuyo pecho había sido aplastado por un barril.

Me detuve ante todas las camas, haciendo preguntas a los pacientes en condiciones de responder. Oía que Mary respiraba por la boca me volví a comprobar si se estaba apretando la nariz.

Al concluir la gira, la hermana Angelique me dedicó una sonrisa irónica.

—¿Y bien, *Madame*? ¿Todavía deseáis servir al Señor ayudando a los desafortunados?

Yo ya me estaba arremangando el vestido.

—Traígame una palangana con agua caliente, hermana, y jabón —le dije.

—¿Cómo te ha ido, *Sassenach*? —quiso saber Jamie.

—¡Horrible! —respondí, con una ancha sonrisa.

—Lo has pasado bien, ¿no?

—¡Ay, Jamie, me ha gustado tanto ser útil otra vez! He limpiado suelos y he alimentado a los enfermos con cereal, y cuando la hermana Angelique no me miraba, logré cambiar un par de vendajes mugrientos y abrir un absceso.

—Qué bien —dijo—. ¿Y te acordaste de comer, en medio de tanta frivolidad?

—Eh, no, ya que lo mencionas, no —respondí, sintiéndome culpable—. Pero también me olvidé de sentir náuseas. —Como recordando mi deuda, mi estómago hizo un ruido. Apreté un puño contra el pecho—. Tal vez debería comer algo.

—Creo que sí —dijo.

Me observó mientras comía pastel de carne y queso y describía entusiasmada L'Hôpital des Anges y sus internos.

—Algunas salas están repletas: hay dos o tres personas por cama, es horrible, pero... ¿no quieres un poco? Está muy bueno.

Miró el trozo de pastel que le estaba extendiendo.

—Si crees poder dejar de hablar de dedos gangrenosos, sí.

—¿Y cómo te ha ido a ti, querido? —pregunté con modestia.

L'Hôpital des Anges se convirtió en un refugio para mí. La manera directa de monjas y pacientes, era un gran alivio tras las intrigas y habladurías de la corte. Si no permitía que los músculos de mi cara volvieran a su expresión normal, pronto mi rostro se congelaría en una máscara de insipidez.

Como se dieron cuenta de que sabía lo que hacía, y no requería más que vendas o paños, las monjas pronto aceptaron mi presencia. Y después de la sorpresa inicial, por mi acento y mi título, lo mismo sucedió con los pacientes. El prejuicio social es una fuerza poderosa, pero se desarma ante la competencia lisa y llana, sobre todo cuando la demanda es urgente y la habilidad no abunda.

La madre Hildegarde, que estaba mucho más atareada, tardó más en hacer su propia valoración. Al principio sólo me hablaba para darme los buenos días, pero pronto noté sobre mi persona sus ojillos perspicaces: cuando me detenía ante el lecho de un anciano con herpes o frotaba unguento de áloe en las ampollas de un niño quemado en uno de los frecuentes incendios que hostigaban a los pobres de la ciudad.

La madre Hildegarde nunca daba la impresión de tener prisa, pero cubría una inmensa cantidad de terreno durante el día, recorriendo las piedras grises de las salas del Hôpital con pasos de un metro de largo, con su pequeño perro blanco, Bouton, pisándole los talones.

—Eso, ¿es un perro? —pregunté sorprendida a uno de los enfermeros la primera vez que vi a Bouton caminando por los pasillos del Hospital, pisándole los talones a su ama.

El hombre dejó de barrer para mirar la cola que desaparecía en la siguiente sala.

—Bueno —respondió—, eso dice la madre Hildegarde. No me gustaría decir lo contrario.

Cuando me hice más amiga de monjas, enfermeros y médicos visitantes, oí diversas opiniones sobre Bouton. Nadie sabía de dónde lo había sacado la madre, ni por qué lo tenía.

Le hablaba con frecuencia, no con el tono que se usa con los perros sino como quien discute algo importante con un igual. Cuando se detenía ante una de las camas, Bouton saltaba encima y olfateaba al paciente. Se sentaba, por lo general a los pies del enfermo, ladraba una vez y miraba a la madre, meneando la colita como pidiendo su opinión sobre el diagnóstico, que ella siempre le daba.

Aunque esta conducta me producía cierta curiosidad, no pude observar de cerca a la extraña pareja hasta una mañana de marzo. Yo estaba ante la cama de un carretero de mediana edad, hablando con él mientras trataba de descubrir su mal.

Era un paciente que había ingresado la semana anterior. Una de sus piernas había quedado atrapada en la rueda de un carro al desmontar antes de que el vehículo se detuviera. Se trataba de una fractura compuesta, pero no demasiado complicada. Había colocado el hueso en su sitio y la herida pareció sanar bien. El tejido estaba rosado y saludable; no tenía mal olor ni rayas rojas ni blandura extrema, nada que explicara por qué el hombre seguía con fiebre y tenía una orina oscura y hedionda, como si hubiera una infección.

—*Bonjour, Madame.* —Era la voz profunda y sonora de la madre. Levanté la mirada y observé la silueta imponente de la madre Hildegarde. Sentí un zumbido pasar junto a mi codo: era Bouton, que saltó sobre el colchón con un ruido sordo que hizo que el paciente lanzara un gemido.

—¿Qué te parece? —preguntó la madre Hildegarde. Yo no sabía si me estaba hablando a mí o al perro, pero aproveché el beneficio de la duda, y dije lo que pensaba.

—De modo que debe de haber una segunda fuente de infección —dije como conclusión— pero no la encuentro. Puede ser interna y no estar relacionada con la pierna. Una apendicitis leve, o una infección en la vejiga, quizá, aunque no hay sensibilidad abdominal.

La madre Hildegarde asintió.

—Es una posibilidad, desde luego. ¡Bouton! —El perro ladeó la cabeza hacia su ama, quien a su vez señaló con la barbilla al paciente—. *A la bouche, Bouton!* —ordenó. El perro acercó su hocico negro y redondo a la cara del carretero. El hombre levantó los párpados pero la imponente figura de la madre Hildegarde anuló toda posibilidad de protesta.

—Abre la boca —ordenó la monja; tal fue la fuerza de su voz que el hombre obedeció, aunque los labios le temblaron ante la proximidad de Bouton. Era evidente que ser besado por un perro no estaba dentro de sus planes.

—No, no es ahí —dijo la madre, pensativa, observando a Bouton—. Mira en otra parte, Bouton, pero con cuidado. Recuerda que tiene una pierna rota.

Como si hubiera entendido hasta la última palabra, el perro empezó a olfatear al paciente. Examinó las axilas, puso las cortas y gruesas patas sobre su pecho y olisqueó la entrepierna. Cuando llegó a la pierna fracturada, saltó cuidadosamente sobre ella antes de apoyar el hocico contra los vendajes.

Volvió a la región de la entrepierna. «Después de todo es un perro», pensé. Olfateó la parte superior del muslo, luego se sentó y ladró una vez, meneando el rabo.

—Ahí está —dijo la madre Hildegarde, señalando una pequeña costra color pardo justo debajo del pliegue inguinal.

—Pero está casi sana —protesté—. No hay infección.

—¿No? —La alta monja puso una mano en el muslo del paciente y apretó. Sus dedos musculosos hicieron un hoyo en la carne pálida y viscosa, y el carretero lanzó un alarido.

—¡Ah! —exclamó, satisfecha—. Un foco de putrefacción.

Y así era, en efecto. La costra estaba blanda en un extremo, y había pus debajo. Un corto examen en el que la madre Hildegarde sostuvo al hombre de la pierna y del hombro, reveló el problema. Una larga astilla de madera que se soltó de la rueda, se había incrustado profundamente en el muslo. No se le había prestado atención debido a la insignificante herida. Ni siquiera el paciente la había notado; sin embargo, la pierna le dolía terriblemente. A pesar de que la herida superficial había curado bien, la herida más profunda se había infectado y formado un hueco de pus alrededor de la astilla,

enterrada en el tejido muscular donde no se manifestaban síntomas... por lo menos para los sentidos humanos.

Trabajé con el escalpelo para agrandar la herida superficial, utilicé un fórceps para dar un tirón suave pero firme, y extraje una astilla de siete centímetros, llena de sangre y lógamo.

—No está mal, Bouton —le dije, reconociendo su habilidad. El perrito, feliz, sacó la rosada lengua y me olisqueó.

—Sí, eres muy buena —dijo la madre Hildegarde; esta vez no hubo duda de que se refería a mí, ya que Bouton era macho. El perro se inclinó hacia delante, olfateó mi mano y después me lamió los nudillos como reconociendo a un colega. Tuve que contener el impulso de limpiarme la mano en el vestido.

—Sorprendente —dije muy seria.

—Sí —coincidió la madre Hildegarde sin darle importancia, pero con una nota inconfundible de orgullo—. También es muy bueno para localizar tumores debajo de la piel. Y aunque no siempre sé lo que encuentra en el olor del aliento y de la orina, tiene un cierto ladrido que indica sin ninguna duda la presencia de un trastorno estomacal.

En aquellas circunstancias, no tenía razón para dudarle. Incliné la cabeza hacia Bouton y cogí un frasco de planta de St. John para limpiar la infección.

—Ha sido un placer contar con tu asistencia, Bouton. Puedes trabajar conmigo cuando quieras.

—Muy sensato de tu parte —comentó la madre Hildegarde—. Muchos de los médicos y *chirurgiens* que trabajan aquí no están tan inclinados a aprovechar sus dotes.

—Pues... —No quería menospreciar la reputación de nadie, pero el modo con que miré a *Monsieur Voleru*, que se encontraba al otro lado de la sala, debió de decirlo todo.

La madre Hildegarde se echó a reír.

—Bueno, tomamos lo que Dios nos envía, aunque a veces me pregunto si los enviará para que no se metan en problemas en otra parte. Sin embargo, nuestro cuerpo de médicos es mejor que nada..., muchísimo mejor que nada, *Madame*.

—Gracias.

—Sin embargo, me he estado preguntando —continuó la madre Hildegarde, mientras me observaba aplicar la medicación— ¿por qué ves sólo a pacientes con heridas y huesos rotos? Veo que evitas a los pacientes con manchas, tos o fiebre, y sin embargo es más común que *les maîtresses* traten esas cosas. No creo haber visto nunca una *chirurgien* mujer. —*Les maîtresses* eran las curanderas sin licencia, en su mayor parte procedentes de las provincias, que se especializaban en hierbas, cataplasmas y amuletos. *Les maîtresses sage-femme* eran las parteras, de rango superior en el conjunto de las curanderas populares. A algunas se las trataba con más respeto que a los médicos licenciados, y los pacientes de las clases más bajas las preferían, pues eran más capaces y mucho menos caras.

—No es falta de interés —le aseguré—. Es que estoy embarazada y no puedo exponerme a ninguna enfermedad contagiosa, por el bien del niño. Los huesos rotos no son contagiosos.

—Me pregunto... —dijo la madre Hildegarde, al ver entrar una camilla—. Esta semana tenemos muchísimos de estos pacientes. No, no te vayas. —Me hizo una seña para que volviera—. La hermana Cecile lo atenderá; ya te llamará si necesita ayuda.

Los ojillos grises de la monja me observaron con curiosidad.

—Así que no sólo eres milady, sino que también estás embarazada. ¿Y tu esposo no se opone a que vengas aquí? Debe de ser un hombre muy poco común.

—Bueno, es escocés —dije, a modo de explicación, sin deseos de entrar en detalles.

—Ah, escocés. —La madre Hildegarde asintió—. Claro.

La cama tembló cuando Bouton saltó y corrió hacia la puerta.

—Huele a un extraño —indicó la madre Hildegarde—. Bouton ayuda al portero además de a los médicos... pero me temo que tampoco recibe gratitud por sus servicios.

A través de las puertas dobles de entrada, oímos ladridos y una voz aterrorizada.

—¡Ah, es el padre Balmain otra vez! ¡Qué hombre! ¿Por qué no aprenderá a quedarse quieto y dejar que Bouton lo huela? —La madre Hildegarde se volvió apresuradamente para socorrer a su compañero, pero en

el último momento se volvió y me dijo—: Tal vez lo envíe para que te ayude mientras tranquilizo al padre Balmain. Sin duda es un hombre santo, pero no sabe apreciar el trabajo de un artista.

Cuando entré en casa, Jamie estaba acostado en la alfombra de la sala; a su lado había un niño sentado con las piernas cruzadas.

—Por supuesto que puedo —decía—. Cualquiera día y los domingos, dos veces. Observa.

Tapándose un ojo con una mano, fijó el otro en el boliche y sacudió la bola. Ésta saltó del palo, describió un arco y cayó con un golpecito seco.

—¿Ves? —dijo. Se sentó y entregó el boliche al niño—. Toma, inténtalo. —Sonrió, metió la mano debajo de mi falda y me cogió el tobillo a modo de saludo.

—¿Te diviertes? —pregunté.

—Todavía no —respondió, mientras me pellizcaba el tobillo—. Te estaba esperando, *Sassenach*. —Los dedos largos y cálidos se deslizaron hacia arriba, acariciando mi pantorrilla. Tenía un pegote de barro seco en la mejilla, y la camisa y la falda escocesa estaban sucias.

—¿Ah, sí? —dije, tratando de liberar la pierna—. Pensé que tu amiguito era la única compañía que necesitabas.

El muchacho seguía tratando de meter la bola con un ojo cerrado. Al fallar los dos primeros intentos, abrió el ojo y escudriñó el juguete, como si lo estuviera desafiando a no funcionar.

—No, no, Fergus, no hagas trampa, por favor —dijo Jamie cuando vio que el niño no cerraba del todo el ojo—. Juega limpio. —El niño comprendió el significado, aunque no las palabras; sonrió avergonzado.

La mano de Jamie dio un tirón invisible, y tuve que acercarme a él para evitar caerme.

—Ah —dijo Jamie—. Fergus, aquí presente, es un hombre de mucho talento y una buena compañía; cuando un hombre ha sido abandonado por su esposa y tiene que buscar distracción solo. —Los dedos tocaron con delicadeza mi rodilla—. Claro que no es el compañero ideal para el pasatiempo que se me ha ocurrido.

—¿Fergus? —pregunté, mirando al niño, e intentando hacer caso omiso

de la mano de Jamie. Era un muchacho de nueve o diez años de huesos delicados. Llevaba ropa limpia y muy usada y era muy francés, con la piel clara y macilenta y los ojos grandes y oscuros de un chico de la calle.

—Bueno su verdadero nombre es Claudel, pero hemos llegado a la conclusión de que no resultaba muy varonil, por lo que lo hemos cambiado por Fergus. Un nombre apropiado para un guerrero. —Al oír su nombre, o nombres, el muchacho levantó la mirada y sonrió con timidez.

—Ésta es *Madame* —le explicó Jamie—. Puedes llamarla *milady*. No creo que pueda pronunciar «Broch Tuarach» —añadió, mirándome— y ni siquiera «Fraser».

—*Milady* bastará —dije—. ¿Podría preguntar por qué?

—¿Por qué? Ah, ¿por qué Fergus, quieres decir?

—Eso es lo que quiero decir, precisamente. —No estaba segura de la extensión de su brazo, pero su mano se deslizaba lentamente por detrás de mi muslo—. ¡Jamie, quítame la mano de encima enseguida!

Los dedos soltaron hábilmente la liga que sostenía mi media. Ésta se deslizó por mi pierna y se asentó alrededor del tobillo.

—¡Bestia! —Le dije.

—¿Ah, sí, bestia? ¿Qué clase?

—¡Un perro callejero! —le espeté, tratando de inclinarme para levantarme la media sin caerme. El niño, después de echarnos un vistazo breve y poco interesado, reanudó sus intentos con el boliche.

—Con respecto a Fergus —continuó—, es ahora mi empleado.

—¿Para hacer qué? Ya tenemos un muchacho que pule los cubiertos y las botas, y otro para el establo.

Jamie asintió.

—Sí. Pero nos falta un carterista. O nos faltaba.

Inspiré hondo y dejé escapar el aire lentamente.

—Claro. Supongo que no debo preguntar para qué necesitamos un carterista.

—Para robar cartas, *Sassenach* —respondió Jamie con calma.

—Ah —dije, comenzando a darme cuenta.

—No logré que el príncipe me dijera nada inteligente. No hace más que suspirar por Louise de La Tour, o apretar los dientes y maldecir porque han

vuelto a pelearse. En cualquiera de los dos casos, lo único que quiere es emborracharse. Mar está perdiendo la paciencia con él. Y no logro sacarle nada a Sheridan.

El conde de Mar era el más respetado de los exiliados jacobitas escoceses en París. Si bien estaba envejeciendo, había sido un puntal para el rey Jacobo en la frustrada rebelión de 1715 y había seguido a su rey al exilio después de la derrota de Sheriffsmuir. Yo conocía al conde y me gustaba; era un hombre mayor y cortés con una personalidad tan recta como su espina dorsal. Hacía todo lo que podía, al parecer sin mucho éxito, por el hijo del rey. También tuve oportunidad de conocer a Thomas Sheridan, el tutor del príncipe; también anciano, era el encargado de su correspondencia y traducía su impaciencia y sus errores gramaticales a un francés e inglés elegantes.

Me senté y volví a subirme la media. Fergus no hizo caso de mí y siguió concentrado en el boliche.

—Cartas, *Sassenach* —dijo Jamie—. Necesito las cartas. Las cartas de Roma, con el sello de los Estuardo. Las cartas de Francia, de Inglaterra, de España. Fergus puede acompañarme como mi paje, y sacarlas de la casa del príncipe, o del mensajero papal que las trae, lo que sería mejor aún, ya que nos anticiparíamos.

»De modo que hemos hecho un trato —continuó—. Fergus intentará conseguir lo que necesito, y yo le proporcionaré ropa, casa y comida y treinta *écus* al año. Si lo cogen trabajando para mí, haré todo lo posible para comprar su libertad. Si no es posible, y pierde una mano o una oreja, lo mantendré el resto de su vida, ya que no podrá continuar con su profesión. Y si es ahorcado, entonces le garantizo que durante un año se darán misas por su alma. Creo que es justo, ¿no?

Sentí un escalofrío en la espalda.

—¡Dios mío, Jamie! —fue lo único que atiné a decir.

—No pidas a Dios, *Sassenach*, sino a san Dimas. El santo patrón de ladrones y traidores.

Jamie cogió el boliche que le daba el niño. Sacudió la muñeca y la bola de marfil se elevó en una parábola perfecta, para descender en el palo con un inevitable golpe seco.

—Ya veo —dije. Miré al nuevo empleado con interés mientras cogía el

juguete que le ofrecía Jamie y volvía a intentarlo otra vez con los ojos oscuros brillando por la concentración—. ¿Dónde lo encontraste? —pregunté con curiosidad.

—En un burdel.

—¡Ah, claro! —Observé su cara sucia y las manchas de su ropa—. Estabas allí por una razón loable, supongo.

—Oh, sí —respondió—. Pensé que preferirías que me encontraran en un lugar así y no en un callejón oscuro, con la cabeza aplastada.

Vi que la mirada de Fergus estaba fija en una bandeja de pasteles que había sobre una mesa cercana a la pared. Una rosada lengua pequeña y puntiaguda asomó por su labio inferior.

—Creo que tu protegido tiene hambre —dije—. Dale de comer y después me contarás qué diablos ha pasado esta tarde.

—Bueno, iba camino de los muelles —comenzó, mientras me obedecía y se ponía en pie— y acababa de pasar por la Rue Eglantine, cuando empecé a sentir algo raro en la nuca.

Jamie Fraser había pasado dos años en el ejército francés, había luchado y robado con una pandilla de escoceses, y lo habían perseguido como proscrito a través de los páramos y montañas de su tierra natal. Todo aquello le había creado una sensibilidad extrema a la persecución.

No sabía si se debía al sonido de pisadas demasiado cercanas o a la vista de una sombra que no debía estar ahí, o algo menos tangible, tal vez el olor a maldad en el aire.

Enseguida obedeció los dictados de sus vértebras cervicales, y en la siguiente esquina torció a la izquierda en lugar de a la derecha, eludió un puesto de pescado, cortó camino entre una carretilla llena de pasteles humeantes y otra de calabacines frescos, y entró en una pequeña salchichería.

Apretado junto a la pared, espió a través de una cortina de patos muertos. Apenas un segundo después dos hombres entraron en el callejón: caminaban muy juntos y miraban rápidamente de un lado a otro.

Todo trabajador parisino llevaba las marcas de su oficio. Jamie no tardó en detectar el olor salado de los dos hombres. Si el arito de oro que colgaba de la oreja del más bajo no era suficiente, el profundo bronceado de sus caras no dejaba lugar a dudas de que eran marineros.

Acostumbrados a la superficie estrecha de los barcos y de las tabernas del puerto, los marineros rara vez caminaban en línea recta. Aquellos dos entraron en el callejón lleno de gente como anguilas por las rocas, escudriñando a mendigos, sirvientas, amas de casa y mercaderes; parecían lobos marinos en busca de una posible presa.

—Los dejé pasar de largo —explicó Jamie— y estaba a punto de salir e ir hacia atrás cuando vi a un tercero en la esquina. Aquél llevaba el mismo uniforme que los otros dos; el pelo grasiento, un cuchillo y un palo. Bajo y robusto, el hombre se quedó en la boca del callejón. Era evidente que estaba montando guardia, mientras sus compañeros buscaban en el callejón.

»Así que me quedé pensando qué hacer —dijo Jamie, frotándose la nariz—. Estaba seguro en mi escondite, pero la tienda no tenía salida trasera, y sería visto tan pronto saliera. —Miró hacia abajo, reflexionando, alisando la tela carmesí de su falda. Un bárbaro pelirrojo tenía que destacar.

—Entonces, ¿qué hiciste? —pregunté. Fergus, ignorante de nuestra conversación, se estaba llenando los bolsillos de pasteles, haciendo una pausa de vez en cuando para dar un bocado. Jamie vio que yo observaba al niño y se encogió de hombros.

—Seguramente no está acostumbrado a comer —explicó—. Déjalo.

—Está bien —respondí—. Pero continúa... ¿qué hiciste?

—Compré una salchicha —explicó.

Una Dunedin, para ser exactos. Hecha de pato con especias, jamón y carne de venado, hervida, rellena y secada al sol. Una salchicha Dunedin medía cuarenta y cinco centímetros de un extremo a otro y era tan dura como la madera.

—No podía salir con la espada desenvainada —explicó Jamie— pero tampoco me gustaba la idea de pasar junto al hombre sin nadie que me protegiera y con las manos vacías.

Con la salchicha en los brazos y escudriñando la multitud que pasaba, Jamie salió al callejón y se dirigió hacia donde se encontraba el guardián.

El hombre lo miró bastante tranquilo; no parecía tener malas intenciones. Jamie habría pensado que se había equivocado en su premonición original si no hubiera visto un destello en los ojos del guardián al mirar algo detrás de Jamie. Obedeciendo al instinto que lo había conservado vivo hasta el

momento, se inclinó hacia delante, derribó al guardián y se dio de bruces contra las mugrientas piedras del callejón.

La multitud se dispersó con gritos de alarma. Jamie se levantó a tiempo para ver el cuchillo que le habían lanzado temblando en las tablas de un puesto.

—Si había tenido alguna duda de que era a mí a quien querían, ya no lo pensé más —dijo con voz seca.

Jamie cogió la salchicha y la lanzó contra la cara de uno de los atacantes.

—Creo que le rompí la nariz —dijo pensativo—. De todos modos, se echó atrás, y salí corriendo por la Rue Pelletier.

Los viandantes se dispersaron asustados al ver un escocés con la falda ondeando al viento. Por los gritos de aquéllos, Jamie se dio cuenta de que aún lo perseguían.

Aquella parte de la ciudad rara vez era vigilada por la guardia del rey y la multitud ofrecía poca protección excepto como simple obstrucción que estorbaba a sus perseguidores. Nadie iba a interceder en un asunto violento a favor de un extranjero.

—La Rue Pelletier no tiene salida. Necesitaba por lo menos llegar donde pudiera desenvainar la espada y tener una pared a mis espaldas —explicó Jamie—. Así que fui empujando las puertas ante las que pasaba, hasta que una se abrió.

Corrió por un pasillo lúgubre, pasó junto a un portero sorprendido al centro de una habitación grande y bien iluminada, en medio del salón de una tal *Madame Elise*. Sintió un pesado aroma a perfume.

—Ya veo —dije—. ¿Supongo que no sacarías tu espada allí?

Jamie entrecerró los ojos, pero no me respondió.

—Dejaré a tu imaginación, *Sassenach* —dijo con voz seca— lo que se siente al llegar inesperadamente a un burdel, con una salchicha enorme.

Me eché a reír.

—¡Dios mío, me gustaría haberte visto! —exclamé.

—¡Gracias a Dios que no me viste! —dijo.

Ignorando los comentarios de las empleadas, Jamie se abrió paso entre lo que describió como un «revoltijo de extremidades desnudas», hasta que vio a Fergus apoyado contra una pared, mirando al intruso, atónito.

Aprovechando esta inesperada oportunidad, Jamie cogió al muchacho por los hombros y le rogó que le indicara cómo salir sin pérdida de tiempo.

—Podía oír un alboroto en el pasillo —continuó— y supuse que todavía me perseguían. No quería pelear por mi vida en medio de un montón de mujeres desnudas.

—Veo que esa idea era abrumadora —coincidí, frotándome el labio superior—. Pero evidentemente el niño te ayudó a salir.

—Sí. No vaciló ni un momento. «Por aquí, *Monsieur*», me dijo. Subimos unas escaleras, atravesamos una habitación y salimos por una ventana a un tejado. —Jamie miró con cariño a su nuevo empleado.

—¿Sabes? —observé—. Algunas esposas no creerían ni media palabra de una historia semejante.

Jamie abrió los ojos, asombrado.

—¿No? ¿Y por qué?

—Posiblemente porque no están casadas contigo. Me alegro de que hayas escapado con tu virtud intacta, pero por el momento, me interesan más los hombres que te perseguían.

—En aquel momento no tuve mucho tiempo para pensarlo —respondió Jamie—. Y ahora que lo tengo, no sé quiénes eran, ni por qué me estaban siguiendo.

—¿Crees que querrían robarte? —El dinero en efectivo era transportado desde la bodega al banco de Jared en caja fuerte y con una importante guardia. Sin embargo, Jamie destacaba entre la multitud cercana a los muelles, y sin duda se sabía que era un comerciante extranjero acaudalado... en comparación con la mayoría de los habitantes de aquel vecindario.

Jamie sacudió la cabeza, quitándose las costras de barro seco de la camisa.

—Podría ser. Pero no trataron de abordarme; lo único que querían era asesinarme.

Su tono fue bastante casual, pero me hizo temblar de pies a cabeza, de modo que me senté en un taburete. Me pasé la lengua por los resecos labios.

—¿Quién... quién crees que...?

Se encogió de hombros, poniéndose serio al pasar el dedo por el plato y lamérselo.

—El único hombre que me ha amenazado es el conde de St. Germain. Pero no veo qué ganaría con asesinarme.

—Dijiste que era competidor de Jared.

—Ah, sí. Pero el conde no está interesado en vinos alemanes. No creo que se tomara la molestia de matarme sólo para arruinar el nuevo proyecto de Jared al hacerlo volver a París. Parece un poco exagerado, incluso para un hombre con el temperamento del conde.

—Bueno, ¿tú crees...? —La idea me descompuso un poco, así que tuve que tragar saliva dos veces antes de continuar—. ¿Crees que haya sido por... venganza? ¿Porque el *Patagonia* fue quemado?

Jamie sacudió la cabeza, desconcertado.

—Supongo que podría ser, pero ha pasado mucho tiempo. Y de ser así, ¿por qué a mí? —añadió—. Fuiste tú quien lo enfureció, *Sassenach*. ¿Por qué no te mató a ti, si ésa era su intención?

Mi posición empeoró ligeramente.

—¿Tienes que ser tan lógico? —dije.

Jamie vio mi expresión y sonrió de repente, rodeándome con el brazo para consolarme.

—No, *mo duinne*. El conde tiene mal genio, pero no creo que se haya tomado la molestia ni el gasto de matar a ninguno de nosotros sólo por venganza. Si eso lo ayudara a recuperar su barco, entonces sí —añadió— pero tal como están las cosas, creo que pagar a tres asesinos a sueldo sería tirar dinero a la basura.

Me dio una palmadita en el hombro y se levantó.

—No, supongo que sólo fue un intento de robo. No te preocupes. A partir de ahora iré al puerto acompañado por Murtagh.

Se desperezó y quitó la última mancha de su falda.

—¿Estoy bien para ir a cenar? —preguntó, mirando su pecho—. Ya debe de estar lista.

—¿El qué?

Abrió la puerta, y un rico aroma ascendió de inmediato desde el comedor.

—La salchicha, por supuesto —dijo, con una sonrisa—. ¿No creerás que iba a tirarla?

## 13

### *Engaños*

—Tres puñados de hojas de rosa cocidas, remojadas toda una noche, medio puñado de eléboro negro.

Como si estuviera sucia, dejé la lista sobre la mesa

—La receta me la dio *Madame Rouleaux*, pero dice que es peligroso. Louise, ¿estás segura que quieres seguir?

Tenía la cara hinchada y le temblaba el labio inferior.

—¿Qué alternativa me queda? —Cogió la receta del aborto y la contempló con una mezcla de repulsión y fascinación.

—¡Eléboro negro! ¡Hasta el nombre suena demoníaco! —exclamó.

—Pues es nauseabundo —le dije con franqueza—. Sentirás que se te salen las tripas. Pero quizá también salga el feto. Aunque no siempre resulta. —Recordé la advertencia de *Monsieur Raymond*: «Es peligroso esperar demasiado» y me pregunté de cuánto estaría. Seguramente de menos de seis semanas. Me lo había dicho cuando empezó a sospecharlo.

Louise me miró, sorprendida, con los ojos rojos.

—¿Lo has utilizado?

—¡Por Dios, no! —Yo misma me sorprendí ante la vehemencia de mi exclamación, y respiré hondo.

—No. Pero he visto mujeres que lo han hecho... en el Hôpital des Anges.

—Apoyé una mano sobre mi vientre, como si quisiera protegerlo. Louise vio

mi gesto y se arrojó sobre el sofá, enterrando la cabeza entre las manos.

—¡Ojalá estuviera muerta! —gimió—. ¿Por qué no soy como tú, que esperas un bebé de un marido al que amas?

—Louise —dije—. ¿Quieres tenerlo?

Levantó la cabeza y me miró, estupefacta.

—¡Por supuesto que lo quiero! —exclamó—. Es de él... de Carlos... Es... —Louise inclinó el rostro y se contempló el vientre—. Es mío —murmuró—. Pero si lo tengo... Jules se divorciará de mí y me echará de casa. Habría un escándalo terrible. Y podría ser excomulgada. Ni siquiera papá podría protegerme.

—Sí —convine—. Pero... —Vacilé—. ¿No hay una posibilidad de que Jules crea que el bebé es suyo? —pregunté.

Me miró un instante, inexpresiva. Sentí ganas de sacudirla.

—No sé cómo, a menos que... ¡oh! —Se dio cuenta y me miró, horrorizada—. ¿Qué me acueste con Jules, quieres decir? ¡Pero Carlos se pondría furioso!

—¡Pero Carlos —dije entre dientes— no está embarazado!

—No, pero... es decir... ¡no podría! —Sin embargo, la mirada de horror se iba desvaneciendo.

Yo no quería insistir demasiado, pero tampoco veía ninguna razón para que arriesgara la vida por el orgullo de Carlos Estuardo.

—¿Crees que Carlos quiere que pongas en peligro tu vida? —pregunté—. ¿Sabe lo del niño?

Louise asintió.

—Sí. Por eso reñimos la última vez. —Se sonó la nariz—. Se enfadó mucho; dijo que era por mi culpa, que debí haber esperado hasta que él reclamara el trono de su padre. Entonces, algún día, él sería rey y vendría a buscarme, y haría que el papa anulara mi matrimonio, y sus hijos podrían ser herederos de Inglaterra y Escocia... —Se le quebró la voz y volvió a lloriquear y a gimotear.

Levanté los ojos al cielo, exasperada.

—¡Por Dios, cállate, Louise! —dije. La sorprendí lo suficiente para que dejara de llorar. Aproveché el hiato para insistir.

—Mira —dije, tratando de ser persuasiva— no supondrás que Carlos

quiera que sacrifiques a tu hijo, ¿no? Sea o no legítimo. —La verdad es que Carlos aprobaría cualquier decisión que quitara escollos de su camino y no le importarían las consecuencias. Por otra parte, tenía una marcada tendencia hacia el romanticismo; quizá se lo podría inducir a considerar la situación como una adversidad temporal. Evidentemente iba a necesitar la ayuda de Jamie. Sonreí al pensar en lo que diría al respecto.

—Bien... —Louise vacilaba. Estaba claro que quería dejarse convencer.

Casi oscurecía cuando salí de la casa de los Rohan. Louise estaba arriba en su tocador. Me sentía exhausta, necesitaba tranquilidad.

Por suerte, Jamie estaba solo en su escritorio.

—¿Quién crees que es «el mercader de pieles»? ¿Luis de Francia, o su ministro Duverney? —me preguntó.

—Bien, gracias, querido, ¿y cómo estás tú? —dije.

—Bien —dijo, concentrado en el papel.

—Estoy seguro de que «el sastre de Vendôme» debe de ser *Monsieur* Geyer —dijo—; y «nuestro mutuo amigo» podría ser el conde de Mar o posiblemente el enviado papal. Creo que es el conde por el resto de la carta, pero...

—¿Qué diablos es eso? —espié por encima de su hombro, y contuve el aliento al ver la firma: Jacobo Estuardo, rey de Inglaterra y Escocia por la Gracia de Dios.

—¡Dios Santo! ¡Ha funcionado! —Me di la vuelta y vi a Fergus, llenándose la boca de pasteles en el comedor—. Buen chico —dije, sonriéndole,

—Conseguimos esto del mensajero papal —me informó Jamie—. Fergus se la sacó de la bolsa en una venta. Debemos devolverla antes de la mañana. ¿No tuviste dificultades, Fergus?

El muchacho tragó saliva y negó con la cabeza.

—No, señor. Él duerme solo, pues teme que alguien robe el contenido de su bolsa. —Sonrió—. La segunda ventana a la izquierda. —Hizo un ademán con la mano—. No es nada, señor.

—Bueno —dije—. ¿Y qué es eso de mercaderes de pieles?

\* \* \*

No había tiempo para una inspección detallada. Hice una copia de la carta, doblamos el original y reemplazamos el sello con un cuchillo.

Fergus observó la operación con mirada crítica.

—Tenéis buena traza, señor. Lástima que tengáis una mano lisiada.

Jamie se miró la mano derecha. No estaba tan mal: dos dedos algo torcidos y una gruesa cicatriz atravesándole el dedo medio. El verdadero daño era en el índice, que se extendía rígido. La segunda articulación estaba tan aplastada que al sanar había fusionado los dos huesos del dedo. Jack Randall le había quebrado la mano en la prisión de Wentworth hacía menos de cuatro meses.

—No importa —dijo, sonriendo. Flexionó la mano y movió los dedos hacia Fergus—. Después de todo, tengo las manos demasiado grandes para ganarme la vida hurtando en los bolsillos. —Había recuperado bastante capacidad de movimiento. Y nunca se quejaba.

—Vete ahora —le ordenó a Fergus—. Ven enseguida, así sabré que no te ha apresado la policía ni el ventero.

Fergus arrugó la nariz, descartando la idea, pero asintió, se guardó la carta en el bolsillo y desapareció.

Jamie lo siguió con la mirada un rato, después se volvió a mí. En realidad me miraba por primera vez, y al hacerlo las cejas se le arquearon.

—¡Por Cristo, *Sassenach*! —exclamó—. ¡Estás más blanca que mi camisa! ¿Te encuentras bien?

—Tengo hambre, nada más —respondí.

Jamie ordenó que sirvieran la comida; le conté el problema de Louise mientras comíamos delante del fuego. Para mi sorpresa, aceptó la solución que yo proponía.

—Pensé que te enfadarías —dije. Fuera estaba frío y oscuro y el viento rugía, pero allí había paz y tranquilidad.

—¿Porque Louise de La Tour le va a endilgar un bastardo a su esposo? —preguntó Jamie—. Bueno, no me parece muy bien, *Sassenach*. Es algo

muy sucio, pero ¿qué otra cosa puede hacer la pobre mujer? —Sacudió la cabeza y sonrió con ironía—. Además, no soy quién para juzgar. ¿Acaso robar cartas, espiar y tratar de arruinar a un hombre a quien mi familia considera rey es moral? No me gustaría que me juzgaran por lo que hago.

—¡Tienes una buena razón para hacerlo! —objeté.

Jamie se encogió de hombros.

—Sí, bueno. Y Louise de La Tour también tiene una buena razón —opuso—. Quiere salvar una vida. Yo quiero salvar diez mil. ¿Eso justifica que arriesgue al pequeño Fergus... el negocio de Jared... y a ti? —Volvió la cabeza y me sonrió—. No, creo que no perderé el sueño por abrir las cartas de otra persona —dijo—. No creo que sea lo peor que tengamos que hacer, Claire, y no puedo decir de antemano si mi conciencia lo resistirá; es mejor no ponerla a prueba demasiado pronto.

No podía objetar nada; lo que decía era verdad.

—Bueno —dijo, respirando hondo y volviendo al trabajo—. Ya que hemos comido, ¿echamos un vistazo a esta carta?

Era obvio que la carta estaba en clave. Para despistar a posibles interceptores, según explicó Jamie.

—¿Y quién querría interceptar el correo del rey? —pregunté—. Es decir, aparte de nosotros.

Jamie se rió de mi inocencia.

—Casi cualquiera, *Sassenach*. Los espías de Luis, los de Dunverney, los de Felipe de España. Los jacobitas y los que podrían convertirse en jacobitas si les conviene. Los que comercian con información; incluso el papa; la Santa Sede ha estado apoyando a los Estuardo en el exilio durante cincuenta años... me imagino que vigilará lo que hacen.

Apoyó un dedo sobre la copia que había hecho de la carta de Jacobo a su hijo.

—El sello ha sido quitado por lo menos tres veces antes de llegar a nuestras manos —dijo.

—Entiendo. No me sorprende que Jacobo escriba sus cartas en clave. ¿Crees que entenderemos lo que dice?

Jamie cogió las hojas.

—No lo sé. Algunas partes sí. Pero de otras no tengo ni idea. Creo que

podría solucionarlo si veo otras cartas enviadas por el rey Jacobo. Veré si Fergus puede ayudarme. —Dobló la carta y la guardó bajo llave en un cajón.

—No se puede confiar en nadie —explicó—. Es posible que haya espías entre los sirvientes. —Metió la llave en el bolsillo de la chaqueta y extendió su brazo hacia mí.

Cogí la vela con una mano y su brazo con la otra, y nos dirigimos hacia la escalera. El resto de la casa estaba a oscuras; todos los sirvientes, excepto Fergus, dormían. Sentí un escalofrío al pensar que alguno de ellos podría no ser lo que parecía.

—¿No te pone nervioso no poder confiar en nadie? —pregunté mientras subíamos las escaleras.

Jamie se echó a reír suavemente.

—Bueno, yo no diría en nadie, *Sassenach*. Te tengo a ti, a Murtagh, a mi hermana Jenny y a su esposo Ian. Confiaría mi vida a cualquiera de los cuatro. De hecho ya lo he hecho, más de una vez.

Temblé cuando echó atrás los cobertores de la enorme cama. Por la noche el fuego estaba apagado y la habitación se estaba enfriando.

—Cuatro personas en las que puedes confiar no parecen muchas —dije.

Jamie se quitó la camisa. Las cicatrices de su espalda parecían de plata.

—Bueno —dijo con indiferencia—. Son cuatro más que las que tiene Carlos Estuardo.

Aunque aún faltaba mucho para el amanecer, un ruiseñor se posó sobre un canalón en algún lugar cercano.

—Hum —murmuró Jamie, acariciándome con suavidad las costillas—. Me encanta cuando se te pone la piel de gallina, *Sassenach*.

—¿Cómo, así? —respondí acariciándole la espalda; al momento sentí la carne de gallina bajo mis dedos.

—¡Ah!

—A ti también te gusta, entonces —respondí, y continué acariciándolo.

—Hum. —Con un sensual gruñido me envolvió con los brazos. El cuerpo de Jamie estaba tibio; sus labios mordieron suavemente uno de mis pezones. Gemí, arqueándome levemente para alentarle a que lo introdujera más en su boca. Mis pechos estaban más grandes y más sensibles; sentía dolor y a veces

escozor en los pezones, apretados bajo los vestidos ajustados.

—¿Me dejarás hacerlo después? —murmuró, con un suave mordisco—.  
¿Cuándo nazca el niño y tus pechos se llenen de leche? ¿Vas a alimentarme  
también, junto a tu corazón?

Tomé su cabeza y la acuné, hundiendo mis dedos en su pelo suave como  
el de un niño.

—Siempre —susurré.

*Meditaciones sobre la carne*

Fergus era un experto y casi todos los días llevaba una nueva selección de la correspondencia del rey; a veces yo tenía que copiarla antes de la siguiente expedición de Fergus.

Algunas cartas eran comunicaciones codificadas del rey Jacobo desde Roma que Jamie trataba de descifrar más tarde. El grueso de la correspondencia era inofensivo: esquelas de sus amigos en Italia, un número cada vez mayor de cuentas de mercaderes locales (Carlos era aficionado a la ropa ostentosa, las botas elegantes y el coñac) y alguna nota escrita por Louise de La Tour Rohan. Las de Louise eran las más fáciles de descifrar; escribía con una letra tan pequeña y amanerada que parecía como si un pajarito hubiese estado caminando sobre el papel; además estaban saturadas de su marca de fábrica: el perfume de jacinto. Jamie se negaba a leerlas.

—No voy a leer sus cartas de amor —dijo con firmeza—. Incluso un conspirador debe tener algún escrúpulo. Además —añadió—, Louise te lo cuenta todo a ti.

Eso era verdad. Louise se había convertido en una amiga íntima y pasaba mucho tiempo en mi compañía, desesperándose por Carlos u olvidándolo al discutir las maravillas del embarazo. ¡Nunca tenía náuseas, maldita sea! A pesar de ser tan atolondrada, yo la quería, aunque era un alivio poder huir de su lado todas las tardes para ir al Hôpital des Anges.

No era probable que a Louise se le ocurriera visitarlo. Sin embargo, no me faltaba compañía. A pesar de su primera experiencia en el hospital, Mary Hawkins reunió valor para volver a acompañarme una y otra vez. Si bien aún no se atrevía a mirar una herida, era útil dando de comer a los pacientes y fregando el suelo, actividades que consideraba un buen cambio después de las reuniones en la corte o la vida en casa de su tío.

Aunque se escandalizaba por algunas cosas que veía en la corte (no es que viera mucho, sólo que se escandalizaba fácilmente) no parecía disgustarle la presencia del vizconde de Marigny, lo que me hacía suponer que su familia aún no había arreglado la boda y no le había dicho nada.

Mi conclusión fue confirmada un día, a fines de abril, cuando, camino al hospital, ruborizándose me confesó que estaba enamorada.

—¡Ay, es tan apuesto! —exclamó con entusiasmo, casi olvidando su tartamudeo— Y tan espiritual, además.

—¿Espiritual? —pregunté—. Ah, qué bien. —Pensé que no era una cualidad que yo desearía en un amante, pero había toda clase de gustos.

—¿Y quién es el caballero favorecido? —le pregunté—. ¿Alguien que conozco?

El rubor se acentuó.

—No, no lo creo. No debería decírtelo, pero no lo puedo evitar. Le escribí a mi padre. ¡Vendrá a París la semana que viene!

—¿De veras? —Eso sí que era interesante—. Me han dicho que el conde de Palles estará en la corte la próxima semana —dije—. Tu... pretendiente, ¿forma parte de su séquito?

Mary me miró estupefacta.

—¿Un francés? Ay, no, Claire. ¿Cómo voy a casarme con un francés?

—¿Qué tienen de malo los franceses? —pregunté, algo sorprendida ante su vehemencia—. Tú hablas francés, después de todo. —Sin embargo, tal vez ése era el problema; a pesar de que Mary hablaba muy bien francés, su timidez la hacía tartamudear aún más en ese idioma que en inglés.

—¿No sabes nada acerca de los franceses? —murmuró, con los ojos muy abiertos y horrorizada—. Claro que no lo sabes. Tu esposo es tan gentil y tan amable... él no lo haría. Qu-quiero decir, sé que él no te molestaría de esa manera... —su rostro enrojeció desde la barbilla hasta la raíz del pelo.

—¿Te refieres a...? —comencé, tratando de pensar en algún modo delicado de hacerla hablar sin especular demasiado sobre los hábitos de los franceses. Recordando lo que el señor Hawkins me había dicho sobre el padre de Mary y sus planes de boda, pensé que tal vez debería intentar aclararle los comentarios que sin duda había oído en charlas de salones y vestidores. No quería que se muriera del susto en el caso de que terminara casada con un francés.

—A lo que ha-hacen en la-la cama —murmuró con voz ronca.

—Bueno —dije—, hay un límite en las cosas que pueden hacerse en la cama con un hombre, después de todo. Y dada la gran cantidad de niños que hay en la ciudad, supongo que hasta los franceses conocen bien los métodos ortodoxos.

—¡Ah! Niños... bueno, si, por supuesto —dijo, como si no tuviera mucha relación con lo que trataba de decirme—. P-p-pero dicen —bajó la mirada, avergonzada, y su voz fue aún más baja— qu-que la... la cosa de los franceses, ya sabes...

—Sí, lo sé —dije, tratando de no perder la paciencia—. Por lo que sé, es igual a la de los demás hombres. Los ingleses y los escoceses están dotados de manera muy similar.

—Sí, pero ellos, ellos... ¡se la p-p-ponen entre las piernas a las señoras! Quiero decir, ¡dentro de ellas! —Una vez dicha esta importante noticia, Mary respiró hondo, lo cual pareció calmarla, pues el rubor de su rostro disminuyó un tanto—. Un inglés, o incluso un escocés... oh, no quise decir eso... —Se llevó la mano a la boca avergonzada—. Pero a un hombre decente como tu esposo, ¡jamás se le ocurriría obligar a su esposa a soportar a-algo como eso!

Apoyé una mano sobre mi estómago ligeramente hinchado y la observé pensativa. Empezaba a percibir por qué la espiritualidad resultaba tan importante para Mary Hawkins.

—Mary —le dije—, me parece que debemos tener una conversación tú y yo.

\* \* \*

Todavía sonreía cuando salí del gran patio del hospital, con el vestido cubierto por el hábito de novicia de tela rígida y gris.

Una buena cantidad de cirujanos, uroscopistas, componedores de huesos, médicos y otros sanadores donaban su tiempo y servicio como obra de caridad; otros iban para aprender o mejorar su habilidad ya que los pacientes del Hôpital des Anges no tenían posibilidad de protestar por ser sometidos a experimentos de todo tipo.

El personal médico variaba casi a diario entre los profesionales que no tuvieran pacientes de pago ese día y los que tenían alguna técnica nueva que necesitaba ser puesta a prueba. Sin embargo, la mayoría de los médicos independientes iban bastante a menudo, así que pronto aprendí a reconocer a los regulares.

Uno de los más interesantes era el hombre alto y demacrado al que había visto amputar una pierna el primer día. Averigüé que se llamaba *Monsieur Forez* y era especialista en componer huesos. A veces realizaba las amputaciones más difíciles, en especial cuando se trataba de una extremidad entera en lugar de una articulación. Las monjas y los enfermeros parecían temerle; nunca bromeaban con él ni intercambiaban bromas como con los demás voluntarios.

Aquel día, *Monsieur Forez* estaba trabajando. Me acerqué en silencio, para ver que hacía. El paciente, un joven obrero, yacía en el camastro, muy pálido y jadeante. Se había caído de un andamio de la catedral y se había roto un brazo y una pierna. Pude ver que el brazo no era un problema para un profesional: se trataba de una fractura simple de radio. Sin embargo, la pierna tenía una fractura doble compuesta, que afectaba el fémur medio y la tibia. Afilados fragmentos óseos asomaban por la piel del muslo y la pantorrilla, y la piel lacerada estaba llena de moretones.

No deseaba distraer la atención del profesional, pero *Monsieur Forez* parecía muy pensativo; caminaba lentamente alrededor del paciente, temiendo que la víctima estuviera ya muerta. Parecía un cuervo, con su nariz picuda y el pelo suave y negro sin empolvar peinado hacia la nuca. Su ropa también era negra y lúgubre, aunque de buena calidad. Era evidente que ganaba bien fuera del hospital.

Por fin supo qué hacer. Levantó la barbilla y miró a su alrededor en busca

de ayuda. Sus ojos se posaron en mí, y me hizo un ademán para que me acercara. Yo tenía puesto el hábito de novicia y, perdido en su concentración, no advertió que no llevaba la toca ni el velo de una monja.

—Aquí, *ma soeur* —ordenó, cogiendo el tobillo del paciente—. Agarradlo firmemente, justo detrás del talón. No apretéis hasta que os lo ordene, pero cuando os dé la orden, tirad del pie hacia vos. Hacedlo muy despacio, pero con fuerza. Necesitaréis fuerza, ¿os dais cuenta?

—Me doy cuenta. —Cogí el pie como me indicaba; *Monsieur Forez* se dirigió lentamente hacia el otro lado del camastro, sin dejar de contemplar la pierna fracturada.

—Tengo un estimulante que será de utilidad —dijo—. Constriñe los vasos sanguíneos de la superficie de la piel, e impele la sangre hacia adentro, donde puede ser de mayor utilidad para nuestro joven amigo. —Diciendo esto, cogió al paciente por los pelos y le metió un medicamento en la boca sin derramar ni una gota.

—Ah —dijo cuando el hombre hubo tragado—. Eso ayudará. En cuanto al dolor... sí, será mejor si podemos entumecer la pierna, así el paciente se sentirá menos inclinado a resistirse a nuestros esfuerzos para enderezarla.

Sacó un pequeño alfiler de bronce del bolsillo. Exploró con suavidad el interior del muslo del paciente, cerca de la ingle. Los dedos vacilaron, se detuvieron y palparon en un pequeño círculo hasta detenerse en un punto. *Monsieur Forez* apoyó la punta del alfiler en el mismo sitio. Después sacó un pequeño martillo de bronce y clavó el alfiler en la pierna de un solo golpe.

La pierna se sacudió con violencia, pero después pareció relajarse. El vasoconstrictor administrado previamente estaba haciendo efecto; el flujo de sangre de los tejidos dañados había disminuido considerablemente.

—¡Es increíble! —exclamé—. ¿Qué habéis hecho?

*Monsieur Forez* sonrió con timidez. Sus mejillas se tiñeron de rosa por el placer que le produjo mi admiración.

—Bueno, no siempre funciona tan bien —admitió con modestia—. Esta vez tuve suerte. —Señaló el alfiler de bronce, mientras explicaba—: Aquí, hermana, hay un gran nudo de nervios, lo que los entendidos en anatomía llaman *plexus*. Si se tiene la suerte de atravesarlo, inhibe una gran cantidad de sensaciones en la extremidad inferior. —De repente, al darse cuenta de que

estaba perdiendo un tiempo que podría utilizar operando, se enderezó.

—Vamos, *ma soeur* —ordenó—. ¡Volved a vuestro puesto! La acción del estimulante no dura mucho; debemos trabajar rápidamente.

Casi muerta, la pierna se enderezó con facilidad y los extremos astillados del hueso volvieron a insertarse en la piel. Siguiendo las órdenes de *Monsieur Forez*, sujeté el torso del joven mientras él maniobraba el pie y la pantorrilla, aplicando una tracción constante mientras se hacían los últimos ajustes.

—Así está bien, hermana. Ahora, si podéis sostener el pie un momento... —Con un grito llamó a un enfermero y le hizo llevar un par de palos y algunas vendas; poco después, la pierna estaba entablillada y las heridas vendadas.

—Habéis hecho un trabajo espléndido —dije. La expresión de *Monsieur Forez* cambió: se había dado cuenta de que no usaba velo. En aquel momento la campana de la iglesia contigua sonó, llamando a vísperas.

—Disculpadme —dije, empezando a quitarme el hábito—. Debo irme de inmediato, o mi marido se preocupará. Me alegro de haberos podido asistir, *Monsieur Forez*. —El componedor de huesos me observó sorprendido.

—Pero vos... claro, no sois una monja. Debí darme cuenta antes... pero... ¿quién sois? —preguntó con curiosidad.

—Mi apellido es Fraser —dije—. Disculpad, pero debo irme, o mi esposo...

Se enderezó hasta alcanzar toda su altura, y se inclinó con profunda seriedad.

—Sería un privilegio para mí escoltaros hasta vuestra casa, *Madame Fraser*.

—Pues... muchas gracias —respondí—. Pero ya tengo quien me escolte —dije, buscando a Fergus con la mirada. Allí estaba, apoyado en el marco de una puerta, retorciéndose de impaciencia.

*Monsieur Forez* examinó a mi escolta con mirada dubitativa, y luego me cogió firmemente de un codo.

—Os acompañaré hasta la puerta de casa, *Madame* —declaró—. Esta parte de la ciudad es mucho más peligrosa por la noche, y no podéis andar por ahí con un niño por compañía.

Vi que Fergus enrojecía de indignación al oír que lo llamaban niño;

empezó a protestar y a decir que él era una excelente escolta, y que siempre me llevaba por las calles más seguras. *Monsieur Forez* hizo caso omiso de nosotros, y se limitó a hacer un gesto majestuoso con la cabeza a la hermana Angelique mientras me guiaba a través de las enormes puertas dobles del hospital.

Fergus me pisaba los talones, tirándome de la manga.

—¡*Madame!* —dijo—. ¡*Madame!* He prometido al amo que todos los días os llevaría a casa sana y salva, y que no os permitiría ir con indeseables...

—Aquí está, *Madame*. Sentaos aquí; vuestro criado puede ocupar el otro asiento. —Sin hacer caso de las protestas de Fergus, *Monsieur Forez* lo alzó y lo arrojó dentro del carruaje.

Conversamos cortésmente camino a casa, discutiendo sobre temas médicos. Fergus no se movía de su rincón. Al llegar a la Rue Tremoulins, saltó sin esperar a que el cochero abriera la puerta y entró a toda prisa. Lo seguí con la mirada y me volví para despedirme de *Monsieur Forez*.

—No es nada —me aseguró—. Vuestra residencia me queda de camino y no habría dejado a una dama tan gentil librada a las calles parisinas a estas horas. —Me dio la mano para ayudarme a descender, e iba a decir algo más cuando oímos que la puerta de mi casa se abría de golpe.

Vi a Jamie, cuya expresión fue cambiando de airada a sorprendida.

—¡Ah! —dijo—. Buenas noches, *Monsieur*. —Hizo una reverencia, que *Monsieur Forez* devolvió con gran solemnidad.

—Vuestra esposa me ha concedido el gran placer de traerla sana y salva a vuestra puerta, milord. En cuanto a la tardanza, os ruego que no la culpéis, pues ha tenido la nobleza de asistirme en el Hôpital des Anges.

—Así habrá sido —dijo Jamie—. Después de todo —agregó en inglés, enarcando una ceja hacia mí— no puede esperarse que un simple marido tenga los mismos derechos que un intestino inflamado o unas manchas biliosas, ¿no?

Haciendo otra reverencia a *Monsieur Forez*, me cogió del brazo y me llevó adentro.

—¿Dónde está Fergus? —pregunté en cuanto la puerta se cerró a nuestras espaldas. Jamie dio un bufido.

—En la cocina, esperando un castigo, supongo.

—¿Castigo? ¿Qué quieres decir? —inquirí. Inesperadamente se echó a reír.

—Bueno —explicó—. Yo estaba sentado en el estudio, preguntándome dónde diablos andarías y a punto de ir en persona al Hôpital, cuando se abrió la puerta, entró el joven Fergus y se arrojó a mis pies suplicándome que lo matara allí mismo.

—¿Matarlo? ¿Por qué?

—Bueno, eso mismo le pregunté, *Sassenach*. Pensé que os habían atacado en el camino; pero respondió que estabas en la puerta, así que salí corriendo para ver si estabas bien, con Fergus pegado a mis talones, balbuceando algo sobre haber traicionado mi confianza y ser indigno de llamarme amo, y rogándome que lo golpeará hasta matarlo. Me costaba trabajo pensar, así que le dije que lo atendería más tarde y lo envié a la cocina.

—¡Maldita sea! —exclamé—. ¿De verdad cree que traicionó tu confianza sólo porque llegué un poquito tarde?

Jamie me miró de reojo.

—Sí, así es. Y así fue, al dejarte venir en compañía de un extraño. Él jura que se habría arrojado bajo los caballos antes de permitirte entrar en el carruaje, pero que tú —añadió puntualmente— parecías llevarte muy bien con el hombre.

—Bueno, por supuesto que me llevaba muy bien —respondí indignada—. Acababa de ayudarle a enderezar una pierna.

—Hum. —Aquel argumento no parecía convencerlo.

—Oh, de acuerdo —dije—. Tal vez fue poco sensato de mi parte. Pero me pareció un hombre muy respetable, y además tenía prisa por llegar a casa... sabía que estarías preocupado. —Deseaba haber prestado más atención a las protestas de Fergus, pero en aquel momento lo único que me preocupaba era llegar a casa lo antes posible—. No vas a pegarle, ¿no? —pregunté—. No ha tenido la culpa de nada... yo insistí en ir con *Monsieur Forez*, o sea que si alguien merece ser golpeado, soy yo.

Jamie arqueó una ceja irónicamente.

—Así es —dijo—. Pero como juré no hacerlo, tendré que conformarme con Fergus.

—¡Jamie! ¡No! ¡Jamie, por favor! —Entonces vi su media sonrisa y suspiré aliviada.

—No —dijo, sonriendo abiertamente—. No tenía intención de golpearlo. Tendré que ir a darle un par de tirones de oreja, aunque sea para salvar su honor —añadió—. Cree que ha cometido un crimen espantoso al no cumplir mi orden de cuidarte... no puedo dejarlo pasar sin algún signo de disconformidad oficial. —Se detuvo para abrocharse los puños—. ¿Estoy bien? —inquirió—. Tal vez debería ir a buscar la chaqueta; no sé cuál es la vestimenta adecuada para impartir castigos.

—Yo te veo bien —le aseguré—. Muy severo.

—Está bien —dijo—. Espero no reírme; lo echaría todo a perder —murmuró.

La atmósfera de la cocina distaba de ser divertida. Cuando entramos, todo el mundo permaneció quieto por un momento, después hubo un pequeño movimiento y Fergus avanzó hacia nosotros.

La cara del niño estaba blanca y marcada por las lágrimas, aunque ya no lloraba.

—*Madame, Monsieur*, estoy avergonzado —dijo, en voz baja pero clara—. Soy indigno de ser vuestro empleado, sin embargo os ruego que no me echéis. —Su voz aguda tembló un poco, miró a las filas de sirvientes, como si buscara apoyo, y recibió un ademán de asentimiento de Fernand, el cochero. Respirando hondo para reunir valor, se puso derecho y le habló a Jamie directamente.

—Estoy listo para recibir mi castigo, señor —dijo. Como si ésta hubiera sido la señal, uno de los lacayos salió de las filas, condujo al niño a la mesa y, pasando al otro lado, cogió sus manos por encima del tablero.

—Pero... —empezó Jamie. No continuó hablando pues Magnus, el anciano mayordomo, se acercó y le entregó una tira de cuero que se utilizaba para afilar los cuchillos de cocina.

—Pues... —dijo Jamie, mirándome con impotencia.

—Hum —dije, y di un paso atrás. Con los ojos entrecerrados, Jamie me cogió la mano y le dio un apretón.

—No, *Sassenach* —murmuró en inglés—. ¡Si tengo que hacerlo, quiero que lo veas! ¡Oh, maldita sea! —dijo en inglés, cogiendo la tira de cuero que

le entregaba Magnus. Flexionó la ancha tira entre las manos: era un arma formidable. Evidentemente deseoso de estar en cualquier otro sitio, se acercó al cuerpo de Fergus.

—Está bien —dijo, echando una mirada fulminante por la habitación—. Diez golpes, y no quiero oír ni una queja. —Un terrible silencio se extendió por la estancia cuando levantó la tira.

El impacto me hizo saltar y las cocineras soltaron grititos de alarma, pero Fergus permaneció callado. El pequeño cuerpo tembló y Jamie cerró los ojos un momento; luego apretó los labios y procedió a infligir el resto de la sentencia. Sentí náuseas y me sequé las palmas húmedas en la falda con disimulo. Al mismo tiempo, sentí el impulso de echarme a reír ante la terrible farsa.

Fergus soportó todo en silencio y, cuando Jamie terminó y dio un paso atrás, pálido y sudando, el cuerpecito estaba tan quieto que por un momento temí que hubiera muerto... del susto, más que de los efectos de la tunda. Entonces un profundo estremecimiento pareció sacudir el pequeño pecho, y el niño se deslizó hacia atrás y se alejó de la mesa.

Jamie saltó hacia delante para asirlo del brazo, alisando ansiosamente el pelo sudoroso de la frente del niño.

—¿Estás bien? —preguntó—. ¡Por Dios, Fergus, dime que estás bien!

El niño tenía los labios blancos y los ojos como platos, pero sonrió ante la buena voluntad de su amo; los dientes brillaron a la luz de la lámpara.

—Oh, sí, señor —respondió jadeando—. ¿Estoy perdonado?

—¡Jesucristo! —murmuró Jamie, y apretó al niño contra su pecho—. ¡Por supuesto que sí, chico tonto! —Alejó al niño y lo sacudió un poco—. No quiero tener que volver a hacerlo, ¿me oyes?

Fergus asintió con los ojos brillantes y se arrojó de rodillas a mis pies.

—¿Vos también me perdonáis, *Madame*? —preguntó, juntando las manos y levantando la mirada.

—No hay nada que perdonar —le dije—. Eres un niño muy valiente, Fergus. ¿Por qué no vas a comer algo?

Al decir esto, la atmósfera de la cocina se relajó, como si todo el mundo hubiera suspirado de alivio al mismo tiempo. Los demás sirvientes se acercaron, murmurando felicitaciones. Fergus fue alzado como un héroe,

mientras Jamie y yo nos retiramos precipitadamente a nuestros aposentos.

—¡Oh, Dios! —dijo Jamie, dejándose caer en su silla como si estuviera completamente agotado—. ¡Virgen Santa! ¡Dios y María Santísima! Necesito un trago. ¡No llames! —exclamó alarmado, aunque ni siquiera me había movido hacia la campanilla—. En este momento no podría soportar enfrentarme a ninguno de los sirvientes.

Se levantó y buscó en el armario.

—Creo que tengo una botella por aquí.

La tenía, un buen *whisky* escocés añejo. Quitó el corcho con los dientes, bajó el nivel de la bebida unos cuantos centímetros y me la pasó. Seguí su ejemplo sin vacilar.

—¡Jesús! —exclamé cuando recuperé el aliento.

—Sí —dijo y echó otro trago—. ¡Dios, me sentí como un idiota!

—También yo —dije—. Aún más que tú, me imagino. Después de todo, fue culpa mía. Jamie, no sabes cuánto lo siento; nunca me imaginé...

—Ah, no te preocupes —dijo—. No podías saberlo. Yo tampoco —añadió—. Supongo que creyó que lo iba a echar, y que volvería a la calle... pobrecillo. No me sorprende que se haya considerado afortunado de recibir una tunda.

Sentí un escalofrío al recordar las calles por las que había pasado el carruaje de *Monsieur Forez*.

—Eso supongo —dije. Saboreé el *whisky* y después pasé la botella; habíamos bebido más de la mitad—. Espero que no le hayas hecho heridas.

—Bueno, sin duda estará un poco dolorido. —Su acento escocés, por lo general leve, era más acusado cuando bebía. Miró cuánto quedaba en la botella—. ¿Sabes que nunca me había dado cuenta de lo difícil que debió de haber sido para mi padre golpearme? Siempre pensé que era yo quien llevaba la peor parte. —Echó la cabeza hacia atrás y volvió a beber, después apoyó la botella y observó el fuego—. Ser padre ha de ser un poco más complicado de lo que imaginé. Tendré que pensar al respecto.

—Bueno, no pienses mucho ahora —le dije—. Has bebido demasiado.

—Ah, no te preocupes —respondió alegremente—. Tengo otra botella en el armario.

*En el que la música desempeña un papel*

Estuvimos bebiendo hasta tarde y repasando una y otra vez la última carta enviada por el caballero de San Jorge (conocido también como Jacobo III) y las cartas dirigidas al príncipe Carlos por sus partidarios.

—Fergus ha conseguido un buen paquete de cartas para el rey —me explicó Jamie—. Algunas eran bastante sustanciales y no nos daba tiempo a copiarlas, así que las guardo para la próxima remesa.

—Mira —dijo—. La mayoría están en clave. Como ésta: «Sé que está bien la caza de la perdiz este año en Salerno; a los cazadores de esa región les va bien». Eso es fácil. Es una referencia a Manzetti, el banquero italiano; es de Salerno. Sé que Carlos cenó con él, y logró sacarle quince mil libras. Parece que el consejo de Jacobo fue bueno. Pero aquí... —Buscó en el montón de cartas y sacó otra hoja.

—Fíjate en esto —me dijo, entregándome una hoja llena de garabatos.

Miré el papel. Había unas letras relacionadas entre sí con flechas y signos de interrogación.

—¿Qué idioma es éste? —pregunté—. ¿Polaco? —La madre de Carlos Estuardo, la difunta Clementina Sobieski, era polaca.

—No, es inglés —contestó Jamie con una sonrisa—. ¿No puedes leerla?

—¿Tú sí?

—Claro —respondió muy ufano—. Es una clave; y no muy complicada.

Verás, todo lo que hay que hacer es separar las letras en grupos de cinco, sin contar las X ni las Q. La X separa las oraciones y la Q sólo sirve para confundir un poco las cosas.

—Si tú lo dices —dije, mirando la carta, que empezaba: «Mrti ocruti dlopro qahstmin...», y la hoja escrita por Jamie, con series de cinco letras escritas en una línea, y letras sueltas escritas cuidadosamente por encima de aquéllas.

—Así, una letra sólo puede ser sustituida por otra, pero en el mismo orden —explicó Jamie— así que, si se dispone de suficiente cantidad de texto para trabajar, y se adivina alguna que otra palabra, lo único que se necesita es traducir de un alfabeto a otro... ¿ves? —Pasó una larga hoja de papel debajo de mi nariz, con dos alfabetos paralelos.

—Bueno, más o menos. Supongo que tú lo entiendes, que es lo más importante. ¿Qué dice?

La expresión de vivo interés que invadía a Jamie con cualquier tipo de acertijo se desvaneció, y dejó caer la hoja en la rodilla. Me miró, mordiéndose el labio inferior, pensativo.

—Bueno —dijo— eso es lo extraño. Y sin embargo no veo dónde está el error. En general, el tono de las cartas de Jacobo indica una dirección, y esta carta descifrada la señala con claridad.

Los ojos azules bajo las espesas y rojizas cejas se encontraron con los míos.

—Jacobo quiere que Carlos se granjee la buena voluntad de Luis —respondió— pero no está buscando ayuda para invadir Escocia. Jacobo no tiene interés en la restauración.

—¿Cómo? —Le quité la carta y traté de descifrar el texto.

Jamie estaba en lo cierto; mientras que las cartas de los partidarios hablaban con esperanza acerca de la inminente restauración, la de Jacobo a su hijo no hacían ninguna mención a este tema, sino que manifestaban la preocupación de que Carlos causara buena impresión ante Luis. Hasta el préstamo de Manzetti estaba destinado a que Carlos viviera como un caballero en París y no a apoyar un movimiento militar.

—Creo que Jacobo es un hombre muy sagaz —concluyó Jamie—. Veras, *Sassenach*. Él tiene muy poco dinero propio; su mujer tenía mucho, pero el

tío Alex me dijo que se lo dejó todo a la Iglesia al morir. El papa ha estado manteniéndolo, pues es un monarca católico, y el papa prefiere apoyar sus intereses a los del elector de Hannover.

Cruzó las manos alrededor de una rodilla y observó con aire pensativo el montón de papeles.

—Felipe de España y el anterior Luis le dieron un pequeño número de tropas y unos cuantos barcos, hace unos treinta años, para que recuperara su trono. Pero todo salió mal; todo se malogró y al final, los franceses se volvieron. Por eso quizá, Jacobo abandonó la idea de recuperar el trono. Pero tiene dos hijos mayores y tiene que buscarles una buena posición.

»Así que me pregunto lo que yo haría en una situación así. La respuesta es que trataría de ver si mi buen primo Luis (que, después de todo, es el rey de Francia) puede colocar a uno de mis hijos; darle, quizás, un destino militar, con soldados bajo su mando. Ser general de Francia no es nada despreciable.

—Hum —asentí, pensativa—. Sí, pero si yo fuera muy inteligente, quizá no iría a pedirle una limosna a Luis como un pariente pobre. Enviaría a mi hijo a París, e intentaría que lo aceptara en la corte. Y mientras tanto, mantendría viva la impresión de que sigo buscando activamente mi restauración.

—Porque en cuanto Jacobo reconozca abiertamente que los Estuardo jamás volverán a reinar en Escocia —añadió Jamie con voz suave— dejará de tener valor para Luis.

Y sin la posibilidad de una invasión armada jacobita para mantener ocupados a los ingleses, Luis tendría pocos motivos para dar a su joven primo Carlos nada que no fuera el óbolo mínimo a que lo obligarían la decencia y la opinión pública.

No era nada seguro; las cartas que Jamie había podido conseguir eran de enero, cuando Carlos había llegado a Francia. Y la situación no era clara. Pero parecía que todo apuntaba en aquella dirección.

Y si la corazonada de Jamie con respecto a los motivos del caballero era correcta, nuestra misión ya estaba cumplida; en realidad, no había llegado a existir.

\* \* \*

Todo el día siguiente estuve abstraída reflexionando sobre los acontecimientos de la noche anterior: al visitar el salón matutino de Marie d'Arbanville para oír recitar a un poeta húngaro; al ir a un herbolario del vecindario para recoger un poco de valeriana y de raíz de lirio de Florencia y en mis rondas por la tarde en el Hôpital des Anges.

Decidí abandonar el trabajo temprano. Todavía no habían llegado Murtagh ni Fergus para escoltarme a casa, de modo que me senté a esperar. Hacía cerca de media hora que esperaba, torciendo aburrida la tela de mi vestido entre los dedos, cuando oí ladrar a Bouton. El portero estaba ausente, como solía suceder. Como de costumbre durante su ausencia, el cuidado de las puertas del hospital quedaba a cargo de las eficientes patas (y dientes) de Bouton.

Al primer ladrido de advertencia siguió un gruñido bajo que dio a entender al extraño que permaneciera en su sitio. Me levanté para ver si el padre Balmain se estaba enfrentando al demonio otra vez. Pero era una figura alta, cuya falda flameaba con gracia alrededor de sus piernas mientras se alejaba del pequeño animal.

Jamie pestañeó, sorprendido por el asalto. Cubriéndose los ojos, miró hacia las sombras.

—Ah, hola, perrito —dijo. Bouton gruñó un poco más fuerte y Jamie dio otro paso—. ¡Ah! Conque esas tenemos, ¿eh? —dijo—. Piénsatelo bien, muchacho —le advirtió—. Soy bastante más grande que tú. Yo en tu lugar no haría tonterías.

Bouton se apartó un poco, todavía gruñendo.

—Más rápido —dijo Jamie, haciendo un amago para pasar. Bouton trató de morderle la pantorrilla y tuvo que dar un paso atrás. Inclínándose contra la pared, cruzó los brazos y se dirigió al perro—. Bueno, en eso tienes razón, tengo que admitirlo. En lo se refiere a dientes no hay duda de que me superas. —Bouton inclinó una oreja ante este amable discurso, pero pronto volvió a gruñir.

Jamie puso un pie sobre el otro, como quien se prepara para esperar

indefinidamente.

—Tendrás algo mejor que hacer que molestar a visitantes inofensivos — preguntó Jamie—. He oído hablar de ti... eres el famoso tipo que huele las enfermedades, ¿no? Bueno, pues, ¿por qué pierdes el tiempo cuidando la puerta cuando podrías ser útil oliendo dedos con gota y traseros con pus? ¡Contéstame, por favor!

La única respuesta fue un hosco ladrido.

Se oyó un movimiento de hábitos y la madre Hildegarde entró en la oficina.

—¿Qué pasa? —me preguntó, al verme espiando por la puerta—. ¿Tenemos visita?

—Bouton parece tener una diferencia de opinión con mi marido —dije.

—No tengo por qué soportar esto, ¿sabes? —dijo Jamie. Una mano se deslizaba hacia el broche que sostenía su capa en el hombro—. Un rápido movimiento de mi capa y te envolveré como un... ¡ah, bonjour, *Madame!* — dijo, cambiando rápidamente al francés al ver a la madre Hildegarde.

—Bonjour, *Monsieur* Fraser. —La madre inclinó su velo, más para esconder una sonrisa que a guisa de saludo, según pensé—. Veo que ya conocéis a Bouton. ¿Venís en busca de vuestra esposa?

Me pareció que era el momento de aparecer y salir de la oficina detrás de la madre. Mi devoto esposo miró a Bouton y a la puerta de la oficina, evidentemente sacando conclusiones.

—¿Y cuánto hace que estás ahí? —preguntó.

—El suficiente —respondí—. ¿Y qué le habrías hecho, una vez envuelto en tu capa?

—Lo habría tirado por la ventana y habría salido corriendo —respondió, con una rápida mirada de admiración a la figura imponente de la madre Hildegarde—. Por una de esas casualidades, ¿ella habla inglés?

—Por suerte para ti, no —respondí. Hablé francés para las presentaciones—. *Ma mère, je vous présente mon mari, le seigneur de Broch Tuarach.*

—Milord. —La madre Hildegarde lo saludó afablemente—. Echaremos de menos a vuestra esposa, pero si la requerís, por supuesto...

—No he venido a buscar a mi esposa —la interrumpió Jamie— sino a vos, *ma mère.*

En la oficina de la madre Hildegarde, Jamie puso un montón de papeles sobre el escritorio. Bouton, que no le perdía de vista, se echó a los pies de su ama. Apoyó el hocico sobre los pies de Jamie, pero mantuvo las orejas tiasas y el labio levantado sobre un colmillo por si le requerían que descuartizara al visitante.

Jamie miró al perro con los ojos entrecerrados y alejó los pies del hocico negro.

—*Herr* Gerstmann me recomendó que viniera a consultaros, madre, acerca de estos documentos —dijo.

La madre Hildegarde observó a Jamie. Luego se fijó en los papeles; parecía estar concentrada en los papeles, pero se mantenía alerta para captar cualquier urgencia del hospital.

—¿Sí? —dijo. Con un dedo recorrió los pentagramas de música escrita, uno por uno, como si pudiera oír las notas con sólo tocarlas.

—¿Qué es lo que queréis saber, *Monsieur* Fraser? —preguntó.

—No lo sé, madre. —Jamie estaba inclinado hacia delante, atento.

—Hay algo extraño en esta música, madre.

La monja esbozó una especie de sonrisa.

—¿De veras, *Monsieur* Fraser? Sin embargo, presumo, y espero que no os ofendáis, que para vos la música es... ¿como una cerradura para la cual no tenéis llave?

Jamie se echó a reír, y una hermana que pasaba por el corredor se volvió, sorprendida. El hospital era un lugar ruidoso, pero una carcajada resultaba algo inusitado.

—Una descripción muy diplomática de mi incapacidad, madre. Y totalmente cierta. Si vos cantarais una de estas piezas... —el dedo de Jamie, más largo y delgado, pero casi del mismo tamaño que los de la madre Hildegarde, tocó el papel con un suave crujido— yo no la distinguiría del Kyrieleisón o de *La Dame fait bien*... excepto las palabras —añadió con una sonrisa...

Entonces le tocó reírse a la madre.

—¡Bueno, por lo menos entendéis las palabras! —Cogió los papeles y hojeó los de arriba.

Jamie se quedó sentado. Apoyó sobre la rodilla la mano sana sobre la lisiada y se quedó observándola. Los rasgados ojos azules estaban atentos, sin hacer caso al ruido del hospital. Los pacientes gritaban, los enfermeros y las monjas se gritaban entre si y los familiares daban gritos de pena o de consternación. El ruido de los instrumentos metálicos resonaba en las antiguas piedras del edificio, pero ni Jamie ni la madre Hildegarde se movieron.

Por fin la madre apartó las páginas y lo miró. Sus ojos brillaban como los de una jovencita.

—¡Creo que tenéis razón! En este momento no tengo tiempo de pensarlo; pero aquí hay algo extraño. —Colocó las hojas en un solo montón—. ¡Es extraordinario! —dijo.

—Sea como fuere, madre... ¿podéis, con vuestros conocimientos, encontrar una pauta? Es algo difícil; tengo razones para suponer que se trata de una clave, y que el idioma del mensaje es inglés, aunque el texto de las canciones es en alemán.

La madre Hildegarde emitió un gruñido de sorpresa.

—¿En inglés? ¿Estáis seguro?

Jamie sacudió la cabeza.

—Seguro no, pero lo sospecho. Tenemos el país de origen; las canciones fueron enviadas desde Inglaterra.

—Bien, *Monsieur* —dijo, arqueando una ceja—. Vuestra esposa habla inglés, ¿no? Y me imagino que estaréis dispuesto a sacrificar su compañía para que me asista en esta tarea.

Jamie la miró, con una media sonrisa.

—Os propongo un trato, madre —dijo—. Si vuestro perrito no me muerde cuando me vaya, podéis retener a mi esposa.

Y así fue como aquella noche, en lugar de regresar a la casa de Jared en la Rue Tremoulins, compartí la cena con las hermanas del Couvent des Anges ante la larga y angosta mesa del comedor, y luego me dirigí a las habitaciones privadas de la madre Hildegarde para el trabajo planeado.

Había tres cuartos en la vivienda de la superiora. El primero estaba amueblado como una sala de estar, con cierta riqueza. Después de todo, era

allí donde recibía las visitas. El segundo cuarto me sorprendió, simplemente porque no lo esperaba. Al principio tuve la impresión de que lo único que contenía era un enorme clavicordio, de madera de nogal lustrada y brillante, y decorado con florecitas pintadas a mano que colgaban de una rama que recorría la caja de resonancia.

Con una mirada más detenida, sin embargo, vi otros muebles en el cuarto, incluyendo un grupo de repisas del largo de la pared, llenas de obras sobre música y manuscritos cosidos a mano, muy parecidos a los que la madre Hildegarde apoyaba en aquel momento sobre el atril del clavicordio.

La madre me señaló una silla.

—Ahí hay papel y tinta, milady. Y ahora veamos qué puede decirnos esta partitura.

La música estaba escrita en un pergamino grueso con los pentagramas bien rectos a lo largo de las páginas y las notas, claves, pausas y agudos estaban trazados con esmero; se trataba de una copia final, no de un borrador garabateado. En la parte superior de la página estaba el título *Lied des Landes*: «Canción del campo».

—El título, como puedes ver, sugiere algo simple, como un volkslied —dijo la madre Hildegarde—. Y sin embargo la forma de la composición es diferente. ¿Puedes leer música a primera vista?

Asomándome sobre el hombro de la madre, entoné las tres primeras líneas, esmerándome para pronunciar el alemán. Entonces dejó de tocar y giró para mirarme.

—Ésa es la melodía básica. Luego se repite, con variaciones, pero ¡qué variaciones! Yo he visto algo parecido, de un anciano alemán llamado Bach; de vez en cuando me envía sus cosas... —Señaló con indiferencia la repisa de manuscritos—. Las llama «Invenciones», y en realidad son bastante inteligentes; ejecuta las variaciones en dos o tres líneas melódicas simultáneamente. Esto —frunció los labios— es una burda imitación de una de esas invenciones. De hecho, juraría que... —Murmurando para sí, empujó hacia atrás el banco de nogal y fue a un estante, pasando el dedo rápidamente por los manuscritos.

Encontró lo que buscaba y volvió al banco con tres partituras.

—Aquí están las piezas de Bach. Son bastante viejas, hace años que no

las miro. Sin embargo, estoy casi segura... —Se calló, mientras hojeaba las partituras una tras otra, echando un vistazo de vez en cuando a la canción que había en el atril.

—¡Ja! —gritó al cabo de un momento, mostrándome una de las partituras—. ¿Ves?

La pieza se titulaba *Variaciones Goldberg*. Toqué el papel con admiración, tragué saliva y volví la mirada a la canción. Tardé apenas un instante en darme cuenta de lo que quería indicarme la madre.

—Estáis en lo cierto. ¡Es idéntica! —exclamé—. Una nota diferente aquí y allá, pero básicamente es exactamente igual al tema original de la partitura de Bach. ¡Qué raro!

—¿Verdad? —dijo—. Pero ¿por qué este compositor roba una melodía y la trata de esta forma?

Evidentemente se trataba de una pregunta retórica, así que no me molesté en responder; en cambio, hice otra:

—La música de Bach, ¿está de moda, madre? —Yo no había oído nada de Bach en los salones a los que había asistido.

—No —respondió, sacudiendo la cabeza mientras miraba la partitura—. *Herr* Bach no es muy conocido en Francia; creo que gozaba de cierta popularidad en Alemania y en Austria hace unos quince o veinte años, pero aun allí su música no se toca con frecuencia en público. Me temo que no es la clase de música que perdura; inteligente, pero sin corazón. Hum. Ahora bien, ¿ves esto? —Dio golpecitos con el índice en diferentes páginas.

—Se ha repetido la misma melodía, o casi, pero con la clave cambiada. Esto debe de haber sido lo que llamó la atención de tu marido; es obvio, inclusive para quien no lee música, por el cambio de signatura: la note tonique.

Así era; cada cambio de clave iba marcado por una línea vertical doble seguida de una clave triple y un grupo de sostenidos o bemoles.

—Cinco cambios de clave en una pieza tan breve —observó la madre—. Y son cambios que no tienen ningún sentido, musicalmente al menos. Mira, la línea básica es la misma, sin embargo nos movemos de la clave de dos bemoles, que es *si* mayor bemol, a *la* mayor, con tres sostenidos. Más extraño aún, ¡continúa con una signatura de dos sostenidos, y sin embargo usa el *sol*

sostenido!

—Muy extraño —dije. Agregar un *sol* sostenido a la sección en *re* mayor producía el efecto de que la línea musical fuera idéntica a la sección en *la* mayor. En otras palabras, no existía ninguna razón para haber cambiado la clave.

—No sé alemán. ¿Entendéis lo que dice, madre?

Ella asintió. Los pliegues del velo negro crujían con el movimiento: los ojillos estaban fijos en el manuscrito.

—¿Qué letra tan horrorosa! —murmuró para sí—. Claro que no es de esperar buena poesía de los alemanes, por lo general, pero esto... —Se interrumpió, sacudiendo el velo—. Debemos suponer que, si tu marido está en lo cierto al creer que se trata de una clave, el mensaje está en estas palabras. Por lo tanto no tendrían gran importancia en sí mismas.

—¿Qué dice?

—«Mi pastora retoza con sus corderos entre las verdes colinas» —leyó—. La gramática es horrible; claro que al escribir poesía se permiten ciertas libertades, si el poeta insiste en que los versos rimen; suele ser el caso de las canciones de amor.

—¿Sabéis mucho acerca de las canciones de amor, madre Hildegarde? —pregunté.

—Toda pieza de música es en esencia una canción de amor —respondió—. En cuanto a tu pregunta, sí, he sabido muchas canciones de amor, cuando era niña —sonrió—. Yo era una especie de prodigio, ¿entiendes? Ejecutaba de memoria cualquier cosa que oía y escribí mi primera composición a los siete años. —Hizo un gesto al clavicordio—. Mi familia era rica; de haber sido hombre, sin duda habría sido músico. —Habló con sencillez, sin pesar.

—¿Y no habríais podido componer música si os hubierais casado? —pregunté.

La madre Hildegarde extendió las manos. Yo había visto aquellas manos arrancar una daga clavada en un hueso, acomodar un hueso en su articulación, o coger la cabeza ensangrentada de un bebé entre los muslos de su madre. Y también había visto aquellos dedos tocar las teclas de ébano con la delicadeza de un ángel.

—Bueno —dijo, después de un momento de reflexión—, todo es culpa de

san Anselmo.

—¿De verdad?

Sonrió al ver mi expresión.

—Ah, sí. Mi padrino, el viejo Rey Sol, me regaló un libro acerca de las vidas de los santos cuando tenía ocho años. Era un libro hermoso, con páginas de bordes dorados y cubiertas con adornos de joyas; era más una obra de arte que literaria. Sin embargo, lo leí. Y aunque disfruté todas las historias (en especial las de los mártires) hubo una frase en la historia de san Anselmo que dejó huella en mi alma.

Cerró los ojos y echó atrás la cabeza, recordando.

—San Anselmo era un hombre de gran sabiduría y conocimiento, un doctor de la Iglesia. Pero también era obispo, un hombre que amaba a su rebaño y cuidaba sus necesidades temporales y espirituales. La historia contaba con detalle todas sus obras y concluía con estas palabras: «Y así murió, al final de una vida eminentemente útil, y así obtuvo su corona en el paraíso». —Hizo una pausa, doblando las manos sobre las rodillas—. Hubo algo en esas palabras que me atrajo profundamente. «Una vida eminentemente útil». —Sonrió—. Podría pensar en muchos epitafios peores, milady. —De repente extendió las manos y se encogió de hombros—. Yo deseaba ser útil —dijo. Entonces, descartando la conversación, volvió a concentrarse en la música—. Así que lo más extraño son los cambios de clave: la *note tonique*. ¿Y eso dónde nos deja?

Abrí la boca con una ligera exclamación. Al estar hablando en francés no me había dado cuenta antes. Pero al oír a la madre Hildegarde contar su historia, había estado pensando en inglés, y cuando volví a mirar la música caí en la cuenta.

—¿Qué sucede? —preguntó la monja—. ¿Has visto algo?

—¡La clave! —exclamé, riéndome a medias—. En francés es la *note tonique*, pero en inglés se dice *key*, que quiere decir «llave». —Indiqué el gran manajo de llaves—. Eso es un *passe-partout*, ¿no es así? Una llave maestra.

—Sí —respondió ella, intrigada. Tocó la llave—. Un *passe-partout*. Pero ésta otra se llama *clef*.

—¡*Clef*, clave! —exclamé con alegría—. ¡Perfecto! —Puse un dedo en la

partitura—. Veréis, *ma mère*, en inglés la palabra es la misma, *key*, tanto para la música como para la cerrajería. En francés, *clef* significa llave, y en inglés, *clef* también forma parte de la signatura musical. Y la clave de la música también es la clave del código. ¡Jamie dijo que creía que se trataba de un código inglés! Hecho por un inglés con un sentido del humor verdaderamente diabólico —añadí.

Tras aquella pequeña reflexión, el código no resultó demasiado difícil de descifrar. Si el autor era inglés, era probable que también el mensaje en clave estuviera escrito en aquel idioma. Eso significaba que las palabras alemanas servían sólo como letras individuales. Y al haber visto el trabajo que Jamie se había tomado con los alfabetos y las letras cambiantes, me bastaron un par de intentos para encontrar el código.

—Dos bemoles significan que hay que contar cada segunda letra, empezando desde el comienzo de la sección —dije, mientras escribía de prisa los resultados—. Y tres sostenidos significan que hay que tomar cada tercera letra, comenzando al final de la sección. Supongo que utilizó alemán para ocultar el mensaje y por la cantidad de palabras que tiene; en alemán se necesitan casi el doble de palabras para decir lo mismo que en inglés.

—Tienes tinta en la nariz —observó la madre Hildegarde—. ¿Tiene sentido?

—Sí —respondí. De repente se me secó la boca—. Si, tiene sentido.

Una vez descifrado, el mensaje era breve y sencillo. También profundamente turbador.

—«Los leales súbditos de vuestra majestad en Inglaterra aguardan vuestra restauración. La suma de 50.000 libras está a vuestra disposición. Como prenda de buena fe, sólo se hará efectiva en forma personal, a la llegada de vuestra majestad a tierra inglesa». —Leí—. Hay una letra «S» al final. No sé si es una firma o algo que hizo el autor para que la palabra alemana fuera correcta.

—Hum. —La madre Hildegarde observó con curiosidad el mensaje garabateado y después a mí—. Tal vez ya lo sepa, por supuesto —dijo, asintiendo—, pero puedes asegurar a tu esposo que mantendré esto en secreto.

—Si no confiara en vos no os habría pedido este favor —protesté.

La hermana alzó las gruesas cejas.

—Si ésta es una prueba de las actividades de tu marido, se arriesga demasiado al confiar en cualquier persona. Asegúrale que soy consciente del honor —añadió con voz seca.

—Lo haré —dije, sonriendo.

—Caramba, *chère Madame* —dijo, al observarme— ¡estás muy pálida! Suelo quedarme hasta altas horas de la noche cuando trabajo en una pieza nueva, así que por lo general no presto atención a la hora, pero para ti debe de ser tarde. —Eché un vistazo al reloj que había en la mesita junto a la puerta.

—¡Dios mío! Sí que es tarde. ¿Llamo a la hermana Madeleine para que te acompañe a tu cuarto? —Jamie había accedido, muy a su pesar, a la sugerencia de la madre Hildegarde de que me quedara a pasar la noche allí.

Sacudí la cabeza. Estaba cansada, pero no quería ir a dormir. El mensaje era inquietante.

—Pues entonces, tomemos un pequeño refresco para celebrar nuestro éxito.

La madre Hildegarde hizo sonar una campana. Poco después fue una monja con leche caliente y pasteles helados.

—Tocaré para ti —anunció. Te ayudará a dormir.

La música era suave y tranquilizadora.

—¿Es vuestra? —pregunté, aprovechando una pausa.

La madre sacudió la cabeza sin girarse.

—No. De un amigo mío, Jean Phillippe Rameau. Es buen teórico, pero no escribe con gran pasión.

Debí de haberme quedado dormida, pues me desperté con la voz de la hermana Madeleine en el oído y su mano cálida y firme bajo mi brazo, poniéndome de pie y conduciéndome a mi cuarto.

Mirando hacia atrás, pude ver a la madre Hildegarde mientras tocaba. Sobre el suelo, cerca de sus pies, yacía Bouton.

—De manera que quizá han ido más allá de las palabras —observó Jamie.

—¿Quizá? —repetí—. Una oferta de cincuenta mil libras parece algo bastante claro. —Para la época, la suma equivalía a la renta anual de un ducado de regular tamaño.

Alzó una ceja escépticamente al ver el manuscrito musical que había traído del convento.

—Sí, claro. Una oferta semejante es bastante segura, si depende de que Carlos o Jacobo vuelvan a Inglaterra. Si Carlos va a Inglaterra, significa que también recibió respaldo suficiente de otros sitios para poder ir a Escocia. No —dijo, pensativo—, lo interesante de esta oferta es que es la primera señal concreta de que los Estuardo (al menos uno de ellos) organizan un intento de restauración.

—¿Uno de ellos? ¿Quieres decir que quizá Jacobo no sepa nada de esto? —Miré el mensaje en clave con más interés.

—El mensaje era para Carlos —me recordó Jamie— y vino de Inglaterra, no a través de Roma. Fergus lo consiguió del mensajero regular, en un paquete con sellos ingleses, no del mensajero papal. Y todo lo que leí en las cartas de Jacobo... —Sacudió la cabeza, serio.

—El paquete ya había sido abierto; Carlos ha visto este manuscrito. No llevaba fecha, así que no sé cuánto tiempo hace que lo recibió. No tenemos las cartas que Carlos envió a su padre. Pero en ninguna de las cartas de Jacobo se habla de esto, de nadie que pudiera ser el compositor ni de cualquier promesa de apoyo por parte de Inglaterra.

Me di cuenta de la dirección en que apuntaba.

—Y Louise de La Tour decía que Carlos pensaba anular su matrimonio para casarse con ella una vez fuera rey. ¿Crees que quizá Carlos no estuviera sólo haciendo promesas falsas?

—Quizá no —respondió Jamie.

—De modo que Carlos puede estar actuando a solas —dije—. Y Jacobo lo ha enviado aquí simulando que busca la restauración, para impresionar a Luis, pero en realidad...

—¿Cómo que Carlos no simula nada? —me interrumpió Jamie—. Sí, eso es lo que parece. Lo que debemos hacer ahora, *Sassenach*, es mantener los ojos bien abiertos, para ver qué ingleses hay en París. —Alzó el manuscrito de la cama y lo hojeó pensativamente—. Si alguien piensa en la posibilidad de buscar apoyo a gran escala, pueden enviar un mensajero personal a Carlos. Si yo estuviera arriesgando cincuenta mil libras, querría ver qué recibo por mi dinero, ¿no crees?

—Sí, claro —respondí—. Y hablando de ingleses, el rey ¿compra su coñac a Jared, o prefiere al señor Silas Hawkins?

—¿El señor Silas Hawkins, que está tan ansioso por enterarse de cómo está el clima político en las Tierras Altas de Escocia? —Jamie sacudió la cabeza con admiración—. Yo pensé que me había casado contigo porque tenías una bonita cara y un trasero hermoso y gordito. ¡Y pensar que también tienes cerebro! No lo sé, pero lo sabré antes de que termine el día.

## 16

### *La naturaleza del azufre*

El príncipe Carlos, en efecto, compraba su coñac al señor Hawkins. Aparte de ese descubrimiento, poco avanzamos durante las cuatro semanas siguientes. Luis de Francia seguía sin hacer caso de Carlos Estuardo. Jamie continuaba con su negocio de vino y visitando al príncipe Carlos. Fergus seguía robando cartas. Louise, princesa de Rohan aparecía en público del brazo de su marido, con aspecto afligido, pero floreciente. Yo seguía vomitando por la mañana, trabajando en el hospital por la tarde y sonriendo en las reuniones.

No obstante, hubo dos sucesos que parecieron prometer cierto progreso. Carlos, aburrido por el encierro, empezó a visitar las tabernas en compañía de Jamie, muchas veces sin la presencia de su tutor, el señor Sheridan, que se consideraba demasiado viejo para ir de juerga.

—¡Por Dios, este príncipe bebe como una cuba! —exclamó Jamie en cierta oportunidad al regresar de uno de los antros, oliendo a vino barato. Examinó con ojo crítico una enorme mancha que tenía en la camisa.

—Tendré que encargarme una camisa nueva —dijo.

—Vale la pena, si te dice algo mientras está bebiendo. ¿De qué habla?

—De caza y de mujeres. —Se negó firmemente a entrar en detalles. O bien la política le importaba menos que Louise de La Tour, o era muy discreto.

El otro suceso fue que *Monsieur Duverney*, el ministro de Finanzas,

perdió al ajedrez con Jamie, no una sino repetidas veces. Tal como Jamie había supuesto, *Monsieur Duverney* estaba cada vez más empeñado en ganar, razón por la cual nos invitaban con frecuencia a Versalles, donde yo me dedicaba a recoger chismes mientras Jamie jugaba.

Aquella noche, Jamie y el ministro estaban tan concentrados en el juego que permanecían ajenos a todo lo que les rodeaba.

—Nunca he visto algo más aburrido que el ajedrez —murmuró una dama—. ¡Y lo llaman entretenimiento! Me entretengo más mirando cómo mi criada les quita las pulgas a los pajes negros. Por lo menos chillan y ríen un poco.

—No me molestaría que el pelirrojo chillara y riera un poco conmigo —dijo su compañera.

Le sonreí con afabilidad, y sentí cierto placer al ver que el rubor le iba subiendo desde el cuello y le dejaba el cutis con manchas rosadas. En cuanto a Jamie, la rubia bien podría haberle acariciado la cabeza que ni siquiera se habría enterado.

Me pregunté en qué estaría tan concentrado. Seguro que en la partida no; *Monsieur Duverney* jugaba con mucha cautela, pero siempre utilizaba las mismas estratagemas.

El duque de Neve estaba a mi lado. Vi que sus ojillos oscuros se fijaron en los dedos de Jamie, y después se apartaron. Meditó un momento, examinando el tablero, y luego se alejó para elevar su apuesta.

Un lacayo se detuvo a mi lado, se inclinó y me ofreció otra copa de vino. La rechacé; ya había bebido suficiente; sentía la cabeza ligera.

Al girarme para buscar un asiento, vi al conde de St. Germain al otro lado de la habitación. Quizá era a él a quien miraba Jamie. El conde, a su vez, me miraba a mí; en realidad, me estaba fulminando con la mirada, con una sonrisa en los labios. No era su expresión normal, y no lo favorecía. No me preocupó, pero lo saludé con la cabeza. Después, me confundí entre el grupo de damas, charlando de esto y aquello, pero tratando, siempre que podía, de llevar la conversación hacia Escocia y su rey exiliado.

Por lo general, la posible restauración de los Estuardo no parecía preocupar a la aristocracia de Francia. Cuando yo mencionaba a Carlos Estuardo, la gente ponía los ojos en blanco o se encogía de hombros. A pesar

de los buenos oficios del conde de Mar y de los demás Jacobitas de Paris, Luis se negaba a recibir a Carlos en la corte. Y un exiliado sin dinero que no gozaba del favor del rey no iba a ser invitado a reuniones sociales donde pudiera conocer algún banquero rico.

—Al rey no le complace que su primo haya llegado a Francia sin solicitar antes su consentimiento —me dijo la condesa de Brabant—. Ha dicho que, por lo que a él concierne, Inglaterra puede seguir siendo protestante. Y si los ingleses arden en el infierno con George de Hannover, tanto mejor. —Frunció los labios con compasión; la condesa era amable—. Lo lamento, sé que ha de ser una desilusión para vosotros, pero realmente... —Se encogió de hombros.

Pensé que podríamos soportar aquella desilusión, y seguí buscando más chismes de este tipo, pero aquella noche no tuve mucho éxito. Los jacobitas, según me dieron a entender, eran muy aburridos.

—Torre por peón cinco dama —murmuró Jamie cuando nos preparábamos para acostarnos. Una vez más éramos invitados en el palacio. Como la partida de ajedrez había durado hasta bien pasada la medianoche, y el ministro no quiso ni oír hablar de que viajáramos a París a semejante hora, nos habían acomodado en un pequeño *appartement* un poco mejor que el primero, según noté.

—Torres, ¿eh? —dije—. ¿Vas a soñar con ajedrez?

Jamie asintió con un enorme bostezo.

—Sí, estoy seguro de que sí. Espero no molestarte, *Sassenach*, si enroco dormido.

Mis pies se retorcieron de placer al verse librados de mi peso y sentí un dolor placentero en la parte baja de la espalda al acomodarme para dormir.

—Si quieres, puedes hacer el pino mientras duermes —dije—. Esta noche nada podrá molestarme.

Nunca había estado más equivocada.

Pronto estaba soñando con el bebé, que pateaba y se movía dentro de mi barriga. Me llevé las manos al vientre tratando de aquietar la agitación interior. Pero los retortijones no cesaban, y entonces, en el sueño, me di cuenta de que no era un niño sino una víbora que serpenteaba en mis entrañas. Me doblé, levantando las rodillas, mientras luchaba con el reptil,

dando manotazos y buscando la cabeza de la bestia que se retorció bajo mi piel. Tenía la piel caliente, y mis intestinos se retorcían, convirtiéndose a su vez en serpientes, que mordían y se sacudían entre sí.

—¡Claire! ¡Despierta, querida! ¿Qué te pasa? —Las sacudidas y los gritos me despertaron. Estaba en la cama, Jamie tenía la mano sobre mi hombro y las sábanas de lino me tapaban. Pero las víboras seguían retorciéndose dentro de mí, y me puse a gemir, con un sonido que me alarmó a mí tanto como a Jamie.

Él apartó las sábanas y me puso de espaldas, tratando de bajarme las rodillas. Yo seguía doblada, agarrándome el estómago e intentando contener las terribles punzadas de dolor que me perforaban.

Jamie me cubrió con el edredón y salió corriendo de la habitación; apenas se detuvo para coger la falda de la silla.

Yo sólo me concentraba en mi agonía. Me zumbaban los oídos y un sudor frío me empapaba la cara.

—¿*Madame?* ¡*Madame!*

Abrí los ojos lo suficiente para ver a la criada asignada a nuestro *appartement* con los ojos frenéticos y toda despeinada, inclinada sobre la cama. Jamie, medio desnudo y más frenético aún, estaba detrás de ella. Cerré los ojos, sin dejar de gemir, pero antes vi que Jamie la cogía del hombro con fuerza.

—¿Está perdiendo el bebé?

Parecía muy probable. Me retorcí en la cama, gruñendo, y me encogía aún más, como protegiéndome del dolor.

Hubo un rumor de voces que iba en aumento, la mayoría femeninas, y varias manos me tocaron y empujaron. En medio del rumor oí una voz masculina; no era Jamie, sino un francés. A instancias de la voz, un número de manos agarraron mis tobillos y mis hombros y me estiraron sobre la cama.

Una mano se metió debajo de mi camisón y me palpó el vientre. Abrí los ojos, jadeante, y vi a *Monsieur Flèche*, el médico real, arrodillado junto a la cama y muy serio. Debí haberme sentido honrada ante esta muestra de favor real, pero no tuve tiempo para eso. La naturaleza del dolor parecía estar cambiando; si bien los espasmos eran más fuertes, se habían vuelto más o menos constantes; sin embargo, parecían moverse, trasladarse desde lo alto

de mi abdomen hacia abajo.

—No es un aborto —aseguró *Monsieur Flèche* a Jamie, que miraba por encima de su hombro—. No hay hemorragia. —Una de las criadas observaba horrorizada las cicatrices de su espalda. Tiró a su compañera de la manga, para que las viera.

—Quizá sea una inflamación de la vejiga —decía *Monsieur Flèche*— o un espasmo hepático.

—Idiota —dije, con los dientes apretados.

*Monsieur Flèche* me miró altivamente, calzándose tardíamente los quevedos con borde de oro para aumentar el efecto. Apoyó una mano sobre mi frente húmeda, tapándome los ojos para que no pudiera seguir mirándolo.

—Lo más probable es que sea el hígado —le decía a Jamie—. Un golpe en la vejiga produce la acumulación de humores biliosos en la sangre, lo cual causa dolor y locura temporal —añadió con autoridad, apretándome más mientras me retorcía de un lado a otro—. Hay que hacerle una sangría de inmediato. ¡Platón, la palangana!

Me solté y aparté la mano que me tapaba los ojos.

—¡Apártate de mí, maldito matasanos! ¡Jamie! ¡No permitas que me toquen con eso! —grité. Platón, el asistente de *Monsieur Flèche*, se acercaba con una lanceta y una palangana, mientras las espectadoras contenían el aliento y se abanicaban unas a otras.

Jamie, pálido, miraba con impotencia a *Monsieur Flèche* y a mí. De repente tomó una decisión, cogió al pobre Platón, lo apartó de la cama, le dio la vuelta y lo empujó hacia la puerta, con la lanceta cortando el aire. Las criadas y las damas se echaron atrás gritando.

—¡*Monsieur!* ¡*Monsieur le chevalier!* —gritaba el médico. Se había ajustado la peluca, pero no había tenido tiempo de vestirse, y las mangas del camisón flameaban como alas al seguir a Jamie hacia la puerta, agitando los brazos como un espantapájaros enloquecido.

El dolor aumentó otra vez, como una prensa que me retorcía las entrañas; jadeé y me doblé una vez más. Cuando se calmó, abrí los ojos y vi que una de las damas me miraba. Pareció llegar a una conclusión y, todavía mirándome, se inclinó para murmurar algo a una de sus compañeras. Había demasiado ruido en la habitación, pero pude leer sus labios con claridad.

—Veneno —dijo.

El dolor iba bajando cada vez más, y entonces me di cuenta. No se trataba de un aborto, ni de apendicitis, y mucho menos de espasmo de hígado. Tampoco era veneno, precisamente, sino cáscara sagrada.

—¡Vos! —dije, avanzando, amenazadora hacia el maestro Raymond, quien se agazapó detrás del cocodrilo embalsamado—. ¡Vos! ¡Maldito gusano con cara de sapo!

—¿Yo, *madonna*? No os he hecho ningún mal, ¿verdad?

—¡Aparte de causarme una diarrea violenta frente a una treintena de personas, y de hacerme pensar que había tenido un aborto, y aterrorizar a mi marido, ningún daño!

—Ah, ¿vuestro marido estaba presente? —El maestro Raymond parecía nervioso.

—En efecto —le aseguré. De hecho, me había costado trabajo impedir que Jamie corriera a la tienda del boticario para extraer por la fuerza cualquier información que poseyera aquel enano. Por fin lo convencí de que me esperara fuera, en el carruaje, mientras yo hablaba con el anfibio propietario.

—Pero no estáis muerta, *madonna* —puntualizó el herbolario. No tenía cejas que hablaran por él, sin embargo una parte de su amplia frente se arrugó—. Y podríais estarlo.

Había pasado por alto ese hecho en medio de la tensión y el malestar físico posterior.

—¿De modo que no se trató sólo de una broma de mal gusto? —dije, sin mayor convicción—. ¿Alguien realmente quiso envenenarme y no estoy muerta gracias a vuestros escrúpulos?

—Quizá mis escrúpulos no sean del todo responsables de vuestra supervivencia, *madonna*; es posible que se tratara de una broma. Supongo que existen otros proveedores de cáscara sagrada. Pero yo he vendido esa sustancia a dos personas durante este último mes, que no han de ser las responsables.

—Ya veo. —Respiré hondo, y me sequé el sudor de la frente con el guante. Así que había sueltos dos posibles envenenadores; justo lo que

necesitaba—. ¿Podrías decirme quiénes? —pregunté bruscamente—. La próxima vez podrían comprarle a otro proveedor sin vuestros escrúpulos.

El maestro Raymond asintió. La boca amplia, parecida a la de un sapo, se frunció al pensar.

—Es una posibilidad, *madonna*. Pero dudo que os ayude saber quiénes la compraron. Vinieron sirvientes, obedeciendo, claro está, a su amo o ama. Una era la doncella de la vizcondesa de Rambeau; no sé para quién trabajaba el otro, un hombre.

Tamborileé con los dedos sobre el mostrador. La única persona que había proferido amenazas contra mí era el conde de St. Germain. ¿Habría contratado a un sirviente anónimo para procurar lo que él pensaba que era veneno y luego lo había puesto él mismo en mi copa? Volviendo a pensar en la reunión de Versalles, pensé que era posible. Los sirvientes pasaron las bandejas con las copas llenas de vino; si bien el conde no se había acercado a mí, podía haber sobornado a un sirviente para que me diera una copa determinada.

Raymond me estaba examinando con curiosidad.

—¿Puedo hacer una pregunta, *madonna*? ¿Habéis hecho algo para contrariar a la vizcondesa? Es una mujer muy celosa; ésta no es la primera vez que acude a mí para tratar de eliminar a una rival, aunque por suerte sus celos son de corta duración. Al vizconde se le van los ojos detrás de las mujeres... siempre hay una nueva que la haga olvidar la última.

Me senté sin esperar invitación.

—¿Rambeau? —pregunté, tratando de relacionar el nombre con la cara. Luego se aclaró la bruma del recuerdo, revelando un cuerpo elegantemente vestido y una cara redonda y vulgar oliendo a rapé.

—¡Rambeau! —exclamé—. Pues, sí. Lo conozco, pero todo lo que hice fue golpearle con mi abanico cuando me mordió los dedos de los pies.

—Según su estado de ánimo, eso podría ser provocación suficiente para la vizcondesa —observó el maestro Raymond—. Y si es así, creo que no se repetirán los ataques.

—Gracias —dije con sequedad—. ¿Y si no fue la vizcondesa?

El pequeño boticario vaciló un momento. Entonces se decidió: fue a la mesa de piedra donde hervían sus alambiques y me hizo un ademán con la

cabeza para que lo siguiera.

—Seguidme, *madonna*. Tengo algo para vos.

Para mi sorpresa, se agachó debajo de la mesa y desapareció. Como no regresaba, me incliné y espíe. Había un lecho de carbón ardiendo en el hogar, pero con espacio hacia un lado y otro. Y debajo de la mesa, oculta entre las sombras, había una oscura abertura.

Al otro lado de la pared había suficiente espacio para estar de pie, aunque la habitación era bastante pequeña. La estructura externa del edificio no daba ningún indicio de ella.

Dos paredes de la habitación oculta estaban ocupadas por estantes en forma de panal, cada una de cuyas celdas exhibía el cráneo de diferentes bestias. Al ver la pared di un paso atrás; todos los ojos vacíos parecían fijos en mí, mostrando los dientes en una sonrisa de bienvenida.

Pestañee varias veces antes de poder localizar a Raymond, el cual se había agachado con cuidado al pie de su osario. Nervioso, levantó los brazos, mirándome como si esperara que yo gritara o me arrojara sobre él. Pero yo había visto cosas peores que una simple fila de huesos, así que seguí caminando con calma para examinarlos con mayor detenimiento.

Al parecer, el maestro tenía de todo. Cráneos pequeños, de murciélago, ratón y musaraña, de huesos transparentes, dientes pequeños y afilados. Caballos, desde enormes percherones con enormes mandíbulas en forma de cimitarra, muy adecuados para aplastar ejércitos de filisteos, hasta cráneos de burros, tan duraderos como los de los enormes caballos de tiro.

Todos tenían cierto atractivo, tan quietos y hermosos, como si cada objeto conservara la esencia de su propietario, como si los huesos alojaran el fantasma de la carne y la piel que alguna vez tuvieron.

Extendí la mano y toqué uno de los cráneos; el hueso no estaba frío como había esperado, sino extrañamente tibio, como si la calidez desaparecida hace tiempo flotara allí cerca.

Yo había visto restos humanos tratados con menos reverencia; los cráneos de los primeros mártires cristianos yacían amontonados en las catacumbas y los fémures arrojados en un montón como si fueran palillos chinos.

—¿Es un oso? —pregunté, en voz baja. Era un cráneo grande, con los colmillos curvos para desgarrar y los molares chatos.

—Sí, *madonna*. —Al ver que yo no tenía miedo, Raymond se relajó. Su mano rozó las curvas del cráneo sólido y duro—. ¿Veis los dientes? Comedor de pescado y carne, pero triturador de bayas y gusanos. Rara vez mueren de inanición, pues comen cualquier cosa.

Me giré: lentamente, admirando, tocando aquí y allá.

—Son preciosos —dije.

—Sí. Conservan el carácter del animal, ¿veis? Puede decirse mucho de lo que fue sólo por lo que queda.

Cogió uno de los cráneos más pequeños y señaló las protuberancias de la parte inferior; parecían pequeños globos.

—Aquí... el canal del oído entra aquí y así el sonido hace eco en el cráneo. Así se explica el oído tan agudo de la rata, *madonna*.

—*Tímpano bullae* —dije, asintiendo.

—Mi latín es muy pobre. Los nombres que uso para esas cosas son... inventados por mí.

—¿Aquéllos...? —Señalé hacia arriba—. Son especiales, ¿no es cierto?

—Ah, sí, *madonna*. Son lobos. Lobos muy antiguos. —Levantó uno.

Aquellos cráneos no eran de un suave color blanco como los demás, sino manchados de marrón y brillantes de tanto pulido.

—Estas bestias ya no existen, *madonna*.

—¿No existen? ¿Queréis decir que se han extinguido? —Toqué el cráneo una vez más, fascinada—. ¿Y dónde los conseguisteis?

—Bajo tierra, *madonna*. Enterrados en la turba.

Al mirarlos de cerca, pude ver las diferencias entre aquellos cráneos y los más nuevos y blancos en la pared opuesta. Aquellos animales habían sido más grandes que los lobos comunes, con mandíbulas que habrían quebrado los huesos de las patas de un alce, o desgarrado el gaznate de un ciervo.

Sentí un escalofrío al tocarlo, pues recordé el lobo que había matado al salir de la prisión de Wentworth y sus compañeros de manada que me habían perseguido en el crepúsculo helado, apenas seis meses atrás.

—¿No os gustan los lobos, *madonna*? —preguntó Raymond—. ¿Y sin embargo los osos y los zorros no os preocupan? También son cazadores, comedores de carne.

—Sí, pero no de la mía —respondí secamente, entregándole el cráneo

centenario—. Siento mucha más simpatía por nuestro amigo el alce. —Di una palmadita afectuosa al hocico saliente.

—¿Simpatía? —Los suaves ojos oscuros me miraron con curiosidad—. Es una emoción inusual para sentir por un hueso, *madonna*.

—Bueno... sí —dije, un poco avergonzada—, pero en realidad no parecen sólo huesos. Quiero decir que se puede percibir cómo fue el animal al observar sus cráneos. No son sólo objetos inanimados.

Raymond sonrió, como si hubiera oído algo que le gustaba. Sin embargo, no respondió.

—¿Para qué los queréis? —pregunté al darme cuenta de que un conjunto de cráneos no era lo usual en una botica. Los cocodrilos tal vez sí, pero no todo aquello.

Se encogió de hombros, de buen humor.

—Bueno, son una compañía mientras realizo mi trabajo. —Hizo un gesto hacia un rincón, donde había una mesa de trabajo atestada de objetos—. Y aunque pueden hablarme de muchas cosas, no son tan ruidosos como para atraer la atención de los vecinos. Venid —dijo—. Tengo algo para vos.

Lo seguí, intrigada, hasta un armario alto, al fondo de la habitación.

El maestro no era un naturalista, ni tampoco lo que yo entendía por científico. No llevaba notas, ni hacía dibujos, ni registros que otros pudieran consultar y de los cuales pudiera aprenderse. Sin embargo, estaba convencida de que él deseaba fervientemente enseñarme las cosas que sabía... ¿su cariño por los huesos, tal vez?

El armario estaba pintado con gran cantidad de signos extraños, cruces y espirales metidas en pentágonos y círculos. Símbolos cabalísticos. Reconocí uno o dos, de algunas de las referencias históricas de mi tío Lamb.

—¿Estáis interesado en la cábala? —pregunté. Aquello explicaría el taller oculto. Si bien existía un fuerte interés por el ocultismo entre los literatos franceses y la aristocracia, se mantenía en la clandestinidad por temor a la ira de la Iglesia.

Ante mi sorpresa, Raymond se echó a reír. Sus dedos de uñas cortas apretaron el centro de un símbolo y la cola de otro.

—Pues no, *madonna*. Los cabalistas son pobres, por lo general, así que no frecuento su compañía. Pero estos símbolos ahuyentan a la gente curiosa. Lo

cual no es poco poder para un poco de pintura. A lo mejor los cabalistas tienen razón cuando atribuyen poderes a estos símbolos.

Sonrió mientras abría el armario. Vi que era doble. Si algún curioso que no temiera los símbolos, abría la puerta, sólo vería el armario de un boticario. Pero si se tocaba la secuencia correcta de una serie de pestillos y lengüetas, se accedía a una profunda cavidad secreta.

Raymond abrió un cajoncito y extrajo una piedra blanca cristalina, que me entregó.

—Para vos —me dijo—. Para vuestra protección.

—¿Es mágica? —pregunté escépticamente.

Raymond volvió a reír. Sostuvo la mano sobre el escritorio y dejó caer un puñado de piedrecitas de colores, que rebotaron sobre el papel secante.

—Supongo que podéis llamarla así, *madonna*. Puedo cobrarla más cara cuando lo hago. —Con la punta del dedo separó una piedrecita de color verde pálido del montón.

—Tienen la misma magia, ni más ni menos, que los cráneos. Son los huesos de la tierra, con la esencia de la matriz de donde provienen, y los poderes que allí se alojaban también pueden encontrarse aquí. —Empujó hacia mí una piedrecita amarilla.

—Azufre. Si lo mezcláis con otros elementos y le acercáis una cerilla, explota. Pólvora. ¿Es eso magia? ¿O sólo la naturaleza del azufre?

—Supongo que depende de con quién estéis hablando —observé; su rostro se iluminó con una sonrisa.

—Si alguna vez queréis abandonar a vuestro marido, *madonna* —dijo, riéndose entre dientes— seguramente no os moriréis de hambre. Una vez os dije que erais una profesional, ¿verdad?

—¡Mi marido! —exclamé, palideciendo. De repente encontré explicación a los ruidos ahogados que provenían de la tienda. Hubo un fuerte golpe, como el de un puño enorme sobre un mostrador.

—¡Cristo santo! ¡Me olvidé de Jamie!

—¿Vuestro marido está aquí? —Los ojos de Raymond se abrieron más de lo normal.

—Lo dejé fuera —le expliqué—. Debe de haberse cansado de esperar.

—¡Aguardad, *madonna*! —La mano de Raymond me cogió del codo,

deteniéndome. Puso su otra mano sobre la mía.

—El cristal, *madonna*. Os dije que es para vuestra protección.

—Sí, sí —dije con impaciencia; la voz de Jamie aumentaba de volumen—. ¿Qué es lo que hace?

—Es sensible al veneno, *madonna*. Cambia de color en presencia de varios compuestos nocivos.

Me detuve. Me enderecé y lo miré fijamente.

—¿Veneno? —dije lentamente—. Entonces...

—Sí, *madonna*. Puede existir peligro aún. —La cara de sapo de Raymond se puso seria—. No puedo asegurarlo, ni sé de dónde proviene. Si lo averiguo, os lo comunicaré. —Miró hacia la entrada. Se oían golpes sobre la pared exterior—. Y decídselo también a vuestro marido, por favor, *madonna*.

—No os preocupéis —le aseguré, agachándome para cruzar el dintel—. Jamie no muere... no lo creo.

—No son sus dientes los que me preocupan, *madonna* —oí que decía detrás de mí.

Jamie, a punto de descargar otro golpe con la empuñadura de su daga sobre el mostrador, me vio saliendo por la chimenea, así que bajó el arma.

—Ah, ahí estás —observó—. Ah, ahí está nuestro pequeño escuerzo. ¿Tiene alguna explicación, *Sassenach*, o lo pincho en la pared como los demás? —Sin quitar los ojos de encima de Raymond, hizo un ademán hacia la pared de la tienda, donde había colgada una serie de sapos y ranas disecados y pinchados a una larga tira de fieltro.

—No, no —me apresuré a responder al ver que Raymond se disponía a volver a su santuario—. Me ha contado todo. De hecho, ha sido de mucha ayuda.

Jamie guardó la daga con desgana y me incliné para ayudar a salir a Raymond de su escondite. Éste retrocedió un poco al ver a Jamie.

—¿Este hombre es vuestro esposo, *madonna*? —preguntó, como quien espera que la respuesta sea «no».

—Sí, por supuesto —respondí—. Mi esposo, James Fraser, señor de Broch Tuarach —dije señalando a Jamie, aunque no podía haberme referido a ninguna otra persona. Señalé en la otra dirección—. El maestro Raymond.

—Eso supuse —dijo Jamie con voz seca. Hizo una reverencia y extendió

una mano hacia Raymond. Raymond tocó la mano extendida y la quitó en seguida, sin poder reprimir un pequeño escalofrío. Lo miré sorprendida.

Jamie se limitó a alzar una ceja, y después se inclinó hacia atrás y se apoyó en la mesa. Cruzó los brazos en el pecho.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué ha pasado?

Le di la mayor parte de las explicaciones. Raymond sólo contribuyó con monosílabos de confirmación de vez en cuando.

—Es verdad, milord —le aseguró a Jamie—. En realidad no sé si es vuestra esposa o vos quien está en peligro, o tal vez los dos juntos. No escuché nada específico; sólo el nombre «Fraser» pronunciado en un lugar donde rara vez se pronuncia un nombre como bendición.

Jamie lo miró con fijeza.

—¿Ah, sí? Y vos frecuentáis esos lugares, ¿no es verdad, maestro Raymond? ¿Las personas de las que habláis son vuestros socios?

Raymond sonrió lánguidamente.

—Me inclinaría a describirlos más bien como rivales comerciales, milord. Jamie gruñó.

—Hum. Y cualquiera que intente algo puede recibir algo más que una bendición. Sin embargo, os agradezco la advertencia, maestro Raymond. —Hizo otra reverencia, pero no ofreció su mano otra vez—. Con respecto a lo otro —dirigió una ceja hacia mí— si mi esposa está dispuesta a perdonar vuestras acciones, no voy a añadir nada más. Tampoco —añadió— os puedo aconsejar que os metáis en vuestro escondite la próxima vez que la vizcondesa entre en la tienda. Vamos, *Sassenach*.

Mientras regresábamos a la Rue Tremoulins, Jamie permaneció en silencio, mirando por la ventana del carruaje con los dedos rígidos de su mano derecha apoyados en el muslo.

—«Un lugar donde rara vez se pronuncia un nombre como bendición» —murmuró cuando el carruaje viró en la Rue Gamboge—. ¿A qué se referirá?

Recordé los signos cabalísticos del armario de Raymond, y sentí un pequeño escalofrío que me puso los pelos de punta. Recordé los chismes de Marguerite acerca del conde de St. Germain y la advertencia de *Madame de Ramage*. Se lo conté a Jamie, y también lo que me había dicho Raymond.

—Tal vez él lo considere un poco de pintura —concluí— pero conoce

gente que no piensa como él, pues ¿a quién quiere alejar de su armario?

Jamie asintió.

—Sí. He oído rumores de tales actividades en la corte. En aquel momento no les presté atención, pensando que sólo eran tonterías, pero indagaré un poco más. —Se echó a reír de repente, y me apretó contra su cuerpo. Enviaré a Murtagh a que persiga al conde de St. Germain. Así el conde tendrá un demonio real con el cual jugar.

*Posesión*

Murtagh fue enviado a observar las idas y venidas del conde de St. Germain. Además de informar de que el conde recibía a muchas personas en su casa, de ambos sexos y todas las clases, no detectó nada raro. Sólo tuvo una visita digna de mención: Carlos Estuardo, que llegó una tarde y se quedó una hora allí.

Carlos había empezado a solicitar la compañía de Jamie con más frecuencia en sus incursiones por las tabernas y los barrios bajos de la ciudad. Pensé que tenía más relación con la fiesta que había ofrecido Jules de La Tour de Rohan para anunciar el embarazo de su esposa, que con ninguna influencia siniestra del conde.

Dichas expediciones a veces duraban hasta bien entrada la noche. Me acostumbré a ir a la cama sin Jamie, y me despertaba cuando él llegaba, con el cuerpo frío y el pelo y la piel oliendo a humo de tabaco y licor.

—Esa mujer lo tiene tan trastornado que no creo que recuerde siquiera que es heredero del trono de Escocia e Inglaterra —dijo Jamie una noche.

—¡Dios mío, sí que debe de estar mal! —dije con sarcasmo—. Esperemos que continúe así.

Una semana más tarde me desperté con la fría luz grisácea del amanecer y la cama seguía vacía.

—¿Milord Broch Tuarach está en su estudio? —pregunté.

—No, milady —respondió Magnus, alzando la mirada—. He venido a destrabar la puerta principal y he visto que no había sido trabada. Milord no vino a casa anoche.

Me senté pesadamente sobre un escalón. Mi aspecto debía de ser alarmante, pues el anciano mayordomo casi saltó las escaleras hacia mí.

—*Madame* —dijo, frotándose la mano con nerviosismo—. *Madame*, ¿estáis bien?

—He estado mejor, pero no importa. Magnus, envía de inmediato a un lacayo a la casa del príncipe Carlos en Montmartre. Que averigüe si mi esposo está allí.

—En seguida, milady. Y enviaré a Marguerite para que la atienda.

—¡Y a Murtagh! —grité a Magnus, que se retiraba—. El pariente de mi marido. ¡Tráemelo, por favor! —Lo primero que pensé fue que tal vez Jamie había pasado la noche en la villa de Carlos; después, que algo le había pasado, ya fuera por accidente o por la intención deliberada de alguien.

—¿Dónde está? —Oí la voz quebrada de Murtagh al pie de la escalera. Era obvio que se acababa de levantar; tenía la cara llena de marcas y pedacitos de paja en los pliegues de su camisa andrajosa.

—¿Cómo voy a saberlo? —dije. Murtagh siempre actuaba como si sospechara de todo el mundo. Sin embargo, su aparición me reconfortó; si ocurría algo malo, Murtagh parecía la persona indicada para ocuparse de ello.

—Anoche salió con el príncipe Carlos, y todavía no ha vuelto. Es lo único que sé. —Ya habían encendido las chimeneas, pero la casa aún estaba fría.

Murtagh se frotó la cara con la mano, para ayudarse a pensar.

—Hum. ¿Ha ido alguien a Montmartre?

—Sí.

—Entonces esperaré hasta que vuelvan con noticias. Si Jaime está allí, todo bien; De lo contrario, tal vez sepan cuándo salió y a dónde fue.

—¿Y si ninguno de los dos está? ¿Y si el príncipe tampoco ha vuelto a su casa? —pregunté. Si bien había jacobitas en París, también había enemigos de los Estuardo. Y a pesar de que el asesinato de Carlos Estuardo no aseguraba el fracaso de una potencial rebelión escocesa (después de todo, Carlos tenía un hermano menor, Enrique) serviría para enfriar el entusiasmo de Jacobo en semejante empresa...

Recordé la historia que Jamie me había contado sobre el intento de asesinato que sufrió el día que conoció a Fergus. Había pandillas de rufianes que recorrían las calles parisinas al caer la noche.

—Será mejor que vayas a vestirme —dijo Murtagh—. Puedo ver la piel de gallina desde aquí.

—¡Ah! Sí, supongo que sí.

—¡*Madame!* ¡Vais a caer enferma! —Marguerite subió rápidamente las escaleras y le permití que me empujara hacia el dormitorio.

—¡Deberíais estar en la cama, *Madame!* —me regañó Marguerite—. No es bueno para el bebé que paséis frío. Os traeré una cacerola con agua caliente; ¿dónde está la bata?... eso está mejor... —Me eché la pesada bata de lana sobre la fina seda de mi camisón.

Pese a lo temprano que era, había mucha actividad en la Rue Tremoulins. Las criadas y los lacayos estaban ocupados barriendo; los vendedores pasaban con sus carretillas con fruta verdura y pescado fresco, y anunciaban su mercadería a gritos a lo largo de la calle. Pero no había ni rastro de Jamie.

Por fin permití que la ansiosa Marguerite me persuadiera de ir a la cama; para entrar en calor, ya que no pude volver a dormir. Cada sonido me ponía alerta; esperaba que cada paso sobre el pavimento fuera seguido por la voz de Jamie en el vestíbulo. El rostro del conde de St. Germain no me dejaba conciliar el sueño. Era el único noble francés que tenía cierta relación con Carlos Estuardo. Era muy probable que hubiera sido el responsable del anterior intento de asesinato de Jamie... y del mío. Se sabía que tenía amistades poco recomendables. ¿Era posible que hubiera arreglado el asesinato de Carlos y de Jamie?

Cuando por fin se oyó el ruido de pasos abajo, estaba tan ocupada imaginándome a Jamie tirado en una zanja con la garganta abierta, que no me di cuenta de que había llegado a casa hasta que se abrió la puerta del dormitorio.

—¡Jamie! —grité mientras me sentaba en la cama.

Jamie sonrió y dio un inmenso bostezo. Tenía muy mal aspecto.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté.

—Necesito un baño —dijo.

Me incliné y lo olí con delicadeza. Mi olfato detectó olor a humo,

cerveza, vino, *whisky* y coñac. Y a colonia barata, muy fuerte y penetrante.

—Claro que sí —dije. Salí de la cama, e inclinándome hacia el pasillo llamé a Marguerite. Cuando llegó, la envié a buscar una bañera y agua suficiente para llenarla.

Mientras la criada subía los enormes baldes con agua caliente, volví la atención a Jamie.

Le quité los zapatos y las medias, después le aflojé la hebilla de la falda y se la quité. Se llevó las manos a la entrepierna, pensativo, pero mis ojos estaban mirando otra cosa.

—¿Qué te ha pasado? —repetí.

Tenía varios rasguños en los muslos que parecían latigazos rojos sobre la piel pálida. Y en lo alto de la parte interna de un muslo tenía la marca inconfundible de un mordisco; los dientes habían dejado una huella bien visible.

La criada, mientras vertía el agua caliente, observó con interés y creyó conveniente hacer algún comentario en aquel momento delicado.

—*Un petit chien?* —preguntó. Un perrito, o algo parecido. Pese a que no conocía a la perfección las expresiones de la época, sabía con seguridad que *les petits chiens* solían caminar por la calle sobre dos piernas y con la cara pintarrajeada.

—¡Fuera! —ordené en francés, con voz de matrona. La criada recogió los baldes y abandonó la habitación, haciendo pucheros. Volví la atención a Jamie, quien abrió un ojo, y después de mirarme volvió a cerrarlo.

—¿Y bien? —pregunté.

En lugar de responder, tembló. Un momento después, se sentó y se frotó la cara con las manos; la barba incipiente hizo un ruido áspero. Inclinó una velluda ceja, como interrogándome.

—No creo que una dama tan decente como tú esté familiarizada con la palabra *soixante-neuf*.

—He oído la expresión —dije—. ¿Y puedo preguntar dónde encontraste ese número tan interesante?

—Me fue sugerido, con cierta violencia, como una actividad deseable por una dama que conocí anoche.

—¿Por casualidad fue la misma que te mordió en el muslo?

Miró hacia abajo y se frotó la marca.

—Hum, no. En realidad no. La dama parecía preocupada por números un poco más bajos. Creo que se hubiera conformado con el seis.

—Jamie —dije— ¿dónde pasaste la noche?

Cogió un poco de agua de la bañera y se la echó sobre la cara, dejando que resbalara entre el oscuro vello rojizo del pecho.

—Hum —dijo—. A ver, déjame pensar. Primero cenamos en una taberna. Nos encontramos con Glengarry y Millefleurs. —*Monsieur* Millefleurs era un banquero parisino, mientras que Glengarry era uno de los jacobitas más jóvenes, jefe de una tribu del clan MacDonell. Por lo que me había contado Jamie, estaba de visita en París y, en los últimos tiempos, había frecuentado a Carlos—. Y después de cenar, fuimos a casa del duque de Castellotti a jugar a las cartas.

—¿Y después? —pregunté.

A una taberna, al parecer. Y después a otra. Y luego a un sitio parecido a una taberna, pero embellecido por varias damas de aspecto interesante y dotes aún más interesantes.

—Dotes, ¿eh? —dije, echando un vistazo a las manchas de su pierna.

—Por Dios, lo hacían frente al público —se estremeció al recordar—. Dos de ellas sobre la mesa. Entre la pata de jamón y las patatas hervidas. Con jalea de membrillo.

—*Mon dieu* —dijo la criada, que había vuelto.

—Cállate —le dije muy seria. Volví la atención a mi marido—. ¿Y después, qué?

Después, parecía que la acción se había generalizado, aunque todavía de manera bastante pública. Por respeto al pudor de Marguerite, Jamie esperó hasta que saliera a buscar otro balde de agua antes de entrar en detalles.

—... y entonces Castellotti se llevó a un rincón a la gorda pelirroja y a la rubia pequeña y...

—Y tú, ¿qué hacías? —interrumpí en medio de la fascinante narración.

—Observaba —respondió, como sorprendido—. No fue muy educado por mi parte, pero no tenía otra elección, dadas las circunstancias.

Mientras Jamie hablaba estuve hurgando su mochila, y saqué un bolsito y un ancho anillo de metal adornado con un escudo de armas. Me lo probé en

un dedo; era mucho más grande que cualquier anillo normal.

—¿A quién diablos pertenece esto? —pregunté, extendiendo la mano—. Parece el escudo de armas del duque de Castellotti, pero la persona a quien pertenece debe de tener los dedos como salchichas. —Castellotti era un italiano delgaducho y pálido. No me sorprendía, a juzgar por la historia de Jamie. ¡Jalea de membrillo!

Levanté la mirada y vi que Jamie estaba ruborizado de pies a cabeza.

—Pues... —dijo— no... no se usa en el dedo.

—¿Entonces qué...? ¡Ah! —Observé el objeto circular con renovado interés—. ¡Santo Cristo! Ya había oído hablar de ellos...

—¿De veras? —preguntó Jamie, muy escandalizado.

—Pero nunca había visto uno. ¿A ti te va bien? —Me incliné para probárselo, pero se tapó con las manos.

Marguerite, que llegaba con más agua, le aseguró:

—*Ne vous en faites pas, Monsieur J'en ai déjà vu un.* «No os preocupéis, *Monsieur*; ya había visto uno».

—Ya es bastante desagradable haber tenido que pasar la noche defendiendo mi virtud —observó con cierta aspereza— para tener que oír comentarios por la mañana.

—Defendiendo tu virtud, ¿eh? —Pasé el anillo de una mano a la otra, calzándolo en los índices—. ¿Fue un regalo? —pregunté—. ¿O un préstamo?

—Un regalo. No hagas eso, *Sassenach* —dijo, echándose hacia atrás—. Me trae recuerdos.

—Ah, sí —dije, mirándolo—. Ahora, con respecto a esos recuerdos...

—¡Yo no! —protestó—. ¡No creerás que haría cosas semejantes! ¡Soy un hombre casado!

—¿Y *Monsieur* Millefleurs no es casado?

—No sólo está casado, tiene dos amantes —me informó Jamie—. Pero es francés... es diferente.

—El duque de Castellotti no es francés.

—Pero es duque. También es diferente.

—¿Ah, sí? Me gustaría saber qué opina la duquesa.

—Considerando algunas cosas que el duque asegura que aprendió de la duquesa, me imagino que lo mismo. ¿Todavía no está listo ese baño?

Tapándose con el edredón, fue desde la cama hasta la tina y se metió dentro; se sentó rápidamente.

—*Enomme!* —exclamó la criada, persignándose.

—*C'est tout* —dije—. *Merci bien*. —Marguerite bajó los ojos, se sonrojó y se apresuró a salir.

Cuando la puerta se cerró, Jamie se relajó en la bañera.

—¿Hay jabón? —preguntó, abriendo los ojos.

—Sí, claro. —Cogí una pastilla y se la di. Luego me senté en un taburete junto a la bañera. Lo observé durante algún tiempo mientras se frotaba; le alcancé un paño y una piedra pómez, con la cual se frotó las plantas de los pies y los codos.

—Jamie —dije por fin.

—¿Sí?

—No deseo discutir tus métodos —dije— y estuvimos de acuerdo en que ibas a tener que ir a ciertos lugares, pero... de verdad tuviste que...

—¿Que qué, *Sassenach*? —Había dejado de lavarse y me estaba mirando con la cabeza ladeada.

—Que... que... —Me di cuenta de que estaba ruborizada.

Su mano salió goteando del agua y se apoyó en mi brazo. El calor pasó a través de la fina tela de mi manga.

—*Sassenach* —dijo— ¿qué crees que estuve haciendo?

—Pues... bueno... —dije, tratando sin éxito de mantener la mirada lejos de las marcas de su muslo. Jamie se echó a reír, pero no sonó muy divertido.

—¡Mujer de poca fe! —dijo irónicamente.

—Bueno, cuando un marido vuelve a casa cubierto de mordiscos y arañazos y apestando a perfume, admite que pasó la noche en un burdel, y...

—Y te dice que se pasó la noche observando.

—¡Esas marcas en la pierna no te las hiciste observando! —exploté, y después cerré con fuerza los labios. Me sentí como una vieja chismosa y celosa; y no me importó. Había jurado que me lo tomaría con calma, como una mujer de mundo, convenciéndome de que tenía confianza absoluta en Jamie, y que no se puede hacer una tortilla sin romper huevos. Incluso si hubiera pasado algo—. ¿O acaso son las cicatrices de una honorable batalla, ganadas al defender tu virtud? —Por algún motivo mi voz no sonó muy

ecuánime. Al escucharme, tuve que admitir que mi tono era bastante feo. Cada vez me importaba menos.

Jamie entrecerró los ojos y pareció a punto de responder. Respiró hondo, pensó mejor lo que estaba a punto de decir y lo dejó escapar otra vez.

—Sí —respondió con calma. Tanteó dentro de la bañera, encontró el jabón y me lo dio.

—¿Me ayudas a lavarme el pelo? Su alteza me vomitó encima al regresar en el carruaje y no huele muy bien.

Sentí la sólida curva de su cráneo bajo el pelo grueso y jabonoso, y el bulto de la cicatriz en la parte de atrás de la cabeza. Enterré los pulgares firmemente en los músculos del cuello y se relajó un poco bajo mis manos.

Era verdaderamente enorme, pensé. A veces me olvidaba de su tamaño, hasta que lo veía de lejos, superando a la mayoría de los hombres; y me sorprendía la gracia de su cuerpo.

Toqué las cicatrices con suavidad; el corazón se me encogió al verlas. Había visto las heridas todavía frescas, había visto a Jamie llevado hasta el límite de la locura por la tortura y el abuso. Pero yo lo había curado, y él había luchado con todas sus fuerzas para volver a ser un hombre íntegro, para volver a mí. Conmovida por la ternura, corrí el pelo a un lado y me incliné para besarlo en la nuca.

Me enderecé de repente. Jamie sintió mi movimiento y giró la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada —respondí, observando los moretones del cuello. Las enfermeras del cuartel de Pembroke solían ocultarlos con vistosos pañuelos a la mañana siguiente de haber tenido cita con los soldados de la base vecina. Siempre pensé que las bufandas eran para coquetear y no para ocultar.

—No, nada —repetí, mientras cogía el aguamanil del estanque. Al estar cerca de la ventana, el agua estaba helada. Me puse detrás de Jamie y la arrojé sobre su cabeza.

Me levanté el camisón para evitar mojarme con la repentina ola que saltó de la bañera. Jamie tiritaba de frío, pero estaba demasiado sorprendido para pronunciar ninguna de las palabras que veía formándose en sus labios.

—Conque sólo observaste, ¿no? —pregunté con frialdad—. Supongo que no disfrutaste nada, ¿no es cierto, pobre víctima?

Se dejó caer en la bañera con una violencia tal que el agua salpicó por todos lados el suelo de piedra, y se giró para mirarme.

—¿Qué quieres que diga? —preguntó—. ¿Que tuve ganas de follármelas? ¡Sí, claro que sí! Lo suficiente para que los huevos me dolieran por no hacerlo. Y también lo suficiente para sentir náuseas con sólo pensar en tocar a una de esas prostitutas.

Se apartó la mata de pelo de los ojos, fulminándome con la mirada.

—¿Es eso lo que querías saber? ¿Estás satisfecha?

—No —respondí. La cara me ardía.

—Quien mira a una mujer con deseo ya ha cometido adulterio en su corazón. ¿Es así como lo ves?

—¿Así lo ves tú?

—No —respondió—. ¿Qué habrías hecho si me hubiera acostado de veras con una prostituta? ¿Darme una bofetada? ¿Echarme de tu cama?

Me giré y lo miré.

—Te mataría —dije entre dientes.

Alzó las cejas con incredulidad.

—¿Matarme? Por Dios, si te encontrara con otro hombre, ¡lo mataría a él!

—Hizo una pausa—. No es que estuviera muy contento contigo, pero lo mataría a él.

—Típica mentalidad masculina. Siempre os equivocáis.

Bufó con una risa amarga.

—Entonces no me crees. ¿Quieres que te demuestre, *Sassenach*, que no me he acostado con nadie en las últimas horas? —Se puso de pie; el agua caía en cascadas por sus largas piernas. La luz que entraba por la ventana destacó el vello rojo dorado de su cuerpo y el vapor que despedía su piel. Parecía una estatua de oro recién hecha. Miré hacia abajo.

—¡Ja! —dije, con todo el desprecio que es posible poner en una sílaba.

—Es el agua caliente —dijo, saliendo de la bañera—. No te preocupes, no me llevará mucho tiempo.

—¡Eso es lo que tú crees! —dije.

Su rostro se ruborizó aún más, y sus manos se convirtieron sin quererlo en puños.

—¿No quieres entrar en razón? —preguntó—. ¡Dios mío, he pasado la

noche asqueado, atormentado por mis compañeros por ser poco hombre, y después llego a casa para que me atormenten por ser infiel! *Mallaichte bàs!*

Mirando con desesperación a su alrededor, vio su ropa tirada cerca de la cama y se lanzó sobre ella,

—¡Está bien! —dijo, buscando su cinturón—. ¡Aquí tienes! Si desear es cometer adulterio y me matarías por cometer adulterio, ¡entonces será mejor que lo hagas! —Se acercó con su daga, con una hoja de metal oscuro de 25 centímetros de largo, y me la entregó. Enderezó los hombros, mostrándome toda la extensión de su pecho, y me dijo con aire de desafío.

—Adelante —insistió—. No querrás cometer perjurio, ¿no? ¡Como eres tan sensible a tu honor de esposa!

Fue una verdadera tentación. Me temblaron los puños del deseo de coger la daga y clavársela en medio de las costillas. Sólo el saber que, pese a su dramatización, no me permitiría apuñalarlo, me detuvo. Ya me sentía bastante ridícula para humillarme todavía más. Me alejé de él.

Un momento después, la figura desnuda de Jamie se movió buscando una toalla.

—La toalla está en el estante inferior —dije.

—Gracias. —Dejó caer la camisa sucia con la que había empezado a secarse y cogió la toalla sin mirarme.

Se secó la cara, dejó la toalla y me miró a los ojos. El sentido común triunfó.

—Lo siento —dijimos al unísono. Y nos echamos a reír. Su piel húmeda me mojó la fina seda, pero no me importó. Minutos más tarde, murmuró algo en mi pelo.

—¿Qué?

—Demasiado cerca —repitió, alejándose un poco—. Estuvo demasiado cerca, *Sassenach*, y tuve miedo.

Bajé la mirada a la daga, que yacía olvidada en el suelo.

—¿Miedo? Nunca vi a nadie con menos miedo que tú. Sabías perfectamente que no iba a hacerlo.

—Ah, eso. —Sonrió—. No, no creí que me mataras, por más ganas que tuvieras. —Se puso serio enseguida—. No, me refería... bueno, a esas mujeres. Lo que sentí con ellas. No las deseaba, de verdad que no...

—Sí, lo sé —dije, tocándolo, pero él no había terminado de hablar. Se alejó con aire preocupado.

—Pero el... el deseo, supongo que así lo llamarías... eso fue... demasiado parecido a lo que siento a veces por ti, y... bueno, no me parece bien. —Se giró.

—Siempre creí que acostarse con una mujer era un asunto simple. Y sin embargo... quiero ponerme de rodillas a tus pies y adorarte —dejó caer la toalla y estiró los brazos— y sin embargo quiero que te arrodilles ante mí, y sostenerte con los dedos entrelazados en tu pelo, y tu boca a mi servicio... y quiero las dos cosas al mismo tiempo, *Sassenach*. —Recorrió mi pelo con los dedos y tomó mi cara entre sus manos.

—¡No me entiendo! O tal vez sí. —Me soltó y se giró—. Esas cosas, quiero decir el conocimiento de ellas, las comprendí poco después... después de Wentworth. —Wentworth. Donde había dado su alma por salvarme la vida y sufrido para recuperarla.

—Al principio creí que Jack Randall me había robado un pedazo de mi alma, pero después supe que era algo peor. Todo lo que pasó estaba en mí, siempre lo estuvo; él sólo me lo enseñó y me lo hizo saber. Por eso no puedo perdonarle, ¡y que su alma se pudra en el infierno!

Bajó la toalla y me miró con el rostro cansado por la noche anterior, pero los ojos brillantes por la urgencia.

—Claire. Sentir los huesos de tu cuello bajo mis manos, y la piel suave y delgada de tus senos y tus brazos... Dios mío, eres mi esposa, a quien amo con toda mi alma, y sin embargo quiero besarte muy fuerte hasta lastimarte los labios; y quiero ver las marcas de mis dedos en tu piel.

Dejó caer la toalla. Levantó las manos, las sostuvo temblorosas en el aire un momento y después las bajó muy lentamente y las apoyó sobre mi cabeza como si me estuviera bendiciendo.

—Deseo guardarte como un gatito dentro de mi camisa, *mo duinne*, y sin embargo quiero abrirte las piernas y penetrarte como un toro en celo. —Sus dedos se pusieron rígidos en mi pelo—. ¡No me entiendo!

—¿Crees que es diferente para mí? ¿Crees que no siento lo mismo? —le pregunté—. ¿Que a veces no quiero morderte hasta hacerte sangrar, o clavarte las uñas hasta que grites? A veces deseo montarte como si fueras un

caballo salvaje, y domarte... ¿sabías? Sabes que puedo hacerlo, sabes que puedo. Arrastrarte hasta el límite y agotarte hasta dejarte jadeando. Puedo llevarte hasta el límite del colapso y a veces lo disfruto, Jamie. Y sin embargo, muchas veces quiero —la voz se me quebró de repente y tuve que tragar fuerte antes de continuar— quiero... apoyar tu cabeza en mi pecho y acunarte como a un niño y arrullarte hasta que te duermas.

Mis ojos estaban tan llenos de lágrimas que no podía verle bien la cara; no pude ver si también lloraba.

—Claire, me matas, con daga o sin ella —murmuró, con la cara hundida en mi pelo. Se inclinó, me alzó y me llevó hasta la cama. Cayó de rodillas, apoyándose sobre los edredones revueltos.

—Ahora te acostarás conmigo —dijo con calma—. Y te usaré como debo. Y si quieres vengarte, entonces bienvenida eres, porque mi alma es tuya.

La piel de sus hombros estaba tibia por el calor del baño, sin embargo tembló como si tuviera frío cuando mis manos ascendieron por su cuello, y lo acerqué hacia mí.

Y cuando terminé de vengarme, lo acuné, y acaricié los húmedos rizos.

—Y a veces —murmuré— desearía tenerte dentro de mí. Poder meterte dentro y mantenerte a salvo para siempre.

Su grande y cálida mano ascendió lentamente y cubrió el pequeño bulto redondo de mi vientre, como refugio y caricia.

—Lo haces, mi amor —dijo—. Lo haces.

Lo sentí por primera vez a la mañana siguiente mientras estaba acostada, mirando a Jamie vestirse. Un pequeño revoloteo, conocido y nuevo a la vez.

Me quedé quieta, esperando, deseando que se repitiera. Se repitió, esta vez como una serie de rápidos movimientos, como las burbujas de una gaseosa.

De repente recordé la Coca-Cola; esa rara y oscura bebida gaseosa. La había probado una vez, al cenar con un coronel norteamericano que la había servido como un lujo: en tiempo de guerra lo era. Venía en gruesas botellas verdosas, con forma de mujer.

Recordé los millones de burbujas pequeñas que habían subido hacia el

cuello angosto cuando se abrió la botella: más pequeñas que las burbujas del cava, explotando alegremente en el aire. Apoyé una mano suavemente en mi abdomen, justo encima del útero.

Allí estaba. No tuve la sensación de que fuera varón o mujer, como había pensado, pero sí la sensación de que había alguien. Me pregunté si los bebés no tendrían género, aparte de las características físicas, hasta el día de su nacimiento, cuando el acto de exposición al mundo exterior los convertía para siempre en uno o la otra.

—Jamie —dije. Se estaba recogiendo el pelo en una gruesa cola en la nuca y sujetándolo con un lazo de cuero. Con la cabeza inclinada, me miró y sonrió.

—¿Ya estás despierta? Todavía es temprano, *mo duinne*. Duerme un poco más.

Iba a decírselo, pero algo me detuvo. Por supuesto, él no podía sentirlo, todavía no. No era que creyera que no le importaría, pero hubo algo en ese primer reconocimiento que me pareció muy íntimo; el segundo secreto que comparten madre e hijo: el primero es el saber que existe.

—¿Quieres que te haga una trenza? —le pregunté.

Sacudió la cabeza y cogió la falda.

—No, voy a visitar al príncipe Carlos. Y aunque su casa tiene muchas corrientes, no creo que me vuele el pelo y me tape los ojos. —Me sonrió y se acercó a la cama. Vio que tenía la mano apoya el estómago, y apoyó la suya encima.

—¿Te sientes bien? ¿Ya no tienes náuseas?

—Mucho mejor. —De hecho, las náuseas matinales habían disminuido, aunque a veces tenía vómito. Descubrí que no soportaba el olor a callos fritos con cebolla, y tuve que prohibir el popular plato del menú de los sirvientes, pues su olor se colaba desde la cocina en el sótano, ascendía como un fantasma por la escalera, y me asaltaba de repente al abrir la puerta de la sala de estar.

—Bien. —Alzó mi mano y se inclinó para besarme—. Vuelve a dormir, *mo duinne* —repitió.

# **TERCERA PARTE**

*Mala suerte*

# 18

## *Violación en París*

A comienzos de mayo hubo una explosión en el Arsenal Real. Más tarde me enteré de que lo había causado un guardián que había apoyado su antorcha donde no debía.

Yo estaba en el Hôpital des Anges y no oí la explosión, pero me llegaron los ecos. Aunque el hospital estaba en el otro extremo de la ciudad, hubo suficientes víctimas para colmar los demás hospitales y mandaron algunas al nuestro: mutilados y quemados gimiendo en carretas, o en camillas improvisadas por sus amigos a través de las calles.

Había enviado a Fergus a casa con el mensaje de que llegaría tarde cuando vi la magnitud de la tarea que aguardaba a las hermanas. Fergus había vuelto, acompañado por Murtagh, y los dos me esperaban en la escalinata exterior para escoltarnos a casa a Mary y a mí.

Por fin cruzamos, exhaustas, la puerta doble, y encontramos a Murtagh enseñando el arte de lanzar cuchillos a Fergus.

—Vamos —decía, con la espalda vuelta hacia nosotras—. Lo más recto que puedas, cuando cuente hasta tres. ¡Uno... dos... tres! —Al contar «tres» Fergus echó a rodar la enorme cebolla blanca que tenía en la mano, dejándola rebotar en el suelo irregular.

Murtagh se quedó quieto, con un brazo doblado como al descuido y sujetando la daga por la punta con los dedos de la otra mano. Cuando la

cebolla pasó a su lado, su muñeca se dobló una vez, con un movimiento corto y rápido. Nada se movió, sólo su falda, pero la cebolla cayó a sus pies.

—¡Bravo, señor Murtagh! —gritó Mary. Sorprendido, Murtagh se giró, y pude ver que se ruborizaba.

—Hum... fue todo su comentario.

—Lamento la tardanza —pedí disculpas—. Se tardó bastante tiempo en ocuparse de todo el mundo.

—Ah, sí —respondió lacónicamente. Luego se volvió hacia Fergus—. Será mejor que busques un coche, muchacho. Es tarde para que las damas vayan a pie.

—No hay coches por aquí —dijo Fergus, encogiéndose de hombros—. Hace una hora que recorro la calle; todos los coches vacíos de la Cité están en la vecindad del Arsenal. Quizá consigamos algo en la Rue du Faubourg St. Honoré. —Señaló calle abajo un pasaje estrecho y oscuro que llevaba a la calle siguiente—. Por allí se llega enseguida.

Murtagh frunció el entrecejo un instante, y asintió.

—Muy bien, muchacho. Vayamos, entonces.

En las calles de París, siempre había luz en alguna parte; la calle siguiente era de mercaderes, y en las tiendas había colgados faroles sobre las puertas. Como muchos no se conformaban con la protección policial, contrataban a un guardián nocturno. Cuando vi a uno sentado en cuclillas en la oscuridad, respondí con un ademán a su saludo: «*Bonsoir, Monsieur, Mesdames*».

Al pasar frente a la tienda oímos una exclamación de alarma.

—¡*Monsieur!* ¡*Madame!*

Murtagh se giró para enfrentarse al peligro, desenfundando su espada. De reflejos más lentos, yo sólo me había girado a medias cuando él ya había dado un paso adelante; vislumbré un movimiento rápido en la puerta a sus espaldas. El golpe cayó sobre Murtagh, desde atrás, antes de que yo alcanzara a prevenirlo, y él fue trastabillando hasta desplomarse boca abajo sobre la calle. Me agaché rápidamente al ver la espada de Murtagh cerca de mi pie, pero un par de manos me agarraron por detrás.

—Encárgate del hombre —ordenó una voz a mis espaldas—. ¡Rápido!

Luché para librarme de mi captor, pero éste me apretó las muñecas y las torció con fuerza, haciéndome gritar. Vi una silueta blanca, espectral, en

medio de la oscuridad de la calle, y el «guardián» se inclinó sobre el cuerpo postrado de Murtagh, con unas tiras de género blanco en las manos.

—¡Socorro! —grité—. ¡No lo toquéis! ¡Socorro! ¡Bandidos! ¡Asesinos! ¡SOCORRO!

—¡Cállate! —Un golpe rápido en la oreja hizo que me diera vueltas la cabeza. Divisé una forma blanca y alargada en la zanja; era Murtagh, amortajado con una bolsa de lona. El falso guardián estaba agachado junto a él; se incorporó, sonriendo, y vi que llevaba una máscara.

Un hilo delgado de luz de la tienda contigua le iluminó el cuerpo. A pesar de la noche fría, llevaba sólo una camisa, un par de calzas abrochadas en la rodilla y medias de seda; unos zapatos de cuero completaban su atavío. No se trataba de bandidos comunes y corrientes.

Alcancé a ver a Mary. Una de las figuras enmascaradas la tenía asida por detrás: con un brazo le rodeaba la cintura y con la otra intentaba abrirse camino entre las faldas, como un animal que trata de meterse en su madriguera.

El que estaba frente a mí me puso la mano detrás de la cabeza y me acercó hacia él. La máscara le dejaba al descubierto la boca. Me metió la lengua en la boca. Olía a alcohol y a cebolla. Sentí náuseas, le di un buen mordisco y escupí cuando la retiró. Me abofeteó con fuerza, haciéndome caer de rodillas en la zanja.

A mi lado, Mary lanzaba patadas con sus zapatos de hebilla de plata, mientras que el rufián que la abrazaba le subía las faldas por encima de la cintura. Se oyó el ruido del raso al rasgarse y un alarido cuando los dedos del hombre se hundieron entre los muslos de ella.

—¡Una virgen! ¡Tengo una virgen! —graznó. Otro hombre hizo una reverencia burlona ante Mary.

—¡Felicidades, *Mademoiselle*! Vuestro marido tendrá motivos para darnos las gracias la noche de bodas, pues no encontrará torpes obstrucciones que impidan su placer. Pero somos generosos: no pedimos que se nos den las gracias por cumplir con nuestro deber. El servicio es un placer en sí mismo.

Si necesitaba algo, además de las medias de seda, para darme cuenta de que nuestros asaltantes no eran rufianes callejeros, este discurso, recibido por los otros con risotadas, habría bastado. Pero encontrar nombres para los

rostros enmascarados era otro problema.

Las manos que me tomaron por el brazo para levantarme tenían las uñas arregladas, con un pequeño lunar justo encima de la articulación, del pulgar. «Debo recordar este detalle —pensé—. Si nos dejan vivas, podría resultar útil».

Otro de los individuos me cogió los brazos por detrás, con un tirón tan violento que lancé un grito. La postura me obligó a sacar los pechos, como si los estuviera ofreciendo sobre una fuente.

El hombre que parecía dirigir la operación llevaba una camisa de tono pálido, decorada con motivos más oscuros; bordados, quizá. El atavío le daba un contorno impreciso en la oscuridad, y resultaba difícil mirarlo de cerca. No obstante, cuando se inclinó y me pasó un dedo por encima de los senos, alcancé a ver su pelo oscuro, pegado a la cabeza con fijador, y olí su perfume.

—No os preocupéis, señoras —dijo el de la camisa bordada—. No os queremos hacer daño; nuestra única intención es hacer un poco de ejercicio. Vuestros maridos o novios no necesitan enterarse. Después os liberaremos. Primero deberéis entregarnos el placer de vuestros dulces labios —dijo.

—No te metas con ésa, que muerde —le advirtió Camisa Verde.

—No lo hará si quiere conservar sus dientes —replicó su compañero—. De rodillas, *Madame*, si me hacéis el favor. —Me agarró para que no escapara.

Salté hacia atrás, deshaciéndome de mi asaltante, y sacudí la cabeza para despejar los ojos. La calle estaba oscura, pero pude ver algo a la luz de los faroles.

Mary agitaba frenéticamente los pies, y las hebillas de plata de sus zapatos reflejaban la luz. Estaba de espaldas, con uno de los hombres encima de ella, que lanzaba maldiciones al tratar de bajarse los pantalones y controlarla a ella al mismo tiempo. Se oyó el ruido de tela rasgándose y se vio el trasero del violador.

Alguien me cogió por la cintura y me arrastró hacia atrás, haciendo que mis pies se levantaran del suelo. Le hundí un tacón en la espinilla y lanzó un alarido de dolor.

—¡Sujétala! —ordenó Camisa Bordada, emergiendo de las sombras.

—¡Sujétala tú! —Mi aprehensor me arrojó sin ceremonias en los brazos

de su amigo. La luz del patio me dio de lleno en los ojos, cegándome por un momento.

—¡Madre de Dios! —Las manos que me apretaban el brazo aflojaron su presión, y me solté. Vi que Camisa Bordada tenía la boca abierta y una expresión horrorizada bajo la máscara. Retrocedió, persignándose.

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti* —balbuceó, sin dejar de persignarse—. ¡La Dama Blanca!

—¡La Dama Blanca! —El hombre que estaba a mis espaldas le hizo eco, con tono espantado.

Camisa Bordada seguía retrocediendo, sin dejar de trazar cruces en el aire, cada vez menos cristianas, pero, al parecer, con igual intención. Levantó el índice y el meñique, haciendo la señal tradicional de cuernos contra el mal.

Permanecí aturdida en medio de la calle, hasta que un grito terrible, proveniente del suelo cerca de mis pies me recordó dónde estaba. Demasiado ocupado con sus propios asuntos para prestar atención a otra cosa, el hombre montado encima de Mary hacía sonidos guturales de satisfacción mientras movía las caderas rítmicamente. Mary no cesaba de gritar, desesperada.

Actuando por puro instinto, di un paso hacia ellos, cogí impulso, y con todas mis fuerzas descargué el pie sobre las costillas del hombre en una patada feroz. Con un alarido de dolor, cayó hacia un lado.

Uno de sus amigos corrió y lo cogió de los brazos sin dejar de gritar:

—¡Arriba! ¡Vamos! ¡Es la Dama Blanca! ¡Corramos!

Sumido aún en el frenesí de la violación, el hombre lo miró sin ver y trató de volver a Mary, que intentaba librarse del peso que la mantenía presa. Tanto Camisa Verde como Camisa Bordada empezaron a tirar de los brazos del agresor, hasta que lograron ponerlo en pie. Las calzas desgarradas le colgaban alrededor de los muslos, y el ensangrentado pene erecto temblaba con inconsciente avidez en medio de los caídos faldones de la camisa.

El estruendo de pies que se aproximaban corriendo pareció despertarlo por fin. Al oír el ruido, sus dos ayudantes lo soltaron y echaron a correr a toda prisa, abandonándolo a su suerte. Ahogando una maldición, se dirigió al callejón más cercano, saltando y cojeando mientras trataba de subirse las calzas.

—*Au secours! Au secours! Gendarmes!* —gritaba una voz sin aliento por

los callejones; su dueño se acercaba hacia nosotras tropezando con la basura en la oscuridad. No creí que un asaltante pudiera andar pidiendo ayuda a gritos a la *gendarmerie*, aunque en aquel momento nada podía sorprenderme.

Pero me sorprendí de verdad al ver que la figura negra que emergió del callejón resultó ser Alexander Randall, envuelto en una capa negra y con la cabeza cubierta por un sombrero de ala flexible. Dirigió la mirada enloquecida a ambos lados del callejón, viendo primero a Murtagh, que parecía una bolsa de basura, luego a mí, inmóvil y jadeante apoyada en la pared, y finalmente a la forma agazapada de Mary, casi invisible entre las demás sombras. Permaneció impotente por un momento, luego giró sobre sus talones y se subió a la verja de hierro, por donde habían salido los agresores. Desde allí alcanzó el farol suspendido de una viga del techo.

La luz fue un consuelo. Mary estaba de rodillas, acurrucada, con la cabeza hundida entre los brazos, y temblaba. Uno de sus zapatos estaba sobre los adoquines; su hebilla de plata centelleaba bajo la luz oscilante del farol.

Como un pájaro de mal agüero, Alex se abalanzó sobre ella.

—¡Señorita Hawkins! ¡Mary! ¿Estáis bien?

—¡Qué pregunta más estúpida! —exclamé con aspereza. Mary gimió y se apartó de él—. Por supuesto que no está bien. Acaba de ser violada. —Con un esfuerzo considerable, me separé de la pared y me dirigí hacia ellos, advirtiendo con indiferencia clínica que me temblaban las rodillas, que cedieron del todo al ver una silueta enorme, parecida a la de un murciélago, aterrizando a medio metro de mí sobre los adoquines.

—Bueno, bueno, ¡mirad quién ha llegado! —dije, y empecé a reírme de manera algo desequilibrada. Un par de manazas me cogieron por los hombros y me sacudieron.

—Calla, *Sassenach* —dijo Jamie; sus ojos azules brillaban—. ¡Bueno, baja! —dijo con impaciencia, alzando la mirada—. Pon los pies en el borde y después en mis hombros. —Con un ruido de tejas sueltas, una pequeña figura negra se movió con cuidado, y después se deslizó por la figura alta como un mono sobre un palo—. Buen chico, Fergus —dijo—. ¿Estás bien, *Sassenach*? —inquirió volviéndose hacia mí.

—Muy amable de tu parte que preguntes —dije—. Sí, gracias. Pero ella no está tan bien. —Señalé a Mary. Seguía acurrucada, temblando mientras

Alex intentaba consolarla.

Jamie no le dirigió más que una mirada.

—Ya veo. ¿Dónde diablos está Murtagh?

—Allí —respondí—. Ayúdame a levantarme.

Caminé a tropezones hasta la zanja donde yacía Murtagh, sacudiéndose, emitiendo una mezcla sorprendente de blasfemias ahogadas en tres idiomas.

Jamie sacó su daga y, con lo que pareció cierta indiferencia hacia el contenido, hizo un tajo de un extremo a otro. Murtagh saltó por la abertura. La mitad del negro pelo erizado estaba empastado con un líquido hediondo, sobre el cual había estado apoyada la bolsa. El resto del pelo lo tenía de punta, lo que le daba una expresión de más furia a un rostro que ya tenía un aspecto torvo debido a un enorme chichón púrpura y un ojo que se estaba amoratando rápidamente.

—¿Quién me golpeó? —vociferó.

—Bueno, no fui yo —respondió Jamie, alzando una ceja—. Vamos, hombre, que no tenemos toda la noche.

—Esto no resultará —musité, mientras me clavaba alfileres engarzados con brillantes por todo el pelo—. Debe recibir asistencia médica. ¡Necesita un médico!

—Ya lo tiene —señaló Jamie, alzando la barbilla y mirándose en el espejo mientras se ajustaba el cuello duro—. Tú. —Terminada su labor, cogió un peine y se lo pasó por el pelo.

—No tengo tiempo para hacerme trenzas —murmuró—. ¿Tienes un trozo de cinta?

—Permíteme. —Le recogí el pelo, luego lo até con una cinta verde—. ¡Qué noche para tener una cena!

Y no era una cena cualquiera. El duque de Sandringham era el huésped de honor, con un grupo pequeño pero selecto de invitados, entre los que se contaba *Monsieur Duverney* y su hijo mayor, un banquero prominente, Louise y Jules de La Tour, y los d'Arbanville. Y para hacer la velada más interesante aún, también habíamos invitado al conde de St. Germain.

—¡St. Germain! —había exclamado, atónita, cuando Jamie me lo contó la semana anterior—. ¿Para qué?

—Tengo negocios con él —había sido la explicación de Jamie—. Ya ha cenado aquí otras veces, invitado por Jared. Ahora quiero tener la oportunidad de observarlo cuando hable contigo durante la comida. Por lo que he visto, no es un hombre que esconda lo que piensa. —Cogió el cristal blanco que me había dado el maestro Raymond y lo sostuvo en la mano.

—Es muy bonito —había dicho—. Lo haré engarzar en oro para que puedas llevarlo alrededor del cuello. Juguetea con él durante la cena, *Sassenach*, hasta que alguien te pregunte por él. Diles para qué es, y no dejes de observar la expresión de St. Germain. Si fue él quien te puso el veneno en Versalles, creo que se traicionará por algún gesto.

Lo que yo quería en aquel momento era paz, tranquilidad y absoluta intimidad para poder ponerme a temblar como un conejo. En cambio, debía asistir a una cena con un duque que podía ser un jacobita o un agente inglés y un conde que podía ser un envenenador, mientras que arriba ocultaba a la víctima de una violación. Me tembló tanto la mano que no pude abrochar la cadena que sostenía el cristal engarzado; Jamie se acercó a mis espaldas y lo hizo en un santiamén.

—¿No estás nervioso? —le pregunté. Jamie me sonrió en el espejo y se puso las manos sobre el estómago.

—Sí, pero me ataca el estómago, no las manos. ¿Tienes un poco de ese remedio para los retortijones?

—Sí, allí. —Señalé la caja de remedios sobre la mesa, que estaba abierta pues la había utilizado con Mary—. La botellita verde. Una cucharada.

Alzó la botella y tomó varios sorbos. La bajó y miró de reojo al líquido que contenía.

—¡Por Dios, qué espantoso! ¿Ya estás lista? Los invitados llegarán en cualquier momento.

Mary estaba escondida en una habitación del primer piso. La había revisado con cuidado. Tenía magulladuras y estaba conmocionada. Le hice tragar una buena cucharada de jarabe de amapola, lo único que me pareció razonable en aquel momento.

Alex Randall había resistido todos los intentos de Jamie por enviarlo a su casa, insistiendo en permanecer junto a Mary. Tenía instrucciones estrictas de enviar por mí si ella se despertaba.

—¿Cómo es que ese idiota estaba allí? —pregunté buscando en el cajón los polvos de maquillaje.

—Se lo pregunté —respondió Jamie—. Al parecer, el idiota está enamorado de Mary Hawkins, y la sigue a todas partes. Parece una flor marchita, porque sabe que tiene que casarse con Marigny.

La caja del maquillaje se me cayó.

—¿Que él está enamorado de ella? —inquirí, esparciendo una nube de partículas flotantes.

—Eso dice, y no veo razón para dudarlo —respondió Jamie, sacudiéndome el polvo del pecho del vestido—. Estaba un poco deprimido cuando me lo dijo.

—Me lo imagino. —Al cúmulo de emociones conflictivas que sentía, debía añadir pena por Alex Randall. Por supuesto que él no hablaría con Mary, pensando que la devoción de un secretario indigente no era nada comparada con la fortuna y posición social de un miembro de la casa de Gascuña. ¿Cómo se sentiría el pobre Randall al verla víctima de un ataque brutal prácticamente ante sus propias narices?

—¿Y por qué diablos no habló con Mary? Ella habría huido con él sin pensarlo dos veces. —Dado que no cabía duda de que el pálido cura inglés era el objeto «espiritual» de la devoción de Mary.

—Randall es un caballero —respondió Jamie.

—Querrás decir que es un imbécil —repliqué sin misericordia.

El labio de Jamie tembló.

—Bueno, quizá. Pero además es pobre; no tiene ingresos para mantener a una esposa, si la familia de Mary la abandona... lo cual harían sin duda si se fugara con él. Alex es débil de salud; le resultaría difícil encontrar otro trabajo, pues el duque lo echaría.

—Alguno de los sirvientes la encontrará —dije, volviendo a una preocupación anterior para evitar pensar en esta última manifestación trágica.

—No, no la encontrarán. Estarán ocupados sirviendo. Y mañana por la mañana, estará lo suficientemente recuperada para volver a la casa de su tío. Ya envié una nota —añadió— avisándoles que pasaría la noche en casa de una amiga. No quiero que anden buscándola.

—Sí, pero...

—*Sassenach*. No podemos permitir que la vea nadie hasta que sea capaz de hablar y actuar normalmente. Si se sabe lo que le pasó, su reputación quedará arruinada para siempre.

—¡Su reputación! ¡No es culpa suya que la hayan violado!

—No está bien, pero así son las cosas. Si se sabe que ya no es virgen, ningún hombre la querrá... será difamada, y permanecerá soltera el resto de sus días; Es lo único que podemos hacer por ella, Claire. Alejarla del daño, curarla lo mejor que podamos... y encontrar a los sucios bastardos que lo hicieron. ¡Cristo santo! —añadió—. ¿Crees que no sé lo que ella debe de sentir? ¿O él?

Apoyé la mano en sus dedos y se los apreté. Jamie devolvió el apretón, después me alzó la mano y la besó.

—¡Por Dios, *Sassenach*! Tienes los dedos fríos como la nieve. —Me hizo dar la vuelta para que lo mirara a los ojos—. ¿Estás bien, querida?

—Dios mío, Jamie. Estaba tan asustada. ¡Estoy tan asustada! Oh, Dios, ojalá pudieras hacerme el amor ahora.

Su pecho vibró contra mi mejilla al echarse a reír, pero me abrazó más fuerte.

—¿Crees que eso ayudaría?

—Sí.

—Déjalo a cuenta, entonces —dijo.

Habíamos llegado al segundo plato sin incidentes, y yo empezaba a tranquilizarme, aunque todavía me temblaba la mano al levantar la taza de consomé.

—¡Simplemente fascinante! —dije en respuesta a una anécdota del joven *Monsieur Duverney* que en realidad no estaba escuchando, pues mis oídos estaban alertas a cualquier ruido sospechoso que viniera de arriba—. Contadme más.

Tropecé con la mirada de Magnus, que servía al conde de St. Germain, sentado frente a mí. Me acaricié la piedra de cristal en forma ostentosa, mirando al conde. No vi señal alguna de turbación en su semblante de rasgos demoniacos. Estaba concentrado comiendo la trucha con almendras.

Jamie y el mayor de los Duverney estaban enfrascados en una

conversación en el otro extremo de la mesa; Jamie garabateaba cifras con la mano izquierda sobre un pedazo de papel con un trozo de tiza. ¿Discutirían de ajedrez o de negocios?

Como huésped de honor, el duque de Sandringham estaba sentado en el centro de la mesa, conversando con *Madame* d'Arbanville. Como el duque era el inglés más prominente en París en aquel momento, Jamie había considerado oportuno cultivar su relación, con la esperanza de descubrir cualquier cosa que pudiera conducir al remitente del mensaje musical enviado a Carlos Estuardo. Sin embargo, mi atención se desviaba al caballero sentado enfrente del duque: Silas Hawkins.

Pensé que me moría allí mismo y me olvidaría de todos los problemas cuando el duque entró y dijo:

—Señora Fraser, conoce al señor Hawkins, ¿no es verdad?

Los ojillos azules y alegres del duque me miraron con la confianza de quien sabe que sus caprichos serían satisfechos. No me quedó otra alternativa que sonreír y pedirle a Magnus que pusiera otro plato en la mesa. Jamie, al ver al señor Hawkins entrar por la puerta del salón, pareció necesitar otra dosis de remedio para el estómago; sin embargo, se repuso lo suficiente para estrechar la mano del invitado imprevisto y empezó a conversar sobre las posadas en el camino a Calais.

Eché un vistazo al reloj que había sobre la chimenea. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que todos se fueran? Conté mentalmente los platos ya servidos, y los que faltaba servir. Ya estábamos cerca del postre. Después la ensalada y el queso. Coñac y café, oportuno para los hombres, licores para las damas. Una o dos horas de conversación estimulante. No demasiado, por Dios, o se quedarán hasta el amanecer.

En aquel momento, el tema de conversación eran las pandillas callejeras.

—Y me he enterado de que algunas de estas bandas no están integradas por la plebe, sino por jóvenes miembros de la nobleza —dijo el general d'Arbanville—. Lo hacen por diversión. ¡Diversión! Como si robar a hombres decentes y ultrajar a damas fuera lo mismo que una pelea de gallos.

—¡Es extraordinario! —exclamó el duque, con la indiferencia de quien no sale sin una buena escolta.

Jamie me miró y se levantó de la mesa.

—Si me disculpáis, señoras y señores —dijo con una reverencia— tengo un buen oporto que me gustaría ofreceros. Iré al sótano a buscarlo.

—Debe de ser el Belle Rouge —dijo Jules de La Tour—. Esperad a probarlo. No he probado un vino igual en ninguna otra parte.

—¿No? Pronto lo haréis, *Monsieur* le Prince —dijo el conde de St. Germain—. Un vino aún mejor.

—¿No creo que exista nada mejor que el Belle Rouge! —exclamó el general d'Arbanville.

—Claro que sí —declaró el conde con expresión satisfecha—. He descubierto un nuevo oporto, hecho y embotellado en la isla de Gostos, frente a la costa de Portugal. Tiene el color del rubí, y un gusto que hace que el Belle Rouge parezca agua coloreada. Tengo un contrato para la entrega de la cosecha completa en agosto.

—¿De veras, *Monsieur* le Comte? —Silas Hawkins levantó sus cejas canosas—. ¿Habéis encontrado un nuevo socio? Me habían dicho que vuestros recursos estaban... menguados, diríamos, después de la triste destrucción del Patagonia.

El conde apretó las mandíbulas y un frío repentino descendió sobre nuestro extremo de la mesa. Por la mirada de soslayo del señor Hawkins, y la leve sonrisa que se ocultaba en su boca, estaba claro que sabía todo acerca del papel que yo había desempeñado en el desafortunado episodio.

Volví a llevarme la mano a la piedra, pero el conde no me miró a mí sino al señor Hawkins, con una expresión de abierto disgusto. Jamie estaba en lo cierto: no era un hombre que ocultara sus emociones.

—Afortunadamente, *Monsieur* —dijo, dominando su cólera—, he encontrado un socio dispuesto a invertir dinero en la empresa. Un compatriota de nuestro gentil anfitrión. —Jamie acababa de volver, seguido de Magnus, el mayordomo, que llevaba un enorme botellón de oporto Belle Rouge.

Hawkins dejó de masticar por un instante.

—¿Un escocés? ¿Quién? No sabía que hubiera escoceses en el negocio de licores y vinos, aparte de los Fraser.

Una expresión divertida iluminó los ojos del conde, mientras miraba al señor Hawkins y a Jamie alternativamente.

—Supongo que es discutible si el inversor en cuestión podría ser considerado escocés en este momento. De todos modos, es compatriota de milord Broch Tuarach. Su nombre es Carlos Estuardo.

Esta noticia tuvo todo el impacto esperado por el conde. Silas Hawkins se enderezó en su silla con una exclamación. Jamie; que se disponía a hablar, cerró la boca y se sentó, mirando pensativo al conde. Jules de La Tour empezó a soltar exclamaciones, y los d'Arbanville también mostraron su sorpresa. Incluso el duque quitó los ojos de su plato y pestañeó, mirando al conde con interés.

—¿De verdad? Tenía entendido que los Estuardo eran más pobres que las ratas. ¿Estáis seguro de que no os está embaucando?

—No deseo difamar a nadie ni despertar sospechas —comentó Jules de La Tour— pero es bien sabido en la corte que los Estuardo no tienen dinero. Es cierto que muchos jacobitas han estado buscando fondos pero, por lo que he oído, sin éxito.

—Es verdad —intervino el más joven de los Duverney—. El mismo Carlos Estuardo ha mantenido conversaciones privadas con dos banqueros que conozco, pero ninguno está dispuesto a adelantarle una suma sustancial, dada su situación actual.

Miré brevemente a Jamie, que respondió con un gesto imperceptible. Eran buenas noticias. Entonces, ¿qué había de cierto en la versión del conde?

—Es cierto —dijo—. Su alteza se ha asegurado un préstamo de quince mil libras de un banco italiano, suma que ha puesto a mi disposición para poner en servicio activo un barco y adquirir toda la cosecha de Gostos. Aquí tengo la carta firmada. —Se dio una palmadita de satisfacción en el bolsillo de su chaqueta. Después volvió a sentarse, observó con una sonrisa triunfal a los comensales y se detuvo en Jamie.

—Y bien, milord —dijo, señalando el botellón apoyado sobre el mantel blanco frente a Jamie—. ¿Vais a permitirnos probar este famoso vino?

—Sí, por supuesto —murmuró Jamie, alcanzando mecánicamente la primera copa.

Louise, que había permanecido callada durante casi toda la cena, advirtió la incomodidad de Jamie. Amiga bondadosa, se volvió hacia mí, tratando de derivar la conversación hacia un tema neutral.

—¡Qué hermosa piedra tienes en el cuello, *ma chère!* —exclamó, señalando mi cristal—. ¿Dónde la has conseguido?

—Ah, ¿ésta? —respondí—. Bueno, en realidad...

Me interrumpió un grito desgarrador. Toda conversación se detuvo y el eco sacudió los cristales de la araña que pendía del techo.

—*Mon Dieu* —dijo el conde de St. Germain en medio del silencio—. Qué...

El grito se repitió varias veces.

Los invitados se levantaron y se precipitaron al vestíbulo a tiempo para ver a Mary Hawkins, con el vestido hecho jirones, en lo alto de la escalera. Estaba inmóvil, con la boca abierta y las manos sobre el pecho, donde la tela desgarrada del vestido dejaba al descubierto las magulladuras de sus senos y brazos.

Sus ojos vacíos parecían lagos en los que se reflejaba el horror. Miró hacia abajo, pero era evidente que no veía ni la escalera ni la multitud de espectadores atónitos.

—¡No! —chilló—. ¡No! ¡Soltadme! ¡Os lo ruego! ¡NO ME TOQUÉIS! —A pesar de que estaba aturdida por la droga, pareció percibir algún movimiento a sus espaldas, porque se volvió y agitó los brazos a diestro y siniestro, clavándole las uñas a Alex Randall, que intentaba vanamente calmarla.

Desgraciadamente, desde abajo parecía más bien la tentativa de un seductor rechazado intentando un nuevo ataque.

—*Nom de Dieu* —exclamó el general d'Arbanville—. *Racaille!* ¡Soltadla de inmediato! —El viejo soldado subió la escalera buscando con la mano la espada que, afortunadamente, había dejado a la entrada.

Me interpuse delante del conde y del joven Duverney, que parecían querer seguir al general, pero nada pude hacer con el tío de Mary, Silas Hawkins. Con los ojos desorbitados, el mercader de vinos permaneció estupefacto un momento, y después bajó la cabeza y cargó como un toro, abriéndose camino entre los demás.

Desesperada, busqué con la mirada a Jamie, y lo descubrí en el extremo del grupo. Lo interrogué con la mirada; de todos modos, nada de lo que hubiera dicho se habría oído en el tumulto que se había formado en el

vestíbulo, aumentado por los gritos agudos de Mary.

Él se encogió de hombros y miró a su alrededor. Vi que su mirada se posaba un momento en una mesa de tres patas que había cerca de la pared y sobre la que había un jarrón con crisantemos. Alzó la mirada, midiendo la distancia, cerró los ojos un instante como si quisiera encomendar su alma a Dios, y después se movió con decisión.

Saltó sobre la mesa, sobre la balaustrada de la escalera, y se adelantó un par de pasos al general. Fue una prueba de acrobacia tal que las damas se quedaron sin aliento, entre horrorizadas y admiradas.

Las exclamaciones aumentaron cuando Jamie, saltando los escalones de dos en dos, se interpuso entre Mary y Alex y le dio a este último un puñetazo en la mandíbula.

Alex, que había estado mirando alelado a su jefe, cayó de rodillas y se desplomó, hecho un ovillo, con los ojos todavía abiertos pero tan vacíos como los de Mary.

## 19

### *Un juramento*

El reloj que había en la repisa del hogar producía un tictac fuerte y molesto. Yo ya había soportado suficientes ruidos y sólo anhelaba el silencio para recomponer mis exasperados nervios. Abrí la caja del reloj y quité el contrapeso. El tictac cesó.

Indudablemente, aquélla había sido la cena de la temporada. Algunos que no habían estado dirían durante meses que sí lo habían hecho, reforzando su afirmación con chismes y descripciones deformadas.

Por fin logré coger a Mary para hacerle tragar una nueva dosis de jugo de amapolas. La pobre se convirtió en poco más que un triste montón de trapos ensangrentados, lo que me permitió escuchar la discusión que sostenían Jamie, el general y el señor Hawkins. Alex permaneció inconsciente, y lo coloqué al lado de Mary, en el rellano de la escalera.

—¡Ha perdido su reputación! —decía—. ¡Habéis hecho perder la reputación a mi sobrina! ¡El vizconde jamás la aceptará! ¡Inmundo escocés! ¡Vos y vuestra puta! ¡Proxenetas! ¡Atrapáis a niñas inocentes en vuestras viles garras para el placer de la escoria! Vos... —Jamie, que lo había escuchado con bastante paciencia, le propinó un buen puñetazo en la papada. Luego se quedó abstraído, frotándose los nudillos, mientras el mercader de vinos se desplomaba.

El general d'Arbanville, al observar el destino de los caídos, dio un paso

atrás.

—Vamos, adelante —lo instó una voz a mis espaldas—. ¿Por qué detenerse ahora, Tuarach? ¡Golpeadlos a los tres! ¡Terminad de una vez con todos! —El general y Jamie miraron con disgusto al que había hablado.

—Salid de aquí, St. Germain —dijo Jamie—. Esto no es asunto vuestro.

Los finos labios de St. Germain se curvaron en una sonrisa. Era evidente que se estaba divirtiendo.

—¿Que no es asunto mío? ¿Cómo pueden semejantes acontecimientos no ser asunto de cualquier hombre público? Después de todo, si un invitado del rey ha pervertido el significado de la palabra hospitalidad hasta el punto de hacer de su casa un burdel, ¿acaso no es eso...? ¡No, no lo hagáis! —dijo, al ver que Jamie avanzaba hacia él. Una navaja apareció como por arte de magia entre los encajes que caían en cascada de su muñeca. Vi que Jamie torcía la boca y movía los hombros dentro de las ruinas de su chaqueta, preparándose para la batalla.

—¡Deteneos! —dijo una voz imperiosa, y ambos Duverney, padre e hijo, se abrieron camino a empujones hasta el descanso de la escalera, ya bastante tumultuoso. Duverney hijo se volvió y sacudió los brazos para alejar a la multitud, que se intimidó lo suficiente para dar un paso atrás.

—¡Vos! —dijo Duverney padre, señalando a St. Germain—. Si, como sugerís, sabéis lo que es el espíritu público, haced algo útil y despedid a los curiosos.

St. Germain atravesó al banquero con la mirada, pero un momento después se encogió de hombros y la daga desapareció. St. Germain se volvió sin decir palabra y se dirigió escaleras abajo, empujando a quienes se interponían en su camino y diciéndoles a gritos que se fueran.

Pese a tales exhortaciones, y a las de Gérard, el hijo de Duverney, que iba detrás del conde, la mayoría de los invitados sólo partió con la llegada de la Guardia Real.

El señor Hawkins, que ya se había recuperado, volvió a acusar a Jamie de secuestro y proxenetismo. Por un momento creí que Jamie iba a volver a golpearlo.

Después de un rato de confusión y discusiones, Jamie aceptó ir al cuartel general de la Guardia en la Bastilla para dar explicaciones.

Alex Randall, pálido, sudoroso y sin la menor idea de lo que pasaba, también fue llevado. El duque no esperó ver el destino de su secretario; llamó a su carruaje y partió antes de la llegada de la Guardia. Sea cual fuere su misión diplomática, no quería estar involucrado en un escándalo. A Mary Hawkins la llevaron a casa de su tío, envuelta en una sábana.

El oficial no quiso obligarme a ir al cuartel cuando Jamie le explicó que mi condición era muy delicada y no podía ir a prisión. Por fin, al ver a Jamie dispuesto a seguir golpeando gente para que le hicieran caso, el capitán de la Guardia aceptó, pero a condición de que no saliera de París. Aunque la idea de abandonar París tenía su atractivo, no podía irme sin Jamie, y di mi *parole d'honneur* sin reservas.

Mientras el grupo se dirigía hacia la salida, vi a Murtagh, con el rostro amoratado y serio. Era evidente que planeaba acompañar a Jamie. Sentí alivio; por lo menos mi esposo no estaría solo.

—No te preocupes —me susurró al oído Jamie—. Volveré enseguida. Si llegara a pasar algo... No será necesario, pero si necesitas un amigo, acude a Louise de La Tour.

—Lo haré. —No tuve tiempo más que para besarlo con la mirada, antes de que los guardias lo cercaran.

Las puertas de la casa se abrieron; Jamie miró detrás de sí, vio a Murtagh y abrió la boca para decir algo. Murtagh miró con ferocidad a su alrededor y se abrió camino hacia Jamie; casi arrojó a Duverney hijo a la calle. Se produjo una batalla corta y silenciosa entre las miradas de ambos, y después Jamie se encogió de hombros y alzó las manos, resignado.

Salió a la calle pero detuvo la mirada en un pequeño bulto que había cerca de la verja. Se inclinó y dijo algo, después se enderezó, miró la casa y me dirigió una sonrisa, claramente visible a la luz del farol. Después, con un ademán a *Monsieur* Duverney padre, subió al carruaje que aguardaba y se lo llevaron, con Murtagh colgado en la parte trasera del vehículo.

Fergus se quedó en la calle, mirando el coche hasta que desapareció. Después me tomó de la mano y me condujo adentro.

—Vamos, milady —dijo. Milord me ha encargado que os cuide hasta su regreso.

Fergus entró al salón y la puerta se cerró detrás de él.

—Ya he hecho la ronda de la casa, milady —murmuró—. Está todo cerrado. —Pese a la preocupación, no pude dejar de sonreír; la voz de Fergus era una clara imitación de la de Jamie. Su ídolo le había encomendado una responsabilidad y él hacía su trabajo con mucha seriedad.

Después de acompañarme hasta el salón, había ido a hacer la ronda de la casa, verificando que las ventanas estuvieran trabadas, que las puertas exteriores llevaran la barra (que Fergus no tenía fuerza para alzar) y que las chimeneas estuvieran apagadas.

—Deberíais descansar, milady —aconsejó—. No os preocupéis, aquí me quedaré.

No me eché a reír, pero le sonreí.

—No podría dormir aunque quisiera, Fergus. Me quedaré sentada un rato. Pero tal vez deberías ir a acostarte; has pasado una noche muy larga.

Bostezó sin vergüenza, pero sacudió la cabeza.

—No, milady. Me quedaré con vos... si no os molesta.

—No, en absoluto.

Me quedé observando las llamas, tratando de serenarme. Pensé en un lago tranquilo, en el rocío del bosque, incluso en la oscura paz de la capilla de la abadía, pero nada surtió efecto; por encima de toda imagen de paz se imponía lo sucedido esa noche: puños y dientes centelleantes saliendo de la oscuridad; el rostro blanco y descompuesto de Mary Hawkins; la repentina desconfianza en los rostros del general y de los Duverney; el placer mal oculto de St. Germain por el escándalo. Y por último la sonrisa de Jamie, mezcla de confianza e incertidumbre.

¿Y si no volvía? ¿Y si no podía librarse de culpa? Si el magistrado sospechaba de los extranjeros, podía encarcelarlo indefinidamente. Y además del miedo a que la crisis destruyera el trabajo de las últimas semanas estaba la imagen de Jamie en una celda como aquella en la que lo había encontrado en Wentworth. Frente a la crisis, la noticia de que Carlos Estuardo hacía inversiones en vino me parecía trivial.

Una vez sola, tuve mucho tiempo para pensar. ¿Quién o qué era «la Dama Blanca»? ¿Qué clase de «dama blanca», y por qué la mención de ese nombre

había hecho huir a los asaltantes?

Al evocar la cena, recordé el comentario del general acerca de las pandillas callejeras y el rumor de que algunas estaban formadas por miembros de la nobleza. Concordaba con la manera de hablar y la vestimenta del jefe de los hombres que nos atacaron, aunque sus compañeros parecían mucho más rudos de aspecto. Traté de pensar si el hombre me recordaba a alguien en particular, pero la oscuridad y la sorpresa deformaban su imagen.

En su aspecto general, el hombre no era muy distinto del conde de St. Germain, aunque la voz era diferente. Claro que eso era algo que se podía disfrazar, lo mismo que la cara. Al mismo tiempo, me parecía casi imposible que el conde participara en un ataque así y luego se sentara tranquilamente a mi mesa a saborear la sopa.

Me pasé los dedos por el pelo, frustrada. No había nada que se pudiera hacer antes de la mañana. Si Jamie no regresaba, podía visitar a supuestos amigos y conocidos hasta encontrar a alguien que me ayudara. Pero durante la noche, era impotente como una libélula en el ámbar.

Mis dedos chocaron con uno de los alfileres decorados, y tironeé de él con impaciencia. Se había atascado en mi cabellera.

—¡Ay!

—Permitidme, milady. Yo lo sacaré.

No lo había oído pasar detrás de mí, pero sentí los dedos pequeños y hábiles de Fergus en mi pelo; después de sacarlo dijo:

—¿Los otros también, milady?

—Gracias, Fergus —respondí, agradecida—. Si no te molesta.

Los dedos del carterista se posaron sobre mi pelo, y los pesados rizos empezaron a caerme alrededor del rostro, libres de los alfileres. Mi respiración se normalizaba a medida que el pelo me iba cayendo sobre los hombros.

—¿Estáis preocupada, milady? —preguntó.

—Sí —respondí, demasiado cansada para fingir.

—Yo también —dijo.

El último de los alfileres resonó sobre la mesa y me arrellané en la silla, con los ojos cerrados. Entonces me di cuenta de que Fergus me estaba cepillando el pelo con suavidad.

—¿Me permitís, milady? —preguntó, cuando me puse tensa por la sorpresa—. Las señoras decían que las tranquilizaba cuando estaban nerviosas o preocupadas.

Volví a relajarme bajo su caricia.

—Te permito —respondí—. Gracias. —Después de un momento, dije—: ¿Qué señoras, Fergus?

Hubo un instante de vacilación, una araña que se detiene en la construcción de una tela. Después el niño continuó peinando suavemente los mechones.

—Las del sitio donde solía dormir, milady; no podía salir por los clientes, pero *Madame* Elise me permitía dormir en un armario debajo de las escaleras si no hacía ruido. Y cuando ya se habían marchado todos los hombres, por la mañana, podía salir y a veces las señoras compartían su desayuno conmigo. Yo las ayudaba a quitarse la ropa. Decían que era muy delicado —añadió—. Y las peinaba y les cepillaba el pelo, si querían.

—Hum. —El murmullo suave del cepillo en mi pelo tenía un efecto sedante. Sin el reloj sobre la repisa del hogar no era posible saber la hora, pero el silencio de la calle indicaba que era muy, muy tarde.

—¿Cómo es que dormías en casa de *Madame* Elise, Fergus? —le pregunté, ahogando un bostezo.

—Nací allí, milady —respondió. Las caricias del cepillo se hicieron más lentas, y su voz se fue tornando soñolienta—. A veces me preguntaba cuál de las señoras sería mi madre, pero nunca pude averiguarlo.

La puerta de la sala al abrirse me despertó, y vi a Jamie, de pie, pálido y con los ojos rojos por la fatiga, pero sonriente.

—Tenía miedo de que no volvieras —dije.

—Yo también —replicó. Luego se sentó y me quitó el pelo de los ojos.

—Por Dios, eres hermosa —dijo—. Despeinada y sin dormir, con tu pelo ondeando alrededor de tu cara. Querido amor. ¿Has estado aquí sentada toda la noche?

—No fui la única. —Señalé la puerta, donde Fergus se había acostado hecho un ovillo sobre la alfombra. Se movió un poco en medio de su sueño.

Jamie apoyó su mano sobre el hombro de Fergus.

—Vamos, muchacho. Has hecho bien en cuidar a tu ama. —Cogió al niño en sus brazos y lo apoyó contra su hombro. Fergus murmuraba y tenía los ojos soñolientos—. Eres un buen hombre, Fergus, y te has ganado el descanso. Vamos a tu cama. —Vi que los ojos del niño se abrieron sorprendidos, y después se entrecerraron al relajarse.

Cuando Jamie volvió al salón yo ya había abierto las persianas y avivado el fuego.

—Toma. —Le entregué una copa de vino, que bebió de tres tragos; se estremeció, se dejó caer en el sofá pequeño y extendió la copa para que le sirviera más.

—Ni una sola gota más —dije— hasta que me cuentes qué pasó. No estás en prisión, así que supongo que todo está bien, pero...

—No está todo bien, *Sassenach* —me interrumpió— pero podría ser peor.

Después de muchas discusiones, y ante la insistencia del señor Hawkins, que reiteraba su versión, el juez llegó a la conclusión de que, al ser Alex uno de los acusados, mal podía ser un testigo imparcial. Yo tampoco, pues era la esposa y posible cómplice del otro acusado. Murtagh, según su propio testimonio, había estado inconsciente durante el supuesto ataque, y Claudel no era un testigo legal debido a su corta edad.

Estaba claro, dijo *Monsieur* le Juge, fulminando con la mirada al capitán de la Guardia, que la única persona capaz de decir la verdad en este asunto era Mary Hawkins, quien no podía hacerlo en ese momento. Por ende, todos los acusados debían ser encerrados en la Bastilla hasta que pudiera entrevistarse a *Mademoiselle* Hawkins. ¿No era un asunto lo bastante sencillo para que *Monsieur* le Capitaine lo decidiera por su cuenta?

—Entonces, ¿por qué no estás encerrado en la Bastilla? —pregunté.

—*Monsieur* Duverney ofreció garantías por mi persona —respondió Jamie—. Permaneció sentado en un rincón; pero cuando el juez tomó una decisión, se puso en pie y dijo que, al haber tenido oportunidad de jugar al ajedrez conmigo en diversas ocasiones, no creía que yo tuviera una personalidad tan disoluta como para cometer un acto tan depravado... —Se interrumpió y se encogió de hombros.

—Bueno, ya lo conoces, una vez que empiece... —La idea era que un hombre que podía ganarle al ajedrez seis veces de siete nunca podría inducir

a niñas inocentes a ir a su casa para corromperlas.

—Muy lógico —dije secamente—. Me imagino que lo que en realidad quiso decir es que, si te encerraban, nunca más podría jugar al ajedrez contigo.

—Supongo que sí —coincidió. Se desperezó; bostezó y pestañeó, sonriente.

—Pero ahora estoy en casa, y en este momento no me importa el porqué. Ven a mí... Lo único que deseo —me murmuró al oído— es quitarme estos trapos y estar contigo frente a la chimenea, ir a dormir después y quedarme así hasta mañana.

—Un poco inconveniente para la servidumbre —indiqué—. Tendrán que limpiar con nosotros en medio.

—Al demonio la servidumbre. ¿Para qué están las puertas?

—Para ser golpeadas, evidentemente —dije mientras se oía un suave golpe en la puerta.

Jamie, que tenía la nariz hundida en mi pelo, hizo una pausa, suspiró y levantó la cabeza.

—Treinta segundos —me prometió, en voz baja—. *Entrez!* —dijo luego, en voz alta.

Se abrió la puerta y entró Murtagh. En medio de la confusión de la noche anterior no había reparado en él.

Parecía extenuado. El único ojo que tenía abierto estaba rodeado de un halo rojo e inyectado en sangre. Una hendidura negra y brillante destacaba en medio de la piel hinchada. El otro estaba casi negro. Tenía un gran chichón en la frente, una especie de huevo de ganso púrpura con una desagradable herida.

El hombrecillo apenas había pronunciado palabra desde su liberación de la bolsa la noche anterior. Preguntó por el destino de sus cuchillos (guardados por Fergus quien, buscando como una rata según su costumbre, había encontrado tanto su daga como su *sgian dhu* detrás de un montón de basura) y se sumió en el silencio durante la huida, cuidando la retaguardia mientras corríamos por las oscuras calles parisinas.

Supongo que debió de haber dicho algo al *commissariat de police*, aunque fuera sólo para prestar testimonio sobre el buen carácter de su jefe,

aunque, si yo fuera un juez francés, no sabía cuánta credibilidad depositaría en Murtagh.

Sin embargo, por mala que fuera su apariencia, a Murtagh nunca parecía faltarle dignidad. Con la espalda recta, cruzó la alfombra y se arrodilló formalmente ante Jamie, a quien pareció desconcertar esta conducta.

El delgado pero fuerte y nervudo hombrecito se quitó el puñal del cinturón, sin floreos pero con mucha deliberación, y se lo extendió a Jamie del lado del mango. El rostro huesudo y curtido no tenía expresión, pero un ojo negro miró con firmeza el rostro de Jamie.

—Te he fallado —dijo con calma—. Y, como jefe, te pido que tomes mi vida, pues la vergüenza no me dejará vivir.

Jamie se incorporó, y percibí que hacía a un lado su propio cansancio mientras miraba a su empleado. Permaneció inmóvil por un instante, con las manos sobre las rodillas. Luego alargó una mano y la puso con suavidad en el chichón.

—No hay vergüenza por haber caído en la batalla, *mo caraidh* —le aseguró con voz suave—. El mejor guerrero puede ser vencido.

Pero el hombrecillo meneó la cabeza con obstinación.

—No —dijo—. No caí en la batalla. Tú me otorgaste tu confianza para custodiar a tu dama y a tu hijo por nacer, y también a la inglesita. Y yo presté tan poca atención a la tarea que no tuve oportunidad de asestar un golpe cuando llegó el peligro. Y, la verdad sea dicha, ni siquiera vi la mano que me derribó.

—La traición... —empezó a decir Jamie.

—Y mira las consecuencias —lo interrumpió. Nunca le había oído decir a Murtagh tantas palabras juntas—. Tu buen nombre empañado, tu esposa atacada y la jovencita... Por eso solamente, la pena me ahoga.

—Sí —respondió Jamie—. Me doy cuenta, hombre. A mí también. Pero no soy tu jefe, hombre —continuó—. No tengo poder sobre ti. Tú no me has jurado lealtad.

—Sí. —La voz de Murtagh también se mostró firme. El puño de la daga no se movió.

—Pero...

—Yo hice mi juramento, Jamie Fraser, cuando no tenías nada más que

una semana de edad y eras un niño de pecho.

Pude percibir estupor en la mirada de Jamie, quien abrió los ojos de par en par.

—Me arrodillé entonces a los pies de Ellen, tu madre, como me arrodillo ahora —continuó el hombrecito con la barbilla erguida— y juré en nombre de Dios que te seguiría siempre, que te obedecería y cuidaría cuando te hicieras hombre y necesitaras mis servicios. —La áspera voz se tornó más dulce, y el párpado se cerró sobre el ojo cansado—. Sí, muchacho. Te quiero como a mi propio hijo. Pero he traicionado tu confianza.

—No lo has hecho, ni lo harás nunca. —Jamie apoyó las manos sobre los hombros, de Murtagh—. No, no tomaré tu vida, no, porque te necesito. Pero me harás un juramento.

Tras un momento de vacilación, la negra cabeza despeinada asintió.

La voz de Jamie fue más baja aún, pero no un murmullo. Poniendo rígidos los tres dedos medios de la mano derecha, los apoyó sobre la empuñadura de la daga, entre el filo y el mango.

—Por tu juramento a mí y a mi madre, encuentra a esos hombres. Búscalos y venga el honor de mi esposa y la sangre inocente de Mary Hawkins.

Hizo una pausa momentánea y quitó la mano del cuchillo. El escocés levantó la daga y la sostuvo por la hoja en forma vertical. Reconociendo mi presencia por primera vez, hizo una reverencia y dijo:

—Como ha dicho el lord, pongo a vuestros pies mi juramento de venganza.

Me mojé los labios resecos, sin saber qué decir; no parecía que hiciera falta una respuesta. Murtagh se llevó el puñal a los labios y lo besó; luego se puso en pie y lo metió en su funda.

*La Dama Blanca*

Ya era de día cuando nos cambiamos de ropa y el desayuno estaba preparado en la cocina.

—Lo que quiero saber —dije— es, ¿quién diablos es la Dama Blanca?

—¿La Dama Blanca? —Magnus se sobresaltó. Lo atajé y me volví para mirar al mayordomo.

—Sí, eso es. ¿Has oído ese nombre, Magnus?

—Pues sí, milady —respondió el anciano—. La Dama Blanca es *une sorcière*.

—¿Una hechicera? —pregunté con incredulidad.

Magnus se encogió de hombros, sin mirarme.

—La Dama Blanca —dijo en voz baja—. La llaman curandera, mujer sabia. Y sin embargo... puede ver el centro de las personas y convertir su alma en cenizas si allí se esconde el mal. —Magnus sacudió la cabeza y se volvió. Vi que se estaba persignando.

—¿Por Jesucristo! —exclamé, volviéndome hacia Jamie—. ¿Habías oído hablar de la Dama Blanca?

—¿Hum? Pues... sí, he oído algunas historias.

Me recliné en mi silla, me crucé de brazos y a continuación lo miré fijamente.

—¿Ah, sí? ¿Te sorprendería saber que los atacantes se refirieron a mí

como la Dama Blanca?

—¿Sí? —Me miró sorprendido.

Asentí.

—Cuando me vieron a la luz, gritaron: «¡La Dama Blanca!» y huyeron como si tuviera la lepra.

Jamie respiró hondo. El color desaparecía de su cara.

—Dios santísimo —dijo—. ¡Dios santísimo!

Me incliné y le quité la taza de la mano.

—¿Querías contarme lo que sabes acerca de la Dama Blanca? —sugerí con dulzura.

—Bueno... —Vaciló, pero luego me miró con timidez—. Sólo que... yo le dije a Glengarry que tú eras la Dama Blanca.

—¿Que le dijiste a Glengarry qué?

—Bueno, fue a Glengarry y a Castellotti —se defendió—. Estábamos jugando a los naipes y a los dados. Les parecía muy gracioso que quisiera serle fiel a mi mujer. Dijeron... muchas cosas, hasta que... me cansé. —Miró hacia otro lado; tenía las puntas de las orejas coloradísimas.

Había oído hablar de la lengua de Castellotti; me imaginé la clase de bromas que Jamie había tenido que soportar.

Vació su tazón de un trago, después lo volvió a llenar cuidadosamente, manteniendo la mirada fija en lo que hacía para evitar que se cruzara con la mía.

—Pero no podía irme así sin más, ¿no te parece? —preguntó—. Tuve que pasar toda la noche con su alteza, y no quería que me considerara poco varonil.

—Así que les dijiste que yo era la Dama Blanca —dije, haciendo un esfuerzo por no reírme—. Y que si intentabas algo con aquellas señoras, te encogería las partes.

—Bueno...

—¡Por Dios! ¿Y se lo creyeron? —sentí que me ardía la cara del esfuerzo que hice para controlarme.

—Es que fui muy convincente —dijo—. Y les hice jurar que guardarían el secreto.

—¿Y cuánto tuvisteis que beber antes de eso?

—Ah, bastante. Esperé a la cuarta botella.

Me di por vencida y estallé en carcajadas.

—¡Ay, Jamie, mi amor! —Me incliné y le besé la mejilla, que ardía de vergüenza.

—Bueno —dijo, incómodo, mientras untaba manteca sobre un trozo de pan—. Fue lo único que se me ocurrió. Y sirvió para que dejaran de arrojarme mujerzuelas a los brazos.

—Bien —dije. Le quité el pan, le puse miel y se lo devolví.

—No puedo quejarme —observé—. Pues además de guardar tu virtud, parece que me salvó de ser violada.

—Sí, gracias a Dios. —Me cogió la mano—. Dios mío, si algo te hubiese pasado, yo...

—Sí —lo interrumpí— pero si los que nos atacaron sabían que se suponía que yo era la Dama Blanca...

—Sí, *Sassenach*. —Hizo un gesto de asentimiento—. Pero no pudieron ser ni Glengarry ni Castellotti, porque estaban conmigo en casa cuando Fergus me vino a buscar. Pero debe de haber sido alguien a quien ellos se lo dijeron.

Me fue imposible reprimir un pequeño escalofrío al recordar la máscara blanca y la voz burlona.

Con un suspiro, Jamie me soltó la mano.

—De manera que tendré que ir a verlos para preguntarles a cuántas personas se lo contaron. —Se pasó una mano por el pelo, exasperado—. Y también iré a ver a su alteza, a preguntarle qué significa ese arreglo con el conde de St. Germain.

—Supongo que sí —dije—. Aunque conociendo a Glengarry es probable que se lo haya contado a medio París. Yo también tengo que hacer unas visitas esta tarde.

—¿Ah, sí? ¿Y a quién vas a visitar, *Sassenach*? —preguntó, mirándome con los ojos entrecerrados. Respiré hondo, preparándome para la tarea que me aguardaba.

—Primero al maestro Raymond. Y después, a Mary Hawkins.

—¿Lavanda, tal vez? —Raymond se puso de puntillas para alcanzar una jarra

del estante—. No para aplicarla; su aroma es reconfortante: calma los nervios.

—Bueno, depende de los nervios de quién —dije al recordar la reacción de Jamie al olor a lavanda. Era la fragancia favorita de Jack Randall, y Jamie no encontraba nada reconfortante en aquel perfume—. Pero creo que en este caso servirá. Por lo menos no hace ningún daño.

—No hace ningún daño —repitió—. Un principio muy sólido.

—Es la primera parte del juramento hipocrático —dije, mirándolo revolver en sus cajones y latas—. El juramento de un médico: «En primer lugar, no hacer daño».

—¿Sí? ¿Y vos habéis hecho ese juramento, *madonna*? —Los ojos brillantes y anfibios pestañearon desde el otro lado del mostrador.

Sentí que me ruborizaba ante mirada tan fija.

—Pues... no. En realidad no. No soy un médico de verdad. Todavía no. —No sé por qué dije esta última frase.

—¿No? Y sin embargo intentáis sanar lo que un médico «de verdad» nunca intentaría, sabiendo que la virginidad perdida no puede restaurarse. — La ironía era evidente.

—¿De veras? —respondí con aspereza. Fergus me había contado bastantes cosas acerca de las «señoras» de la casa de *Madame Elise*—. ¿Y qué es esa vejiga de cerdo llena de sangre de pollo? ¿O acaso suponéis que esas cosas interesan a un boticario, pero no a un médico?

El hombrecillo no tenía cejas, pero el borde formado por su frente se alzaba levemente cuando algo le causaba gracia.

—¿Y quién sale perjudicado, *madonna*? Por supuesto, no el vendedor. Ni tampoco el comprador... probablemente se divierta más que el comprador del artículo genuino. ¡Ni siquiera la virginidad se ve afectada! ¡Sin duda un esfuerzo muy moral e hipocrático!

Me eché a reír.

—Y supongo que sabréis del tema más que muchos. Revisaré el tema en la próxima junta médica. Mientras tanto, prescindiendo de los milagros fabricados, ¿qué podemos hacer en este caso?

—Pues. —Apoyó un trozo de gasa sobre el mostrador y vertió en el centro un manojo de hojas secas finamente cortadas. Se desprendió un aroma

fuerte y agradable del pequeño montículo.

—Esto es preparado de hierba sarracena —dijo, doblando hábilmente la gasa—. Es bueno para aliviar la piel irritada, laceraciones menores y heridas de las partes íntimas. Útil, ¿no creéis?

—Sí, por supuesto —dije, con cierto escepticismo—. ¿Como infusión?

—Como infusión. —Se volvió a otro estante y sacó una jarra blanca de porcelana en la que decía CHELIDONIUM.

—Para la inducción al sueño —explicó. Su boca sin labios se estiró—. Creo que sería mejor que evitara el uso de derivados de opio y amapola; esta paciente en particular parece tener una respuesta impredecible.

—Ya lo sabéis todo, ¿no? —pregunté resignada. Mal podía esperar que no estuviera enterado, ya que información era uno de los principales productos que vendía; la pequeña tienda era una red de chismes de diversas fuentes, desde vendedores callejeros hasta caballeros de la corte.

—De tres fuentes diferentes —replicó Raymond—. Y acaban de dar las dos. Espero escuchar varias versiones más de lo que sucedió en vuestra casa antes de que caiga la noche. Me gustó mucho la versión en la que vuestro marido retó al general d'Arbanville a un duelo en la calle, mientras que vos, más pragmática, ofrecíais a *Monsieur* le Comte el cuerpo inconsciente de la niña si se abstenía de llamar a la Guardia Real.

—¿Tenéis interés en conocer la verdad? —pregunté.

El tónico de color ámbar pálido brilló mientras el boticario lo vertía en un frasquito.

—La verdad siempre es útil, *madonna* —respondió—. Tiene el valor de un artículo raro, ¿sabéis? Y por lo tanto tiene un precio alto —añadió.

—En ese caso —dije— ¿pasamos a vuestro cuarto privado un momento?

\* \* \*

—Y así fue —dije—. Dejaron salir a Jamie, pero aún estamos bajo sospecha.

—No, nada más que una molestia. *Monsieur* Hawkins tiene dinero y relaciones, y por supuesto está irritado, pero aun así... Está claro que vuestro

marido y vos sólo sois culpables de excesiva amabilidad por tratar de mantener en secreto la desgracia de la muchacha. ¿Y es ella quien os preocupa ahora?

Asentí;

—Una de mis preocupaciones. A estas alturas ya no puedo hacer nada por su reputación. Lo único que puedo hacer es tratar de ayudarla a sanar.

—La mayoría de los médicos que conozco dirían: «Lo único que puedo hacer es tratar de sanarla». Es interesante que percibáis la diferencia, *madonna*. Supuse que lo haríais.

—Ya os dije que no soy médico de verdad. Además, ya... había tratado un caso de violación. No hay mucho que pueda hacerse externamente. Tal vez no haya mucho que pueda hacerse y punto —añadí.

—Tal vez no —dijo Raymond—. Pero si hay alguien capaz de llegar al centro de la paciente, esa persona es la Dama Blanca, ¿no es verdad?

—¿El centro de la paciente?

El boticario fue hasta un frasco que estaba abierto sobre la mesa, tomó una pizca de un polvo blanco y lo echó en una copa con licor. El color ambarino se volvió rojo sangre y empezó a echar burbujas.

—Sangre de dragón —observó, señalando con indiferencia el líquido burbujeante—. Sólo funciona en un recipiente bañado de plata. Arruina la copa, por supuesto, pero es muy eficaz, administrado en las circunstancias apropiadas.

Hice un sonido gutural para llamar su atención.

—Ah, el centro de la paciente —dijo, como recordando algo de lo que habíamos hablado días atrás—. Sí, claro. Toda curación se hace si se llega a... ¿cómo lo denominaremos?, ¿el alma?, ¿la esencia? Digamos el centro. Se llega al centro del paciente y desde allí se inicia la curación. Vos lo debéis de haber visto, *madonna*. Hay casos de personas tan enfermas o heridas que es evidente que morirán... pero no mueren. O de personas cuya enfermedad es tan sencilla que sin duda se curarán con los cuidados adecuados. Pero se mueren, pese a todo lo que se haga por ellos.

—Cualquiera que cuide enfermos ha visto casos así —comenté con cautela.

—Sí —convino Raymond—. Y siendo como es el orgullo de un médico,

la mayoría suele culparse por quienes mueren y se felicitan por el triunfo de su capacidad en los que viven. Pero la Dama Blanca ve la esencia de la persona y produce la curación; o la muerte. La persona malvada teme mirarla a la cara. —Cogió su copa, la levantó haciendo un brindis, y bebió el burbujeante contenido, que le dejó una mancha rosada pálida en los labios.

—Gracias —respondí con voz seca—. Creo. ¿Así que no se debió sólo a la credulidad de Glengarry?

Raymond se encogió de hombros con expresión satisfecha.

—La inspiración fue de vuestro marido —dijo modestamente—. Y una idea excelente, en verdad. Pero aunque él siente el respeto típico de los hombres hacia sus propias dotes naturales, nadie lo consideraría una autoridad en manifestaciones sobrenaturales.

—Pero vos sí.

Los pesados hombros se alzaron levemente bajo la túnica de terciopelo gris. Una de las mangas tenía varios agujeritos, quemados en los bordes, como si se hubiera quemado con chispas. Poco cuidado en un conjuro, supuse.

—Por otra parte, os han visto en mi tienda —señaló—. Vuestro pasado es un misterio. Y, como observa vuestro marido, mi propia reputación se encuentra bajo sospecha. Yo me muevo en... ¿círculos, diría? —la boca sin labios esbozó una sonrisa— donde una especulación sobre vuestra verdadera identidad es tomada con excesiva seriedad. Y ya sabéis cómo habla la gente —añadió con un aire de desaprobación que me hizo reír. Dejó la copa y se inclinó hacia delante—. Habéis dicho que la salud de *Mademoiselle* Hawkins es una de vuestras preocupaciones. ¿Tenéis otras?

—Así es —respondí—. Parece que os enteráis de todo lo que pasa en París, ¿no?

El boticario sonrió.

—Oh, sí, *madonna*. ¿Qué es lo que queréis saber?

—¿Sabéis quién es Carlos Estuardo?

La pregunta lo sorprendió; levantó un poco la frente, cogió una botellita de vidrio y la hizo rodar entre sus manos, mientras meditaba.

—Sí, *madonna* —respondió—. Su padre es... o debería ser, el rey de Escocia, ¿no es cierto?

—Bueno, eso depende del punto de vista —respondí—. Es el rey de Escocia en el exilio, o bien el pretendiente al trono, pero eso no me preocupa demasiado. Lo que quiero saber es... si Carlos Estuardo planea una invasión armada a Escocia o a Inglaterra.

El hombrecillo se echó a reír con ganas.

—¡Por Dios, *madonna*! Sois una mujer muy poco común. ¿Tenéis idea de lo rara que es tanta franqueza?

—Sí —reconocí— pero es algo que no puedo evitar. No me gusta andarme con rodeos. —Extendí una mano y le quité la botella—. ¿Habéis oído algo?

Miró instintivamente hacia la puerta. La dependienta estaba ocupada mezclando perfume para una clienta voluble.

—Muy poco, *madonna*; sólo una observación casual en la carta de un amigo, pero la respuesta es sí, definitivamente.

Me di cuenta de que vacilaba acerca de lo que podía contarme. Mantuve la mirada en la botella que tenía en la mano, para darle tiempo a decidirse.

—Es mercurio —dijo el maestro Raymond en respuesta a mi pregunta silenciosa. Al parecer, algo lo decidió en mi favor, pues me quitó la botella, vertió su contenido en un charco de plata brillante sobre la mesa, y se reclinó en su silla para contarme lo que sabía.

—Uno de los agentes de su alteza ha hecho averiguaciones en Holanda. Alguien llamado O'Brien, quien, debo decir, es muy inepto —añadió—. Creo que bebe con exceso.

—Todos los que rodean a Carlos Estuardo beben en exceso —dije—. ¿Qué ha estado haciendo O'Brien?

—Quería iniciar negociaciones para un embarque de espadas. Dos mil espadas, compradas en España y enviadas a través de Holanda para ocultar la procedencia.

—¿Y por qué haría eso? —pregunté.

Raymond se encogió de hombros, empujando el charco de mercurio con el índice.

—Sólo puedo adivinar, *madonna*. El rey de España es primo del rey de Escocia, ¿no? Y de nuestro buen Luis.

—Sí, pero...

—¿No podría ser que quiere ayudar a la causa de los Estuardo, aunque no abiertamente?

—Podría ser.

Raymond presionó el dedo, haciendo que el mercurio se dividiera en varios glóbulos redondos y pequeños que rodaron por la mesa.

—Uno se entera —dijo con voz suave, con la mirada todavía sobre las gotitas de mercurio— de que el rey Luis agasaja a un duque inglés en Versalles. También se entera de que el duque ha venido en busca de un acuerdo comercial. Pero no se entera de todo, *madonna*.

Observé las agitadas gotitas de mercurio mientras pensaba. También Jamie había oído rumores de que la embajada de Sandringham pretendía algo más que derechos comerciales. ¿Y si la visita del duque en realidad se refería a las posibilidades de un acuerdo entre Francia e Inglaterra, tal vez con respecto al futuro de Bruselas? Y si Luis estaba negociando en secreto con Inglaterra para apoyar su invasión a Bruselas, ¿qué estaría inclinado a hacer Felipe de España, enfrentado a un primo indigente con el poder suficiente para distraer a los ingleses de cualquier asunto extranjero?

—Tres príncipes Borbones —murmuró para sí Raymond. Guió una de las gotas hacia otra; cuando se tocaban, se fundían en una como por arte de magia. El dedo introdujo otra gota, y la más grande se hizo mayor—. Una misma sangre. Pero ¿un mismo interés?

El dedo volvió a presionar la gota, y ésta se rompió en fragmentos brillantes que recorrieron la mesa en todas direcciones.

—Creo que no, *madonna* —dijo.

—Ya veo —dije, suspirando profundamente—. ¿Y qué opináis de la nueva sociedad entre Carlos Estuardo y el conde de St. Germain?

—Me he enterado de que el príncipe va con frecuencia a los muelles estos días... para hablar con su nuevo socio, por supuesto. Y mira los barcos anclados, tan hermosos y veloces, tan... costosos. Escocia está al otro lado del mar, ¿no?

—Así es —dije. Un rayo de luz tocó el mercurio como un relámpago, y atrajo mi atención al sol que ya descendía. Era hora de irme.

—Gracias —dije—. ¿Me informaréis si os enteráis de algo más?

El boticario inclinó la cabeza con gracia; su pelo tenía el color del

mercurio al sol, después la alzó con brusquedad.

—¡Ah! ¡No toquéis el mercurio, *madonna*! —me advirtió al ver que iba a tocar una gota que había rodado hasta mi extremo de la mesa—. Se funde de inmediato con cualquier metal que toca. —Se estiró y con suavidad empujó la gotita hacia sí—. No querréis estropear vuestros hermosos anillos.

—No —respondí—. Bueno, debo admitir que me habéis sido muy útil. En los últimos tiempos nadie ha intentado envenenarme. Supongo que, con Jamie y vos, es muy probable que me quemem por brujería en la plaza de la Bastilla, ¿no? —dije en tono de broma, pero todavía estaba fresco en mi memoria el recuerdo del agujero de los ladrones y el juicio de Cranesmuir.

—Por supuesto que no —aseguró con dignidad—. Nadie ha sido quemado por brujería en París desde hace... veinte años, por lo menos. Estáis a salvo, siempre y cuando no matéis a nadie —añadió.

—Haré lo que pueda —dije, y me levanté para marcharme.

Fergus me consiguió un coche y fui hasta la casa de Hawkins meditando. Supuse que Raymond me había hecho un favor al esparcir la historia de Jamie entre sus clientes más supersticiosos, aunque la idea de que mi nombre fuera mencionado en sesiones espiritistas o en misas negras me causaba desazón.

También se me ocurrió que, presionada por el tiempo, e inmersa en especulaciones de reyes, espadas y barcos, no había tenido tiempo de preguntar al maestro Raymond si el conde de St. Germain entraba en su radio de influencia.

La opinión pública situaba al conde de St. Germain en el centro de ciertos círculos misteriosos a los que se refería Raymond. Pero ¿cómo copartícipe de Raymond en las mismas reuniones, o como rival? Y los ecos de estos círculos, ¿llegaban hasta la corte? También se rumoreaba que Luis estaba interesado en la astrología. ¿Podría haber alguna conexión, a través de los oscuros canales de la cábala y la magia, entre Luis, el conde y Carlos Estuardo?

Sacudí la cabeza con impaciencia para despejarla de la influencia del licor y de preguntas inútiles. Lo único que podía darse por cierto era que el conde había hecho una peligrosa sociedad con Carlos Estuardo, y ésa era

preocupación suficiente por el momento.

La residencia de los Hawkins en la Rue Malory era una sólida y respetable casa de dos pisos, pero su desorden interior resultaba evidente hasta para un observador casual. El día era cálido, pero todas las ventanas estaban cerradas para prevenir miradas curiosas. Los escalones no habían sido barridos aquella mañana y las marcas de pisadas ensuciaban el mármol blanco. No había señales de cocineros ni criadas que fueran a comprar carne fresca y a conversar con los vendedores callejeros. Era una casa preparada para el desastre.

Como me sentí portadora de malas noticias pese a mi vestido amarillo, bastante alegre, envié a Fergus para que llamara a la puerta. Hubo un intercambio de palabras entre Fergus y quien abriera la puerta, pero una de las mejores características de Fergus era que jamás aceptaba un no como respuesta, de manera que pronto me encontré frente a una mujer que parecía ser el ama de casa, y por lo tanto, la señora de Hawkins, la tía de Mary.

Me vi obligada a sacar mis propias conclusiones, pues la mujer parecía demasiado perturbada para ofrecer cualquier tipo de información, ni siquiera su nombre.

—¡No podemos ver a nadie! —repetía, mirando furtivamente por encima de su hombro, como si temiera que de repente apareciera el señor Hawkins —. Estamos... tenemos... es decir...

—No os quiero ver a vos —le dije con firmeza— sino a vuestra sobrina, Mary.

—Ella... pero... ¿Mary? ¡No! Ella... ¡no está bien!

—Supongo que no —dije, con paciencia. Alcé mi canasta para que la viera—. Le he traído unos medicamentos.

—¡Ah! Pero... pero... ella... vos... ¿no sois...?

—Tonterías, mujer —interrumpió Fergus, con su mejor acento escocés. Miró con reprobación semejante muestra de incoherencia—. La criada dice que la joven está arriba, en su cuarto.

—Así es. Entremos, Fergus. —Sin esperar a que nos invitaran, Fergus pasó debajo del brazo extendido de la mujer y entró en la lóbrega oscuridad de la casa. La señora Hawkins se volvió con un alarido incoherente, permitiéndome pasar a su lado.

Había una criada custodiando la entrada de la habitación de Mary, pero no ofreció resistencia cuando afirmé que me proponía entrar. Sacudió la cabeza con pesar.

—No puedo hacer nada por ella, *Madame*. Tal vez vos tengáis más suerte.

La perspectiva no era muy alentadora, pero no tenía otra opción. Por lo menos no iba a hacer más daño. Me arreglé el vestido y abrí la puerta.

Fue como entrar en una caverna. Gruesas cortinas de terciopelo cubrían las ventanas para impedir que entrara la luz, que se filtraba por pequeños resquicios.

Respiré hondo y tosí. La figura, patéticamente pequeña bajo un edredón de plumas, no hizo ningún movimiento. La droga ya debía de haber perdido efecto; y no podía estar dormida con todo el barullo que habíamos armado abajo. Quizá estuviera fingiendo por si acaso era su tía la que regresaba. En su lugar, yo habría hecho lo mismo.

Me volví, cerré la puerta en las narices de la señora Hawkins y me dirigí hacia la cama.

—Soy yo —dije—. ¿Por qué no asomas la cara antes de ahogarte?

Hubo un revuelo de sábanas y Mary, emergiendo bajo el edredón como un delfín que surge de las aguas, me abrazó, colgándose de mi cuello.

—¡Cla... Claire! ¡Oh, Claire! ¡Gracias a Dios! ¡Pe... pensé que no vol... volvería a verte más! El tío dijo que es... estabas en prisión. Di... dijo que tú...

—Suéltame. —Me arreglé para librarme de su abrazo y la aparté para poder mirarla bien. Tenía la cara roja y sudorosa y estaba despeinada por esconderse bajo los edredones, pero no tenía mal aspecto. Sus ojos castaños estaban muy abiertos y brillantes, sin señales de intoxicación por el opio; si bien estaba excitada y alarmada, el descanso nocturno, sumado a la resistencia de su juventud, se habían encargado de restablecer su físico. Eran las otras heridas las que me preocupaban.

—No, no estoy en prisión —dije, tratando de responder la andanada de preguntas—. Es evidente, aunque tu tío se esforzó bastante para que lo estuviera.

—¡Pe... pero yo le dije...! —empezó a decir—. Por... por lo me... menos tra... traté de decirle, pero él... yo...

—No te preocupes por eso —le aseguré—. Está tan aturdido que no escucharía nada de lo que dijeras, por mucho que te esforzaras. Y no importa, de todos modos. Lo importante eres tú. ¿Cómo te sientes?

—Estoy bien —respondió, y tragó saliva—. Sangré un po... poco, pero ya pasó. —Sus blancas mejillas se tiñeron de rojo, pero no bajó la mirada—. Me... me arde. ¿Se me pasará?

—Sí, pasará —le respondí con suavidad—. Te he traído unas hierbas. Hay que remojarlas en agua caliente y, cuando la infusión se enfríe, debes aplicarla con un paño, o sentarte en una tina. Eso te ayudara: —Saqué las hierbas de mi bolso y las puse sobre la mesilla de noche.

Ella asintió, mordiéndose el labio. Estaba claro que quería decirme algo más, pero su timidez innata luchaba contra la necesidad de hacer una confidencia.

—¿De qué se trata? —le pregunté con el tono más casual posible.

—¿Voy a tener un bebé? —preguntó—. Tú dijiste...

—No —le contesté con toda la firmeza que pude—. El hombre no pudo... terminar. —Crucé los dedos bajo los pliegues del vestido deseando con fervor estar en lo cierto. Las probabilidades eran escasas, aunque esas cosas a veces suceden. Aun así, no había necesidad de alarmarla más de la cuenta. La idea me dejó helada. ¿Podría haberse producido un accidente? ¿Sería ésa la respuesta que explicaba el misterio de la existencia de Frank? Aparté de mi mente la idea; un mes de espera serviría para probarla o descartarla.

—Hace muchísimo calor aquí —dije—. Y hay mucho humo; parece el vestíbulo del infierno, como decía mi tío. —Me levanté y me puse a abrir cortinas y ventanas.

—La tía Helen dice que no debo permitir que nadie me vea —dijo Mary—. Dice que he sido deshonrada y que la gente me va a señalar si salgo.

—No lo dudo. —Terminé de airear la habitación y regresé al lado de la muchacha—. Pero eso no significa que tengas que enterrarte viva y ahogarte.

Mary permaneció en silencio, jugando con los montoncitos de hierba. Por fin alzó la mirada, sonriendo, a pesar de que le temblaba un poco el labio inferior.

—Por lo menos no ten... tendré que ca... casarme con el vi... vizconde.

El tío di... dice que ahora no me aceptará.

—Supongo que no.

Asintió, mirando la gasa que envolvía su rodilla.

—Yo... so... solía pensar en eso; en lo que me di... dijiste, acerca de co... cómo un hombre... —Se detuvo y tragó saliva; vi que caía una lágrima en la gasa—. Pe... pensaba que no iba a po... poder soportar que el vi... vizconde me hiciera eso. Ahora ya... ya me lo han hecho... y nadie puede re... remediarlo y nu... nunca tendré que volverlo a hacer... y... y... ¡ay, Claire, Alex no volverá a dirigirme la palabra! ¡Nunca volveré a verlo, nunca!

Se arrojó en mis brazos, sollozando y desparramando las hierbas. La apreté contra mi hombro y le di una palmadita, tratando de calmarla, aunque yo misma derramé unas lágrimas que cayeron sobre su pelo brillante.

—Sí, lo verás de nuevo —susurré—. Por supuesto que lo verás. A él no le importará. Es un buen hombre.

Pero yo sabía que sí le importaría. Había visto la angustia reflejada en su rostro la noche anterior; y en aquel momento pensé que era la misma lástima que había visto en Jamie y Murtagh. Pero como sabía que Alex Randall estaba enamorado de Mary, me di cuenta de que su pena debía de ser profunda, igual que su temor.

Parecía un buen hombre, pero era pobre, hijo menor, no de muy buena salud, y con pocas probabilidades de prosperar. La posición que tenía dependía de la buena voluntad del duque de Sandringham. Y yo tenía pocas esperanzas de que el duque viera con buenos ojos que se casara con una muchacha que había perdido su buen nombre, sin conexiones sociales ni dote.

Y si Alex conseguía reunir el valor para casarse con ella a pesar de todo, ¿qué probabilidades tendría la pareja, sin dinero, expulsada de la buena sociedad y con la deshonra de una violación como una sombra entre ellos?

No había nada que yo pudiera hacer, excepto abrazarla, y llorar junto con ella por lo perdido.

Ya había caído el sol cuando partí. En el bolsillo llevaba una carta escrita por Mary, ante testigos, que contenía su declaración de los sucesos de la noche anterior. Una vez entregada a las autoridades competentes, por lo menos no tendríamos más problemas con la ley.

Temerosa del peligro, esta vez no me opuse a la oferta de la señora Hawkins de que Fergus y yo fuéramos transportados a casa en el carruaje familiar.

Arrojé el sombrero en la mesa del vestíbulo y observé la gran cantidad de notas y ramilletes de flores que inundaban la bandeja dispuesta a tal efecto. Por lo visto aún no éramos parias, aunque la noticia del escándalo debía de haberse difundido ampliamente.

Cuando abrí la puerta del dormitorio y vi a Jamie, sentado al fuego, mi apatía se transformó en ternura. Tenía los ojos cerrados y el pelo revuelto. Pero cuando me oyó entrar sonrió.

—Está todo bien —susurró mientras me abrazaba—. Ya estás en casa. — Nos quedamos en silencio mientras nos desvestíamos el uno al otro e íbamos al lecho, hallando un santuario tardío y sin palabras en el abrazo del otro.

## 21

### *Resurrección inoportuna*

Seguía pensando en banqueros cuando nuestro carruaje se detuvo delante de la residencia que había alquilado el duque, en la Rue St. Anne. Era una casa grande, con amplios jardines.

—¿Crees que es el préstamo que Carlos consiguió de Manzetti, el que está invirtiendo con St. Germain? —le pregunté a Jamie.

—Tiene que serlo —respondió—. El dinero que su padre cree que gasta para mantenerse en París.

—De manera que Carlos en realidad está tratando de formar un ejército —dije, casi con admiración.

—Bueno, por lo menos trata de conseguir dinero —dijo Jamie—. Por lo que yo sé, todo lo que quiere es fugarse con Louise de La Tour y su bastardo.

Negué con la cabeza.

—Por lo que me dijo ayer el maestro Raymond, no lo creo. Además, Louise dice que no lo ve desde que Jules y ella... bueno...

Jamie dio un breve resoplido.

—Por lo menos tiene algo de honor.

—No sé si se trata de eso —dije mientras íbamos hasta la puerta—. Ella me contó que Carlos estaba tan furioso cuando se enteró de que se había acostado con su marido que se fue y no ha vuelto a verlo. Carlos le escribe cartas apasionadas de vez en cuando, donde le jura que vendrá a buscarlos en

cuanto recobre el lugar que le pertenece, pero ella no quiere verlo. Teme que Jules descubra la verdad.

Jamie dio un resoplido de disgusto.

—¿Hay alguien que se libre de que le pongan cuernos?

Le di una palmadita en el brazo.

—Algunos más que otros.

—¿Así lo crees? —preguntó sonriendo.

Frente a la puerta nos esperaba un mayordomo bajo, regordete y calvo, de uniforme immaculado.

—Milord, y milady. Os esperan. Por favor, entrad.

\* \* \*

El duque era la personificación misma de la gracia al recibarnos en el salón principal.

—Tonterías sin importancia —dijo, rehusando las disculpas de Jamie por el contratiempo de la noche anterior—. Estos franceses son muy excitables. Arman un escándalo por cualquier cosa. ¿Por qué no nos ocupamos de esas interesantes propuestas? Quizá vuestra buena esposa quiera entretenerse... —Extendió el brazo vagamente en dirección a la pared, dejando a mi elección los cuadros, la biblioteca y la colección de cajas de rapé.

—Gracias —murmuré y fui en la dirección que me indicaba, simulando concentrar toda mi atención en un gran Boucher que representaba una mujer desnuda sentada sobre una roca en medio de la naturaleza. Si aquél era el gusto de la época, no me extrañaba que Jamie tuviera tan buena opinión de mi trasero.

—¡Ja! Vaya atributos, ¿eh?

—¿Eh? —Jamie y el duque, sorprendidos, levantaron la vista de los papeles de las inversiones, supuesta razón de nuestra visita.

—No me hagáis caso —dije, haciendo un ademán con la mano—. Sólo estaba disfrutando del arte.

—Me complace profundamente —dijo el duque y volvió a concentrarse en los papeles; Jamie comenzó la tarea que era el verdadero objeto de nuestra

visita: obtener toda la información posible sobre la posición del duque con respecto a la causa Estuardo.

Yo también tenía mi misión. A medida que los hombres se concentraban más en su discusión, me acerqué a la puerta, fingiendo mirar la biblioteca. Tenía que ir al pasillo para tratar de encontrar a Alex Randall. Ya había hecho todo lo que podía para reparar el daño a Mary Hawkins; el resto tendría que salir de él. Según las reglas de la etiqueta, Alex no podía visitarla en la casa de su tío, ni ella podía ponerse en contacto con él. Sin embargo, yo podía reunirlos en la Rue Tremoulins.

La conversación a mis espaldas se había convertido en un murmullo confidencial. Metí la cabeza en el vestíbulo; no vi ningún lacayo, pero alguno andaría cerca: una casa de semejantes dimensiones debía de tener decenas de sirvientes. Iba a tener que pedir ayuda para poder localizar a Alexander Randall. Elegí una dirección al azar y caminé por el pasillo, buscando un sirviente a quien preguntar.

Vi un leve movimiento al final del corredor y llamé. Fuera quien fuese no respondió, pero oí ruido de pisadas sobre la madera.

Me pareció una conducta rara en un sirviente. Me detuve y miré a mi alrededor. Otro pasillo se abría hacia la derecha. La mayor parte de las puertas estaban cerradas, pero había una entreabierta.

Apoyé la oreja en la madera. Como no oía nada, la empujé para abrirla del todo.

—¿Qué haces tú aquí, en nombre de Dios? —exclamé, sorprendida.

—¡Ay, me has asustado! ¡Dios misericordioso, pe... pensé que... que me iba a morir! —Mary Hawkins se apretó las manos contra el corpiño.

—No, no te vas a morir —dije—. A menos que tu tío descubra que estás aquí; entonces es probable que te mate. ¿O lo sabe?

Mary sacudió la cabeza.

—No. No se... se lo he di... dicho a na... nadie. Co... cogí un carruaje público.

—¿Por qué, Dios mío?

Miró a su alrededor, asustada.

—Te... tenía que ver a Alex. Te... tenía que ha... hablar con él. Ver si él... —retorció las manos y me di cuenta del esfuerzo que le costaba hablar.

—No importa —dije, resignada—. Lo entiendo. Pero tu tío no lo entenderá, y tampoco el duque. Nadie sabe que estás aquí, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza, sin decir ni una palabra.

—Está bien —dije—. Lo primero que debemos hacer es...

—¿*Madame*? ¿Puedo hacer algo por vos?

Mary se sobresaltó, y yo también. Malditos lacayos; nunca están donde se los necesita.

No había nada que hacer. Me volví hacia el lacayo, que estaba de pie en el vano de la puerta, con aire digno y receloso.

—Sí —respondí, con toda la arrogancia que logré reunir—. ¿Podrías decir al señor Alexander Randall que tiene visita?

—Lamento no poder hacerlo, *Madame* —respondió el lacayo, con fría formalidad.

—¿Y por qué no?

—Porque el señor Alexander Randall ya no está al servicio del duque — fue la respuesta—. Fue despedido. —El lacayo miró a Mary, luego bajó la nariz—. Tengo entendido que *Monsieur* Randall se ha ido a Inglaterra.

—¡No! ¡No puede haberse marchado! ¡No!

Mary corrió hacia la puerta y casi chocó con Jamie. La muchacha se detuvo con un jadeo asustado, y Jamie la miró atónito.

—¿Qué...? —empezó a preguntar Jamie, estupefacto; luego me vio detrás de Mary—. Ah, ahí estás. Di una excusa para venir a buscarte. El duque me acaba de decir que Alex Randall...

—Lo sé —lo interrumpí—. Se ha ido.

—¡No! —gimió Mary, y volvió a correr hacia la puerta; salió antes de que pudiéramos detenerla.

—¡Qué estúpida! —exclamé y eché a correr tras ella. Me quité los zapatos, corriendo con medias era mucho más rápida que Mary con tacones altos. Tal vez pudiera alcanzarla antes de que la atraparan, con el consiguiente escándalo.

Seguí el movimiento de las faldas que escapaban por una curva del pasillo. El suelo estaba alfombrado; si no me apresuraba, podía perderla de vista, ya que no podría oír en qué dirección iba. Bajé la cabeza, doblé la última esquina y me tropecé de cabeza con un hombre que venía en sentido

contrario.

éste lanzó un grito de sorpresa, me cogió por los brazos y trastabillamos juntos.

—Lo siento —empecé a decir, sin aliento—. Pensé que era... ¡Dios mío!

La impresión inicial de que me había topado con Alexander Randall no duró más que una décima de segundo, el tiempo necesario para ver los ojos que miraban por encima de la boca de labios finos. La boca era muy parecida a la de Alexander, excepto las líneas profundas que la rodeaban. Pero aquellos ojos fríos sólo podían pertenecer a un hombre.

Mi estupor fue tan grande que por un instante todo me pareció normal; tuve el impulso de disculparme y continuar mi persecución, dejándolo olvidado en el corredor, como un encuentro casual.

El hombre estaba recobrando el aliento, y junto con el aliento, el aplomo.

—Me inclino a compartir vuestros sentimientos, *Madame*, aunque no vuestro modo de expresarlos. —Todavía me tenía asida por los codos, y me separó para ver mi cara en el corredor no muy bien iluminado. El impacto lo hizo palidecer—. ¡Diablos, sois vos! —exclamó.

—¡Creía que estabais muerto! —Forcejeé para librarme de las manos de Jonathan Randall.

Me soltó un brazo para poderse frotar el estómago, pero no dejó de examinarme con ojos fríos. Sus rasgos finos se veían saludables; no tenía señas visibles de haber sido pisoteado por treinta bestias hacía sólo cinco meses. Ni siquiera una marca en la frente.

—Una vez más, *Madame*, comparto vuestra impresión. Yo estaba bajo una creencia similar con respecto a vuestro estado de salud. Es posible que seáis una bruja, después de todo. ¿Qué hicisteis? ¿Os convertisteis en loba? —Su expresión de disgusto se mezcló con una pizca de miedo supersticioso. Después de todo, cuando se echa a alguien en medio de una manada de lobos en una fría noche de invierno, más bien se espera que éstos se lo coman.

—¿Os gustaría saberlo? —La tentación de fastidiarlo, de turbar aquella gélida calma, fue lo primero que sentí al ver su rostro. Sus dedos aumentaron la presión sobre mi brazo y los labios se afinaron. Podía ver cómo funcionaba su mente y comenzaba a descartar posibilidades.

—Si no era vuestro el cuerpo que los hombres de *sir* Fletcher sacaron del

calabozo, ¿de quién era? —le pregunté, tratando de sacar ventaja de cualquier signo de debilidad. Un testigo ocular afirmó que quitaron un «muñeco de trapo, envuelto en sangre» de la escena de la estampida que sirvió para camuflar la huida de Jamie del mismo calabozo.

Randall sonrió, aunque sin humor. Estaba tan azorado como yo, aunque no lo demostraba.

—Era mi asistente, Marley. Aunque, si vos no respondéis a mis preguntas, ¿por qué habría de hacerlo yo? —Me examinó de pies a cabeza, evaluando mi atavío: vestido de seda, adornos en el peinado, joyas, y pies enfundados en medias, pero sin zapatos.

—Os casasteis con un francés, ¿no? Siempre pensé que erais una espía francesa. Confío en que vuestro nuevo marido os tenga más a raya que...

Las palabras murieron en su garganta cuando miró para ver quién iba hacia nosotros por el corredor. Yo sabía lo que él veía a mis espaldas, pero tenía miedo de girarme.

Cuando lo hice, Jamie estaba inmóvil, a no más de un metro de mí, al lado de una de las altas ventanas, tan inexpresivo como una piedra.

No habló pero, al cabo de un momento, me extendió una mano. Ésta flotó en el aire hasta que reuní el valor suficiente para cogerla. Estaba fría y rígida, y me aferré a ella.

Me abrazó, y nos volvimos, sin una palabra. Cuando llegamos al recodo del corredor, Randall habló a nuestras espaldas.

—Jamie —dijo. La voz era ronca y el tono estaba entre la sorpresa y la súplica.

Jamie se detuvo y se giró para mirarlo.

—No. —La voz que habló encima de mí era suave, casi sin expresión. Alcé la mirada y vi que el rostro seguía inexpresivo, pero la vena del cuello le latía con rapidez y la pequeña cicatriz triangular encima del cuello brillaba.

—Mi nombre es lord Broch Tuarach para toda ocasión formal —dijo la suave voz escocesa a mi lado—. Y más allá de los requerimientos de la formalidad, no me volveréis a dirigir la palabra, hasta que roguéis por vuestra vida ante la punta de mi espada. Entonces podréis usar mi primer nombre, porque será la última palabra que pronunciaréis.

Con repentina violencia, se giró y su capa se abrió, tapándome la visión

de Randall mientras doblábamos la esquina del corredor.

El carruaje todavía nos esperaba; yo subí con miedo de mirar a Jamie. El ruido de la portezuela al cerrarse me hizo levantar la mirada pero antes de alcanzar el tirador el carruaje partió con una sacudida que me arrojó sobre el asiento.

Con esfuerzo y maldiciendo, me puse de rodillas y miré por la ventanilla. Él no estaba. No había nada en el sendero, excepto las sombras del ciprés y del álamo.

Golpeé frenéticamente el techo del carruaje, pero el cochero gritó a los caballos, azuzándolos para que fueran más rápido. Había poco tráfico a aquella hora e íbamos a gran velocidad por las estrechas calles, como si nos persiguiera el diablo.

Cuando nos detuvimos en la Rue Tremoulins, salté del coche asustada y furiosa a la vez.

—¿Por qué no te detuviste? —incredulé al cochero. Éste se encogió de hombros.

—El amo me ordenó que os trajera a casa sin demora, *Madame*. —Cogió el látigo y acarició la grupa del caballo.

—¡Espera! —grité—. ¡Quiero regresar! —Pero él hundió la cabeza entre los hombros y simuló no oírme. El carruaje se alejó.

Furiosa e impotente, me volví hacia la puerta, donde apareció la figura pequeña de Fergus; alzó las cejas con sorpresa al verme llegar.

—¿Dónde está Murtagh? —pregunté. Éste era la única persona capaz de hallar a Jamie y detenerlo.

—No lo sé, *Madame*. Quizá por allí. —Señaló en dirección a la Rue Gamboge, donde había varias tabernas.

Puse una mano sobre el hombro de Fergus para apremiarle.

—Corre a buscarlo, Fergus. ¡Lo más rápido que puedas!

Alarmado por mi tono, saltó los escalones y desapareció antes de que yo pudiera recomendarle que tuviera cuidado. No obstante, el niño conocía la vida parisina mejor que yo.

Pero sólo podía preocuparme por una cosa a la vez. Las fantasías en las que Fergus era capturado y ahorcado por sus actividades desaparecieron ante

la visión de Jamie pronunciando las últimas palabras a Randall,

¡Seguramente no habría vuelto a entrar en la casa del duque! No, me dije para tranquilizarme. No llevaba espada, no iba a actuar con precipitación. Ya lo había visto en batalla antes: la mente fría y calculadora, ajena a las emociones que pudieran nublar su juicio. Y para esto, por encima de todo, se ceñiría a las formalidades. Se refugiaría en las rígidas prescripciones, en las fórmulas para la satisfacción del honor; necesitaba algo a qué aferrarse ante las emociones que lo sacudían: la terrible sed de sangre y la venganza.

Me detuve ante el espejo para arreglarme el pelo. «Piensa, Beauchamp», me dije. Si va a enfrentarse a un duelo, ¿qué es lo primero que necesitará?

¿Una espada? No, no podía ser. La suya estaba arriba, colgada en el armario. Aunque podía pedir prestada una, no creía que se enfrentara al duelo más importante de su vida con otra espada. Su tío, Dougal MacKenzie, se la había regalado a los diecisiete años y le había enseñado a usarla, así como los trucos y puntos fuertes de un espadachín zurdo. Dougal lo había hecho practicar durante horas, hasta que, según me contó, sentía que el metal adquiría vida y se transformaba en una prolongación de su brazo. Jamie me había contado que se sentía desnudo sin su espada. Y aquélla no era una pelea a la cual pudiera presentarse desnudo.

No, de haber necesitado la espada, habría ido a casa a buscarla. Maldita sea, ¿cuál era el protocolo de un duelo? Antes de llegar a las espadas, ¿cuáles eran los pasos a seguir? El reto, por supuesto. ¿Las palabras de Jamie en el corredor lo eran? Recordaba vagamente personas abofeteadas con guantes, pero no tenía ni idea de si realmente se trataba de la costumbre o si era el producto de la imaginación, de un cineasta.

Entonces recordé. Primero el reto, luego determinar algún lugar escondido para no llamar la atención de la policía ni de la Guardia Real. Y como mensajero del reto y para determinar el lugar, se necesitaba a alguien más. Ah. Allí había ido, entonces: a buscar a su padrino, Murtagh.

Aunque Jamie encontrara a Murtagh antes que Fergus, había que ocuparse de las formalidades.

—No sabía que tenías la costumbre de desvestirte en los pasillos, o de lo contrario me habría quedado en la sala —dijo una voz a mis espaldas.

Me giré. El hombre que se desperezaba en la puerta del salón con los

brazos extendidos tocando el marco de la puerta, era grande, casi tan grande como Jamie, con los mismos movimientos rígidos y el mismo aire de frío aplomo. Pero tenía el pelo oscuro y los ojos verdes. Era Dougal MacKenzie, que aparecía de repente en mi casa como si lo hubiera llamado con el pensamiento.

—¿Qué estás haciendo aquí, en nombre de Dios?

—Siéntate —dijo—. Parece que no estás bien.

—Muy observador de tu parte —señalé. Empecé a ver manchas negras que me nublaban la visión y pequeños destellos brillantes—. Disculpa —dije educadamente, y puse la cabeza entre las rodillas.

Jamie. Frank. Randall. Dougal. Los rostros pasaban fugazmente por mi cerebro y los nombres me zumbaban en los oídos. Jamie no se batiría en duelo con Randall de inmediato: eso era lo importante. Había un poco de tiempo para pensar, para hacer algo. Pero ¿qué?

—Bueno —dije—, ¿qué estás haciendo aquí?

Las cejas oscuras se arquearon con sorpresa.

—¿Necesito excusa para visitar a un pariente?

Todavía tenía gusto a bilis en la garganta, pero al menos las manos me habían dejado de temblar.

—En estas circunstancias, sí —le dije. Me incorporé y fui en busca del coñac. Dougal se me anticipó, cogió una copa de la bandeja y sirvió un dedo de bebida. Luego, después de observarme, duplicó la medida.

—Gracias —le dije con sequedad, aceptando la copa.

—Las circunstancias, ¿eh? ¿Y qué circunstancias son ésas? —Sin aguardar respuesta ni autorización se sirvió una copa y la levantó para brindar—. Por su majestad.

Sentí que la boca se me torcía.

—¿El rey Jacobo, supongo? —Tomé un sorbo de coñac—. El hecho de que estés en París, ¿significa que has convertido a Colum a tu manera de pensar? —Si bien Dougal MacKenzie era jacobita, su hermano Colum era el capitán de los MacKenzie de Leoch. Debido a que tenía las piernas baldadas por una enfermedad degenerativa, Colum ya no iba a la batalla; lo reemplazaba Dougal, aunque Colum seguía teniendo el poder de decisión.

Dougal se sirvió otra copa.

—No está mal —declaró—. Debo llevarle una botella a Colum. Necesita algo más fuerte que el vino para poder dormir por la noche.

Una manera indirecta de responderme. Colum empeoraba. A causa de su enfermedad, Colum bebía vino para poder dormir; y en aquel momento necesitaba coñac. De seguir así, pronto debería recurrir al opio.

Y cuando eso sucediera, sería el fin de su reinado como capitán de su clan. Privado de recursos físicos, todavía dirigía gracias a la fuerza de su carácter. Pero si la fortaleza mental de Colum quedaba destruida por el dolor y las drogas, el clan tendría un nuevo líder: Dougal.

Lo observé por encima de mi copa. Él me devolvió la mirada sin intimidarse. Su rostro era muy parecido al de su hermano, con rasgos fuertes y pronunciados, pómulos altos y anchos y nariz larga y recta.

A los dieciocho años había jurado apoyar el mandato de su hermano y había cumplido el juramento durante casi treinta años. Y lo seguiría haciendo hasta el día en que Colum muriera o no pudiera mandar. Pero aquel día, los hombres del clan MacKenzie lo seguirían adonde él decidiera, tras el emblema de Escocia y el estandarte del rey Jacobo, a la vanguardia del príncipe Carlos.

—¿Circunstancias? —dije, volviendo a su pregunta anterior—. Bien, supongo que no podríamos considerar de buen gusto venir a visitar a un hombre a quien diste por muerto, y a cuya esposa intentaste seducir.

—¿Seducirte? —preguntó—. Te propuse matrimonio.

—Ofreciste violarme, según recuerdo —le espeté. En realidad, sí que me había propuesto matrimonio, por la fuerza, después de negarse a ayudarme a rescatar a Jamie de la prisión de Wentworth el invierno anterior. Aunque su motivo principal era apoderarse de la heredad de Jamie en Lallybroch, no le disgustaban en absoluto otras compensaciones que le traería el matrimonio, entre ellas el goce de mi cuerpo.

—Con respecto a negarme a rescatar a Jamie —continuó—, no había manera de hacerlo; ni tenía sentido arriesgar a mis hombres en una empresa condenada al fracaso. Jamie sería el primero en entenderlo. Y era mi deber como pariente ofrecer protección a su esposa, si él moría. Yo era el padre adoptivo del muchacho, ¿no? —Eché atrás la cabeza y vació la copa.

Tomé un largo sorbo. El coñac me quemó la garganta y el esófago. Tenía

razón. Jamie no lo había culpado por no querer arriesgarse. Tampoco esperaba que yo lo hiciera, y fue sólo un milagro que tuviera éxito. Por mi parte, aunque le conté a Jamie el ofrecimiento de su padrastro, no hice referencia alguna al aspecto carnal de su intención. Después de todo, no esperaba volver a ver a Dougal MacKenzie.

Sabía que era un hombre que aprovechaba las oportunidades; cuando Jamie estaba a punto de ser ahorcado, ni siquiera esperó a la ejecución de la sentencia para asegurarse la posesión de mi persona y de la propiedad que yo estaba a punto de heredar. Cuando Colum muriera o fuera incapaz, Dougal quedaría a cargo del clan MacKenzie enseguida. Y si Carlos Estuardo lograba el respaldo que buscaba, Dougal lo apoyaría. Después de todo, ya tenía experiencia en ostentar el poder.

Ladeé mi copa, pensativa. Colum tenía intereses comerciales en Francia, sobre todo vino y madera. Aquél sería el pretexto de la visita de Dougal. Pero estaba segura de que tenía otras razones. Y el hecho de que el príncipe Carlos estuviera en París era una de ellas.

Dougal MacKenzie tenía algo positivo: un encuentro con él estimulaba los procesos mentales por la mera necesidad de intentar dilucidar qué se traía entre manos. Con la inspiración de su presencia y un buen trago de coñac, tuve una idea.

—Bueno, de todos modos, me alegro de que hayas venido —dije.

—¿De veras?

—Sí. —Me levanté y fui hacia el pasillo—. Necesito que me acompañes al *commissariat de police*.

Al ver que abría la boca con sorpresa, sentí una pequeña esperanza: si había conseguido coger desprevenido a Dougal MacKenzie, también podría detener un duelo.

—¿Quieres decirme qué crees que estás haciendo? —inquirió Dougal.

—No —respondí—, aunque supongo que tendría que saberlo. ¿Sabías que Jack Randall está vivo?

—No sabía que hubiera muerto —respondió.

La contestación me tomó por sorpresa. Pero claro, tenía razón. Creíamos que Randall había muerto porque *sir* Marcus MacRannoch confundió el

cuerpo mutilado de su asistente durante la liberación de Jamie. Era natural que la noticia de su muerte no llegara a las Tierras Altas, pues simplemente no se había producido. Traté de ordenar mis pensamientos.

—No está muerto, pero está en París.

—¿En París? —Esto atrajo su atención y levantó las cejas. Después los ojos se le agrandaron al preguntar bruscamente:

—Y Jamie, ¿dónde está?

Me alegró ver que distinguía el asunto principal. Aunque no sabía lo que había ocurrido entre Jamie y Randall en Wentworth (nadie lo sabría, excepto Jamie, Randall y yo), estaba muy bien enterado de las acciones anteriores de Randall y sabía cuál sería la reacción de Jamie al encontrarse con él allí, fuera de Inglaterra.

—No lo sé —respondí, mirando por la ventanilla. Estábamos pasando por Les Halles y el olor a pescado era fuerte—. Hoy hemos visto a Randall inesperadamente en casa del duque de Sandringham. Jamie me envió a casa en el carruaje, y desde entonces no lo he visto.

—¡Seguro que piensa matarlo!

Sacudí la cabeza y le expliqué lo que pensaba.

—No puedo permitir que tenga lugar un duelo —dije—. ¡No lo permitiré! Dougal asintió, abstraído.

—Sí, sería peligroso. No es que el muchacho tenga dificultad en matar a Randall... fui yo quien le enseñó, ¿sabes? —añadió con cierta presunción—, pero la sentencia por duelo... ¿Pero por qué la policía? No querrás que lo apresen antes, ¿no? ¿A tu propio marido?

—A Jamie no, a Randall.

Una ancha sonrisa se dibujó en su rostro, mezclada con cierto escepticismo.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo lograrás?

—Una amiga y yo fuimos... atacadas en la calle hace algunas noches —expliqué—. Los hombres estaban enmascarados; no pude identificarlos. Pero uno de ellos era de la estatura de Jonathan Randall. Voy a declarar que lo he reconocido como uno de los que nos atacaron.

Las cejas de Dougal se alzaron y después se juntaron. De repente se le ocurrió algo.

—¡Cristo santo, sí que tienes valor! ¿Os robaron? —preguntó con tacto. Contra mi voluntad, sentí que la ira me encendía las mejillas.

—No —respondí.

—Ah. —Se reclinó contra los cojines del carruaje, todavía mirándome—. Pero ¿os hicieron daño? —Miré hacia la calle, pero sentí su mirada en el escote de mi vestido, deslizándose hasta la curva de mis caderas.

—A mí no —dije—. Pero a mi amiga...

—Ya veo. —Se mantuvo en silencio un momento y después me preguntó, pensativo—: ¿Has oído hablar de Les Disciples?

Giré la cabeza para mirarlo. Estaba en un rincón, observándome.

—No. ¿Quiénes son? —quise saber.

Dougal se encogió de hombros y se enderezó, observando por la ventanilla el Quai des Orfèvres.

—Una especie de sociedad. Jóvenes de buena familia, con cierto interés en cosas... ¿inmorales, diríamos?

—¿Y qué sabes tú acerca de Les Disciples?

—Sólo lo que he oído en una taberna de la Cité —explicó—. Que la sociedad exige mucho de sus miembros, y que el precio de iniciación es alto... según algunos parámetros.

—¿Y cuáles son esos parámetros? —Le pregunté. Sonrió con cierta severidad antes de responder.

—Lograr desvirgar a una doncella, por ejemplo. O conseguir los pezones de una mujer casada. —Eché un rápido vistazo a mi pecho—. Tu amiga es virgen, ¿verdad? ¿O lo era?

—Lo era. ¿Qué más sabes de Les Disciples? ¿Sabes quiénes están implicados?

Negó con la cabeza.

—Sólo rumores. El vizconde de Busca, el menor de los Charmisse... quizá. El conde de St. Germain. ¡Eh! ¿Te encuentras bien, muchacha?

Se inclinó hacia delante, consternado.

—Estoy bien —dije y respiré hondo—. Muy bien. —Saqué el pañuelo y me sequé el sudor.

«No os queremos hacer daño, señoras». La voz resonó en mi memoria. El hombre de camisa verde era de estatura media y moreno, delgado y de

hombros angostos. Si esa descripción encajaba con Jonathan Randall, también encajaba con el conde de St. Germain. Pero ¿podría haber reconocido su voz? ¿Era concebible que un hombre normal estuviera cenando frente a mí, comiendo *mousse* de salmón y conversando cortésmente apenas dos horas después del incidente en la Rue du Faubourg St. Honoré?

Sin embargo, utilizando la lógica, ¿por qué no? Yo lo había hecho, después de todo. Y no tenía ninguna razón para suponer que el conde fuera un hombre «normal».

El coche ya se estaba deteniendo y tenía poco tiempo para la reflexión. Estaba a punto de dejar libre al responsable de la violación de Mary y de salvar la vida al enemigo más odiado por Jamie. Respiré profundamente. Tenía poca elección, pensé. La vida era lo más importante; la justicia iba a tener que esperar su turno.

El cochero se apeó y se dispuso a abrir la portezuela. Me mordí el labio y miré a Dougal MacKenzie. Éste me devolvió la mirada, encogiéndose de hombros. ¿Qué quería que hiciera él?

—¿Vas a respaldar mi historia? —le pregunté.

Dougal miró hacia el Quai des Orfèvres.

—¿Estás segura? —me preguntó.

—Sí. —Se me secó la boca.

Se deslizó por el asiento y me extendió una mano.

—Entonces, roguemos a Dios que no terminemos los dos en la cárcel —dijo.

Una hora después salimos. Yo había enviado el coche a casa para que nadie lo viera allí. Dougal me ofreció el brazo. Había barro, y era difícil caminar con tacones altos.

—Les Disciples —dije mientras caminábamos lentamente por la orilla del Sena hacia las torres de Notre Dame—. ¿De verdad crees que el conde de St. Germain podría ser uno de los que... nos atacaron en la Rue du Faubourg St. Honoré? —íbamos por la Rue Elise; un portero escupió junto a mis pies y el gargajo se adhirió a una piedra.

—Hum. —Dougal estaba buscando un coche con el ceño fruncido, pensativo—. No lo sé; he oído cosas peores de él pero nunca tuve el honor de

conocerlo en persona. —Bajó la cabeza para mirarme.

—La has hecho buena —dijo—. Jack Randall estará en la Bastilla en menos de una hora. Pero tendrán que dejarlo ir tarde o temprano; y no apostaría que entonces el genio de Jamie se haya aplacado. ¿Quieres que hable con él, que lo convenza de que no haga nada descabellado?

—¡No! ¡Por amor de Dios, no interfieras!

—Muy bien, entonces. Dejaré que tú lo arregles. Es más terco que una mula... pero supongo que podrás persuadirlo. —Me miró de soslayo, con una sonrisa perspicaz.

—Lo intentaré. —Eso haría. Tenía que conseguirlo. Porque todo lo que había contado a Dougal era cierto. Muy cierto. Y sin embargo estaba muy lejos de la verdad. Porque habría mandado con ganas al demonio la causa de Carlos Estuardo y de su padre, habría sacrificado cualquier esperanza de detener aquella estupidez, incluso habría dejado que Jamie fuera a prisión, con tal de curar la herida que la resurrección de Randall había abierto en la mente de Jamie. Lo habría ayudado a asesinar a Randall, y con placer, excepto por una razón. La única más poderosa que el orgullo de Jamie, más importante que su virilidad y que la paz de su alma: Frank.

Era la única idea que me había impulsado durante el día, la que me había sostenido hasta bien pasado el punto donde en otro momento me habría derrumbado. Durante meses había creído que Randall había muerto sin dejar descendencia y había temido por la vida de Frank. Pero durante aquellos meses me había consolado la presencia de la alianza de oro que todavía llevaba en el índice de mi mano izquierda.

El anillo era un talismán durante las oscuras horas de la noche, cuando las dudas me asaltaban en los sueños. Si todavía llevaba el anillo de Frank, significaba que éste iba a vivir. Me lo había repetido una y mil veces. No importaba cómo podía iniciar un muerto la línea de descendencia que condujera hasta Frank; el anillo seguía allí, y Frank iba a vivir.

Ya sabía por qué el anillo seguía en mi mano. Randall estaba vivo; todavía podía casarse y ser padre del hijo que transmitiría la vida a Frank. A menos que Jamie lo matara primero.

Había hecho todo lo posible, pero persistía lo acontecido en el corredor de la casa del duque. El precio de la vida de Frank era el alma de Jamie. ¿Cómo

iba a elegir entre los dos?

El carruaje que se acercaba pasó junto a nosotros sin detenerse. Dougal no quiso insultar al cochero y se limitó a agitar un puño amenazante.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó.

—Ahora —dije—, voy a vomitar.

Era casi de noche cuando regresé a la Rue Tremoulins. Me encaminé directamente al dormitorio para dejar el abrigo, preguntándome si ya habría vuelto Jamie.

Así era. Me quedé inmóvil en el vano de la puerta, examinando la habitación. Mi botiquín estaba sobre la mesa, abierto.

—¡Por Jesucristo! —exclamé. Jamie había estado allí y se había vuelto a marchar. Su espada ya no estaba.

El pelo cubría parte del suelo, del tocador y del taburete. Levanté un rizo sintiendo el cabello fino y suave entre los dedos. Sentí un escalofrío que comenzó en algún punto entre los hombros y descendió por la columna. Recordé a Jamie, sentado en la fuente de la mansión de los Rohan, contándome cómo había librado su primer duelo en París.

«La cinta que me sujetaba el pelo se rompió, y me caía en los ojos, así que apenas veía lo que hacía».

De manera que no quería volver a correr aquel riesgo. Al sentir el sedoso rizo de Jamie en mi mano, pude imaginar la fría deliberación con que había procedido; oía el ruido del metal contra su cráneo al cortar todo lo que pudiera oscurecer su visión. Nada se interpondría entre él y la muerte de Jonathan Randall.

Excepto yo. Todavía con el rizo en la mano, fui hasta la ventana y miré afuera, como esperando verlo en la calle. Pero la Rue Tremoulins estaba tranquila.

En la casa se oía el murmullo cotidiano; abajo tenían lugar los preparativos para la cena. Como no esperábamos a nadie aquella noche, el bullicio era mínimo; comíamos con sencillez cuando estábamos solos.

Me senté sobre la cama y cerré los ojos, apoyando las manos sobre mi vientre abultado, asiendo con fuerza el rizo, como si Jamie estuviera a salvo si no lo soltaba.

¿Habría llegado a tiempo? ¿La policía habría encontrado a Jack Randall antes que Jamie? ¿Y si habían llegado a la vez, o justo a tiempo para encontrar a Jamie desafiando a Randall a un duelo formal? Si así era, por lo menos los dos estarían a salvo. En prisión, quizá, pero aquél era un detalle sin importancia en comparación con otros peligros.

¿Y si Jamie había encontrado a Randall primero? Miré hacia fuera. Tradicionalmente los duelos se libraban al amanecer, pero no sabía si Jamie podría esperar. En aquel momento podrían estar cara a cara, en algún lugar apartado, donde el choque de las espadas y los gritos no atraerían la atención de nadie.

Pues sería una lucha a muerte. Lo que había entre aquellos hombres sólo podía solucionarse con la muerte. ¿La muerte de quién? ¿La de Jamie? ¿O la de Randall, y con la suya, la de Frank? Sin duda Jamie era mejor espadachín pero, como desafiado, Randall tenía la elección de las armas. Y el éxito con la pistola no residía tanto en la habilidad como en la suerte; sólo las mejores pistolas apuntaban bien, o incluso éstas podían errar el tiro.

—¿Qué diablos haces, Claire?

Me sobresalté de tal manera que me mordí la lengua. Los dos ojos de Jamie estaban en sus órbitas. Nunca lo había visto con el pelo tan corto. Parecía un desconocido, con los fuertes huesos de su rostro marcándose bajo la piel.

—¿Qué hago? —repetí—. ¿Qué hago? Estoy sentada con un rizo de tu pelo en la mano, preguntándome si estás muerto o no. ¡Eso hago!

—No estoy muerto. —Cruzó hasta el armario y lo abrió. Llevaba su espada, pero se había cambiado de ropa; tenía puesta su chaqueta, que le permitía el libre movimiento de los brazos.

—Sí, me he dado cuenta —le dije—. Has sido muy considerado al venir a decírmelo.

—He venido a buscar mi ropa. —Sacó dos camisas y su abrigo largo y los puso sobre un banco.

—¿Tu ropa? ¿Adónde vas? —No sabía qué pasaría cuando volviera a verlo, pero no esperaba aquello.

—A una posada. —Me observó y, al parecer, llegó a la conclusión de que yo merecía algo más que una explicación de tres palabras. Se volvió y me

miró.

—Cuando te envié a casa en el coche, caminé un rato, hasta que me tranquilicé. Luego vine a casa a buscar la espada y regresé a la mansión del duque para retar a Randall a un duelo. El mayordomo me dijo que Randall había sido arrestado.

Me miró, con ojos lejanos como las profundidades del océano. Tragué saliva otra vez.

—Fui a la Bastilla. Me dijeron que habías acusado a Randall de lo de la otra noche. ¿Por qué?

—Jamie —le dije—. No puedes matarlo.

—No sabría si emocionarme por tu interés en mi seguridad, o si ofenderme por tu falta de confianza. Pero, de cualquier manera no debes preocuparte. Puedo matarlo con facilidad. —Pronunció las últimas palabras despacio, con una mezcla de odio y satisfacción.

—No es eso lo que quiero decir. Jamie...

—Por suerte —prosiguió, sin oírme— Randall puede probar que estaba en la residencia del duque la noche de la violación. Apenas la policía termine de interrogar a los invitados presentes, y se convenzan de que Randall es inocente (de ese cargo, por lo menos) lo dejarán ir. Me quedaré en una posada hasta que eso suceda. Entonces lo buscaré. —Sus ojos miraban fijamente el armario, pero era evidente que estaba viendo otra cosa—. Me estará esperando —dijo con voz suave.

Metió la ropa en un bolso de viaje y se echó la capa sobre el brazo. Se giró para salir, pero salté de la cama y lo así por la manga.

—¡Jamie! ¡Por favor, escúchame! ¡No puedes matar a Jack Randall porque no te lo permitiré!

Me miró atónito.

—Es por Frank —añadí. Le solté la manga y di un paso atrás.

—Frank —repitió, sacudiendo la cabeza como para aclararse los oídos—. Frank.

—Sí —le dije—. Si tú matas a Jack Randall ahora, Frank... no existirá. No nacerá. Jamie, ¡no puedes matar a un hombre inocente!

Su rostro, que normalmente era de color bronce pálido, se convirtió en blanco mientras yo hablaba. Después empezó a enrojecer.

—¿Un hombre inocente?

—¡Frank es un hombre inocente! ¡No me importa Jack Randall...!

—¡Pues a mí sí! —Cogió el maletín y se dirigió a la puerta—. ¡Por Dios, Claire! ¿Tratas de impedir que me vengue del hombre que me obligó a ser su ramera? ¿Que me puso de rodillas e hizo que le chupara el pene manchado con mi propia sangre? ¡Por Cristo, Claire! —Abrió la puerta de un golpe y salió al corredor antes de que pudiera alcanzarlo.

Había oscurecido, los sirvientes ya habían encendido las velas y el corredor estaba iluminado. Lo agarré del brazo y tiré de él.

—¡Jamie! ¡Por favor!

Se soltó impacientemente de mi mano. Yo estaba casi llorando, pero contenía las lágrimas. Cogí el maletín y se lo arrebaté.

—¡Por favor, Jamie! ¡Tan solo espera un año! El hijo de Randall será concebido en diciembre. Después ya no importará. Pero, por favor, espera hasta entonces. Hazlo por mí.

Los candelabros que había sobre una mesa con bordes dorados arrojaron su sombra, enorme y vacilante, en la pared opuesta. Jamie la miró, con las manos apretadas, como si se estuviera enfrentando a un gigante sin rostro y amenazante que lo sobrepasaba como una torre.

—Sí —susurró, como para sí mismo—, soy un tipo enorme. Enorme y fuerte. Puedo soportar mucho. Sí, puedo soportarlo. —Giró sobre sus talones, vociferando.

—¡Puedo soportar mucho! ¿Pero eso significa que debo? ¿Tengo que soportar las debilidades de todo el mundo? ¿Acaso no puedo tener las mías?

Empezó a caminar a un lado y otro del corredor; su sombra lo seguía en silencioso frenesí.

—¡No puedes pedirme eso! Tú, que sabes lo que... —Se atragantó, incapaz de hablar por la ira.

Mientras caminaba, golpeó repetidas veces la pared, lastimándose los nudillos.

Regresó y se detuvo frente a mí, respirando con dificultad. Me quedé inmóvil, temerosa de moverme o hablar. Asintió una o dos veces, rápidamente, como si estuviera tomando una decisión. Sacó la daga de su cinturón y me obligó a apretar los dedos contra la empuñadura. Se abrió de

un tirón el cuello, dejó al descubierto la garganta y me levantó la mano, con sus dedos apretados sobre los míos.

Me eché atrás con todas mis fuerzas, pero él llevó la punta de la daga debajo de la lívida cicatriz que el cuchillo de Randall había dejado allí años atrás.

—¡Jamie, basta! ¡Basta ya! —Le así la muñeca con mi otra mano, con tanta fuerza como pude, aflojándosela lo suficiente para liberar mis dedos. El cuchillo cayó al suelo, saltando entre las piedras hasta quedarse en un rincón de la alfombra.

Jamie permaneció frente a mí con el rostro blanco y los ojos iracundos. Le cogí el brazo; estaba tan rígido como la madera.

—Por favor, por favor créeme. No haría esto si hubiera otro camino — dije—. Me debes la vida, Jamie. No una sino dos veces. Te salvé de ser ahorcado en Wentworth, y cuando estuviste con fiebre, en la abadía. ¡Me debes una vida, Jamie!

Me miró un largo rato antes de responder. Cuando lo hizo, la voz volvió a ser tranquila, con cierta amargura.

—Ya. ¿Y ahora exiges que te pague? —Sus ojos eran de un azul claro y profundo.

—¡Tengo que hacerlo! ¡Es la única manera de hacerte razonar!

—Razonar. Ah, razonar. No, no puedo ver que haya nada que razonar.

El corredor recorría la segunda planta, estaba alfombrado y tenía enormes vitrales en las paredes. Jamie caminó hasta el otro extremo, regresó, con paso todavía lento y formal. Volvió hacia el otro extremo; así una y otra vez. Me senté en un sillón. Por fin se detuvo frente a mí, con los pies separados y las manos detrás de la espalda. Esperó a que lo mirara antes de hablar. Su rostro estaba inmóvil, sin signos de agitación que lo traicionaran, aunque había profundas líneas de cansancio alrededor de sus ojos.

—Un año, entonces —fue lo único que dijo, Se volvió de inmediato y ya se había alejado varios metros cuando por fin pude salir del sillón. Apenas me había puesto en pie cuando regresó y pasó a mi lado, llegó de tres zancadas al enorme vitral y le dio un puñetazo.

El vitral constaba de miles de cristales de colores, unidos por trozos de plomo derretido. Aunque el vitral entero, una representación del Juicio de

París, se sacudió en su armazón, el esqueleto de plomo sostuvo intactos casi todos los cristales; a pesar del puñetazo, sólo un agujero a los pies de Afrodita dejó entrar la suave brisa primaveral.

Jamie se quedó un momento quieto, apretándose las manos. Una oscura mancha roja comenzó a teñir el puño de encaje. Volvió a pasar junto a mí mientras me dirigía hacia él, y salió sin decir más.

Me dejé caer en el sillón con tanta fuerza que del almohadón de terciopelo saltó una nubecilla de polvo. Allí me quedé inmóvil, con los ojos cerrados, sintiendo la fresca brisa nocturna.

¿Podría Jamie perdonarme alguna vez? El corazón se me encogió al recordar la mirada que me había dirigido. «¿Cómo puedes pedirme eso?», me había dicho. «Tú, que sabes lo que... cómo...». Sí, sabía, y pensé que ese conocimiento podría arrancarme del lado de Jamie como me había arrancado del de Frank.

Me perdonase Jamie o no, no iba a poder perdonarme a mí misma si condenaba a un hombre inocente... al que una vez había amado.

—Los pecados de los padres —murmuré—. Los pecados de los padres no los pagarán los hijos.

—¿*Madame*?

Di un salto y abrí los ojos; me encontré con una criada asustada que dio un paso atrás.

—*Madame*, ¿os sentís mal? ¿Os traigo...?

—No —respondí, con tanta firmeza como pude—. Me siento bien. Deseo quedarme sentada aquí un momento. Por favor retírate.

La muchacha pareció ansiosa por obedecerme.

—*Oui, Madame!* —dijo, y desapareció.

\* \* \*

Después de medianoche volví al dormitorio. Jamie estaba allí, sentado ante una mesita, observando un par de polillas que revoloteaban alrededor de la vela. Dejé mi capa en el suelo y fui hacia él.

—No me toques —me dijo—. Vete a la cama. —A pesar de que estaba absorto, me detuve.

—Pero tu mano... —empecé a decir.

—No importa. Vete a la cama —repitió.

Los nudillos de la mano derecha estaban ensangrentados y tenía el puño de la camisa lleno de sangre, pero no me habría atrevido a tocarlo en aquel momento aunque hubiera tenido un puñal clavado en el vientre. Lo dejé observando a las polillas y me fui a la cama.

Me desperté cerca del alba. A través de la puerta pude ver a Jamie tal cual lo había dejado, sentado ante la mesita. La vela ya se había extinguido, las polillas no estaban, y él tenía la cabeza entre las manos, con los dedos entre el pelo.

Me levanté. Sentí frío con el delgado camisón. Jamie no se volvió cuando me acerqué, aunque sabía que yo estaba allí. Cuando le toqué la mano, la dejó caer sobre la mesa y dejó caer la cabeza hacia atrás, hasta apoyarla justo debajo de mis senos. Respiró hondo cuando empecé a friccionarla, y sentí que se le empezaba a ir la tensión. Le masajee el cuello y los hombros, sintiendo el frío de su piel a través del fino lino de la camisa. Por fin me puse frente a él. Jamie extendió los brazos y me rodeó la cintura, acercándose a él y hundiendo la cabeza en mi camisón, justo encima de la pequeña prominencia redonda del hijo por nacer.

—Tengo frío —dije, por fin—. ¿Quieres venir y darme calor?

Después de un momento asintió y se puso en pie. Lo conduje a la cama, lo desvestí sin que se resistiera y lo metí bajo los edredones. Me arrimé a su cuerpo, hasta que el frío de su piel se desvaneció y permanecimos apretados.

Apoyé cuidadosamente una mano en su pecho, acariciándolo suavemente hasta que el pezón se puso rígido, en un pequeño nudo de deseo. Él apoyó su mano sobre la mía para detenerla. Yo tenía miedo que me alejara, y lo hizo, pero sólo para poder acomodarse junto a mí.

—Dios, cuánto te amo —susurró, como si hablara consigo mismo. Me besó, impidiendo una respuesta, y rodeándome un seno con su mano herida, se preparó para hacerme el amor.

—Pero tu mano... —dije, por segunda vez esa noche.

—No importa —respondió.

# **CUARTA PARTE**

*Escándalo*

*La caballeriza real*

El carruaje avanzó traqueteando por un tramo desigual del camino, lleno de charcos por las heladas invernales y las lluvias de la primavera. Había llovido mucho aquel año; incluso entonces, a principios del verano, había charcos pantanosos bajo los frondosos arbustos de grosellas silvestres a la vera del camino.

Jamie iba sentado a mi lado. Fergus, dormido, se había arrellanado en el rincón y el movimiento del coche le meneaba la cabeza. En el carruaje, el aire era tibio.

Al principio charlamos del paisaje, de las cuadras reales de Argentan, adonde nos dirigíamos, de los chismes de la corte y de los círculos comerciales. Al igual que Fergus, también podría haber dormido, arrullada por el traqueteo del carruaje. Pero debido a los contornos cambiantes de mi cuerpo me resultaba incómodo estar sentada en una sola posición, y me dolía la espalda por los botes. Además, el bebé estaba cada vez más activo, y los primeros movimientos se habían convertido en pataditas, placenteras pero molestas.

—Quizá deberías haberte quedado en casa, *Sassenach* —me dijo Jamie, frunciendo el ceño, al ver que trataba de acomodarme en el asiento.

—Estoy bien —respondí—. Un poco cansada. Y no me hubiera perdido esto por nada del mundo. —Señalé los campos verde esmeralda entre las

hileras de álamos oscuros. Polvoriento o no, el aire fresco del campo era embriagador y exuberante después de los fétidos olores de la ciudad y los hedores del Hôpital des Anges.

Como gesto de amistad hacia los ingleses, Luis había acordado que el duque de Sandringham le comprara cuatro yeguas percheronas de las caballerizas reales de Argentan, para mejorar la sangre de la pequeña manada de caballos de tiro que éste tenía en Inglaterra. Por eso iba el duque de visita a Argentan, y había invitado a Jamie a que lo acompañara y aconsejara. La invitación le había sido ofrecida en una cena.

—Es una buena señal, ¿no crees? —pregunté, echando una mirada para asegurarme de que nuestros compañeros de viaje estuvieran dormidos—. Me refiero al hecho de que Luis haya dado permiso al duque para adquirir caballos. Si es tan atento con los ingleses, entonces no debe de inclinarse hacia Jacobo Estuardo, por lo menos abiertamente.

Jamie sacudió la cabeza. Se había negado rotundamente a usar peluca, y su cabeza rapada había ocasionado no poca conmoción en la corte.

—No, estoy casi seguro de que Luis no quiere tener nada que ver con los Estuardo, al menos con respecto a una restauración. *Monsieur Duverney* dice que el consejo se opone. Aunque Luis llegue a ceder a la insistencia del papa y le dé a Carlos una pequeña asignación, no está dispuesto a que los Estuardo tengan ningún tipo de influencia en Francia, con Geordie de Inglaterra vigilando. Creo haber hablado con todos los banqueros importantes de París en estos últimos meses, y todos comparten el mismo desinterés por la causa. —Sonrió con cierta ironía—. No hay tanta abundancia de dinero como para que alguien desee respaldar algo tan descabellado como la restauración de los Estuardo.

—Eso deja únicamente a España —comenté.

Jamie asintió.

—Así es. Y a Dougal MacKenzie. —Lo dijo con un poco de presunción. Me incorporé en el asiento, intrigada.

—¿Has sabido algo de él? —Pese a su rechazo inicial, Dougal había aceptado a Jamie como fiel seguidor jacobita, y la cosecha habitual de cartas se había visto aumentada por una serie de discretas comunicaciones enviadas por Dougal desde España, para que Jamie las leyera y se las pasara a Carlos

Estuardo.

—Ya lo creo que sí. —Por su expresión me di cuenta de que era una buena noticia, aunque no para los Estuardo.

—Felipe se niega a dar ayuda a los Estuardo —dijo—. Ha recibido órdenes de la oficina papal; debe mantenerse fuera de la cuestión del trono de Escocia.

—¿Sabes por qué? —Lo último que se había interceptado a un mensajero papal eran unas cartas dirigidas a Jacobo o a Carlos Estuardo, sin referencia alguna a las conversaciones del papa con España.

—Dougal cree saber por qué. —Jamie se echó a reír—. Está muy disgustado. Se pasó casi un mes en Toledo, y no consiguió más que unas vagas promesas de ayuda «para el futuro, *Deo volente*». —Su voz profunda remedó el tono piadoso a la perfección, y me eché a reír.

—Benedicto quiere evitar toda fricción entre España y Francia; tampoco desea que Felipe y Luis gasten dinero que podría servir a otros fines —añadió con cinismo—. No es muy propio que un papa lo diga, pero Benedicto alberga dudas de que pueda volver a reinar en Inglaterra un rey católico. Escocia tiene sus jefes católicos entre los clanes de las Tierras Altas, pero hace mucho que Inglaterra no tiene rey católico, y pasará mucho tiempo antes de que vuelva a haberlo, *Deo volente* —añadió con una sonrisa.

Se rascó la cabeza, despeinándose.

—De manera que las perspectivas para los Estuardo no son buenas, *Sassenach*, lo cual es una buena noticia. No, no habrá ayuda de los Borbones. Lo único que me preocupa ahora es el trato con el conde de St. Germain.

—Entonces ¿no crees que se trate sólo de un acuerdo comercial?

—Pues es eso —dijo—, pero hay algo más. He oído rumores, ¿sabes?

Pese a que las familias de banqueros parisinas no tendían a tomar en serio al joven pretendiente al trono de Escocia, la situación podía cambiar fácilmente si Carlos conseguía dinero para invertir.

—Su alteza me cuenta que ha estado hablando con los Gobelín. Se los presentó St. Germain, de otro modo no le habrían hecho caso. Y el viejo Gobelín piensa que Carlos es un tonto, lo mismo que uno de sus hijos. El otro prefiere esperar. Si Carlos tiene éxito en esta empresa, quizá le ofrezca una buena oportunidad.

—Lo cual no sería nada bueno —observé.

Jamie sacudió la cabeza.

—En absoluto. Como bien dicen, el dinero atrae el dinero. Si tiene éxito en uno o dos negocios importantes, los banqueros empezarán a escucharlo. El hombre no es un gran pensador —dijo—, pero es muy simpático en persona; puede convencer a la gente de que haga cosas contra su manera de pensar. Así y todo, no podrá avanzar sin un poco de capital a su nombre... pero lo tendrá si la inversión resulta.

—Pues. —Volví a cambiar de posición—. ¿Hay algo que podamos hacer? Jamie se encogió de hombros y esbozó una sonrisa torcida.

—Supongo que rezar para que haya mal tiempo en la costa de Portugal. A menos que el barco se hunda, no veo muy probable que el negocio fracase. St. Germain ya tiene vendida toda la carga. Tanto él como Carlos triplicarán su inversión.

Me estremecí ante la sola mención del conde. No podía evitar recordar mi conversación con Dougal. No había hablado a Jamie de la visita de Dougal ni de sus sospechas sobre las actividades nocturnas del conde. No me gustaba tener secretos con Jamie, pero Dougal me había exigido silencio a cambio de ayudarme en el asunto de Jonathan Randall, y no tuve otro remedio que aceptar.

Jamie me sonrió de repente, y me extendió una mano.

—Ya pensaré en algo. Por el momento, dame tus pies. Jenny me contó que le sentaba muy bien que le frotara los pies cuando estaba embarazada.

No me resistí; saqué los pies de los zapatos y los puse sobre su falda con un suspiro de alivio; el aire de la ventana secaba la seda húmeda de mis medias.

Sus manos eran grandes, y sus dedos a la vez fuertes y suaves. Frotó los nudillos en el arco de mi pie y me recliné con un leve gemido. Viajamos en silencio durante unos cuantos minutos, en los que me abandoné a una dicha inconsciente.

Con la cabeza inclinada sobre la seda verde de mis medias, Jamie hizo un comentario casual:

—Sabes, en realidad no fue una deuda.

—¿Qué? —Adormecida como estaba por el calor y por el masaje, no

sabía de qué hablaba.

Sin dejar de frotarme, levantó la mirada. Su expresión era seria, pero una sonrisa iluminaba sus ojos.

—Dijiste que te debía una vida, *Sassenach*, porque me la salvaste. — Cogió un dedo gordo y lo dobló—. Pero estuve pensando, y no estoy tan seguro de que eso sea verdad. Creo que estamos casi en paz.

—¿Qué quieres decir con «casi»? —Traté de liberar el dedo, pero Jamie lo sostuvo con fuerza.

—Tú me has salvado la vida pero... yo también he salvado la tuya, y por lo menos la misma cantidad de veces. Te salvé de Jack Randall en Fort William, ¿recuerdas?, y te salvé de la multitud en Cranesmuir, ¿no?

—Sí —respondí con cautela. No sabía adónde quería llegar, pero aquélla no era una conversación casual—. Te estoy agradecida, por supuesto.

Hizo un ruidito de indiferencia, típicamente escocés.

—No se trata de gratitud, *Sassenach*, de tu parte ni de la mía... a lo que quiero llegar es que no es tampoco una cuestión de obligación. —La sonrisa había desaparecido de su mirada; estaba completamente serio—. No te di la vida de Randall a cambio de la mía... no hubiera sido justo. Cierra la boca, *Sassenach* —añadió— o te entrarán moscas.

—¿Entonces por qué aceptaste? —Dejé de luchar y Jamie envolvió mis pies con ambas manos, recorriendo las curvas de mis talones lentamente con los pulgares.

—Bueno, no fue por ninguna de las razones con que trataste de convencerme. Con respecto a Frank... es cierto que le robé a su mujer, y lo lamento por él... algunas veces más que otras —añadió, haciendo una impúdica mueca—. Pero ¿es diferente que si fuera mi rival aquí? Tenías libre elección entre los dos, y me elegiste a mí... renunciando incluso al agua caliente junto con Frank. ¡Ay! —Liberé un pie y le di una patada. Se enderezó y volvió a agarrarme el pie, a tiempo para impedir que volviera a hacerlo.

—Lamentas la elección, ¿no?

—Todavía no —dije— pero lo haré en cualquier momento. Sigue.

—Bien. No veía por qué el hecho de que me hubieras elegido otorgara a Frank Randall consideraciones especiales. Además —añadió con franqueza

— admito que estoy un poco celoso.

Le di una patada con el otro pie, pero él atajó el golpe antes de que llegara a su destino.

—Y con respecto a deberle la vida —continuó— es un argumento que el hermano Anselmo de la abadía podría responder mejor que yo. Por supuesto que no mataría a un hombre inocente a sangre fría. Pero maté a muchos hombres en batalla, ¿acaso es diferente?

Recordé el soldado y el niño a quienes yo había matado en nuestra fuga de Wentworth. El recuerdo ya no me atormentaba, pero sabía que nunca me abandonaría.

Jamie sacudió la cabeza.

—Se podría discutir mucho al respecto, pero finalmente se llega a una conclusión: se mata cuando se debe, y después se debe vivir con ello. Recuerdo el rostro de todos los hombres a quienes maté, y los recordaré siempre. Pero la realidad es que yo vivo y ellos no; ésa es mi única justificación, sea correcta o no.

—Pero eso no es cierto en este caso —señalé—. No se trata de matar o morir.

Sacudió la cabeza para espantar una mosca que se había instalado en su pelo.

—En eso te equivocas. Lo que hay entre Jack Randall y yo sólo podrá solucionarse cuando uno de los dos este muerto... y tal vez ni siquiera entonces. Existen otras formas de matar que con un cuchillo o una pistola, y hay cosas mucho peores que la muerte física. —Su tono se hizo más suave—. En Ste. Anne me salvaste de más de una clase de muerte, *mo duinne*, no creas que no lo sé. —Negó con la cabeza. Tal vez te debo más de lo que tú me debes, después de todo.

Me soltó los pies y reacomodó sus piernas.

—Y eso me lleva a examinar tu conciencia además de la mía. Después de todo, no tenías idea de qué sucedería cuando me elegiste, y una cosa es abandonar a un hombre, y otra condenarlo a muerte.

No me gustaba en absoluto está manera de describir mis acciones, pero no pude negar los hechos. Había abandonado a Frank, cierto, y pese a que no podía lamentar mi elección, sí lamentaba, y siempre lo haría, haber tenido

que hacerla. Las siguientes palabras de Jamie reflejaron claramente mis pensamientos. Jamie continuó:

—Si hubieras sabido que implicaba la muerte de Frank, tal vez tu elección habría sido otra. Dado que me elegiste a mí, ¿tengo derecho a hacer que tus acciones tengan mayores consecuencias de las que tú deseabas?

Absorto en su discurso, no se había dado cuenta del efecto que producía en mí. Al ver mi expresión se detuvo y permaneció observándome en silencio.

—No sé cómo lo que hiciste puede ser pecado, Claire —dijo por fin—. Soy tu esposo legal, tanto como él lo fue... o lo será. Sabes que pudiste haber vuelto a él; *mo duinne*, podrías haber ido hacia atrás o hacia delante, a una época diferente por completo. Actuaste como creíste que debías, y no hay nada mejor que eso. —Alzó la mirada; la expresión de sus ojos me angustió.

—Soy sincero al decir que no me importa qué es lo correcto, siempre que estés aquí conmigo, Claire —dijo—. Si fue un pecado que me eligieras... entonces iría al demonio mismo y lo bendeciría por haberte tentado a hacerlo. —Alzó mi pie y besó suavemente la punta de mi dedo gordo.

Apoyé la mano sobre su cabeza; el pelo corto era puntiagudo y suave a la vez, como el de un erizo muy pequeño.

—No creo que haya sido incorrecto —dije—. Pero si lo fue, iré contigo al infierno. ¿Entonces por qué, Jamie? ¿Por qué decidiste dejar con vida a Randall?

Siguió sujetándome el pie, pero sonrió.

—Bueno, esa noche, mientras caminaba a un lado y otro, pensé en muchas cosas. Para empezar, pensé que ibas a sufrir si mataba a ese cerdo inmundo. Haría muchas cosas, o no las haría, para no hacerte sufrir; pero... ¿hasta qué punto importa más tu sufrimiento que mi honor? No. —Volvió a sacudir la cabeza—. Cada uno de nosotros sólo puede ser responsable de sus propios actos y de su propia conciencia. No puedes hacerte cargo de mis acciones.

—¿Por qué, entonces? —insistí—. Me has dicho todas las razones por las cuales no lo hiciste; ¿qué resta?

Vaciló un momento, pero después me miró.

—Por Carlos Estuardo. Hasta ahora hemos hecho muchas cosas, pero esta

inversión... bueno, podría permitirle dirigir un ejército en Escocia. Y si eso sucede... bueno, sabes mejor que yo lo que puede pasar.

Lo sabía, y la idea me congeló la sangre. No podía dejar de recordar la descripción que un historiador había hecho del destino de los montañeses en Culloden: «Los muertos se amontonaban en grupos de cuatro, hundidos en la lluvia y en su propia sangre».

Los montañeses, mal dirigidos y muriéndose de hambre, pero feroces hasta el final, iban a quedar destruidos en una media hora decisiva. Iban a ser abandonados y se desangrarían bajo la fría lluvia de abril; y la causa que los había impulsado durante cien años moriría junto con ellos.

De repente se inclinó y me cogió las manos.

—Creo que no va a suceder, Claire; creo que podremos detenerlo. Y si no podemos, aun así creo que no me pasará nada a mí. Pero si me pasa... —Se había puesto muy serio—. Si algo me pasa, quiero que haya un sitio para ti; quiero que tengas a alguien a quien recurrir si no estoy... para cuidarte. Si no puedo ser yo, entonces me gustaría que fuera un hombre que te ame. —Apretó aún más los dedos—. Claire, sabes lo que me ha costado hacer esto por ti... perdonarle la vida a Randall. Prométeme que, si llega el momento, volverás con Frank. Ya intenté dos veces hacerte volver. Y gracias a Dios no quisiste irte. Pero si hay una tercera vez, prométeme que volverás a él, a Frank. Por esa razón le he perdonado la vida a Jack Randall durante un año... por ti. ¿Me lo prometes, Claire?

—*Allez! Allez! Montez!* —gritó el cochero desde arriba, azuzando a los caballos para que ascendieran una cuesta. Ya casi llegábamos.

—De acuerdo —respondí por fin—. Te lo prometo.

Las cuadras de Argentan eran limpias y aireadas, con olor a verano y a caballos. En una caballeriza abierta, Jamie estaba haciendo caminar una yegua percherona.

—¡Ooh, qué bonita eres! Ven aquí, déjame ver tus ancas anchas y hermosas. ¡Son magníficas!

—¡Ojalá mi marido me hablara así a mí! —dijo la duquesa de Neve, haciendo reír a las demás damas del grupo.

—Tal vez lo haría, *Madame*, si vuestro trasero provocara una atracción

similar. Pero tal vez vuestro esposo no comparta la apreciación de milord Broch Tuarach por unas ancas bonitas. —El conde de St. Germain dirigió sus ojos hacia mí con cierta malicia. Traté de imaginarme aquellos ojos negros detrás de una máscara. Por desgracia, el encaje de la camisa le tapaba los nudillos y no podía ver más allá del pulgar.

Percibiendo la escena, Jamie se apoyó cómodamente sobre el ancho trasero de la yegua: sólo la cabeza, los hombros y los antebrazos se veían sobre el enorme percherón.

—Milord Broch Tuarach aprecia la belleza dondequiera que la encuentre, *Monsieur le Comte*; sea en animal o en mujer. Pero a diferencia de algunas personas a quienes podría nombrar, soy capaz de diferenciar entre ambas. —Sonrió con malicia a St. Germain, y luego dio una palmadita en el pescuezo de la yegua a modo de despedida, mientras el grupo estallaba en carcajadas.

Jamie me cogió del brazo y me condujo a la siguiente cuadra; el resto del grupo nos seguía lentamente.

—¡Ah! —exclamó, inhalando la mezcla de olores a caballo, arneses, estiércol y heno como si fuera incienso—. ¡Cómo extraño el olor a cuadras! Y el campo me recuerda a Escocia.

—No se parece mucho a Escocia —señalé.

—No, pero es campo. Es limpio, verde y no hay humo en el aire ni aguas negras bajo los pies... a menos que te fijes en la bosta del caballo, cosa en la que no reparo.

El sol de principios del verano brillaba sobre los techos de Argentan, situada entre verdes colinas ondulantes. La caballeriza real se hallaba justo en las afueras de la ciudad y era de construcción mucho más sólida que las vecinas casas de los súbditos del rey. Los graneros y cuadras eran de piedra, con suelo también de piedra y techo de tejas, y eran conservados en una condición de pulcritud tal que superaba en mucho la del Hôpital des Anges.

Desde detrás de un rincón de la cuadra oímos un alarido; Jamie se detuvo en seco, justo a tiempo para esquivar a Fergus, quien salió corriendo delante de nosotros como disparado por una honda, furiosamente perseguido por dos mozos de cuadra, ambos bastante mayores que él. Una mancha verde de estiércol fresco en la mejilla de uno de los mozos parecía ser la causa del altercado.

Con considerable serenidad, Fergus volvió sobre sus pasos, pasó junto a sus perseguidores y se metió en medio del grupo, donde buscó refugio en la falda de Jamie. Al ver a su presa a salvo, los mozos miraron con respeto el grupo, intercambiaron una mirada, se giraron y salieron corriendo.

Al verlos partir, Fergus gritó algo que le valió un fuerte tirón de orejas de Jamie.

—Fuera de aquí —lo regañó—. Y por el amor de Dios; no arrojes bosta de caballo a chicos mayores que tú. Ahora vete y no te metas en problemas. —Acompañó este consejo con una patadita en el trasero que envió a Fergus tropezando en dirección opuesta a la que habían tomado sus perseguidores.

No tenía muchas ganas de llevar a Fergus, pero la mayoría de las damas llevaban pajes para los recados. Y Jamie quería enseñarle el campo, pues creía que se había ganado unas vacaciones. Todo bien, excepto que Fergus, que en toda su vida había estado fuera de París, tenía la excitación del aire, la luz y las animales. Loco de alegría, no había dejado de meterse en problemas desde nuestra llegada,

—Sólo Dios sabe cuál será la próxima travesura —dije—. Prender fuego a uno de los graneros, supongo.

Jamie no se inquietó ante la sugerencia.

—Se portará bien. Todos los chicos juegan con el estiércol.

—¿Ah, sí? —Me di la vuelta y examiné a St. Germain, immaculado con su vestimenta de lino blanco, sarga blanca y seda blanca, quien se inclinaba cortésmente para escuchar a la duquesa, mientras ésta caminaba lentamente por el patio cubierto de paja.

—Tal vez tú lo hiciste —comenté—. Pero no él. Ni el obispo. —Me pregunté si aquella excursión había sido una buena idea. Jamie estaba en su elemento con los percherones gigantes, y sin duda había impresionado al duque, lo cual nos convenía. Por otra parte, me dolía la espalda por el viaje en coche, tenía los pies hinchados y los zapatos me apretaban.

Jamie me miró y me sonrió, apretándome la mano que tenía apoyada sobre su brazo.

—Ya falta menos. El guía quiere enseñarnos los criaderos; después tú y las demás damas podréis ir a comer, mientras los hombres nos quedamos haciendo bromas pesadas acerca del tamaño del pito del otro.

—¿Pasa eso siempre después de observar cómo se cría a los caballos? — pregunté, fascinada.

—Bueno, en los hombres sí; no sé qué hacen las mujeres. Presta atención y después me lo cuentas.

Sí que percibí cierta excitación entre los miembros del grupo cuando nos apretamos en el estrecho criadero. El edificio en sí era luminoso y aireado, gracias a las ventanas que se abrían a cada lado, dejando ver el corral que había fuera. Pude ver varias yeguas percheronas pastando cerca; una o dos parecían inquietas, y se soltaban a galopar un poco, después se ponían a trotar o a ir al paso, sacudiendo las cabezas y las colas con un relincho. De repente, los paneles se sacudieron con la coz que dio un caballo que enseguida relinchó.

—Está listo —murmuró una voz—. ¿Cuál será la favorecida?

—La que está más cerca del portón —sugirió la duquesa, siempre dispuesta a apostar—. Cinco libras a ésa.

—¡Ah, no! Os equivocáis, *Madame*, ésa está demasiado tranquila. Será la pequeña que está debajo del manzano, poniendo los ojos en blanco con coquetería. ¿Veis cómo sacude la cabeza? Ésa es mi elegida.

Todas las yeguas se habían detenido al oír el relincho del semental, alzando los hocicos como interrogando y moviendo las orejas. Las más inquietas agitaban la cabeza; una estiró el pescuezo y emitió un largo y agudo relincho.

—Es ésa —dijo Jamie lentamente, señalándola con la cabeza—. ¿No oís cómo lo llama?

—¿Y qué le dice, milord? —preguntó el obispo, con ojos brillantes.

Jamie sacudió la cabeza solemnemente.

—Es una canción, milord, que un sacerdote no escucha... o no debería escuchar —añadió, ante las risotadas de los demás.

Efectivamente, la yegua que relinchó fue la elegida. Una vez dentro, se detuvo en seco, con la cabeza erguida y olfateó el aire. El semental podía olerla; sus relinchos resonaban con tanta fuerza en el techo de madera que hacían imposible la conversación.

De todas maneras, nadie quería hablar. Aunque estaba incómoda, pude sentir el rápido hormigueo de excitación entre mis senos, y una contracción

en el vientre cuando la yegua volvió a responder a la llamada del semental.

Los percherones son caballos muy grandes. Pueden alcanzar más de un metro y medio de alzada, y las ancas de una yegua bien criada miden casi un metro. Son de un color gris pálido y moteado o negro brillante.

El semental salió del establo con tal violencia que hizo caer a todo el mundo de la cerca. Se levantaron nubes de humo cuando los enormes cascos golpearon el polvo del establo, y gotas de saliva volaron de su boca abierta. El mozo que había abierto la puerta de la caballeriza saltó a un lado, pequeño e insignificante al lado de la magnífica furia recién liberada.

La yegua dio vueltas y chilló alarmada, pero entonces el semental se montó sobre ella y sus dientes se cerraron sobre el arco del pescuezo de la yegua, obligándola a bajar la cabeza con sumisión. Su enorme cola se levantó, dejándola expuesta al deseo del semental.

—Jesús —murmuró *Monsieur Prudhomme*.

Duró muy poco tiempo, pero pareció muy largo; los flancos se alzaban oscurecidos por el sudor, las luces jugueteaban sobre el pelo y los músculos brillaban, tensos y cansados.

Todo el mundo se quedó callado al salir del establo. Por fin el duque se echó a reír y dijo:

—¿Estáis acostumbrado a presenciar semejante espectáculo, milord Broch Tuarach?

—Así es —respondió Jamie—. Lo he visto muchas veces.

—¿Ah, sí? —dijo el duque—. Y decidme, milord, ¿qué se siente después de tantas veces?

Jamie torció la boca al responder, pero por lo demás permaneció inmutable.

—Modestia —dijo.

—¡Qué espectáculo! —dijo la duquesa de Neve. Partió una galleta con ojos soñadores y la masticó lentamente—. Muy excitante, ¿no creéis?

—Querrás decir, ¡qué pene! —dijo *Madame Prudhomme*—. Ojalá Philibert tuviera algo así. Pero con lo que tiene... —Alzó una ceja señalando un platillo de salchichitas, cada una de las cuales medía unos cinco centímetros. Todas las damas se echaron a reír.

—Un poco de pollo, por favor, Paul —dijo la condesa de St. Germain a su paje. La condesa era joven, y la conversación obscena de las damas mayores la hacía sonrojar. Me pregunté qué clase de matrimonio tendría con St. Germain; sólo le acompañaba en público en ocasiones como aquélla, donde la presencia del obispo impedía que apareciera con una de sus amantes.

—¡Bah! —dijo *Madame* Montessor, una de las damas de la reina, cuyo esposo era amigo del obispo—. El tamaño no lo es todo. ¿Para qué sirve que sea del tamaño de un semental si no dura más que uno o dos minutos? No es lo que tengan dentro de los pantalones, digo yo; es lo que hacen con ello.

*Madame* Prudhomme bufó.

—Bueno, si encuentras a algún hombre que sepa hacer algo además de meterlo en el agujero más cercano, por favor dímelo. Me interesaría saber qué más puede hacerse con una cosa como ésa.

—Por lo memos tú tienes uno que está interesado —interrumpió la duquesa de Neve. Echó una mirada de disgusto a su marido, estaba con los demás hombres cerca de uno de los corrales.

—Esta noche no, querida —dijo, imitando a la perfección la voz de su marido—. ¡Estoy fatigado! ¡La presión de los negocios es tan agotadora! —Alentada por las risitas, continuó con su imitación, agrandando los ojos con horror y cruzando las manos sobre el regazo—. ¿Cómo, otra vez? ¿Acaso no sabes que gastar la esencia masculina gratuitamente trae enfermedades? ¿No te basta que tus exigencias me hayan convertido en un despojo, Mathilde? ¿Deseas que tenga un ataque?

Las mujeres se desternillaron de risa, lo suficiente para atraer la atención del obispo, quien nos hizo una seña y sonrió con indulgencia, provocando más risas.

—Bueno, por lo menos él no gasta toda su esencia masculina en los burdeles... ni en ninguna otra parte —dijo *Madame* Prudhomme, con una elocuente mirada de lástima a la condesa de St. Germain.

—No —dijo Mathilde con tristeza—. Lo guarda como si fuera oro. Una creería que no tiene nada que hacer por el modo en que... ¡ah! ¿Os apetece una copa de vino? —Sonrió al duque, que se había acercado en silencio. Si había escuchado nuestra conversación, no lo mostró. Sentándose junto a mí,

se puso a conversar con las damas; su voz aguda no contrastaba con la de sus compañeras. Aunque parecía estar atento a la conversación, advertí que su mirada se perdía de vez en cuando en el grupito de hombres parados junto al portón del corral. La falda de Jamie destacaba entre los trajes de terciopelo y de seda.

Yo había tenido mis reservas con respecto a volver a ver al duque. Después de todo, nuestra última visita culminó con el arresto de Jonathan Randall por mi acusación de intento de violación. Pero el duque había estado muy amable, y no había mencionado a ninguno de los hermanos Randall. Tampoco había trascendido el arresto; fueran cuales fueren las actividades diplomáticas del duque, parecían bastante importantes para merecer el silencio real.

En general, me sentí agradecida por la aparición del duque en nuestro grupo. Por una parte, impedía que las damas me siguieran haciendo preguntas sobre si era cierto lo que decían que llevaban los escoceses bajo la kilt, como hacían en las fiestas algunas atrevidas. Dado el espíritu de esta excursión, no creía que se conformaran con la respuesta usual de «Ah, lo normal».

—Vuestro marido tiene muy buen ojo para los caballos —observó el duque cuando la duquesa de Neve se inclinó para hablar con *Madame Prudhomme*—. Me ha dicho que tanto su padre como su tío tienen caballerizas en las Tierras Altas.

—Así es —dije—. Pero vos habéis visitado a Colum MacKenzie en el castillo de Leoch; debéis de haber visto las caballerizas. —Había conocido al duque un año atrás en Leoch, aunque el encuentro fue breve; él partió a una cacería poco antes de que a mí me arrestaran por brujería. Supuse que se habría enterado pero, si era así nunca lo dijo.

—Por supuesto. —Miró a un lado y otro para comprobar que no lo observaban, y después empezó a hablar en inglés—. En aquella época, vuestro marido me dijo que no residía en sus propias tierras, debido a una desafortunada, y errónea, acusación de asesinato. ¿Sigue siendo un proscrito, milady?

—Su cabeza todavía tiene precio —respondí.

La expresión de educado interés del duque no cambió. Con ademán distraído, se sirvió una pequeña salchicha.

—No es cuestión irremediable —dijo—. Después de mi encuentro con vuestro marido en Leoch, hice algunas averiguaciones, por supuesto muy discretas, mi querida señora. Y creo que el asunto puede arreglarse sin grandes dificultades si se pronuncia la palabra apropiada en el oído apropiado. Y si todo proviene de la fuente apropiada.

Esto era muy interesante. Jamie le había contado su caso, a instancias de Colum MacKenzie, con la esperanza de que el duque le ayudara. Como Jamie no había cometido el crimen que se le imputaba, no había pruebas en su contra; era posible que la voz poderosa del duque pudiera lograr que se archivara el caso.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Qué queréis a cambio?

El duque sonrió.

—¡Por Dios, sois muy directa! ¿No podría ser porque valoro lo experto que es con los caballos, y me gustaría que volviera al lugar donde puede poner su experiencia en práctica?

—Podría ser, pero no es. —Dije. Vi que *Madame* Prudhomme nos miraba, así que sonreí—. ¿Por qué?

Se metió una salchicha entera en la boca y la masticó despacio. Por fin tragó y se limpió la boca con una de las servilletas de lino.

—Bien —dijo—. Como una suposición, comprendéis...

Asentí, y el duque continuó.

—Supongamos, entonces, que la reciente amistad de vuestro marido con... ¿cierto personaje que acaba de llegar de Roma? Ah, veo que me comprendéis. Sí, supongamos que dicha amistad se ha convertido en motivo de preocupación para ciertas personas que preferirían ver que el personaje en cuestión regresara a Roma pacíficamente o que, de lo contrario, se estableciera en París. Aunque Roma sería mucho mejor... más seguro, ¿entendéis?

—Ya veo. —Cogí una salchicha—. Y estas personas consideran tan importante esta amistad que estarían dispuestas a ofrecer que se desechen los cargos contra mi marido si se produce un distanciamiento. ¿Por qué? Mi marido no tiene tanta importancia.

—Ahora no —convino el duque—. Pero puede llegar a tenerla en el futuro. Tiene conexiones con familias de banqueros franceses y con

mercaderes. Es recibido en la corte y tiene acceso a los oídos de Luis. Puede llegar a tener poder para lograr dinero e influencia. Además, es miembro no de uno, sino de dos poderosos clanes escoceses. Y las personas que desean que el personaje del que hablamos regrese a Roma albergan el temor, bastante razonable, de que dicha influencia pueda ser ejercida en direcciones indeseables. De manera que sería mucho mejor que vuestro marido regresara a sus tierras de Escocia, con su buen nombre recuperado, ¿no creéis?

—Es una idea —comenté. También era un soborno atractivo. Cortar toda conexión con Carlos Estuardo y regresar a Lallybroch sin correr peligro de ser ahorcado. Así se anulaba a un posible defensor de los Estuardo sin que la corona inglesa incurriera en ningún gasto.

Miré al duque tratando de imaginarme cuál era su papel en todo aquello. Era obvio que era un enviado de Jorge II, elector de Hannover y, si Jacobo Estuardo permanecía en Roma, rey de Inglaterra; pero su visita a Francia bien podía tener un doble propósito. Quizá ejercer la diplomacia con Luis, con el delicado equilibrio de cortesía y amenaza que ésta supone, y a la vez sofocar la posibilidad de un levantamiento jacobita. En los últimos tiempos, varios integrantes de la camarilla de Carlos habían desaparecido, poniendo como excusa la tarea de negocios urgentes en el exterior. ¿Habrían sido comprados o asustados?

La expresión imperturbable del duque no dejaba ver sus pensamientos.

—Pensad en ello, querida, —dijo—. Y cuando lo hayáis hecho, hablad con vuestro marido.

—¿Y por qué no le habláis vos?

Se encogió de hombros.

—Me he dado cuenta de que los hombres suelen reaccionar mejor si reciben los consejos de alguien en quien confían, que si los reciben de alguien de fuera. —Sonrió—. Hay que considerar el orgullo, que debe ser tratado con delicadeza. Y si hablamos de delicadeza... qué mejor que el «toque femenino», ¿no?

No tuve tiempo de responderle, pues se oyó un grito desde el establo principal y todas las cabezas se volvieron en esa dirección.

Un caballo subía por el angosto sendero que llevaba de las cuadras a la fragua. Era un potro percherón, muy joven. Era evidente que no estaba

acostumbrado a llevar montura; el lomo robusto se retorció tratando de tirar la pequeña forma que tenía aferrada al pescuezo, con las dos manos enterradas en el pelo grueso y negro.

—¡Diablos, es Fergus! —Las damas, alborotadas por los gritos, ya se habían puesto en pie y miraban con interés el espectáculo.

No me di cuenta de que los hombres se nos habían acercado hasta que una mujer dijo:

—¡Pero qué peligroso! ¡Si el niño se cae se va a lastimar!

—Bueno, si no se lastima al caerse, me encargaré personalmente de ello en cuanto le ponga las manos encima —amenazó una voz a mis espaldas. Me di la vuelta y vi a Jamie.

—¿Vas a ir a bajarlo? —pregunté.

Jamie sacudió la cabeza.

—No, ya se encargará el caballo.

En realidad, éste parecía más confundido que asustado por el extraño peso. La piel gris moteada se retorció y el potro sacudía la cabeza, como si quisiera saber qué estaba pasando.

Fergus tenía las piernas estiradas sobre el lomo del percherón; el único sitio de donde se asía con todas sus fuerzas eran las crines del pescuezo. Podría habérselas arreglado para deslizarse por un costado o por lo menos arrojarse sin resultar herido, pero las víctimas de la batalla de estiércol habían completado su plan para vengarse.

Dos o tres mozos seguían al caballo a distancia prudencial, bloqueando la salida por detrás. Otro había corrido delante del potro para abrir la puerta de un corral vacío que había cerca. La intención evidente era meter al potrillo en el corral, donde arrojaría a Fergus, o no, según su capricho, pero por lo menos no se lastimaría ni escaparía.

Sin embargo, antes de que eso sucediera, una ágil silueta sacó la cabeza por la pequeña ventana del ático. Los espectadores estaban concentrados en el caballo, así que fui la única que lo vio. El niño del ático observó, volvió a entrar y reapareció casi de inmediato, sosteniendo un enorme fardo de heno con ambas manos. Esperó el momento oportuno y lo arrojó cuando Fergus y el caballo pasaron justo debajo.

El efecto fue parecido al de la detonación de una bomba. El heno se

desparramó en el sitio donde habían estado el potro y Fergus, el potro dio un relincho de pánico, quitó las patas de debajo del fardo y salió disparado en dirección al grupo de cortesanos, que se dispersaron chillando como gansos.

Jamie se me arrojó encima, apartándome del camino y derribándome al suelo. Se incorporó, maldiciendo en gaélico y, sin detenerse a preguntarme cómo estaba, corrió en dirección a Fergus.

El caballo retrocedía y se retorció, completamente asustado. Alzó las patas delanteras, manteniendo a distancia al grupo de mozos de cuadra, que estaban perdiendo la calma al ver que uno de los valiosos caballos del rey resultaba lastimado.

Por algún milagro de obstinación o miedo, Fergus seguía en su sitio. Todos los mozos le gritaban que lo soltara, pero Fergus se aferraba con las dos manos a las crines del caballo. Uno de los mozos llevaba una horca para el heno; la agitó en el aire como amenaza, causando un chillido de consternación de *Madame* Montessor, que pensó que la intención era despanzurrar al niño.

El grito no calmó los nervios del potro en absoluto; siguió danzando y retorciéndose, apartándose de la gente que estaba empezando a rodearlo. No creía que la intención del mozo fuera pinchar a Fergus para desmontarlo del potrillo; el verdadero peligro era que el niño fuera pisoteado si se caía, y tenía la impresión de que eso estaba a punto de suceder. El caballo corrió de repente hacia un grupo de árboles que crecían cerca del corral, bien para buscar refugio de la multitud, o tal vez porque había decidido librarse con ayuda de una rama de la carga que llevaba en la espalda.

Cuando el potro pasó por las primeras ramas, vi un trozo de tartán rojo entre el verde del paisaje, y a Jamie subiéndose a un árbol desde el cobertizo. Saltó sobre el potrillo y cayó al suelo en medio de un revoloteo de tela y piernas desnudas.

Los cortesanos se acercaron de prisa, preocupados por el caído lord Broch Tuarach, mientras los mozos corrían hacia el caballo.

Jamie yacía bajo las hayas; con ambos brazos sostenía a Fergus, que se aferraba a su pecho como una sanguijuela. Jamie pestañeó al verme correr a su lado, e hizo un esfuerzo por sonreír.

Al darse cuenta de que Jamie no se movía, Fergus alzó la cabeza con

cautela. Después se sentó sobre el estómago de su amo y dijo con entusiasmo:

—¡Qué divertido, milord! ¿Podemos hacerlo otra vez?

\* \* \*

Jamie se había desgarrado un músculo; y cuando regresamos a París cojeaba bastante. Envió a Fergus (que no había escarmentado) a la cocina a buscar su comida y se sentó en un sillón junto al fuego, frotándose la pierna hinchada.

—¿Te duele mucho? —pregunté con lástima.

—Un poco. Pero sólo necesito descansar. El coche era angosto; habría preferido cabalgar.

—Hum. Yo también. —Me froté la espalda, que me dolía por la fatiga del viaje. El dolor parecía trasladarse hacia la pelvis y las piernas... supuse que serían las articulaciones que se aflojaban por el embarazo.

Revisé con una mano la pierna de Jamie y le señalé el sillón.

—Ven y échate de lado. Tengo un unguento muy bueno para la pierna; tal vez te alivie el dolor.

—Bueno, sino te molesta. —Se levantó rígidamente y se echó del lado izquierdo.

Abrí mi caja de remedios y revolví entre las cajas y los frascos. Agrimonia, olmo, paritaria... aquí estaba. Extraje el frasquito de vidrio azul que *Monsieur* Forez me había regalado y lo destapé. Olí con precaución; los bálsamos enseguida se ponían rancios, pero aquél parecía tener una buena proporción de sal para conservarse bien. Tenía un aroma suave y un color crema muy bonito.

Saqué una buena cantidad de bálsamo y lo extendí sobre el largo músculo de la pierna, mientras ponía la falda encima de la cadera para que no estorbara. Tenía la piel cálida, pero no debido al calor de una infección, sino a la tibieza normal de un cuerpo joven, agitado por el ejercicio y el vibrante pulso de la salud. Masajeé la crema suavemente, haciéndola penetrar, sintiendo el músculo rígido. Jamie soltó un pequeño gruñido cuando lo froté

con más fuerza.

—¿Duele? —pregunté.

—Sí, un poco, pero no te detengas —respondió—. Parece que me alivia. —Se rió—. No lo admitiría ante nadie que no fueras tú, *Sassenach*, pero fue divertidísimo. Hacía meses que no me movía así.

—Me alegro de que te hayas divertido —dije—. Yo también tuve una conversación interesante. —Sin dejar de masajear, le conté la oferta de Sandringham.

Jamie gruñó como respuesta, sobresaltándose un poco cuando le toqué un punto doloroso.

—De manera que Colum estaba en lo cierto cuando me dijo que podía serme de ayuda.

—Eso parece. La pregunta es: ¿estás dispuesto a escucharlo?

Traté de no contener el aliento mientras aguardaba su respuesta. Aunque ya sabía cuál sería. Los Fraser eran renombrados por su testarudez y, a pesar de que su madre era una MacKenzie, Jamie era un Fraser hecho y derecho. Una vez decidido que detendría a Carlos Estuardo, nada lo haría abandonar su empeño. Aun así, la oferta era tentadora: poder volver a Escocia, a su hogar, y vivir en paz.

Claro que había otro inconveniente. Si volvíamos, dejando que los planes de Carlos siguieran su curso hacia el futuro que yo conocía, entonces la paz en Escocia sería de muy corta duración.

Jamie bufó; al parecer había pensado como yo.

—Pues te diré, *Sassenach*. Si creyera que Carlos Estuardo pudiera triunfar y liberar a Escocia del dominio inglés, daría mis tierras, mi libertad y mi vida para ayudarlo. Podrá ser estúpido, pero es un estúpido de la realeza, y creo que no le falta caballerosidad. —Suspiró—. Pero le conozco bien, he hablado con él y con los jacobitas que pelearon junto a su padre. Y si pasa lo que tú me dices, en caso de una rebelión... Por eso no tengo elección: debo quedarme aquí, *Sassenach*. Una vez que lo detengamos, tal vez tengamos la posibilidad de regresar... o tal vez no. Pero por el momento, debo rechazar la oferta del duque.

Le di una palmadita suave en el muslo.

—Eso pensé que dirías.

Me sonrió, y después observó la crema amarillenta que embadurnaba mis dedos.

—¿Qué es esa crema?

—Algo que me dio *Monsieur Forez*.

El cuerpo se endureció y Jamie miró el frasco azul.

—¿*Monsieur Forez* te lo dio? —preguntó inquieto.

—Sí —respondí, sorprendida—. ¿Qué sucede? —Me apartó las manos llenas de crema y buscó una toalla.

—¿Ese frasco tiene una flor de lis en la tapa? —preguntó, mientras se limpiaba la crema.

—Sí, así es —dije—. Jamie, ¿qué tiene de malo el bálsamo? —La expresión de su rostro era en extremo peculiar: entre la consternación y la risa.

—No diría que tiene nada de malo, *Sassenach* —respondió por fin. Después de haberse frotado tanto la pierna, le quedó la piel colorada bajo el rizado vello rojizo. Apartó la toalla y miró el frasco.

—*Monsieur Forez* debe de tenerte en muy alta estima —dijo—. Es un bálsamo muy caro.

—Pero...

—No es que no lo aprecie —se apresuró a asegurarme—. Es sólo que, a sólo un día de haber podido formar parte de los ingredientes, me hace sentir un poquito extraño.

—¡Jamie! ¿Qué es este bálsamo? —Agarré la toalla y empecé a limpiarme las manos.

—Fluido de ahorcados —respondió.

—F-f-f... —Ni siquiera podía pronunciar la palabra, y empecé otra vez—. Quieres decir... —Se me puso la piel de gallina.

—Pues... sí. Fluido de criminales ahorcados —explicó alegremente, recobrando la compostura con tanta rapidez como yo la iba perdiendo—. Es muy bueno para el reumatismo y los dolores de las articulaciones, según dicen.

Recordé el cuidado con que *Monsieur Forez* recogía los resultados de sus operaciones en el Hôpital des Anges, y la actitud de Jamie cuando vio que el alto *chirurgien* me acompañaba a casa. Sentí que me temblaban las rodillas, y

se me revolvió el estómago.

—¿Jamie! ¿Quién diablos es *Monsieur Forez*? —pregunté gritando.

Jamie sonrió, divertido.

—Es el verdugo público del Quinto Distrito, *Sassenach*. Creí que lo sabías.

Jamie regresó húmedo y tiritando de las cuabras, donde había ido a quitarse el ungüento dado que las abluciones necesarias eran de una escala mayor que las que podía proporcionar la palangana del dormitorio.

—No te preocupes, ya me lo he quitado todo —me aseguró: se quitó la camisa y se metió desnudo entre las sábanas. Tenía la piel áspera y fría.

—¿Qué sucede, *Sassenach*? No sigo oliendo mal, ¿verdad? —preguntó, al verme acurrucada bajo las sábanas, abrazándome a mí misma.

—No —dije—. Tengo miedo, Jamie. Estoy sangrando.

—Jesús —dijo en voz baja. Percibí el temor repentino que lo atravesó al escuchar mis palabras, idéntico al que yo sentía.

—¿Crees? —empezó a preguntar—. ¿Es malo, *Sassenach*? ¿Lo sabes?

—No —respondí. Me apreté con más fuerza—. No sé. No es una hemorragia fuerte. Al menos por ahora.

La vela todavía estaba encendida. Me miró con ojos cargados de preocupación.

—¿No es mejor que busque ayuda, Claire? ¿Una curandera, o alguien del Hôpital?

Sacudí la cabeza y me mojé los labios resecaos.

—No. No creo... que puedan hacer nada. —Era lo último que quería decir; más que nada en el mundo, deseaba que hubiera alguien que me sanara. Pero recordé mis días como enfermera, los pocos días que trabajé en la guardia de obstetricia, y las palabras de uno de los médicos, encogiéndose de hombros mientras salía del cuarto de una paciente que había tenido un aborto. «No hay nada que hacer —había dicho—. Si van a perder al niño, por lo general lo pierden, no importa lo que se haga. Lo mejor es el reposo, y a veces ni con eso se salva».

—Tal vez no sea nada —dije—. No es raro tener pequeñas hemorragias durante el embarazo. —No era raro... durante los tres primeros meses. Pero

yo ya estaba en el sexto mes, y aquella hemorragia no era normal en absoluto. No obstante, había muchas cosas que podían causar hemorragias, y no todas eran graves.

—Tal vez esté todo bien —dije. Apoyé la mano sobre el vientre, apretando suavemente. Sentí una reacción inmediata del ocupante, una patada perezosa, de estiramiento, que enseguida me hizo sentir mejor. Se me humedecieron los ojos de gratitud.

—*Sassenach*, ¿qué puedo hacer? —susurró Jamie. Me rodeó con el brazo y apoyó su mano sobre la mía, protegiendo el abdomen amenazado.

Puse mi otra mano sobre la de él, y la sostuve.

—Sólo rezar, Jamie.

*Los mejores planes de hombres y ratones...*

A la mañana siguiente la hemorragia se había detenido. Me levanté con mucho cuidado, pero todo siguió bien. Sin embargo, era obvio que ya no podría seguir trabajando en el Hôpital des Anges, y envié a Fergus con una nota para la madre Hildegarde. Regresó con una botella de un elixir color pardusco muy valorado por *les maîtresses sage-femme* para la prevención de abortos. Después del unguento de *Monsieur Forez*; tenía mis dudas acerca de cualquier medicamento que no hubiese preparado yo misma, pero usando el olfato me aseguré de que todos los ingredientes eran de procedencia vegetal.

Después de mucho vacilar, bebí una cucharada. El líquido era amargo y me dejó mal gusto en la boca, pero el simple hecho de hacer algo me hizo sentir mejor.

Al parecer, el rey Jacobo había sido informado de la inversión de su hijo en oporto, y la aprobaba de buen grado como «... un buen plan, que estoy seguro te ayudará a establecerte en Francia, como es mi deseo».

—De manera que Jacobo cree que el dinero será para que Carlos se abra camino como caballero y se haga una posición aquí —dije a Jamie—. ¿Crees que es lo único que tiene en mente? Louise ha venido a verme esta tarde; dice que Carlos fue a verla la semana pasada... insistió en hablar con ella, aunque al principio se negó a recibirlo. Me contó que parecía muy excitado y entusiasmado con algo, pero no le quiso decir de qué se trataba; sólo se limitó

a hablar misteriosamente sobre algo grande que estaba a punto de hacer. «Una gran aventura» es lo que ella dice que él dijo. No suena como una simple inversión en oporto, ¿no?

—No. —A Jamie no le gustó mucho la idea.

—Bien —dije—. Está claro que Carlos no pretende convertirse en un próspero mercader parisino.

—Si fuera jugador, lo apostaría todo a ese negocio —dijo Jamie—. La pregunta es: ¿cómo detenerlo?

La respuesta vino varios días después. Murtagh estaba con nosotros en el dormitorio, pues me había llevado varios retales de los muelles.

—Dicen que ha habido un brote de viruela en Portugal —observó—. Un barco que traía hierro de Lisboa ha llegado esta mañana, y el inspector del puerto lo revisó con lupa, pero no encontró nada.

—¿Viruela? —preguntó Jamie.

—Sí —respondió Murtagh.

—Viruela —murmuró Jamie—. Viruela.

Lentamente dejó de estar serio y la arruga vertical que tenía entre las cejas desapareció. Se reclinó en su silla mirando fijamente a Murtagh. La sombra de una sonrisa se dibujó en su boca.

Murtagh lo observó con escepticismo.

—¿Supongo que tienes una idea? —pregunté.

—Sí —respondió Jamie riendo—. Tengo una idea.

Se volvió hacia mí; su mirada era maliciosa e inspirada.

—¿Tienes algo que pueda causar fiebre? ¿O que haga salir manchas en la piel?

—Pues sí —contesté—. Romero. O cayena. Y cáscara sagrada, para la diarrea. ¿Por qué?

Miró a Murtagh con una amplia sonrisa. Después, satisfecho con su idea, alborotó el pelo de su pariente, de modo que quedó de punta. Murtagh lo fulminó con la mirada.

—Escuchad —dijo Jamie—. ¿Qué pasaría si el barco del conde regresara con viruela a bordo?

Me quedé mirándolo.

—¿Estás loco? —pregunté—. ¿Qué pasaría?

—Perdería el cargamento —dijo Murtagh—. Lo quemarían o lo hundirían, por ley. ¿Y cómo te propones conseguirlo, muchacho?

La alegría de Jamie disminuyó un poco, aunque el brillo de sus ojos continuaba.

—Bueno —admitió—. Todavía no tengo un plan definido, pero como comienzo...

El plan llevó varios días de discusión e investigación, pero por fin quedó concluido. Buscamos un sustituto para la cáscara sagrada, debido a que los efectos de ésta eran demasiado fuertes, y lo encontré entre las hierbas del maestro Raymond.

Armado con una bolsa de esencia de romero, jugo de ortiga y raíz de rubia, Murtagh partiría para Lisboa aquel fin de semana y, conversando con los marineros de las tabernas, averiguaría el paradero del barco del conde de St. Germain, procuraría conseguir un pasaje en él, y nos enviaría un mensaje con el nombre de la embarcación y la fecha de partida.

—No, es muy común —respondió Jamie cuando le pregunté si al capitán no podría parecerle rara esa conducta—. Casi todos los buques de carga llevan pasajeros, los que quepan entre una y otra cubierta. Además Murtagh tendrá suficiente dinero para ser bien recibido a bordo, aunque tengan que darle el camarote del capitán. —Con un gesto de advertencia se dirigió a Murtagh.

—Y consigues un camarote, ¿me oyes? No importa lo que cueste; vas a necesitar intimidad para tomar las hierbas y no queremos arriesgarnos a que te descubran si no tienes más que una hamaca. —Examinó a su padrino. ¿Tienes una chaqueta decente? Si vas como un mendigo, te echarán por la borda.

—De acuerdo —dijo Murtagh. En general, contribuyó poco a la discusión, pero lo que dijo fue sensato y oportuno—. ¿Cuándo tomo las hierbas? —quiso saber.

Saqué la hoja de papel sobre la que había escrito las instrucciones y las dosis.

—Dos cucharadas colmadas de esencia de rubia, que es ésta —toqué un frasco transparente, lleno de un líquido rosáceo— que tomarás cuatro horas

antes. Toma otra cucharada cada dos horas después de la primera dosis, pues no sabemos cuánto tiempo te durará el efecto.

Le entregué la segunda botella, de vidrio verde llena de un licor negro púrpura.

—Esto es esencia de hojas de romero. Su acción es más rápida. Bebe alrededor de un cuarto de botella media hora antes de dejarte ver; a la media hora empezarás a ponerte rojo. El efecto desaparece enseguida, así que tendrás que tomar más en cuanto puedas hacerlo sin que nadie te vea. — Saqué otro frasco más pequeño de mi botiquín—. Una vez que la «fiebre» esté bien avanzada, te frotas con el jugo de ortiga los brazos y el rostro, para que te salgan ampollas. ¿Quieres guardar las instrucciones?

Murtagh sacudió la cabeza.

—No, lo recordaré. Es más fácil que me descubran con el papel encima. —Se volvió hacia Jamie.

—¿Esperarás el barco en Orvieto? —le preguntó.

—Sí. Hará una parada allí, como todos los barcos que transportan vinos, para aprovisionarse de agua fresca. Si no hace la parada, entonces... —Se encogió de hombros—. Alquilaré un barco y trataré de alcanzarlos. Lo importante es hacerlo antes de que llegue a Le Havre, mejor todavía en algún puerto español. No pienso pasar más tiempo del necesario a bordo. —Señaló con la barbilla el frasco que Murtagh tenía en la mano.

—Es mejor que no te tomes eso hasta que me veas a bordo. Sin testigos, el capitán puede deshacerse de ti en cualquier momento.

Murtagh gruñó:

—Sí, puede intentarlo. —Tocó la punta de la daga.

Jamie frunció el entrecejo.

—No olvides que se supone que sufrirás de viruela. Con suerte, tendrán miedo de tocarte, pero por las dudas... espera a tenerme cerca y a que estemos en alta mar.

—Bien.

Miré a uno y otro. El plan era bastante complicado, pero podía resultar. Si el capitán del barco se convencía de que uno de sus pasajeros tenía viruela, no se dirigiría a Le Havre, donde las autoridades sanitarias destruirían su carga. Entre volver a Lisboa y perder su ganancia, o regresar a Orvieto

mientras se enviaba la noticia a París y vender su cargamento al acaudalado mercader escocés que acababa de subir a bordo, no dudaría en decidirse por esta última opción.

Lo que hiciera el presunto enfermo resultaba crucial en la farsa. Jamie se ofreció como voluntario para probar las hierbas. Su piel se puso roja en minutos, y el jugo de ortiga le levantó ampollas que harían creer a un médico de a bordo o a un capitán desesperado que era viruela. Y de persistir alguna duda, la orina coloreada por la rubia ofrecería la ilusión de un hombre orinando sangre al tener los riñones atacados por la viruela.

—¡Dios mío! —exclamó Jamie, sorprendido ante la primera demostración del efecto de la hierba.

—¡Muy bien! —dijo, mirando la bacinilla—. Mejor de lo que esperaba.

—¿Ah, sí? ¿Y cuánto tarda en irse el efecto? —preguntó Jamie, que parecía algo nervioso.

—Algunas horas, creo —respondí—. ¿Por qué? ¿Te sientes extraño?

—No exactamente —dijo, frotándose—. Me pica un poco.

—No es debido a la hierba —dijo Murtagh—. Sino a la condición natural de un muchacho de tu edad.

Jamie sonrió a su padrino.

—¿Aún recuerdas esa época?

—Y mucho antes de que nacieras o siquiera pensarán en concebirte —respondió.

El hombrecillo guardó los frascos en su mochila, envolviendo metódicamente cada uno en un trozo de cuero blando para prevenir roturas.

—Tan pronto como pueda, enviaré un mensaje con el nombre del barco y su fecha de partida. Te veré dentro de un mes a bordo. ¿Tendrás el dinero antes?

Jamie asintió.

—Ah, sí. Imagino que la semana que viene. —El negocio de Jared había prosperado bajo la dirección de Jamie, pero las reservas no eran suficientes para adquirir cargas completas de oporto y al mismo tiempo cumplir todos los compromisos de la casa. No obstante, las partidas de ajedrez habían resultado fructíferas en más de un aspecto, y *Monsieur Duverney* hijo, prominente banquero, había garantizado un préstamo considerable al amigo

de su padre.

—Es una pena que no podamos traer el oporto a París —comentó Jamie — pero St. Germain nos descubriría. Creo que será mejor que lo vendamos a algún mercader en España: conozco al hombre indicado en Bilbao. La ganancia será mucho menor que en Francia, y los impuestos son más altos, pero no se puede tener todo, ¿no?

—Me conformaré con que le paguemos a Duverney —dije—. Y hablando de préstamos, ¿qué va a hacer Manzetti con el préstamo que hizo a Carlos Estuardo?

—Llamarlo con un silbido, supongo —dijo Jamie alegremente—. Y de paso arruinar la reputación de los Estuardo con todos los banqueros del continente.

—No parece muy justo para el pobre Manzetti —observé.

—Ah, sí. Pero no se puede hacer una tortilla sin romper huevos, como dice mi abuela.

—Si no tienes abuela —señalé.

—No —admitió—, pero si la tuviera, lo diría. —De repente se puso serio—. Tampoco es muy justo para los Estuardo. De hecho, si algún jacobita se enterara de lo que estoy haciendo, supongo que sería considerado un traidor, y tendrían toda la razón. —Se frotó la frente y sacudió la cabeza. Pude ver la seriedad que ocultaban sus bromas—. No puede evitarse. Si tienes razón en lo que va a suceder, debo elegir entre las aspiraciones de Carlos Estuardo y la vida de muchos escoceses. No siento ninguna simpatía por el rey Geordie... ¿cómo iba a sentirla si mi cabeza tiene precio?, pero no veo otra salida.

Frunció el entrecejo y se pasó una mano por el pelo, como hacía siempre que pensaba o se enfadaba.

—Si existiera alguna posibilidad de que Carlos triunfara... sí, sería diferente. Arriesgarse por una causa honorable... pero según tu historia él no va a triunfar, y debo decir que, ahora que lo conozco, es muy probable que tengas razón. Mi pueblo y mi familia están en peligro, y si el precio de sus vidas es el dinero de un banquero... bueno, no parece un sacrificio mayor que el de mi propio honor.

Se encogió de hombros, fingiendo desesperación.

—He pasado de robar el correo del príncipe a ser pirata de alta mar; no

tengo alternativa.

Permaneció en silencio un momento, mirándose las manos. Después alzó la cabeza y me sonrió.

—Cuando era niño siempre quise ser pirata —dijo—. Lástima que no pueda usar alfanje.

Permanecí en la cama, pensando. Desde la primera alarma había tenido muy pocas hemorragias, y ya me sentía bien. Sin embargo, cualquier hemorragia en aquella fase del embarazo era motivo de alarma. Me pregunté qué pasaría si se producía una emergencia mientras Jamie viajaba a España, pero no ganaba nada con preocuparme. Él tenía que irse. Y si todo iba bien, estaría de regreso mucho antes de que el niño naciera.

Dada la situación, había que olvidar todo problema personal. Carlos, incapaz de contener su alegría, le había confiado a Jamie que pronto iba a necesitar dos barcos, o más, y le había pedido consejo sobre cañones de cubierta. En las cartas más recientes de su padre desde Roma se percibía cierto tono de duda; con su agudo olfato político, típico de los Borbones, Jacobo Estuardo sospechaba algo, pero aún no conocía las intenciones de su hijo. Jamie creía probable que Felipe de España todavía no le hubiera mencionado las insinuaciones de Carlos o el interés del papa, pero Jacobo tenía sus propios espías.

Poco después percibí cierto cambio en la actitud de Jamie. Lo miré y vi que, pese a que todavía tenía un libro abierto, había dejado de pasar las páginas y de mirarlas. Tenía los ojos fijos en mí o, para ser más explícita, en el punto donde se abría la bata, varios centímetros más abajo de lo que recomendaba la decencia.

Tenía la mirada abstraída, con un azul profundo de añoranza, y me di cuenta de que, aunque socialmente no era requerida, la decencia en la cama debía ser por lo menos tenida en cuenta, dadas las circunstancias. Claro que existían alternativas.

Al ver que lo estaba mirando; Jamie se ruborizó un poco y se apresuró a mostrarse exageradamente interesado en su libro. Giré y apoyé una mano en su muslo.

—¿Está bien el libro? —pregunté, acariciándolo.

—Pues... sí. —El rubor aumentó, pero no quitó los ojos de la página. Sonriendo, deslicé la mano bajo las sábanas. Jamie dejó caer el libro.

—¡*Sassenach*! —dijo—. Sabes que no puedes...

—No —respondí—. Pero tú sí puedes. O mejor dicho, puedo hacerlo por ti.

Cogió mi mano con firmeza.

—No, *Sassenach*, no sería correcto.

—¿Ah, no? —dije, sorprendida—. ¿Y por qué no?

Se retorció incómodo, evitando mi mirada.

—Pues... no me parece bien, *Sassenach*. Aceptar el placer que me das, sin poder darte nada a cambio... no me sentiría bien, eso es todo.

Me eché a reír, apoyando la cabeza sobre su muslo.

—¡Jamie, eres demasiado dulce!

—No soy dulce —dijo, indignado—. Pero no soy tan egoísta... ¡Claire, estate quieta!

—¿Tenías planeado esperar muchos meses más? —pregunté sin detenerme.

—Podría hacerlo —dijo, con toda la dignidad posible—. Esperé veintidós años, y puedo...

—No, no puedes —dije, mientras apartaba los edredones y admiraba la forma bien visible bajo su camisón. La toqué, Y se movió un poco hacia mi mano—. En todo caso, Jamie Fraser, no era monje.

Con mano segura, levanté la camisa.

—Pero... —comenzó.

—Dos contra uno —dije—. Has perdido.

Jamie trabajó mucho durante los días siguientes, preparando el negocio para que funcionara solo durante su ausencia. Sin embargo, siempre encontraba tiempo para sentarse conmigo un rato después del almuerzo. Un día tuvimos una visita. Las visitas no eran raras; Louise iba a menudo para charlar sobre el embarazo y a añorar el amor perdido, aunque yo creía que ella disfrutaba más teniendo a Carlos como objeto de noble renunciamiento que como amante. Me había prometido unos dulces turcos y tenía ganas de ver su rosada carita redonda aparecer por la puerta.

Sin embargo, para mi sorpresa, era *Monsieur Forez*. Magnus lo guió hasta mi sala de recibir. Jamie se sorprendió, pero se puso de pie para saludar al verdugo y ofrecerle una bebida.

—Como regla general, no bebo alcohol —respondió *Monsieur Forez*—. Pero no quiero desairar a mi estimada colega. Espero que os encontréis bien, *Madame Fraser*.

—Sí —respondí—. Gracias. —Me pregunté por qué iría a vernos. A pesar de que *Monsieur Forez* gozaba de cierto prestigio y buenos ingresos por su trabajo, no creía probable que lo invitaran a cenar muy a menudo. ¿Tendrían vida social los verdugos?

Atravesó la habitación y depositó un paquetito junto a mí. Al recordar el fluido de hombres ahorcados, cogí el paquetito y lo sopesé; era ligero para su tamaño, y su aroma era astringente.

—Un pequeño recuerdo de la madre Hildegarde —explicó—. Tengo entendido que es el remedio preferido por les *maîtresses sage-femme*. También os ha escrito las instrucciones para su uso. —Sacó una nota doblada y sellada de su bolsillo interior y me la entregó.

Olí el paquete. Hojas de frambuesa y saxífraga, y otro ingrediente que no reconocí.

—Por favor, dad las gracias a la madre Hildegarde de mi parte. ¿Cómo están todos en el hospital? —Echaba mucho de menos mi trabajo, así como a las monjas y a los practicantes médicos. Charlamos un rato sobre el hospital.

—Qué pena —dije, cuando *Monsieur Forez* me habló de la cura de una clavícula rota—. Nunca lo he visto hacer. Echo de menos la cirugía.

—Yo también la echaré de menos —dijo él.

—¿Os vais de París? —preguntó Jamie.

*Monsieur Forez* se encogió de hombros.

—Sólo por un tiempo —aseguró—. Unos dos meses. De hecho, ésa es la principal razón de mi visita.

—¿Ah, sí?

—Sí. Veréis, viajo a Inglaterra, y he pensado que si queréis, yo podría llevar un mensaje. Es decir, si hay alguien con quien os deseéis comunicar —añadió.

Eché un vistazo a Jamie, cuya expresión había cambiado de educado

interés a una máscara sonriente que ocultaba todo pensamiento. Un extraño no habría notado la diferencia, pero yo sí.

—No —dije—. No tengo amigos ni parientes en Inglaterra; he perdido el contacto, desde que... enviudé. —Sentí la pequeña punzada de siempre al referirme así a Frank.

Si mi respuesta sorprendió a *Monsieur* Forez, no lo demostró. Se limitó a asentir.

—Ya veo. Entonces sois muy afortunada al tener amigos aquí. —Su voz pareció contener una advertencia de algún tipo—. Os visitaré a mi regreso; espero que entonces disfrutéis de buena salud.

—¿Cuál es el motivo de vuestro viaje a Inglaterra, *Monsieur*? —preguntó Jamie.

*Monsieur* Forez se volvió hacia él con una leve sonrisa. Inclino la cabeza, con los ojos brillantes, y una vez más me pareció un pájaro enorme. Pero no un cuervo negro como antes, sino un ave de rapiña.

—¿Y cuál podría ser el motivo para un hombre de mi profesión, *Monsieur* Fraser? —inquirió—. He sido contratado para desempeñar mis obligaciones usuales en Smithfield.

—Será una ocasión importante —dijo Jamie—. Quiero decir, para que convoquen a una persona de vuestra capacidad. —Sus ojos estaban alerta, aunque su expresión no reflejó otra cosa que un amable interés.

Los ojos de *Monsieur* Forez brillaron aún más. Se puso en pie lentamente, mirando a Jamie, que estaba sentado cerca de la ventana.

—Es verdad, *Monsieur* Fraser —dijo—. Porque se trata de capacidad, no le quepa duda. Ahorcar a un hombre... ¡Bah! Cualquiera puede hacerlo, Para romper un cuello limpiamente, de un solo tirón se requieren ciertos cálculos en cuanto a peso y caída, y una cierta experiencia en la colocación de la cuerda. Pero para combinar estos métodos, para ejecutar adecuadamente la sentencia de muerte de un traidor, se requiere muchísima capacidad.

Sentí que la boca se me secaba de repente.

—¿La sentencia de un traidor? —dije, sin ganas de oír la respuesta.

—Ahorcar, destripar y descuartizar —resumió Jamie—. ¿Eso quiere decir, *Monsieur* Forez?

El verdugo asintió. Jamie se puso en pie, como contra su voluntad. Eran

casi de la misma estatura y podían mirarse a los ojos sin dificultad.

—Claro que sí. Ésa es la sentencia de un traidor. Primero, debe ser ahorcado, como bien decís, pero no del todo, para que el cuello no se rompa ni se aplaste la tráquea... el resultado deseado no es la sofocación, ¿entendéis?

—Oh, sí, entiendo. —La voz de Jamie era casi burlona; lo observé con sorpresa.

—¿De veras, *Monsieur*? —*Monsieur* Forez sonrió, pero continuó sin aguardar respuesta—. Es cuestión de tiempo; se juzga por los ojos. La sangre oscurece el rostro casi de inmediato... más rápido si el reo es de cutis blanco... y en el transcurso de la asfixia, la lengua sale por la boca. Por supuesto, eso es lo que más gusta a la multitud, además de los ojos saltones. Sin embargo, es preciso buscar las marcas coloradas en las comisuras de los ojos cuando explotan las pequeñas arterias. Cuando eso sucede, enseguida debe darse la orden para que el sujeto sea descolgado; se requiere un asistente de confianza, ¿comprendéis? —se giró para incluirme en esta macabra conversación—. Entonces —continuó— debe administrarse un estimulante para revivir al sujeto mientras se le quita la camisa; es preciso insistir en que el reo sea vestido con una camisa abierta por delante, pues con frecuencia resulta difícil sacarla por la cabeza. —Con un dedo largo y delgado señaló el botón del medio de la camisa de Jamie, sin llegar a tocar el lino recién almidonado.

—Supongo que sí —dijo Jamie.

*Monsieur* Forez retiró el dedo.

—Sí. El asistente habrá encendido el fuego de antemano; esta tarea está por debajo de la dignidad del verdugo. Enseguida le llega el turno al cuchillo. —Hubo un silencio mortal en la habitación. El rostro de Jamie aún era inescrutable, pero vi una huella de sudor en su cuello—. Aquí es donde se requiere la mayor capacidad —explicó *Monsieur* Forez—. Debe trabajarse con rapidez, pues el sujeto no debe expirar antes de que se haya terminado. Mezclando una dosis de vasoconstrictor con el estimulante se consigue un momento de gracia, pero no muy largo.

Al ver un abrecartas de plata sobre la mesa, cruzó hasta él y lo cogió. Lo sostuvo con la mano envolviendo el mango y el índice apoyado en el filo,

apuntando hacia la brillante mesa de nogal.

—Así —dijo—. En la base de la clavícula. Y rápido, hasta la ingle. En la mayoría de los casos enseguida puede verse el hueso. Otra vez, siguiendo el arco de las costillas. No debe cortarse con profundidad, pues no se desea dañar el saco que contiene las entrañas. Sin embargo, debe cortarse piel, grasa y músculo, y hacerlo de un solo corte. Esto —dijo— es arte.

Apoyó el cuchillo sobre la mesa y se volvió hacia Jamie. éste se encogió de hombros.

—Después, todo es cuestión de rapidez y un poco de destreza, pero si se ha procedido con exactitud en el método, se presentarán pocas dificultades. Las entrañas están dentro de una membrana, que se parece a una bolsa. Si no se ha roto por accidente, es un asunto simple que requiere un poco de fuerza, para meter las manos debajo de la capa muscular y extraer toda la masa. Un corte rápido en el estómago y en el ano, y las entrañas pueden ser arrojadas al fuego. Ahora bien, si se ha procedido con rapidez y delicadeza, aún se dispone de un momento, pues todavía no se ha cortado ninguna arteria importante.

Sentí que me caía, a pesar de estar sentada; sin duda mi rostro estaba tan blanco como el de Jamie. éste, a pesar de su palidez, sonrió cortésmente.

—¿Así que el... sujeto... puede vivir un rato más?

—*Mais oui, Monsieur.* —Los ojos brillantes del verdugo observaron el poderoso cuerpo de Jamie, calculando el ancho de hombros y las piernas musculosas—. Los efectos de semejante situación son impredecibles, pero he visto vivir a un hombre fuerte más de un cuarto de hora en ese estado.

—Me imagino que al sujeto se le hace mucho más largo —comentó Jamie con voz seca.

El verdugo no pareció oírlo. Volvió a alzar el abrecartas y a blandirlo mientras hablaba.

—A medida que se aproxima la muerte, debe meterse la mano en la cavidad del cuerpo para extraer el corazón. Aquí, una vez más, se requiere capacidad. El corazón se mueve sin el apoyo de las vísceras, y con frecuencia esta mucho más arriba de lo normal. Además, es muy resbaladizo. Pero lo más difícil es cortar con rapidez las grandes arterias que hay por encima, de modo que el órgano pueda ser extraído latiendo todavía. Uno desea

complacer a la multitud —explicó—. Es una diferencia muy grande en cuanto a la remuneración. El resto... —Encogió un hombro delgado, despectivo—. Mera carnicería. Una vez que se extingue la vida, no es necesaria la habilidad.

—No, supongo que no —dije débilmente.

—¡Pero qué pálida estáis, *Madame!* ¡Os he entretenido demasiado tiempo con esta tediosa conversación! —exclamó. Me tomó la mano, y resistí el impulso de apartarla. Me dio un apretón imperceptible y se volvió para inclinarse formalmente ante Jamie.

—Debo partir, *Monsieur* Fraser. Espero que volvamos a vernos... en las mismas agradables circunstancias de hoy. —Las miradas de los dos hombres se cruzaron un segundo. Entonces *Monsieur* Forez pareció recordar el abrecartas que aún sostenía en la mano. Con una exclamación de sorpresa se lo entregó a Jamie. Éste arqueó una ceja y cogió el cuchillo con delicadeza por la punta.

—*Bon voyage, Monsieur* Forez —dijo—. Y gracias por vuestra instructiva visita.

Insistió en acompañarle a la puerta. Al quedarme a solas, me levanté y fui hacia la ventana, donde me quedé practicando ejercicios de respiración hasta que el carruaje azul oscuro desapareció por la esquina de la Rue Gamboge.

Cuando entró Jamie, todavía tenía el abrecartas. Cruzó hasta el enorme jarrón que había cerca de la chimenea y lo echó en su interior. Después se volvió hacia mí, haciendo todo lo posible por sonreír.

—Bueno, como advertencia ha sido muy efectiva.

Me estremecí.

—¿Lo fue?

—¿Quién crees que lo ha enviado? —preguntó Jamie—. ¿La madre Hildegarde?

—Supongo que sí. Ella me lo advirtió la noche que desciframos la música. Dijo que lo que hacías era muy peligroso. —Hasta la visita del verdugo no había tenido mucha idea de lo peligroso que era. Hacía tiempo que no sufría náuseas por la mañana, pero ahora apretaban mi garganta. Si algún jacobita se enterara de lo que ha estado haciendo, supongo que sería considerado un traidor. ¿Y qué harían si lo descubrieran?

Para todo el mundo, Jamie era un jacobita fiel; bajo esa máscara visitaba a Carlos, invitaba al conde Marischal a cenar y visitaba la corte. Y hasta entonces se las había ingeniado bastante bien entre las partidas de ajedrez y las visitas a las tabernas, para socavar la causa de los Estuardo a la vez que parecía apoyarla. Aparte de nosotros dos, sólo Murtagh sabía que queríamos sofocar un levantamiento de los Estuardo... y ni siquiera él sabía por qué, simplemente obedecía la palabra de su jefe. Era necesario mentir mientras viviéramos en Francia. Pero esa misma mentira convertiría a Jamie en traidor si alguna vez volviera a pisar suelo inglés.

Por supuesto, lo sabía, pero en mi ignorancia pensé que había poca diferencia entre ser ahorcado por proscrito y ser ejecutado como traidor. La visita de *Monsieur Forez* se había encargado de aclarar la diferencia.

—Te lo tomas con mucha calma —observé.

Jamie se encogió de hombros y sonrió.

—Bien, hay muchísimas maneras desagradables de morir. Y no me gustaría que una de ellas fuera la mía. Pero la pregunta es: ¿estoy tan asustado como para abandonar lo que estoy haciendo? —Se sentó a mi lado y tomó una de mis manos entre las suyas. Tenía las palmas cálidas; su robusta presencia me resultó reconfortante.

—Lo estuve pensando, *Sassenach*, durante las semanas que pasé en la abadía, curándome. Y de nuevo cuando llegamos a París. Y otra vez, cuando conocí a Carlos Estuardo. —Sacudió la cabeza, inclinándola sobre nuestras manos entrelazadas.

—Sí, puedo imaginarme en el cadalso. Vi la horca en Wentworth... ¿te lo conté?

—No.

Jamie asintió con la mirada perdida en el recuerdo.

—A los que estábamos en la celda de los condenados nos hacían marchar por el patio. Y nos detenían en fila sobre las piedras para observar una ejecución. Todos los días ahorcaban a seis hombres, a los que conocíamos. Yo observaba a cada uno ascender los doce escalones y quedarse en pie, con las manos atadas a la espalda, mirando hacia el patio mientras le colocaban la soga al cuello. En aquel momento me preguntaba cómo reaccionaría cuando me llegara el turno de subir las escaleras. ¿Lloraría y rezaría como John

Sutter, o podría permanecer erguido como Willie MacLeod, que le sonrió a un amigo que lo miraba desde el patio?

Sacudió la cabeza de repente, como un perro sacudiéndose gotas de agua, y me sonrió con tristeza.

—De todos modos, *Monsieur* Forez no me contó nada que no supiera. Pero es demasiado tarde, *mo duinne*. —Apoyó una mano sobre la mía—. Sí, tengo miedo. Pero no me voy a echar atrás por la posibilidad de volver a casa y a la libertad, ni por miedo. No, *mo duinne*, es demasiado tarde.

*El Bois de Boulogne*

La visita de *Monsieur* Forez resultó ser la primera de una serie de visitas inusuales.

—Hay un italiano abajo, *Madame* —dijo Magnus—. No quiso dar su nombre. —Hizo una mueca de congoja; supuse que, aunque no había querido darle el nombre, había estado más que dispuesto a proporcionarle algunos detalles.

Eso, sumado a la designación de «italiano», fue suficiente para darme una pista de la identidad de la visita, y fue poca mi sorpresa al entrar en la sala y encontrarme con Carlos Estuardo, que esperaba junto a la ventana.

Se giró al verme entrar. Pareció sorprendido de verme; pero hizo una reverencia a modo de saludo.

—¿Milord Broch Tuarach no se encuentra en casa? —inquirió. Alzó las cejas con disgusto.

—No, no está —dije—. ¿Queréis un refresco, alteza?

Miró con interés el salón fastuosamente decorado, pero sacudió la cabeza. Por lo que yo sabía, sólo había estado en la casa una vez, cuando llegó por los tejados después de su encuentro con Louise. Ni Carlos ni Jamie habían considerado apropiado que aquél fuera invitado a las cenas que ofrecíamos. Sin el reconocimiento oficial de Luis, la nobleza francesa lo despreciaba.

—No, os lo agradezco, *Madame*. No me quedará. Mi sirviente aguarda

fuera y tengo un largo viaje hasta mi casa. Sólo quería hacerle una petición a mi amigo James.

—Bien... estoy segura de que mi marido estaría encantado de servir... en la medida de lo posible —respondí con cautela, preguntándome de qué se trataría. Un préstamo, probablemente. Las actividades de Fergus habían descubierto una cantidad de cartas apremiantes de sastres, zapateros y otros acreedores.

Carlos sonrió, y su expresión se tornó dulce.

—Lo sé. No tengo palabras para expresar cuánto estimo la devoción de vuestro marido.

—Oh —dije.

—No es algo difícil lo que pido —me aseguré—. Es sólo que acabo de hacer una pequeña inversión: un cargamento de oporto embotellado.

—¿De veras? ¡Qué interesante! —Murtagh había partido rumbo a Lisboa aquella mañana, con el jugo de ortiga y la raíz de rubia en el morral.

—Es algo pequeño. Pero deseo que mi amigo James se encargue de recibir el cargamento cuando llegue. No es apropiado, ¿sabéis?, que... una persona como yo se ocupe del comercio.

—Sí, lo entiendo muy bien —dije, mordiéndome el labio. Me intrigó saber si había expresado este punto de vista a su socio, St. Germain, quien sin duda tenía al joven pretendiente del trono escocés como una persona de menor importancia que cualquiera de los nobles franceses. Éstos no dudaban en ocuparse del «comercio» cada vez que se ofrecía la oportunidad de tener ganancias.

—¿Vuestra Alteza está solo en esta empresa? —pregunté con toda inocencia.

Frunció el entrecejo.

—No, tengo un socio, pero es francés. Prefiero confiar mis ganancias a un compatriota. Además —añadió— sé que mi querido James es un mercader muy competente. Es posible que pueda aumentar mis ganancias mediante una buena venta.

Supuse que, fuera quien fuese la persona que le había hablado de la capacidad de Jamie no se había molestado en añadir que tal vez no hubiese mercader de vinos en todo París a quien St. Germain odiase más. Sin

embargo, si el plan funcionaba, sería un detalle sin importancia. Y si no resultaba, era posible que St. Germain resolviera todos nuestros problemas estrangulando a Carlos Estuardo, cuando descubriera que éste había contratado la entrega de la mitad de su exclusivo oporto de Gostos a su más odiado rival.

—Estoy segura de que mi marido colocará la mercancía con el máximo beneficio —dije.

Me dio las gracias, hizo una reverencia, me besó la mano y partió, sin dejar de expresar su gratitud a Jamie. Magnus, nada impresionado, cerró la puerta.

Cuando Jamie volvió, yo ya dormía, pero por la mañana le conté la visita de Carlos y su petición.

—Demonios, ¿se lo contará al conde? —dijo. Mientras saboreaba su chocolate, sonrió al imaginarse cuál sería la reacción del conde.

—Supongo que será delito de lesa majestad golpear con martillo a un príncipe exiliado. Si no, espero que su alteza tenga a Sheridan o a Balhaldy cerca cuando St. Germain se entere.

No pudimos seguir especulando pues de repente se oyeron voces en el vestíbulo. Un momento después apareció Magnus en la puerta, con una nota sobre la bandeja de plata.

—Disculpad, Milord —dijo—. El portador de esta nota me pidió que os la trajera enseguida.

Jamie alzó las cejas y cogió la nota de la bandeja, la abrió y la leyó.

—¡Maldita sea! —exclamó disgustado.

—¿Qué sucede? —pregunté—. ¿Ya tenemos noticias de Murtagh?

Sacudió la cabeza.

—No, es del capataz de la bodega.

—¿Hay problemas en los muelles?

Una rara mezcla de emociones se reflejó en el rostro de Jamie: impaciencia y malicia.

—Bueno, no precisamente. Parece que se ha metido en un lío en un burdel. Humildemente me pide perdón, pero espera que vaya a ayudarlo. En otras palabras —dijo— ¿podría pagar su deuda?

—¿Lo harás? —pregunté, divertida.

Soltó un bufido y se quitó las migas del regazo.

—Supongo que tendré que hacerlo, a menos que quiera supervisar la bodega yo mismo, y no tengo tiempo. —Esa tarea lo tendría ocupado, y entre tanto lo esperaban capitanes en los muelles y barriles en la bodega.

—Será mejor que Fergus venga conmigo —dijo—. Tal vez pueda ir a Montmartre con una carta, si no tengo tiempo.

—Un corazón noble vale más que cualquier título —dije a Jamie al verlo hojear un montón de papeles.

—¿Ah, sí? ¿Y quién opina eso?

—Lord Alfred Tennyson, creo —dije—. Creo que todavía no ha nacido, pero es poeta. El tío Lamb tenía un libro de poetas británicos famosos. También había un poema de Burns que recuerdo... él es escocés —expliqué—. Dijo: «La libertad y el *whisky* van juntos».

Jamie soltó un bufido.

—No sé si es poeta, pero sin duda es escocés. —Sonrió—. Volveré para el almuerzo, *mo duinne*.

Terminé mi desayuno y después subí a mi dormitorio para mi siesta matutina. Desde la primera alarma había tenido pequeñas hemorragias, aunque sólo una o dos manchitas, y hacía semanas que no tenía nada. Sin embargo, permanecía echada el mayor tiempo posible. Cuando bajé a comer encontré la mesa puesta para uno.

—¿Milord todavía no ha vuelto? —pregunté. El anciano mayordomo sacudió la cabeza.

—No, milady.

—Bueno, me imagino que volverá pronto; asegúrate de que haya comida para cuando llegue. —Tenía demasiada hambre para esperar a Jamie; las náuseas tendían a regresar si pasaba mucho tiempo sin comer.

Después del almuerzo fui a acostarme otra vez. Como las relaciones conyugales se habían suspendido por el momento, no había mucho que hacer en la cama aparte de leer o dormir, o sea que practicaba con frecuencia ambas actividades.

En algún momento de mi sueño, me pareció sentir que Jamie estaba cerca de mí, pero cuando abrí los ojos la habitación estaba vacía.

Hacia el final de la tarde, un suave golpe en la puerta del dormitorio me despertó.

—*Entrez* —dije, pestañeando mientras me despertaba. Era el mayordomo, Magnus, quien pidió disculpas y anunció más visitas.

—Es la princesa de Rohan, *Madame* —dijo—. Quería esperar hasta que despertarais, pero como también ha llegado *Madame* d'Arbanville, pensé que quizá...

—Está bien, Magnus —dije—. Bajo enseguida.

Me alegraba tener visitas. Louise iba con frecuencia y me contaba los últimos rumores de la corte, pero hacía tiempo que no veía a Marie.

Bajé despacio. La puerta de la sala estaba cerrada, pero pude oír las voces con claridad,

—¿Crees que ella lo sabrá?

La pregunta, hecha con ese tono bajo que caracteriza los chismes más jugosos, me llegó cuando estaba a punto de entrar en la salita. Me detuve en el umbral.

Era Marie d'Arbanville quien había hablado. Bienvenida en todas partes debido a la buena posición de su anciano marido, Marie oía todo lo que mereciera la pena oírse.

—¿Saber qué? —preguntó Louise; su voz aguda y fuerte tenía la perfecta confianza del aristócrata innato, a quien no le importa quién oye qué.

—¡Ah, no te has enterado! ¡Por Dios! Claro, lo oí hace apenas una hora.

«Y corriste a contármelo», pensé. Fuese lo que fuese. Pensé que sería mejor quedarme a escuchar la versión íntegra desde el vestíbulo

—Es lord Broch Tuarach —dijo Marie. No tenía necesidad de verla para imaginármela inclinándose con los ojos verdes moviéndose de un lado a otro, disfrutando de la noticia—. Esta misma mañana ha retado a duelo a un inglés. ¡Por una ramera!

—¿Qué? —El grito de sorpresa de Louise ahogó mi jadeo. Tuve que aferrarme a una mesita.

—Sí. Jacques Vincennes estaba presente, y se lo contó a mi marido. Fue en ese burdel que hay cerca de la lonja. ¡Imagínate, ir a un burdel por la mañana! ¡Algunos hombres son tan raros! De todos modos, Jacques estaba tomando una copa con *Madame* Elise, la administradora, cuando... oyó un

alarido horrible en la planta alta, seguida de golpes y gritos.

Hizo una pausa para tomar aliento.

—Después de más gritos y golpes hubo un terrible estrépito y un oficial inglés cayó por los escalones, a medio vestir, sin peluca, trastabillando y golpeándose contra las paredes. Y ¿quién apareció en la parte superior, con aspecto de ángel vengador, sino nuestro *petit* James?

—¡No! Y yo que hubiera jurado que él era el último...; ¡pero continúa! ¿Qué sucedió después?

—El hombre llegó al pie de la escalera, se puso en pie, se volvió y miró a lord Tuarach. Jacques dijo que poseía un aplomo envidiable para alguien a quien acababan de tirar por las escaleras con las calzas desabrochadas. Sonrió y dijo que no había necesidad de violencia, y dijo: «No hay necesidad de violencia, Fraser, ¿no podrías haber esperado tu turno? Creí que quedabas satisfecho con lo que te dan en tu casa. Aunque hay hombres que prefieren pagar por el placer».

Louise lanzó una exclamación escandalizada.

—¡Qué terrible! ¡El muy canalla! Pero por supuesto, milord Tuarach no tiene la culpa... —Percibí la tensión en su voz; la amistad estaba en conflicto con la necesidad de contar un chisme. No me sorprendió cuando ganó esta última.

—Milord Tuarach no puede gozar de los favores de su esposa en el presente, pues está esperando un hijo y el embarazo es difícil. Así que es comprensible que satisfaga sus necesidades en un burdel; ¿qué otra cosa podría hacer? ¡Pero continúa, Marie! ¿Qué pasó después?

—Bien. ¡Milord Tuarach corrió escaleras abajo, cogió al inglés por el cuello y lo sacudió!

—*Non! Ce n'est pas vrai!*

—¡Oh, sí! Se necesitaron tres sirvientes para calmarlo... Un hombre tan grande, de aspecto tan feroz.

—¿Y entonces qué?

—Bueno, Jacques contó que el inglés se sobresaltó un poco, pero después se enderezó y le dijo a Milord Tuarach: «Es la segunda vez que estás a punto de matarme. Tal vez algún día tengas éxito». Milord Tuarach maldijo en ese terrible idioma escocés y después se deshizo de los hombres que lo retenían,

le cruzó la cara a mano limpia —Louise se horrorizó ante semejante insulto— y dijo: «¡Mañana al alba estarás muerto!». Después se giró y volvió a subir las escaleras, y el inglés se marchó. John dijo que estaba muy pálido... ¡y no me sorprende! ¡Imagínate!

Podía imaginármelo.

—¿Estáis bien, *Madame*? —La voz de Magnus ahogó las exclamaciones de Louise. Extendí una mano y Magnus la tomó, apoyando la otra mano debajo de mi codo para sostenerme.

—No, no estoy bien. Por favor... díselo a las damas. —Hice un gesto vago en dirección al salón.

—Por supuesto, *Madame*. Enseguida; ahora permitidme acompañaros a la alcoba. Por aquí, *chère Madame*... —Me condujo escaleras arriba, murmurando palabras de consuelo. Me guió hasta la silla del dormitorio, donde me dejó después de prometerme que enviaría a una criada para que me atendiera.

No esperé ayuda; pasado el primer momento de conmoción, me levanté y crucé la habitación hasta donde estaba mi botiquín, sobre el tocador. No creía que fuera a desmayarme, pero tenía una botella de amoníaco que quería tener a mano por si acaso.

Abrí el botiquín y me quedé quieta, mirando fijamente el contenido. Por un momento mi mente se negó a registrar lo que veían mis ojos: un pequeño cuadrado de papel blanco, cuidadosamente doblado entre las botellas multicolores. Los dedos me temblaban al cogerlo; tuve que intentarlo varias veces antes de lograr abrirlo.

—«Lo siento». Las palabras eran marcadas y oscuras, las letras cuidadosamente formadas en el centro de la página, la inicial «J» escrita con igual cuidado más abajo. Y debajo, dos palabras más, garabateadas con prisa, como una posdata desesperada: «¡Debo hacerlo!».

—Debes hacerlo —murmuré. Hasta entonces siempre había creído que la tendencia a desmayarse de las mujeres del siglo dieciocho se debía a los corsés apretados. Pero no, se debía a la estupidez de los hombres de aquel siglo.

Oí un grito de consternación desde algún lugar de la alcoba, poco después manos serviciales me alzaron, y sentí la suavidad del colchón de lana debajo

de mí y compresas frescas con olor a vinagre sobre mi frente y muñecas.

Pronto me recuperé, pero no tenía ganas de hablar. Aseguré a las criadas que me sentía bien, las hice salir de la alcoba y volví a acostarme, tratando de pensar.

Se trataba de Jack Randall, por supuesto, y Jamie había ido a matarlo. Ése era el único pensamiento claro en medio del horror que llenaba mi mente. ¿Pero por qué? ¿Qué lo había hecho romper su promesa?

Tratando de organizar los sucesos relatados por Marie, a pesar de ser de tercera mano, pensé que tuvo que haber algo más que un encuentro inesperado. Yo conocía al capitán, mucho más de lo que hubiese querido. Y si había algo de lo que estaba segura, era de que no había estado haciendo uso de los servicios usuales de un burdel: el simple goce de una mujer no estaba en su naturaleza. Lo que él disfrutaba, necesitaba, era ver en el otro dolor, miedo, humillación.

Por supuesto que tales servicios también podían adquirirse, aunque a un precio más alto. En el Hôpital des Anges había visto suficiente para saber que existían *les putains*, cuya mercancía principal no se encontraba entre sus piernas, sino en los huesos fuertes cubiertos de frágil piel que se amorataba de inmediato y exhibía marcas de látigos y golpes.

Y si Jamie, cuya piel blanca marcada por los favores de Randall, había encontrado al capitán gozando de manera similar con una de las damas del establecimiento... eso, pensé, le habría hecho olvidar cualquier promesa. Jamie tenía una marca debajo del pezón; un pequeño pliegue blanquecino donde él mismo se había extirpado la marca del sello candente que Jonathan Randall le había impreso. La misma ira que lo había llevado a sufrir una mutilación antes que llevar aquella marca vergonzosa podía muy bien volver a aparecer, para destruir a su autor... y a su desafortunada progenie.

—Frank —dije—. ¡Dios mío, Frank! —Para Jamie, Frank no era más que un fantasma, la remota posibilidad de refugio para mí en un poco probable caso de necesidad. Pero Frank era el hombre con el que yo había vivido, con el que había compartido el lecho y al que había abandonado para quedarme con Jamie Fraser.

—No puedo —susurré—. ¡No puedo permitirselo!

La luz de la tarde había dejado paso a las sombras grisáceas de la

oscuridad. La habitación parecía llena de la desesperación del fin del mundo. «¡Mañana al alba estarás muerto!». No tenía esperanza de encontrar a Jamie aquella noche. Sabía que no regresaría a la Rue Tremoulins; no había dejado la nota si pensara volver. No podría permanecer a mi lado toda la noche sabiendo lo que haría por la mañana. No, sin duda había buscado refugio en alguna posada a fin de prepararse en soledad para cumplir con el acto de justicia que había jurado.

Creí conocer el sitio donde se llevaría a cabo el duelo. Con el recuerdo fresco de su primer duelo, Jamie se había rasurado el pelo a modo de preparación. Estaba segura de que también recurriría a su memoria para elegir el sitio donde se encontraría con su enemigo. El Bois de Boulogne, cerca del sendero de los Siete Santos. El Bois era un sitio popular para llevar a cabo duelos ilícitos, pues la espesura evitaba que los participantes fueran detectados. Al alba, uno de sus sombreados senderos iba a ser testigo del encuentro entre Jamie Fraser y Jack Randall. Y yo.

Me recosté en la cama sin desvestirme ni cubrirme y supe que no dormiría.

El Bois de Boulogne era una zona de bosque casi virgen situado en el límite de París. Se decía que aún había allí tejos, zorros y lobos, lo que no desalentaba a las parejas de enamorados que retozaban bajo las ramas de los árboles. Constituía una liberación del ruido y la suciedad ciudadanas; lo visitaban sobre todo los que vivían cerca y los que iban en busca de intimidad.

A pesar de ser pequeño, resultaba difícil recorrerlo a pie en busca de un claro apropiado para un duelo.

El carruaje se detuvo en el camino que atravesaba el Bois. Yo había dado instrucciones al cochero: descendió de su asiento, ató los caballos y desapareció entre los edificios. La gente que vivía cerca del Bois sabía lo que allí ocurría. No podía haber muchos sitios adecuados para un duelo; los que había serían conocidos.

Me recliné en el asiento y me envolví en la capa, tiritando. Me sentía muy mal; a la fatiga de una noche de insomnio se añadía el temor y la angustia. ¿Cómo podía Jamie hacerme aquello? Yo no debería estar allí, sino en casa,

descansando junto a él.

—Me lo prometiste, Jamie, maldito seas, ¡me lo prometiste! —susurré. El bosque estaba en silencio, envuelto en la neblina. ¿Habrían llegado ya? ¿Me habría equivocado de lugar?

Reapareció el cochero, acompañado por un muchacho de unos catorce años, y con un gesto señaló hacia delante y a la izquierda. Volvió a subir al pescante y con un chasquido del látigo alentó a los caballos para que avanzaran al trote. Salimos del camino y nos sumergimos en las sombras del bosque.

Nos detuvimos dos veces, mientras el muchacho, que era cojo, se metía en la maleza y reaparecía poco después sacudiendo la cabeza. La tercera vez, volvió con una expresión tan evidente de excitación que abrí la puerta antes de que llegara al coche.

Tenía el dinero preparado en la mano; se lo entregué, mientras le tiraba de la manga y le decía:

—¡Enséñame dónde! ¡Rápido, rápido!

Apenas veía las ramas que se nos cruzaban en el camino, ni la repentina humedad de mis ropas al pasar entre la espesura. El sendero estaba blando por las hojas que lo cubrían y ni mis zapatos ni los de mi guía hacían ruido mientras yo seguía la sombra de su camisa raída.

Los oí antes de verlos; ya habían empezado. El ruido del metal chocando llegaba amortiguado por la vegetación, pero aun así era nítido.

Era un claro grande, en lo más profundo del Bois, pero accesible por el camino y los senderos. Tenía espacio suficiente para un duelo serio. Los hombres, en mangas de camisa, se batían bajo la lluvia, y la tela mojada se les pegaba al cuerpo, destacando los huesos de los hombros y la columna.

Jamie me había dicho que él era mejor con la espada, pero Jonathan Randall no le iba a la zaga. Zigzagueaba y esquivaba los golpes, ágil como una serpiente: su espada hacía las veces de colmillo de plata. Jamie era igualmente veloz, y se movía con una gracia sorprendente para ser un hombre tan grande, con pies ligeros y manos seguras. Yo los observaba, inmóvil, como pegada a la tierra; no me atrevía a gritar para no distraer la atención de Jamie. Giraban en un círculo de ataque y defensa, con pies que parecían bailar sobre la hierba.

Permanecí quieta, observando. Había ido á detenerlos. Y habiéndolos encontrado, no podía intervenir, pues una interrupción podía resultar fatal. No podía hacer más que esperar, para ver cuál de mis dos hombres moriría.

Randall tenía la hoja levantada para desviar el golpe, pero no tuvo la rapidez ni la fuerza necesarias para sostenerla cuando el golpe llegó con tal salvajismo que envió su espada por el aire.

Abrí la boca para gritar. Intentaba llamar a Jamie por su nombre, para detenerlo en aquel momento de gracia, después de haber desarmado a su oponente y antes de asestar el golpe fatal. Lancé el alarido, pero el sonido salió sin fuerzas, estrangulado.

Tanteé a mi alrededor con desesperación y me aferré a una rama. Vi la cara de Jamie, con expresión de exultante calma, y me di cuenta de que no podría oír nada a través del halo de violencia que lo circundaba. Sólo vería su objetivo hasta que el duelo terminara. Randall, retrocediendo ante la espada inexorable, resbaló en la hierba mojada y se cayó. Arqueó la espalda, intentando levantarse, pero la hierba era resbaladiza. Tenía el cuello expuesto. Pero la venganza no conoce piedad, y no era el cuello lo que buscaba la hoja de la espada.

A través de una neblina ennegrecida, vi descender la espada de Jamie, grácil y fatal: fría como la muerte. La punta tocó la cintura de las calzas de ante, penetró y se retorció; la piel se oscureció con un chorro repentino de sangre oscura.

La sangre fluyó, caliente, entre mis muslos, y el frío de la piel se trasladó a mis huesos. Parecía que se me iba a romper el hueso que unía la pelvis con la espalda; sentía la tensión a medida que se sucedían los dolores como un relámpago que bajaba por la columna vertebral para explotar y estallar en llamaradas en mis caderas, arrasándolo todo a su paso.

Tanto mi cuerpo como mis sentidos parecían fragmentarse. No veía nada, pero no sabía si tenía los ojos abiertos o cerrados; todo giraba en la oscuridad. Las gotas de lluvia me golpeaban la cara, el cuello y los hombros. La sensación era bastante clara; se sumaba al terrible sufrimiento que avanzaba y se retraía, cada vez más abajo.

Traté de concentrar mi mente en la lluvia y no prestar atención a la vocecita en mi interior que decía: «Tienes una hemorragia. Una ruptura de

placenta, quizás, a juzgar por la cantidad de sangre. Por lo general es mortal. La pérdida de sangre explica el entumecimiento de pies y manos, así como la visión oscurecida. Dicen que lo último que se pierde es el sentido del oído, lo que parece ser verdad».

Fuera o no el último de los sentidos en perderse, todavía oía. Y eran voces, la mayoría agitadas, algunas tratando de calmarse, todas hablando en francés. Hubo una palabra que pude oír y comprender... mi propio nombre, gritado una y otra vez en la distancia: «¡Claire! ¡Claire!».

—Jamie —traté de decir, pero tenía los labios ateridos de frío. Todo movimiento estaba más allá de mis posibilidades. La conmoción que me rodeaba se estaba calmando; había llegado alguien que por lo menos parecía dispuesto a actuar como si supiera qué debía hacerse.

Tal vez lo sabía. Levantó la falda empapada y puso una compresa de paño en su sitio. Manos serviciales me dieron la vuelta y me subieron las rodillas hasta el pecho.

—Llevala al hospital —sugirió una voz.

—No vivirá tanto para llegar —dijo otra voz—. Será mejor esperar unos minutos, y después mandar a buscar el carro de la carne.

—No —insistió otra voz—. La hemorragia es débil; puede vivir. Además, yo la conozco, la he visto en el Hôpital des Anges. Llevala a la madre Hildegarde.

Reuní las pocas fuerzas que me quedaban y logré susurrar «Madre». Luego abandoné la lucha y me envolvió la oscuridad.

*Raymond el hereje*

Mi cama estaba bajo el alto techo abovedado, rodeada por cortinas. Sentía mi cuerpo débil y magullado y me dolían todas las articulaciones. A pesar de estar cubierta por varias mantas, el frío de aquel amanecer parecía haberse instalado en mis huesos.

Notaba todos estos síntomas físicos de manera objetiva, como si pertenecieran a otra persona. Todavía poseía el centro pequeño, frío y lógico del cerebro. Hacía cinco días que estaba en L'Hôpital des Anges.

Los largos dedos de la madre Hildegarde me tocaban con suavidad el vientre, a través del camisón, buscando los bordes duros del útero; pero la carne estaba blanda. Me retorcí cuando sus dedos se hundieron más; se puso seria y murmuró algo en voz muy baja, tal vez una oración.

Alcancé a distinguir un nombre entre sus susurros y le pregunté:

—¿Raymond? ¿Conocéis al maestro Raymond? —No se me ocurría pensar en una pareja más desigual: la monja intachable y el pequeño gnomo de la caverna de las calaveras.

La madre Hildegarde levantó las cejas, sorprendida.

—¿El maestro Raymond, dices? ¿Ese charlatán herético? *Que Dieu nous en garde!*

—Ah, me pareció que decíais su nombre.

—Ah. —Sus dedos volvieron a su tarea, tanteando mi entrepierna en

busca de las protuberancias de nódulos linfáticos que indicarían una infección. Sabía que estaban allí, pues yo misma me los había palpado, moviendo las manos con angustia infinita sobre mi cuerpo vacío. Podía sentir la fiebre, el dolor y los escalofríos en la médula de mis huesos, que explotarían en una llama cuando llegaran a la superficie de mi piel.

—Estaba invocando la ayuda de San Ramón Nonato —explicó la madre mientras escurría un paño de agua fría—. Es de gran ayuda para las madres.

—Ya no soy de éstas. —Advertí la breve expresión de dolor con que arrugó la frente, que desapareció casi de inmediato al concentrarse en secarme la frente, las mejillas y los pliegues calientes y húmedos de mi cuello.

Tuve un escalofrío ante el contacto con el agua fría. La madre se detuvo y me puso la mano sobre la frente.

—San Ramón no es quisquilloso —dijo, abstraída, en tono de regaño.

Oí las cuentas del rosario de la madre Hildegarde cuando ésta se enderezó, y la voz suave de una de las hermanas que la llamaba para que asistiera a otra de las tantas emergencias de aquel día. Casi había llegado a la puerta, cuando se le ocurrió algo. Regresó con un crujido de faldas y señaló el pie de la cama con dedo autoritario.

—¡Bouton! —exclamó—. *Au pied, reste!*

El perro, tan decidido como su ama, giró a mitad de camino y saltó a mi cama. Una vez allí, acomodó las sábanas con las patas y giró tres veces a contramano, como si quisiera eliminar la maldición de su sitio de descanso; luego se echó a mis pies y apoyó el hocico sobre las patas delanteras con un profundo suspiro.

Satisfecha, la madre murmuró:

—*Que Dieu vous bénisse, mon enfant* —dijo a modo despedida, y desapareció.

A través de la neblina y el aturdimiento en que estaba sumida, pude valorar su gesto. Como no tenía un bebé para depositar entre mis brazos, me dio el mejor sustituto.

De hecho, el bulto peludo sobre mis pies resultó un pequeño consuelo. Bouton permaneció quieto, como los perros esculpidos a los pies de los reyes en las lápidas de San Dionisio. Su calidez suavizó el frío marmóreo de mis

pies y su presencia fue mejor que la soledad o que la compañía de cualquier ser humano, ya que no pedía nada de mí. Nada era precisamente lo que yo sentía, y lo único que tenía para dar.

Bouton soltó un gruñido y se acomodó para dormir. Me cubrí con las mantas y traté de imitarlo.

Por fin me quedé dormida. Y soñé. Sueños febriles de fatiga y desolación. Me desperté de repente. Bouton se había ido, pero yo no estaba sola.

Raymond estaba a mi lado. Llevaba el pelo grisáceo hacia atrás, y le colgaba hasta los hombros, de modo que la voluminosa frente le sobresalía como un bloque de piedra, eclipsando el resto de la cara. Y se cernía sobre mí, adquiriendo ante mis ojos febriles el aspecto de una lápida. No pude evitar lanzar un grito.

—¿Os dais cuenta? No os quiere a vos, asquerosa criatura. Estáis turbando su descanso. ¡Salid de inmediato! —La madre Hildegarde cogió a Raymond del brazo y lo alejó de la cama. Él se resistió, permaneciendo inmóvil, como un gnomo de piedra en un jardín, pero la hermana Celeste sumó sus esfuerzos, bastante considerables, a los de la madre Hildegarde y entre las dos lo alzaron en el aire y se lo llevaron. A Raymond se le cayó uno de los zuecos y se quedó torcido en el centro de un mosaico. Con la intensa fijación que da la fiebre no podía quitarle los ojos de encima. Recorrí con la mirada, una y otra vez, la curva increíblemente suave del gastado borde, alejando la mirada de la impenetrable oscuridad de su interior. Si me permitía entrar en ella, mi alma sería arrastrada al caos. Mientras mi mirada se posaba en el zueco, podía volver a oír los sonidos del túnel del tiempo a través del círculo de piedras; extendí los brazos, aferrándome con desesperación a las frazadas.

De repente apareció un brazo entre los cortinajes y una mano enrojecida por el trabajo recogió el zueco y desapareció. Desprovista del centro de atención, mi mente febril giró alrededor de las ondas de las baldosas durante un tiempo y después, tranquilizada por la regularidad geométrica, volví a caer en el estupor del sueño, como un trompo que deja de moverse.

Sin embargo, no hubo quietud en mi sueño; me tropezaba en laberintos de figuras repetidas, interminables vueltas y espirales. Con profundo alivio, vi por fin una cara irregular y ferozmente preocupada con los labios apretados

en un ruego o un conjuro. Sólo cuando sentí la presión de la mano sobre la boca me di cuenta de que ya no era un sueño.

La boca larga y sin labios de la gárgola me habló junto al oído.

—¡No hagáis ruido, *ma chère*! ¡Si me encuentran aquí, estoy perdido! — Los grandes ojos oscuros miraron a un lado y otro, alerta a cualquier movimiento de las cortinas.

Asentí lentamente, y él me soltó la boca. Los dedos dejaron un leve olor a amoníaco y sulfuro. Había encontrado (o robado) un raído hábito de monje color gris, que ahora cubría el sucio terciopelo de su túnica de boticario. La caperuza ocultaba el pelo plateado y la monstruosa frente.

Las fantasías producto de la fiebre desaparecieron un poco, desplazadas por lo que me quedaba de curiosidad. Estaba demasiado débil para decir otra cosa que:

—¿Qué...? —cuando Raymond volvió a apoyar un dedo sobre mis labios y apartó la sábana que me cubría...

Observé pensativa que me desataba velozmente el camisón y lo abría hasta la cintura. Sus movimientos eran rápidos y precisos, carentes en absoluto de lascivia. Tampoco podía imaginarme que alguien quisiera aprovecharse de un esqueleto enfermo como el mío, especialmente con la madre Hildegarde atenta a cualquier ruido. Y sin embargo...

Observé con cierta fascinación cómo colocaba las manos sobre mis senos. Unas manos anchas, casi cuadradas, con todos los dedos del mismo tamaño, con pulgares inusualmente largos y flexibles que me rodearon los senos con increíble delicadeza. Al observarlos tuve un recuerdo vívido de Marian Jenkinson, una muchacha con quien había trabajado en el hospital Pembroke, quien aseguraba a sus extasiadas compañeras que el tamaño y la forma de los pulgares de un hombre constituían una señal segura de la calidad de su apéndice más íntimo.

—Es verdad, lo juro —declaraba Marian, echando atrás su rubia cabellera para dar un efecto dramático a su afirmación; Pero cuando se le pedían ejemplos, se limitaba a reírse y a mirar al teniente Hanley, que se parecía mucho a un gorila pese a sus enormes pulgares.

Los grandes pulgares presionaban suave pero firmemente mi piel; pude sentir mis hinchados pezones endureciéndose bajo las palmas rígidas, frías en

comparación con mi piel calenturienta.

—Jamie —dije, y tuve un escalofrío.

—Silencio, *madonna* —dijo Raymond. Habló en voz baja, con gentileza pero con cierta abstracción, como si no me estuviera prestando atención.

La luz de la tarde era tenue a través de la gruesa gasa de las cortinas que rodeaban mi cama, y las manos de Raymond eran oscuras sobre la piel blanca de mis senos. Sin embargo, la sombra que veía entre los dedos gruesos y sucios no era negra, sino... azul, pensé.

Cerré los ojos, mirando los puntos multicolores que aparecieron de inmediato detrás de mis párpados. Cuando volví a abrirlos, fue como si algo del color tiñera las manos de Raymond.

A medida que la fiebre cedía, aclarando mi mente, pestañeé, tratando de alzar la cabeza para mirar mejor. Raymond presionó un poco más, instándome a volver a acostarme y dejé caer la cabeza sobre la almohada, mirando de reojo mi pecho.

Después de todo, no era producto de mi imaginación... ¿o sí? Cuando las manos de Raymond no se movían, veía un tenue destello de luz coloreada que parecía moverse sobre éstas, cubriendo de rosa y azul mi piel blanca.

Ahora mis senos se estaban entibiando, pero no con la tibieza natural de la salud ni con el calor de la fiebre. La corriente del pasillo penetró por las cortinas y me levantó el pelo húmedo de las sienes, pero no me causó frío.

La cabeza de Raymond estaba inclinada y su rostro quedaba oculto por la capucha del hábito. Después de lo que pareció mucho tiempo, movió las manos de los senos muy lentamente hacia mis brazos, apretando suavemente las articulaciones del hombro y del codo, las muñecas y los dedos. El dolor cedió y me pareció ver una tenue línea azul dentro del antebrazo, el fantasma del hueso.

Tocando sin prisas, volvió a colocar las manos sobre la curva poco profunda de la clavícula y hacia el meridiano de mi cuerpo, extendiendo las manos sobre mis costillas.

Lo más extraño era que yo no estaba sorprendida. Todo parecía natural y mi cuerpo torturado se relajaba, agradecido, derritiéndose y reformándose como cera en el rígido molde de sus manos. Sólo se mantenían firmes las líneas de mi esqueleto.

Una extraña sensación de tibieza emergía de aquellas manos de trabajador, que ahora se movían con esmerada lentitud sobre mi cuerpo. Me parecía sentir que iban muriendo las bacterias que habitaban en mi sangre, con pequeñas explosiones que marcaban el aniquilamiento del último vestigio de infección. Podía sentir mis órganos como si estuvieran depositados sobre una mesa delante de mí. Allí estaba el estómago, de paredes huecas, allá la solidez lobulada del hígado, y los intestinos, doblados a un lado y otro y sobre sí mismos, guardados en la brillante tela de la membrana mesentérica. La calidez brilló y se extendió dentro de cada órgano, iluminándolos como un sol interior, para después extinguirse y continuar.

Raymond hizo una pausa con las manos a los lados de mi hinchado vientre. Me pareció que fruncía el ceño, pero era difícil saberlo. La cabeza encapuchada se volvió, alerta, pero los ruidos del hospital eran los acostumbrados y nadie se acercaba a nosotros.

Jadeé y me moví involuntariamente cuando una de las manos se deslizó por mi entrepierna. Un aumento de presión de la otra mano me advirtió que guardara silencio y los dedos encontraron el camino dentro de mí.

Cerré los ojos y aguardé, sintiendo que mis paredes interiores se iban adecuando a aquella extraña intrusión. La inflamación iba cediendo poco a poco mientras él tanteaba cada vez más adentro, con suavidad.

Llegó al centro y un espasmo de dolor contrajo las pesadas paredes de mi útero inflamado. Lancé un gemido, pero apreté los labios cuando lo vi menear la cabeza.

La otra mano se deslizó y se apoyó cómodamente sobre mi vientre mientras los dedos de la otra tocaban mi matriz. Entonces se detuvo, sosteniendo el origen de mi dolor entre las dos manos como si fuera una esfera de cristal, pesada y frágil.

—Ahora —dijo en voz muy baja—. Llamadlo. Llamad al hombre rojo. Llamadlo.

La presión de las manos aumentó y apreté las piernas contra la cama para contrarrestarla. Pero no me quedaban fuerzas para resistir y la presión inexorable persistió, quebrando la esfera de cristal, liberando el caos interno.

La mente se me llenó de imágenes, peores que las de mis sueños febriles porque eran más reales. Me sacudían el miedo y el dolor y la pérdida, y el

polvoriento perfume de la muerte me llenó las ventanas de la nariz. Buscando ayuda en mi mente, oí la voz que continuaba murmurando, paciente pero firmemente:

—Llamadlo —y busqué mi fuente de esperanza.

—¡Jamie! ¡JAMIE!

Un relámpago de calor me inundó el vientre, de una mano a la otra, como una flecha disparada a través del centro de mis huesos. La presión de los dedos cedió, se retiró y la suavidad de la armonía me colmó.

El marco de la cama tembló; Raymond consiguió meterse debajo de la cama justo a tiempo.

—¡Milady! ¿Estáis bien? —La hermana Angelique abrió los cortinajes con el redondo rostro inundado de preocupación. La angustia de su mirada se mezclaba con resignación; las hermanas sabían que yo estaba a punto de morir... si ésta era mi última lucha, estaba preparada para llamar al sacerdote.

Su mano pequeña y dura se apoyó en mi mejilla, se movió rápidamente a mi frente y volvió a la mejilla. Las sábanas todavía estaban arrugadas alrededor de mis piernas y mi camisón estaba abierto. Sus manos se deslizaron hasta mis axilas, donde permanecieron un momento antes de que las retirara.

—¡Dios sea loado! —exclamó, con los ojos humedecidos—. ¡Se ha ido la fiebre! —Se inclinó sobre mí, mirándome asustada para comprobar que la desaparición de la fiebre no se debiera a que estaba muerta. Le sonreí débilmente.

—Estoy bien —aseguré—. Decídselo a la Madre.

Ella asintió y, haciendo una breve pausa para correr la cortina, desapareció. La cortina apenas se había cerrado cuando Raymond salió de debajo de la cama.

—Debo irme. Que os vaya bien, *madonna*.

A pesar de lo débil que estaba, me incorporé y le cogí el brazo. Deslicé la mano por su musculoso brazo, buscando sin encontrar. La suavidad de su piel era inmaculada. Me miró, atónito.

—¿Qué hacéis, *madonna*?

—Nada —contesté, decepcionada. Estaba demasiado débil y mareada para elegir las palabras—. Quería ver si teníais la cicatriz de una vacuna.

—¿Una vacuna? —Experta como era entonces en leer rostros, habría visto el más leve gesto de comprensión aunque lo hubiera ocultado rápidamente. Pero no hubo ninguno.

—¿Por qué seguís llamándome *madonna*? —le pregunté. Apoyé las manos sobre mi estómago con suavidad para no molestar el terrible vacío—. He perdido a mi hijo.

Él me miró, sorprendido.

—Ah, yo no os llamaba *madonna* porque estuvierais encinta, señora.

—¿Por qué, entonces? —No esperaba respuesta, pero me la dio. Aunque los dos estábamos cansados y agotados, parecíamos estar suspendidos juntos en un sitio donde ni el tiempo ni las consecuencias existían; no había lugar entre nosotros para otra cosa que no fuera la verdad.

Raymond suspiró.

—Todos tenemos un color como aureola —dijo con sencillez—. Es como una nube que nos rodea. El vuestro es azul, *madonna*. Como el manto de la virgen. Como el mío.

La cortina de gasa revoloteó un instante y Raymond desapareció.

*Fontainebleau*

Dormí varios días seguidos. Si fue parte necesaria de mi restablecimiento físico, o una simple huida de la realidad, no lo sé, pero me despertaba sin ganas de comer y volvía a caer en el sopor.

Unos días después me desperté oyendo voces insistentes cerca del oído y sintiendo manos que me levantaban de la cama. Los brazos que me sostenían eran fuertes y por un momento me sentí flotar de alegría. Luego me desperté del todo, rodeada de olor a tabaco y vino ordinario. Estaba en los brazos de Hugo, el lacayo de Louise de La Tour.

—¡Bájame! —le ordené. Hugo se quedó tan sorprendido ante la repentina resurrección, que casi me deja caer, pero una voz aguda y enérgica nos detuvo a los dos.

—¡Claire, querida amiga! No temas, ma chère, está bien. Te llevamos a Fontainebleau. Necesitas aire puro y buena comida. Y descanso, mucho descanso...

Pestañeeé ante la luz como un cordero recién nacido. El rostro de Louise, redondo, rosado y lleno de inquietud, flotaba a mi lado como un querubín sobre una nube. La madre Hildegarde estaba en pie detrás de ella, alta y seria como el ángel guardián del Edén.

—Sí —dijo. Su profunda voz hizo que esta sola palabra fuera más decisiva que toda la charla de Louise—. Os hará bien. *Au revoir*, querida.

Tras esta despedida, me llevaron escaleras abajo y me metieron en el carruaje de Louise.

El traqueteo del coche me mantuvo despierta en el camino a Fontainebleau. Pero eso, y también la conversación constante de Louise volvió a sumirme en el sopor. Al principio hice algún esfuerzo por responder, pero pronto me di cuenta de que mi amiga no quería respuestas, y le era más fácil hablar sin ellas.

Después de la fría y gris bóveda de piedra del hospital, me sentía como una momia recién desenvuelta y rehuía tanta luminosidad y color. Me resultaba más fácil dejar que todo pasara a mi lado sin tratar de distinguir los elementos.

Esta estrategia funcionó hasta que llegamos a un bosquecito justo en las afueras de Fontainebleau. Los troncos de los robles eran oscuros y gruesos, con ramas bajas que sombreaban el suelo entre claros de luz, de modo que el bosque parecía moverse lentamente. Estaba admirando el efecto, cuando advertí que algunos de los que suponía que eran troncos se movían de verdad de un lado a otro.

—¡Louise! —Mi exclamación y el hecho de que me aferrara a su brazo hizo que se detuviera en mitad de una palabra.

Se asomó para ver qué me había llamado la atención y luego dio una orden al cochero.

Hicimos un alto justo enfrente de los troncos. Eran tres: dos hombres y una mujer. Louise seguía hablando con voz aguda y agitada, inquiriendo y preguntando mientras el cochero intentaba explicar o pedir disculpas, pero no les presté atención.

Pese a sus movimientos y al ondear de la ropa, los cuerpos estaban bastante quietos, más inertes que los árboles de los que colgaban. Los rostros estaban negros; *Monsieur* Forez no habría aprobado el método, pensé en medio del estupor. Una ejecución llevada a cabo por aficionados, pero efectiva, pese a todo. El viento trajo un leve olor a podrido.

Louise chilló y golpeó la ventana en un ataque de indignación. El carruaje reanudó su viaje con un tirón que la arrojó de vuelta a su asiento.

—*Merde!* —dijo—. ¡Qué idiota, detenerse justo ahí! ¡Qué imprudencia! Es malo para el niño, estoy segura, y tú, pobre querida... ¡ay, querida, mi

pobre Claire! Lo lamento mucho, no quise recordarte... ¿podrías perdonarme? ¡Qué falta de tacto...!

Afortunadamente, su agitación la hizo olvidar los cadáveres, pero me resultó agotador conseguir que cesara de disculparse. Por fin, en un intento desesperado, volví al tema de los ahorcados.

—¿Quiénes? —La distracción funcionó; Louise pestañeó, y recordando el trastorno a su *systeme*, extrajo una botella de amoníaco y olió tan hondo que estornudó.

—Hugo... ¡chúú! Hugonotes —logró decir, resoplando y jadeando—. Protestantes herejes. Eso es lo que dice el cochero.

—¿Todavía los ahorcan? —No sé por qué pensaba que semejante persecución religiosa pertenecía a épocas anteriores.

—Bueno, no sólo por ser protestantes, aunque eso es suficiente —dijo Louise. Se sonó la nariz delicadamente con un pañuelo bordado, examinó los resultados en forma crítica, se volvió a apretar el paño contra la nariz y volvió a sonarse con satisfacción.

—Ah, eso está mejor. —Guardó el pañuelo en el bolsillo y se inclinó hacia delante—. Ahora estoy bien. ¡Qué horror! Vale que tengan que colgarlos pero ¿tienen que hacerlo en la vía pública, donde las damas quedamos expuestas a semejante inmundicia? ¿Los oliste? ¡Puh! Estas tierras pertenecen al conde Medard; le enviaré una carta muy dura; ya verás.

—Pero ¿por qué los colgaron? —pregunté, interrumpiéndola; era la única manera de conversar con ella.

—Ah, lo más probable es que haya sido por brujería. Había una mujer. Cuando se trata de mujeres por lo general es por brujería. Si son sólo hombres, lo más probable es que estén predicando sedición y herejías, pero las mujeres no predicán. ¿Viste las horribles ropas negras que llevaban? ¡Espantosas! ¡Es tan deprimente usar colores oscuros siempre! ¿Qué clase de religión obliga a sus seguidores a usar semejante ropa? Evidentemente es cosa del demonio, cualquiera puede darse cuenta. Temen a las mujeres, eso es, así que ellos...

Cerré los ojos y me recliné en mi asiento. Esperé que no faltara mucho para llegar.

\* \* \*

Además del mono, del que no se separaba por ningún motivo, la casa de campo de Louise estaba decorada con un gusto dudoso. En París Louise debía contar con el gusto de su esposo y de su propio padre. Las habitaciones de la casa estaban decoradas con lujo, pero en tonos discretos. Pero como Jules rara vez iba a la casa de campo, Louise había dado rienda suelta a sus preferencias.

—Éste es mi último juguete; ¿no es precioso? —susurró, acariciando la madera oscura y tallada de una casita que sobresalía de la pared, junto a un candelabro de bronce con la silueta de Eurídice.

—Parece un reloj de cuco —dijo.

—¿Ya los conocías? ¡No creí que hubiera ningún otro en París! —Louise hizo un pequeño puchero ante la idea de que su juguete no fuera único, pero giró con entusiasmo las manecillas del reloj la hora siguiente. Se inclinó hacia atrás, sonriendo con orgullo cuando el pajarito sacó la cabeza y emitió varios cucús seguidos.

—¿No es precioso? —Rozó la cabeza del pájaro cuando desapareció en su escondite—. Berta, el ama de llaves de aquí, me lo consiguió; su hermano lo trajo desde Suiza. Se diga lo que se diga de los suizos, son grandes talladores, ¿no?

Quise responder que no, pero me limité a murmurar un comentario de admiración.

La mente saltarina de Louise pasó a un nuevo tópico, posiblemente al pensar en sirvientes suizos.

—¿Sabes, Claire? —dijo, con cierto disgusto, creo que deberías acompañarme a misa todas las mañanas.

—¿Por qué?

Movió la cabeza en dirección a la puerta, por donde una de las criadas entraba con una bandeja.

—Por lo que a mí respecta, no me importa, pero los sirvientes... aquí en el campo son muy supersticiosos, ¿sabes? Y uno de los lacayos de París cometió la estupidez de contarle a la cocinera todo ese cuento de que tú eras

la Dama Blanca. Yo misma les aseguré que era una tontería, por supuesto, y los amenacé con despedir a quien difundiera ese chisme, pero... bueno, podría ayudar que vinieras a misa. O por lo menos que rezáramos en voz alta de tanto en tanto, para que te oigan.

Atea como era, pensé que la misa diaria en la capilla de la casa era exagerar, pero me pareció divertida la idea de aceptar hacer lo que fuera para aplacar el miedo de los sirvientes; en consecuencia, Louise y yo pasamos la siguiente hora leyendo salmos en voz alta y recitando el Padre nuestro al unísono. No sabía qué efecto tendría semejante espectáculo en los sirvientes, pero por lo menos me dejó tan exhausta que subí a mi habitación a dormir la siesta, y dormí de un tirón hasta la mañana siguiente.

Solía tener dificultad para dormir, tal vez porque mi estado de vigilia era muy parecido a una siesta intranquila. Por la noche permanecía despierta, observando el techo de yeso blanco. Cuando lograba cerrar los ojos, soñaba. No podía bloquear mis sueños; se me aparecían con colores vívidos en la oscuridad. Así que rara vez dormía.

No se sabía nada de Jamie. Ignoraba si no había ido al hospital por la culpa o por estar herido. Pero no había ido, ni tampoco a Fontainebleau. Seguramente ya había partido para Orvieto.

A veces me preguntaba si volvería a verlo y, si llegaba el caso, qué nos diríamos. Pero evitaba pensar en el futuro o en el pasado, viviendo sólo en el presente.

Desprovisto de su ídolo, Fergus se deprimió. Lo veía desde mi ventana, sentado bajo un espino del jardín. Por fin, me levanté para ir a buscarlo.

—¿Por qué no buscas algo que hacer, Fergus? —le dije—. Seguramente alguno de los mozos de cuadra necesita una mano.

—Sí, milady —respondió sin muchas ganas. Se rascó el trasero, distraído. Observé su conducta recelosa.

—Fergus —dije, cruzándome de brazos—, ¿tienes piojos? —Quitó la mano de inmediato, como si le quemara.

—¡Oh, no, milady!

Me acerqué y lo hice poner de pie, lo olí con delicadeza y le metí un dedo en el cuello, lo que reveló el anillo de suciedad que lo rodeaba.

—Baño —resumí.

—¡No! —Se sacudió, pero lo cogí del hombro. Me sorprendió su vehemencia; aunque no era más amante del baño que la mayoría de los parisinos (a los que la sola idea de sumergirse en el agua les producía horror) me costaba creer que el niño obediente que yo conocía era aquella bestezuela que de repente se sacudía y retorció entre mis manos.

Oí un rasgar de ropas y Fergus se liberó, metiéndose entre los arbustos. Había desaparecido: saltó la pared y corrió hacia los edificios de la parte trasera.

Atravesé el grupo de edificios destartalados que había detrás del *château*, maldiciendo en voz baja al pasar por charcos de barro y muladares. De repente oí un zumbido agudo y chillón y vi una nube de moscas en el muladar que había a unos metros de mí.

No estaba lo suficientemente cerca para haberlas espantado; tuvo que haber algún movimiento en la puerta oscura cercana al montón de mugre.

—¡Ajá! —exclamé—. ¡Te atrapé, sucio mocososo! ¡Sal de ahí ahora mismo!

Nadie salió, pero oí que algo se movía dentro del cobertizo y me pareció ver algo blanco en el interior de sombras. Apretándome la nariz, esquivé el montón de basura y entré al cobertizo.

Hubo dos exclamaciones de horror: mía, al observar frente a mí algo que se asemejaba mucho al Hombre Salvaje de Borneo apretado contra la pared, y la de éste, al verme a mí.

La luz del sol se colaba por las hendiduras de las tablas, y permitía que nos viéramos con claridad. Después de todo, el hombrecillo no era tan horrible como pensé al principio, pero tampoco era mucho mejor. Su barba estaba tan mugrienta y enmarañada como su cabellera, que le caía sobre una camisa harapienta. Estaba descalzo, y si la expresión *sans-culottes* aún no estaba en boga, no era por falta de esfuerzo de su parte.

No me dio miedo, porque él tenía miedo de mí. Se apoyaba en la pared como si tratara de pasar por ósmosis.

—Está bien —dije—. No voy a hacerte daño.

En lugar de calmarse, se enderezó abruptamente, se metió la mano en la camisa y extrajo una cuerda de cuero con un crucifijo de madera. Lo extendió

hacia mí y comenzó a rezar; la voz le temblaba de terror.

—¡Qué fastidio! —dije de mal humor—. ¡Otro no! —Suspiré profundamente—. *Pater-Noster-qui-es-in-coelis-et-in-terra...* —Siguió mirándome y sosteniendo el crucifijo, pero por lo menos dejó de rezar en respuesta a mi espectáculo.

—¡... Amén! —terminé jadeando. Alcé ambas manos y las sacudí frente a su rostro—. ¿Ves? Ni una palabra al revés, ni un solo *quotidianus da nobis hodie* fuera de lugar, ¿eh? Ni siquiera crucé los dedos. No puedo ser una bruja, ¿verdad?

El hombre bajó lentamente el crucifijo y se quedó mirándome con la boca abierta.

—¿Una bruja? —dijo. Parecía pensar que estaba loca, lo cual parecía algo exagerado.

—¿No has pensado que era una bruja? —le pregunté, empezando a sentirme algo ridícula.

Algo parecido a una sonrisa asomó entre la mata de barba y volvió a desaparecer.

—No. Eso es lo que dicen de mí.

—¿Y lo eres? —Lo miré con mayor detenimiento. Además de los harapos y la mugre, era evidente que estaba hambriento; sus muñecas eran delgadas como las de un niño. Pero al mismo tiempo su francés era culto, aunque con un acento raro.

—Si eres brujo —observé— no lo haces muy bien. ¿Quién diablos eres?

Ante esta pregunta, el miedo volvió a sus ojos. Miró a un lado y otro, buscando una vía de escape, pero el cobertizo era de sólida construcción, pese a ser viejo, sin otra entrada que la que yo tapaba. Por fin, invocando alguna reserva oculta de valor, se irguió cuan alto era y con gran dignidad dijo:

—Soy el reverendo Walter Laurent, de Ginebra.

—¿Eres sacerdote? —Estaba atónita. No podía imaginarme cómo un sacerdote podía llegar a semejante estado.

El padre Laurent pareció tan horrorizado como yo.

—¿Sacerdote? —repitió—. ¿Un papista? ¡Nunca!

De repente me di cuenta de la verdad.

—¡Un hugonote! —exclamé—. Eso es... eres protestante, ¿no es así? — Recordé los ahorcados que había visto en el bosque. Sólo eso, pensé, explicaba muchas cosas.

Los labios le temblaron, pero los apretó con fuerza durante un momento antes de abrirlos para responder.

—Sí, *Madame*. Soy pastor; he predicado en este distrito durante un mes. —Se pasó la lengua por los labios, mirándome—. Disculpadme, *Madame*..., no sois francesa, ¿no?

—Soy inglesa —dije, y el pastor se relajó de repente, como si lo hubieran librado del peso que cargaba en la espalda.

—Padre que estás en los Cielos —dijo, a modo de oración—. ¿Entonces también sois protestante?

—No, soy católica —respondí—. Pero no soy fanática —me apresuré a añadir, al ver que la preocupación volvía a sus ojos castaños—. No te preocupes, no le diré a nadie que estás aquí. ¿Has venido a robar un poco de comida? —pregunté.

—¡Robar es pecado! —exclamó, horrorizado—. No, *Madame*. Pero... — Cerró fuertemente los labios, pero se delató al mirar en dirección al *château*.

—Así que uno de los sirvientes te trae comida —dije—. Ellos roban por ti. Pero supongo que los absuelves del pecado y ya está. Algo acomodaticia tu moral, ¿no? —dije—, pero supongo que no es asunto mío.

Una luz de esperanza brilló en sus ojos.

—¿Queréis decir que no me haréis arrestar, *Madame*?

—No, por supuesto que no. Siento simpatía por los fugitivos de la ley, ya que una vez casi muerdo en la hoguera. —No sabía por qué hablaba tanto; supongo que por el alivio de encontrar alguien que parecía inteligente. Louise era dulce, devota y amable, pero tenía el cerebro tan pequeño, como el del cuco de su reloj. Al pensar en el reloj suizo, de repente me di cuenta de quiénes podían ser los secretos feligreses del pastor Laurent.

—Mira —dije— si quieres quedarte aquí, iré hasta el *château* y le diré a Berta o a Maurice que estás aquí.

El pobre hombre no era más que piel, huesos y ojos. Todo pensamiento se veía reflejado en sus ojos. En aquel mismo momento estaba pensando que quienes trataron de quemarme en la hoguera iban por el camino correcto.

—He oído hablar —comenzó lentamente, aferrándose otra vez a su crucifijo— de una inglesa a quien los parisinos llaman «la Dama Blanca». Una aliada de Raymond el Hereje.

Suspiré.

—Esa soy yo. Aunque no soy aliada del maestro Raymond. Sólo su amiga. —Al ver que me miraba con recelo, volví a respirar hondo—. *Pater Noster...*

—No, no, *Madame*, por favor. —Para mi sorpresa, bajó el crucifijo y me sonrió.

—Yo también conozco al maestro Raymond. Lo conocí en Ginebra, donde era un famoso herbolario y médico. Ahora me temo que se dedica a actividades más siniestras, aunque no existen pruebas, por supuesto.

—¿Pruebas? ¿Acerca de qué? ¿Y qué significa eso de Raymond el Hereje?

—Ah, ¿no lo sabíais? —Alzo las cejas—. Ah, entonces no participáis de sus... actividades. —Se relajó de manera notable.

*Actividad* parecía una palabra muy vaga para el modo en que Raymond me había curado.

—No, pero me gustaría que me contaras de qué se trata. No debemos estar aquí. Le diré a Berta que traiga comida.

Hizo un ademán, con cierta dignidad.

—No hay prisa, *Madame*. Los apetitos del cuerpo no tienen importancia cuando se los compara con los apetitos del alma. Habéis sido muy amable conmigo, a pesar de ser católica. Y debo ponerlos sobre aviso acerca de las actividades ocultas del maestro Raymond.

Sin importarle la suciedad y las tablas astilladas del suelo, dobló las piernas y se sentó, apoyando la espalda contra la pared del cobertizo. Intrigada, me dejé caer frente a él, levantándome las faldas para no arrastrarlas en el estiércol.

—¿No habéis oído hablar de un hombre llamado du Carrefours, *Madame*? —me preguntó el pastor—. ¿No? Pues su nombre es muy conocido en París, pero haríais bien en no mencionarlo. Ese hombre fue el organizador y jefe de un círculo de vicios y depravaciones innombrables, relacionado con las prácticas ocultas más degradantes. Estas ceremonias se realizaban en secreto

entre la nobleza. ¡Y dicen que yo soy un brujo! —murmuró en voz baja.

Levantó un dedo índice huesudo, como para impedir que hiciera una objeción.

—Estoy enterado, *Madame*, de la clase de habladurías que divulgan sin ninguna referencia a los hechos. ¿Quién mejor que yo para entenderlo? Pero las actividades de du Carrefours y sus seguidores son conocidas por todo el mundo, porque fue juzgado por ellas, encarcelado y quemado en la plaza de la Bastilla como castigo por sus crímenes.

Recordé el comentario de Raymond: «Nadie ha sido quemado en París en los últimos veinte años, por lo menos», y sentí un escalofrío.

—¿Y dices que el maestro Raymond estaba asociado con ese du Carrefours?

El pastor frunció el ceño y se rascó la barba. Debía de tener piojos y pulgas, pensé, y me aparté.

—Bueno, es difícil decirlo. Nadie sabe de dónde vino el maestro Raymond; habla varios idiomas, todos sin ningún acento. Un hombre muy misterioso, el maestro Raymond pero, lo juraría en nombre de Dios, un buen hombre.

Le sonreí.

—Soy de la misma opinión.

Él asintió, sonriendo, pero luego se puso serio al retomar su historia.

—Así es, *Madame*. Aun así, mantenía correspondencia con du Carrefours desde Ginebra; lo sé porque él mismo me lo dijo. Le enviaba ciertas sustancias: plantas, elixires, pieles disecadas de animales. Hasta una clase de pescado, muy peculiar, que según él provenía de las profundidades del mar. Una criatura horrible, llena de dientes, y casi sin carne, y con unas luces pequeñas y horribles debajo de los ojos.

—¿De veras? —dije, fascinada.

El pastor Laurent se encogió de hombros.

—Todo esto puede ser muy inocente, claro, nada más que negocios. Pero él desapareció de Ginebra al mismo tiempo que empezó a sospecharse de du Carrefours, y a las pocas semanas de la ejecución de ese hombre se dijo que el maestro Raymond acababa de instalarse en París, y que se ocupaba de algunas de las actividades clandestinas de du Carrefours.

Recordé el cuarto interior y los signos cabalísticos. Para que no se acercaran quienes creían en ellos.

Las cejas del reverendo Laurent se alzaron.

—Pues yo no sé nada de esas cosas —dije.

—Pues muy bien —dijo. Guardó silencio, como si fuera a decir algo, luego inclinó la cabeza.

—Me perdonaréis por entrometerme, *Madame*, pero Berta y Maurice me han contado lo de vuestra pérdida. Lo siento mucho, *Madame*.

—Gracias —le dije.

Hubo otro silencio, al cabo del cual el pastor Laurent preguntó con delicadeza:

—Vuestro marido, *Madame*, ¿no está aquí con vos?

—No —le respondí, sin levantar los ojos del suelo. Las moscas aterrizaron un momento y echaron a volar al no encontrar comida—. No sé dónde está.

No quería decir nada más, pero algo me hizo mirar al harapiento predicador.

—Le importó más su honor que yo, su hijo o un hombre inocente —dije, con amargura—. No me importa dónde está. No quiero volver a verlo nunca.

Me detuve bruscamente, abrumada. No lo había volcado en palabras antes, ni siquiera a mí misma. Pero era cierto. Jamie había traicionado la confianza que nos unía para vengarse. Lo comprendía; había visto el poder del odio que lo dominaba, y sabía que semejante odio no podía borrarse. Pero le había pedido unos meses de gracia, y me los había prometido. Incapaz de esperar, había roto su palabra, y al hacerlo, sacrificó todo lo que nos unía. No sólo eso: había puesto en peligro el proyecto en que estábamos embarcados. Podía entenderlo, pero no iba a perdonarlo.

El pastor Laurent apoyó una mano sobre la mía. Estaba sucia, con costras de mugre, y las uñas estaban rotas y con bordes negros; sin embargo, no la aparté. Esperé que dijera alguna trivialidad, pero no habló; se limitó a sostener mi mano durante un largo rato.

—Es mejor que os vayáis —dijo por fin, soltándome la mano—. Os deben de echar de menos.

—Supongo que sí. —Respiré hondo. Me sentí un poco más segura,

aunque no mejor. Palpé el bolsillo de mi vestido; tenía un monedero.

Vacilé, pues no quería ofenderlo. Después de todo, para él, aunque no fuera una bruja, era una hereje.

—¿Me permites que te dé un poco de dinero? —pregunté con tacto.

Pensó un momento y después sonrió. Los ojos castaños le brillaron.

—Con una condición, *Madame*. Si me permitís que rece por vos.

—Trato hecho —respondí, y le entregué el monedero.

*Una audiencia con su majestad*

A medida que pasaban los días en Fontainebleau, iba recuperando mis fuerzas, aunque mi mente seguía flotando, ajena a cualquier decisión. Había pocas visitas; la frenética vida social de París parecía allí un sueño. Por eso me sorprendí cuando supe que tenía una visita. Pensé que podría ser Jamie, y sentí náuseas. Pero después razoné: Jamie había partido hacia España y no volvería hasta finales de agosto. Y cuando volviera, ¿qué? No podía pensar en ello.

Para mi sorpresa, la «visita» resultó ser Magnus, el mayordomo de la casa de París.

—Perdón, *Madame* —dijo—. No era mi intención... pero no sabía si el asunto era importante, y como no está el amo... —El anciano se sentía fuera de lugar tan lejos de su casa. Por fin me entregó una nota, doblada y sellada.

—La letra es de *Monsieur* Murtagh —dijo Magnus, con tono de repugnancia. Eso explicaba la vacilación, claro. Los criados de la casa de París miraban a Murtagh con cierto horror, que había ido creciendo por los rumores acerca de lo sucedido en la Rue du Faubourg St. Honoré.

La nota había llegado a París hacía dos semanas, me explicó Magnus. Al no saber qué hacer con ella, los sirvientes habían deliberado y decidido que debían dármela a mí.

—Como el amo se ha ido... —repitió. Esta vez presté atención a sus

palabras.

—¿Se ha ido? —le pregunté. La nota estaba arrugada y manchada—. ¿Jamie partió antes de que llegara esta nota? —No tenía sentido; era la nota en que Murtagh nos informaba del nombre y la fecha de partida del barco de Carlos Estuardo. Jamie no podía haber partido a España antes.

Para verificarlo, rompí el sello y desdoblé la nota. Despachada en Lisboa, con fecha de un mes atrás, la nota no llevaba firma.

«El *Scalamandre* zarpa de Lisboa el 18 de julio», era lo único que decía. Me sorprendió la pulcritud de la letra; había esperado un garabato indescifrable.

Levanté la mirada del papel y vi a Magnus y a Louise intercambiando una mirada muy rara.

—¿Qué sucede? —pregunté—. ¿Dónde está Jamie? —Yo pensaba que su ausencia del Hôpital des Anges se debía a la culpa que sentía porque su temeraria acción había matado a nuestro hijo, a Frank, y casi me había costado la vida a mí. Pero ya no me importaba; tampoco quería verlo. Empezaba a pensar en otra explicación de su ausencia.

Fue Louise quien habló por fin, irguiendo los hombros para enfrentarse a la tarea.

—Está en la Bastilla —dijo, respirando hondo—. Por batirse en duelo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Ante la noticia sentía estupor, miedo y cierta satisfacción.

—No... no quise inquietarte, *chérie* —contestó Louise, a quien mi enfado tomaba por sorpresa—. Estabas tan débil... y no había nada que pudieras hacer, después de todo. Tampoco preguntaste —señaló.

—Pero... ¿Cuánto tiempo va a estar ahí? —pregunté. La nota de Murtagh había llegado a la Rue Tremoulins hacía dos semanas; y Jamie tenía que haber partido nada más recibirla...

—Se trata de desobediencia al rey —dijo—. Permanecerá en prisión tanto tiempo como el rey quiera.

—¡Demonios! —murmuré.

—Tuvo suerte de no matar a su oponente —añadió Louise—. En ese caso, el castigo habría sido mucho peor.

—¿Entonces no ha muerto? —pregunté, como en sueños—. ¿El capitán

Randall... vive?

—Pues sí —dijo, mirándome con curiosidad—. ¿No lo sabías? Está muy mal herido, pero dicen que se recuperará. ¿Te sientes bien, Claire? Te ves... —Pero el resto de lo que dijo se perdió.

—Hiciste demasiado en muy poco tiempo —dijo Louise—. Ya te lo dije, ¿no?

—Me imagino que sí —respondí. Ya había pasado el desmayo, mis signos vitales eran normales—. Necesito mi vestido amarillo, y que me pidas el coche, Louise —le pedí.

Louise me miró horrorizada.

—¿No pensarás salir? ¡Tonterías! ¡*Monsieur* Clouseau va a venir a atenderte! ¡He enviado un mensajero para que lo traiga de inmediato!

La noticia de que *Monsieur* Clouseau, un prominente médico de la sociedad, iría desde París a examinarme, había sido motivo suficiente para ponerme de pie.

Faltaban diez días para el 18 de julio. Con un buen caballo se podía ir de París a Orvieto en seis días. Tenía cuatro días para tratar de liberar a Jamie; no tenía tiempo para *Monsieur* Clouseau.

—Pues... —dije—. Bueno, quiero vestirme. No quiero que *Monsieur* Clouseau me vea en camisón,

Aunque todavía me miraba con recelo, mi explicación pareció plausible; la mayoría de las damas de la corte se habrían levantado de su lecho de muerte para estar bien vestidas para la ocasión.

—De acuerdo —dijo—. Pero quédate en la cama hasta que llegue Yvonne, ¿de acuerdo?

El vestido amarillo era uno de los mejores que tenía: era suelto, con un amplio cuello, mangas largas y cierre con botones. Después de haberme empolvado, peinado, perfumado y puesto las medias, observé los zapatos que me había preparado Yvonne. Volví la cabeza con el entrecejo fruncido.

—Pues..., no —dije por fin—. Creo que no. Me pondré los otros, los rojos de tacón.

La criada miró mi vestido, como si quisiera imaginarse los zapatos rojos con el vestido amarillo, pero se puso a revolver en la parte inferior del

armario.

Me acerqué por detrás, descalza, y le metí la cabeza en el armario, luego la empujé con la puerta; se retorció bajo el montón de vestidos que cayeron. Giré la llave, la dejé caer en mi bolsillo y me felicité. «Buen trabajo, Beauchamp», pensé. «Toda esta intriga política te está enseñando cosas que nunca hubieras soñado en la escuela de enfermería».

—No te preocupes —dije al armario que se sacudía—. Pronto vendrán a liberarte. Y podrás decirle a la princesa que no me dejaste ir a ninguna parte.

Creí oír un grito desesperado desde el interior del armario que mencionaba a *Monsieur* Clouseau.

—Que examine al mono —respondí—. Tiene sarna.

El éxito de mi actuación con Yvonne me levantó el ánimo. Sin embargo, una vez en el carruaje, mi buen humor se vino abajo.

Aunque ya no estaba tan enfadada con Jamie, no quería verlo. Mis sentimientos eran confusos y no quería examinarlos en detalle; era demasiado doloroso. Tenía una horrible sensación de fracaso, y de traición. Él no tenía que haber ido al Bois de Boulogne y yo no tenía que haberlo seguido.

Pero los dos seguimos los dictados de nuestra naturaleza; ambos causamos la muerte de nuestro hijo. No deseaba encontrarme con mi socio en el crimen, y mucho menos exponer mi pena ante él, ni comparar su pena con la mía. Evitaba cualquier cosa que me recordara aquella mañana lluviosa en el Bois; rehuía cualquier recuerdo de Jamie como lo había visto la última vez, levantándose del cuerpo de su víctima, con el rostro resplandeciente por la venganza que momentos después se volvería contra su propia familia.

Me giré para mirar por la ventana, pero no veía el paisaje; mi mente regresaba, sin querer, al objetivo de mi viaje. Jamie estaba en prisión, y yo sabía lo que el encierro significaba para él con los recuerdos de Wentworth.

Pero lo más importante era Carlos y el barco de Portugal; el préstamo de *Monsieur* Duverney, y Murtagh, a punto de embarcarse en Lisboa para encontrarse con Jamie en Orvieto. Los riesgos eran demasiados para permitir que entraran en juego mis propias emociones. Por el bien de los clanes escoceses y de las Tierras Altas, por la familia de Jamie y los moradores de Lallybroch, por los miles de personas que morirían en Culloden, teníamos

que intentarlo. Y para intentarlo, Jamie debía quedar libre; no podía hacerlo por mi cuenta. Tenía que hacer cualquier cosa para que lo liberaran. Pero ¿qué podía hacer?

Al entrar en la Rue du Faubourg St. Honoré, observé a los mendigos arrastrándose y haciendo gestos. «Cuando tengas dudas —pensé—, busca la ayuda de una autoridad».

Golpeé el panel que había junto al asiento del conductor. Éste se abrió con un crujido y apareció el rostro bigotudo del cochero de Louise.

—¿*Madame*?

—Dobla a la izquierda —dije—. Vamos al Hôpital des Anges.

La madre Hildegarde golpeteó pensativa una partitura, como si tratara de dilucidar una secuencia difícil. Estaba sentada en su despacho, frente a *Herr Gerstmann*, a quien habíamos convocado para una consulta urgente.

—Pues, sí —respondió *Herr Gerstmann*—. Sí, creo que puedo arreglar una audiencia en privado con su majestad, pero... ¿estáis segura de que vuestro esposo...? —El maestro parecía tener problemas para expresarse, lo cual me hizo sospechar que quizá poner en libertad a Jamie podría resultar un poco más complicado de lo que pensaba. La madre Hildegarde ratificó esta sospecha con su reacción.

—¡Johannes! —exclamó—. ¡Ella no puede hacer eso! Después de todo, *Madame Fraser* no es como las damas de la corte... ¡es una persona virtuosa!

—Eh... gracias —dije—. Pero si no os molesta explicarme... ¿qué tiene que ver mi virtud con pedir la libertad de Jamie?

La monja y el maestro de canto intercambiaron miradas en las que el horror ante mi inocencia se mezclaba con cierta desgana por remediarla. Por fin la madre Hildegarde, más valiente que su compañero, me explicó.

—Si acudes sola a pedir semejante favor al rey, él esperará que te acuestes con él —dijo bruscamente. Después de todos los rodeos que habían dado para informarme, no estaba muy sorprendida, pero miré a *Herr Gerstmann* para que lo confirmara, y éste asintió.

—Su majestad es muy solícito ante las peticiones de damas con cierto encanto —dijo.

—Pero tales peticiones tienen precio —añadió la madre Hildegarde—. A

la mayoría de los cortesanos les complace que sus esposas reciban el favor real; la ganancia que reciben justifica con creces el sacrificio de la virtud de sus esposas. Pero tu esposo —continuó— no me parece la clase de persona a quien le complacería que le adornaran la frente.

—No lo creo. —De hecho, era uno de los sarcasmos más grandes que había escuchado. Si «complaciente» no era la última palabra aplicable a Jamie Fraser, sin duda estaba entre las últimas. Traté de imaginar qué pensaría, diría o haría Jamie si alguna vez se enteraba de que me había acostado con otro hombre, aunque fuera el rey de Francia.

Ese pensamiento me trajo a la memoria la confianza que había existido entre los dos, casi desde el día de nuestra boda, y me sentí desolada. Cerré los ojos un momento, para no derrumbarme, pero tenía que enfrentarme a la posibilidad.

—Bueno —dije—. ¿Existe algún otro modo?

La madre Hildegarde frunció las cejas mirando a *Herr Gerstmann*, como esperando que éste respondiera. El pequeño músico se encogió de hombros y también frunció las cejas.

—¿Hay algún amigo de importancia que pueda interceder por vuestro marido? —preguntó.

—No lo creo. —Ya había contemplado todas esas alternativas en el viaje desde Fontainebleau, y había llegado a la conclusión de que no había nadie a quien pudiera pedirle semejante favor. Debido a la naturaleza ilegal y escandalosa del duelo (pues Marie d'Arbanville había difundido el rumor por toda París) ninguno de nuestros conocidos podía interesarse en él. *Monsieur Duverney*, que había accedido a verme, se mostró amable pero poco alentador. Su consejo fue que esperara. En pocos meses, cuando el escándalo se apaciguara, podría cambiar la situación;

Lo mismo pasaba con el duque de Sandringham, que, presionado por sus tareas diplomáticas, había despedido a su secretario privado simplemente porque parecía que había estado involucrado en un escándalo; no estaba en posición de solicitar a Luis ningún favor de esta clase.

Si realmente era necesario sacar de la prisión a Jamie a fin de impedir una invasión jacobita a Escocia, iba a tener que encargarme de la liberación, fuera cual fuese el método o las consecuencias.

Por fin alcé la mirada y miré al maestro de música.

—Veré al rey sola —dije—. No hay otra salida.

Hubo un momento de silencio. *Herr Gerstmann* miró a la madre Hildegarde.

—Ella permanecerá aquí —declaró con firmeza la madre Hildegarde—. Podéis avisarle la hora de la audiencia, Johannes, cuando la hayáis arreglado. —Se volvió hacia mí—. Después de todo, si de verdad estás decidida, querida amiga... Tal vez sea pecado ayudarte a hacer algo inmoral. Sin embargo, lo haré. Sé que tienes tus razones. Y tal vez el pecado no sea comparable a la gracia de tu amistad.

—Oh, madre. —Tuve el impulso de arrojarme entre sus brazos y enterrar la cabeza en el pecho de sarga negra, pero la monja quitó la mano de mi hombro y cogió el largo rosario que se perdía entre los pliegues de su falda cuando caminaba.

—Rezaré por ti —dijo, con una sonrisa—. Aunque me pregunto —añadió—, ¿cuál es el santo patrón que debo invocar en estas circunstancias?

María Magdalena fue el nombre que me vino a la memoria al levantar las manos encima de la cabeza como si estuviera rezando, para permitir que el pequeño armazón de mimbre del vestido se deslizara por los hombros y se ajustara en las caderas. O Mata Hari, pero ese nombre nunca formaría parte del santoral. Tampoco estaba muy segura de Magdalena, pero una prostituta reformada me parecía la que más podría simpatizar con lo que estaba a punto de emprender.

Pensé que el Convento de los Ángeles nunca había visto semejante vestimenta. Aunque las postulantes a punto de recibir los votos finales eran ataviadas como novias de Cristo, no creía que la seda roja ni el polvo de arroz figuraran en la ceremonia.

Muy simbólico, pensé, mientras los ricos pliegues escarlata se deslizaban por mi rostro. Blanco por pureza, y rojo por... lo que fuera. La hermana Minèrve, una joven monja proveniente de una acaudalada familia de la nobleza, había sido seleccionada para ayudarme; me peinó con habilidad y aplomo, adornándome el pelo con una pluma de avestruz llena de perlitas. Me peinó con cuidado las cejas y me pintó los labios.

La hermana Minèrve me alcanzó el espejo de mano. La detuve con un gesto; no quise mirarme.

—Estoy lista —dije—. Mande a buscar el coche.

Nunca había estado en aquella parte del palacio. De hecho, no sabía con exactitud dónde estaba.

El discreto y anónimo caballero de la alcoba real me condujo a una puerta. Llamó una vez y se inclinó ante mí, dio media vuelta y me dejó, sin esperar respuesta. La puerta se abrió y entré.

El rey todavía tenía sus calzas puestas. Esto acalló los latidos de mi corazón, y dejé de tener náuseas. Estaba vestido con formalidad, con camisa y calzas, y una bata de seda marrón sobre los hombros. Sonrió y me instó a que me levantara poniendo una mano debajo de mi brazo. La palma de su mano era tibia. Le devolví la sonrisa lo mejor que pude.

El intento no debió de tener mucho éxito, pues me dio una amable palmadita en el brazo y dijo:

—No me tengáis miedo, *chère Madame*. No muerdo —me dijo.

—No. Por supuesto que no.

Tenía mucho más aplomo que yo. Bueno, claro que sí, pensé, lo hace todo el tiempo. Respiré hondo y traté de relajarme.

—¿Tomáis un poco de vino, *Madame*? —me preguntó. Estábamos solos; no había sirvientes, pero el vino ya estaba servido. La cámara era lujosa pero muy pequeña y, aparte de la mesa y un par de sillas de respaldo ovalado, sólo contenía una *chaise longue* lujosamente tapizada.

—Sentaos, por favor... Ahora, decidme qué puedo hacer por vos.

—Mi mi... marido... —empecé, tartamudeando por los nervios. Está en la Bastilla.

—Por supuesto —musitó el rey—. Por batirse en duelo, según recuerdo. —Me cogió la mano, con los dedos apoyados levemente sobre mi pulso—. ¿Qué queréis que haga, *chère Madame*? Sabéis que es una ofensa seria. Vuestro marido ha quebrantado mi propio edicto. —Uno de los dedos me acarició la muñeca, produciéndome un cosquilleo en el brazo.

—Sí... sí, eso lo comprendo. Pero fue... provocado. —Tuve una idea—. Vos sabéis que es escocés. Los hombres de esa tierra son... —traté de pensar

en un buen sinónimo de «frenético»— muy feroces en todo lo que concierne al honor.

Luis asintió. Terminó su vino en dos largos tragos y dejó la copa, para tomar mejor mi mano entre las suyas. Con un dedo acarició mi anillo de matrimonio.

—Así es —dijo, acercando mi mano como para examinar el anillo—. Así es, *Madame*. No obstante...

—Yo... os quedaría muy agradecida, majestad —lo interrumpí. Levantó la cabeza y miré sus ojos, negros e inquisitivos. El corazón me latía como un martillo—. Muy... agradecida.

Tenía los labios delgados y los dientes en mal estado; me llegaba su aliento, con olor a cebollas y caries. Traté de contener la respiración; después de todo, el asunto no duraría mucho tiempo.

—Bien... —dijo con lentitud—. Yo me inclinaría por la clemencia, *Madame*...

Solté el aliento con un breve jadeo, y sus dedos apretaron los míos como advertencia.

—Pero veréis, existen complicaciones.

—¿Las hay? —pregunté débilmente.

El rey asintió, con los ojos fijos en mi cara. Los dedos acariciaron el dorso de mi mano.

—El inglés que tuvo la desgracia de ofender a milord Broch Tuarach —explicó— estaba empleado por un noble de cierta importancia.

Sandringham.

—Y este noble está comprometido en ciertas negociaciones que lo hacen merecedor de consideración. Y este noble caballero se ha interesado en la cuestión del duelo entre vuestro marido y el capitán inglés Randall. Y temo que ha sido muy exigente; ha demandado que vuestro marido sufra pleno castigo por su indiscreción.

«Maldito gordo», pensé. Por supuesto: como Jamie había rehusado el soborno del indulto, para no tener que «involucrarse» en los asuntos de los Estuardo, ¿qué mejor manera que asegurarse de que Jamie pasara algunos años en la Bastilla? Un método seguro, discreto y gratuito, típico del duque.

Por otra parte, Luis seguía jadeándome en la mano, con lo cual pensé que

no todo estaba perdido. Si no iba a acceder a mi ruego, no podía esperar que me acostara con él... o si lo esperaba, iba a sufrir una gran decepción.

Me preparé para insistir.

—¿Y Vuestra Majestad recibe órdenes de los ingleses? —pregunté con desparpajo.

Los ojos de Luis se abrieron con momentánea sorpresa. Al darse cuenta de cuál era mi intención volvió a sonreír. Sin embargo, había tocado un nervio; vi el movimiento de hombros con que reafirmó su poder.

—No, *Madame* —dijo—. Pero sí tengo en cuenta... varios factores. He oído que vuestro marido se interesa por los asuntos de mi primo —dijo.

—Vuestra Majestad está bien informada. Pero debéis saber que mi marido no apoya la restauración de los Estuardo en el trono de Escocia. —Rogué que esto fuera lo que esperaba oír.

Al parecer lo era. Sonrió, se llevó mi mano a los labios y la besó.

—Ah. Yo había oído informes confusos con respecto a vuestro marido.

Respiré hondo y resistí el impulse de quitar la mano.

—Bien. Todo es por una cuestión de negocios —expliqué—. El primo de mi marido, Jared Fraser, es un jacobita declarado; Jamie, mi marido, no puede hacer públicas sus ideas, pues es socio de Jared. —Al ver que la duda empezaba a desaparecer de su rostro, me apresuré a añadir—: Podéis preguntárselo a *Monsieur Duverney* —sugerí—. Él conoce muy bien las verdaderas simpatías de mi marido.

—Ya lo he hecho. —Luis hizo una larga pausa, observando sus propios dedos, oscuros y regordetes, que trazaban círculos sobre el dorso de mi mano.

—Una piel tan pálida. Tan fina. Me parece ver la sangre debajo.

Me soltó la mano y me observó. Yo creía ser buena para leer las caras, pero la de Luis me resultó impenetrable en aquel momento. De repente me di cuenta de que era rey desde los cinco años; la habilidad para ocultar sus pensamientos formaba parte de él como la nariz borbónica.

Este pensamiento me llevó a otro que me produjo escalofríos. Él era el rey. Los ciudadanos de París no se sublevarían hasta unos cuarenta años después; hasta ese día, su gobierno sobre Francia era absoluto. Podía liberar o hacer matar a Jamie con una sola palabra. Podía hacer conmigo lo que quisiera; no tenía escapatoria. Un movimiento de cabeza y las arcas de

Francia volcarían el oro necesario para ayudar a Carlos Estuardo, arrojándolo como una flecha mortífera al corazón de Escocia.

Era el rey. Haría lo que quisiera. Observé sus ojos oscuros, reflexivos, y esperé, temblando, para ver cuál sería el deseo real.

—Decidme, *ma chère Madame* —dijo por fin, saliendo de su meditación—. Si yo fuera a concederos lo que pedís, liberar a vuestro marido... —hizo una pausa, considerando.

—¿Sí?

—Tendría que irse de Francia —dijo Luis, enarcando las cejas—. Sería una condición.

—Comprendo. —De eso se trataba, precisamente: de que se fuera de Francia—. Pero está exiliado de Escocia...

—Creo que eso puede arreglarse.

Vacilé, pero tenía pocas opciones.

—Muy bien.

—Excelente. —El rey asintió, complacido. Luego sus ojos se posaron en mi cara y bajaron por mi cuello, mis senos y mi cuerpo—. Os pediría un pequeño servicio a cambio, *Madame* —dijo con suavidad.

Lo miré a los ojos un segundo. Luego incliné la cabeza.

—Estoy a vuestra disposición, majestad —le dije.

—Ah. —Se puso en pie y arrojó su bata, que dejó sobre el respaldo de la silla. Sonrió y me extendió una mano—. *Très bien, ma chère*. Venid conmigo, entonces.

Cerré los ojos por un instante, deseando que las rodillas me respondieran. «Has estado casada dos veces —me dije—. Deja de hacer aspavientos».

Me puse en pie y tomé su mano. Pero no fue hacia la *chaise longue*, sino que me condujo hacia la puerta que estaba en el extremo opuesto de la alcoba.

Tuve un momento de fría claridad cuando me soltó la mano para abrir la puerta.

«¡Maldito seas, Jamie Fraser!», pensé.

Me quedé quieta en el umbral, parpadeando. La habitación estaba a oscuras, iluminada por lámparas de aceite colocadas formando grupos en nichos en las

paredes. La alcoba en sí era redonda, lo mismo que la inmensa mesa del centro; la madera oscura brillaba con reflejos precisos. Alrededor de ella había varias personas sentadas, que no eran más que sombras oscuras agazapadas en la oscuridad de la habitación.

Cuando entré se levantó un murmullo que desapareció rápidamente al aparecer el rey. A medida que mis ojos se acostumbraban a la oscuridad, me di cuenta con asombro de que las personas sentadas a la mesa llevaban caperuzas; el hombre más cercano se volvió para mirarme; pude ver el pálido brillo de sus ojos a través de los agujeros en el terciopelo. Parecía una convención de verdugos.

Al parecer, yo era la invitada de honor. Por un momento me pregunté qué se esperaba de mí. Por lo que le había oído decir a Raymond y a Marguerite, tenía visiones fantasmagóricas de ceremonias ocultas que incluían sacrificios de niños, violaciones rituales y toda suerte de ceremonias satánicas. Sin embargo, suele suceder que lo sobrenatural es más fantasía que realidad. Esperé que esta ocasión no resultara la excepción.

—Hemos oído hablar de vuestros grandes poderes, *Madame*, y de vuestra... reputación. —Luis sonrió, pero con cierta cautela, como si no estuviera muy seguro de lo que yo podía hacer—. Estaríamos muy agradecidos si nos otorgarais el beneficio de vuestros poderes esta noche.

Asentí. Muy agradecidos, ¿eh? Bueno, me convenía que estuviera agradecido conmigo. Pero ¿qué esperaba que hiciera? Un sirviente colocó una inmensa vela de cera en la mesa y la encendió. Ésta lanzó una luz tenue sobre la madera lustrada. Tenía símbolos como los que había visto en la cámara secreta del maestro Raymond.

—*Regardez, Madame.* —La mano del rey estaba debajo de mi codo, dirigiendo mi atención hacia la mesa. A la luz de la vela pude distinguir las dos figuras silenciosas que estaban de pie en las sombras titilantes. Me sobresaltó lo que vi, y la mano del rey me apretó el brazo.

El conde de St. Germain y el maestro Raymond estaban allí, uno junto al otro, separados por una distancia de dos metros aproximadamente. Raymond no dio señales de reconocerme, sino que permaneció quieto, mirando fijamente hacia un lado.

El conde me vio y abrió los ojos de par en par sin poder creerlo; después

me miró ceñudo. Estaba vestido con sus mejores galas: una chaqueta blanca de satén sobre una camisa de seda beis. Dejando de lado el esplendor de la vestimenta, tenía muy mal aspecto: su rostro se veía agotado, el encaje de su corbatín estaba mustio y el cuello oscurecido por el sudor.

Raymond, por el contrario, parecía tranquilo, de pie, impassible; su expresión era plácida e inescrutable.

—Estos dos hombres han sido acusados, *Madame* —explicó Luis—. De brujería, hechicería y de perversión en la búsqueda del saber mediante la exploración de las artes arcanas. —La voz de Luis era fría y severa—. Tales prácticas prosperaron en el reinado de mi abuelo, pero nosotros no soportaremos tales maldades.

El rey chasqueó los dedos a uno de los encapuchados, sentado con pluma y tinta ante un montón de papeles.

—Leed las acusaciones, por favor —dijo.

El hombre se puso en pie y empezó a leer: acusaciones de bestialidad y sacrificios detestables, derramamiento de sangre de inocentes, profanación del sagrado sacrificio de la misa, realización de actos amorios sobre el altar de Dios; tuve una breve visión de lo que debió de haber parecido la curación que Raymond hizo conmigo en el Hôpital des Anges, y me sentí profundamente agradecida de que nadie lo hubiera descubierto.

Oí que se pronunciaba el nombre «du Carrefours». ¿Qué había dicho el pastor Laurent? Carrefours el hechicero había sido quemado en París, apenas veinte años atrás, acusado por los mismos cargos que estaba escuchando:

—... invocación de demonios y poderes de las tinieblas, causar enfermedades y la muerte a cambio de dinero —me puse una mano sobre el estómago, al recordar la cáscara sagrada—, maleficios a miembros de la corte, violación de vírgenes... —Miré rápidamente al conde, pero su rostro tenía una expresión pétrea.

Raymond permanecía inmóvil; el pelo plateado le rozaba los hombros y parecía estar escuchando algo de poca importancia. Yo había visto los símbolos cabalísticos en su gabinete, pero me resultaba imposible relacionar al hombre que conocía, al envenenador compasivo, al boticario práctico, con la lista de maldades que se leían.

Por fin cesaron las acusaciones. El encapuchado miró al rey y se sentó.

—Se ha hecho una investigación exhaustiva —dijo el rey, volviéndose a mí—. Se han presentado pruebas y tenemos el testimonio de muchos testigos. Está claro que ambos hombres —miró con frialdad a los dos acusados— han investigado los escritos de antiguos filósofos y han empleado las artes de la adivinación, usando los cálculos de los movimientos de los cuerpos celestes. Sin embargo... —Se encogió de hombros—. Esto no constituye, en sí, un crimen. Y tengo entendido —miró a un robusto encapuchado que sospeché que sería el obispo de París— que no es contrario a las enseñanzas de la Iglesia, pues hasta san Agustín investigó los misterios de la astrología.

Me pareció recordar que; si bien era cierto que san Agustín había investigado la astrología, y con cierto desprecio la había descartado como un montón de basura, dudé de que Luis hubiera leído las Confesiones de san Agustín, cuya línea argumental era sin duda favorable para un acusado de hechicería; la observación de las estrellas parecía bastante inocente en comparación con el sacrificio de niños y la realización de orgías innombrables.

Estaba empezando a preguntarme qué pintaba yo en aquella asamblea. ¿Me había visto alguien con el maestro Raymond en el hospital?

—No estamos en contra del uso apropiado del conocimiento, ni de la búsqueda de la sabiduría —continuó el rey—. Puede aprenderse mucho de los escritos de los antiguos filósofos. Pero a pesar de ello también puede descubrirse la maldad, y la búsqueda de la verdad puede ser pervertida en el deseo de poder y de riquezas.

Volvió a mirar a un acusado y a otro. Era evidente que estaba sacando conclusiones sobre cuál de ellos estaría más inclinado a ese tipo de perversión. El conde seguía sudando. Tenía manchas de humedad en la seda blanca de la chaqueta.

—No, majestad —dijo, fijando la mirada en el maestro Raymond—. Es verdad que hay fuerzas oscuras que trabajan en el país; ¡la bajeza de que habláis se encuentra entre nosotros! Pero esa maldad no anida en el pecho de vuestro súbdito más fiel —se golpeó el pecho, por si no habíamos comprendido—. ¡No, Alteza! Si buscáis la perversión del saber y el uso de artes prohibidas, debéis dirigir vuestra mirada más allá de vuestro reino. —No acusaba en forma directa al maestro Raymond, pero la dirección de su

mirada resultaba obvia.

El rey permaneció impasible.

—Tales abominaciones prosperaron durante el reinado de mi abuelo — repitió—. Las hemos arrancado de raíz dondequiera que han sido halladas; hemos destruido la amenaza de semejante abyección en nuestro reino. Hechiceros, brujos, quienes pervierten las enseñanzas de la Iglesia... No permitiremos que resurjan semejantes maldades.

Siguió mirando a Raymond y al conde, pero extendió una mano en mi dirección.

—Hemos traído aquí a un testigo —declaró—. Un juez infalible de la verdad y de la pureza de corazón.

Hice ruido al tragar, y el rey se volvió para mirarme.

—Una Dama Blanca —dijo—. La Dama Blanca no miente; ve el corazón y el alma de los hombres, y puede convertir esa verdad en bien... o en aniquilación.

El aire de irrealidad que había caracterizado la velada se desvaneció en un instante. El leve mareo provocado por el vino desapareció y de repente me encontré sobria por completo. No había nada que pudiera decir.

El horror se deslizó por mi columna y se alojó en mi estómago cuando el rey ordenó las disposiciones. Debían trazarse dos pentagramas en el suelo para colocar a los acusados. Cada uno atestiguaría con respecto a sus actividades y motivos. Y la Dama Blanca juzgaría la verdad de lo que se decía.

—¡Dios mío! —dije en voz baja.

—¿*Monsieur* le Comte? —El rey señaló el primer pentagrama trazado con tiza sobre la alfombra. Sólo un rey podía tratar con semejante indiferencia una Aubusson genuina.

El conde me rozó al pasar a mi lado para ocupar su lugar. Al hacerlo, oí un murmullo:

—Os advierto, *Madame*, que no trabajo solo.

Ocupó su sitio y se volvió para dedicarme una reverencia irónica. Exteriormente parecía lleno de aplomo.

La amenaza era razonablemente clara: si lo condenaba, sus secuaces pronto me buscarían para cortarme los pezones y quemar la bodega de Jared.

Me mojé los labios reseco, maldiciendo a Luis. ¿No podría haberse conformado con mi cuerpo?

Raymond también ocupó el lugar asignado y asintió con cordialidad en mi dirección. No había ni la más mínima sombra de presión en sus ojos redondos y negros.

No tenía ni la menor idea de lo que debía hacer. El rey me indicó que me colocara a su lado, entre los dos pentagramas. Los encapuchados se pusieron en pie y se situaron detrás del rey, como una multitud amenazante y sin rostro.

Todo estaba sumido en un gran silencio. Todos los ojos estaban fijos en mí. Con desesperación, me volví al conde y asentí.

—Podéis comenzar, *Monsieur* le Comte —dije.

Él sonrió, o eso me pareció, y empezó con una explicación acerca de la fundación de la Cábala, pasando por una exégesis de las 23 letras del alfabeto hebreo y el profundo simbolismo de cada una. Todo era muy intelectual y erudito, totalmente inocuo, y tedioso. El rey bostezó.

Mientras tanto, yo consideraba las alternativas. Aquel hombre me había amenazado y atacado, además de intentar asesinar a Jamie. Posiblemente era el cabecilla del grupo de violadores que nos atacaron a Mary y a mí. Además, se oponía a nuestro designio de detener a Carlos Estuardo. ¿Debía dejarlo escapar? ¿Permitirle que utilizara su influencia con el rey a favor de los Estuardo, y que siguiera vagando por París con su banda de matones enmascarados?

Pude ver mis pezones erguidos de miedo bajo la seda de mí vestido. Sin embargo me enderecé y lo fulminé con la mirada.

—Un minuto —dije—. Todo lo que habéis dicho es verdad, *Monsieur* le Comte, pero veo una sombra detrás de vuestras palabras.

El conde abrió la boca. Luis, interesado de repente, se enderezó. Cerré los ojos y apoyé las yemas de los dedos contra los párpados, como si mirara hacia dentro.

—Veo un nombre en vuestra mente, *Monsieur* le Comte —dije. Dejé caer las manos y lo miré a los ojos—. *Les Disciples du Mal* —continué—. ¿Qué relación tenéis con ellos?

Era verdad que no sabía ocultar sus emociones. Palideció y se le

desorbitaron los ojos. Sentí satisfacción detrás de mi miedo.

El nombre de *Les Disciples du Mal* le resultaba familiar al rey; los soñolientos ojos oscuros se achicaron.

El conde bien podía ser un sinvergüenza y un charlatán, pero no era cobarde. Reuniendo fuerzas me miró con furor y echó hacia atrás la cabeza.

—Esta mujer miente —dijo—. No es una verdadera Dama Blanca, sino una servidora de Satanás. ¡Aliada con su amo y notorio brujo, el aprendiz de du Carrefours! —Señaló a Raymond, que lo miró atónito.

Uno de los encapuchados se persignó y oí un murmullo de oración entre las sombras.

—Puedo probar lo que digo —declaró el conde, sin permitir que nadie hablara. Metió la mano en su chaqueta. Recordé la navaja que había extraído de la manga la noche de la cena, y me dispuse a agacharme. Sin embargo, no fue una navaja lo que extrajo.

—La Santa Biblia dice: «Tocarán las serpientes sin recibir daño. Y mediante tales signos conoceréis a los servidores del Dios verdadero».

Pensé que sería una pitón pequeña. Medía casi un metro y tenía la piel lustrosa, dorada y marrón, lisa y sinuosa como una sogá aceitada, y un par de ojillos dorados.

Se oyó un grito de sorpresa ante la aparición de la serpiente y dos de los encapuchados dieron un paso atrás. El mismo Luis fue cogido por sorpresa y buscó a su guardaespaldas, quien estaba parado con los ojos desorbitados junto a la puerta de la recámara.

La culebra sacó la lengua un par de veces, luego se volvió e intentó meterse de nuevo en el tibio bolsillo de donde había salido. El conde la cogió y la arrojó hacia mí.

—¿Veis? —dijo, triunfante—. ¡La mujer retrocede espantada! ¡Es una bruja!

De hecho, comparada con los demás, sobre todo con uno de los jueces que se había agazapado contra la pared, yo era un modelo de fortaleza, pero debo admitir que retrocedí un paso al ver al reptil. Pero di un paso adelante, con la intención de quitársela. Después de todo, el bicho no era venenoso. Sería interesante verla enrollada alrededor del cuello de St. Germain.

Sin embargo, antes de que pudiera hacer nada, el maestro Raymond habló

detrás de mí. En medio de la conmoción me había olvidado de él.

—Eso no es lo que dice la Biblia, *Monsieur* le Comte —observó. No levantó la voz, y la ancha cara de anfibio pareció imperturbable. Sin embargo, todos callaron, y el rey se volvió para escucharlo.

—¿Sí, *Monsieur*? —preguntó.

Raymond sacó de un bolsillo una botella y del otro una copa.

—«Tocarán las serpientes sin recibir daño —citó— y si beben un veneno, no morirán». —Tenía la copa en la palma de una mano y su borde plateado brillaba a la luz de las velas. En la otra mano tenía la botella; estaba listo para verter su contenido en la copa.

—Como tanto milady Broch Tuarach como yo hemos sido acusados —dijo Raymond, mirándome— sugiero que los tres nos sometamos a esta prueba. Con vuestro permiso, Alteza.

Luis estaba aturdido, pero asintió. Un fino hilo de líquido ambarino cayó en la copa y de inmediato se volvió rojo y comenzó a burbujear, como si estuviera hirviendo.

—Sangre de dragón —dijo Raymond—. Inofensiva para los puros de corazón. —Sonrió, con una sonrisa sin dientes y alentadora y me extendió la copa.

No había más remedio que beber. La sangre de dragón era una especie de bicarbonato; sabía a coñac con agua de Seltz. Tomé dos o tres sorbos y se la devolví.

Con gran ceremonia, Raymond también bebió. Bajó la copa, dejando ver los labios manchados de rosa y se volvió hacia el rey.

—¿Podría la Dama Blanca entregar la copa a *Monsieur* le Comte? —preguntó. Indicó las marcas de tiza sobre el suelo para indicar que no podía transponerlas.

Ante el asentimiento del rey, cogí la copa y me encaminé, temblorosa, hasta donde estaba el conde. La Dama Blanca adivina la verdadera naturaleza del hombre. ¿Sería cierto? ¿De verdad conocía la verdad sobre Raymond o sobre el conde?

¿Pude haber detenido los hechos? Me lo pregunté cientos, miles de veces... después. ¿Podría haber hecho otra cosa?

Recordé lo que pensé al conocer a Carlos Estuardo; lo conveniente que

sería para todos que muriera. Pero una persona no puede matar a un hombre por sus propios ideales, aunque esos ideales impliquen la muerte de inocentes... ¿o sí puede?

No lo sabía. No sabía si el conde era culpable, ni tampoco si Raymond era inocente. No sabía si el perseguir una causa honorable justificaba el uso de medios deshonorables. No sabía lo que valía una vida... o mil. No conocía el verdadero precio de la venganza.

Lo que sí sabía era que la copa que llevaba en mis manos significaba la muerte. El cristal blanco que pendía alrededor de mi cuello presagiaba la presencia de veneno. No había visto que Raymond le añadiera nada; nadie lo había visto, estaba segura. Pero no necesité sumergir el cristal en el líquido escarlata para saber qué contenía ahora.

El conde vio la seguridad en mi rostro; la Dama Blanca no puede mentir. Vaciló, mirando la copa burbujeante.

—Bebed, *Monsieur* —ordenó el rey. Los ojos se oscurecieron otra vez, inescrutables—. ¿O tenéis miedo?

El conde podía tener muchos defectos, pero entre ellos no se encontraba el ser cobarde. Su rostro estaba pálido, pero miró fijamente al rey con una leve sonrisa.

—No, majestad —respondió.

Tomó la copa de mi mano y la vació, sin dejar de mirarme. Sus ojos permanecieron fijos en mi rostro, aun cuando brillaron con la certeza de la muerte. La Dama Blanca puede convertir la naturaleza de un hombre en bondad o en destrucción.

El conde se desplomó, y un coro de gritos se elevó entre los encapuchados, ahogando cualquier sonido que aquél pudiera emitir. La serpiente, irritada, salió de entre los pliegues de raso blanco y se deslizó hacia el santuario de los pies de Luis; y aquello se convirtió en un pandemónium.

*El advenimiento de la Luz*

Regresé a Fontainebleau. No quería ir a la Rue Tremoulins, ni a ninguna parte donde Jamie pudiera encontrarme. Tendría poco tiempo para buscarme, pues debería partir para España si no quería echar a perder el plan.

Louise, como buena amiga que era, perdonó mi comportamiento y se abstuvo de preguntarme adónde había ido, o qué había hecho. La necesidad del viaje a París me había levantado el ánimo, pero después no tenía nada que hacer, no había rutina cotidiana a la que aferrarme. Sin timón, volví a ir a la deriva.

A veces trataba de hacer un esfuerzo. Estimulada por Louise, solía bajar de mi cuarto para alguna cena, o la acompañaba a tomar el té con alguna visita. También trataba de prestar atención a Fergus, la única persona en el mundo de quien me sentía responsable.

Así que una tarde en que lo oí discutir mientras hacía mi acostumbrada caminata, me sentí obligada a ir a ver qué pasaba. Estaba frente a uno de los mozos de cuadra, un muchacho mayor que él, de expresión hosca.

—¡Cierra la boca, ignorante! —le decía el mozo de cuadra—. ¡No sabes de lo que hablas!

—¡Sé más que tú, hijo de madre apareada con un cerdo! —Fergus se puso dos dedos en los agujeros de la nariz, se la empujó hacia arriba y se puso a bailar de un lado a otro, gritando—: ¡Oink, oink! —una y otra vez.

El mozo de cuadra, que realmente tenía una probóscide bastante notable no perdió el tiempo en réplicas agudas y se acercó agitando los dos puños apretados. En pocos segundos los dos rodaban sobre el barro, chillando como gatos y rasgándose la ropa mutuamente.

Mientras pensaba si debía intervenir, el mozo de cuadra se montó sobre Fergus, cogió su cuello con ambas manos y empezó a golpearle la cabeza contra el suelo. Por un lado consideraba que Fergus se había ganado la paliza, pero por otro, su cara se estaba poniendo roja, y no quería verlo morir tan joven. Después de pensarlo un buen rato, fui hacia ellos.

El mozo de cuadra estaba arrodillado a horcajadas sobre Fergus, ahogándolo, y su trasero estaba levantado. Cogí impulso y le di una bonita patada en la costura del pantalón. Al faltarle el equilibrio, el muchacho cayó con un grito de sorpresa encima del cuerpo de su víctima. Rodó hacia un lado y se puso en pie de un salto, con los puños apretados. Pero al verme; salió corriendo sin decir palabra.

—¿A qué crees que estás jugando? —pregunté. Levanté de un tirón a Fergus y empecé a sacudirle la ropa, quitándole las manchas de barro.

—Mira eso —lo regañé—. No sólo has roto la camisa, sino también las calzas. Tendremos que pedirle a Berta que las cosa. —Le hice dar la vuelta y toqué la tela rasgada. Al parecer, el mozo de cuadra lo había asido de la cintura de las calzas y las había roto hasta la costura lateral; la tela almidonada le caía sobre las caderas, dejando al desnudo todo menos una nalga.

De repente dejé de hablar y me quede mirándolo. No fue su desnudez lo que me dejó pasmada, sino una pequeña marca roja que la adornaba. Era del tamaño de una moneda de medio penique, y tenía el color rojo púrpura de una herida recién cicatrizada. Sin poder creerlo la toqué; Fergus saltó asustado. Los bordes de la marca estaban hundidos; fuera cual fuere el objeto, se había clavado en la carne. Cogí al niño por el brazo para impedir que saliera corriendo, y me incliné para examinar la marca con más detenimiento.

A una distancia de quince centímetros se veía con claridad su forma: era ovalada, con letras en su interior.

—¿Quién te hizo esto, Fergus? —pregunté. Mi voz sonó extraña incluso a mis propios oídos; extrañamente tranquila e indiferente.

Fergus tironeó, tratando de liberarse, pero lo retuve.

—¿Quién, Fergus? —pregunté, dándole una sacudida.

—No es nada, *Madame*; me lastimé al saltar la verja. Es sólo una astilla.

—Los grandes ojos negros miraron a un lado y otro, buscando refugio.

—No es una astilla. Sé qué es, Fergus. Pero quiero saber quién te lo hizo.

—Había visto algo parecido en otra ocasión, pero aquella herida era reciente, mientras que ésta ya había cicatrizado. Sin embargo, la marca era inconfundible.

Al ver que hablaba en serio, dejó de luchar. Se pasó la lengua por los labios, vacilante, pero dejó caer los hombros y vi que se había rendido.

—Fue... un inglés, milady. Con un anillo.

—¿Cuándo?

—¡Hace mucho tiempo, *Madame*! En mayo.

Respiré hondo, calculando. Tres meses. Tres meses atrás, cuando Jamie se fue de casa para visitar un burdel en busca del capataz de la bodega. Acompañado por Fergus. Tres meses desde que Jamie se había encontrado con Jack Randall en el burdel de *Madame Elise* y había visto algo que anuló todas sus promesas, algo que le determinó a matar a Jack Randall. Tres meses desde que se fue... para no volver.

Fue necesaria mucha paciencia y mucha fuerza para sostener el brazo de Fergus e impedir que se escapara, pero por fin logré sacarle la historia.

Cuando llegaron al establecimiento de *Madame Elise*, Jamie le dijo a Fergus que lo esperara mientras subía a hacer los arreglos financieros. Sabiendo, por experiencia anterior, que dichos arreglos llevaban bastante tiempo, Fergus fue al salón mayor, donde varias muchachas a quienes conocía «descansaban», conversando y arreglándose el pelo unas a otras, preparándose para recibir a los clientes.

—Normalmente el negocio está muy tranquilo por las mañanas —me explicó—. Pero los martes y viernes los pescadores suben el Sena para vender sus productos en el mercado de la mañana. Entonces tienen dinero y *Madame Elise* hace un buen negocio, de modo que *les jeunes filles* deben estar preparadas antes del desayuno.

De hecho, la mayoría de las «chicas» eran las más antiguas del establecimiento; los pescadores no eran considerados clientes selectos, así

que eran destinados a las prostitutas menos deseables. Entre éstas se hallaban las antiguas amigas de Fergus, y éste pasó un agradable cuarto de hora en el salón, recibiendo caricias y bromas. Aparecieron unos pocos clientes mañaneros, eligieron y fueron a las habitaciones superiores; como la casa de *Madame* Elise tenía cuatro pisos, no molestaba la conversación de quienes quedaban abajo.

—Entonces llegó el inglés, acompañado por *Madame* Elise. —Fergus se detuvo y tragó saliva; vi que la nuez se le movía en la delgada garganta.

A Fergus le resultó obvio, pues había visto a muchos hombres en diferentes estados de ebriedad y excitación, que el capitán había pasado la noche de fiesta. Estaba acalorado y sucio, y tenía los ojos inyectados en sangre. Ignorando los intentos de *Madame* Elise de conducirlo hacia una de las prostitutas, se deshizo de ella y paseó por el salón, buscando inquieto entre la mercancía expuesta. Entonces su mirada cayó en Fergus.

—Dijo: «Tú, ven aquí», y me tomó del brazo. Me eché atrás, *Madame*... le dije que mi jefe estaba arriba, y que no podía... pero no quiso escucharme. *Madame* Elise me dijo al oído que debía ir con él, que después repartiría el dinero conmigo. Yo sabía que los hombres a quienes les gustan los niños no tardan mucho tiempo; pensé que terminaría mucho antes de que milord estuviera listo para partir.

—¡Cristo santo! —exclamé. Mis dedos aflojaron la presión y se deslizaron por su manga—. Fergus, ¿quieres decir que lo habías hecho antes?

Me miró como si quisiera llorar. Yo también estaba a punto de hacerlo.

—No muy a menudo, *Madame* —explicó. Parecía un ruego para que comprendiera—. Hay establecimientos que se especializan en eso, y los hombres suelen ir allí. Pero a veces un cliente me veía y le gustaba... — Estaba empezando a gotearle la nariz; se la secó con el dorso de la mano.

Busqué un pañuelo en mi bolsillo y se lo di. Estaba empezando a lloriquear al recordar aquel viernes.

—Era mucho más grande de lo que yo pensaba. Le pregunté si no lo podía hacer con la boca, pero él... él quería...

Lo acerqué hacia mí y apreté su cabeza contra mi pecho, ahogando su voz en la tela de mi vestido. Los frágiles huesos de los hombros parecían las alas de un pájaro bajo mi mano.

—No me cuentes más —le dije—. Está bien, Fergus. No estoy enfadada, pero no me digas nada más.

Fue una orden inútil; no podía dejar de hablar, después de tantos días de miedo y silencio.

—¡Pero fue culpa mía, *Madame*! —explotó, alejándose. El labio le temblaba y tenía los ojos inundados de lágrimas—. Debí haberme callado; ¡no debí haber gritado! Pero no pude evitarlo, y milord me oyó, y... y entró... y... ¡oh!, *Madame*, no fue correcto, pero me alegré tanto al verlo, que corrí hacia él, y él me puso a sus espaldas y golpeó al inglés en la cara. Entonces el inglés se levantó del suelo con un taburete en la mano, y lo arrojó, y yo tenía tanto miedo que huí de la habitación y me escondí en un armario que hay al final del corredor. Después hubo muchos gritos y golpes, y un terrible ruido, y más gritos. Después todo terminó, y milord abrió la puerta del armario y me sacó. Tenía mi ropa, y él mismo me vistió, porque yo no podía abrocharme los botones... me temblaban los dedos.

Se aferró a mis faldas con las dos manos; la necesidad de que yo le creyera le estiraba el rostro en una máscara de pena.

—¡Es mi culpa, *Madame*, pero yo no lo sabía! ¡No sabía que seguiría peleándose con el inglés! ¡Y ahora milord se ha ido y nunca volverá, y yo tengo la culpa!

Estaba sollozando, y cayó al suelo. Lloraba tan alto que no creo que me oyera cuando me incliné para alzarlo, pero lo dije de todos modos:

—No es culpa tuya, Fergus. Tampoco mía... pero tienes razón: él se ha ido.

Después de la revelación de Fergus, me hundí aún más en mi apatía. Louise me miraba preocupada,

—Estás muy delgada —me regañaba—. Y pálida. ¡Me han dicho que hoy tampoco has desayunado!

No podía recordar la última vez que había tenido hambre. Tampoco tenía importancia. Mucho antes del incidente en el Bois de Boulogne, mucho antes de mi viaje a París. Louise continuó hablando, pero no le presté atención.

—¡Puedo verte todos los huesos de la cara! ¡Si no quieres comer, por lo menos sal un poco! —dijo con impaciencia—. Ya ha dejado de llover;

vamos, veamos si quedan uvas en la parra. Tal vez quieras comer algunas.

Fuera o dentro, era igual para mí. Pero a Louise parecía importarle, así que me levanté para acompañarla.

Cerca de la puerta del jardín, nos interceptó la cocinera, con una lista de preguntas sobre el menú. Louise había invitado gente a cenar con la intención de distraerme, y los preparativos habían causado desacuerdos domésticos toda la mañana.

Louise suspiró y me dio una palmadita en la espalda.

—Ve tú —dijo, empujándome hacia la puerta—. Enviaré a un lacayo con tu abrigo.

Aunque estábamos en agosto, debido a la lluvia caída la noche anterior era un día fresco. En los senderos de grava había charcos de agua, y el goteo de los árboles mojados era incesante como la lluvia misma.

El cielo estaba cubierto pero ya no había nubes negras. Crucé los brazos; parecía que el sol quería volver a salir, pero aún hacía frío para prescindir de un abrigo.

Cuando oí pasos a mis espaldas sobre el sendero, me di la vuelta para encontrarme con Francois, el segundo lacayo, pero no me llevaba nada. Tenía un aspecto vacilante y me miraba como para asegurarse de que yo fuera la persona que estaba buscando.

—*Madame* —dijo—. Tenéis una visita.

Suspiré; no quería verme obligada a ser cortés con las visitas.

—Dile que estoy indispuesta —dije—. Y cuando se haya ido, tráeme el abrigo.

—Pero *Madame* —insistió— es el señor Broch Tuarach, vuestro marido.

Sobresaltada, giré para mirar hacia la casa. Era verdad; alcancé a ver la alta figura de Jamie. Me volví, fingiendo no haberlo visto, y me dirigí hacia la glorieta. Allí la maleza era espesa; quizá podría ocultarme.

—¡Claire! —Era inútil fingir; él también me había visto. Caminé más rápido, pero no podía rivalizar con sus largas piernas. Ya estaba jadeando a mitad de camino hacia la glorieta, y tuve que aflojar el paso. No estaba en condiciones de hacer ejercicios pesados.

—¡Aguarda, Claire!

—¡No! —exclamé—. No quiero hablar contigo. Vete. —Vaciló por un

instante; me giré y eché a andar otra vez. Oí sus pasos en la grava del sendero, pero caminé más rápido, sin volverme, casi corriendo.

Cuando hice una pausa para pasar por debajo de la glorieta, él me cogió de la muñeca. Traté de soltarme, pero me retuvo con fuerza.

—¡Claire! —volvió a decir.

Jamie me soltó la muñeca pero me cogió por los hombros y tuve que levantar la cabeza para mantener el equilibrio. Tenía la cara bronceada y delgada, con líneas duras junto a la boca, y había dolor en sus ojos.

—Claire —dijo con suavidad mirándome a los ojos—. Claire también era hijo mío.

—Sí, lo era... ¡y lo mataste! —Me solté, y atravesé el angosto arco. Me detuve dentro, jadeando.

—No me toques. —Di un paso atrás mirando el suelo. «¡Vete! —pensé—. ¡Por favor, por el amor de Dios, déjame en paz!». Sentí que mi envoltorio gris quedaba inexorablemente destruido, y rayos pequeños y brillantes de dolor me atravesaban como relámpagos.

Jamie se detuvo a pocos metros. No se acercó. Pude sentirlo, allí de pie, mirándome. Pude oír su respiración agitada.

—Claire —repitió una vez más, con desesperación en su voz—. Claire, acaso no ves... ¡Claire, debes hablar conmigo! ¡Por el amor de Dios, Claire, ni siquiera sé si era mujer o varón!

Me quedé sentada, helada. Un momento después oí un ruido pesado. Abrí los ojos y vi que él se había sentado sobre la grava mojada. Tenía la cabeza gacha; la lluvia había dejado un brillo en su pelo.

—¿Quieres que te lo ruegue? —preguntó.

—Era una niña —respondí después de un momento. Mi voz sonaba ronca—. La madre Hildegarde la bautizó: Fe. Fe Fraser. La madre Hildegarde tiene un raro sentido del humor.

No se movió. Al poco rato me preguntó:

—¿Viste a la niña?

Abrí los ojos por completo. Miré mis rodillas, donde las gotas de agua de las parras dejaban manchas mojadas sobre la seda.

—Sí. La *mâîtresse sage-femme* dijo que debía verla. —Pude escuchar en mis recuerdos la voz de *Madame Bonheur*, la más respetada y anciana de las

parteras que donaban su tiempo al Hôpital des Anges.

—Dadle la niña; es mejor que la vea. Así no se imaginará cosas raras.

Así que yo no imaginaba, sino que recordaba.

—Era perfecta —dije con voz suave, como hablando conmigo misma—. Tan pequeña que la cabecita me cabía en la palma de la mano. Las orejas le sobresalían un poco; podía ver la luz a través de ellas. La madre Hildegarde la envolvió en un paño de satén blanco —continué—. Sus ojos estaban cerrados. Todavía no tenía pestañas, pero los ojos eran rasgados. Dije que eran como los tuyos, pero me dijeron que todos los recién nacidos tienen los ojos así.

Diez dedos en las manos y diez en los pies. Sin uñas, pero con el brillo de las pequeñas articulaciones, las rótulas y las falanges, como los huesos preciosos de la tierra misma. Recuerda hombre, que polvo eres...

Recordé el bullicio lejano del hospital, donde la vida seguía su curso, y el murmullo acallado de la madre Hildegarde y de *Madame* Bonheur, quienes hablaban con un sacerdote que daría una misa especial a petición de la madre Hildegarde. Recordé la expresión de tranquilidad en los ojos de *Madame* Bonheur al volverse para mirarme, viendo mi debilidad. Quizás ella también veía la brillantez delatora de la fiebre; se había vuelto hacia la madre Hildegarde y había hablado con voz aún más baja... sugiriéndole tal vez que esperaran; podrían ser necesarios dos funerales.

Pero yo había vuelto de entre los muertos. Sólo el poder de Jamie sobre mi cuerpo había sido lo bastante fuerte para sacarme de aquel final; el maestro Raymond lo había sabido. Yo sabía que sólo Jamie podía devolverme por completo al reino de los vivos. Por eso me alejaba de él, había hecho todo lo posible por mantenerlo lejos, para asegurarme de que nunca volviera a acercarse. No tenía deseos de vivir, ni de volver a sentir. No quería conocer el amor para perderlo otra vez.

Pero ya era demasiado tarde. Lo sabía, aunque seguía luchando por conservar la nube gris que me envolvía.

Jamie se había puesto en pie.

—¡Claire! —susurró—. Por favor. Quiero consolarte.

—¿Consolarme? —pregunté—. ¿Y cómo puedes hacer eso? ¿Puedes devolverme a mi hija?

Cayó de rodillas frente a mí, pero mantuve la cabeza gacha. Percibí su movimiento cuando se estiró para tocarme, vaciló, se echó atrás, y volvió a acercarse.

—No —dijo—. No, no puedo hacer eso. Pero... con la bendición de Dios... puedo darte otro hijo.

Su mano flotó sobre la mía, tan cerca que sentí el calor de su piel. También sentí otras cosas: la pena que tenía bajo control, la ira y el miedo que lo ahogaban, y el valor que lo hacía hablar a pesar de todo. Reuní fuerzas de flaqueza, cogí su mano y alcé la cabeza.

Permanecimos sentados en el banco, inmóviles, sin hablar, durante un largo tiempo, horas quizá, sollozando por la pérdida y la separación.

—Tienes frío —murmuró Jamie por fin. Cogió un extremo de su capa y me envolvió con ella, con la calidez de su piel. Poco después me apoyé en él, buscando su abrigo, temblando más por la sorprendente solidez de su cuerpo, por su repentina presencia, que por el frío.

Puse una mano sobre su pecho lentamente, como si al tocarlo pudiera quemarme, y así nos quedamos un rato.

—Jamie —dije finalmente, con voz suave—. Oh, Jamie. ¿Dónde estuviste?

Su brazo se apretó más contra mí, pero pasó un momento antes de que contestara.

—Creí que estabas muerta, *mo duinne* —dijo, tan despacio que apenas podía oírlo—. Te vi tendida en el suelo por última vez. ¡Dios! Estabas tan blanca, con la falda ensangrentada... Traté de ir hacia ti, pero entonces me apresó el guardia.

Tragó saliva; noté que un escalofrío descendía por la larga curva de su columna.

—Luché... luché, y rogué... pero no me permitieron hacer nada. Me llevaron, me metieron en un calabozo, y allí me dejaron... creyendo que estabas muerta; sabiendo que te había matado.

Sentí que temblaba. Estaba llorando, aunque no podía verle el rostro. ¿Cuánto tiempo habría estado solo en la oscuridad de la Bastilla? Solo con el olor a sangre y el fantasma vacío de la venganza.

—Está bien —le dije, y apreté la mano contra su pecho, como para acallar los latidos de su corazón—. Jamie, está bien. No fue culpa tuya.

—Traté de romperme la cabeza contra la pared para dejar de pensar —dijo, casi en un murmullo—. Entonces me ataron de pies y manos. Y al día siguiente fue a verme Rohan y me dijo que estabas viva, aunque quizá no por mucho tiempo.

Calló, pero pude sentir que sufría.

—Claire —murmuró por fin—. Lo siento.

«Lo siento». Eran las palabras que había escrito antes de que el mundo se derrumbara. Por fin las comprendía.

—Lo sé —dije—. Jamie, lo sé. Fergus me lo contó. Sé por qué fuiste.

Inspiró honda y temblorosamente.

—Sí, bien... dijo, y se detuvo.

Dejé que mi mano cayera en su muslo; sentí las calzas frías y húmedas bajo mi mano.

—Cuándo te soltaron, ¿te dijeron por qué te dejaban en libertad?

El muslo se tensó bajo mi mano, pero Jamie mantenía su voz bajo control.

—No —respondió—. Sólo que era... la voluntad de su majestad. —Pronunció la palabra voluntad con una delicada ferocidad que me hizo ver que había supuesto por qué estaba en libertad.

Me mordí con fuerza el labio inferior, tratando de decidir que decirle.

—Fue la madre Hildegarde —continuó, con voz segura—. Fui de inmediato al Hôpital des Anges a buscarte. Y encontré a la madre Hildegarde, y la nota que dejaste para mí. Y ella... me lo contó todo.

—Sí —dije, tragando saliva—. Fui a ver al rey.

—¡Lo sé! —Me apretó la mano con fuerza, y por el sonido de su respiración me di cuenta de que apretaba los dientes.

—Pero Jamie... cuando fui...

—¡Por Dios! —dijo, y se incorporó de repente, volviéndose para mirarme—. ¿No sabes lo que...? Claire. —Cerró los ojos un instante, y respiró profundamente—. En todo el camino a Orvieto no veía más que sus manos sobre la blancura de tu piel, sus labios sobre tu cuello, su... su pene... lo vi cuando presencié el *lever*... vi el maldito y sucio pene poniéndose erecto... ¡Por Dios, Claire! ¡En la prisión creía que estabas muerta, y cuando viajé a

España, deseaba que lo estuvieras!

Los nudillos de su mano estaban blancos, y sentí los huesos de mis dedos crujiendo bajo su presión.

Solté mi mano.

—¡Jamie, escúchame!

—¡No! —dijo—. No quiero escuchar...

—¡Escúchame, maldito seas!

Mi voz sonó lo suficientemente potente para acallararlo por un instante. Mientras estaba callado, comencé a contarle con rapidez la historia de la recámara del rey; los encapuchados, la habitación a oscuras, el duelo de los hechiceros, y la muerte del conde de St. Germain.

Mientras hablaba, el color rojo se desvaneció de sus mejillas azotadas por el viento y su expresión se ablandó, pasando de la angustia a la furia y a la confusión, y poco a poco a la sorpresa.

—¡Dios mío! —dijo por fin—. ¡Oh, Dios santo!

—No te imaginas lo que empezaste con esa tonta historia de la Dama Blanca. —Estaba exhausta, pero logré sonreír—. Así que... así que el conde... bien, Jamie..., ha muerto.

No respondió, pero me acercó suavemente hacia él, de modo tal que mi frente se apoyó sobre su hombro, y mis lágrimas le mojaron la camisa. Sin embargo, un minuto después me enderecé y lo miré fijamente, secándome la nariz.

—¡Se me acaba de ocurrir, Jamie! ¡El oporto... la inversión de Carlos Estuardo! Si el conde está muerto...

Sacudió la cabeza, con una tenue sonrisa.

—No, *mo duinne*. Está a salvo.

Sentí una ola de alivio.

—Oh, gracias a Dios. ¿Lo conseguiste, entonces? ¿Las drogas funcionaron con Murtagh?

—Bueno, no —respondió, ensanchando la sonrisa—. Pero conmigo sí.

Aliviada del miedo y la ira, me sentía mareada y medio aturdida. El olor a uvas mojadas por la lluvia era fuerte y dulce, y fue un alivio reclinarme contra Jamie, sintiendo su calidez como un consuelo y no como amenaza, mientras escuchaba la historia de la piratería del oporto.

—Hay hombres que nacieron para estar en el mar —comenzó—. Pero me temo que yo no estoy entre ellos.

—Lo sé —dije—. ¿Te mareaste?

—Nunca he estado peor —me aseguró.

El mar de la costa de Orvieto había estado revuelto. A la hora se hizo evidente que Jamie no iba a poder cumplir con su parte del plan original.

—No podía hacer otra cosa que estar acostado en mi camastro y quejarme —dijo, encogiéndose de hombros—. Así que pensé que también podría tener viruela.

Jamie y Murtagh intercambiaron rápidamente los papeles, y veinticuatro horas después de haber partido de España, el capitán del *Scalamandre* había descubierto, horrorizado, que la plaga se había apoderado de su barco.

Jamie se rascó el cuello pensativo, como si todavía sintiera los efectos del jugo de ortigas.

—Cuando me descubrieron pensaron en arrojarme por la borda — continuó— y debo decir que me pareció una buena idea. —Sonrió—. ¿Alguna vez has estado mareada y cubierta de urticaria?

—No, gracias a Dios. —Me estremecí al pensarlo—. ¿Murtagh se lo impidió?

—Ah, sí. Es muy feroz este Murtagh. Durmió en la puerta de mi camarote con la mano sobre la espada hasta que llegamos a salvo a Bilbao.

Según lo previsto, el capitán del *Scalamandre*, frente a la elección poco rentable de seguir viaje a Le Havre y perder el cargamento, o volver a España y esperar impaciente mientras aguardaba noticias de París, optó por vendérselo a un comprador caído del cielo, Murtagh.

—Pero no le fue tan fácil conseguir un buen precio —observó Jamie, rascándose el brazo—. Regateó durante medio día... ¡y yo muriéndome en el camastro, orinando sangre y vomitando las entrañas!

No obstante, el trato se había cerrado. Tanto el oporto como el enfermo de viruela desembarcaron en Bilbao y, salvo cierta tendencia a orinar color bermellón, la recuperación de Jamie fue rápida.

—Vendimos el oporto a un comerciante de Bilbao —dijo—. Envié a Murtagh a París de inmediato, para que saldara la deuda con *Monsieur Duverney*, y luego... vine aquí.

Se miró las manos, apoyadas en su regazo.

—No sabía qué hacer —dijo—. Si venir o no. Caminé todo el trayecto desde París a Fontainebleau. Y casi todo el camino de regreso. Volví una decena de veces, diciéndome que era un asesino y un tonto, sin saber si prefería matarme o si tú...

Suspiró entonces, y me miró, con los ojos oscurecidos por el reflejo de las hojas agitadas.

—Tenía que venir —resumió.

No dije nada, pero apoyé mi mano sobre la suya y me senté junto a él.

El sol se estaba poniendo y un borrón dorado marcaba la negra silueta de Hugo en la entrada de la glorieta.

—Con vuestro perdón, *Madame* —dijo—. La señora quiere saber si *le seigneur* se queda a cenar.

—Es mejor que lo hagas. Estás muy delgado.

Me miró, sonriendo a medias.

—Y tú también, *Sassenach*.

Se puso en pie y me ofreció su brazo. Lo tomé y juntos fuimos a cenar.

Estaba acostada junto a Jamie, abrazada a él, con su mano apoyada en mi muslo mientras dormía. La caída del conde de St. Germain había puesto fin a la velada en lo que respectaba a todos menos a Luis. Mientras el grupo se marchaba, murmurando entre sí, me había cogido del brazo y me condujo a través de la misma puerta por la que había entrado. Bueno con las palabras cuando la ocasión lo requiriera, no necesitó decir nada.

Me llevó al sillón de terciopelo verde, me puso de espaldas y me levantó las faldas suavemente antes de que pudiera hablar. No me besó; no me deseaba. Se trataba sólo del reclamo ritual del pago que habíamos acordado. Luis era un negociante astuto, y no perdonaba una deuda a la que él creía tener derecho, tanto si el pago tenía valor para él como si no. Y tal vez lo tenía, después de todo; vi algo más que cierta excitación temerosa en sus preparativos. ¿Quién sino un rey se atrevería a abrazar a la Dama Blanca?

Yo estaba cerrada y seca, no estaba lista. Impaciente, cogió un frasco de aceite de rosas de la mesa y masajé rápidamente mi entrepierna. Permanecí inmóvil, callada, mientras extraía el dedo y lo reemplazaba de inmediato con

un miembro un poco más grande, y... «sufrí» no es la palabra adecuada pues no hubo dolor ni humillación; fue sólo una transacción comercial... esperé, durante el rápido balanceo; después se puso en pie, abrochándose las calzas; la excitación coloreaba su rostro. No quería arriesgarse a la posibilidad de un bastardo mitad real, mitad mágico; no con *Madame* de La Tourelle lista (mucho más que yo, supuse) y esperándolo en su alcoba al final del corredor.

Yo le había dado lo que implícitamente había prometido; ahora el rey podía, con honor, acceder a mi petición sin sentir que se le había quitado nada. En cuanto a mí, devolví la reverencia, liberé el codo de la mano del rey quien galantemente me escoltó hasta la puerta, y abandoné el salón de audiencias sólo minutos después de haber entrado, con la seguridad de que la orden de liberación de Jamie sería dada por la mañana.

El caballero de la alcoba real aguardaba en el corredor. Me hizo una reverencia y se la devolví. Después lo seguí por el pasillo de los espejos, sintiendo los muslos resbaladizos al rozarse entre sí y con un fuerte olor a rosas entre las piernas.

Al oír el portón del palacio cerrarse a mis espaldas, cerré los ojos y pensé que nunca más volvería a ver a Jamie. Y si por casualidad lo veía, le restregaría la nariz en el aceite de rosas hasta que se le descompusiera el alma y se muriera.

Pero allí estaba, con su mano sobre mi muslo, oyendo su respiración, profunda y constante en la oscuridad junto a mí. Dejé que la puerta se cerrara para siempre sobre la audiencia con el rey.

*Cogiendo la ortiga*

—Escocia —dije, suspirando. Pensaba en los frescos arroyos y en los pinos de Lallybroch, la heredad de Jamie—. ¿Realmente podemos volver?

—Supongo que debemos hacerlo —respondió Jamie—. El indulto real dice que si no he salido de Francia a mediados de septiembre, vuelvo a la Bastilla. Al parecer, Luis también ha conseguido el perdón de la corona inglesa; de lo contrario, me ahorcarán en cuanto desembarque en Inverness.

—Podríamos ir a Roma, o a Alemania —sugerí. No había nada que yo quisiera más que ir a Lallybroch. Estaba cansada de cortes e intrigas y del peligro y la inseguridad. Pero si Jamie opinaba otra cosa...

él meneó la cabeza; el pelo rojizo le cayó sobre la cara al levantarse para calzarse las medias.

—No, es Escocia o la Bastilla —dijo—. Ya está reservado el pasaje en el barco. —Se enderezó—. Me imagino que el duque de Sandringham, y quizá también el rey Jorge, quieren que esté en casa, donde pueden vigilarme y no como espía en Roma, o consiguiendo fondos en Alemania. Supongo que las tres semanas de gracia son una cortesía para Jared, que deberá volver antes de que yo parta.

Yo estaba sentada en el asiento de la ventana del dormitorio, mirando los bosques de Fontainebleau.

—No puedo decir que no me alegre —dije—. Pero ¿crees que es seguro?

¿Crees que Carlos, ahora que ha muerto el conde y ha perdido el dinero de Manzetti, se dará por vencido?

—Ojalá supiera si ha recibido alguna carta de Roma. Pero sí, creo que lo hemos conseguido. No creo que haya banquero en Europa dispuesto a adelantar dinero para la causa de los Estuardo. Felipe de España tiene otras preocupaciones, y Luis... Entre *Monsieur* Duverney y el duque de Sandringham, yo diría que las expectativas de Carlos son escasas. ¿Crees que debería afeitarme?

—A mí no me molesta —dije.

—¿Louise tiene caballos? —preguntó—. Hay unos peñascos cerca de aquí. Podríamos ir cabalgando...

—Creo que sí —respondí—. Le preguntaré.

Llegamos a los peñascos justo antes del mediodía. Más que peñascos eran rocas que surgían entre la hierba, como ruinas de una ciudad antigua, agrietadas por la acción del tiempo y del clima, y cubiertas de miles de plantas pequeñas y extrañas.

Dejamos los caballos en la hierba y subimos a una meseta, justo debajo del peñasco más alto. Los arbustos daban poca sombra, pero soplaba una fresca brisa.

—¡Por Dios, qué calor! —dijo Jamie. Se desabrochó la hebilla de la falda, la dejó caer a sus pies y empezó a quitarse la camisa.

—¿Qué haces, Jamie? —pregunté, riendo,

—Me estoy desnudando —respondió—. ¿Por qué no haces lo mismo, *Sassenach*? Has sudado más que yo, y no nos puede ver nadie.

Después de vacilar un momento, hice lo que me sugería. Estábamos aislados por completo. Solos, desnudos y juntos, lejos de Louise y de sirvientes intrusos... Jamie extendió su capa sobre el áspero suelo mientras me quitaba la ropa. Luego se acostó de espaldas.

—Debes de tener piel de cabra —observé—. ¿Cómo puedes acostarte en el suelo así, sin nada debajo? —Me recosté sobre la capa que había extendido para mí.

Jamie se encogió de hombros, con los ojos cerrados frente al cálido sol de la tarde.

—Me apaño —dijo.

Me giré y apoyé la barbilla sobre sus brazos.

—Te amo —dije en voz baja, sin intención de que me oyera, por el simple placer de decirlo.

Pero me oyó, pues le vi sonreír. Poco después se acercó y se puso boca abajo. Me incliné para besarle el hombro. Sin embargo, en lugar de besarme se alejó un poco y se recostó sobre un codo, mirándome.

—Pagaría por saber qué piensas —dije.

—Bueno, me preguntaba... —empezó.

—¿Qué te preguntabas?

—Cómo fue hacerlo... con Luis.

—¿Cómo... fue... hacerlo?

Alzó la mirada, tratando de sonreír.

—Bueno —dijo—. Es el rey. Podría creerse que es... diferente, de alguna manera. Especial, tal vez. —Su rostro se puso blanco—. Supongo que lo que quería saber —murmuró— era... era si... es distinto que conmigo.

—¿Cómo diablos lo supiste? —pregunté. Me sentí confundida y me puse boca abajo.

—Claire —dijo—. Oh, Claire. Desde la primera vez te entregaste entera y nunca me negaste nada. Nunca. Cuando te pedí que fueras sincera, te dije que la mentira no estaba en tu naturaleza. Cuando te toqué... ¿Cuánto tiempo hace que te amo? —preguntó—. ¿Un año? Desde el momento en que te vi. ¿Y cuántas veces he amado tu cuerpo? ¿Quinientas veces? ¿Más?... Nunca habías escapado de mis caricias. Ni siquiera al principio, cuando era natural que lo hicieras y no me habría sorprendido. Pero no lo hiciste; me lo diste todo desde el principio; no te guardaste nada, no me negaste ninguna parte de ti.

»Pero ahora... —continuó—. Al principio pensé que era porque habías perdido a la niña, y tal vez tenías vergüenza de mí, o te sentías rara después de tanto tiempo separados. Pero después me di cuenta de que no era ése el motivo. ¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué mentiste? Cuando volví, creía que lo habías hecho.

—Si... —empecé—. Si te decía que había permitido que Luis... me habrías hecho preguntas. Pensé que no podrías olvidar... tal vez me

perdonaras, pero nunca lo olvidarías, y eso siempre se interpondría entre nosotros. Si preguntabas, ¡y lo has hecho, Jamie!, habría tenido que hablar sobre ese momento, volverlo a vivir, y tuve miedo...

—¿Miedo de qué? —insistió.

—Miedo de decirte por qué lo hice —dije—. Jamie... tuve que hacerlo, para que salieras de la Bastilla. Habría hecho algo peor, de haber sido necesario. Pero entonces,... y después... tenía la esperanza de que alguien te lo contara, de que te enteraras. Estaba muy enfadada, Jamie, por el duelo y por la niña. Y porque me obligaste a hacerlo... a ir con Luis. Quise hacer algo que te alejara para asegurarme de que nunca volvería a verte. Lo hice... en parte... porque quise herirte —susurré.

—Ah. Pues lo conseguiste... Claire —dijo tras un corto silencio—. ¿Cómo te sentiste... cuando le di mi cuerpo a Jack Randall? ¿Cuando le permití poseerme, en Wentworth?

—No... no sé —respondí—. Nunca lo pensé. Enfadada, por supuesto. Furiosa... ultrajada. Y sentí asco. Y miedo por ti. Y... lástima por ti.

—¿Te pusiste celosa cuando te conté lo sucedido... que me había excitado, contra mi voluntad?

—No, creo que no. Entonces no lo pensé así. Después de todo, no fue como si tú... lo hubieras deseado.

—No creo que desearas acostarte con Luis... ¿o sí?

—¡No!

—Ah, bien. Yo también estaba irritado y lleno de asco y lástima. Cuando me pasó a mí —dijo— creí que ni siquiera podrías soportar el pensarlo, y no te habría culpado. Sabía que podías dejarme, y traté de alejarte para no tener que ver el asco y el dolor en tu cara. —Cerró los ojos—. Pero no quisiste dejarme. Me abrazaste y me consolaste. Me curaste. Me amaste, a pesar de todo. —Dio un suspiro profundo y volvió a mirarme. Tenía los ojos brillantes—. Pensé que, tal vez, podría hacer lo mismo por ti. Por eso decidí venir a Fontainebleau. Entonces, cuando me contaste que no había pasado nada... por un instante te creí; deseaba tanto creerte... Pero después... me di cuenta, Claire. No pude seguir ocultándomelo; supe que me habías mentado. Pensé que no confiabas en mi amor, o de lo contrario... que habías deseado hacerlo, y tenías miedo de que lo adivinara.

»Dijiste que querías herirme —continuó—. Bueno, sólo imaginarte acostada con el rey me dolió más que la marca sobre mi pecho, o el latigazo sobre mi espalda desnuda. Pero el hecho de que no confiaras en mi amor es como despertar del lazo del verdugo para sentir el cuchillo hundido en el vientre. Claire... No sé si la herida es mortal, Claire... cuando te miro siento que se me escapa la sangre del corazón.

—Jamie —murmuré—. Por favor.

—¿Deseas que te golpee? —preguntó. La presión sobre mi muñeca aumentó; forcejeé para liberarme, pero él tiró fuerte, arrastrándome por el suelo y acercando mi cuerpo al suyo.

—Sí —dije.

Su expresión era impenetrable. Mirándome fijamente, estiró su mano libre, buscando entre las rocas hasta tocar un manojito de ortigas. Respiró hondo cuando sus dedos tocaron los tallos espinosos, pero apretó la mandíbula; cerró el puño y arrancó las plantas de raíz.

—Los campesinos de Gascona golpean a las esposas infieles con ortigas —dijo. Con el manojito rozó uno de mis senos. Resoplé ante el repentino pinchazo y una tenue marca roja apareció como por arte de magia sobre mi piel.

—¿Quieres que haga eso? —preguntó—. ¿Que te castigue así?

—Sí... tú quieres. —Me temblaban tanto los labios que apenas podía hablar. La roncha quemaba como fuego.

—Una vez te golpeé con justicia, *Sassenach*, y me amenazaste con quitarme las entrañas con mi propia daga. ¿Y ahora me pides que te azote con ortigas? —Sacudió la cabeza, extendió la mano y la apoyó en mi mejilla—. ¿Entonces mi orgullo tiene tanto valor para ti?

—¡Sí! ¡Claro que sí, maldita sea!

—De acuerdo —murmuró—. De acuerdo. Ya que lo deseas, te castigaré. —Movié sus caderas sobre mí a modo de orden imperiosa y sentí que mis piernas se abrían para él.

—Nunca —murmuró—. Nunca. ¡Nunca más otro que no sea yo! ¡Mírame! ¡Dímelo! ¡Mírame, Claire! Nunca —repitió—. Porque eres mía. Mi esposa, mi corazón, mi alma. Mi cuerpo —dijo, jadeando al darme lo que yo quería. Me resistí debajo de él como si quisiera escapar, mi espalda se

arqueó, presionando mi cuerpo aún más contra el suyo.

Sentí el suelo áspero y espinoso en mi espalda; el olor acre de los tallos aplastados se mezclaba con el del hombre que me poseía

—Nunca —susurró.

—Nunca —repetí, y volví la cabeza, cerrando los ojos para escapar de la intensidad de su mirada.

—No, *Sassenach* —dijo—. Abre los ojos. Mírame. Porque ése es tu castigo, como también es el mío. Mira lo que me has hecho. Mírame.

Miré cuando Jamie se quitó la última máscara y me mostró las heridas de su corazón.

El sol de la tarde se reflejaba en las blancas rocas de piedra caliza. Por fin encontré lo que estaba buscando, creciendo en la angosta hendidura de una roca gigante, como desafiando la falta de tierra. Rompí un tallo de áloe, corté la rama carnosa y desparramé la resina verde y fresca sobre las heridas de la mano de Jamie.

—¿Mejor? —le pregunté.

—Mucho mejor. —Jamie flexionó la mano, sonriendo—. ¡Cómo pinchan esas ortigas!

—Ya lo creo que sí. —Apliqué un poco de jugo de áloe sobre mi seno. La frescura me alivió.

—Me alegro de que no hayas aceptado mi oferta —dije con ironía, echando un vistazo a un manojo cercano de ortigas en flor.

Jamie sonrió y me dio una palmadita en el trasero.

—Te salvaste por poco, *Sassenach*. No deberías tentarme de ese modo. —Se inclinó y me besó.

—No, *mo duinne*. Te lo juré una vez, y lo hice en serio. Nunca más volveré a levantarte la mano con ira. Después de todo —añadió— hice suficiente para herirte.

Traté de olvidar el dolor del recuerdo, pero debía ser justa con él.

—Jamie —dije—, lo del niño... no fue culpa tuya. En aquel momento sentí que sí, pero no lo fue. Creo... creo que habría pasado de todos modos, tanto si hubieras peleado con Jack Randall como si no.

—¿Sí? Ah... bien. —Sentí su abrazo—. Me tranquiliza un poco que lo

digas. Pero no me refería tanto a la niña como a Frank. ¿Crees que podrás perdonarme por eso? —Los ojos azules parecían preocupados al mirarme.

—¿Frank? —dije, confundida—. Pero... no hay nada que perdonar. — Tal vez él no sabía que Jack Randall seguía vivo... después de todo lo habían detenido justo después del duelo. Pero si no lo sabía... respiré hondo. Tarde o temprano lo iba a saber; quizás era mejor que lo supiera por mí.

—No mataste á Jack Randall, Jamie —dije.

Ante mi asombro, no pareció sorprendido.

—Lo sé, *Sassenach* —respondió.

—¿Sí? Pero entonces qué... —No comprendía.

—¿No... no lo sabías? —preguntó, vacilante.

Una sensación de frío me subió por los brazos, pese al calor del sol.

—¿Si no sabía qué?

Se mordió el labio inferior. Por fin respiró hondo y exhaló el aire con un suspiro.

—No, no lo maté. Pero lo herí.

—Sí, Louise me dijo que lo heriste gravemente. Pero también me contó que se estaba recuperando. —De repente, volví a recordar la última escena en el Bois de Boulogne; lo último que había visto antes de sumirme en la oscuridad. La aguda punta de la espada de Jamie cortando la calza de ante manchada por la lluvia. La repentina mancha roja que oscurecía la tela... y el ángulo de la hoja, brillando bajo la fuerza que la impulsaba hacia abajo.

—¡Jamie! —exclamé, con los ojos desorbitados de horror—. No... Jamie, ¿qué hiciste?

Él bajó la mirada, frotándose la mano lastimada en la falda. Sacudió la cabeza.

—Fui tan tonto, *Sassenach*. No podía considerarme un hombre y dejar de castigarlo por lo que le hizo al chico, y sin embargo... todo el tiempo pensaba. «No puedes matar al bastardo, lo prometiste. No puedes matarlo». Sonrió brevemente, sin humor, mirándose las marcas de la mano.

—Mi mente hervía como una olla de avena sobre el fuego, pero me aferraba a ese pensamiento: «No puedes matarlo». Y no lo maté. Pero estaba loco de furia por la lucha y no me detuve a pensar en la razón por la que no debía matarlo; sólo pensaba en lo que te había prometido. Y cuando lo vi en

el suelo ante mí, y recordé lo acontecido en Wentworth, y luego lo que hizo con Fergus... —Se interrumpió.

Sentí que la sangre me abandonaba y me senté, abatida, sobre un saliente de la roca.

—Jamie —dije.

—Bien, *Sassenach* —dijo—. Lo único que sé es que es un sitio terrible para una herida.

—¡Demonios! —Permanecí sentada, abrumada por la revelación. Jamie se sentó en silencio junto a mí, estudiándose las manos. Aún había una marca rosada sobre el dorso de la derecha. Jack Randall le había clavado un clavo en Wentworth.

—¿Me odias, Claire?

—No. No sé qué es lo que pienso ahora, Jamie. De verdad que no. Pero no te odio. Pero... déjame sola un momento, ¿de acuerdo?

Vestida otra vez, apoyé las manos sobre mis muslos. Uno de plata, el otro de oro. Mis dos anillos seguían en su sitio y no tenía idea de qué significaba.

Jack Randall nunca iba a tener hijos. Jamie parecía seguro y no me sentía inclinada a cuestionarlo. Y sin embargo todavía llevaba puesto el anillo de Frank, todavía recordaba al hombre que había sido mi primer marido, podía evocar recuerdos de quién había sido, y qué iba a hacer. ¿Cómo era posible, entonces, que no fuera a existir?

Sacudí la cabeza, echando atrás los rizos secos por el viento. Lo más probable era que nunca lo supiera. Fuera o no cierto que se podía cambiar el futuro (y al parecer lo habíamos hecho) estaba segura de que no era posible cambiar el pasado inmediato. Lo hecho, hecho estaba, y nada que hiciera ahora lo alteraría. Jack Randall no engendraría hijos.

Una piedra rodó por la colina a mis espaldas, saltando y soltando pedacitos de grava. Me giré y alcé la mirada, hacia donde Jamie, vestido otra vez, exploraba.

El derrumbe era reciente. Las superficies blancas indicaban dónde se había quebrado la piedra caliza, gastada por la acción del tiempo.

Jamie se movió con cuidado, concentrado en hallar sitios donde pisar en medio del derrumbe. Después desapareció. Esperando que reapareciera al

otro lado de la roca, esperé, disfrutando del sol sobre mis hombros. Pero no apareció otra vez y empecé a preocuparme: podría haber resbalado Y caído, o haberse golpeado la cabeza contra una roca.

Me llevó lo que me pareció muchísimo tiempo volverme a desatar las botas; y todavía no regresaba. Me levanté las faldas y empecé a subir la colina, pisando descalza y con cuidado las rocas ásperas y calientes.

—¡Jamie!

—Aquí estoy, *Sassenach*. —Habló a mis espaldas, por lo que me sobresalté y casi perdí el equilibrio. Me hizo dar la vuelta hacia la pared de piedra caliza, manchada de óxido y de humo, Había algo más.

—Mira —dijo con voz suave.

Miré hacia donde señalaba, en la superficie suave de la pared de la gruta, y retuve el aliento.

Bestias pintadas galopaban en la roca; los cascos pateaban el aire al saltar hacia la luz. Había bisontes y ciervos, juntos y con las colas levantadas, y al final de la repisa de roca, un esbozo de pájaros delicados con las alas extendidas volando sobre las bestias.

—¡*Sassenach!* ¿Puedes venir? —Su voz sonaba algo extraña y me apresuré a llegar a él. Estaba parado a la entrada de una pequeña gruta lateral, mirando hacia el suelo.

Yacían detrás de un saliente de la roca, como si hubieran buscado refugio del viento que perseguía a los bisontes.

Eran dos y yacían juntos sobre el suelo de la gruta. Aunque la piel se había convertido en polvo hacia mucho, los huesos habían soportado el paso del tiempo. Un pequeño resto de piel marrón apergaminada colgaba de la curva redonda de una calavera.

—¡Dios mío! —exclamé en voz baja, como si temiera molestarlos. Me acerqué más aún a Jamie.

—¿Crees... que... los habrán matado aquí? ¿Un sacrificio, tal vez?

Jamie sacudió la cabeza, mirando el montoncito de huesos delicados y frágiles.

—No —respondió. Se volvió y alzó una mano hasta la pared que había a nuestras espaldas, donde los ciervos saltaban y las grullas levantaban el vuelo.

—No —repitió—. La gente que dibujó estas bestias... no hacían cosas semejantes. —Volvió a mirar los dos esqueletos, entrelazados a nuestros pies. Se agachó junto a ellos, siguiendo la línea de los huesos suavemente con un dedo, cuidadoso de no tocar la superficie de marfil.

—Mira cómo están acostados —observó—. No cayeron aquí, ni nadie los acostó. Ellos mismos lo hicieron. —Su mano se dirigió a los largo huesos del brazo del esqueleto más grande.

—Él tenía ambos brazos alrededor de su compañera —dijo—. Puso los muslos detrás de los de ella y la apretó contra él, y su cabeza descansa sobre los hombros de la mujer. —Se puso en pie para investigar el interior de la caverna—. Mira. —Señaló un sitio cerca de la entrada a la caverna—. Alguna vez ésa fue la entrada —dijo—. Las rocas se derrumbaron y sellaron este lugar. —Se giró y apoyó una mano sobre la saliente rocosa que protegía a los amantes de la luz.

—Debieron de haber buscado a tientas en la caverna, de la mano —dije—. Buscando una salida en medio del polvo y la oscuridad.

—Sí. —Apoyó la frente en la piedra con los ojos cerrados—. Y la luz se extinguió y se quedaron sin aire. Así que se acostaron en la oscuridad para morir.

Jamie se volvió hacia mí en silencio, y se quedó sin aliento al abrazarme con fuerza.

# QUINTA PARTE

*He vuelto a casa*

*LallyBroch*

Se llamaba Broch Tuarach debido a la vieja torre redonda de piedra que sobresalía en la colina, detrás de la casa solariega. La gente que vivía en la propiedad la llamaba «Lallybroch», que significaba «torre perezosa», lo cual tenía tanto sentido como aplicar la frase «torre mirando al norte» a una estructura cilíndrica.

—¿Cómo puede mirar hacia el norte algo que es redondo? —pregunté mientras bajábamos por el estrecho sendero.

—Tiene una puerta —me explicó Jamie—. Y la puerta mira hacia el norte. —Un brusco declive de la colina le hizo hundir los pies y chistar al caballo. Las ancas musculosas se detuvieron de repente. Los caballos, que habíamos comprado en Inverness, eran dos hermosos ejemplares de buen tamaño. Los ponies escoceses se las habrían arreglado mejor en la empinada cuesta, pero aquellas yeguas no eran para trabajo, sino para cría.

—De acuerdo —dije, pasando sobre un riachuelo—. Está bien. ¿Y Lallybroch? ¿Por qué es una torre perezosa?

—Porque está levemente inclinada —respondió—. Desde la casa no se nota pero, si te paras en el oeste, verás que se inclina un poco hacia el norte. Y si miras por una de las hendiduras del piso superior que está encima de la puerta, no puedes ver la pared que hay abajo debido a la inclinación.

—Bueno, supongo que nadie había oído hablar de plumadas en el siglo

trece —observé—. Es un milagro que todavía no se haya caído.

—Ah, se ha caído unas cuantas veces —dijo Jamie—. La gente que vivía aquí volvió a construirla.

—¡La veo! ¡La veo! —nos interrumpió la voz de Fergus, emocionada. Le habíamos dado permiso para continuar montado, pues su peso ínfimo no podía causar gran dificultad al caballo, pese al mal camino. Al mirar atrás, lo vi arrodillado en su montura, saltando de excitación. Su caballo gruñó ante esta actitud, pero se abstuvo de arrojarlo. Desde su aventura con el potrillo percherón en Argentan, Fergus había aprovechado toda oportunidad que se le presentara para subirse a un caballo; Jamie lo había consentido, llevándolo en su propia montura cuando paseaba por las calles de París y permitiéndole de vez en cuando subir a alguno de los caballos del carruaje de Jared, que se limitaban a sacudir las orejas ante las patadas y gritos de Fergus.

Miré en la dirección que señalaba el muchacho. Estaba en lo cierto; desde su altura había visto la forma oscura de la vieja torre de piedra, en la cima de la colina. La casa solariega estaba más abajo y era más difícil de ver. Situada en una hondonada entre los campos de cebada, se veía oscurecida en parte por una fila de árboles que la abrigaban de la fuerza del viento.

Vi que Jamie alzaba la cabeza y miraba hacia Lallybroch. El viento jugueteó con su pelo y los pliegues de su capa. Me recordó el modo en que se habían hinchado las velas de los barcos, al salir del puerto de Le Havre. Me había parado en el final del muelle, observando las idas y venidas de los barcos.

Jared Munro Fraser se había puesto a mi lado, observando con expresión afable las riquezas que pasaban de barco a barco, algunas de su propiedad. El *Portia*, uno de sus barcos, nos llevaría a Escocia. Jamie me había contado que todos los barcos de Jared tenían los nombres de sus amantes, evocadas en los mascarones de proa. Entrecerré los ojos en la proa del barco, tratando de decidir si Jamie se habría burlado de mí.

—Os echaré de menos —dijo Jared por cuarta vez en media hora. Parecía triste de verdad. Su viaje a Alemania había sido un éxito—. Ah, bien. Por mucho que quiera quedarme con el muchacho, no puedo negarle la alegría de la vuelta a casa. Tal vez os visite algún día, querida; hace mucho tiempo que no voy a Escocia.

—También nosotros te echaremos de menos —le respondí. Había otras personas a las que extrañaría: Louise, la madre Hildegarde, *Herr* Gerstmann y, sobre todo, el maestro Raymond. Sin embargo, esperaba el momento de volver a Escocia, a Lallybroch. No deseaba regresar a París, y había personas a quienes de ninguna manera quería volver a ver: Luis de Francia, por ejemplo.

Tampoco a Carlos Estuardo. Una investigación entre los jacobitas parisinos había confirmado la impresión inicial de Jamie: la pequeña explosión de optimismo de Carlos por su «gran empresa» se había esfumado. Y a pesar de que los súbditos leales al rey Jacobo seguían apoyando a su soberano, no parecía probable que aquella lealtad los llevara a la acción.

«Pues que Carlos se las arregle con el exilio», pensé. El nuestro había terminado: volvíamos a casa.

—El equipaje está a bordo —me dijo una hosca voz escocesa al oído—. El capitán del barco dice que debéis subir; zarparemos con la marea.

Jared se volvió hacia Murtagh; luego miró a derecha e izquierda del espigón.

—¿Dónde está Jamie? —preguntó.

Murtagh sacudió la cabeza hacia el muelle.

—En una taberna. Emborrachándose.

Me había preguntado cómo planeaba Jamie soportar el cruce del Canal. En el lugar que Murtagh indicaba, vi a Fergus, sentado cerca de la entrada de un bar, montando guardia.

Jared, a quien la incapacidad de su sobrino al principio le produjo incredulidad y después risa, sonrió al escuchar esta noticia.

—¿Ah, sí? —preguntó—. Bueno, espero que haya terminado su última copa cuando vayamos a buscarlo. De lo contrario va a ser difícil arrastrarlo por la pasarela.

—¿Y por qué lo ha hecho? —pregunté a Murtagh, algo irritada—. Le dije que tenía láudano. Se dormiría mucho más rápido.

Murtagh se limitó a pestañear una vez.

—Sí. Dijo que si iba a tener dolor de cabeza, prefería disfrutarlo. Y el *whisky* tiene mucho mejor sabor que ésa porquería negra. Vamos, entonces, si quieres ayudarme.

En el camarote delantero del *Portia*, me senté en la litera del capitán, observando las idas y venidas de la marea, con la cabeza de mi marido sobre las rodillas.

Un ojo se entreabrió y me miró. Le quité el pelo húmedo de la frente. Apestaba a coñac y *whisky*.

—Cuando te despiertes en Escocia vas a sentirte como el mismo demonio —le previne.

El otro ojo se abrió y observó la luz movediza reflejada en el techo de madera. Después me miró; sus ojos parecían charcos profundos de azul límpido.

—Prefiero sentir el infierno después y no ahora —dijo—; prefiero después, toda la vida.

Los caballos parecían tan ansiosos como nosotros; presintiendo la cercanía de los establos y de comida, empezaron a apretar el paso

Pensé que me vendría bien un baño y algo para comer cuando mi caballo, que llevaba la delantera, enterró las patas en el polvo rojizo y se detuvo en seco. Sacudió la cabeza con vehemencia, bufando y resoplando.

—Eh, ¿qué sucede? ¿Tienes una abeja en el hocico? —Jamie desmontó y se apresuró a sujetar las riendas de la yegua. Al sentir que el ancho lomo temblaba y se retorció debajo de mí, desmonté.

—¿Qué le pasa? —Miré con curiosidad al animal, que retrocedía cuando Jamie apretaba la rienda, sacudiendo la crin, con los ojos saltones. Los demás caballos, contagiados por su inquietud, también empezaron a moverse y patear.

Jamie echó un vistazo sobre su hombro, al camino vacío.

—Ha visto algo.

Fergus se levantó en sus estribos y miró más allá de la yegua, haciendo visera con las manos. Bajó la mano y me miró, encogiéndose de hombros.

Me encogí de hombros también; no parecía haber nada que molestara a la yegua; el sendero y los campos estaban vacíos; el grano maduraba y se secaba con el último sol del verano. La arboleda más cercana estaba a más de cien metros de distancia. En aquellas tierras apenas había lobos y ningún zorro ni tejón molestaría a un caballo a esa distancia.

Abandonando el intento de hacer avanzar al caballo, Jamie lo hizo caminar en semicírculo.

Hizo una seña a Murtagh para que apartara los caballos del camino, montó en el animal, y lo instó a avanzar, hablándole suavemente al oído. Avanzó vacilante, pero sin resistencia, hasta que llegó al punto donde se había detenido antes. Allí volvió a pararse, se puso a temblar y no quiso dar un paso más.

—Está bien —dijo Jamie, resignado—. Haz lo que quieras. —Giró la cabeza del caballo y lo condujo al campo. Nosotros los seguimos; los caballos inclinaron las cabezas para arrancar algún que otro bocado mientras atravesábamos el campo.

Justo debajo de la cima de la colina, oí un breve ladrido de advertencia. Bajamos al camino y encontramos un perro ovejero negro y blanco que estaba de custodia, con la cabeza erguida, el rabo tieso y la mirada vigilante.

Lanzó otro ladrido corto, y otra figura igual, también negra y blanca, emergió de un grupo de alisos, seguido más lentamente por una figura alta y delgada, vestida con una capa marrón.

—¡Ian!

—¡Jamie!

Jamie me devolvió las riendas del caballo y corrió al encuentro de su cuñado. Los dos hombres se abrazaron, riendo y dándose palmadas en la espalda.

—No os esperábamos hasta mañana —decía Ian, con el rostro rebosante de alegría.

—Hemos tenido una buena travesía —explicó Jamie—. O eso es lo que dice Claire. Yo no pude notar nada, mareado como estaba. —Me miró, sonriendo, y Ian se acercó para estrecharme la mano.

—Buena hermana —dijo. Luego sonrió—. Claire. —Impulsivamente, me besó la mano.

—Jenny no ha hecho más que cocinar y limpiar —dijo—. Tenéis suerte si conseguís un colchón para esta noche. Los ha sacado todos para varearlos.

—Después de tres noches durmiendo en los brezales, no me importaría dormir en el suelo —le aseguré—. ¿Están bien Jenny y los chicos?

—Ah, sí. Esperamos otro —añadió—. Para febrero.

—¿Otro? —preguntamos Jamie y yo al mismo tiempo. Ian se ruborizó.

—Pero por Dios, hombre, la pequeña Maggie no tiene ni un año —dijo Jamie—. ¿No tienes sentido de moderación?

—¿Yo? —dijo Ian indignado—. ¿Acaso crees que tuve algo que ver?

—Bueno, si no fuiste tú, estarás interesado en saber quién fue —dijo Jamie, sonriendo.

El rubor se transformó en rosa profundo, que contrastó con el suave pelo castaño de Ian.

—Sabes muy bien lo que quiero decir. Dormí dos meses con el pequeño Jamie, pero después Jenny...

—No estarás diciéndome que mi hermana es una desenfrenada, ¿no?

—Estoy diciendo que es tan terca como su hermano cuando quiere salirse con la suya —replicó Ian. Amagó a un lado, se echó hacia atrás y dio un golpe en la boca del estómago de Jamie. Jamie se dobló, riéndose.

—Entonces es una suerte que haya vuelto —dijo—. Te ayudaré a tenerla bajo control.

—¿Ah, sí? —preguntó Ian—. Llamaré a todos los arrendatarios para que observen.

—Has perdido algunas ovejas, ¿no? —le preguntó Jamie, cambiando de tema.

—Quince hembras y un macho —dijo Ian—. Del rebaño de merinos de Jenny, que cría para lana. El carnero es un desgraciado: rompió la cerca y desapareció. Pensé que podrían estar pastando arriba, pero no hay señales de ellos.

—Nosotros no los hemos visto —aseguré.

—Ah, no —dijo Ian—. Ninguno de los animales va más allá de la cabaña.

—¿La cabaña? —dijo Fergus poniendo su yegua a la altura de la mía—. Yo no he visto ninguna cabaña, milord. Sólo un montón de piedras.

—Eso es todo lo que queda de la cabaña de MacNab, muchacho —le dijo Ian. Entrecerró los ojos, mirando a Fergus, cuya figura se recortaba contra el sol del crepúsculo—. Y te recomiendo que tú tampoco te acerques.

Pese al calor que hacía, se me erizó el pelo en la nuca. Ronald MacNab era el arrendatario que había traicionado a Jamie, delatándolo a los hombres de la guardia inglesa hacía un año, y que murió al ser descubierta su traición.

Había muerto, recordé, entre las cenizas de su casa, quemada por los hombres de Lallybroch. Los restos de las chimeneas, tan inocentes cuando las pasamos momentos atrás, tenían el triste aspecto de un mojón. Tragué saliva, tratando de echar atrás el sabor amargo que sentía en la garganta.

—¿MacNab? —preguntó Jamie con voz suave. Su expresión cambió—. ¿Ronnie MacNab?

Yo le había contado a Jamie la traición de MacNab y su muerte, pero no los detalles de ésta.

Ian asintió.

—Sí. Murió allí la noche que te llevaron los ingleses, Jamie. El techo de paja debió de haberse encendido con una chispa, y él debía de estar demasiado borracho para salir a tiempo. —Miró los ojos de Jamie; el tono de broma había desaparecido.

—¿Y la mujer y los hijos? —La mirada de Jamie era como la de Ian: fría e inescrutable.

—Están bien. Mary MacNab friega en nuestra casa y Rabbie trabaja en las cuadras. —Ian echó un vistazo involuntario a la cabaña arruinada—. Mary sube allí de vez en cuando; es la única que va.

—Entonces ¿lo quería? —Jamie se había girado hacia la cabaña, así que no le vi la cara, pero noté que estaba tenso.

Ian se encogió de hombros.

—No lo creo. Ronnie era un borracho empedernido; ni siquiera su madre lo soportaba. No, creo que Mary se siente obligada a rezar por su alma... aunque no creo que a él le sirva de mucho —añadió.

—Ah. —Jamie se quedó pensando; después se dirigió a la colina.

—Jamie —dije, pero ya estaba caminando por el sendero, hacia el pequeño claro junto a la arboleda. Le entregué las riendas a Fergus quien las cogió, sorprendido.

—Quédate aquí con los caballos —le dije—. Tengo que ir con él. —Ian quería ir conmigo, pero Murtagh lo detuvo con un movimiento de cabeza. Subí sola, siguiendo a Jamie por la cresta de la colina.

Jamie había llegado al pequeño claro antes de que yo pudiera alcanzarlo. Se detuvo en el borde de lo que había sido la pared exterior de la cabaña. La forma cuadrada del suelo todavía era visible.

Había pocos indicios del incendio, excepto algunos trozos de madera chamuscada cerca del hogar de piedras. Con cuidado, para no pasar los límites de la pared exterior, Jamie empezó a caminar alrededor del claro. Lo hizo tres veces, caminando siempre a la izquierda, para evitar el mal que pudiera haber quedado en el lugar.

Permanecí a un lado, observándolo. Era una ceremonia privada, pero no podía dejarlo solo. Aunque no me miraba, yo sabía que se alegraba por mi presencia.

Por fin se detuvo junto al montón de piedras caídas, se agachó, y cautelosamente puso una mano sobre las piedras, cerrando los ojos, como si estuviera rezando. Luego levantó una piedra del tamaño de su puño y con mucho cuidado la colocó sobre el montón, como para sofocar el alma inquieta del fantasma. Se persignó, se volvió y fue hacia mí con paso firme y sin prisa.

—No mires atrás —me dijo, cogiéndome del brazo para regresar al camino.

No lo hice.

Jamie, Fergus y Murtagh acompañaron a Ian a buscar las ovejas y yo llevé los caballos a casa, sola. No era ninguna experta en caballos pero pensé que podía arreglármelas, siempre y cuando nada inesperado se interpusiera en mi camino.

La primera vez que habíamos ido a Lallybroch, huíamos los dos; yo, del futuro; Jamie, del pasado. Nuestra estancia había sido feliz pero frágil e insegura; teníamos miedo de ser descubiertos y de que cogieran a Jamie. Pero gracias a la intervención del duque de Sandringham, Jamie podía tomar posesión de sus derechos y yo ocupar mi lugar a su lado como esposa legal.

En aquella ocasión habíamos llegado desaliñados, sin anunciarnos, como una violenta irrupción en la vida de la casa. Esta vez habíamos anunciado nuestra llegada con la debida ceremonia y llevábamos regalos de Francia. Pese a que estaba segura de que nos recibirían con toda cordialidad, me preguntaba cómo tomarían nuestro regreso permanente Jenny y su marido Ian. Después de todo, vivían como amos de todo desde hacía varios años: desde la muerte del padre de Jamie y Jenny. Transpuse la última colina sin

problemas y apareció a mis pies la casa solariega y sus dependencias. De repente mi caballo se asustó; y yo también. Traté de mantener bajo control las riendas mientras la yegua saltaba y se sacudía, alarmada.

No podía culparla; en una esquina de la casa habían aparecido dos enormes objetos peludos.

—¡Detente! —grité—. ¡Sooo! —Todos los caballos se retorcían y tironeaban; estaba a punto de enfrentarme a una estampida. «Bonita bienvenida —pensé—, si permito que el nuevo caballo de cría de Jamie se rompa las patas».

Jenny Fraser Murray, liberada de la carga del colchón de plumas que había estado sosteniendo, fue corriendo por el sendero.

Sin un momento de vacilación cogió las riendas del animal que tenía más cerca, y tiró con fuerza hacia abajo.

—¡Sooo! —dijo. El caballo, que evidentemente había reconocido una voz autoritaria, obedeció. Con un poco de esfuerzo los otros caballos se calmaron. Cuando pude desmontar de mi silla, se nos había acercado otra mujer y un niño de nueve o diez años, que prestó una mano experta con el resto de las bestias.

Reconocí al joven Rabbie MacNab y deduje que la mujer debía de ser su madre, Mary. El bullicio de los caballos, la carga y los colchones impedían conversar mucho, pero tuve tiempo para darle un breve abrazo a Jenny. Olía a canela, a miel y a sudor limpio, producto del trabajo, con un poco de perfume a bebé, es decir, a leche vomitada.

Nos abrazamos con fuerza un momento, recordando nuestro último abrazo, cuando nos despedimos en las afueras de un bosque oscuro: yo para ir en busca de Jamie y ella para regresar con su hija recién nacida.

—¿Cómo está la pequeña Maggie? —pregunté cuando nos separamos.

Jenny hizo una mueca.

—Está empezando a dar sus primeros pasos; es el terror de la casa. —Miró el sendero vacío—. ¿Os habéis cruzado con Ian?

—Sí, Jamie, Murtagh y Fergus han ido con él a buscar las ovejas.

—Es mejor que lo hagan ellos —dijo—. En cualquier momento empezará a llover. Que Rabbie lleve los caballos a las cuadras y tú ayúdame con los colchones si no queréis dormir mojados esta noche.

Comenzamos a trabajar frenéticamente; cuando empezó a llover, Jenny y yo estábamos sentadas cómodamente en la sala, deshaciendo los paquetes que habíamos llevado de Francia y admirando el tamaño de la pequeña Maggie, una hermosa y vivaz criatura de unos diez meses, de ojos redondos y azules; y al pequeño Jamie, un muchachito robusto de casi cuatro años. El niño que esperaba no era más que un bultito debajo del delantal de Jenny, pero vi que su mano se apoyaba con ternura allí de vez en cuando, y sentí cierta angustia al verla.

—Has mencionado a un tal Fergus —dijo Jenny—. ¿Quién es?

—Ah, ¿Fergus? Él es... bueno, es... —vacilé, sin saber cómo describirlo. Las perspectivas de un carterista para trabajar en una granja parecían limitadas—. Es de Jamie —respondí por fin.

—¿Ah, sí? Bueno, supongo que podrá dormir en el establo —dijo Jenny, resignada—. Hablando de Jamie —echó un vistazo por la ventana— espero que encuentren pronto esas ovejas. Tengo una buena cena preparada y no quisiera que se echara a perder por la tardanza.

De hecho ya había oscurecido y Mary MacNab había puesto la mesa. La observé mientras trabajaba: era una mujer pequeña y de huesos finos, con cabello castaño oscuro y cierto aspecto preocupado que se convirtió en sonrisa cuando Rabbie regresó de los establos y fue a la cocina, preguntando hambriento cuándo se cenaba.

—Cuando vuelvan los hombres, *mo luaidh* —respondió—. Ya lo sabes. Ve a lavarte, así ya estarás listo.

Cuando por fin llegaron los hombres, tenían aspecto de necesitar un baño.

Jenny miró a su hermano, al que no veía desde hacía casi un año. Paseó la mirada desde el pelo empapado hasta los pies llenos de barro y señaló el suelo.

—Sal y quítate las botas —dijo—. Y si has estado en la tierra alta; acuérdate de orinar sobre el marco de la puerta antes de regresar. Así se impide que un fantasma entre en la casa —me explicó en voz baja, con una rápida mirada hacia la puerta por la que había salido Mary MacNab para llevar la cena.

Jamie se dejó caer en una silla, abrió un ojo y miró a su hermana.

—Desembarco en Escocia casi muerto por la travesía, cabalgo durante

cuatro días por las colinas para llegar aquí y cuando llego ni siquiera puedo entrar en casa a tomar un trago; por el contrario, salgo a buscar ovejas perdidas. Y cuando por fin llego, quieres echarme otra vez a la oscuridad para orinar sobre la puerta. ¡Puaf! —Volvió a cerrar el ojo, cruzó las manos sobre el estómago y se hundió en su silla.

—Querido Jamie —dijo su hermana—. ¿Quieres tu cena, o se la doy a los perros?

Permaneció inmóvil un largo rato, con los ojos cerrados. Después se levantó con mucho esfuerzo. Con un ademán del hombro, llamó a Ian y siguieron a Murtagh, que ya estaba fuera. Cuando salía, Jamie se agachó y con un largo brazo puso en pie a Fergus y lo arrastró con él.

—Bienvenido a casa —dijo Jamie de mal humor y, con una última mirada melancólica al fuego y al *whisky*, se arrastró una vez más hacia la noche.

## *Correspondencia*

Después de aquella fría bienvenida, las cosas mejoraron rápidamente. Lallybroch absorbió a Jamie como si nunca se hubiera ido, y yo también entré sin esfuerzo en la vida de granja. Era un otoño inestable, con lluvia frecuente, pero también con bellos días soleados. El lugar bullía de vida. Era la época de la cosecha y todo el mundo corría; además, había que hacer los preparativos para el invierno.

Todas las granjas de las Tierras Altas estaban aisladas, pero Lallybroch lo estaba más aún. No había buenos caminos que llevaran a ella, aunque llegaba el correo; el mensajero subía por los riscos y las laderas cubiertas de brezo. Era la única conexión con el mundo exterior, un mundo que se tornaba irreal en el recuerdo. A veces tenía la sensación de que no era yo la que había bailado entre los espejos de Versalles. Pero las cartas nos devolvían a Francia, y al leerlas veía los álamos de la Rue Tremoulins y oía las campanadas de la catedral que había al lado del Hôpital des Anges.

Louise tuvo un hijo varón. Sus cartas ponderaban a su Henri. Al padre no lo mencionaba.

Tampoco la carta de Carlos Estuardo, que llegó un mes después, mencionaba al niño; según Jamie, era más incoherente que de costumbre; todo eran planes vagos y grandiosos.

El conde de Mar escribió una carta sobria y circunspecta, que evidenciaba

su irritación con Carlos. El *Bonnie Prince* no se estaba portando bien. Era grosero y autoritario con sus súbditos más leales, hacía caso omiso de los que podían ayudarlo e insultaba a los demás; hablaba sin tino y bebía en exceso. Todo esto se adivinaba entre líneas. Dada la actitud de la época con respecto al consumo de alcohol por parte de los caballeros, pensé que la conducta de Carlos debió de haber sido espectacular para merecer semejantes comentarios. Supuse que el nacimiento de su hijo no le había pasado inadvertido.

La madre Hildegarde escribía de vez en cuando. Sus cartas eran breves esquelas escritas entre tarea y tarea. Todas terminaban igual: «Bouton también envía sus saludos».

El maestro Raymond no me escribía, pero de vez en cuando me llegaba un paquete sin remite que contenía cosas extrañas: hierbas raras y pequeños cristales o una colección de piedras lisas, con forma de disco y algunas con una figura diminuta tallada, con letras encima o en el reverso. Me enviaba huesos: una pezuña de oso, las vértebras de una serpiente pequeña; otro paquete contenía dientes, desde unos redondeados, que según Jamie provenían de una foca, o el diente afilado de un ciervo, hasta otro que parecía un molar humano.

De vez en cuando llevaba en el bolsillo algunas de las piedras. Lo único que sabía es que eran antiguas; databan por lo menos de la época romana, tal vez de antes. Y por el aspecto de algunas de las criaturas talladas, la intención original debía de haber sido que fueran mágicas. No sabía si poseían alguna virtud real, como las hierbas, o si eran simples símbolos, como los signos de la Cábala. Pero me gustaban.

Aunque disfrutaba de las tareas domésticas, me gustaban más los paseos por la región. Siempre llevaba un gran cesto con regalos para los niños y medicamentos necesarios; la pobreza y la falta de higiene hacían que las enfermedades fueran comunes, y no había médicos desde Fort Williams, al norte, hasta Inverness, al sur.

Algunas enfermedades podían ser tratadas, como las encías sangrantes o las erupciones de la piel, típicas del escorbuto leve. Otras se hallaban más allá de mi poder.

Apoyé una mano sobre la cabeza de Rabbie MacNab.

—Ahora está bien —dije. Su madre se dio cuenta tanto como yo; el niño dormía.

—Gracias a la Virgen —murmuró Mary MacNab, persignándose—. Y a vos, milady.

—Pero yo no he hecho nada —protesté. Lo cual era cierto; la única ayuda que había prestado a Rabbie era hacer que su madre lo dejara tranquilo. De hecho, había necesitado mucha determinación para que dejara de obligarlo a comer salvado mezclado con sangre de gallo, agitar plumas quemadas bajo su nariz o echarle agua fría: ninguno de estos remedios era de mucha utilidad en un ataque de epilepsia. Cuando llegué, la madre de Rabbie se estaba lamentando por no haber podido administrarle el más efectivo de los remedios: agua de manantial bebida en la calavera de un suicida.

—Me asusto tanto cuando lo veo así —dijo Mary MacNab—. La última vez que le pasó llamé al padre MacMurtry, y él rezó muchísimo tiempo y lo salpicó con agua bendita para echar fuera los demonios. Pero ahora han vuelto. —Apretó ambas manos como si quisiera tocar a su hijo pero no se decidiera a hacerlo.

—No son demonios —dije—. Es sólo una enfermedad, y tampoco es muy grave.

—Si lo decís vos, milady... —murmuró; se veía que no estaba convencida.

—Estará bien. —Traté de consolar a la mujer—. Siempre se recupera de estos ataques, ¿no? —Los ataques habían comenzado hacía dos años, probablemente como resultado de los golpes administrados por su difunto padre, pensé. Aunque los ataques no eran muy frecuentes, su madre se aterrorizaba cuando se producían.

—Sí... aunque a veces se golpea la cabeza muy fuerte.

—Sí, ése es un riesgo —dije—. Si vuelve a hacerlo, aléjalo de cualquier objeto duro y déjalo solo. Sé que suena mal, pero es lo mejor. Deja que el ataque siga su curso y, cuando haya terminado, acuéstalo. —Sabía que mis palabras tenían un valor relativo, por más ciertas que fuesen.

Cuando me volví para irme, oí un ruidito en el bolsillo de mi falda y tuve

una inspiración repentina. Metí la mano y saqué un par de piedras mágicas suaves y pequeñas. Elegí una blanca con la figura de un hombre retorciéndose. «Así que para eso es», pensé.

—Cósele esto en el bolsillo —dije, colocando la pequeña piedra mágica en la mano de la mujer—. Lo protegerá de... de los demonios. —Me aclaré la garganta—. No te preocupes por él aunque tenga otro ataque; lo superará.

Entonces me marché. No estaba segura de si me estaba convirtiendo en una médica mejor o en una charlatana con más experiencia. Sin embargo, aunque no era mucho lo que podía hacer por Rabbie, podía ayudar a su madre... o permitir que se ayudara, por lo menos. La curación proviene del paciente, no del médico. Eso me lo había enseñado Raymond.

Dejé a los MacNab para continuar con mis faenas. Visité dos de las cabañas del oeste de la granja. Todo estaba en orden en casa de los Kirby y de los Weston Fraser. Cuando regresaba, me senté bajo una haya para descansar un momento. El tronco del árbol era liso, pero todavía había bastantes hojas en su copa. Me apoyé y cerré los ojos. El encierro en las cabañas de los agricultores me había dado dolor de cabeza. La apoyé en la suave corteza y empecé a respirar profundamente. Era un intento de emular la sensación que el maestro Raymond me había provocado en el Hôpital des Anges; evocar la visión y sensación de cada parte de mi ser, imaginando exactamente cómo se veía y qué sentía cada uno de los diversos órganos y sistemas funcionando normalmente.

Me quedé sentada escuchando los latidos de mi corazón. Al principio el ritmo era rápido, por el esfuerzo de la subida, pero enseguida disminuyó. Permanecí sentada con los ojos cerrados y seguí el recorrido de mi sangre. Sentía la piel sensible y los labios algo hinchados.

El dolor de cabeza había desaparecido. Me quedé allí un rato respirando. Después me levanté y bajé la colina, camino a casa.

En realidad, nunca había tenido un hogar. Huérfana a los cinco años, había llevado una vida académica errante junto a mi tío Lamb durante los trece años siguientes: había vivido en tiendas, en cuevas y en pirámides vacías. Quentin Lambert Beauchamp, doctor en Filosofía y no sé cuantos títulos más,

era un famoso arqueólogo cuando un accidente de coche terminó con la vida de su hermano, mi padre, y yo quedé en manos de él. Como no era persona que se fijara en detalles minúsculos como una sobrina huérfana, el tío Lamb me había metido interna en una escuela.

Pero yo no quise aceptar los caprichos del destino sin luchar y me opuse a ir allí. Y el tío Lamb reconoció algo en mí que él poseía en grandes cantidades, se encogió de hombros y me arrancó para siempre de un mundo de orden y rutina, sábanas limpias y baños diarios para seguirlo en su vida de vagabundo.

Aquella vida nómada había continuado con Frank, con la diferencia de que éste trabajaba en universidades en lugar de campos, pues las excavaciones de un historiador por lo general se realizan entre paredes. Así que, cuando estalló la guerra en 1939, fue menos terrible para mí que para la mayoría.

Me había mudado del último apartamento que alquilamos al Hospital Pembroke, y de allí a Francia; antes de terminar la guerra, estaba de regreso a Pembroke. Y después unos breves meses con Frank, antes de viajar a Escocia para reencontrarnos... y una vez allí perdersenos de una vez y para siempre.

Por todo esto me parecía extraño, y al mismo tiempo maravilloso, despertarme en la granja de Lallybroch, junto a Jamie, y recordar que él había nacido en aquella cama. Todos los sonidos de la casa los había oído él con tanta frecuencia que ya no los percibía. Pero yo sí. Su madre, Ellen, había plantado el rosal de la entrada.

Más allá de la casa propiamente dicha se extendía Lallybroch; campos, graneros, pueblo y pequeñas granjas. Jamie había pescado en los arroyos que bajaba de las colinas, había trepado a los robles y a los imponentes alerces y había comido junto a la chimenea de cada una de las granjas. Era su lugar.

Sin embargo, él también había vivido en medio del desorden y el cambio. La prisión, la fuga, la vida sin raíces de un mercenario. Otra vez la prisión y la tortura, el exilio. Pero había vivido en un solo sitio sus primeros catorce años. Y aunque fue enviado, según la costumbre, a vivir dos años con el hermano de su madre, Dougal MacKenzie, era parte de la vida que se esperaba de un hombre que regresaría a vivir para siempre en su tierra, para cuidar a sus arrendatarios y sus propiedades. La permanencia era su destino.

Mientras descendía de la colina, lo vi más abajo, arreglando una pared de piedra que servía de límite con uno de los campos más pequeños. Cerca de él, sobre el suelo, yacían un par de conejos, casi destripados pero sin despellejar.

—«A casa llega el marinero, a casa desde el mar, y el cazador a casa desde la montaña» —citó, sonriendo, al acercarme.

Me devolvió la sonrisa, se secó el sudor de la frente y fingió tiritar.

—No me nombres el mar, *Sassenach*. Esta mañana he visto a dos chicos haciendo flotar un trozo de madera en el estanque y casi vomité el desayuno.

Me eché a reír.

—Entonces ¿no tienes prisa por regresar a Francia?

—¡No, Dios me libre! Ni siquiera por el coñac. ¿Vuelves a casa?

—Sí. ¿Quieres que lleve los conejos?

Sacudió la cabeza y se inclinó para recogerlos.

—No es necesario; yo también vuelvo. Ian necesita ayuda en el nuevo sótano para las patatas.

La primera cosecha de patatas de Lallybroch tendría lugar en esos días y, siguiendo mi tímido e inexperto consejo, se estaba cavando un pequeño sótano para almacenarlas. Cada vez que miraba el campo de patatas tenía sentimientos encontrados al respecto: por una parte me sentía orgullosa al ver las numerosas hojas que lo cubrían. Pero por otra, sentía pánico al pensar que sesenta familias dependían de lo que había debajo para pasar el invierno. Siguiendo mi consejo, un excelente campo de cebada había sido utilizado para plantar patatas, una planta desconocida en las Tierras Altas por aquella época.

Sabía que, con el tiempo, las patatas se convertirían en una importante fuente de ingresos en las Tierras Altas, menos vulnerables a las plagas que la avena y la cebada. Sin embargo, saberlo por un párrafo que había leído en un libro de geografía hacía tiempo era muy diferente a aceptar la responsabilidad de la vida de las personas.

Me pregunté si la tarea de asumir riesgos por otras personas se hacía más fácil con el tiempo. Jamie lo hacía de forma rutinaria: manejaba los asuntos de la heredad como si hubiera nacido para eso. Pero, claro, *había* nacido para eso.

—¿Ya está terminado el sótano? —pregunté.

—Ah, casi. Ian tiene listas las puertas y el foso ya casi está cavado. El único problema es que hay un pedazo de tierra blanda cerca de la parte de atrás y la pata de palo se le entierra cuando trabaja allí. —Pese a que Ian se las arreglaba bastante bien con la pata de madera que usaba como sustituto de la pantorrilla derecha, en ciertas ocasiones le resultaba incómoda.

Jamie miró la colina.

—Es necesario terminar el sótano hoy; lloverá antes de que amanezca.

Me volví para mirar en la dirección de su mirada. Sobre la colina no se veía otra cosa que hierba y brezo, algunos árboles y las rocosas grietas del granito que sobresalían entre la exuberante vegetación.

—¿Y cómo diablos lo sabes?

Jamie sonrió, señalando la colina con la barbilla.

—¿Ves aquel roble pequeño? ¿Y el fresno que está al lado?

Observé los árboles, confundida.

—Sí. ¿Qué tienen?

—Las hojas. ¿No ves que los dos árboles parecen más ligeros que de costumbre? Cuando hay humedad en el aire, las hojas de un roble o de un fresno se vuelven y el árbol parece bastante más claro.

—Supongo que sí —dije, dubitativa—. Si conoces el color normal del árbol.

Jamie se echó a reír y me cogió del brazo.

—Tal vez no tenga oído para la música, *Sassenach*, pero tengo ojos. Y he visto esos árboles tal vez diez mil veces, en todo tipo de clima. —Dijo mientras caminábamos en silencio—. ¿Echas de menos Francia, *Sassenach*? —preguntó un poco después.

—No —respondí sorprendida—. ¿Por qué?

Se encogió de hombros, sin mirarme.

—Bueno, al verte bajar la colina con el cesto en el brazo, pensaba en lo hermosa que estabas, como si siempre hubieras formado parte de este lugar. Y entonces se me ocurrió que tal vez, para ti, Lallybroch es un lugar pobre. No tenemos vida social, como teníamos en Francia; ni siquiera trabajo interesante, como tenías en el hospital. —Me miró con timidez—. Supongo que tengo miedo de que te aburras aquí... después de un tiempo.

Hice una pausa antes de responder, aunque ya lo había pensado antes.

—Después de un tiempo —repetí—. Jamie, en mi vida he visto muchas cosas y he estado en muchísimos lugares. De donde vengo... hay cosas que a veces echo de menos. Me gustaría volver a subirme a un autobús londinense, o coger un teléfono y hablar con alguien que está lejos. Me gustaría abrir un grifo y tener agua caliente, en lugar de acarrearla desde el pozo y calentarla en un caldero. Me gustaría... pero no lo necesito. Con respecto a la gran vida que llevábamos, no la quería cuando la teníamos. La ropa elegante me gusta mucho, pero si va acompañada de chismes, intrigas, preocupaciones, fiestas estúpidas y reglas de etiqueta... no. Prefiero quedarme en camisón y decir lo que pienso.

Se echó a reír y volví a apretarle el brazo.

—Con respecto al trabajo... aquí tengo mucho. —Eché un vistazo al cesto con hierbas y medicinas que me colgaba del brazo—. Puede ser de utilidad. Y si echo de menos a la madre Hildegarde, o a mis otros amigos... bueno, no es tan rápido como el teléfono, pero siempre están las cartas. —Callé un momento y luego dije—: Jamie... sólo quiero estar donde tú estés. Nada más.

Permaneció en silencio un momento, después se inclinó y me besó muy suavemente en la frente.

\* \* \*

—Es gracioso —dije, mientras ascendíamos la última colina que llevaba a la casa—. Me estaba preguntando lo mismo de ti. Si eras feliz aquí, después de lo que hiciste en Francia.

Jamie sonrió y miró hacia la casa.

—Bueno, es mi hogar, *Sassenach*. Es mi lugar.

Le toqué con suavidad el brazo.

—Y naciste para esto, ¿verdad?

Respiró profundamente y apoyó la mano en la verja de madera que rodeaba la casa.

—Bueno, en realidad no nací para esto, *Sassenach*. Por derecho, tendría que haber sido Willie el terrateniente. Si él hubiera vivido, supongo que yo

habría sido soldado... o quizá mercader, como Jared.

Willie, el hermano mayor de Jamie, había muerto de viruela a los once años, dejando a su hermano menor, de seis, como heredero de Lallybroch.

Jamie hizo un extraño gesto como si se encogiera de hombros buscando aliviar la presión de la camisa. Era un ademán que hacía cuando se sentía torpe o inseguro; hacía meses que no lo veía hacerlo.

—Pero Willie murió. Así que soy el terrateniente. —Me observó con cierta timidez y después metió la mano en su alforja y sacó algo: una pequeña serpiente de madera de cerezo que Willie le había tallado como regalo de cumpleaños. Jamie la acarició suavemente—. A veces hablo con Willie —me contó—. Si hubieras vivido, hermano, si hubieras sido terrateniente como debías, ¿habrías tomado la misma decisión que yo? ¿O habrías encontrado una manera mejor? —Bajó la mirada—. ¿Suena muy tonto?

—No. —Toqué la suave cabeza de la serpiente con la punta del dedo. A lo lejos se oyó el grito agudo y claro de una alondra.

—Yo hago lo mismo —dije—. Con el tío Lamb. Y con mis padres. Con mi madre especialmente. No... no pensaba mucho en ella cuando era más pequeña, sólo de vez en cuando soñaba con alguien suave y cálido, con un hermoso canto. Pero cuando estuve enferma, después de... a veces me imaginaba que estaba conmigo. A mi lado. —Una repentina ola de dolor me invadió al recordar las pérdidas recientes y pasadas.

Jamie me acarició el rostro, enjugando la lágrima que se me había formado en el extremo de un ojo pero que no había derramado.

—Creo que a veces los muertos nos hablan, como nosotros a ellos. Vamos, *Sassenach*. Paseemos un poco, tenemos tiempo antes de cenar.

Enlazó su brazo con el mío y caminamos a lo largo de la verja, lentamente.

—Sabes a qué me refiero, *Sassenach* —dijo Jamie—. A veces escucho la voz de mi padre. Por lo general cuando ni siquiera estoy pensando en él.

Se rió de repente y señaló con la cabeza hacia un rincón de césped que había frente a nosotros.

—Es extraño, pero nunca lo he oído en ese lugar.

No era un sitio nada llamativo: un portón de madera en la verja de piedra paralela al camino.

—¿De veras? ¿Y aquí qué solía decirte?

—Por lo general era: «Si ya has terminado de hablar, Jamie, date la vuelta e inclínate».

Nos echamos a reír haciendo una pausa para inclinarnos sobre la verja.

—¿Así que aquí es donde te daban las palizas? No veo ninguna marca de dientes —dije.

—No, no era tan malo —respondió, riéndose.

—Ian y yo siempre nos clavábamos astillas. Y volvíamos a casa para que la señora Crook o Jenny nos las quitaran... nos regañaban siempre.

Eché un vistazo a la casa; las ventanas del primer piso ya estaban iluminadas. Podíamos ver las siluetas dentro: sombras pequeñas en las ventanas de la cocina, donde la señora Crook y las criadas hacían los preparativos para la cena; una forma más grande, alta y delgada en una de las ventanas de la sala de estar. Ian se detuvo un momento al lado de la ventana, como si el recuerdo de Jamie lo hubiera evocado. Después corrió las cortinas y la luz se hizo más tenue.

—Siempre me alegraba de que Ian estuviera conmigo —dijo Jamie, todavía mirando la casa—. Sobre todo cuando nos atrapaban en alguna travesura y nos daban una paliza.

—En los malos momentos es buena la compañía —dije, sonriendo.

—Así es. No me sentía tan malo cuando éramos dos para compartir la culpa. Pero lo que más me gustaba era que podía contar con él para hacer mucho ruido.

—¿Te refieres a gritar?

—Sí. Siempre aullaba y chillaba, así que no me daban tanta vergüenza mis gritos. Claro que siempre trataba de no gritar, pero no siempre podía. Si mi padre creía que valía la pena la paliza, lo hacía bien. Y el padre de Ian tenía el brazo derecho como un tronco de árbol.

—¿Sabes? —dije—. No lo había pensado antes, pero ¿por qué tu padre te zurraba aquí fuera? Hay espacio suficiente en la casa... o en el granero.

Jamie permaneció en silencio un momento, y después volvió a encogerse de hombros.

—Nunca se lo pregunté. Pero supongo que era por algo parecido a lo del rey de Francia.

—¿El rey de Francia? —La conclusión me cogió por sorpresa.

—Sí —dijo—. No sé qué se siente al tener que lavarse, vestirse y vaciar los intestinos en público, pero te aseguro que es una experiencia muy humillante tener que explicarle a uno de los arrendatarios de tu padre qué hiciste para que estén a punto de darte una paliza.

—Supongo que sí —dije, con compasión mezclada con las ganas de reírme—. ¿Quieres decir, que te pegaba aquí porque ibas a ser el terrateniente?

—Supongo que sí. De ese modo los arrendatarios sabían que comprendía la justicia... por lo menos, desde el extremo que la recibe.

### *Campo de sueños*

El campo había sido arado como de costumbre, con grandes montículos de tierra y profundos surcos.

—Decía «colinas» —dijo Ian, echando un vistazo al campo de patatas— pero me parece que los montículos sirven igual. La razón de las colinas debe de ser para evitar que el agua pudra las semillas; creo que en un campo viejo con montículos altos se consigue el mismo objetivo.

—Parece sensato —dijo Jamie—. La planta parece estar floreciendo. ¿Dice cuándo hay que desenterrarlas?

Cargado con la responsabilidad de plantar patatas en una tierra donde nunca se había visto semejante planta, Ian había actuado con método y lógica. Encargó a Edimburgo las semillas y un libro sobre plantación de patatas. A su debido tiempo hizo su aparición el *Tratado científico sobre métodos de cultivo*, por sir Walter O'Bannion Reilly, que incluía una pequeña sección sobre la siembra de patata tal como se practicaba en Irlanda.

Ian llevaba el pesado volumen bajo el brazo; Jenny me había contado que no se acercaba al campo de patatas sin él por temor a que surgiera alguna duda filosófica o técnica mientras se encontraba allí; en aquel momento lo abrió y buscó en su alforja las gafas que utilizaba para leer y que habían pertenecido a su difunto padre; eran pequeños círculos de cristal montados en alambre y los apoyaba en el extremo de la nariz. Parecía una cigüeña joven

muy seria.

—«La recolección de la cosecha debe realizarse simultáneamente a la aparición de los primeros gansos invernales» —leyó, después miró por encima de los lentes al campo de patatas, como esperando que algún ganso apareciera en el cielo.

—¿Gansos invernales? —Jamie echó un vistazo al libro—. ¿A qué clase de ganso se refiere? ¿A los silvestres? Pero éstos se ven todo el año. Se ha equivocado.

Ian se encogió de hombros.

—Tal vez en Irlanda sólo se ven en invierno. O quizá se refiere a un tipo específico de ganso irlandés, no a los silvestres.

Jamie dio un resoplido.

—¡De poco nos sirve! ¿Dice algo útil?

Ian pasó un dedo por los renglones, moviendo los labios en silencio. Ya entonces se había juntado un grupo de campesinos.

—No hay que desenterrar las patatas cuando el suelo está mojado —nos informó Ian, produciendo un bufido más alto por parte de Jamie.

—Vaya —murmuró Ian para sí—. Patatas podridas, insectos de patatas, cultivo de patatas... Hum, no, eso es sólo cuando se marchitan las hojas. Plagas de las patatas... eso no podremos decirlo hasta que no las veamos. Semillas de patata, almacenamiento de patatas...

Jamie se alejó de Ian.

—Conque agricultura científica, ¿eh? —replicó. Miró el campo—. ¡Supongo que el libro es demasiado científico para explicar cuándo están listas para comer esas malditas patatas!

Fergus, que había estado siguiendo a Jamie como era su costumbre, levantó la mirada.

—¿Y por qué no cavas un poco y miras? —preguntó.

Jamie miró a Fergus de hito en hito. Abrió la boca, pero no salió ningún sonido. La cerró, le dio una suave palmadita en la cabeza y fue a buscar una horca.

Los campesinos, que habían ayudado a plantar y cuidar el campo bajo la dirección de Ian (asistido por *sir* Walter) se agruparon para ver el resultado de su labor.

Jamie eligió una planta floreciente cerca del borde del campo y apoyó la horca cuidadosamente cerca de la raíz. Conteniendo la respiración, puso un pie sobre la horca y empujó. Los dientes se deslizaron lentamente en el barro.

También contuve la respiración. En aquel experimento estaba en juego mucho más que la reputación de *sir* Walter O'Bannion Reilly. O la mía.

Jamie e Ian habían confirmado que la cosecha de cebada de aquel año había sido menos abundante de lo normal, aunque suficiente para satisfacer las necesidades de los arrendatarios de Lallybroch. Sin embargo, con otro año de escasez se agotarían las magras reservas de grano. Lallybroch era una heredad próspera; pero sólo en comparación con las demás granjas de las Tierras Altas. El éxito de la cosecha de patatas significaba la diferencia entre hambre y prosperidad durante los dos años siguientes.

Jamie empujó la horca. La tierra se abrió alrededor de la planta y, con un repentino *pop*, reveló su tesoro.

Un «¡Ah!» unánime se elevó entre los espectadores al ver la miríada de globos marrones aferrados a las raíces de la planta desenterrada. Ian y yo caímos de rodillas sobre el barro, buscando entre la tierra las patatas separadas de la planta madre.

—¡Ha funcionado! —decía Ian mientras arrancaba patata tras patata—. ¡Mira el tamaño de ésa!

—¡Sí, y mira ésta! —exclamé maravillada, sosteniendo una del tamaño de mis dos puños juntos.

Por fin tuvimos la producción de la primera planta en una canasta: unas diez patatas de buen tamaño, más de veinte del tamaño de un puño y algunas pequeñas del tamaño de pelotas de golf.

—¿Qué opinas? —Jamie escrutó nuestra colección con curiosidad—. ¿Deberíamos dejar el resto para que las pequeñas crezcan más? ¿O las cosechamos ahora, antes de que venga el frío?

Ian buscó sus lentes; al recordar que había dejado a *sir* Walter junto a la valla, abandonó el esfuerzo.

—No, creo que está bien —dijo—. El libro dice que hay que guardar las más pequeñas como semilla para el año próximo. Vamos a necesitar muchas.

La esposa de uno de los campesinos estaba inclinada sobre la canasta, observando su contenido. Estiró un dedo y tocó una de las patatas.

—¿Decís que se comen? —Arrugó la frente con escepticismo—. No veo cómo pueden molerse en el molinillo para hacer pan o gachas.

—Bueno, no creo que sirvan para moler, señora Murray —le explicó Jamie.

—¿Ah, no? —La mujer miró de reojo la canasta—. Bueno, ¿y para qué sirven, entonces?

—Bueno, se... —empezó Jamie, y se detuvo. Se le ocurrió, como seguramente se le acababa de ocurrir a él, que a pesar de haber comido patatas en Francia nunca había visto cómo se preparaban. Ocultó una sonrisa al verlo mirar con impotencia la patata llena de tierra que tenía en la mano. Ian también la miró; al parecer *sir* Walter no decía nada de cómo cocinarlas.

—Se asan. —Fergus vino al rescate una vez más. Se relamió al ver las patatas—. Hay que ponerlas en las brasas. Se comen con sal. Y con manteca también, si hay.

—Hay —dijo Jamie con alivio. Le dio la patata a la señora Murray, como si estuviera ansioso por deshacerse de ella.

—Se asan —dijo.

—También se pueden cocer —contribuí—. O triturarlas con leche. O freírlas. O cortarlas y echarlas a la sopa. Es un vegetal muy versátil, la patata.

—Eso es lo que dice el libro —murmuró Ian, satisfecho.

Jamie me miró con una sonrisa torcida.

—Nunca me dijiste que sabías cocinar, *Sassenach*.

—No lo llamaría cocinar exactamente —dije— pero tal vez pueda cocer una patata.

—Bien. —Jamie observó el grupo de arrendatarios y sus esposas, quienes se pasaban las patatas de mano en mano, mirándolas con cierto recelo. Batió palmas para atraer la atención.

—Vamos a hacer una cena junto al campo —les dijo—. Tom y Willie, traed un poco de madera para hacer fuego. Señora Willie, ¿seríais tan amable de traer vuestra tetera grande? Sí, está bien, uno de los hombres os ayudará a bajarla. Y tú, Kincaid. —Se volvió hacia uno de los más jóvenes y señaló el pequeño grupo de cabañas bajo la arboleda. Ve y avisa a todo el mundo: ¡hoy cenamos patatas!

Así, con la ayuda de Jenny, diez cubos de leche de la granja, tres pollos

sacados del corral y cuatro docenas de enormes puerros del huerto, dirigí la preparación de sopa de pollo y puerros y patatas asadas para el terrateniente y los arrendatarios de Lallybroch.

Cuando la comida estuvo lista el sol ya había desaparecido, pero el cielo todavía estaba iluminado por franjas rojas y doradas que atravesaban las oscuras ramas del pinar sobre la colina. Hubo cierta vacilación cuando los arrendatarios vieron la novedad de su dieta, pero la atmósfera de fiesta, junto con un generoso barril de *whisky* casero, disiparon cualquier recelo y pronto el terreno cercano al campo de patatas estaba lleno de comensales inclinados sobre cuencos.

—¿Qué opinas, Dorcas? —oí preguntar a una mujer a su vecina—. Tiene un gusto algo raro, ¿no?

Dorcas asintió y tragó antes de responder.

—Sí. Pero el señor ya ha comido seis cosas de éstas y todavía está vivo.

La respuesta de hombres y niños fue bastante más entusiasta, sin duda debido a las generosas cantidades de manteca con que se untaron las patatas.

—Los hombres comen hasta bosta de caballo, si se sirve con manteca —dijo Jenny, en respuesta a un comentario sobre ese tema—. ¡Hombres! La panza llena y un lugar para dormir cuando están borrachos; es lo único que le piden a la vida.

—Me pregunto por qué nos soportas a Jamie y a mi —se burló Ian al oírla—. Ya que tienes una opinión tan baja de los hombres...

Jenny revolvió la sopa con gesto de indiferencia ante su esposo y su hermano, sentados juntos en el suelo, cerca de la tetera.

—Ah, pero vosotros no sois «hombres».

Las velludas cejas de Ian se enarcaron y las de Jamie, más gruesas y rojizas, también.

—¿Ah, no? Entonces ¿qué somos? —preguntó Ian.

Jenny se volvió a él con una amplia sonrisa. Dio una palmadita a Jamie en la cabeza y besó la frente de Ian.

—Vosotros sois míos —dijo.

Después de cenar, uno de los hombres comenzó a cantar. Otro sacó una flauta de madera y lo acompañó. El aire era fresco pero no había viento y estábamos

bastante cómodos, envueltos en chales y mantas, apretados en pequeños grupos familiares alrededor del fuego. La hoguera se había agrandado después de la comida y daba una luz considerable en la oscuridad.

Ian había ido a buscar otra brazada de leña, y la pequeña Maggie se colgaba de su madre, obligando a su hermano mayor a buscar refugio y calor corporal en otra parte.

—Voy a meterte de cabeza en esa tetera si no dejas de pisarme los huevos —dijo Jamie a su sobrino, que se agitaba en el regazo de su tío—. ¿Qué te pasa, tienes hormigas en el trasero?

Esta pregunta fue recibida con una ola de risitas y un esfuerzo por esconderse en el abdomen de su tío. Jamie palpó en la oscuridad los brazos y las piernas de su tocayo, después lo rodeó con sus brazos y de repente se giró y se montó encima de él, obligando al pequeño Jamie a lanzar un sorprendido grito de deleite.

Jamie apretó a su sobrino contra el suelo y lo retuvo con una mano, mientras con la otra palpaba a ciegas. Cogió un manojito de hierba y se lo metió por el cuello; el pequeño Jamie dio un grito agudo.

—Ahí tienes —dijo Jamie—. Ve a molestar a tu tía un ratito.

Obediente, el pequeño Jamie se acercó a mí gateando y se acurrucó en mi regazo. Se quedó tan quieto como puede estarlo un niño de casi cuatro años y me dejó que le sacara el montón de hierba.

—Hueles muy bien, tía —dijo, frotando sus rizos negros en mi barbilla—. A comida.

—Bueno, gracias —dije—. ¿Eso quiere decir que tienes hambre otra vez?

—Sí. ¿Hay leche?

—Sí. —Me estiré para alcanzar la jarra. La sacudí, decidí que no había suficiente para que valiera la pena ir a buscar una taza y ladeé la jarra, sosteniéndola para que el niño bebiera.

Concentrado por el momento en su alimentación, permaneció quieto en mi regazo, cogiendo la jarra con ambas manos. Luego se relajó y soltó un eructo de satisfacción. Pude sentir el repentino ascenso de temperatura que presagia que un niño va a dormirse. Lo envolví con un pliegue de la capa y lo acuné lentamente, tarareando la música de la canción que se cantaba junto al fuego. Las protuberancias de las vértebras eran redondas y rígidas como

cuentas bajo mis dedos.

—¿Se ha dormido? —Preguntó Jamie.

—Sí —respondí—. Por lo menos ha dejado de retorcerse, así que debe de haberse dormido. Es como sostener un gran jamón.

Jamie se echó a reír y después se calló. Pude sentir su brazo rígido rozando el mío, y la calidez de su cuerpo a través de los pliegues de su capa.

Me aparté un mechón de pelo de la cara y descubrí que el pequeño Jamie tenía razón: mis manos olían a puerros, a manteca y a patatas. Jamie dormido era un peso muerto y a pesar de que sostenerlo me resultaba agradable, me cortaba la circulación de la pierna izquierda. Me moví un poco, con la intención de acostarlo sobre mi falda.

—No te muevas, *Sassenach* —dijo Jamie—. Sólo un momento *mo duinne*... quédate quieta.

Obedecí y permanecí inmóvil, hasta que Jamie me tocó el hombro.

—Ya está, *Sassenach* —dijo—. Estabas tan hermosa, con el fuego reflejado en el rostro y el pelo ondeando al viento. Quería que me quedara grabada esa imagen.

Me giré y sonreí. La noche estaba oscura y fría, viva por la gente que nos rodeaba; sin embargo no había nada donde estábamos sentados salvo la luz y el calor... y nosotros dos.

*Guardián de tu hermano*

Fergus había pasado a formar parte de la casa como mozo de cuadra junto con Rabbie MacNab. A pesar de que Rabbie era un año o dos menor que Fergus, eran tan grande como el delgado niño francés; pronto se hicieron inseparables, excepto en aquellas ocasiones en que discutían e intentaban matarse. Una mañana, la habitual pelea estuvo llena de mordiscos, patadas y puñetazos, y derramaron dos cubos de crema puesta a agriar; y Jamie decidió intervenir.

Con expresión de profundo pesar, cogió a ambos bribones por el cogote y los llevó a la intimidad del granero donde, supuse, superó cualquier escrúpulo que pudiera haber tenido con respecto a la administración de castigos corporales. Salió del granero sacudiendo la cabeza y volviéndose a poner el cinturón, y partió con Ian a caballo al valle de Broch Mordha. Los niños salieron un rato después, bastante calmados y otra vez amigos.

De hecho, salieron tan tranquilos que permitieron al pequeño Jamie que los acompañara en sus tareas. Poco más tarde vi que los tres estaban jugando.

—Tu hijo está precioso —le dije a Jenny. Alzó la mirada, vio lo que yo miraba y sonrió.

—Ah sí, el pequeño Jamie es encantador. —Se acercó a la ventana a observar.

—Es la viva imagen de su padre —observó— pero creo que tendrá los

hombros más anchos. Tal vez sea como su tío, ¿ves sus piernas? —Pensé que tenía razón; a pesar de que, a sus casi cuatro años, Jamie tenía la redondez típica de un niño, sus piernas eran largas y la espalda era ancha; tenía los huesos largos de su tío.

Lo vi saltar con la pelota y arrojlarla con fuerza suficiente para que pasara por encima de Rabbie MacNab, quien salió corriendo para atraparla.

—Tiene otra cosa parecida al tío —observé—. Creo que también va a ser zurdo.

—¡Dios mío! —dijo Jenny—. Espero que no, pero quizá tengas razón... ¡Señor nuestro, cuando pienso en los problemas que tuvo el pobre Jamie por ser zurdo! Todo el mundo trataba de curarlo, desde mis padres hasta el maestro. Todo el mundo menos el padre de Ian.

—¿Él no creía que ser zurdo estuviera mal? —pregunté, consciente de que en aquella época el ser zurdo podía llegar a ser considerado como síntoma de posesión demoníaca. Jamie escribía, con dificultad, con la mano derecha, porque en la escuela lo castigaban por coger la pluma con la izquierda.

Jenny sacudió la cabeza y los rizos negros le cayeron sobre la cara.

—No, el viejo John Murray era un hombre extraño. Decía que si el Señor había elegido a Jamie para que fortaleciera su brazo izquierdo, era un pecado echar a perder dicha virtud. También era muy bueno con la espada, así que mi padre lo escuchaba, y permitió que Jamie aprendiera a luchar con la mano izquierda.

—Pensé que había sido Dougal MacKenzie el que le enseñó a luchar con la izquierda —dije. Me preguntaba qué opinión tendría Jenny de su tío Dougal.

Jenny asintió, humedeciendo la punta de un hilo para enhebrarlo rápidamente.

—Sí; eso fue más tarde, cuando Jamie creció y fue a vivir con Dougal. Pero fue el padre de Ian quien le enseñó los primeros golpes. —Sonrió.

—Recuerdo que cuando eran muy jóvenes, el viejo John le dijo a Ian que su función era ponerse a la diestra de Jamie, pues debía guardar el lado más débil de su jefe durante una pelea. Y lo hacía... se lo tomaban con mucha seriedad, los dos. Y supongo que el viejo John tenía razón en eso —añadió—.

Al poco tiempo nadie peleaba con ellos, ni siquiera los muchachos MacNab. Tanto Jamie como Ian eran robustos y buenos luchadores, y nadie podía vencerlos; ni aunque los superaran en número.

Se echó a reír de repente.

—Obsérvalos cuando caminan juntos por el campo. Supongo que no se dan cuenta de que siguen haciéndolo. Jamie siempre se pone a la izquierda para que Ian pueda ocupar su lugar a la derecha, protegiendo el lado más débil.

Jenny miró por la ventana y apoyó una mano sobre su vientre.

—Espero que sea varón —dijo—. Zurdo o no, es bueno que un hombre tenga un hermano que lo ayude. —Me di cuenta de que miraba un cuadro colgado de la pared con un Jamie muy joven sentado en las rodillas de su hermano mayor, Willie. Los dos tenían nariz respingona y expresión solemne; la mano de Willie estaba apoyada sobre el hombro de su hermanito, como protegiéndolo.

—Jamie tiene suerte de tener a Ian —dije.

Jenny era dos años mayor que Jamie; tres años menor que William.

—Así es. Y yo también —añadió con voz suave volviendo a coger la camisa.

—Hablando de hermanos —dije—, ¿veías muy a menudo a Dougal y a Colum MacKenzie?

Jenny sacudió la cabeza.

—Nunca conocí personalmente a Colum. Dougal vino aquí una o dos veces, cuando traía a Jamie de Hogmanay, pero no puedo decir que lo conozca bien. —Levantó la mirada de su costura; sus ojos brillaron con interés—. Pero tú sí los conoces. Dime ¿cómo es Colum MacKenzie? Siempre me intrigó, por lo que decían de él las visitas, pero mis padres nunca hablaban de él. —Hizo una pausa—. No, me equivoco; mi padre dijo una vez algo de él. Fue cuando Dougal acababa de irse a Beannachd con Jamie. Papá estaba apoyado sobre la valla y yo me acerqué para saludar con la mano a Jamie; siempre me ponía triste cuando se iba. De todos modos, los seguimos con la mirada hasta que desaparecieron, y después papá dijo: «Que Dios ayude a Dougal MacKenzie cuando muera su hermano Colum». Entonces pareció recordar que yo estaba allí, pues se dio la vuelta y dijo: «Y bien,

muchachita, ¿qué tenemos para cenar?», y no quiso decir nada más.

—Me pareció extraño, pues yo había oído (¿quién no?) que Colum está lisiado y Dougal hace el trabajo de jefe, cobra las rentas, soluciona las rencillas y lleva al clan a la batalla, si hace falta.

—Así es, pero... —Vacilé; no sabía cómo describir aquella extraña relación simbiótica—. Bueno —dije con una sonrisa— lo único que puedo decirte es que una vez que los oí discutir, Colum le dijo a Dougal: «Si los hermanos MacKenzie tienen sólo un pito y un cerebro entre los dos, ¡me alegro de la mitad que me tocó!».

Jenny rió; y después se quedó mirándome.

—¿Así que eso es lo que pasa? Una vez oí a Dougal hablar del hijo de Colum, el pequeño Hamish; me pareció un poco exagerado su cariño como tío.

—Eres rápida, Jenny —dije—. Muy rápida. A mí me llevó mucho tiempo llegar a esa conclusión; y estuve varios meses viéndolos todos los días.

Se encogió de hombros con modestia, pero una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—Sólo escucho —dijo con sencillez— lo que la gente dice... y lo que no dice. Y aquí en las Tierras Altas la gente habla mucho. Así que... hálame de Leoch. La gente dice que es grande, pero no tanto como Beaully o Kilravock.

Trabajamos y hablamos toda la mañana, cosiendo, ovillando lana para tejer y dibujando el patrón de un vestidito nuevo para Maggie. Los gritos de los niños cesaron.

—El aire está húmedo; ¿has visto la niebla esta mañana? Quizá nieve pronto —dijo Jenny.

Sacudí la cabeza.

—Espero que no, pues les resultará difícil regresar a Jamie y a Ian. —El pueblo de Broch Mordha estaba cerca, pero el camino era difícil.

Poco después del mediodía empezó a nevar y siguió nevando hasta bien entrada la noche.

—Deben de haberse quedado en Broch Mordha —dijo Jenny—. No te preocupes por ellos: estarán pasando la noche bien calentitos en alguna cabaña. —Sonrió para darme confianza mientras cerraba los postigos, Al otro extremo del corredor se oyó un gemido.

—Buenas noches, Claire —dijo—. Que duermas bien.

Por lo general dormía bien, pero estaba inquieta sin Jamie. El lecho parecía vasto y húmedo. Traté de dormir de espaldas.

El canto de un gallo me hizo saltar de la almohada como si hubiera explotado un cartucho de dinamita debajo de mi cama.

—¡Idiota! —dije, con todos los nervios encogidos por el susto. Me levanté y abrí los postigos. Había cesado de nevar, pero el cielo seguía nublado, con un color uniforme. El gallo volvió a cantar—. ¡Cállate! —exclamé—. ¡Estamos en mitad de la noche, bastardo con plumas! Tú tienes los días contados. —No hubo respuesta.

El susto me dejó con los nervios hechos trizas. En lugar de pensar en otra cosa, decidí intentar ensimismarme.

Funcionó. Cuando empezaba a concentrarme en un sitio cercano al páncreas, oí a lo lejos al pequeño Jamie, que corría por el pasillo hacia el dormitorio de su mamá: se había despertado con ganas de orinar y, en lugar de hacerlo por su cuenta, bajaba torpemente las escaleras en busca de ayuda.

Al volver a Lallybroch me había preguntado si me iba a resultar difícil estar cerca de Jenny; si me sentiría envidiosa de su fertilidad. Y podría haberlo estado, de no haber visto que ser madre de muchos hijos también tenía sus inconvenientes.

—Tienes una bacinilla junto a tu cama, cabeza hueca —me llegó la voz exasperada de Jenny mientras guiaba al pequeño Jamie de vuelta a su cama—. Debes de haberla pisado al venir aquí. ¿Por qué no puedes usarla? ¿Por qué tienes que venir a usar la mía todas las noches? —Su voz se desvaneció al subir la escalera. Sonreí, y mi campo de visión descendió por la curva de mis intestinos.

Había otra razón por la cual no envidiaba a Jenny. Al principio temía que el nacimiento de Fe me hubiera producido algún daño interno, pero ese miedo había desaparecido gracias a la intervención de Raymond. Cuando completé el inventario de mi cuerpo pude sentir que todo estaba en su sitio. Había quedado embarazada una vez y podía volver a quedarme. Sólo necesitaba tiempo. Y a Jamie.

Los pasos de Jenny sonaron sobre las tablas del pasillo.

«Los niños son la felicidad del hogar, pero no son fáciles de criar», pensé,

y me dormí.

Durante todo el día siguiente esperamos, haciendo nuestras tareas y realizando nuestra rutina cotidiana con una oreja atenta al sonido de caballos en el patio.

—Deben de haberse quedado a hacer algún negocio —dijo Jenny con aspecto confiado. Sin embargo, vi que hacía una pausa cada vez que pasaba junto a la ventana que daba a la entrada de la casa.

Con respecto a mí, me resultaba difícil controlar la imaginación. La carta firmada por el rey Jorge, que confirmaba el perdón a Jamie, estaba guardada bajo llave en el cajón del escritorio del estudio del terrateniente. Jamie la consideraba una humillación, y la habría quemado, pero insistí en que la guardara por si acaso. En aquel momento me imaginaba que todo había sido un error o una trampa... que Jamie era arrestado otra vez por dragones de uniforme rojo y arrastrado a prisión y al peligro inminente de la horca.

Por fin los hombres llegaron, con los caballos cargados de bolsas con sal, agujas, especias y mercancías que Lallybroch no podía producir por su cuenta.

Oí relinchar a uno de los caballos al entrar en el establo y corrí escaleras abajo, encontrándome con Jenny que salía de las cocinas.

Me invadió el alivio al ver la alta figura de Jamie a la sombra del establo. Atravesé corriendo el patio, sin reparar en la capa de nieve que cubría el suelo y me arrojé en sus brazos.

—¿Dónde diablos has estado? —inquirí.

Se tomó tiempo para besarme antes de responder. Sentí su rostro frío contra el mío; sus labios tenían un tenue y agradable sabor a *whisky*.

—Hum, ¿hay salchichas para cenar? —preguntó—. ¡Dios, estoy muerto de hambre!

—Salchichas con puré —dije—. ¿Dónde has estado?

Se echó a reír, sacudiéndose la nieve de la capa.

—¿Salchichas con puré? Eso es comida, ¿no?

—Salchichas con patatas trituradas —traduje—. Un plato tradicional inglés, hasta ahora desconocido en estos remotos confines de Escocia. Ahora, maldito escocés, ¿dónde diablos has estado los últimos dos días? ¡Jenny y yo

estábamos preocupadas!

—Bueno, tuvimos un pequeño accidente... —comenzó Jamie; en aquel momento vio la pequeña silueta de Fergus con un candil—. Ah, ¿has traído una luz, Fergus? Buen muchacho. Colócala allí, donde no le prendas fuego a la paja, y después lleva a esta pobre bestia a su establo. Cuando termines, ven a cenar. Supongo que ya podrás cenar. —Le dio un tironcito amistoso a la oreja de Fergus. El niño se inclinó y sonrió; al parecer no se había ofendido por lo sucedido en el granero el día anterior.

—Jamie —dije con calma—. Si no dejas de hablar de caballos y salchichas y me cuentas qué clase de incidente habéis tenido, voy a darte una patada. Lo cual será muy duro para mis dedos, pues sólo llevo las pantuflas, pero te lo advierto, lo haré de todos modos.

—Debo considerarlo una amenaza, ¿no? —dijo, riéndose—. Nada serio, *Sassenach*, sólo que...

—¡Ian! —Jenny acababa de llegar, a tiempo para ver a su marido entrar en el círculo de luz del candil. Asustada por el estupor que reflejaba su voz, me di la vuelta y vi que ponía una mano en la cara de Ian.

—¿Qué diablos te ha pasado, hombre? —preguntó. Era evidente que, cualquiera que fuera el incidente, Ian había cargado con la peor parte. Tenía un ojo amoratado e hinchado, a medio cerrar, y debajo del pómulos tenía una herida reciente.

—Estoy bien, *mi dhu* —dijo, dándole suaves palmaditas a Jenny mientras ésta lo abrazaba y la pequeña Maggie se acurrucaba entre los dos—. Sólo un poquito lastimado.

—Bajábamos por una colina a dos millas del pueblo, llevando a los caballos de las riendas porque el camino era malo, cuando Ian pisó la madriguera de un topo y se rompió la pierna —explicó Jamie.

—La de madera —dijo Ian. Sonrió con cierta timidez—. El topo se llevó la mejor parte.

—Así que nos quedamos en una cabaña cercana el tiempo suficiente para tallarle una nueva —finalizó Jamie—. ¿Podemos comer? Mi estómago se está quejando.

Entramos sin más que decir, y la señora Crook y yo servimos la cena mientras Jenny le limpiaba las heridas a Ian con hamamelis y le preguntaba

ansiosa por otras heridas.

—No es nada —le aseguraba Ian—. Sólo algunos moretones. —Sin embargo, yo había notado que su cojera era más acentuada. Mientras lavábamos los platos conversé con Jenny y, una vez acomodados en la salita, con el contenido de las alforjas bien guardado, Jenny se arrodilló en la alfombra junto a Ian y cogió su nueva pierna.

—Voy a quitártela —dijo con firmeza—. Te has lastimado y quiero que Claire eche un vistazo. Tal vez pueda ayudarte mejor que yo.

La amputación original había sido realizada con cierta habilidad y mucha suerte; el cirujano del ejército que le amputó la pantorrilla pudo salvarle la articulación de la rodilla. Por eso Ian gozaba de una flexibilidad mucho mayor que si se la hubieran quitado. Sin embargo, en ese momento, la articulación de la rodilla era una desventaja más que otra cosa.

La caída le había torcido la pierna cruelmente; el muñón estaba azul y lacerado donde se apoyaba la pata de palo. Para él debió de haber sido muy duro apoyar su peso sobre esa pierna, aunque todo lo demás hubiera sido normal. Pero además la rodilla se había torcido y la carne en el interior de la articulación estaba hinchada, roja y caliente.

El rostro largo y bueno de Ian estaba casi tan rojo como la pierna lastimada. Pese a la actitud de total indiferencia ante su discapacidad, sabía que detestaba la impotencia que ésta imponía. Su incomodidad al verse así le resultaría tan dolorosa como el hecho de que yo le tocara la pierna.

—Te has roto un ligamento aquí —dije—. No sé si es muy grave, pero no es nada bueno. Tienes fluido en el interior; por eso está hinchado.

—¿Puedes curarlo, *Sassenach*? —Jamie estaba inclinado sobre mi hombro, seriamente preocupado por el feo aspecto de la pierna.

Sacudí la cabeza.

—Lo único que puedo hacer es aplicarle compresas frías para disminuir la hinchazón. —Miré a Ian, tratando de parecerme lo más posible a la madre Hildegarde.

—Lo que puedes hacer es permanecer en reposo. Mañana puedes tomar *whisky* para el dolor; hoy te daré láudano para que puedas dormir. Mantente quieto al menos una semana y veremos cómo andas.

—¡No puedo! —protestó Ian—. Tengo que arreglar la pared del establo y

dos diques en el campo superior y afilar los arados y...

—Y curar una pierna, también —dijo Jamie. Miró a Ian con lo que yo llamaba «mirada de terrateniente», que hacía que la mayoría de las personas le obedecieran. Pero Ian, que había compartido comidas, juguetes, expediciones de caza, peleas y palizas con Jamie, era mucho menos susceptible que la mayoría.

—No lo haré —dijo con firmeza. Sus ojos castaños miraron los de Jamie con dolor, ira y resentimiento... y algo más que no pude definir—. ¿Crees que puedes darme órdenes?

Jamie se sentó en cuclillas, ruborizándose como si le hubieran dado una bofetada. Se mordió la lengua para no decir lo que pensaba y finalmente dijo con calma:

—No, no voy a tratar de darte órdenes. Pero ¿puedo pedirte... que te cuides?

Los dos hombres se miraron largamente, transmitiéndose un mensaje que no pude descifrar. Por fin, Ian bajó los hombros, y asintió, con una extraña sonrisa.

—Puedes. —Suspiró y se frotó la herida del pómulo, dando un respingo al tocar la piel en carne viva. Respiró hondo, juntando fuerzas, y después extendió una mano hacia Jamie.

—¿Me ayudas a subir?

Fue una tarea incómoda, subir dos tramos de escaleras a un hombre con una sola pierna, pero lo conseguimos. En la puerta del dormitorio Jamie dejó a Ian con Jenny. Cuando se retiraba, Ian dijo algo en gaélico. Todavía no dominaba esa lengua, pero me pareció que había dicho: «Que estés bien, hermano».

Jamie hizo una pausa, miró hacia atrás y sonrió. La vela iluminaba sus ojos.

—Tú también, *mo brathair*.

Seguí a Jamie por el corredor hasta nuestro propio dormitorio. Por sus hombros caídos me di cuenta de que estaba cansado, pero quería hacerle algunas preguntas antes de que se durmiera.

—Son sólo algunos moretones —había dicho Ian para que Jenny no se asustara. Era cierto. Algunos moretones. Además de las magulladuras de la

cara y la pierna, yo había visto las marcas oscuras medio ocultas por el cuello de la camisa. Por mucho que Ian hubiera molestado al topo, no podía imaginarlo tratando de estrangularlo para vengarse.

Jamie no quiso dormirse de inmediato.

—Ah, la ausencia hace más cariñoso el corazón, ¿no? —dije. La cama, que la noche anterior me había parecido tan ancha, ahora apenas nos contenía a los dos.

—¿Qué? —dijo—. Ah, el corazón. Sí, eso también. No te detengas, el masaje es maravilloso.

—No te preocupes, te daré un poco más de masaje —le aseguré—. Pero déjame que apague la vela. —Me levanté y la apagué; el reflejo de la nieve daba luz suficiente a la habitación, aunque estuviera la vela apagada. Pude ver con claridad a Jamie, a la larga forma de su cuerpo relajada debajo de los edredones. Me deslicé a su lado y tomé su mano derecha, reanudando el lento masaje de los dedos y la palma.

Dio un largo suspiro, que fue casi un gruñido cuando froté un pulgar con firmeza. Endurecidos tras largas horas de asir las riendas de su caballo, los dedos se calentaron y relajaron lentamente bajo mi caricia. La casa estaba en silencio y la habitación fría, fuera del santuario del lecho. Me causó placer sentir toda la longitud de su cuerpo calentando el espacio junto a mí, y disfrutar de su caricia, sin ninguna urgencia. Con el tiempo, esta caricia podía exigir más; era invierno; y las noches, largas. Jamie estaba allí; yo también.

—Jamie —dije, momentos después—, ¿quién ha herido a Ian?

No abrió los ojos, pero dio un largo suspiro antes de responder. Había estado esperando la pregunta.

—Yo —dijo.

—¿Qué? —Dejé caer su mano, estupefacta. Cerró el puño y lo abrió, probando el movimiento de sus dedos. Después apoyó la mano izquierda en la colcha para que viera los nudillos, un poco hinchados por el contacto con los huesos de Ian.

—¿Por qué? —pregunté, abrumada. Presentía que había algo nuevo y delicado entre Jamie e Ian, aunque no parecía precisamente hostilidad. No podía imaginarme por qué Jamie había golpeado a Ian, al que quería casi

tanto como a Jenny, su hermana.

Los ojos de Jamie estaban abiertos, pero no me miraban. Se frotó los nudillos, observándolos. Aparte de algún leve rasguño, Jamie no tenía otras marcas; al parecer Ian no le había devuelto los golpes.

—Es que Ian ha estado casado mucho tiempo —dijo a la defensiva.

—Y yo diría que estuviste tomando sol demasiado tiempo —observé, mirándolo fijamente— si no fuera porque no hay sol. ¿Acaso tienes fiebre?

—No —dijo, evadiendo mis intentos por tocarle la frente—. No, es sólo que... ¡déjame, *Sassenach*, estoy bien! —Apretó los labios, pero después se dio por vencido y me contó toda la historia.

Era cierto que Ian se había roto la pierna de madera al pisar una madriguera de topo cerca de Broch Mordha.

—Era casi de noche. Habíamos tenido mucho que hacer en el pueblo, y nevaba. Me di cuenta de que le dolía mucho la pierna, aunque insistía en que podía cabalgar. De todos modos, había dos o tres cabañas cerca, así que lo subí a uno de los ponis y ascendimos la colina para pedir refugio por la noche.

Con la característica hospitalidad de las Tierras Altas, les ofrecieron de buen grado refugio y comida, y después de un cuenco de caldo caliente y avena fresca, ambos visitantes fueron acomodados en un camastro frente al fuego.

—Había poco sitio, pero nos acostamos uno al lado del otro y nos pusimos lo más cómodos que pudimos. —Respiró profundamente, y me miró con timidez.

—Bueno, yo estaba agotado por el viaje y dormí profundamente; supongo que Ian hizo lo mismo. Pero hace cinco años que duermo con Jenny todas las noches, y supongo que al tener un cuerpo tibio junto a él en la cama... bueno en algún momento de la noche se acercó a mí, me rodeó con el brazo y me besó en la nuca. Y yo... —vaciló; incluso a la luz grisácea del cuarto iluminado por el reflejo de la nieve, pude ver el color rojo que inundó su rostro— desperté de un sueño profundo, creyendo que era Jack Randall.

Mientras él hablaba yo había contenido la respiración; luego la solté lentamente.

—Debe de haber sido un cheque terrible —dije.

Jamie torció la boca.

—Más bien fue un choque terrible para Ian. Me di la vuelta y lo golpeé en la cara; cuando terminé de despertarme, estaba encima de él tratando de estrangularlo; Ian tenía la lengua fuera. Y menudo susto se llevaron los Murray, que estaban en la cama —añadió—. Les dije que había tenido una pesadilla; en cierto modo la tuve, pero se armó un barullo terrible: los niños gritaban, Ian se ahogaba en un rincón y la señora Murray sentada en la cama, decía: «¿Quién, quién?» como una lechuza gorda.

Me eché a reír a mi pesar ante la imagen.

—¡Por Dios, Jamie! ¿Ian estaba bien?

Jamie se encogió levemente de hombros.

—Bueno, ya lo has visto. Todo el mundo volvió a dormir y yo me quedé delante del fuego el resto de la noche, mirando las vigas del techo. Así que, cuando partimos al día siguiente —continuó— esperé hasta llegar a algún sitio donde pudiéramos sentarnos y ver el valle. Y entonces... —tragó saliva y su mano apretó más la mía— se lo conté. Lo de Randall. Y todo lo que pasó.

Empecé a comprender la ambigüedad de la mirada de Ian. Y comprendí la tensión en la mirada de Jamie, y las ojeras. Sin saber qué decir, me limité a apretarle las manos.

—Nunca pensé que se lo contaría a nadie, excepto a ti —añadió, devolviendo el apretón. Sonrió, y después liberó una mano para pasársela por la cara.

—Pero Ian... bueno, él es... —Buscó la palabra adecuada— él me conoce, ¿entiendes?

—Creo que sí. Lo conoces de toda la vida, ¿no?

Asintió, mirando sin ver por la ventana. Había empezado a nevar otra vez y los copos danzaban tras el cristal, más blancos que el cielo.

—Ian es sólo un año mayor que yo. Cuando éramos pequeños, siempre estaba a mi lado. Hasta los catorce años no pasé un día sin verlo. Después me fui a vivir con Dougal a Leoch, y después a París, a la universidad... pero cuando volvía, daba la vuelta a una esquina y allí estaba él, como si nunca me hubiera ido. Sonreía cuando me veía, como siempre, y nos íbamos a caminar juntos, hablando de todo. Ian... es la parte de mí que nunca se fue de aquí —

dijo—. Pensé... que debía contárselo; no quise alejarme... de Ian. ¿Te das cuenta?

—Creo que sí —repetí, con voz suave—. ¿Ian lo comprendió?

Jamie se encogió de hombros.

—Bueno, no sabría decirte. Al principio, cuando empecé a contarle, se limitaba a sacudir la cabeza, como si no pudiera creerme, y cuando me creyó... —Hizo una pausa y se pasó la lengua por los labios; tuve una idea de lo que debió de haberle costado aquella confesión—. Noté que tenía ganas de ponerse de pie de un salto y caminar de un lado a otro, pero no podía, por su pierna. Tenía los puños apretados y la cara pálida, y no hacía otra cosa que decir: «¿Cómo? Maldita sea, Jamie, ¿cómo pudiste permitirte esto?».

Sacudió la cabeza.

—No recuerdo qué le respondí. O qué dijo él. Nos gritamos, eso sí. Y yo tuve ganas de pegarle, pero no pude, por su pierna. Y él quería pegarme pero no podía, por su pierna. —Soltó una pequeña risotada—. ¡Cristo santo!, debíamos parecer un par de tontos, sacudiendo los brazos y gritándonos. Pero yo grité más tiempo, y por fin él se calló y escuchó el final.

—De repente, no pude seguir hablando; no tenía sentido. Me senté sobre una roca y apoyé la cabeza entre las manos. Ian dijo que era mejor que nos fuéramos. Yo asentí, me levanté y lo ayudé a subir a su caballo; y volvimos sin dirigirnos la palabra.

De repente Jamie pareció darse cuenta de que me estaba apretando la mano con mucha fuerza. Me liberó del apretón pero continuó sosteniéndome la mano, dando vueltas el anillo de bodas entre su pulgar y su índice.

—Cabalgamos un buen rato —continuó en voz baja—. Entonces oí un ruido a mis espaldas y me detuve para esperar al caballo de Ian. Me di cuenta de que había estado llorando; todavía lo estaba, las lágrimas le manchaban la cara. Vio que lo estaba mirando y sacudió la cabeza, como si todavía estuviera enfadado, pero después me extendió la mano. Yo la estreché; Ian me dio un apretón, suficiente para romperme los huesos. Después me soltó y volvimos a casa.

Pude sentir que la tensión desaparecía con el final de la historia. «Que estés bien, hermano», había dicho Ian, haciendo equilibrio con su pierna sana en la puerta del dormitorio.

—¿Entonces está todo bien? —le pregunté.

—Lo estará. —Jamie se relajó por completo y hundió la cabeza en las almohadas.

—Me alegro de que hayas vuelto a salvo —dije.

Me desperté con la misma luz gris por la mañana. Jamie, ya vestido, estaba de pie junto a la ventana.

—Ah, ¿estás despierta *Sassenach*? —Dijo—. ¡Qué bien! Te traje un regalo.

Revolvió en su alforja y sacó un montón de piedras y cintas para el pelo.

—¿Cintas para el pelo? —dije—. Gracias, son preciosas.

—No son para ti —dijo, poniéndose serio mientras desenredaba las cintas azules—. Son para la pequeña Maggie. —Miró de reojo las piedras que quedaban en su mano. Ante mi sorpresa, cogió una y la lamió.

—No, ésta no —murmuró, y volvió a meterla en la alforja.

—¿Qué diablos estás haciendo? —pregunté con interés, observando su conducta. No respondió, pero sacó otro manojito de rocas, que olió, descartándolas una por una hasta que llegó a una que le llamó la atención. La lamió una vez, para mayor seguridad, y después la dejó caer en mi mano, sonriente.

—Ámbar —dijo, satisfecho, mientras yo daba vueltas a la forma irregular con el índice. Parecía cálido al tacto y cerré la mano sobre ella, casi inconscientemente.

—Hay que pulirla, por supuesto —explicó—. Pero pensé que podría hacerte un bonito collar. —Se sonrojó un poco, mientras me observaba—. Es... es un regalo por nuestro primer año de matrimonio. Cuando lo vi, me recordó el pedacito de ámbar que Hugh Munro te regaló cuando nos casamos.

—Todavía lo tengo —dije con voz suave, acariciando el extraño pedacito de savia de árbol petrificada. El pedacito de ámbar de Hugh, que tenía un lado cortado y pulido como una pequeña ventana, tenía una libélula en la matriz, suspendida en un vuelo eterno. La guardaba en mi caja de remedios como el más poderoso de mis amuletos.

Un regalo por nuestro primer aniversario. Aunque nos habíamos casado en junio, no en diciembre. Pero en la fecha de nuestro primer aniversario,

Jamie estaba en la Bastilla y yo... en los brazos del rey de Francia. No había habido tiempo para celebraciones.

—Es casi Año Nuevo —dijo Jamie—. Me pareció que era un buen momento para comenzar otra vez.

—Yo también lo creo. —Salí de la cama, me acerqué a él y le rodeé la cintura. Así permanecimos, sin hablar, hasta que mi mirada reparó en unas bolitas amarillas que Jamie había sacado de su alforja.

—¿Qué diablos es eso, Jamie? —pregunté, soltándolo sólo lo suficiente para señalar.

—¿Ah, eso? Son bolitas de miel, *Sassenach*. —Cogió una y le quitó el polvo con los dedos—. Me las dio la señora Gibson, del pueblo. Están muy buenas, aunque creo que se les ha pegado algo de polvo en la alforja. —Extendió la mano, sonriendo—. ¿Quieres una?

*El cartero siempre llama dos veces*

No sabía qué, ni cuánto, habría contado Ian a Jenny de su conversación con Jamie. Se comportaba con su hermano como siempre, pero la conocía lo suficiente para saber que una de sus virtudes era la capacidad para ver algo y después actuar como si no existiera.

A medida que progresaba el embarazo de Jenny, yo me ocupaba cada vez más de las tareas domésticas. Nunca habría intentado usurpar su sitio; Jenny había sido el centro de la casa desde la muerte de su madre y era a ella a quien se dirigían los sirvientes o arrendatarios con mayor frecuencia. Sin embargo, se acostumbraron a mí, y me trataban con respeto.

El primer acontecimiento de la primavera fue la plantación de una enorme cantidad de patatas; más de la mitad del terreno disponible fue dedicado a aquella cosecha, una decisión que resultó justificada cuando a las pocas semanas una granizada destruyó la cebada recién sembrada. Las patatas sobrevivieron.

El segundo fue el nacimiento de la segunda hija de Ian y Jenny: Katherine Mary. Llegó de manera repentina. Cierta día, Jenny se quejó de un dolor en la espalda y se fue a acostar. Al poco tiempo se hizo evidente lo que en realidad estaba sucediendo y Jamie fue corriendo a buscar a la señora Martins, la partera. Los dos llegaron justo a tiempo de beber un vaso de vino para celebrar el nacimiento de la recién llegada, cuyos berrinches retumbaban por

los pasillos de la casa.

A medida que pasaba el tiempo, mis heridas se iban curando, y empecé a florecer gracias al trabajo y al amor.

Las cartas llegaban de manera irregular; a veces había correspondencia una vez por semana, otras no llegaba nada durante todo un mes o más. Teniendo en cuenta las distancias que debían recorrer los carteros para entregar las cartas en las Tierras Altas, me parecía increíble que llegara algo.

Pero aquel día llegó un gran paquete de cartas y libros, envuelto en una hoja de pergamino atado con cordel. Jenny envió al cartero a la cocina, para que tomara algo, luego desató el paquete y guardó el cordel. Echó un vistazo al puñado de cartas, dejando de lado por el momento un paquete que venía de París.

—Una carta para Ian: debe de ser la cuenta de las semillas, y otra de la tía Jocasta... ¡qué bien! Hace meses que no tenemos noticias de ella. Pensaba que estaría enferma, pero veo que su letra es firme.

Había otra carta para Ian de Edimburgo, una para Jamie de Jared y un sobre grueso con el sello de los Estuardo. En ella Carlos se quejaría, como de costumbre, de los rigores de la vida en París y de las penas del amor no correspondido. Al menos, ésta parecía corta; por lo general escribía varias páginas, desahogando su alma a «*cher James*» en una jerigonza llena de faltas de ortografía y en varios idiomas, que por lo menos revelaba que no buscaba ayuda de su secretario para sus cartas personales.

—¡Ah! ¡Tres novelas francesas y un libro de poemas desde París! — exclamó Jenny, excitada abriendo el paquete de libros—. *C'est un embarras de richesse, ¿eh? ¿Cuál leeremos esta noche?* —Deshizo el envoltorio y acarició el cuero con deleite. Jenny amaba los libros con la misma pasión que su hermano reservaba para los caballos. De hecho, la casa contaba con una pequeña biblioteca y a pesar de que el tiempo libre entre el trabajo y el descanso era corto, solía encontrar un rato para leer.

—Te da algo en que pensar al hacer las tareas —me explicó Jenny cierta noche en que estaba muerta de cansancio y le insistí en que se fuera a acostar en lugar de leernos en voz alta a Ian, Jamie y a mí. Bostezó y se llevó el puño a la boca—. Aunque esté tan cansada que apenas vea las palabras, al otro día se me aparecen y puedo repasarlas mentalmente.

En ese momento entró una ráfaga de aire fresco y lluvioso al abrirse la puerta. Jamie e Ian hablaban en gaélico, de la forma fácil y sin énfasis que significaba que trataban temas agrícolas.

—Ese campo va a necesitar secado el año próximo —decía Jamie. Jenny, al verlos, apartó las cartas y fue a buscar toallas limpias.

—Secaos o mojaréis la alfombra —ordenó, entregando una toalla a cada uno—, y quitaos las botas sucias, también. Ha llegado el correo, Ian; hay una carta para ti de un hombre de Perth, el que te escribió acerca de semillas de patatas.

—¿Ah, sí? La leeré entonces, pero ¿hay algo para comer mientras lo hago? —preguntó Ian, frotándose la cabeza mojada con la toalla hasta que el grueso pelo castaño le quedó erizado—. Estoy hambriento, y desde aquí puedo oír el estomago de Jamie quejándose.

Jamie se sacudió como un perro mojado, haciendo que su hermana diera un grito al ver las gotas volando por todo el vestíbulo.

Le envolví el cuello con una toalla.

—Termina de secarte, e iré a buscar algo para comer.

Estaba en la cocina cuando oí que daba un grito. Nunca lo había oído gritar así. Había una mezcla de estupor y horror en él, y algo más: cierta nota de fatalidad, como el grito de un hombre que se encuentra entre las fauces de un tigre. Salí corriendo con una bandeja de galletas de avena todavía en las manos.

Cuando llegué a la puerta, lo vi de pie junto a la mesa en que Jenny había colocado las cartas. Tenía el rostro mortalmente pálido, y se balanceaba como un árbol talado, a la espera de que alguien grite «Árbol va» para caer.

—¿Qué pasa? —pregunté, asustadísima por su expresión—. Jamie, ¿qué pasa?

Con visible esfuerzo, cogió una de las cartas que había sobre la mesa y me la entregó.

Apoyé la bandeja con galletas y la leí rápidamente. Era de Jared; reconocí de inmediato la letra fina y poco legible. «Querido sobrino —leí para mí—, tan complacido... no hay palabras que expresen mi admiración... tu osadía y coraje serán una inspiración... no puede sino tener éxito... te recordaré en mis oraciones...». —Levanté la mirada del papel, confundida—. ¿De qué

demonios está hablando? ¿Qué hiciste, Jamie?

Tenía la piel tirante en los pómulos y sonrió sin alegría mientras cogía otra hoja, esta vez de impresión barata.

—No es lo que haya hecho, Sassenach —dijo. El volante estaba encabezado por el penacho de los Estuardo. El mensaje era breve, expresado en un estilo e idioma formales.

Comenzaba diciendo que por orden de Dios Todopoderoso, el rey Jacobo VIII de Escocia y III de Inglaterra e Irlanda, reafirmaba su justo derecho a reclamar el trono de los tres reinos. Y junto con esto reconocía el apoyo de los jefes de los clanes de las Tierras Altas, los nobles jacobitas y «varios otros súbditos leales a su majestad, el rey Jacobo, que han suscrito la presente Declaración de Asociación mediante juramento».

Los dedos se me iban helando mientras leía y me invadió una sensación de terror tan aguda que me fue muy difícil seguir respirando. Los oídos me resonaban y veía manchas oscuras delante de mis ojos.

Al final de la hoja estaban las firmas de los jefes escoceses que declaraban su lealtad al mundo y ofrecían la vida y la reputación a Carlos Estuardo. Figuraban Clanranald y Glengarry, Stewart de Appin, Alexander MacDonald de Keppoch, Angus MacDonald de Scotus.

Y al pie de la lista se leía: «James Alexander Malcolm MacKenzie Fraser, de Broch Tuarach».

—¡Maldito sea, por Jesucristo! —murmuré, deseando que hubiera otro insulto mayor para aliviarme—. ¡El sucio bastardo ha añadido tu nombre!

Jamie seguía muy pálido, pero empezaba a recuperarse.

—Sí, así es —se limitó a responder. Su mano se deslizó hacia la carta sin abrir que yacía sobre la mesa: el penacho de los Estuardo era perfectamente visible en el sello de cera. Jamie rompió el sobre con impaciencia. Leyó rápidamente y después lo dejó caer sobre la mesa como si le quemara.

—Es una disculpa —explicó con voz ronca—. Por falta de tiempo no me envió el documento para que lo firmara. Y expresa su gratitud por mi leal apoyo. ¡Jesús, Claire! ¿Qué voy a hacer?

Era un grito del corazón, para el que yo no tenía respuesta. Observé cómo se hundía en un sillón y se quedaba mirando el fuego.

Jenny, paralizada por todo este drama, fue hasta la mesa a recoger las

cartas y el pergamino. Los leyó con cuidado, moviendo levemente los labios al hacerlo, y volvió a dejarlos. Los observó, muy seria; después se dirigió a su hermano y apoyó una mano sobre su hombro.

—Jamie —dijo. Ella también estaba muy pálida—. Hay una sola cosa que puedes hacer, querido. Debes ir a luchar por Carlos Estuardo. Debes ayudarlo a ganar.

Sus palabras penetraron lentamente las capas de estupor que me envolvían. La publicación de la Declaración marcaba a todos quienes la habían firmado como rebeldes y traidores a la corona de Inglaterra. Ya no importaba cómo se las hubiera arreglado Carlos para conseguir los fondos; estaba embarcado en una rebelión. Y Jamie y yo estábamos junto a él aunque no lo quisiéramos. Como decía Jenny, no había otra alternativa.

Mi mirada se posó en la carta de Carlos.

«... Pese a que muchas personas me dicen que es una locura que me embarque en esta empresa sin el apoyo de Luis (¡o de sus banqueros!) no escucharé ninguna opinión que diga que he de regresar al sitio donde estoy —decía—. Alégrate conmigo, mi querido amigo, pues he vuelto a Casa».

*Luz de luna*

A medida que avanzaban los preparativos para la partida, la excitación reinaba en la casa. Las armas escondidas desde el levantamiento del año 15 fueron excavadas de la paja, los almiarés y los fondos de las chimeneas, y se bruñeron y afilaron. Los hombres hablaban en grupos y las mujeres callaban al observarlos.

Jenny compartía con su hermano la capacidad de ser impenetrable y no dar ninguna pista acerca de lo que pensaba. Yo, transparente como un cristal, envidiaba esa habilidad. Por eso, cuando cierta mañana me pidió que le dijera a Jamie que fuera a la destilería a hablar con ella, no sabía de qué podría querer hablar.

Jamie entró detrás de mí y se detuvo en la puerta de la destilería, esperando que los ojos se acostumbraran a la oscuridad. Respiró hondo, inhalando el aroma picante y húmedo con placer.

—¡Ah! —dijo—. Podría emborracharme respirando.

—Bueno, contén la respiración un momento, pues te necesito sobrio —le aconsejó su hermana.

Infló los pulmones y llenó de aire las mejillas, esperando. Jenny le dio un golpecito en el estómago con el mango del almirez y Jamie se dobló al soltar la respiración de repente.

—Payaso —dijo Jenny—. Quería hablarte de Ian.

Jamie cogió un balde vacío de un estante, le dio la vuelta y se sentó. Un leve brillo de la ventana cubierta con papel aceitado tiñó su pelo de un profundo color cobre.

—¿Qué le ocurre? —le preguntó.

Jenny respiró hondo. La enorme palangana de salvado que había delante de ella desprendía un aroma cálido y húmedo de fermentación, compuesto de grano, lúpulo y alcohol.

—Quiero que lo lleves contigo cuando te marches.

Jamie enarcó las cejas, pero no respondió en seguida. La mirada de Jenny estaba fija en el almirez. Jamie la miró pensativamente.

—Conque estás cansada del matrimonio, ¿eh? —preguntó—. Si quieres lo llevo al bosque y le pego un tiro. Así será más fácil para mí. —Hubo un rápido cruce de miradas.

—Si quisiera pegarle un tiro, lo haría yo misma, Jamie Fraser. Pero Ian no sería mi blanco elegido.

Su hermano resopló.

—¿Ah, sí? ¿Por qué, entonces?

Sus hombros se movieron a un ritmo constante: un movimiento se desvanecía en el siguiente.

—Porque yo te lo pido.

Jamie abrió la mano derecha sobre la rodilla, acariciando la cicatriz de su dedo.

—Es peligroso, Jenny —le dijo.

—Lo sé.

Jamie meneó la cabeza despacio, mirándose la mano. Ésta había cicatrizado bien y podía utilizarla, pero el rígido anular y el áspero tejido de la cicatriz en la parte posterior le daban un aspecto extraño.

—Crees saberlo.

—Lo sé.

Jamie levantó la cabeza. Parecía impaciente, pero trataba de controlarse.

—Sí, sé que Ian debe de haberte contado historias acerca de la guerra en Francia y todo eso. Pero no tienes ni idea de lo que es realmente, Jenny. *Mocridh*, no se trata de arrear ganado. Es una guerra, y es muy probable que termine siendo desastrosa. Es...

—¿No me digas que no sé lo que es la guerra! —Jenny lo fulminó con la mirada—. Conque historias, ¿eh?, ¿quién crees que cuidó a Ian cuando volvió de Francia con media pierna y una fiebre que casi lo mató?

Golpeó el banco con la mano. Los nervios tensos crujieron.

—¿Que no lo sé? ¿Yo no lo sé? ¡Yo fui quien le extrajo los gusanos de la carne viva del muñón, porque ni su propia madre se atrevía a hacerlo! ¡Yo sostuve el cuchillo caliente en su pierna para cerrar la herida! ¡Yo olí su carne quemándose como cerdo asado y escuché sus gritos mientras lo hacía! ¡Te atreves a decirme que no... que no sé cómo es!

Lágrimas furiosas resbalaron por sus mejillas. Se las secó con la mano mientras buscaba un pañuelo en el bolsillo.

Con los labios fuertemente apretados, Jamie se levantó, sacó un pañuelo de la manga y se lo entregó. Sabía que era mejor que no la tocara ni intentara consolarla. Se quedó mirándola un momento mientras se enjugaba furiosamente las lágrimas y la nariz.

—Ah, bien, lo sabes, entonces —dijo—. ¿Y aun así quieres que lo lleve?

—Sí —dijo—. Él sabe muy bien que es lisiado, Jamie. Lo sabe demasiado bien. Pero contigo podría arreglárselas. Tiene caballo; no tendría que caminar.

Jamie hizo un gesto de impaciencia con la mano.

—No se trata de si puede o no arreglárselas. Un hombre puede hacer lo que cree correcto... ¿por qué crees tú que debe hacerlo?

—El no te ha preguntado nada, ¿verdad? ¿Si lo necesitarás o no?

—No.

—Piensa que tú no lo querrás porque es cojo, y que no te servirá de nada. —Levantó la mirada; sus ojos eran idénticos a los de su hermano—. Tú conociste a Ian antes, Jamie. Ahora es diferente.

Jamie asintió con desgana y volvió a sentarse en el balde.

—Sí. Bueno, era de esperar, ¿no? Y está bastante bien. —Miró a su hermana y sonrió.

—Es feliz contigo y con los niños, Jenny.

Ella asintió.

—Es verdad. Porque para mí es un hombre entero, no un lisiado, y siempre lo será. —Lo miró a los ojos—. Pero si cree que a ti no puede serte

de utilidad, no será un hombre entero ante sus propios ojos. Por eso quiero que lo lleves contigo.

Jamie apoyó la barbilla sobre los nudillos entrelazados.

—Esto no será como Francia —explicó con calma—. En aquella batalla sólo arriesgó la vida. En cambio aquí... —Vaciló—. Jenny, esto es traición. Si las cosas salen mal, los que siguen a los Estuardo terminarían en la horca.

La tez pálida de Jenny se volvió más blanca aún.

—Yo no tengo alternativa —continuó Jamie—. Pero ¿para qué arriesgar a otro hombre? ¿Harás que Ian mire desde el patíbulo cómo arde el fuego a la espera de sus entrañas? ¿Te arriesgas a criar a tus hijos sin su padre, sólo para salvar su honor? —Su rostro estaba casi tan pálido como el de Jenny, y brillaba en la oscuridad de la destilería.

—Tendré un hombre entero, o ninguno —dijo con voz firme.

Jamie permaneció sentado sin moverse durante un largo rato, observando la cabeza oscura de su hermana inclinada sobre su tarea.

—De acuerdo —dijo por fin, con calma. Jamie soltó un suspiro, se levantó y giró abruptamente hacia mí.

—Salgamos de aquí, *Sassenach* —dijo—. ¡Cristo santo, debo de estar borracho!

\* \* \*

—¿Por qué crees que puedes darme órdenes? —preguntó Ian con ira, Jenny me apretó la mano.

Cuando Jamie comunicó a Ian que iba a unirse con él al ejército de los Estuardo, reaccionó primero con incredulidad, después con recelo y, ante la insistencia de Jamie, con ira.

—Estás tonto —declaró Ian—. Soy un lisiado, lo sabes bien.

—Lo que sé es que eres un buen luchador, y no hay otra persona a quien quisiera tener a mi lado en una batalla —dijo Jamie con firmeza. Su rostro no reveló duda ni vacilación; había accedido al ruego de Jenny y lo llevaría a cabo hasta las últimas consecuencias—. Ya has luchado así antes; ¿vas a abandonarme ahora?

Ian hizo un ademán con la mano, indiferente al elogio.

—Es imposible. Si se me rompe la pierna, poco será lo que luche... quedaré tirado en el suelo como un gusano, esperando a que pase el primer soldado inglés para que me escupa en la cara. Y además —miró seriamente a su cuñado—, ¿quién crees que cuidará este lugar hasta que regreses, si voy a la guerra contigo?

—Jenny —respondió Jamie con presteza—. Dejaré aquí una cantidad suficiente de hombres para que realicen las tareas, Jenny puede ocuparse de las cuentas muy bien.

Las cejas de Ian se enarcaron y maldijo en gaélico.

—Pog ma mahon! ¿La dejarás sola aquí, con tres pequeños colgados de su delantal y apenas la mitad de los hombres necesarios? ¡Has perdido la razón! —Alzando ambas manos, Ian giró hacia el armario donde se guardaba el *whisky*.

Jenny, sentada junto a mí en el sofá con Katherine en el regazo, chasqueó la lengua en voz baja. Su mano buscó la mía bajo nuestras faldas y le apreté los dedos.

—¿Por qué crees que puedes darme órdenes?

Jamie miró la espalda tensa de su cuñado.

—Porque soy más grande que tú —respondió con beligerancia, todavía serio.

Ian se dio la vuelta; la incredulidad se pintaba en su rostro. La indecisión jugueteó en sus ojos menos de un segundo. Enderezó los hombros y alzó la barbilla.

—Yo soy más viejo que tú —respondió, igualmente serio.

—Yo soy más fuerte.

—¡No es cierto!

—¡Sí, soy más fuerte!

—¡No, yo soy más fuerte!

Una seriedad mortal yacía bajo el tono gracioso; pese a que esta pequeña confrontación podría haberse dado en un tono de diversión, estaban tan concentrados el uno en el otro como debieron de haberlo estado en la juventud o la infancia. El eco del desafío se hizo sentir en la voz de Jamie, mientras se soltaba el puño y se levantaba la manga de la camisa.

—Pruébalo —dijo. Limpió la mesa de un manotazo, se sentó y apoyó el codo sobre su superficie. Los profundos ojos azules miraron fijamente a los castaños de Ian, compartiendo la misma ira.

Ian tardó medio segundo en evaluar la situación y sacudió la cabeza a modo de breve aceptación; al hacerlo, un mechón de pelo oscuro le cayó sobre los ojos.

Con calma, se echó el pelo atrás, se desabrochó el puño y se arremangó la camisa hasta el hombro, vuelta a vuelta, sin dejar de mirar a su cuñado.

Desde mi perspectiva podía ver la cara de Ian, un poco colorada bajo la piel bronceada; su larga y fina barbilla expresaba determinación.

Los dos hombres midieron los codos cuidadosamente, maniobrando para tener un buen apoyo, frotando la mesa con la punta del codo para asegurarse de que la superficie no fuera resbaladiza.

Con el debido ritual, Jamie extendió los dedos, con la palma hacia Ian. éste apoyó su propia mano contra la de Jamie. Los dedos se tocaron como en un espejo, después se desplazaron, uno hacia la derecha y otro hacia la izquierda, y se entrelazaron.

—¿Listo? —preguntó Jamie.

—Listo. —La voz de Ian era tranquila, pero sus ojos brillaban bajo las espesas cejas.

Los músculos se tensaron a lo largo de los dos brazos.

Jenny me miró y puso los ojos en blanco. Sea lo que fuere lo que esperaba de Jamie, no era precisamente aquel juego.

Los dos hombres estaban concentrados en el tirante nudo de dedos y no veían nada más. Ambos rostros estaban rojos por la fuerza. De repente vi que la mirada de Jamie dejaba de concentrarse en los puños al ver los labios apretados de Ian. éste sintió el cambio, sus miradas se cruzaron... y ambos soltaron la carcajada.

Siguieron con las manos entrelazadas un rato más y después se separaron.

—Empate —dijo Jamie, echándose atrás un mechón de pelo. Sacudió la cabeza de buen humor, mirando a Ian—. De acuerdo, hombre. Aunque pudiera darte órdenes, no lo haría. Pero puedo pedirte un favor, ¿no? ¿Vendrás conmigo?

Ian se enjugó el sudor del cuello. Su mirada se paseó por la habitación y

se posó un momento en Jenny. El rostro de ésta no estaba más pálido de lo normal, pero pude ver su pulso rápido justo debajo del ángulo de la mandíbula. Ian la miró fijamente mientras se bajaba la manga. Vi el rubor rosa profundo que le empezaba a subir desde el cuello del vestido.

Ian se frotó la mandíbula como si pensara, y después se volvió hacia Jamie y sacudió la cabeza.

—No, mi amor —dijo—. Tú me necesitas aquí, y aquí me quedaré. —Su mirada se posó en Jenny, que sostenía a Katherine y en la pequeña Maggie, la cual se aferraba a la falda de su madre con manos mugrientas. Y en mí. La enorme boca de Ian se curvó en una leve sonrisa—. Me quedaré aquí —repitió—. Cuidando tu flanco débil, hombre.

—¿Jamie?

—¿Sí? —respondió de inmediato; supe que no estaba dormido, aunque estaba tan quieto como una figura tallada sobre una tumba.

—No pensarás en dejarme aquí, ¿verdad? —No se me habría ocurrido preguntar de no haber sido por la escena con Ian, ocurrida hacía un rato. Una vez decidido que Ian se quedaría, Jamie se sentó con él para organizar todo; eligieron quién marcharía con el terrateniente a ayudar al príncipe y quién se quedaría a cuidar Lallybroch.

Supe que había sido un proceso difícil, aunque no lo dejó entrever; discutieron con calma si Lallybroch podía prescindir de Ross, el herrero, y se decidió que sí, aunque debía dejar reparadas y listas las rejas de arado que se necesitarían para la primavera. Decidieron que Joseph Fraser Kirby no podía ir pues era el sostén no sólo de su familia sino también de su hermana viuda. Brendan era el hijo mayor de ambas familias y a los nueve años no estaba preparado para reemplazar a su padre, en el caso de que no regresara.

Fue muy delicado planificar todo. ¿Cuántos hombres debían ir para poder influir en el curso de la guerra? Jenny tenía razón; Jamie no tenía otra alternativa que ayudar a ganar a Carlos Estuardo. Y para conseguirlo había que reunir la mayor cantidad de hombres y armas posibles.

Pero por otra parte estaba yo, y mi conocimiento mortal... y la falta de él. Habíamos logrado impedir que Carlos Estuardo consiguiera dinero para financiar su rebelión; sin embargo, el *Bonnie Prince*, imprudente,

incompetente y decidido a reclamar su legado, desembarcaba para reunir a los clanes en Glenfinnan. Por una carta posterior de Jared nos enteramos de que Carlos había cruzado el canal de la Mancha con dos pequeñas fragatas, una de ellas provista por un tal Antoine Walsh, un esclavista con los ojos abiertos para la primera oportunidad que se le presentara. Al parecer, consideraba que la empresa de Carlos era menos arriesgada que una expedición esclavista. Una de las fragatas fue abordada por los ingleses; la otra llevó a Carlos a la isla de Eriskay, donde desembarcó a salvo.

Lo acompañaban siete hombres, entre ellos el dueño de un pequeño banco, de nombre Aeneas MacDonald. Incapaz de financiar la expedición entera, MacDonald proporcionó los fondos para una provisión de espadas, que constituían el armamento completo de Carlos. Jared se manifestaba admirado y horrorizado a la vez por la intrepidez de la aventura, pero como era un jacobita leal, se esforzaba por tragarse su recelo.

Hasta aquel momento, Carlos había tenido éxito. Por vía clandestina nos enteramos de que había desembarcado en Eriskay y cruzado hasta Glenfinnan, donde esperaba, en compañía de varios barriles de coñac, para ver si los clanes respondían a la convocatoria de su pabellón. Después de horas desesperadas, llegaron por los desfiladeros de las empinadas colinas verdes trescientos hombres del clan Cameron, conducidos no por su jefe, que había salido de viaje, sino por su hermana, Jenny Cameron.

Los Cameron fueron los primeros, pero luego se les sumaron otros, como evidenciaba la Declaración de la Asociación.

Si Carlos se encaminaba a un desastre, a pesar de todos los esfuerzos, ¿cuántos hombres de Lallybroch se podrían salvar de la muerte?

Ian se salvaría, lo cual era un bálsamo para el espíritu de Jamie. ¡Pero los otros, las sesenta familias que habitaban en Lallybroch! Elegir quién iría o no sería equivalente a elegir hombres para el sacrificio.

Jamie no tuvo alternativa, pero se mantuvo firme en dos aspectos: ninguna mujer acompañaría a las tropas y no iría ningún muchacho de menos de dieciocho años. Ian se mostró sorprendido ante esta decisión: mientras la mayoría de las mujeres con hijos pequeños normalmente se quedaban en casa, no era inusual en absoluto que las esposas de las Tierras Altas siguieran a sus hombres a la batalla, para cocinarles, cuidarlos y repartir las provisiones

del ejército. Y los jóvenes, que se consideraban hombres a los catorce años, se iban a sentir muy humillados al verse excluidos de la lista. Pero Jamie había impartido sus órdenes en un tono que no admitía discusión. Ian, después de un instante de vacilación, se había limitado a asentir y las había escrito.

No hice preguntas delante de Ian y Jenny respecto a si la prohibición de las mujeres me incluía a mí también. Porque estuviera o no incluida, yo iba a ir con Jamie, y eso era definitivo.

—¿Dejarte aquí? —dijo ahora. Vi que la boca se le curvaba en una sonrisa—. ¿Crees que tengo alternativa?

—No —respondí, acurrucándome junto a él con repentino alivio—. No la tienes. Pero pensé que quizá se te pasara por la cabeza.

Dio un pequeño bufido y me atrajo hacia sí.

—Ah, sí. Y si creyera que debo dejarte, tendría que atarte con cadenas; de lo contrario nada te detendría. —Sentí que meneaba la cabeza, negando—. No, debo llevarte conmigo, *Sassenach*, quiera o no. Hay cosas que tal vez sepas a medida que ocurren; aunque ahora no parezcan tener importancia, tal vez la tengan más tarde. Además, eres buena curandera: no puedo negarles a mis hombres tu habilidad. Daría cualquier cosa, *mo duinne*, por poder dejarte aquí, a salvo, pero no puedo. Así que vendrás conmigo; y Fergus también.

—¿Fergus? —Me sorprendió esta decisión—. ¡Pensaba que no llevarías a ningún muchacho joven!

Volvió a suspirar y apoyé la mano en el centro de su pecho, donde le latía el corazón.

—Bueno, el caso de Fergus es diferente. Los otros muchachos... no los llevaré, pues son de aquí; si todo se va al demonio, deberán quedarse a impedir que sus familias se mueran de hambre, a trabajar los campos y a atender a las bestias. Tendrán que crecer rápido, pero por lo menos estarán aquí para hacerlo. Pero Fergus... éste no es su lugar. Tampoco lo es Francia, pues de lo contrario lo enviaría de regreso. Pero tampoco tiene un lugar allí.

—Su lugar está junto a ti —dije con voz suave—. Como el mío.

Permaneció en silencio un rato y luego sentí la tibieza de su mano.

—Sí, así es —dijo en voz muy baja—. Duerme ahora, *mo duinne*; es tarde.

El molesto llanto me devolvió a la vigilia por tercera vez. A Katherine le estaban saliendo los primeros dientes y no se molestaba en ocultarlo. Desde su habitación junto al vestíbulo, oí el murmullo soñoliento de Ian, y la voz más alta de Jenny, resignada, al salir de la cama para aliviar a la niña.

Entonces oí los pasos suaves y pesados en el corredor, y me di cuenta de que Jamie estaba caminando descalzo por la casa.

—¿Jenny? —Su voz, baja para no molestar, era claramente audible—. Oí el llanto de la pequeña. Ella no puede dormir y yo tampoco, pero tú sí. Si está alimentada y seca, tal vez podamos hacernos compañía un rato, mientras tú vuelves a la cama.

Jenny reprimió un bostezo.

—Jamie, querido, eres la bendición de las madres. Sí, está llena como un barril y acabo de ponerle un pañal seco. Cógela y que os divirtáis. Se cerró una puerta y oí otra vez los pasos pesados en dirección a nuestro dormitorio, y el murmullo bajo de la voz de Jamie mientras le hablaba a la niña para calmarla.

Me acurruqué más aún en el lecho y volví a dormirme, escuchando a medias el llanto de la niña y el canturreo profundo y sin melodía de Jamie, cuyo sonido era tan reconfortante como pensar en las colmenas en el sol del verano.

—Eh, pequeña Kitty, *ciamar a tha thu? Much, mo naoidheachan, much.*

El sonido de ambos se oía de un lado a otro del corredor; me mantuve medio despierta a propósito, para oírlos. Tal vez algún día Jamie sostuviera así a su hijo.

El dolor de mi corazón se convirtió en una ola de ternura. Había concebido una vez; podía volver a hacerlo. Mis manos se apoyaron suavemente en mis pechos, envolviéndolos, sabiendo sin lugar a dudas que algún día iba a alimentar al niño de mi corazón. Me dejé llevar por el sueño con el sonido de Jamie en mis oídos.

Poco después volví a despertar y abrí los ojos en el cuarto lleno de luz. Había salido la luna, llena y brillante, y todos los objetos de la habitación se veían con claridad.

La niña se había tranquilizado, pero podía oír la voz de Jamie en el

corredor, hablando en voz mucho más baja. El tono había cambiado; no era el modo rítmico y medio tonto con que se habla a los bebés, sino el discurso pausado de un hombre que busca en los recovecos de su propio corazón.

Con curiosidad, salí de la cama y me acerqué a la puerta en silencio. Podía verlos en el extremo del corredor. Jamie estaba apoyado en la ventana, sólo con la camisa puesta. Las piernas desnudas estaban alzadas, formando un respaldo sobre el cual Katherine Mary descansaba de espaldas.

El rostro de la niña era inexpresivo y blanco como la luna, sus ojos dos lagos oscuros que absorbían las palabras de Jamie. éste dibujó la curva de su mejilla con un dedo, una y otra vez, murmurando con dulzura conmovedora.

Hablaba en gaélico, y en voz tan baja que no hubiera podido entender lo que decía aunque conociera las palabras. Pero la voz era ronca, y la luz de la luna mostraba las huellas de las lágrimas que le caían por las mejillas.

No era una escena que admitiera intrusos. Regresé al lecho todavía tibio, reteniendo la imagen del terrateniente de Lallybroch, medio desnudo a la luz de la luna, entregando su corazón a un futuro desconocido, sosteniendo en su regazo la promesa de su sangre.

Cuando desperté por la mañana percibí un aroma cálido y desconocido y noté que tenía algo enredado en el pelo. Abrí los ojos y encontré la boquita de Katherine Mary chasqueando soñolienta y los deditos regordetes agarrados a mi pelo. Le desenredé la manecita con cuidado; la niña se movió, encogió las rodillas y volvió a dormir.

Jamie estaba acostado al otro lado de la niña, con el rostro medio enterrado en la almohada.

—Buenos días, *Sassenach* —dijo.

Me pasé una mano por el pelo enmarañado y sonreí al ver la coleta de Kitty.

—No parece una postura muy cómoda —observé—. Pero sigue dormida, así que no debe de ser tan incómoda. ¿Hasta qué hora estuviste despierto anoche? No te oí cuando te acostaste.

Bostezó y se pasó una mano por el pelo, quitandoselo de la cara. Tenía ojeras, pero parecía satisfecho.

—Oh, bastante tiempo. Por lo menos hasta que se ocultó la luna. No quise

despertar a Jenny llevándosela otra vez, así que la acosté en la cama entre nosotros, y no se movió ni una sola vez durante el resto de la noche.

La niña restregó codos y rodillas en el colchón, buscando entre las sábanas con un leve gruñido. Debía de ser la hora de su leche matinal. Dicha suposición se confirmó en seguida, cuando alzó la cabeza, con los ojos fuertemente apretados, y emitió un saludable alarido. La cogí en brazos.

—Bueno, bueno, bueno —la calmé, dándole palmadas en la espalda. Saqué las piernas de la cama y toqué a Jamie en la cabeza.

—Se la llevaré a Jenny —dije—. Todavía es temprano; duerme un poco más.

—Lo haré —respondió haciendo una mueca ante el ruido—. Te veré en el desayuno. —Se dio la vuelta, cruzó las manos sobre el pecho en su postura favorita y ya dormía profundamente cuando Katherine Mary y yo llegamos a la puerta de la habitación.

La niña se sacudía vigorosamente, bajando la cabeza en busca de un pezón y chillando. Corrí por el pasillo y me crucé con Jenny, que salía de su dormitorio en respuesta al llanto de su retoño, y se iba poniendo un camisón verde. Le entregué a la niña, que sacudía los puñitos con urgencia.

—Bueno, *mo mùirninn*, calla ahora, calla —la calmó Jenny. Con la ceja alzada a modo de invitación, cogió la niña de mis brazos y volvió a entrar en su habitación.

La seguí y me senté en la cama mientras Jenny daba el pecho a su niña; ambas nos sentimos aliviadas por el silencio.

—¡Ah! —suspiró Jenny. Sus hombros se encorvaron al empezar el flujo de la leche—. Eso está mejor, ¿no, mi cerdita? —abrió los ojos y me sonrió.

—Fuisteis muy amables al quedaros con la niña toda la noche; he dormido como un tronco.

Me encogí de hombros, sonriendo ante la imagen de madre e hija. La curva de la cabeza de la niña era exactamente igual a la curva alta y redonda del seno de Jenny.

—Fue Jamie, no yo —dije—. Parece que él y su sobrina se llevan bien. —Me volvió a la memoria la imagen de los dos, Jamie hablándole seriamente a la niña y las lágrimas cayéndole por el rostro.

Jenny asintió, observándome.

—Sí. Pensé que tal vez se consolarían mutuamente. ¿Jamie no duerme bien? —Parecía una pregunta.

—No —respondí—. Tiene muchas cosas en la cabeza.

—No me sorprende —dijo, observando la cama a mis espaldas. Ian se había levantado a comprobar las existencias del granero. Los caballos necesitaban herraduras y arneses.

—Se puede hablar con un bebé, sabes —dijo de repente, interrumpiendo mis pensamientos—. Quiero decir, hablar en serio. Puedes contarles cualquier cosa, no importa lo tonto que te parezca o lo poco que pueda entenderte.

—Ah, ¿lo oíste, entonces? —pregunté. Ella asintió, con los ojos fijos en la mejilla de Katherine.

—Sí. No debes preocuparte —añadió—. No es que no pueda hablar contigo; sabe bien que puede. Pero es diferente hablar con un bebé. Es una persona; sabes que no estás solo. Pero no entienden tus palabras, así que no te preocupa lo que piensen, ni lo que sientan que deben hacer. Puedes abrirles tu corazón sin elegir las palabras, sin guardarte nada... es un consuelo para el alma.

Habló con indiferencia, como si se tratara de una verdad universal. Me pregunté si le hablaría así a su bebé con mucha frecuencia.

—Es así como se les habla antes de que nazcan —continuó con voz suave—. Lo sabes, ¿no?

Apoyé las manos suavemente sobre mi vientre, una encima de la otra, recordando.

—Sí, lo sé.

Jenny apretó un pulgar contra la mejilla de la niña, para cortar la succión, y con un movimiento ágil cambió el cuerpecito al otro pecho.

—He pensado que tal vez por eso las mujeres están tan tristes una vez que nace el bebé —dijo reflexiva, como si pensara en voz alta—. Mientras les hablas piensas en ellos, y los conoces mientras están en tu interior. Y luego nacen, y son diferentes... no como habías pensado. Y los amas, por supuesto, y los llegas a conocer tal como son... sin embargo, siempre piensas en el niño a quien le hablaste desde tu corazón, y ese niño ya no está. Así que pienso que lo que se siente es pena por ese niño que no nació, aunque sostengas

entre tus brazos al que nació. Sí. Antes... todo son posibilidades. Podría ser varón, o mujer. Un niño feo o guapo. Y después nace, y todo lo que podría haber sido ya no será, porque ya es.

Se balanceó suavemente adelante y atrás, y la manecita que asía los pliegues de seda verde empezó a aflojar la tensión.

—Y nace una niña, y el niño que pudo haber sido está muerto —continuó—. Y el hermoso niño que llevas al pecho ha matado a la pequeñita que pensaste que tenías. Y lloras por lo que no conociste, que se fue para siempre, hasta que conoces al niño que sí tienes, y finalmente es como si nunca hubieran sido otra cosa que lo que son, y no sientes otra cosa que alegría. Pero hasta entonces, lloras con facilidad.

—Y los hombres... —dije pensando en Jamie.

—Sí. Ellos sostienen a sus hijos y sienten todas las cosas que podrían ser, y las cosas que nunca serán. Pero para un hombre no es tan fácil llorar por lo desconocido.

# **SEXTA PARTE**

*Llamas de rebelión*

## 36

### *Prestonpans*

*Escocia, septiembre de 1745*

Tras cuatro días de marcha estábamos en la cima de una colina, cerca de Calder. Un gran páramo se extendía al pie de la colina, pero nosotros acampamos bajo unos árboles, en lo alto. Dos arroyuelos cortaban la roca y el clima de comienzos del otoño hacía parecer que habíamos ido de excursión y no a la guerra. Pero era el 17 de septiembre y, si recordaba bien la poca historia que sabía, la guerra empezaría en cuestión de días.

—Cuéntamelo otra vez —me había pedido Jamie por enésima vez. Yo iba montada en Donas y él caminaba a mi lado.

—Ya te lo dije: no sé demasiado. No había detalles en los libros de historia y no presté demasiada atención. Todo lo que te puedo decir es que hubo (es decir, habrá) una batalla cerca de la ciudad de Preston y por eso se llama la batalla de Prestonpans, aunque los escoceses la llamaron (la van a llamar) la batalla de Gladsmuir, porque una antigua profecía dice que el rey saldrá victorioso en Gladsmuir. Dios sabrá dónde queda Gladsmuir, si es que existe.

—Sí. ¿y?

Fruncí el entrecejo, tratando de recordar hasta el último detalle. Conjuré una imagen mental de la copia marrón, pequeña y destartada de la *Historia*

*de Inglaterra para niños*, que había leído a la luz titilante de una lámpara de queroseno en una cabaña de algún lugar de Persia. Pasé mentalmente las páginas y recordé la lección de dos páginas que el autor dedicó a la segunda rebelión jacobita, conocida por los historiadores como «la del 45». Y dentro de aquellas dos páginas, el único párrafo que trataba de la batalla que pronto tendría lugar.

—Ganan los escoceses —dije.

—Bueno, es un detalle importante —dijo— pero sería de ayuda saber un poquito más.

—Si querías una profecía, debiste haber contratado un adivino —dije—. Lo siento. Es que no sé mucho; y es muy frustrante.

—Sí, así es. —Me cogió la mano y la apretó—. No te irrites, *Sassenach*. No puedes decirme más de lo que sabes, pero dímelo todo, sólo una vez más.

—De acuerdo. —Le apreté la mano—. Fue una victoria asombrosa —comencé— pues a los jacobitas los superaban en número. Sorprendieron al ejército del general Cope al amanecer y lo derrotaron. Hubo cientos de víctimas del lado inglés y sólo unas pocas del lado jacobita: treinta hombres.

Jamie miró a los hombres de Lallybroch, que conversaban y cantaban. Treinta hombres habíamos llevado de Lallybroch. Al mirarlos no parecían tan pocos... Sin embargo, yo había visto los campos de batalla en Alsacia y Lorena, y la pradera convertida en cementerio.

—En conjunto —dije, sintiendo un poco de culpa— me temo que fue una batalla más bien... sin importancia, históricamente hablando.

Jamie resopló y me miró con cierta desolación.

—Sin importancia. Sí, está bien.

—Lo siento —dije.

—No es culpa tuya, *Sassenach*.

Sin embargo, no pude dejar de sentir que sí lo era.

Los hombres se sentaron alrededor del fuego después de cenar, disfrutando con el estómago lleno, intercambiando historias y rascándose. La picazón era endémica; la cercanía con los demás hombres y la falta de higiene hacían que los piojos fueran tan comunes que no llamaba la atención que alguno de los hombres sacara uno de su capa y lo arrojara al fuego. El piojo ardía un

momento entre las llamas y desaparecía.

El joven llamado Kincaid parecía particularmente afectado por aquella plaga. Se rascó ferozmente el sobaco y después, con una rápida mirada para ver si yo estaba mirando en esa dirección, la entrepierna.

—Te están volviendo loco, ¿no, muchacho? —dijo Ross, el herrero.

—Sí —respondió Kincaid—, me están comiendo vivo.

—Es una maldición quitarlos del paquete —observó Wallace Fraser, rascándose—. Me pica de sólo mirarte, muchacho.

—¿Sabes cuál es la mejor manera de deshacerse de ellos? —dijo Sorley McClure; ante la negativa de Kincaid, se inclinó y cogió un palo ardiendo.

—Levántate las faldas un momento, y te los quitaré con humo —dijo, ante los silbidos de los demás.

—Maldito granjero —murmuro Murtagh—. ¿Qué sabes tú de eso?

—¿Conoces una manera mejor? —Wallace alzó las cejas con escepticismo, arrugando la piel bronceada de la frente calva.

—Por supuesto. —Sacó su daga—. El muchacho ya es un soldado; que haga como los soldados.

El rostro cándido de Kincaid mostró gran interés.

—¿Cómo?

—Bueno, es muy sencillo. Coges tu daga y te afeitas la mitad de los pelos de la entrepierna. —Alzó la daga—. Sólo la mitad, ¿entiendes?

—¿La mitad? Sí, bien... —Kincaid pareció dudar, pero prestaba mucha atención. Yo podía ver las sonrisas de los hombres, pero nadie se reía aún.

—Entonces... —Murtagh hizo un gesto a Sorley y su palo—. Entonces, muchacho, le prendes fuego a la otra mitad y, cuando las bestezuelas escapan, las matas con tu daga.

Kincaid se puso rojo cuando los hombres rieron a carcajadas. Un par de hombres fingieron probar la cura con el fuego, blandiendo estacas encendidas. Justo cuando parecía que la broma se ponía pesada y parecía que iban a pegarse en serio, Jamie regresó. Entró en el círculo y entregó una botella que llevaba bajo el brazo a Kincaid.

Otra fue a Murtagh y las peleas terminaron.

—Sois todos tontos —declaró—. La segunda manera mejor de deshacerse de los piojos es echarles *whisky* y emborracharlos. Cuando se quedan

dormidos, uno se levanta y se caen.

—La segunda, ¿eh? —dijo Ross—. ¿Y cuál es la mejor, señor, si podéis decírnoslo?

Jamie sonrió con indulgencia, como un padre que riera ante las travesuras de sus hijos.

—Pues, hacer que tu esposa te los quite, uno por uno. —Dobló el codo y me hizo una reverencia, con una ceja alzada—. ¿Si me hacéis el favor, milady?

Aunque dicho como una broma, quitar los piojos de uno en uno era el único método efectivo para deshacerse de ellos. Por mi parte, me peinaba todo el pelo por la mañana y por la noche y me lo lavaba con milenrama cada vez que acampábamos cerca de agua lo suficientemente profunda para bañarme. Consciente de que no tendría piojos siempre y aunque Jamie no los tuviera, le administraba el mismo tratamiento cada vez que podía tenerlo quieto el tiempo suficiente.

—Los babuinos hacen esto todo el tiempo —comenté—. Pero creo que ellos se comen el fruto de su labor.

—Por mí no dejes de hacerlo, si lo deseas —respondió—. No sabía que era tan agradable que me peinaran.

—Espera a que termine —le dije—. Aunque estoy tentada de probar la idea de Murtagh.

—Si me tocas la entrepierna con una antorcha, recibirás el mismo tratamiento —amenazó—. ¿Qué es lo que dijo Louise de La Tour de las chicas que se depilan?

—Que son eróticas. —Me incliné hacia adelante y le mordisqueé la oreja.

—Vaya.

—Bueno, hay gustos para todo. *Chacun à son gout.*

—Opinión de los franceses.

—¿No es verdad?

Un fuerte gruñido interrumpió mi tarea. Di de lado el peine y miré hacia los árboles.

—O hay osos en el bosque, o... ¿no has comido?

—Estuve ocupado con los animales —respondió—. Uno de los ponis tiene una pata rota y tuve que ponerle un emplasto. Tampoco tengo mucha

hambre, con toda esta charla de comer piojos.

—¿Qué dase de emplasto se utiliza para la pata de un caballo? —pregunté.

—Muchas cosas; la bosta fresca sirve. Pero esta vez usé hojas masticadas de algarrobo mezcladas con miel.

Habíamos colocado nuestras alforjas junto al fuego, cerca del pequeño claro donde los hombres habían levantado mi tienda. Para que yo tuviera cierta intimidad lejos de los demás hombres.

—Y si alguna noche él puede obtener satisfacción entre tus piernas, nadie va a negárselo —había dicho Murtagh, sacudiendo la cabeza hacia Jamie, que charlaba muy concentrado con varios hombres—. Pero no hay necesidad de que los muchachos piensen demasiado en cosas que no pueden tener, ¿no?

—Claro —respondí—. Muy considerado de tu parte.

Una de sus extrañas sonrisas curvó sus finos labios.

—Ah, no hay por qué —respondió.

Una rápida búsqueda en las alforjas dio como resultado un trozo de queso y varias manzanas. Se lo di a Jamie.

—¿No hay pan? —preguntó.

—Tal vez haya un poco en la otra alforja. Pero cómete antes las manzanas; son buenas para tu salud. —Jamie compartía el recelo de todo habitante de las Tierras Altas por las frutas y las verduras frescas, aunque su enorme apetito lo hacía comer casi cualquier cosa.

—Bien —dijo, dando un mordisco a una manzana—. Si tú lo dices, *Sassenach*.

—Lo digo. Mira. —Le enseñé los dientes—. ¿Cuántas mujeres de mi edad conoces que conserven todos sus dientes?

Su sonrisa dejó al descubierto su dentadura perfecta.

—Bueno, debo admitir que estás muy bien conservada, *Sassenach*, para ser una mujer tan vieja.

—Es que estoy bien alimentada —repliqué—. La mitad de la gente de tu heredad sufre de escorbuto y por lo que he visto en el camino, es peor en otras partes. La vitamina C es la que previene el escorbuto, y las manzanas están llenas de esa vitamina.

Se sacó la manzana de la boca y la miró muy serio.

—¿Ah, sí?

—Así es —dije con firmeza—. Y también la mayor parte de otras plantas: las naranjas y los limones son los mejores, aunque aquí no se consiguen, pero las cebollas, el repollo, las manzanas... come algo de eso todos los días, y no tendrás escorbuto. Hasta la hierba verde contiene vitamina C.

—Ah. ¿Por eso los ciervos no pierden los dientes cuando envejecen?

—Eso supongo.

Giró la manzana, examinándola, y después se encogió de hombros.

—Está bien —dijo, y dio otro mordisco.

Acababa de ir a buscar el pan cuando me llamó la atención un leve crujido. Vi por el rabillo del ojo un movimiento entre las sombras y la luz del fuego se reflejó en algo cerca de la cabeza de Jamie.

Corrí hacia él, gritando, justo a tiempo para verlo caer del tronco y desaparecer en la oscuridad de la noche.

No había luna y la única pista de lo que estaba sucediendo fue una tremenda lucha entre las hojas secas de los alisos, y el ruido de hombres trezados en difícil pero silencioso conflicto, con gruñidos, jadeos y alguna que otra maldición. Hubo un grito corto y agudo y después un silencio absoluto. Supongo que duró sólo unos segundos, aunque me parecieron eternos.

Todavía estaba parada junto al fuego, congelada en mi posición original, cuando Jamie emergió de la tenebrosa oscuridad del bosque, sujetando a un cautivo por el brazo. Jamie le dio un brusco empujón que lo envió de espaldas a un árbol. El hombre se golpeó contra el árbol con fuerza, dejando caer una lluvia de hojas y bellotas, y cayó.

Atraídos por el ruido, Murtagh, Ross y un par de los otros Fraser aparecieron junto al fuego. Levantando a la fuerza al intruso, lo arrastraron hasta el círculo de luz del fuego. Murtagh cogió al cautivo del pelo y le echó la cabeza hacia atrás, dejando al descubierto su rostro.

Era un rostro pequeño y de huesos finos, con grandes ojos de largas pestañas que miraron confundidos a los que se agolpaban a su alrededor.

—¡Pero si es sólo un niño! —exclamé—. ¡No debe de tener más de quince años!

—¡Dieciséis! —corrigió el muchacho. Sacudió la cabeza, recobrando los sentidos—. No es que haya tanta diferencia —añadió con acento inglés. De Hampshire, pensé. Estaba muy lejos de su casa.

—Claro que no —dijo Jamie—. Dieciséis o sesenta, acabas de intentar cortarme la garganta. —Advertí entonces el pañuelo teñido en sangre que tenía apretado contra el cuello.

—No os diré nada —dijo el muchacho. Se sostenía con firmeza un brazo y pensé que quizá estaba herido. Hacía un esfuerzo visible por erguirse entre los hombres y apretaba los labios para evitar cualquier gesto de miedo o dolor.

—Algunas cosas no es necesario que me las digas —respondió Jamie, examinando al muchacho—. En primer lugar, que eres inglés, así que es probable que haya tropas cerca. Y en segundo lugar, que estás solo.

El muchacho pareció sorprendido.

—¿Cómo lo sabéis?

Jamie alzó las cejas.

—Supongo que nos atacaste porque pensabas que la señora y yo estábamos solos. Si hubieras estado con alguien que pensó lo mismo, ya habría venido en tu rescate. Dicho sea de paso, ¿tienes el brazo roto? Me pareció oír un crujido. Si estabas con alguien que sabía que no estábamos solos, te habría impedido cometer una tontería tan grande. —Pese a su diagnóstico, advertí que tres de los hombres fueron al bosque en respuesta a una señal de Jamie, presumiblemente para buscar otros intrusos.

La expresión del muchacho se endureció al oír: que su acción era considerada una tontería. Jamie se limpió el cuello e inspeccionó el pañuelo.

—Muchacho, si quieres matar a alguien por la espalda, elige un hombre que no esté sentado en un montón de hojas secas —le aconsejó—. Y si usas un cuchillo contra un adversario más fuerte que tú, elige un sitio más seguro; cortar la garganta no es fácil a menos que tu víctima se quede quieta.

—Gracias por vuestro valioso consejo —dijo el muchacho. Se estaba esforzando por hacerse el valiente, aunque miraba con inquietud. Ningún habitante de las Tierras Altas habría ganado un concurso de belleza a la luz del día; y por la noche no eran la clase de persona con que a uno le gustaría encontrarse en un lugar oscuro.

Jamie respondió con cortesía.

—No tienes por qué. Es una desgracia que no tengas oportunidad de aplicarlo en el futuro. ¿Y por qué me atacaste, ya que estamos conversando?

Los hombres de los otros campamentos, atraídos por el ruido, habían empezado a acercarse. La mirada del muchacho se paseó por el círculo de hombres, cada vez mayor, y por fin se posó en mí. Vaciló un momento, pero respondió:

—Esperaba liberar a la dama.

Se oyó un murmullo de risas ahogadas entre los hombres, sofocadas por un gesto rápido de Jamie.

—Ya veo —dijo—. Nos oíste hablando y pensaste que la dama es inglesa y de buena educación. Mientras que yo...

—¡Mientras que vos, señor, sois un proscrito sin conciencia, con reputación de ladrón y de violento! ¡Vuestra cara y descripción se encuentran en todo Hampshire y Sussex! ¡Os reconocí de inmediato; sois un rebelde y un degenerado sin principios! —dijo el muchacho con el rostro rojo de indignación.

—Ah, bien. Así es —dijo Jamie—. De ser así, tal vez puedas sugerirme alguna razón por la que no deba matarte de inmediato. —Desenvainó la daga y la giró con delicadeza, haciendo que el fuego se reflejara en el filo.

La sangre abandonó el rostro del joven, que pareció un fantasma en las sombras; sin embargo, se enderezó, tirando de los captores que lo sostenían a ambos lados.

—Era lo que esperaba. Estoy preparado para morir —dijo, poniendo rígidos los hombros.

Jamie asintió. Apoyó el filo de la daga en el fuego y un hilo de humo se elevó alrededor del metal ennegrecido, que despidió un intenso olor a fragua. Todos observamos fascinados cómo la llama, de un azul espectral donde tocaba el filo, parecía dar vida al hierro.

Mientras se envolvía la mano con el pañuelo manchado en sangre, Jamie sacó la daga del fuego. Avanzó lentamente hacia el muchacho, dejando caer el filo, como si éste tuviera voluntad propia, hasta tocar la chaqueta del joven. Hubo un fuerte olor a tela chamuscada cuando la punta quemada siguió su camino hacia la parte delantera de la chaqueta. La punta, que se oscurecía al

enfriarse, se detuvo muy cerca de la barbilla del muchacho. Pude ver el sudor brillándole en el delgado cuello.

—Sí, bien, me temo que no estoy preparado para matarte... todavía. — Jamie habló con suavidad; la amenaza resultaba más terrible por lo controlada.

—¿Con quiénes vas? —La pregunta fue un latigazo que sorprendió a los oyentes. La punta del cuchillo se acercó un poco más, humeante en la brisa nocturna.

—¡No... no os lo diré! —Los labios del muchacho se cerraron con fuerza y un ligero estremecimiento descendió por su delicada garganta.

—¿Ni a qué distancia están tus compañeros? ¿Ni cuántos son? ¿Ni en qué dirección marchan? —Las preguntas fueron hechas en un tono suave; Jamie le tocó con la punta del cuchillo la mandíbula. El muchacho abrió los ojos como un caballo aterrorizado, pero sacudió la cabeza con violencia, haciendo ondear la cabellera rubia. Ross y Kincaid aumentaron la presión en los brazos del muchacho.

Jamie apretó el cuchillo contra su mandíbula. Hubo un grito débil y ronco, y un hedor a carne quemada.

—¡Jamie! —grité, atónita. No se volvió sino que mantuvo la mirada fija en su prisionero que, librado de la presión en sus brazos, cayó de rodillas con la mano apretada contra la garganta.

—Esto no es asunto vuestro, señora —dijo Jamie entre dientes. Cogió al muchacho por la camisa y lo sacudió hasta ponerlo de pie. El filo del cuchillo se alzó, tambaleante, entre los dos, y se posó justo debajo del ojo izquierdo del muchacho. Jamie inclinó la cabeza a modo de pregunta silenciosa y recibió en respuesta una mínima negativa con la cabeza.

La voz del muchacho no fue más que un murmullo tembloroso; tuvo que aclararse la garganta para hacerse oír.

—No... no —dijo—. No. Nada de lo que me hagáis me obligará a decir algo.

Jamie lo sostuvo un momento más, mirándolo a los ojos, y después soltó la tela arrugada y dio un paso atrás.

—No —dijo lentamente— supongo que no. A ti no. Pero ¿y a la dama?

Al principio no me di cuenta de que se refería a mí, hasta que me asió de

la muñeca y me arrastró hacia él, haciéndome tambalear. Caí a sus pies y me retorció el brazo en la espalda.

—Puedes ser indiferente a tu propio bienestar, pero tal vez no lo seas tanto al honor de la dama, ya que te tomaste tanto trabajo en rescatarla. —Me giró hacia él, me echó la cabeza hacia atrás y me besó con una brutalidad deliberada, lo cual hizo que me retorciera sin querer.

Soltándome el pelo, me apretó contra él. El chico abrió los ojos, estupefacto.

—¡Soltadla! —exigió con voz ronca—. ¿Qué os proponéis hacer con ella?

Las manos de Jamie fueron hacia el escote de mi vestido. Con un tirón repentino, rasgó la tela del vestido y de la enagua, desnudando la mayor parte de mi pecho. Reaccionando por instinto, le di una patada. El muchacho emitió un sonido inarticulado y se sacudió, pero Ross y Kincaid lo contuvieron.

—Ya que lo preguntas —respondió Jamie— me propongo violar a esta dama delante de tus ojos. Después se la daré a mis hombres, para que hagan con ella lo que quieran. ¿Quizá quieras aprovecharte antes de que te mate? Un hombre no debe morir virgen, ¿no crees?

Entonces yo ya luchaba en serio, con el brazo retorcido con fuerza en la espalda y mis protestas acalladas por la enorme mano de Jamie sobre mi boca. Le hundí los dientes en la mano hasta que salió sangre. Jamie quitó la mano reprimiendo una exclamación, pero volvió a taparme la boca mientras me ponía un pedazo de tela entre los dientes. Emití sonidos ahogados cuando las manos de Jamie aferraron mis hombros, apartando los jirones de mi vestido. Con un tirón me desnudó hasta la cintura. Vi que Ross desviaba la mirada rápidamente, fijándola en el prisionero. Un leve rubor tiñó sus pómulos. Kincaid, que no tenía más de diecinueve años, miró sorprendido, con la boca abierta.

—¡Dejadla! —La voz del muchacho temblaba, pero más de ira que de miedo—. ¡Cobarde abominable! ¡Cómo os atrevéis a deshonar a una dama, chacal escocés! —Se quedó quieto un momento, con el pecho sacudido de indignación, y después tomó una decisión. Alzó la mandíbula y estiró la barbilla.

—Muy bien. Supongo que no tengo alternativa. Soltad a la dama y os diré lo que queráis.

Una de las manos de Jamie me soltó el hombro. No vi su expresión, pero Ross soltó el brazo herido del muchacho y se apresuró a alcanzarme la capa, que había caído al suelo durante la conmoción de la captura del muchacho. Jamie me llevó ambas manos a la espalda y, quitándome el cinturón, lo usó para atármelas. Cogió la capa que le entregaba Ross, la echó sobre mis hombros y la sujetó con cuidado.

—Tienes mi palabra de que la dama estará a salvo —dijo.

Con el rostro duro como la piedra, el muchacho dio la información requerida, hablando con sílabas entrecortadas.

Su nombre era William Grey, segundo hijo del vizconde Melton. Acompañaba una tropa de doscientos hombres en viaje a Dunbar, con la intención de unirse allí con el ejército del general Cope. Sus compañeros se encontraban acampando a una legua hacia el oeste. William estaba caminando por el bosque cuando vio nuestro fuego y se acercó a investigar. No, ningún compañero iba con él. Sí, la tropa llevaba armas pesadas, 16 cañones ligeros y dos morteros de 16 pulgadas. La tropa estaba armada con mosquetes y tenían treinta caballos.

El muchacho estaba empezando a agotarse tanto por el interrogatorio como por el brazo herido, pero rehusó sentarse. En cambio, se recostó contra un árbol, acunándose el codo con la mano.

Las preguntas continuaron durante casi una hora, precisando detalles. Una vez satisfecho, Jamie suspiró y dejó tranquilo al muchacho, que se dejó caer bajo las sombras vacilantes del roble. Jamie extendió una mano sin hablar; Murtagh, como de costumbre adivinando su intención, le entregó una pistola.

Se volvió hacia el prisionero, comprobando la carga de la pistola. La culata con forma de corazón brilló en la oscuridad.

—¿A la cabeza o al corazón? —preguntó Jamie como de pasada.

—¿Eh? —El muchacho abrió la boca, sin comprender.

—Voy a dispararte —explicó Jamie—. A los espías por lo general se los ahorca pero, en consideración a tu gallardía, estoy dispuesto a ofrecerte una muerte rápida. ¿Prefieres recibir la bala en la cabeza o en el corazón?

El muchacho se irguió rápidamente, enderezando los hombros.

—Ah, sí, por supuesto. —Se pasó la lengua por los labios y tragó saliva—. Creo que... en el... en el corazón. Gracias —añadió. Alzó la barbilla y apretó los labios; su rostro adquirió una expresión infantil.

Jamie asintió e inclinó la pistola.

—¡Esperad! —dijo el prisionero. Jamie lo miró con la pistola apuntando al delgado pecho.

—¿Qué seguridad tengo de que no molestaréis a la dama después de que yo... me muera? —inquirió el muchacho, mirando con beligerancia al círculo de hombres. Tenía la mano sana apretada con fuerza, pero temblaba de todos modos. Ross dejó escapar un sonido que convirtió hábilmente en un estornudo.

Jamie bajó la pistola, y con férreo control mantuvo una expresión de solemne gravedad.

—*Bueeno* —dijo. El acento escocés era más pronunciado bajo la tensión—. Tienes mi palabra, por supuesto, aunque tal vez dudes en aceptar la palabra de un cobarde escocés. ¿Quizá aceptes la seguridad de la dama? —Alzó una ceja en mi dirección y Kincaid saltó de inmediato para liberarme, luchando torpemente con la mordaza.

—¡Jamie! —exclamé furiosa—. ¡Esto es demasiado! ¿Cómo pudiste hacer algo semejante? Tú... tú...

—Cobarde —dijo—. O chacal, si te gusta más. ¿Qué dices, Murtagh? —dijo, volviéndose a su lugarteniente—. ¿Soy un cobarde o un chacal?

La boca casi sin labios de Murtagh se torció en una sonrisa irónica.

—Diría que eres hombre muerto si desatas a esa mujer sin una daga para defenderte.

Jamie se volvió hacia el prisionero.

—Debo pedir disculpas a mi esposa por haberla obligado a participar en esta farsa. Te aseguro que lo hizo completamente a disgusto. —Contempló con tristeza su mano mordida a la luz del fuego.

—¡Vuestra esposa! —El muchacho nos miró atónito a Jamie y a mí.

—También te aseguro que, aunque a veces la dama honra mi lecho con su presencia, nunca lo ha hecho a la fuerza. Y tampoco lo hará en esta ocasión —añadió— pero no la desates todavía, Kincaid.

—James Fraser —murmuré entre dientes—. ¡Si tocas a ese muchacho, no

te quepa duda de que nunca volverás a compartir mi lecho!

Jamie alzó una ceja. Sus colmillos brillaron fugazmente a la luz del fuego.

—Es una amenaza grave para un degenerado sin principios como yo, pero supongo que no puedo tener en cuenta mis intereses en semejante situación. Después de todo, la guerra es la guerra. —La pistola empezó a levantarse una vez más.

—¡Jamie! —grité.

Volvió a bajar la pistola y se volvió hacia mí con una expresión de paciencia exagerada.

—¿Sí?

Inspiré hondo, para evitar que la voz me temblara de indignación. Creía adivinar lo que se proponía y esperaba estar haciendo lo correcto. Estuviera o no en lo cierto, cuando todo aquello terminara... Aparté la visión de Jamie agonizando en el suelo con mi pie pisándole la nuez de Adán, para concentrarme en lo que tenía que decir.

—No tienes pruebas de que sea un espía —dije—. El muchacho dijo que nos encontró por casualidad. ¿Quién no sentiría curiosidad si viera un fuego en el bosque?

Jamie asintió.

—Sí, ¿y el intento de asesinato? Espía o no, intentó matarme, y lo admite. —Se pasó un dedo suavemente por la herida de la garganta.

—Bueno, por supuesto que sí —respondí—. Él dice que sabía que eras un proscrito. ¡Por el amor de Dios, tu cabeza tiene precio, maldita sea!

Jamie se frotó la barbilla y por fin se volvió hacia el prisionero.

—Bueno, es un detalle —dijo—. William Grey, tu abogado te defiende bien. No es política de su alteza el príncipe Carlos ni mía ejecutar personas ilegalmente, sean o no enemigas. —Llamó a Kincaid con un ademán.

—Kincaid, tú y Ross, llevad a este hombre en la dirección que él dice que está su tropa. Si la información que nos ha dado es cierta, atadlo a un árbol cerca de su campamento en la línea de marcha. Sus amigos lo encontrarán allí mañana. Pero si lo que nos dijo no es cierto... —hizo una pausa mirando fijamente al prisionero— cortadle el cuello.

Miró al muchacho a los ojos y dijo.

—Te devuelvo la vida. Espero que le des un buen uso.

Moviéndose detrás de mí, cortó las ataduras de mis muñecas. Cuando me volví, se dirigió al muchacho, que de repente se había sentado en el suelo.

—¿Quieres examinarle el brazo antes de que se vaya? —La máscara de fingida ferocidad había abandonado su rostro, dejándolo inexpresivo como una pared. Bajó los párpados, impidiéndome encontrarme con su mirada.

Sin decir una palabra, me acerqué al muchacho y me arrodillé junto a él. Parecía aturdido, y no se resistió a que lo examinara ni a las manipulaciones que siguieron, aunque tuvieron que resultarle dolorosas.

El vestido roto se me caía a cada rato de los hombros; yo murmuraba por lo bajo cada vez que tenía que alzarme un lado y otro. Los huesos del brazo del muchacho eran ligeros y angulosos, apenas más anchos que los míos. Entablillé el brazo y lo puse en cabestrillo usando mi propio pañuelo.

—Está roto —le dije—. Trata de mantenerlo inmóvil dos semanas por lo menos. —Asintió, sin mirarme.

Jamie había estado sentado en silencio sobre un tronco, observándome trabajar. Respirando con dificultad, me acerqué a él y le di una bofetada lo más fuerte que pude. El golpe le dejó una mancha blanca en la mejilla y le humedeció los ojos, pero no se movió ni cambió de expresión.

Kincaid levantó al muchacho de un tirón y lo empujó hasta el borde del claro con una mano en la espalda. Al llegar a las sombras el prisionero se detuvo y se dio la vuelta. Evitando mirarme, habló sólo con Jamie.

—Os debo la vida —dijo formalmente—. Preferiría no debéroslo, pero ya que me obligasteis a recibir ese regalo, debo considerarlo una deuda de honor. Espero pagar esa deuda en el futuro, pero una vez pagada... —La voz del muchacho tembló un poco con odio reprimido, perdiendo la fingida formalidad en la sinceridad de sus sentimientos—. ¡... os mataré!

Jamie se levantó del tronco. Su rostro estaba tranquilo. Inclino la cabeza hacia el prisionero que se iba.

—En ese caso, señor, espero que nunca volvamos a encontrarnos.

El muchacho enderezó los hombros y devolvió el saludo con rigidez.

—Un Grey nunca olvida una obligación, señor —dijo, y desapareció en la oscuridad con Kincaid.

Hubo una espera silenciosa, mientras se alejaban. Entonces empezaron las carcajadas, primero como un ruido suave a través de la nariz de un hombre,

después una risotada de otro.

Jamie entró en el círculo y las risas cesaron abruptamente. Me miró y se limitó a decir:

—Ve a la tienda.

Advertido por mi expresión, me cogió de la muñeca antes de que pudiera alzar mi mano.

—Si vas a volver a golpearme, por lo menos deja que ponga la otra mejilla —dijo con sequedad—. Además, creo que puedo ahorrarte el trabajo. De todos modos, te aconsejaría que fueras a la tienda.

Me soltó la mano y caminó hacia el borde del fuego. Con una inclinación de cabeza, juntó a los hombres dispersos delante de él. Los hombres tenían los ojos muy abiertos.

No comprendí todo lo que dijo, pues habló en una mezcla de gaélico e inglés, pero intuí que estaba preguntando con una voz monótona que parecía volver de piedra a sus oyentes, la identidad de los centinelas que se encontraban de guardia esa noche.

Hubo miradas furtivas de un lado a otro, y un movimiento inquieto entre los hombres, que parecieron juntarse aún más frente al peligro. Pero después las filas cerradas se abrieron y dos hombres se adelantaron, levantaron la mirada, la bajaron y permanecieron hombro con hombro, ajenos a la protección de sus compañeros.

Eran los hermanos McClure, George y Sorley. Ambos rondaban los treinta años y permanecieron uno junto a otro, avergonzados; los dedos de las manos curtidas por el trabajo se retorcieron deseando entrelazarse como una protección contra la tormenta que se avecinaba.

Hubo una pausa breve y silenciosa cuando Jamie observó a los centinelas. A continuación transcurrieron cinco minutos desagradables, siempre con las voces bajas y suaves. Los hombres del grupo no dejaron escapar ni un sonido. Los McClure, ambos corpulentos, parecieron encogerse bajo el peso de la situación. Me sequé las manos sudorosas en la falda; me alegraba de no comprender todo lo que pasaba. Empezaba a lamentar no haber cumplido la orden de Jamie de retirarme a la tienda.

Lo lamenté aún más cuando Jamie se volvió de repente a Murtagh que, a la espera de la orden, estaba preparado con una faja de cuero anudada en un

extremo para poder asirla bien.

—Desnudaos y poneos frente a mí, los dos. —Los McClure se movieron de inmediato; los dedos gruesos luchaban con las camisas; parecían aliviados de que la situación preliminar hubiera terminado y el castigo se cumpliera.

Pensé que iba a descomponerme, aunque suponía que el castigo sería leve comparado con lo que se estilaba en semejantes circunstancias. No se oyó ningún sonido en el claro del bosque, excepto el golpe del látigo y algún que otro jadeo o gruñido.

Después del último golpe, Jamie dejó caer la faja. Estaba sudando a mares y la camisa sucia se le pegaba a la espalda. Hizo un ademán a los McClure para que se retiraran y se secó la cara mientras uno de los hombres se inclinaba dolorido para coger las camisas y su hermano lo sostenía.

Los hombres parecían haber cesado incluso de respirar durante el castigo. Entonces hubo un murmullo en el grupo, como si la respiración se recuperara en un suspiro de alivio. Jamie los miró, sacudiendo un poco la cabeza.

—No podemos permitirnos un descuido, *mo duinne* —dijo—. De nadie. —Suspiró—. Eso me incluye a mí. Fue mi fuego el que atrajo al muchacho. El sudor le había vuelto a brotar en la frente. Se pasó una mano por la cara y se la secó en la falda. Hizo un gesto a Murtagh, quien se mantenía apartado de los demás hombres, y le extendió la faja de cuero.

—¿Me haces el favor, señor?

Después de un momento de vacilación, la mano agarrotada de Murtagh cogió la faja. Una expresión que podía haber sido de risa brilló en los ojos negros del hombrecillo.

—Con placer... señor.

Jamie volvió la espalda a sus hombres, y empezó a desabrocharse la camisa. Me vio, paralizada entre los troncos de los árboles, y una ceja se alzó a modo de irónica pregunta. ¿Quería observar? Sacudí la cabeza frenéticamente, di la vuelta y corrí tropezando entre los árboles, siguiendo un poco tarde su consejo.

No regresé a la tienda. No podía soportar la idea del encierro; sentía que me ahogaba: necesitaba aire y lo encontré en una pequeña colina, detrás de la tienda. Tropecé, me detuve en un pequeño claro, me tendí sobre el suelo y me

tapé la cabeza con los brazos. No quería oír el más leve eco del drama que se desarrollaba a mis espaldas.

El áspero césped estaba frío. Así aislada, permanecí en silencio, escuchando los latidos de mi corazón. Poco tiempo después oí pasar a los hombres en grupos de cuatro o cinco. No distinguí sus voces, pero parecían tranquilas, tal vez un poco asombradas. Pasó algún tiempo antes de que me diera cuenta de que él estaba allí. No me habló ni hizo ningún ruido, pero de repente supe que estaba a mi lado. Cuando me giré y me senté, pude ver su sombra sobre una piedra.

No sabía si acariciarle la cabeza o rompérsela con una roca, pero no hice ninguna de las dos cosas.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí. —Se estiró lentamente con un profundo suspiro.

—Lamento lo de tu vestido —dijo. Me di cuenta de que Jamie podía ver mi piel desnuda brillando en la oscuridad, y me tapé con brusquedad.

—Ah, ¿lo del vestido? —dije bastante irritada.

Volvió a suspirar.

—Sí, y el resto también. —Hizo una pausa y dijo—: Pensé que quizá estarías dispuesta a sacrificar tu recato para impedir que le hiciera daño al muchacho, pero dadas las circunstancias, no tuve tiempo de pedirte permiso. Si me equivoqué, os pido perdón, señora.

—¿Quieres decir que habrías seguido torturándolo?

Jamie estaba irritado y no se preocupó por ocultarlo.

—¡Torturarlo! Ni siquiera lo herí.

Me acurruqué todavía más entre los pliegues de la capa.

—Ah, ¿no consideras herir a una persona romperle el brazo y marcarlo con un cuchillo?

—No. —Cruzó rápidamente los pocos metros que nos separaban y me cogió del codo obligándome a mirarlo—. Escúchame. El muy tonto se rompió solo el brazo. Es tan valiente como cualquiera de mis hombres, pero no tiene experiencia en la lucha cuerpo a cuerpo.

—¿Y el cuchillo?

Jamie bufó.

—¡Bah! Le quedó una pequeña irritación debajo de la oreja, que mañana

por la noche ya no le dolerá. Espero que le haya dolido un poco, pero mi intención fue asustarlo, no lastimarlo.

—Ah. —Me deshice de él y regresé al bosque oscuro, buscando la tienda. Su voz me siguió.

—Podría haberlo lastimado de verdad, *Sassenach*. Preferiría no tener que usar esos métodos. Pero, *Sassenach*, a veces voy a tener que hacerlo. Tenía que saber dónde estaban sus compañeros, la cantidad de armas que llevaban y el resto. No pude asustarlo para que lo confesara, así que tenía que engañarlo o lastimarlo.

—Dijo que no podías hacer nada que lo hiciera hablar.

La voz de Jamie sonó cansada.

—Por Dios, *Sassenach*, claro que habría podido. Cualquiera termina confesando si se le tortura lo suficiente. Lo sé mejor que nadie.

—Sí —dije en voz baja—. Supongo que sí.

Ninguno de los dos se movió ni habló. Mis ojos se acostumbraron lo suficiente a la oscuridad para poder ver la silueta de nuestra tienda, a unos diez metros, bajo un enorme alerce. También pude ver la silueta negra de Jamie.

—De acuerdo —dije por fin—. De acuerdo. Dada la alternativa entre lo que hiciste y lo que pudiste haber hecho... sí, está bien.

—Gracias. —No pude ver si sonreía.

—Te arriesgaste mucho con todo lo demás —dije—. Si no te hubiera dado una excusa para no matarlo, ¿qué habrías hecho?

La enorme silueta se movió y se encogió de hombros; oí una tenue risita en las sombras.

—No lo sé, *Sassenach*. Me preguntaba si se te ocurriría algo. De lo contrario... bueno, supongo que tendría que haber matado al muchacho. No podía desilusionarlo y dejarlo ir, ¿no?

—Maldito bastardo escocés —dije sin ira.

Dio un suspiro exageradamente profundo.

—*Sassenach*, he sido apuñalado, mordido, abofeteado y azotado desde la cena, que ni siquiera terminé. No me gusta asustar a niños ni azotar a hombres, y tuve que hacer las dos cosas. Tengo doscientos ingleses acampados a una legua, y no tengo ni idea de lo que voy a hacer al respecto.

Estoy cansado, hambriento y herido. Si tienes un poco de compasión, me gustaría gozar de ella un poco.

Sonó tan apenado que me reí a pesar de mí misma. Me levanté y caminé hacia él.

—Supongo que sí. Ven aquí y veré si encuentro un poco para ti. —Se había vuelto a poner la camisa sobre los hombros, sin preocuparse por abrochársela. Metí mis manos debajo y toqué la piel caliente y sensible de la espalda—. No te cortó la piel —dije, tocándolo un poco más arriba.

—Una faja no corta; sólo pica.

Le quité la camisa y lo senté para pasarle una esponja por la espalda con agua fría del río.

—¿Mejor? —pregunté.

Los músculos de los hombros se relajaron, pero saltó un poco cuando le toqué un sitio especialmente sensible.

Volví la atención al rasguño que tenía debajo de la oreja.

—No lo habrías matado, ¿verdad?

—¿Por quién me tomas, *Sassenach*? —dijo con fingida indignación.

—Por un cobarde escocés. O mejor, un proscrito sin conciencia. ¿Quién sabe lo que podría hacer una persona así? Y mucho menos un degenerado sin principios.

Se echó a reír conmigo; su hombro se sacudió bajo mi mano.

—Vuelve la cabeza. Si deseas compasión, deberás quedarte quieto mientras la ejerzo.

—Bien. —Hubo un momento de silencio—. No —dijo por fin— no lo habría matado. Pero de alguna manera tenía que salvar su honor después de haberlo ridiculizado. Es un muchacho valiente; merecía sentir que valía la pena que lo mataran.

Sacudí la cabeza.

—Nunca entenderé a los hombres —murmuré, aplicándole aceite de caléndula en el rasguño.

Me cogió ambas manos y las juntó debajo de su barbilla.

—No es necesario que me entiendas, *Sassenach* —dijo en voz baja—. Mientras me ames. —Inclinó la cabeza hacia delante y besó con suavidad mis manos entrelazadas.

—Y me alimentos —añadió, soltándolas.

—¡Ah, consuelo femenino, amor y comida! —dije, echándome a reír—. No pides poco, ¿no?

Había panecillos en las alforjas, queso y un poco de tocino, Jamie se apoyó en un árbol con expresión pícara.

—A tu campeón le di mi palabra de que no te molestaría con mis odiosas insinuaciones. Supongo que eso significa que, a menos que me invites a compartir tu lecho, tendré que ir a dormir con Murtagh o Kincaid. Y Murtagh ronca.

—Tú también —dije.

Lo miré un momento, después me encogí de hombros, dejando que el vestido roto se deslizara.

—Bueno, has hecho un buen intento de violación. —Dejé caer el otro hombro y la tela rota cayó hasta la cintura—. Será mejor que vengas a terminar el trabajo que empezaste.

La calidez de sus brazos fue como seda tibia deslizándose por mi piel fría.

—Sí, bien —murmuró—. La guerra es la guerra, ¿no?

—Soy muy mala para las fechas —dije un poco más tarde—. ¿Miguel de Cervantes ha nacido ya?

Jamie yacía sobre su estómago junto a mí, con la cabeza y los hombros fuera de la tienda. Abrió un ojo lentamente y miró hacia el este. Al no encontrar indicios del amanecer, volvió a mirar mi rostro con expresión resignada.

—¿De repente sientes necesidad de hablar de novelas españolas? —dijo con voz algo ronca.

—No especialmente —respondí—. Sólo me preguntaba si te resultaba familiar la palabra «quijotesco».

Se apoyó sobre los codos, se rascó la cabeza con ambas manos para despertarse por completo y se volvió hacia mí.

—Cervantes nació hace casi doscientos años, *Sassenach*, y yo, que he tenido el beneficio de una buena educación, sí, estoy familiarizado con el caballero. Tu último comentario no será nada personal, ¿no?

—¿Te duele la espalda?

Encogió los hombros a modo de experimento.

—No mucho. Están un poquito amoratados, creo.

—Jamie, ¿por qué, por el amor de Dios? —exploté.

Jamie apoyó la barbilla en los brazos. El giro de la cabeza enfatizaba sus ojos rasgados. El único ojo que veía se entrecerró al sonreír.

—Bueno, Murtagh disfrutó. Me debe una paliza desde que yo tenía nueve años y le metí pedacitos de panal en las botas que él se había quitado para airearse los pies. En aquel momento no me pudo atrapar, pero aprendí una serie de palabras nuevas muy interesantes mientras me perseguía descalzo. El...

Lo interrumpí dándole un pellizco, lo más fuerte que pude, en el hombro. Sorprendido, dejó caer el brazo con un agudo «¡Ay!» y giró dándome la espalda.

Apoyé las rodillas detrás de él y lo abracé por la cintura. Su espalda me tapaba las estrellas. Lo besé entre los omóplatos, después me eché atrás y le soplé suavemente, por el placer de sentir su piel estremeciéndose bajo mis dedos y el vello erizándose a lo largo de la espina dorsal.

—¿Por qué? —repetí. Apoyé la cara contra su espalda cálida y húmeda. Las cicatrices eran invisibles en la oscuridad, pero podía sentir las bajo mi mejilla.

Permaneció en silencio un momento. Las costillas ascendían y descendían bajo mi brazo al ritmo de su respiración.

—Sí, bien —dijo pensativo—. No lo sé exactamente, *Sassenach* —respondió por fin—. Pensé que tal vez te lo debía. O tal vez a mí mismo.

—A mí no.

—¿No? ¿Es de caballeros desvestir a su mujer en presencia de treinta hombres? —Su tono se volvió amargo—. ¿Es de hombre galante utilizar la violencia contra un enemigo cautivo, para colmo un niño? ¿Considerar siquiera cosas peores?

—¿Habría sido mejor resguardarme a mí, o a él, y perder la mitad de tus hombres en dos días? Tenías que saberlo. No podías... no puedes permitirte el lujo de pensar con caballerosidad.

—No —respondió—, no puedo. Debo cabalgar junto a un hombre, el hijo de mi rey, a quien el deber y el honor me llaman a seguir. Debo renunciar a

las vidas de quienes amo... y traicionar el honor para que aquellos a quienes amo puedan sobrevivir.

—El honor ha matado a muchísimos hombres —dije al surco oscuro de su espalda lastimada—. El honor sin sentido es... una tontería. Una tontería caballeresca, pero tontería al fin.

—Sí, así es. Y eso va a cambiar... ya me lo dijiste. Pero si estoy entre los primeros en sacrificar el honor por las ventajas que vendrán... ¿no sentiré vergüenza al hacerlo? No me echaré atrás... ya no puedo. Pero a veces, *Sassenach*, añoro esa parte de mí que dejé en el pasado.

—Es culpa mía —dije—. Si no hubiera venido... y te hubiera dicho lo que va a suceder... —Sentí una pena legítima por su corrupción y compartí con él la sensación de pérdida de aquel muchacho inocente y galante que había sido alguna vez. Y sin embargo... ¿qué alternativa habíamos tenido, siendo quienes éramos? Yo había tenido que contárselo y él había tenido que tomar cartas en el asunto. Recordé un versículo del Antiguo Testamento: «Cuando guardé silencio, mis huesos envejecieron a causa de mi trabajo de todo el día».

Como si hubiera adivinado mi pensamiento bíblico, sonrió levemente.

—Sí, bien —dijo—. No recuerdo que Adán pidiera a Dios que se llevara a Eva... y mira lo que ella le hizo. —Se inclinó hacia delante y me besó la frente cuando me eché a reír; después me cubrió los hombros desnudos con la sábana—. Ve a dormir; mi pequeña costilla. Por la mañana necesitaré una compañera.

Me desperté con un extraño ruido metálico. Saqué la cabeza y miré en dirección al ruido para encontrarme con la nariz a unos centímetros de la rodilla de Jamie.

—¿Ya estás despierta? —Algo plateado descendió repentinamente frente a mi cara y un gran peso rodeó mi cuello.

—¿Qué diablos es esto? —pregunté, sentándome sorprendida y mirándome el cuello. Parecía un collar compuesto de un gran número de objetos de metal de tres pulgadas engarzados en un cordón de cuero. Algunos de los objetos estaban oxidados en las puntas, otros eran nuevos. Todos tenían marcas, como si hubieran sido arrancados por la fuerza de algún objeto

mayor.

—Trofeos de guerra, *Sassenach* —respondió Jamie.

Alcé la mirada y di un grito al verlo.

—Ah —dijo, pasándose una mano por la cara—. Lo había olvidado. No tuve tiempo de lavarme.

—Casi me matas del susto —dije, apretándome el corazón palpitante—. ¿Qué es?

—Carbón —respondió, con la voz amortiguada por el paño con que se estaba frotando la cara. Lo dejó a un lado y me sonrió. Se había quitado parte de la suciedad de la nariz, la barbilla y la frente, pero todavía tenía anillos negros alrededor de los ojos; y a ambos lados de los ojos; y a ambos lados de la boca tenía lo que parecían paréntesis de carbón.

—Fue idea tuya —dijo.

—¿Idea mía? Pareces el hombre sin cabeza del circo —dije—. ¿Qué diablos has estado haciendo?

Sus dientes brillaron entre las arrugas de su cara.

—Un ataque de comando —respondió—. ¿Comando? ¿Es así como se dice?

—¡Dios mío! ¿Estuviste en el campamento inglés? ¡Cristo santo! No fuiste solo, ¿no?

—No podía dejar fuera de la diversión a mis hombres, ¿no crees? Dejé a tres para que te cuidaran, y el resto tuvimos una noche muy provechosa. — Señaló con orgullo mi collar.

—Son clavijas de los cañones. No podíamos traerlos ni dañarlos sin hacer ruido, pero no irán muy lejos sin las ruedas. Y los 16 morteros no le van a ser muy útiles al general Cope, perdidos en el brezal.

Examiné mi collar.

—Está bien, pero ¿no pueden fabricar clavijas nuevas? Parece que una cosa así puede hacerse con alambre.

Jamie asintió, con el mismo aire vanidoso.

—Ah, sí, podrían. Pero no les servirá de mucho si no tienen ruedas nuevas donde ponerlas. —Levantó un extremo de la tienda y señaló el pie de la colina; allí estaba Murtagh, negro como un diablo, supervisando las actividades de varios diablillos decorados de manera similar, que alimentaban

un enorme fuego con 32 enormes ruedas de madera.

Me eché a reír ante la escena.

—¡Jamie, que inteligente!

—Yo seré inteligente —replicó— pero tú estás medio desnuda y ya nos vamos. ¿No tienes algo con que taparte? Dejamos a los centinelas atados en un corral abandonado, pero el resto ya se debe de haber levantado, y ya estarán detrás de nosotros. Será mejor que nos vayamos.

La tienda cayó encima de mí cuando alguien quitó las estacas. Solté un grito y busqué en las alforjas mientras Jamie iba a supervisar los detalles de la partida.

Ya era media tarde cuando llegamos a la aldea de Tranent, que estaba en la ladera de una colina. La población, tranquila por lo general, estaba alterada por el ejército escocés. El grueso de las tropas era visible en las colinas que dominaban la pequeña planicie que se extendía hacia el mar. Sin embargo, había tantos hombres en Tranent como fuera de ella, con destacamentos que se desplazaban en formación más o menos militar, mensajeros que galopaban de aquí para allá y las mujeres, hijos y seguidores del ejército que desbordaban las cabañas o estaban sentados junto a ellas, inclinándose sobre las paredes de piedra y amamantando bebés.

Hicimos un alto allí y Jamie envió a Murtagh a averiguar el paradero de lord George Murray, el comandante en jefe del ejército, mientras él procedía a una rápida higiene en una de las casas del pueblo.

Mi propia apariencia dejaba bastante que desear; aunque no me había pintado con carbón, tenía en la cara marcas de suciedad por haber dormido al aire libre. La señora de la casa me facilitó toalla y peine. Me había sentado en su mesa a luchar contra mis rizos, cuando se abrió la puerta e irrumpió lord George en persona.

Su vestimenta, por lo general impecable, dejaba mucho que desear; varios botones del chaleco estaban desabrochados, el alzacuello suelto y una jarretera desatada. Llevaba la peluca en el bolsillo y tenía el pelo de punta.

—¡Gracias a Dios! —dijo—. ¡Un rostro cuerdo, por fin! —Se inclinó, mirando de soslayo a Jamie. Se había quitado la mayor parte del carbón del pelo, pero por el rostro le corrían hilos grises que le mojaban la camisa. Las

orejas, olvidadas en la prisa de las abluciones, todavía estaban negras.

—¿Qué...? —empezó a preguntar lord George, pero se interrumpió, sacudió la cabeza rápidamente una o dos veces como para descartar algo que se le había ocurrido, y reanudó la conversación como si no hubiera notado nada fuera de lo normal.

—¿Cómo va todo, señor? —saludó Jamie respetuosamente, fingiendo no haber advertido la peluca que colgaba del bolsillo de lord George y que se agitaba cuando gesticulaba.

—¿Qué cómo va todo? —repitió—. ¡Bueno, te diré, Fraser! ¡Va hacia el este, después hacia el oeste, y después la mitad vuelve colina abajo a almorzar, mientras la otra mitad avanza quién sabe dónde! ¡Así es como va!

—Me refiero al leal ejército escocés de su alteza —dijo. Un poco más tranquilo, empezó a contarnos los hechos ocurridos desde la llegada del ejército a Tranent el día anterior.

Lord George había dejado el grueso de sus hombres en el pueblo y se había dirigido con un pequeño grupo a tomar posesión del risco que había encima de la planicie. Al príncipe Carlos, que llegó poco después, no le había gustado tal acción y así lo manifestó, a los cuatro vientos. Entonces cogió la mitad del ejército y marchó hacia el oeste, llevando consigo al dócil duque de Perth (el otro comandante en jefe) presumiblemente con el objeto de evaluar las posibilidades de ataque a través de Preston.

Con el ejército dividido y su excelencia ocupado en consultar con los hombres del pueblo, quienes sabían muchísimo más del terreno circundante que su alteza o su excelencia, O'Sullivan, uno de los confidentes irlandeses del príncipe, decidió por su cuenta ordenar que un contingente del clan Cameron de Lochiel ocupara el cementerio de Tranent.

—Cope, por supuesto, trajo un par de morteros y los bombardeó —dijo lord George con tristeza—. Y esta tarde he pasado un mal momento con Lochiel. Como es comprensible, estaba enfadado porque sus hombres habían sido expuestos y heridos sin ningún objetivo evidente. Solicitó que los retiraran, petición a la que accedí, naturalmente. Entonces viene ese engendro de sapo, O'Sullivan... ¡qué peste! Sólo por haber desembarcado en Eriskay con su alteza cree que... bueno, no importa, viene gritando que la presencia de los Cameron en el cementerio resulta esencial si queremos atacar por el

oeste. Le respondí en términos inequívocos que, si debíamos atacar, debía ser por el este. Perspectiva muy dudosa en este momento, pues no sabemos dónde se encuentra la mitad de nuestros hombres... ni su alteza —añadió, en un tono que dejó bien claro que consideraba el paradero del príncipe Carlos sólo una cuestión de interés académico.

—¡Y los jefes! Los Cameron de Lochiel, cuando se echó a suerte, recibieron el honor de luchar en la derecha de la batalla pero los MacDonald, después de haber accedido al acuerdo, ahora niegan terminantemente haberlo hecho, e insisten en que no van a presentar batalla si se les niega su privilegio tradicional de luchar por la derecha.

Lord George había empezado la narración con bastante calma pero había vuelto a enfadarse durante la misma, y en este punto se puso de pie de un salto, frotándose el cuero cabelludo enérgicamente con ambas manos.

—Los Cameron se estuvieron ejercitando todo el día. Hasta ahora han estado marchando de aquí para allá, tanto que ya no distinguen el pito del trasero... disculpad señora —añadió— y los hombres de Clanranald han estado peleándose a puñetazo limpio con los de Glengarry. —Hizo una pausa—. Si Glengarry no fuera quien es, yo... ah, bien. —Descartó a Glengarry con un ademán y reanudó su narración.

—Lo único positivo de todo esto es que los ingleses también se han visto obligados a dar vueltas, en respuesta a nuestros movimientos. Movilizaron a todo el ejército de Cope no menos de cuatro veces, y su flanco derecho se encuentra al lado del mar: sin duda se pregunta qué diablos vamos a hacer a continuación. —Se inclinó y espió por la ventana, como si esperara ver aparecer en cualquier momento al general Cope por la calle principal para preguntárselo.

—Pues... ¿dónde se encuentra exactamente la mitad del ejército en este momento, señor? —Jamie se levantó como para seguir a su excelencia en sus peregrinaciones por la cabaña, pero se vio detenido por mi mano apretada contra su cuello. Con una toalla y una palangana de agua tibia, me había dedicado a quitar el carbón de las orejas a mi marido.

—Sobre el risco, justo al sur del pueblo.

—Entonces, ¿todavía dominamos el terreno alto?

—Sí, suena bien, ¿no? —su excelencia sonrió débilmente—. Pero eso nos

beneficia poco, teniendo en cuenta que el terreno que hay debajo del risco está lleno de charcos y pantanos. ¡Dios nos libre! ¡Hay una zanja llena de agua de dos metros de profundidad que recorre treinta metros a lo largo de la base del risco! En este momento hay apenas quinientos metros entre los dos ejércitos, pero podrían ser quinientos kilómetros por lo poco que podemos hacer. —Lord George hundió una mano en el bolsillo en busca de un pañuelo, lo sacó y se quedó mirando la peluca con la cual estaba a punto de secarse la cara.

Con delicadeza le ofrecí el pañuelo sucio de carbón. Cerró los ojos, respiró hondo, volvió a abrirlos y me hizo una reverencia con su habitual modo cortés.

—Os la agradezco, señora. —Se enjugó el rostro minuciosamente con el trapo mugriento, me lo devolvió con cortesía y se echó la peluca despeinada en la cabeza.

—Que me ahorquen —dijo con voz clara— si permito que ese tonto pierda esta oportunidad. —Se volvió a Jamie con decisión.

—¿Cuántos hombres tienes, Fraser?

—Treinta, señor.

—¿Caballos?

—Seis, señor. Y cuatro ponis para carga.

—¿Para carga? Ah, ¿llevas provisiones para tus hombres?

—Sí, señor. Y sesenta sacos de comida que hurtamos a un destacamento inglés anoche. Ah, y un mortero de 16 pulgadas, señor.

Jamie dio esta última información con un aire de tan perfecta indiferencia que me dieron ganas de hacerle tragar el pañuelo. Lord George se quedó mirándolo un momento; su boca dibujó una sonrisa torcida.

—¿Ah, sí? Bien, ven conmigo, Fraser. Cuéntamelo por el camino. —Se dirigió a la puerta y Jamie, mirándome, cogió su sombrero y lo siguió.

En la puerta de la cabaña, lord George se detuvo abruptamente y se dio la vuelta. Miró la silueta de Jamie, con el cuello de la camisa desabrochado y la chaqueta echada apresuradamente sobre un brazo.

—Es posible que tengamos prisa, Fraser, pero tenemos suficiente tiempo para cumplir con las reglas de urbanidad. Despídete de tu esposa, hombre. Te espero fuera.

Volviendo sobre sus talones, me hizo una profunda reverencia, y la peluca cayó hacia delante.

—A vuestros pies, señora.

\* \* \*

Sabía lo suficiente sobre ejércitos para darme cuenta de que no era probable que sucediera nada durante algún tiempo. Y de hecho, así fue. Grupos aislados de hombres iban de aquí para allá por la calle principal de Tranent. Las esposas, los seguidores y los ciudadanos de Tranent marchaban sin rumbo, sin saber si quedarse o irse. Los mensajeros corrían entre la multitud llevando notas.

Había conocido a lord George en París. No era hombre de detenerse en ceremonias cuando se requería acción, aunque, en mi opinión, los responsables de su visita a Jamie eran su exasperación ante la conducta del príncipe Carlos y su deseo de escapar de la compañía de O'Sullivan. Como el total del ejército escocés ascendía a mil quinientos o dos mil soldados, treinta hombres no iban a ser considerados un regalo caído del cielo, pero tampoco serían despreciados.

Observé a Fergus, que se movía inquieto de un lado a otro como una rana saltarina con el baile de san Vito, y decidí enviar algunos mensajes por mi cuenta. Hay un dicho: «En el país de los ciegos, el tuerto es rey», del cual inventé una analogía, en base a mi experiencia: «Cuando nadie sabe qué hacer, cualquiera con una sugerencia sensata es escuchado».

Había papel y tinta en las alforjas. Me senté y escribí una nota para Jenny Cameron. Jenny había conducido a trescientos hombres del clan Cameron a través de las montañas para unirse al príncipe Carlos. Su hermano Hugh había salido a toda prisa hacia Glenfinnan poco después de la salida de sus hombres para hacerse cargo del mando. Pero Jenny rehusó volver a casa y perderse la diversión. Había disfrutado de la breve parada en Edimburgo, donde Carlos recibió las aclamaciones de sus leales súbditos, pero también había estado dispuesta a acompañar a su príncipe a la batalla.

No tenía sello propio, pero el sombrero de Jamie estaba en una de las

alforjas, y tenía un distintivo con el penacho y el lema del clan Fraser. Lo arranqué y lo hundí en la cera caliente con que había sellado la nota. Tenía aspecto oficial.

—Para la dama escocesa con pecas —instruí a Fergus. No tenía idea de dónde podía estar Jenny Cameron en aquel momento, pero los oficiales estaban reunidos en una rectoría cercana a la iglesia; era un buen sitio para comenzar. Por lo menos la búsqueda mantendría a Fergus ocupado y no se metería en problemas.

Terminada mi tarea, hablé con la dueña de la cabaña.

—¿Tienes sábanas, pañuelos y enaguas para darme?

\* \* \*

Pronto supe que no me había equivocado en cuanto a la personalidad de Jenny Cameron. Una mujer capaz de conducir a trescientos hombres por las montañas para pelear por un mequetrefe de acento italiano y amante del coñac no podía ser muy aburrida.

—Muy sensato —dijo después de escuchar mi plan—. El primo Archie ya hizo algunos arreglos, espero, pero ya debe de estar con el ejército. Allí está la diversión, después de todo —añadió con tristeza.

—Me sorprende que no hayas insistido en acompañarlos —sugerí.

Se echó a reír. Su rostro pequeño y agradable la hacía parecer un perro de presa contento.

—Lo haría si pudiera, pero no puedo —admitió con franqueza—. Ahora que Hugh ha llegado, quiere que me vaya a casa. Le dije que ni loca volvía a casa a sentarme a esperar. No mientras pueda ser útil aquí.

Parada en el umbral de la cabaña, miró pensativamente a un lado y otro de la calle.

—Pensé que no me prestarían atención —dije—. Como soy inglesa...

—Sí, tienes razón, pero, a mí sí me escucharán. No sé cuantos heridos habrá, Dios quiera que no muchos —se persignó—. Pero será mejor que empecemos con las casas cercanas a la rectoría: será menos problemático acarrear el agua del pozo. —Se dirigió a la calle; yo la seguí.

Nos ayudó no sólo el poder de persuasión de Miss Cameron sino también el hecho de que sentarse a esperar es una de las ocupaciones más tristes que conoce el hombre, aunque por lo general los hombres no la ejercitan; las mujeres lo hacen con mucha mayor frecuencia. Cuando el sol se ocultó tras la iglesia de Tranent, ya teníamos medio organizado un hospital.

Las hojas empezaban a caer en el bosque cercano. Una de estas hojas cayó en espiral frente a mí. La atrapé y la sostuve un momento. Hubo un repentino golpe de viento y la hoja cayó de mi mano al suelo y se fue rodando por la calle vacía.

Vi el risco donde estaba acampado el ejército escocés. La mitad del ejército de su alteza había regresado una hora antes, recogiendo a los rezagados en su marcha para unirse a lord George. A esa distancia, sólo podía distinguir alguna que otra silueta pequeña. A unos cuarenta metros de donde finalizaba la calle, vi las primeras luces de las fogatas inglesas. El pesado aroma a turba quemada proveniente de las cabañas se mezclaba con el olor más fuerte de las fogatas inglesas, por encima de la fragancia del mar.

Todos los preparativos posibles ya estaban en marcha. A las familias de los soldados escoceses las habían recibido con hospitalidad; nos alojábamos en las cabañas de la calle principal, compartiendo la sencilla cena de arenque salado de nuestros anfitriones. Mi cena me esperaba en el interior de la cabaña, aunque tenía poco apetito.

Una pequeña silueta apareció a mi lado, silenciosa como las sombras cada vez más grandes.

—¿Queréis venir a comer, *Madame*? La dueña de la casa os ha guardado comida.

—¿Cómo? Ah, sí, Fergus. Sí, ya voy. —Eché un último vistazo al risco y regresé a la cabaña.

—¿Vienes, Fergus? —pregunté, al ver que se quedaba parado en la calle. Trataba de ver el risco en las afueras del pueblo. Jamie le había ordenado que se quedara conmigo, pero era evidente que añoraba estar con los soldados, preparándose para la batalla del día siguiente.

—¿Qué? Ah, sí, *Madame*. —Se volvió con un suspiro, resignado.

Los largos días del verano dejaban paso rápidamente a la oscuridad y las lámparas estaban encendidas mucho antes de que termináramos los preparativos. La noche se percibía inquieta por el movimiento constante Y el resplandor de las fogatas en el horizonte. Fergus, incapaz de estarse quieto, iba de cabaña en cabaña, llevando mensajes, recogiendo rumores y emergiendo de entre las sombras de vez en cuando como un pequeño espectro.

—*Madame* —me dijo, tirándome de la manga. Yo estaba rasgando unas telas de hilo para esterilizarlas—. ¡*Madame!*

—¿Qué pasa esta vez, Fergus? —Me sentía un tanto irritada por la intrusión; acababa de dar una charla a un grupo de amas de casa sobre la importancia de lavarse las manos con frecuencia antes de tratar a los heridos,

—Un hombre, *Madame*. Quiere hablar con el comandante del ejército de su majestad. Tiene información importante, dice.

—Muy bien, no seré yo quien lo detenga, ¿no? —Tiré de una rebelde costura de camisa y tuve que usar los dientes para descoserla.

Escupí uno o dos hilos. Fergus todavía estaba allí, esperando.

—De acuerdo —dije, resignada—. Y tú, o él, ¿qué creéis que puedo hacer yo?

—Si me dais permiso —dijo— yo podría llevarlo hasta donde está mi amo. Él puede arreglar el encuentro.

«Él», según Fergus, podía hacer cualquier cosa, desde caminar sobre el mar y convertir el agua en vino hasta inducir a lord George a hablar con extraños misteriosos que surgían de la oscuridad con importante información.

Me aparté el pelo de los ojos, me lo había recogido con una redecilla, pero los mechones se me escapaban.

—¿Esta cerca ese hombre?

Era todo el aliento que Fergus necesitaba; desapareció por la puerta abierta y regresó enseguida con un joven delgado, cuya mirada se fijó de inmediato en mi cara.

—¿Señora Fraser? —Hizo una reverencia cuando asentí.

—Soy Richard Anderson, de Whitburgh.

—Ah, me alegro por ti —dije—. Mi sirviente dice que tienes información

valiosa para lord George Murray.

Asintió, sacudiendo la cabeza.

—Veréis, señora Fraser, he vivido por aquí toda mi vida. Conozco el terreno donde están los ejércitos como la palma de mi mano. Y hay un camino por la loma donde están acampadas las tropas escocesas que lleva hasta abajo y cruza la zanja.

—Ya veo. —Sentí un vacío en el estómago. Si los escoceses iban a atacar a la salida del sol, tendrían que dejar las alturas durante la noche. Y para que el ataque tuviera éxito, debían trasponer la zanja o rodearla.

A pesar de que creía saber lo que iba a suceder, no tenía ninguna certeza al respecto. Había estado casada con un historiador y sabía lo poco fiables que solían ser las fuentes históricas. Tampoco tenía ninguna certeza de que mi presencia pudiera o fuera a cambiar nada.

Por un momento se me ocurrió pensar qué pasaría si trataba de impedir que Richard Anderson hablara con lord George. ¿Cambiaría el resultado de la batalla? ¿El ejército escocés (incluyendo a Jamie y a sus hombres) moriría al correr pendiente abajo sobre terreno pantanoso y meterse en una zanja? ¿A Lord George se le ocurriría otro plan efectivo? ¿O Richard Anderson se las arreglaría por su cuenta para encontrar un modo de hablar con lord George, sin importar lo que yo hiciera?

No iba a correr semejante riesgo. Miré a Fergus, que se movía, impaciente por irse.

—¿Crees que encontrarás a tu amo? Está tan oscuro como una mina de carbón. No me gustaría que a ninguno de los dos os dispararan por error.

—Puedo encontrarlo, *Madame* —me aseguró Fergus. Era probable que pudiera, pensé. En lo que se refería a Jamie, parecía tener una especie de radar.

—De acuerdo —dije—. Pero tened cuidado.

—*Oui, Madame!* —En un segundo estaba en la puerta.

Una media hora después me di cuenta de que el cuchillo que había dejado sobre la mesa había desaparecido. Y sólo entonces recordé, con un retortijón en el estómago, que a pesar de haberle dicho a Fergus que tuviera cuidado, había olvidado ordenarle que regresara.

El estruendo del primer cañonazo llegó con la primera luz del alba: un ruido sordo que resonó a través de las tablas sobre las que estaba durmiendo. Mis nalgas se endurecieron y mis dedos se aferraron a los de la mujer que yacía junto a mí. El conocimiento de que algo va a suceder debería ser una defensa, pero nunca lo es.

Hubo un leve gemido y la mujer que estaba a mi lado murmuró: «Dios y María santísima nos ayuden». Se armó un poco de bullicio cuando las mujeres empezaron a levantarse. Se hablaba poco, como si todos los oídos estuvieran atentos a los sonidos de la batalla que se libraba en la planicie.

Vi que la esposa de uno de los escoceses, una tal señora MacPherson, colocaba una sábana cerca de la ventana. Palideció de miedo y cerró los ojos con un escalofrío al oír otro estruendo.

Revisé mi opinión con respecto a lo inútil que resulta el conocimiento. Aquellas mujeres no sabían nada de senderos secretos, cartas al amanecer ni ataques sorpresa. Lo único que sabían era que sus esposos e hijos se estaban enfrentando a los cañones y al fuego de un ejército inglés que los superaba cuatro veces en número.

La predicción resulta arriesgada en el mejor de los casos. Supe que no me prestarían atención y que lo mejor que podía hacer por ellas era mantenerlas ocupadas.

—¡Señoras! —dije—. Hemos hecho mucho, pero hay mucho más por hacer. Vamos a necesitar agua hirviendo. Calderos para hervir, sartenes. Potaje para quienes puedan comer; leche para quienes no puedan. Sebo y ajo para condimentar. Leña. Botellas y jarras, tazas y cucharas. Agujas para coser e hilo fuerte. Señora MacPherson, si sois tan amable...

Poco sabía yo de la batalla, excepto el bando que ganaría y que las bajas jacobitas serían pocas. De la lejana y borrosa página del libro de texto, volví a recordar aquella pequeña información: «... mientras que los jacobitas triunfaron, con sólo treinta víctimas».

Víctimas. Muertos, corregí. Cualquier herido es una víctima desde el punto de vista médico, y había bastante más de treinta en mi cabaña hacia el mediodía. Lentamente, los ganadores de la batalla se abrían paso, triunfales,

hacia Tranent, ayudando a sus compañeros heridos.

Su alteza había ordenado que los heridos ingleses fueran retirados del campo de batalla y atendidos. «Son súbditos de mi Padre», dijo con firmeza, poniendo énfasis en la «P» mayúscula, «y quiero que se los atienda bien». El hecho de que los escoceses que acababan de ganar la batalla para él también eran súbditos de su Padre parecía habersele escapado.

—Dada la conducta del Padre y del Hijo —murmuré a Jenny Cameron cuando me enteré— será mejor para el ejército escocés que al Espíritu Santo no se le ocurra descender hoy.

La señora MacPherson me miró, escandalizada ante una observación tan blasfema, pero Jenny se rió.

Los gritos pronto ahogaron los débiles quejidos de los heridos, transportados en camillas improvisadas hechas de tablas o de mosquetes atados o sostenidos por amigos y camaradas. Algunos heridos avanzaban trastabillando sin ayuda alguna, borrachos por la victoria. El dolor de sus heridas parecía un inconveniente menor frente a la reivindicación gloriosa de su fe. Pese a las heridas que los llevaban a la cabaña, el saberse victoriosos llenó la casa de una sensación de alegría contagiosa.

—Por Cristo, ¿has visto cómo corrían? Parecían ratones con el gato pisándoles la cola —dijo un paciente a otro, al parecer sin importarle la fea quemadura de pólvora que le afectaba el brazo desde los nudillos hasta el hombro.

—Y un buen número perdió la cola —respondió su amigo, echándose a reír.

Sin embargo, la alegría no era generalizada. Aquí y allá, pequeños grupos de soldados se abrían paso entre las colinas llevando la forma inmóvil de algún compañero, con la punta de la capa cubriendo el rostro inexpresivo y vacío.

Aquella fue la primera prueba para las asistentes que había escogido y entrenado; se enfrentaron al desafío como habían hecho los soldados en el campo de batalla. Es decir, se amontonaban y se quejaban, pero después, cuando la necesidad urgía, se entregaban a la tarea con gran valor. Aunque no dejaban de quejarse mientras lo hacían.

La señora McMurdo volvió con otra botella llena y la colgó de la pared,

luego se inclinó en la tina que contenía las botellas de agua con miel. Era la anciana esposa de un pescador de Tranent, que se había visto obligado a prestar servicio en el ejército y era la aguadora de turno; tenía que ir instando a los heridos a beber tanto líquido como pudieran; luego hacía una segunda ronda con dos o tres botellas vacías para recoger los resultados.

—Si no les diera tanto para beber, no orinarían tanto —se quejó, no por primera vez.

—Necesitan el agua —le expliqué—. Les mantiene la presión estable y reemplaza parte de los fluidos que perdieron, además de evitar un paro cardíaco... mira, mujer, ¿ves cuántos se están muriendo? —pregunté, perdiendo la paciencia ante sus continuas dudas y quejas; su boca casi sin dientes daba un aire de pesar a una expresión de por sí agria: todo está perdido, parecía decir; ¿para qué buscar más problemas?

Cogió el agua con miel y regresó a sus rondas sin más quejas, por lo que deduje que aceptaba mi explicación. Salí un momento para escapar de la señora McMurdo y de la cargada atmósfera de la cabaña; me sentía un poco mareada. Las calles estaban llenas de hombres borrachos cargados con el botín de la batalla. Un grupo de hombres con la capa rojiza de los MacGillivrays empujaban un cañón inglés, sujeto con sogas como si fuera una peligrosa bestia salvaje. El parecido se veía aumentado por las esculturas de lobos al acecho que decoraban el fogón y la boca. Una de las piezas del general Cope, supuse.

Entonces reconocí la pequeña figura negra montada sobre la boca del cañón, con el pelo de punta como un cepillo. Cerré los ojos en agradecimiento, y después los abrí y fui a bajarlo del cañón.

—¡Bribón! —dije—. ¿Qué te propones con desaparecer así? ¡Si no estuviera tan ocupada te tiraría de las orejas hasta arrancártelas!

—*Madame* —dijo—. *Madame*.

Me di cuenta de que no había oído ni una palabra de lo que le había dicho.

—¿Estás bien? —le pregunté con más suavidad.

Me miró con una expresión de sorpresa. Tenía la cara manchada de barro y pólvora. Asintió, y entre la mugre apareció una especie de sonrisa aturdida.

—He matado un soldado inglés, *Madame*.

—Ah. —No sabía si quería que lo felicitara o si necesitaba consuelo. Tenía diez años.

Arrugó la frente y se puso serio, como si se esforzara por recordar algo.

—Creo que lo maté. Cayó y lo atravesé con mi cuchillo. —Me miró, confuso, como si yo tuviera la respuesta.

—Vamos, Fergus —dije—. Buscaremos comida y un sitio donde dormir. No pienses más en eso.

—*Oui, Madame.* —Caminó a trompicones a mi lado; momentos después me di cuenta de que estaba a punto de caer de bruces. Lo alcé con cierta dificultad y lo llevé a las cabañas cercanas a la iglesia.

Mi intención era alimentarlo primero, pero ya estaba profundamente dormido cuando llegué al sitio donde O'Sullivan intentaba (con escaso éxito) organizar comedores.

Dejé a Fergus hecho un ovillo en una cama de una de las cabañas, donde una mujer cuidaba a varios niños mientras sus madres atendían a los heridos. Me pareció el sitio más adecuado para él.

\* \* \*

En la cabaña había entre veinte y treinta hombres a media tarde y las dos mujeres (todo mi personal) corrían de un lado a otro. Podía ver a los oficiales que entraban y salían y mantenía la mirada atenta en la puerta, pero no veía a Jamie entre los que llegaban.

Me tranquilicé pensando que tampoco lo había visto entre los heridos. No había tenido tiempo de visitar la pequeña tienda donde se dejaba a los muertos en ordenadas filas, como a la espera de una última inspección. Pero no podía estar allí.

«Seguramente no», me dije.

La puerta se abrió de repente y entró Jamie.

Sentí que se me aflojaban las rodillas al verlo, y tuve que apoyarme en la chimenea de madera. Me había estado buscando; sus ojos recorrieron la habitación antes de verme; al hacerlo una sonrisa le iluminó el rostro.

Estaba mugriento, renegrado por el humo de la pólvora, salpicado de

sangre, descalzo y con las piernas y los pies cubiertos de barro reseco. Pero estaba entero y de pie, No iba a ponerme a reparar en detalles.

Algunos de los heridos tumbados en el suelo lo saludaron con gritos de bienvenida. Bajó la mirada y sonrió a George McClure, el cual sonreía pese a que una oreja le colgaba de la cabeza; luego volvió a mirarme.

«Gracias a Dios», dijeron sus ojos azules. «Gracias a Dios», respondieron los míos.

No había tiempo para más; los heridos seguían entrando y se había acordado que toda persona no militar y sana del pueblo debería ayudar a cuidarlos. Archie Cameron, el hermano médico de Lochiel, que oficialmente estaba a cargo de los enfermos, se movía de un lado a otro.

Yo había dispuesto que llevaran a todos los hombres de Lallybroch a mi cabaña. Evaluaba rápidamente la gravedad de las heridas, enviaba a quienes todavía podían moverse con Jenny Cameron Y los moribundos a la iglesia con Archie Cameron; lo creía capaz de administrar láudano y el ambiente podía brindar cierto consuelo a los enfermos.

Trataba las heridas graves lo mejor que podía. Los huesos rotos eran trasladados a la cabaña vecina, donde dos cirujanos del regimiento Macintosh entablillaban y colocaban vendajes. Los que tenían heridas no mortales en el pecho eran acomodados lo mejor posible para que respirasen bien; al no contar con oxígeno ni con instalaciones apropiadas para practicar la cirugía, no podía hacer mucho más por ellos. Los que tenían heridas graves en la cabeza eran enviados a la iglesia con los moribundos; no tenía nada para ofrecerles y estaban mejor en manos de Dios, aunque no tanto en las de Archie Cameron.

Lo peor eran las extremidades desgarradas y arrancadas. Era casi imposible seguir las normas de higiene; lo único que podía hacer era lavarme las manos entre cada paciente, insistir para que mis asistentes hicieran lo mismo (lo hacían cuando estaban bajo mi escrutinio directo) y tratar de asegurarme que los vendajes que se utilizaban hubieran sido hervidos antes de su aplicación. Sabía que, a pesar de mis instrucciones, en las demás cabañas dichas precauciones se consideraban una pérdida de tiempo. Si no podía convencer a las hermanas y médicos del'Hôpital des Anges de la existencia de los gérmenes, ¿cómo iba tener éxito con un grupo de esposas

escocesas y cirujanos del ejército que también trabajaban de veterinarios?

Traté de olvidar a los heridos leves que morirían de una infección. Podía ofrecer a los hombres de Lallybroch y a algunos más el beneficio de manos limpias y vendajes esterilizados pero no podía ocuparme del resto. Una de las lecciones que había aprendido en los campos de batalla de Francia en una guerra muy lejana era: no puedes salvar al mundo, pero sí al hombre que tienes frente a ti, si trabajas con la suficiente rapidez.

Jamie se quedó en el umbral un momento, evaluó la situación y se puso a ayudar en las tareas pesadas, moviendo a los pacientes, alzando calderos con agua caliente o llevando baldes de agua limpia del pozo de Tranent. Aliviada de mi temor por su bienestar y atrapada en el tumulto del trabajo, me olvidé de él por completo.

Un hospital de campaña siempre se parece mucho a un matadero, y aquél no era una excepción. El suelo era de tierra apisonada, lo cual resultaba bueno para absorber sangre y otros líquidos. Por otra parte, había peligrosos charcos.

De los calderos hirvientes salía humo y calor. Todo el mundo chorreaba sudor: los que trabajaban, el sudor pegajoso del ejercicio, y los heridos, el sudor hediondo del miedo. El humo de la pólvora del campo de batalla se estaba disipando, flotaba en las calles de Tranent y penetraba por las puertas abiertas. Hacía arder los ojos y amenazaba la pureza de los paños recién hervidos, que colgaban goteando de un palo junto al fuego.

El flujo de heridos penetraba en la cabaña como el oleaje, convirtiendo todo en confusión con la llegada de cada nueva ola. Nos movíamos de un lado a otro, luchando contra la marea y, jadeando, nos preparábamos para recibir a la nueva ola.

Había descansos, por supuesto. Sobre todo al atardecer, cuando el flujo de heridos disminuyó y empezábamos la rutina de cuidar a los pacientes que habían quedado con nosotros. Seguíamos estando ocupados, pero teníamos tiempo de respirar.

Estaba de pie junto a la puerta abierta, respirando la fresca brisa marina, cuando Jamie regresó a la cabaña cargado de leña. La echó en el fogón, regresó a mi lado y apoyó una mano sobre mi hombro.

—¿Has estado en las otras cabañas? —le pregunté.

Jamie asintió.

—Sí. Todavía siguen saqueando el campo de batalla y hay muchos soldados desaparecidos. Pero todos nuestros heridos están aquí... en ninguna otra parte. —Señaló el extremo de la cabaña, donde los tres heridos de Lallybroch estaban acostados o sentados cerca del fogón, compartiendo bromas con los demás escoceses. Los pocos heridos ingleses de la cabaña permanecían solos, cerca de la puerta, bastante más silenciosos.

—¿Ninguno grave? —me preguntó, mirando a los tres.

Sacudí la cabeza.

—George McClure podría perder la oreja; no estoy segura. Pero creo que se recuperarán.

—Bien. —Sonrió y se secó el rostro con la punta de su capa. Vi que se había envuelto con ella descuidadamente en lugar de colocársela sobre un hombro. Probablemente para que no le molestara, pero debía de tener calor.

Se giró para irse y alcanzó la botella que colgaba de un gancho de la puerta.

—¡ésa no! —dije.

—¿Por qué no? —preguntó, confundido. Sacudió la botella de boca ancha y oyó el líquido—. Está llena.

—Lo sé —respondí—. Es la que he estado usando para orinar.

—Ah. —Sosteniendo la botella con dos dedos, volvió a ponerla en su sitio, pero yo lo detuve.

—No, está bien, llévatela —le sugerí—. Vacíala fuera; y llena ésta. —Le entregué otra botella.

—De acuerdo —respondió y se volvió hacia la puerta.

—¡Eh! —dije, al verle la espalda—. ¿Qué es eso?

—¿Qué? —preguntó, sorprendido, tratando de mirar por encima de su hombro.

—¡Eso! —Mis dedos siguieron la huella de barro impresa sobre la tela mugrienta de su camisa con la claridad de una plantilla—. Parece la marca de una herradura —dije sin poder creerlo.

—Ah, eso —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Te pisó un caballo?

—Bueno, no fue a propósito —dijo—. A los caballos no les gusta pisar a

la gente; supongo que la sienten como terreno inseguro.

—Supongo que sí —dije—. Estate quieto. ¿Cómo diablos sucedió?

—No tiene importancia —protestó—. Las costillas no están rotas, sólo un poco lastimadas.

—Ah, una tontería —dije con sarcasmo. Aparté la tela sucia de la herida y pude ver la marca clara y definida de una herradura en la piel de la espalda, justo encima de la cintura—. Dios mío, se notan hasta los clavos de la herradura. —Se sobresaltó cuando pasé el dedo sobre las marcas.

Había sido durante una breve salida de los dragones montados, explicó. Los escoceses, acostumbrados a los pequeños y toscos ponis de las Tierras Altas, estaban convencidos de que los caballos ingleses estaban entrenados para atacarlos con cascos y dientes. Aterrorizados al verlos cargar, se metieron debajo de los cascos, cortando ferozmente patas y vientres con espadas, guadañas y hachas.

—¿Y tú crees que no lo están?

—Por supuesto que no, *Sassenach* —respondió—. No estaba tratando de atacarme. El jinete quería escapar pero sólo podía salir por encima de mí.

Al ver la intención en los ojos del jinete, una décima de segundo antes de que el dragón espoleara al caballo, Jamie se tiró al suelo con los brazos sobre la cabeza.

—Después pareció que se me iba el aire de los pulmones —explicó—. Sentí el impacto, pero no me dolió. En aquel momento no. —Se puso una mano en la espalda y se frotó la marca sonriendo.

—Está bien —dije, soltando el borde de la camisa—. ¿Has orinado desde entonces?

Se quedó mirándome como si me hubiese vuelto loca.

—Un caballo de cuatrocientos kilos te pisó uno de los riñones —le expliqué, con cierta impaciencia. Había otros heridos que esperaban atención—. Quiero saber si orinaste sangre.

—Ah —respondió, más tranquilo—. No sé.

—Bueno, será mejor que lo averigüemos. —Había puesto en un rincón mi botiquín; revolví en él y saqué una cuña que había llevado del Hôpital des Anges.

—Llévalo y devuélvemelo. —Se lo entregué y regresé al fogón, donde un

caldero repleto de paños hirvientes aguardaba mi atención.

Me di la vuelta y vi que se había quedado mirando el orinal con expresión algo irónica.

—¿Necesitas ayuda, muchacho? —Un enorme soldado inglés observaba desde su camastro, sonriéndole a Jamie.

Los dientes blancos asomaron en medio de la mugre del rostro de Jamie.

—Ah, sí —dijo. Se inclinó, ofreciéndole el orinal al inglés—. Toma, sujétalo mientras apunto.

Todos los hombres se echaron a reír, distrayéndose por el momento de sus problemas.

Después de vacilar un momento, el enorme puño del inglés se cerró sobre el frágil recipiente. El hombre había recibido una descarga de metralla en la cadera y su pulso no era muy firme; pese al sudor que le humedecía el labio superior, sonrió.

—Apuesto seis peniques: a que no lo consigues —dijo. Movié la cuña por el suelo y la dejó a un metro de los pies descalzos de Jamie—. Desde donde estás ahora.

Jamie miró pensativo, frotándose la barbilla mientras medía la distancia. El hombre cuyo brazo estaba vendando dejó de quejarse, concentrado en la escena.

—Bueno, no diré que va a ser fácil —dijo Jamie, exagerando a propósito el acento escocés—. Pero por seis peniques vale la pena intentarlo, ¿no? —Sonrió.

—Dinero fácil, muchacho —dijo el inglés, respirando con dificultad—. Para mí.

—Dos peniques de plata por el muchacho —dijo uno de los miembros del clan MacDonald.

Un soldado inglés, con la chaqueta vuelta para indicar su condición de prisionero, buscó entre sus ropas la abertura de su bolsillo.

—¡Ja! ¡Una bolsa de tabaco en contra! —exclamó.

Gritos de apuestas y comentarios vulgares llenaron el aire mientras Jamie se agachaba y estimaba la distancia a la taza con grandes aspavientos.

—De acuerdo —dijo por fin, levantándose y enderezando los hombros—. ¿Todos listos?

El inglés soltó una risita.

—Yo estoy listo, muchacho.

—Bien.

Un murmullo llenó la habitación. Los hombres se incorporaron sobre los codos para observar.

Jamie echo un vistazo a su alrededor, se alzó la falda y metió la mano debajo. En su rostro apareció una expresión de duda.

—La tenía cuando salí esta mañana —dijo, y el cuarto estalló en carcajadas.

Sonriendo ante el éxito de su broma, se levantó la falda un poco más, asió su arma claramente visible y apuntó. Miró de soslayo, inclinó un poco las rodillas y apretó aún más los dedos.

No salió nada.

—¡Un disparo en falso! —gritó uno de los ingleses.

—¡La pólvora está húmeda! —aulló otro.

—¿No tiene balas tu pistola, muchacho? —preguntó el que estaba en el suelo.

Jamie miró con expresión dubitativa su aparato, produciendo otro estallido de carcajadas. Después compuso el rostro.

—¡Ja! ¡El depósito está vacío, eso es todo! —Extendió el brazo hacia el grupo de botellas que colgaban de la pared, me miró alzando una ceja y cuando yo asentí, cogió una y la inclinó sobre la boca abierta.

—¡Ahhh! —Bajó la botella e hizo una reverencia.

—Ahora sí —empezó, inclinándose. Entonces me miró y se detuvo. Él no podía ver la puerta abierta a sus espaldas, ni al hombre que había entrado, pero el repentino silencio que invadió la habitación debió indicarle que las apuestas quedaban anuladas.

Su alteza el príncipe Carlos Eduardo inclinó la cabeza para entrar en la cabaña. Estaba vestido para la ocasión con calzas de terciopelo, medias haciendo, juego, camisa inmaculada y, sin duda a fin de mostrar solidaridad con las tropas, una chaqueta y chaleco de tartán y una capa sujeta en el hombro con un broche. Tenía el pelo recién empolvado y la orden de San Andrés le brillaba en el pecho.

Permaneció en el umbral, infundiendo respeto a todos. Miró lentamente a

su alrededor, a los hombres apretujados en el suelo, unos veinticinco, los ayudantes agachados sobre ellos, el lío de vendajes sangrientos arrojados en un rincón, los remedios y los instrumentos sobre la mesa, y a mí.

Por lo general a su alteza no le preocupaban mucho las mujeres del ejército, pero su educación no le permitía despreciar las reglas de cortesía. Y yo seguía siendo una mujer, a pesar de las manchas de sangre y vómito que cubrían mi falda.

—*Madame* Fraser —dijo, con una graciosa reverencia.

—Alteza —respondí, devolviendo la reverencia y esperando que no pensara quedarse mucho tiempo.

—Vuestras labores en nuestro beneficio son muy apreciadas, *Madame* —dijo; noté que su acento italiano era más fuerte que nunca.

—Pues... gracias —le respondí—. Deberéis tener cuidado al caminar. El suelo está mojado de sangre.

La delicada boca se frunció levemente al sortear el charco que le había señalado. En aquel momento entraron Sheridan O'Sullivan y lord Balmerino, quienes se sumaron a la congestión de la cabaña. Después de haber cumplido con la cortesía, Carlos se agachó y posó una mano sobre el hombro de un soldado.

—¿Cómo os llamáis, valiente soldado?

—Gilbert Munro..., alteza —contestó el hombre.

Los dedos, de uñas bien cortadas y cuidadas, se posaron sobre el vendaje y las tablillas que cubrían lo que quedaba del brazo de Gilbert Munro.

—Vuestro sacrificio ha sido grande, Gilbert Munro —dijo Carlos con sencillez—. Os prometo que no será olvidado. —La mano rozó el rostro de largas patillas y Munro enrojeció de placer.

Tenía un hombre delante de mí con una herida en la cabeza; por el rabillo del ojo miraba a Carlos hacer la ronda de la cabaña. Moviéndose lentamente, fue de cama en cama sin olvidar a ninguno, deteniéndose para preguntar nombre y procedencia, ofreciendo agradecimiento y afecto, felicitaciones y condolencias.

Tanto ingleses como escoceses permanecieron en silencio, asombrados. Apenas consiguieron responder a su alteza con suaves murmullos. Por fin el príncipe se levantó y se estiró, con un audible crujido de huesos. Un extremo

de su capa se arrastraba por el barro, pero no pareció notarlo.

—Os traigo a todos la bendición y el agradecimiento de mi padre —dijo—. Vuestra hazaña de hoy siempre será recordada. —Los hombres tumbados en el suelo no estaban en condiciones de vitorearlo, pero hubo sonrisas y un murmullo general de agradecimiento.

Al volverse para retirarse, Carlos vio a Jamie, que se había colocado en un rincón para que las botas de Sheridan no le pisotearan los pies descalzos. El rostro de su alteza se iluminó de alegría.

—*Mon cher!* No os había visto hoy. Temía que os hubiera ocurrido algo. —Una mirada de reproche cruzó su rostro—. ¿Por qué no habéis venido a cenar con los demás caballeros?

Jamie sonrió e hizo una respetuosa reverencia.

—Mis hombres están aquí, alteza.

El príncipe enarcó las cejas y abrió la boca como para decir algo, pero lord Balmerino dio un paso adelante y le susurró algo al oído. La expresión de Carlos cambió a otra de preocupación.

—Pero ¿esto qué es lo que oigo? —dijo a Jamie, perdiendo el control de su sintaxis, como le ocurría cuando se emocionaba—. Su excelencia me dice que habéis sufrido una herida.

Jamie pareció un poco desconcertado. Me miró para ver si había oído algo y, al darse cuenta de que sí, volvió a mirar al príncipe.

—No es nada, alteza. Sólo un rasguño.

—Enseñádmelo. —Lo dijo con sencillez pero era, sin lugar a dudas, una orden.

Los pliegues de la oscura capa estaban casi negros por dentro. La camisa estaba roja desde la axila hasta la cadera, con manchas marrones donde la sangre se había empezado a secar.

Dejando la herida de la cabeza por un momento, di un paso adelante y le abrí la camisa, apartándola con suavidad en el sitio de la herida. Pese a la cantidad de sangre, me di cuenta de que no era una herida grave; Jamie estaba firme como una roca y ya no le salía sangre.

Era una herida de sable, que le cruzaba las costillas. Un ángulo afortunado; de haber sido clavado de frente habría atravesado los músculos intercostales. Pero se trataba de un corte de veinte centímetros. La sangre

había vuelto a brotar al liberarse la presión. Iba a necesitar un buen número de puntos pero, aparte del peligro constante de infección, la herida no revestía gravedad.

Me volví hacia Carlos y me detuve al ver su extraña expresión. Durante una décima de segundo pensé que se trataba del «temor de novato», el que siente una persona no acostumbrada a ver heridas y sangre. Había visto a más de una enfermera quitar un vendaje y tener que vomitar antes de atender al paciente. Las heridas de guerra suelen tener un aspecto muy feo.

Sin embargo, no podía tratarse de eso. Carlos no era un guerrero nato, pero había derramado sangre, al igual que Jamie, a los catorce años, en la batalla de Gaeta. No, decidí, incluso cuando la expresión momentánea desapareció de los suaves ojos marrones. Carlos no se hubiera sobresaltado al ver sangre o heridas.

Carlos no estaba frente a un campesino o un pastor. Se hallaba frente a un amigo. Y pensé que tal vez la herida de Jamie se lo había recordado; que se había derramado sangre por su orden, que había hombres heridos por su causa; no era raro que esa realidad lo golpeará con tanta fuerza como la herida de una espada.

Miró la herida durante largo rato y después levanto la mirada hacia Jamie. Lo cogió de la mano e inclinó la cabeza.

—Gracias —dijo con voz suave.

Fue el único momento en que pensé que podría haber sido un buen rey, a pesar de todo.

Por orden de su alteza, se había erigido una tienda sobre una pequeña colina detrás de la iglesia como última morada de los muertos en batalla. Los hombres yacían en filas, con paños cubriéndoles el rostro. Sólo la vestimenta diferenciaba a los escoceses que esperaban para ser enterrados. MacDonald de Keppoch había llevado a un sacerdote francés; el hombre, con la estola púrpura colocada sobre una sucia capa de las Tierras Altas, se movía lentamente por toda la tienda, haciendo una pausa al pie de cada figura acostada.

—Oh, Dios, concédele descanso eterno y que la luz eterna brille sobre él.  
—Se persignaba mecánicamente y se trasladaba hasta otro cadáver.

Yo ya había estado en la tienda y, con el corazón en la boca, había contado los cuerpos de los muertos escoceses: veintidós. Pero al volver a entrar descubrí que habían ascendido a veintiséis.

El número veintisiete yacía en la iglesia cercana, en el último tramo de su viaje hacia la eternidad. Alexander Kincaid Fraser moría lentamente por las heridas recibidas en vientre y pecho, de una lenta hemorragia interna imparable.

El muchacho trataba de sonreír; mojé sus labios agrietados con agua y los unté con sebo. Darle de beber era lo mismo que matarlo, pues el líquido le hubiera atravesado los intestinos perforados y le hubiera producido una muerte instantánea. Vacilé, al ver la gravedad de sus heridas, y pensé que una muerte rápida podría ser mejor... pero después me contuve. Me di cuenta de que él querría ver a un sacerdote y confesarse. Así que lo había enviado a la iglesia, donde el padre Benin atendía a los moribundos como yo atendía a los vivos.

Jamie hacía visitas cortas a la iglesia cada media hora más o menos; Kincaid se aferraba a la vida durante un tiempo sorprendentemente largo, pero Jamie no había vuelto de su última visita. Me di cuenta de que la lucha estaba llegando a su fin, y fui a ver si podía ayudar en algo.

En el espacio donde había estado Kincaid no había nada excepto una mancha oscura. Tampoco estaba en la tienda de los muertos; y no veía a Jamie por ninguna parte.

Finalmente los encontré a cierta distancia, detrás de la iglesia. Jamie estaba sentado sobre una roca, con el cuerpo de Alexander Kincaid entre sus brazos, la cabeza apoyada en su hombro y las piernas largas y velludas colgando.

Toqué la mano flácida y blanca para asegurarme de que estaba muerto y apoyé la mano sobre el espeso pelo castaño: parecía que todavía estaba vivo. Un hombre no debería morir virgen, pero aquél lo había hecho.

—Ha muerto, Jamie —murmuré.

Al principio no se movió pero después asintió, abriendo los ojos como si no quisiera enfrentarse a la realidad.

—Lo sé. Murió poco después de llegar aquí, pero no quería dejarlo ir.

Cogí el cuerpo por los hombros y entre los dos lo apoyamos con suavidad

en el suelo. El viento nocturno agitó la hierba alrededor del muchacho acariciándole el rostro, como un gesto de bienvenida a la tierra.

—No quisiste que muriera bajo techo —dije.

Asintió lentamente, se arrodilló junto al cuerpo y besó la frente amplia y pálida.

—Me gustaría que alguien hiciera lo mismo por mí —dijo con suavidad. Tapó con la capa el pelo castaño y murmuró algo en gaélico que no comprendí.

Un hospital de campaña no es sitio para lágrimas; hay demasiado que hacer. No había llorado en todo el día, pese a las cosas que había visto, pero en aquel momento me desahogué. Apoyé la cara en el hombro de Jamie para buscar fortaleza y él me acarició la espalda. Cuando alcé la mirada, secándome las lágrimas, vi que Jamie seguía mirando con los ojos secos la forma inmóvil. Sintió que lo observaba y levantó la mirada.

—Lloré por él mientras todavía estaba vivo para saberlo, *Sassenach* —explicó en voz baja—. ¿Cómo va todo?

Aspiré, me limpié la nariz y tomé su brazo mientras volvíamos a la cabaña.

—Necesito tu ayuda con uno.

—¿Con quién?

—Hamish MacBeth.

El rostro de Jamie, agotado después de tantas horas de vigilia, se relajó un poco bajo las manchas y la mugre.

—¿Ha vuelto? Me alegro. Pero ¿está grave?

—Ya verás.

MacBeth era uno de los favoritos de Jamie. Era un hombre robusto, de barba castaña. Era de poco hablar, pero tenía una sonrisa tímida que surgía a través de la barba como una flor nocturna, rara pero radiante.

Sabía que Jamie estaba preocupado por su ausencia después de la batalla. A medida que transcurría el día y los rezagados volvían uno por uno, yo buscaba a MacBeth. Pero llegó el crepúsculo, los fuegos se encendieron en el campamento del ejército y Hamish MacBeth seguía sin aparecer. Empecé a temer que lo encontraría entre los muertos.

Pero media hora antes había entrado en la cabaña moviéndose lentamente.

Tenía una pierna manchada de sangre hasta el tobillo, y caminaba dando saltitos, pero no permitió que una mujer le pusiera las manos encima para ver qué tenía.

El enorme hombre yacía sobre una sábana cerca de la lámpara, con las manos apoyadas en el vientre y la mirada fija en las vigas del techo. Giró la cabeza cuando Jamie se arrodilló a su lado, pero tampoco se movió. Permanecí detrás, oculta por las anchas espaldas de Jamie.

—¿Qué tal, MacBeth? —dijo Jamie, apoyando una mano sobre la ancha muñeca—. ¿Cómo va todo, hombre?

—Estoy bien, señor —murmuró el gigante—. Estoy bien. Sólo un poco... —Vaciló.

—Bueno, echémosle un vistazo. —MacBeth no protestó cuando Jamie apartó la falda. Espiando a través de un hueco entre el brazo y el cuerpo de Jamie, pude ver la causa de sus vacilaciones.

Una espada o lanza lo había herido en la entrepierna y le había desgarrado la piel. Uno de los testículos colgaba, casi arrancado de cuajo.

Jamie y los dos o tres hombres que vieron la herida palidecieron. Vi que uno de los asistentes se tocaba, como para asegurarse de que sus partes estaban intactas.

Pese al horrible aspecto de la herida, el testículo no parecía dañado y la hemorragia no era excesiva. Toqué a Jamie en el hombro y sacudí la cabeza para darle a entender que la herida no era seria a pesar del efecto que pudiera causar sobre la mente masculina. Comprendiendo mi gesto, Jamie dio una palmada en la rodilla de MacBeth.

—Ah, no está tan mal, MacBeth. No te preocupes, todavía serás padre.

El gigante había estado mirando hacia abajo con aprensión, pero al oír las palabras de Jamie lo miró.

—Bueno, eso no me preocupa mucho, señor, pues ya tengo seis hijos. Es sólo lo que dirá mi esposa si yo... —MacBeth enrojció cuando los hombres que lo rodeaban se echaron a reír y lo abuchearon.

Mirándome para buscar confirmación, Jamie reprimió su propia risa y dijo con firmeza:

—Eso también estará bien, MacBeth.

—Gracias, señor —suspiró el hombre confiando totalmente en su

comandante.

—Sin embargo —añadió Jamie— es necesario que te cosan, hombre. Ahora bien, puedes elegir.

Buscó en el botiquín abierto una de mis agujas de sutura caseras. Pasmada por los objetos que utilizaban los cirujanos para coser a sus pacientes, me había fabricado tres docenas de mis propias agujas: seleccioné las agujas de coser más finas que pude conseguir, las calenté sobre la llama de una lámpara de alcohol y las doblé suavemente hasta conseguir la curva necesaria para coser tejidos desgarrados. Asimismo me había fabricado mi propio hilo de tripa de gato: una tarea asquerosa, pero por lo menos me aseguraba de la higiene de mis materiales.

La diminuta aguja se veía ridícula entre los enormes dedos de Jamie. La ilusión de competencia médica no mejoraba con los intentos de Jamie por enhebrar la aguja.

—Lo haré yo mismo —dijo, mordiéndose la punta de la lengua— o... — Se interrumpió al caérsele la aguja y buscarla entre los pliegues de la capa de MacBeth—. O —continuó, sosteniéndola triunfante delante de los ojos aprensivos de su paciente— puede hacerlo mi esposa. —Con un leve movimiento de cabeza me llamó. Hice lo que pude para parecer indiferente; cogí la aguja de la mano incompetente de Jamie y la enhebré diestramente al primer intento.

Los enormes ojos marrones de MacBeth miraron las manazas de Jamie; luego miró las mías, pequeñas y veloces. Por fin se recostó con un profundo suspiro y murmuró su consentimiento a que una mujer le tocara las partes privadas.

—No te preocupes, hombre —dijo Jamie—. Después de todo, hace tiempo que ella me los toca y hasta ahora no me ha castrado. —Entre las risotadas de los asistentes y los pacientes cercanos, empezó a ponerse en pie, pero lo detuve colocándole una botellita entre las manos.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Alcohol y agua —dije—. Solución desinfectante. Si no queremos que tenga fiebre, pústulas o algo peor, la herida deberá ser esterilizada. — MacBeth había caminado cierta distancia con la herida y alrededor de ésta había manchas de suciedad y de sangre. El alcohol era un desinfectante fuerte

aunque estuviera rebajado con agua en un cincuenta por ciento. No obstante, era la única herramienta efectiva contra la infección, y yo era terminante en cuanto a su uso, pese a las quejas de los asistentes y a los gritos de dolor de los pacientes que eran sometidos a él.

Jamie miró la botella de alcohol y la herida abierta y le dio un escalofrío. Él mismo había sufrido una dosis cuando le cosí la espalda poco antes.

—Bueno, MacBeth, mejor que seas tú y no yo —dijo, y apoyando la rodilla con firmeza sobre el vientre de MacBeth, vertió el contenido de la botella sobre los tejidos expuestos.

Un terrible rugido sacudió las paredes y MacBeth se retorció como una serpiente cuarteada. Cuando dejó de gritar, el rostro se le puso de un color verdoso, y no opuso resistencia cuando empecé la dolorosa tarea de coserle el escroto. La mayoría de los pacientes, incluso los que tenían heridas terribles, eran estoicos en cuanto al tratamiento primitivo al que se los sometía y MacBeth no fue la excepción. Permaneció inmóvil, terriblemente avergonzado, con los ojos fijos en la llama de la lámpara y no movió un músculo mientras lo cosía. Sólo los colores cambiantes de su rostro, de blanco a rojo y de rojo a blanco, traicionaban sus emociones.

Sin embargo, finalmente se puso púrpura. Cuando terminé mi tarea, el pene flácido se irguió ligeramente cuando mi mano lo rozó. Desconcertadísimo ante semejante comprobación de la palabra de Jamie, MacBeth se bajó la falda inmediatamente, se puso de pie tambaleando y salió cojeando a la oscuridad. Yo me quedé sonriendo, mirando el botiquín.

Busqué un rincón donde una caja de provisiones médicas hacía las veces de asiento, y me apoyé en la pared. Sentí una punzada de dolor en las pantorrillas: de repente me libraba de la tensión y los nervios reaccionaban en consecuencia. Me quité los zapatos, disfrutando de los pequeños espasmos que recorrían la espalda y el cuello al verse librados de la presión de estar de pie.

Los hombres de aquella cabaña tenían heridas graves, pero no mortales. Pero yo sabía que la muerte suele rondar por la noche los pasillos de las salas de enfermos, buscando a quienes tienen las defensas bajas.

Me levanté y volví a caminar lentamente entre los camastros,

inclinándome en cada uno, murmurando y tocando, estirando una sábana, alisando una cabellera alborotada o frotando los calambres de las extremidades. Un sorbo de agua aquí, un cambio de vendaje allí, interpretar una mueca que significaba que se necesitaba un orinal y hacer un gesto de indiferencia que permitía al hombre orinar tranquilo mientras la botella se ponía tibia y pesada en mi mano.

Salí a la calle para vaciar una de esas botellas e hice una pausa, respirando el aire fresco y lluvioso de la noche.

—No has dormido mucho, *Sassenach*. —La suave voz provenía de la calle.

—Tú tampoco —respondí con sequedad. «¿Cuánto haría que no dormía?», me pregunté,

—Dormí anoche en el campamento, con mis hombres.

—¿Ah, sí? Muy tranquilo tu sueño —dije, con una ironía que lo hizo reír. Seis horas de sueño en un campo húmedo, seguido de una batalla en la que fue pisado por un caballo, herido por una espada y Dios sabe qué otras cosas. Después reunió a sus hombres, juntó a los heridos, los atendió y veló a sus muertos. Y en ningún momento lo había visto hacer una pausa para comer, beber o descansar.

No me molesté en regañarlo. Ni siquiera valía la pena mencionarle que debería estar entre los pacientes que yacían en el suelo. También era su tarea estar allí.

—Hay otras mujeres, *Sassenach* —dijo—. ¿Le digo a Archie Cameron que envíe a alguien?

Era una oferta tentadora, pero la descarté antes de pensarlo demasiado por miedo a que, si reconocía mi fatiga, nunca pudiera volver a moverme.

Me desperecé, con las manos contra la nuca.

—No —respondí—. Me las arreglaré hasta el amanecer. Entonces buscaré alguien que se haga cargo. —Por algún motivo, sentía que debía acompañarlos durante la noche; al amanecer estarían a salvo.

Él tampoco me regañó; sólo apoyó una mano sobre mi hombro y me atrajo hacia sí.

—Entonces me quedaré contigo —dijo—. No puedo dormirte antes del amanecer.

—¿Y los otros hombres de Lallybroch?

Movió la cabeza hacia los campos cercanos al pueblo, donde estaba acampado el ejército.

—Murtagh está a cargo.

—Ah, entonces está bien. No tienes de qué preocuparte —dije, y vi que sonreía. Había un banco fuera de la cabaña, donde la dueña de la casa se sentaba los días soleados para limpiar pescado o remendar ropa. Lo hice sentarse junto a mí, y se apoyó en la pared de la casa con un suspiro. Su evidente agotamiento me recordó a Fergus y la expresión confusa del niño después de la batalla.

Acaricié la nuca de Jamie y giró la cabeza ciegamente hacia mí, apoyando su frente contra la mía.

—¿Cómo fue, Jamie? —pregunté con voz suave mientras le masajeara el cuello con los dedos—. ¿Cómo? Cuéntamelo.

Hubo un corto silencio, después suspiró y empezó a hablar, al principio lentamente y luego cada vez más rápido, como si quisiera sacarlo fuera de una vez.

—No teníamos fuego, pues lord George pensó que nos iríamos del risco antes del amanecer y no quería que desde abajo se viera ni un movimiento. Permanecimos sentados en la oscuridad. Ni siquiera podíamos hablar, pues el sonido se podía oír en la planicie. Así que nos quedamos sentados.

—Entonces sentí que algo me cogía el muslo en la oscuridad; casi me muero del susto. —Se metió un dedo en la boca y la masajeara con delicadeza—. Casi me arranqué la lengua. —Sentí el movimiento de sus músculos al sonreír.

—¿Fergus?

El fantasma de una carcajada notó en la oscuridad.

—Sí, Fergus. El pequeño bastardo gateó por la hierba y pensé que era una serpiente. Me dijo lo de Anderson y lo llevé a que viera a lord George.

Su voz era lenta y soñadora bajo el hechizo de mi masaje.

—Entonces llegó la orden de que fuéramos detrás de Anderson. Todo el ejército se puso en pie.

La noche era negra, sin luna, sin las nubes que atrapan la luz de las estrellas y

la difuminan sobre la tierra. El ejército se movilizó casi sin hacer ruido. Los órdenes pasaban en susurros de hombre a hombre. Ocultaron las espadas y las hachas en los pliegues de sus capas y la pólvora bajo las camisas.

Una vez en terreno firme, los escoceses se sentaron, se pusieron lo más cómodos que pudieron sin hacer fuego, comieron y se dispusieron a descansar, envueltos en sus capas y vislumbrando las fogatas del enemigo.

—Podíamos oírlos hablar —dijo Jamie. Tenía los ojos cerrados y las manos cogidas detrás de la cabeza—. Era extraño oírlos reírse por una broma, pedirse la sal o un trago de vino, y saber que a las pocas horas yo podía matarlos, o ellos a mí. No puedes dejar de preguntarte «¿cómo es el rostro del que proviene esa voz? ¿Conoceré a ese hombre si lo encuentro por la mañana?».

Sin embargo, el temor por la batalla fue mayor que la simple fatiga y los «Negros Fraser» (así llamados por las huellas de carbón que todavía les adornaban las caras) y su jefe llevaban despiertos más de treinta y seis horas. Jamie usó un montón de hierba como almohada, se tapó los hombros con la capa y se acostó junto a sus hombres.

Durante su época con el ejército francés, años atrás, uno de los sargentos había explicado a los mercenarios más jóvenes el truco para dormir la noche anterior a una batalla.

—Os tenéis que poner cómodos, examinar vuestras conciencias y hacer un buen acto de contrición. El padre Hugo dice que, en tiempos de guerra, aunque no haya sacerdotes para confesar, los pecados son perdonados de este modo. Y como no pueden cometerse pecados estando dormido os despertareis en estado de gracia, listos para caer sobre esos bastardos. Y sin nada que esperar más que la victoria o el cielo... ¿cómo podéis tener miedo?

Aunque veía los puntos débiles de este argumento, a Jamie le había parecido un buen consejo; liberar la conciencia aligeraba el alma y repetir una oración distraía su mente de fantasías macabras.

Miró hacia arriba, a la oscura bóveda del cielo, y deseó que la tensión del cuello y los hombros se relajara en el abrazo de la tierra. La luz de las estrellas era tenue; no podía compararse con el brillo cercano de las fogatas inglesas.

Pensó en los hombres que descansaban a su alrededor, uno por uno. La

mancha del pecado era un peso pequeño en su conciencia en comparación con ellos. Ross, McMurdo, Kincaid, Kent, McClure... hizo una pausa para agradecer que, al menos, su esposa y Fergus estuvieran a salvo. Pensó en su esposa, deseando reconfortarse con el recuerdo de su sonrisa confiada, su sólida y maravillosa calidez cuando la apretó con fuerza aquella tarde, al beso de despedida. Pese a su propio cansancio y a la presencia de lord George, que esperaba fuera, había deseado tumbarla en aquel mismo instante sobre el colchón y poseerla rápidamente, sin desvestirla. Era extraño que la inminencia de la lucha lo excitara siempre...

Pero aún no había terminado su registro mental, y ya sentía que se le caían los párpados. Olvidó la leve presión que sentía en los testículos al pensar en ella y reanudó la lista como un pastor que contara las ovejas que llevaba al matadero.

Pero no iba a ser un matadero. Habría pocas víctimas del lado jacobita. Treinta hombres. Entre dos mil, era poco probable que hubiera hombres de Lallybroch entre ellos. Siempre y cuando ella tuviera razón.

Jamie tembló bajo su capa y luchó contra la duda momentánea que le retorció los intestinos. Siempre y cuando, Dios mío, siempre y cuando. Todavía le costaba creerla, aunque la había visto junto a aquella maldita roca, con el rostro descompuesto de terror y la silueta difuminándose mientras él, también aterrorizado, la asía, sintiendo poco más que el frágil hueso del brazo bajo su mano. Tal vez tendría que haberla dejado ir a su lugar de origen. No, tal vez no. Sabía que tendría que haberlo hecho. Sin embargo la había arrastrado hacia atrás. Le había dado la alternativa, pero la había mantenido a su lado. Y ella le había dado a él la alternativa: creerla o no. Actuar o salir corriendo. La decisión ya estaba tomada y ningún poder sobre la tierra podía detener el amanecer que se aproximaba.

Su corazón latió con fuerza y el pulso se aceleró en las muñecas, en la entrepierna y en la boca del estómago. Trató de calmarse, reanudando su lista, un nombre por cada latido. Willie McNab, Bobby McNab, Geordie McNab... gracias a Dios, el niño Rabbie McNab estaba a salvo, en casa... Will Fraser, Ewan Fraser, Geoffrey McClure... McClure... ¿había nombrado a los dos, a George y a Sorley? Sonriendo levemente sintió la aspereza en las costillas. Murtagh. Sí, Murtagh, viejo lobo... «mi mente no está preocupada

por ti. William Murray, Rufus Murray, Geordie, Wallace, Simon...».

Y por fin cerró los ojos, encomendó a todos al cuidado del cielo y se perdió en las palabras que recordaba con más naturalidad en francés: «*Mon Dieu, je regrette...*».

Hice la ronda en el interior de la cabaña y cambié el vendaje bañado en sangre de la pierna de un hombre. La hemorragia ya debería haberse detenido, pero no. Por culpa de la mala alimentación. Si la hemorragia no se detenía antes del canto del gallo, tendría que llamar a Archie Cameron o a uno de los cirujanos para que amputara la pierna y cauterizara el muñón.

La mera idea me resultaba odiosa. La vida ya era bastante dura para un hombre entero y saludable. Esperando lo mejor, empapé el nuevo vendaje con alumbre y azufre. Si no ayudaba, por lo menos no molestaría. Seguramente dolería, pero eso no podía evitarse.

—Arderá un poquito —murmuré al hombre, mientras le vendaba la pierna.

—No os preocupéis —murmuró—. Podré soportarlo.

—Bien. —Le di una palmadita en el hombro—. Volveré a revisarla dentro de una hora, si puedes soportarlo.

—Lo soportaré —repitió.

Fuera una vez más, pensó que Jamie se había dormido. Tenía apoyada la cara sobre los brazos, cruzados sobre las rodillas. Pero al oír mis pasos alzó la cabeza; me cogió la mano cuando me senté junto a él.

—Oí el estruendo de un cañón al amanecer —dije, pensando en el hombre con la pierna destrozada por una bala de cañón—. Tuve miedo por ti.

Jamie se echó a reír suavemente.

—Yo también, *Sassenach*. Todos tuvimos miedo.

Silenciosos como la niebla, los escoceses avanzaron a través de la inmensa pradera. No tenían la sensación de que la oscuridad hubiera disminuido, pero la noche había cambiado. Es decir, el viento había cambiado: soplabá desde el mar.

Pese a la impresión de continua oscuridad, el amanecer se aproximaba. Jamie vio al hombre a sus pies justo a tiempo; un paso más y habría

tropezado con el cuerpo acurrucado.

Con el corazón latiéndole ferozmente por el susto, se puso en cuclillas para mirarlo mejor. Era un soldado inglés y estaba durmiendo, ni muerto ni herido. Miró a su alrededor para ver si había otros hombres durmiendo, Pero no oyó nada más que el mar, la hierba y el viento, y el rumor de pies furtivos.

Echó un vistazo hacia atrás y se mojó los labios, que se habían secado pese al aire húmedo. Sus hombres lo seguían de cerca; no se atrevió a vacilar mucho tiempo. El siguiente podía no ser tan cuidadoso al pisar, y no podían arriesgarse a que el hombre gritara.

Apoyó una mano en la daga, pero vaciló. La guerra era la guerra, pero iba contra sus principios matar a un enemigo dormido. El hombre parecía estar solo, a cierta distancia de sus compañeros. No era un centinela; ni el más descuidado de los guardias se hubiera dormido sabiendo que los escoceses estaban acampados encima de ellos. Tal vez el soldado se había levantado para orinar, se alejó a una distancia prudente para no molestar a sus compañeros, se perdió en la oscuridad y se acostó para dormir en el sitio donde estaba.

El metal del mosquete le resbalaba en la mano sudorosa. Se frotó la mano en la capa, se incorporó, asió el mosquete por el cañón y describió un arco con la culata hacia abajo. El impacto le sacudió los omóplatos: una cabeza inmóvil es sólida. Los brazos del hombre se desplazaron con la fuerza del golpe, soltó un fuerte resoplido tumbado boca abajo, inmóvil como un trapo.

Sintiendo un hormigueo en las manos, volvió a agacharse y palpó la mandíbula del hombre, buscando su pulso. Lo encontró y, tranquilizado, se levantó. Un grito ahogado a sus espaldas le hizo darse la vuelta con el mosquete listo en el hombro, para encontrarse con el cañón de uno de los hombres del clan MacDonald de Keppoch.

—*Mon Dieu!* —susurró el hombre, persignándose, y Jamie apretó los dientes con irritación. Era el sacerdote francés de Keppoch, vestido, siguiendo la sugerencia de O'Sullivan, con camisa y capa como los soldados.

—El hombre insistió en que era su obligación llevar los sacramentos a los heridos y moribundos en el campo de batalla —me explicó Jamie—. La idea de Sullivan era que, si los ingleses lo encontraban en el campo de batalla vestido con sotana, lo destrozarían.

»Tal vez estaba en lo cierto, tal vez no. Pero parecía un idiota con capa —añadió.

La conducta del sacerdote tampoco había mejorado la impresión causada por su atavío. Cuando por fin se dio cuenta de que su atacante era escocés, suspiró de alivio y abrió la boca. Jamie se movió con rapidez y le tapó la boca con la mano antes de que hiciera preguntas poco aconsejables.

—¿Qué estáis haciendo aquí, padre? —gruñó—. Se supone que debéis estar detrás de la línea de ataque.

Al ver que el sacerdote abría los ojos de par en par, Jamie comprendió la verdad: el hombre de Dios, perdido en la oscuridad, creía que estaba detrás de la línea de ataque. Al darse cuenta de que se encontraba en la vanguardia de la avanzada escocesa, las rodillas empezaron a temblarle.

Jamie echó un vistazo hacia atrás; no se atrevía a enviarlo de regreso. En medio de la oscura bruma, podían confundirle con el enemigo y matarle. Asiéndolo al hombrecillo de la nuca, lo puso de rodillas.

—Poneos boca abajo y quedaos así hasta que el fuego cese —murmuró en el oído del hombre. El sacerdote asintió frenéticamente; de repente vio el cuerpo del soldado inglés. Levantó la mirada a Jamie, horrorizado, y sacó las botellas de crisma y agua bendita que llevaba en el cinturón en lugar de daga.

Jamie hizo una serie de movimientos violentos con el objeto de indicarle que el hombre no estaba muerto y por lo tanto no requería los servicios del sacerdote. Al no lograr que comprendiera, cogió la mano del sacerdote y le apretó los dedos contra el cuello del inglés. En esta ridícula posición se encontraba cuando, aterrorizado, oyó una voz, en medio de la niebla, a sus espaldas.

—¡Alto! —dijo la voz—. ¿Quién anda ahí?

—¿Tienes un poco de agua, *Sassenach*? —preguntó Jamie—. Se me está secando la lengua de tanto hablar.

—¡No puedes detenerte ahora! ¿Qué pasó después?

—Dame agua —dijo, sonriendo— y te lo diré.

—De acuerdo —respondí, entregándole una botella con agua y observando cómo bebía—. ¿Qué pasó después?

—Nada —dijo—. ¿Qué creías, que iba a responderle? —Sonrió y se

inclinó al ver que iba a darle una bofetada—. Ah, ¿me amenazas? ¿Cómo era ese poema del que me hablaste? «Cuando el dolor y la angustia atormentan el espíritu, un ángel protector...» ¡ay!

—La próxima vez te la arranco —dije, soltándole la oreja—. Continúa, tengo que volver en cualquier momento.

Se frotó la oreja, pero volvió a reclinarsse contra la pared y reanudó su historia.

—Bueno, permanecemos sentados en cuclillas, mirándonos y escuchando a los centinelas, a dos metros de distancia. «¿Qué es eso?», dijo uno; yo miraba si podría levantarme a tiempo para atacarlo con la daga antes de que me disparase; también debía tener en cuenta a su amigo. Porque la única ayuda que podía esperar del clérigo era una última oración sobre mi cadáver.

Hubo un silencio prolongado y exasperante, durante el cual los dos jacobitas permanecieron agachados con las manos entrelazadas, temerosos de moverse siquiera para soltarse.

—Bah, estás viendo fantasmas —dijo por fin el otro centinela. Jamie sintió el escalofrío de alivio del cura; los dedos húmedos lo soltaron—. Aquí arriba no hay nada más que aliagas.

—No importa, muchacho —aseguró el centinela. Jamie oyó el ruido de una mano sobre un hombro y pisadas de botas, tratando de entrar en calor—. Hay muchísimas, seguro, pero en esta oscuridad podría estar todo el maldito ejército escocés y no se vería nada. —A Jamie le pareció oír una risa ahogada en una de las «aliagas».

Echó un vistazo a la cima de la colina; las estrellas estaban empezando a desvanecerse. «Faltan menos de diez minutos para que aparezcan las primeras luces», pensó. Y en ese momento, las tropas de Johnnie Cope no tardarían en darse cuenta de que el ejército escocés no se hallaba, como pensaban, a una hora de marcha en dirección opuesta, sino frente a sus líneas delanteras.

Hubo un ruido a la izquierda, en dirección al mar. Fue leve e indistinto, pero claro para oídos entrenados para la batalla: alguien había pisado una aliaga.

—¿Eh? —El sonido había sido captado por uno de los centinelas—. ¿Qué pasa?

El cura iba a tener que arreglárselas solo, pensó Jamie. Desenvainó la espada mientras se levantaba y de un solo paso, se plantó frente al enemigo. El hombre no era más que un bulto en la oscuridad, pero lo suficientemente visible. El filo despiadado descendió con toda su fuerza y golpeó la cabeza del hombre en el mismo sitio donde estaba.

—¡Escoceses! —El grito surgió del compañero del hombre, que saltó como un conejo de un matorral, huyendo antes de que Jamie pudiera liberar el arma de su sangriento hueco. Apoyó un pie sobre la espalda del caído y tiró, apretando los dientes ante la horrible sensación que le producía la carne muerta.

La alarma se extendió a lo largo y ancho de las líneas inglesas; podía oír la agitación de hombres despertados con brusquedad, palpando ciegamente sus armas, buscando en todas las direcciones la invisible amenaza.

Los gaiteros de Clanranald estaban detrás, hacia la derecha, pero aún no tocaron ninguna señal de ataque. Continuó el avance: el corazón le latía con furia y sentía un hormigueo en el brazo izquierdo por el golpe mortal asestado. Tenía los músculos del estómago rígidos y los ojos irritados por forzarlos en la oscuridad. Las salpicaduras de sangre tibia en el rostro se habían vuelto frías y pegajosas.

—Al principio podía oírlos —dijo, mirando hacia la noche como si todavía buscara soldados ingleses. Se inclinó hacia delante, abrazándose las rodillas—. Después también los pude ver. A los ingleses, que se retorcían en el suelo como gusanos en la carne, y a los hombres que venían detrás de mí. George McClure se acercó a mí, y Wallace y Ross fueron por el otro lado. Caminamos con cautela aunque cada vez más rápido, viendo a los ingleses abrirse paso hacia nosotros.

Hubo un estallido hacia la derecha: el fuego de un cañón. Un momento después otro y, como si se tratara de una señal, un grito de los escoceses.

—Entonces empezaron a tocar las gaitas —siguió—. No me acordé de mi mosquete hasta que escuché un disparo a mis espaldas; lo había dejado junto al sacerdote. Cuando se está peleando no se ve otra cosa que lo que está sucediendo alrededor de uno. Escuchas un grito y echas a correr. Lentamente, un paso o dos, mientras te sueltas el cinturón, y entonces la capa se cae y saltas. Sientes la hierba mojada bajo tus pies y el faldón de tu camisa vuela

encima de tu trasero desnudo. El viento sopla dentro de tu camisa, por tu vientre y por tus brazos... Entonces el ruido te atrapa y gritas, como se grita al bajar corriendo una colina de cara al viento, como cuando eres niño y parece que puedes remontarte con el sonido.

Recorrieron la planicie a gritos y la fuerza del ataque escocés aplastó al numeroso ejército inglés, ahogándolos en una mezcla hirviente de sangre y terror.

—Echaron a correr —dijo—. Sólo un hombre se enfrentó a mí... en toda la batalla sólo uno. A los demás los maté por la espalda. —Se pasó una mano por la cara—. Recuerdo... todo —dijo—. Cada golpe. Cada rostro. El hombre tirado en el suelo que se meó de miedo. Todos los olores: la pólvora negra, la sangre y el olor de mi propio sudor. Todo. Pero es como si solo hubiera sido un espectador. En realidad no estuve allí. —Abrió los ojos y me miró de soslayo. Estaba doblado casi en dos, con la cabeza sobre las rodillas: el temblor ya era visible.

—¿Sabes? —dijo.

—Lo sé.

Llegó la madrugada, y con ella el relevo: dos mujeres del pueblo y un cirujano del ejército. El hombre con la pierna herida estaba pálido y temblaba, pero la hemorragia había cesado. Jamie me cogió del brazo y me guió por la calle de Tranent.

Las constantes dificultades de O'Sullivan con las provisiones se habían visto aliviadas por el momento por el botín y había comida en abundancia. Comimos deprisa, probando apenas la avena caliente. La sensación de satisfacción comenzó a inundarme el cuerpo, dejándome en libertad para pensar en mi necesidad más urgente: el sueño.

Jamie podría haber reclamado un sitio con los demás oficiales, pero pasamos entre las cabañas, subimos a una colina y nos metimos en un bosquecillo que había en las afueras de Tranent.

—Tenemos que caminar un poco —me dijo— pero pensé que preferirías la intimidad.

—Así es. —A pesar de haber sido criada en condiciones que la mayoría de la gente de mi época consideraba primitivas (viviendo en tiendas y casas

de barro en las expediciones del tío Lamb) no estaba acostumbrada a dormir en habitaciones atestadas de gente que comía, dormía y con frecuencia mantenía relaciones sexuales a la luz de las fogatas de turba. Lo único que no hacían juntos era bañarse, principalmente porque no se bañaban.

Jamie me guió bajo las ramas caídas de un enorme castaño de Indias y nos internamos en un pequeño claro. El sol acababa de salir y hacía frío bajo los árboles; algunas de las hojas amarillentas tenían el borde blanquecino de escarcha.

Jamie escarbó una zanja entre las hojas, se puso de pie en un extremo del hueco, apoyó la mano en la hebilla del cinturón y sonrió.

—Es un poco ridículo ponérsela pero es muy fácil quitársela. —Se desabrochó el cinturón y la falda cayó alrededor de sus tobillos, dejándolo vestido sólo con la camisa.

—¿Cómo haces para ponértela? —pregunté con curiosidad.

—Pues, se apoya en el suelo, así —se inclinó, cubriendo con la tela el hueco cubierto de hojas— y después se frunce cada tantos centímetros, te echas sobre ella y giras.

Estallé en carcajadas y caí de rodillas; le ayudé a alisar la gruesa tela.

—Eso me gustaría verlo —le dije—. Despiértame antes de que te vistas.

—*Sassenach*, no podré despertarme antes de ti. No me importa si me pisa otro caballo, no pienso moverme hasta mañana. —Se acostó con cuidado, apartando las hojas.

—Ven a acostarte conmigo. —Extendió una mano—. Nos cubriremos con tu capa.

Las hojas formaban un colchón muy cómodo, aunque habría dormido de buena gana sobre una cama de clavos. Me relajé a su lado.

El frío desapareció cuando nuestros cuerpos entibieron el hueco. Estábamos bastante lejos del pueblo, lo suficiente para que los ruidos nos llegaran sólo cuando soplaban el viento. Pensé que cualquiera que buscara a Jamie podía tardar un día en encontrarnos.

La noche anterior me había quitado las enaguas y las había utilizado para fabricar más vendajes; sólo nos separaba la delgada tela de mi falda y su camisa. Sentí algo rígido y duro contra el estómago.

—¡Por supuesto que no...! —dije—. Jamie, debes de estar medio muerto.

Se echó a reír, apretándome la espalda.

—Mucho más que medio, *Sassenach*. Estoy destrozado, y mi pene es el único que no lo sabe. No puedo acostarme contigo sin desearte, pero desearte es lo único que puedo hacer.

Luché con el doblez de su camisa, después lo levanté y envolví el pene suavemente con mi mano. Más cálido que la piel de su vientre, parecía de seda bajo la caricia de mi pulgar y palpitaba con fuerza con cada latido de su corazón.

Jamie emitió un gemido de placer, y se puso boca arriba, dejando que las piernas quedaran sueltas, medio cubiertas por mi capa.

El sol había llegado a nuestro lecho de hojas y mis hombros se relajaron. Me sentía lánguida mientras observaba los pequeños movimientos de su carne bajo mis dedos. Todo el terror, el cansancio y el ruido de los últimos dos días se desvanecieron lentamente, dejándonos solos y juntos.

La fatiga parecía actuar como una lupa, exagerando los pequeños detalles y las sensaciones. Podía ver la herida de sable bajo la camisa arrugada. Apoye la mejilla contra su cuerpo, sintiendo la curva rígida y suave del hueso de su cadera, justo debajo de su piel.

Levantó la mano lentamente, flotando como las hojas, y la apoyó con suavidad sobre mi cabeza.

—Claire, te necesito —susurró—. Te necesito tanto...

Sin las molestas enaguas fue fácil. Sentí que flotaba, que me levantaba sin mediar mi voluntad por encima de su cuerpo, instalándome sobre él como una nube sobre una colina, cobijando su necesidad.

Tenía los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás, el pelo rojizo y dorado entre las hojas. Pero sus manos se levantaron y me rodearon la cintura, apoyándose en la curva de mis muslos.

—No... mucho —murmuró. Asentí, sintiendo lo que no veía, y me levanté sobre sus muslos.

Una, dos veces, otra, y otra vez, y el temblor surgió a través suyo y llegó hasta mí. El jadeo se transformó en suspiro y sentí su descenso a la inconsciencia como una lámpara que se apaga. Caí a su lado, con el tiempo justo para cubrir con la capa nuestros cuerpos antes de que la oscuridad me invadiera. Me acosté con el peso tibio de su simiente en mi vientre.

Dormimos.

*Holyrood*

*Edimburgo, octubre de 1745*

El golpe en la puerta me sorprendió revisando mi botiquín. Después de la resonante victoria de Prestonpans, Carlos había conducido a su ejército a Edimburgo. Sus generales y jefes trabajaban incansablemente, reuniendo a sus hombres y preparándose para lo que vendría a continuación.

Animado por su éxito, Carlos hablaba de tomar Stirling, luego Carlyle, y luego, quizás, incluso Londres. Yo pasaba mi tiempo libre contando las agujas para suturas, acumulando corteza de sauces y robando hasta la última onza de alcohol que encontraba.

—¿Quién es? —pregunté, abriendo la puerta. El mensajero era un muchacho, apenas mayor que Fergus. Trataba de parecer serio y diferente, pero no podía ocultar su natural curiosidad. Vi que miraba toda la habitación; sus ojos se detuvieron fascinados en el enorme botiquín que tenía en un rincón. Evidentemente los rumores referidos a mí se habían esparcido por todo el palacio de Holyrood.

—Su alteza requiere vuestra presencia, señora Fraser —respondió. Me miró fijamente; sin duda buscaba señales de posesión sobrenatural. Pareció algo desilusionado.

—¿Ah, sí? Pues, muy bien. ¿Y dónde está?

—En la sala matinal, señora. Yo os debo escoltar. Ah... —Recordó algo y se giró—. Debéis llevar vuestro botiquín, por favor.

Me condujo por el largo corredor que llevaba al ala real del palacio. Alguien debía de haberlo instruido acerca del comportamiento de un paje real, pero de vez en cuando un saltito dejaba entrever que era nuevo en ese trabajo.

¿Qué diablos quería Carlos? Pese a que me toleraba a causa de Jamie, la historia de la Dama Blanca lo había desconcertado y lo ponía incómodo. Más de una vez lo había sorprendido persignándose subrepticamente en mi presencia o haciendo la señal de cuernos con dos dedos contra el mal. Me parecía poco probable que me pidiera tratamiento médico.

Cuando la pesada puerta de madera se abrió, vi al príncipe en perfecto estado de salud, reclinado sobre el clavicordio, punteando una melodía con un dedo. Su delicada piel estaba roja, pero debido a la excitación, no a la fiebre, y sus ojos eran claros cuando me miraron.

—¡Señora Fraser! ¡Sois muy amable al acudir tan pronto! —Estaba ataviado con más lujo que de costumbre; llevaba peluca y un nuevo chaleco de seda beis, con flores bordadas. Debía de estar excitado por algo, pensé. Su inglés se iba al diablo cuando eso pasaba.

—Es un placer, alteza —le dije con una reverencia. Estaba solo, situación bastante inusual. ¿Querría utilizar mis servicios médicos, después de todo?

Hizo un gesto rápido y nervioso hacia una de las sillas de damasco dorado, instándome a que tomara asiento. Había una segunda silla enfrente, pero él empezó a pasear, demasiado nervioso para sentarse.

—Necesito vuestra ayuda —dijo.

¿Tendría gonorrea?, me pregunté, examinándolo con disimulo. No sabía de ninguna mujer desde Louise de La Tour, pero sólo se necesitaba una vez. Movié los labios como buscando alguna otra forma de decírmelo, pero finalmente se dio por vencido.

—Tengo un *capo*... un jefe, ¿comprendéis? Está penando en unirse a la causa de mi padre, pero aún tiene ciertas dudas.

—¿Es el jefe de un clan?

Carlos asintió.

—*Oui, Madame*. Por supuesto que apoya los derechos de mi padre...

—Claro, claro —murmuré.

—... pero desea hablar con vos, *Madame*, antes de comprometer a sus hombres...

Incluso él parecía incrédulo al oír sus propias palabras. Me di cuenta de que el rubor de las mejillas se debía a una combinación de sorpresa y furia reprimida.

Yo también estaba más que sorprendida. Pronto mi imaginación visualizó al jefe de un clan abrumado por una terrible enfermedad, y cuya adherencia a la causa dependía de que yo realizara una cura milagrosa.

—¿Estáis seguro de que quiere hablar conmigo? —inquirí. La fama de la Dama Blanca no podía haber llegado tan lejos.

Carlos inclinó la cabeza fríamente en mi dirección.

—Eso dice, *Madame*.

—Pero no conozco al jefe de ningún clan —dije—. Salvo Glengarry y Lochiel, por supuesto. Ah, y Clanranald y Keppoch, claro. Pero todos ellos ya están comprometidos con vuestra causa. Y por qué...

—Bueno, dice que vos lo conocéis —dijo—. Es de suma importancia, *Madame*, que se convenza de unirse a mi causa. Ruego... exijo..., por tanto, que... lo convenzáis.

Me froté la nariz, pensativa, mirándolo. Un punto más que debía decidir. Una oportunidad más para hacer que las cosas pasaran como yo eligiera. Y una vez más, la incapacidad de saber qué era mejor.

Carlos tenía razón: era de suma importancia convencer a aquel jefe de que se comprometiera con la causa jacobita. Con los Cameron, los MacDonald y todos los demás, el ejército jacobita apenas llegaba a los dos mil hombres, en su mayoría andrajosos con los que nunca habría contado un general. Sin embargo, aquellos andrajosos habían tomado la ciudad de Edimburgo, venciendo a una fuerza inglesa muy superior en Preston, y parecían dispuestos a seguir arrasando la campiña.

No habíamos podido detener a Carlos; quizá, como había dicho Jamie, la única manera de evitar la calamidad era hacer todo lo posible por ayudarlo. Otro importante jefe de clan entre los partidarios sería decisivo para que otros se nos unieran. Podría llegarse a hacer de las fuerzas jacobitas un verdadero ejército, capaz de llevar a cabo la invasión de Inglaterra. Y si así fuera, ¿qué

sucedería?

Suspiré. No podía tomar una decisión hasta haber visto a aquel misterioso personaje. Miré mi vestido para asegurarme de que fuera adecuado para entrevistarme con jefes de clanes y me levanté, poniéndome el botiquín bajo el brazo.

—Lo intentaré, alteza —dije.

Las manos apretadas se abrieron, mostrando las uñas comidas.

—Ah, bien —dijo—. Venid. Os llevaré yo mismo.

El guardia dio un salto, sorprendido al ver que Carlos abría la puerta y entraba sin siquiera mirarlo. En un extremo de la habitación había una chimenea de mármol. De pie al lado del fuego, había un hombre alto, de hombros anchos, con atavío escocés.

Me detuve en seco al ver al visitante. Carlos había seguido su camino, y miró hacia atrás con impaciencia, instándome a unirme a él delante del fuego. Saludé con un ademán al hombre, caminé lentamente alrededor del sofá y bajé la mirada al hombre que yacía en él.

Sonrió levemente al verme y los ojos grises se encendieron con una chispa de ironía.

—Si —dijo, en respuesta a mi expresión—. Yo tampoco esperaba volver a verte. Se diría que se ha interpuesto el destino. —Volvió la cabeza y alzó una mano hacia su enorme sirviente.

—Angus, ¿quieres traer una copa de coñac para la señora Claire? Puede que el verme tan de repente la haya descompuesto.

«Eso —pensé—, era decirlo de una manera suave». Caí sobre una silla y acepté la copa que Angus Mhor me extendía.

Los ojos de Colum MacKenzie no habían cambiado, ni tampoco su voz. Contenían la esencia del hombre que durante treinta años había dirigido el clan MacKenzie, a pesar de la enfermedad que lo había dejado lisiado en la adolescencia. Todo lo demás había empeorado: el pelo era gris y las arrugas de la cara se habían profundizado.

él ya tenía una copa medio llena de un líquido color ámbar. Se incorporó y alzó la copa a modo de saludo.

—Tienes muy buen aspecto... sobrina. —Por el rabillo del ojo vi que

Carlos se había quedado boquiabierto.

—Tú no —le dije con brusquedad.

Colum miro fijamente sus piernas arqueadas y torcidas. Cien años después llamarían a aquella enfermedad como su más famosa víctima: el síndrome de Toulouse-Lautrec.

—No —convino él, y miró a Carlos—. Pero claro, hace dos años que no nos vemos. En aquel entonces la señora Duncan estimó que viviría menos de dos años.

Bebí un trago de coñac. Uno de los mejores; realmente Carlos estaba ansioso por complacer.

—No creí que dieras tanta importancia a la maldición de una bruja —dije.

Una sonrisa torció los finos labios. Tenía la belleza de su hermano Dougal y cuando alzó el velo de indiferencia de sus ojos, el poder de su hombría superó los despojos de su cuerpo.

—A las maldiciones, no. Pero siempre tuve la impresión de que la ocupación de aquella señora era observar, no maldecir. Y nunca conocí a una observadora más aguda que Geillis Duncan... con una excepción. —Inclinó la cabeza en mi dirección.

—Gracias —dije.

Colum miró a Carlos, que escuchaba boquiabierto nuestra conversación.

—Os doy las gracias por la gentileza de permitirme usar vuestra residencia para mi encuentro con la señora Fraser, alteza —dijo con una reverencia. Las palabras eran corteses, pero el tono las transformaba en una tácita despedida. Carlos, que no estaba acostumbrado a que lo echaran, se puso rojo y abrió la boca. Luego, reponiéndose, la cerró, inclinó la cabeza y dio media vuelta.

—Tampoco necesitaremos al guardia —añadí. Carlos levantó los hombros y la nuca se le puso roja, pero hizo un gesto y el guardia lo siguió.

Colum echó una mirada de reprobación a la puerta y después concentró su atención en mí.

—Quería verte porque te debo una disculpa —me dijo, sin preámbulos.

Me recliné en la silla.

—¡Ah, una disculpa! —dije, con tanto sarcasmo como pude—. ¿Por tratar de quemarme por bruja? —Hice un gesto con la mano, como restándole

importancia al asunto—. No te preocupes por eso. —Lo fulminé con la mirada—. ¡Una disculpa!

Sonrió, en absoluto desconcertado.

—Supongo que resulta algo inadecuada —comenzó.

—¿Inadecuada? ¿Por hacerme arrestar y meterme en un calabozo de ladrones durante tres días, sin alimento ni agua? ¿Por exhibirme medio desnuda y azotarme ante todo el pueblo de Cranesmuir? ¿Por abandonarme a un paso de un barril de alquitrán y un manojo de ramas? —Me detuve y respiré profundamente—. Ya que lo mencionas —dije, un poco más tranquila— *inadecuada* es la palabra exacta.

La sonrisa se había esfumado.

—Pido disculpas por mi aparente ligereza —dijo con voz suave—. No era mi intención burlarme de ti.

Lo miré, pero no pude ver ni un rastro de ironía en los ojos de negras pestañas.

—No —dije—. Supongo que no. Ahora dirás que tampoco querías encarcelarme por brujería.

Los ojos grises me miraron con agudeza.

—¿Lo sabías?

—Geillis me lo dijo cuando estábamos en el calabozo. Me dijo que era de ella de quien te querías deshacer; que lo mío era un accidente.

—Así fue. Si hubieras estado en el castillo, habría podido protegerte. ¿Por qué fuiste al pueblo?

—Me dijeron que Geillis Duncan estaba enferma y que pedía mi ayuda —respondí.

—Ah. ¿Y quién te lo dijo, si puedo preguntar?

—Laoghaire.

No pude reprimir la ira al pronunciar el nombre de la muchacha. Por celos, por haberme casado con Jamie, había tratado de matarme deliberadamente. Demasiada malicia para una muchacha de dieciséis años. Mezclada con la ira, sentía cierta satisfacción: «él es mío —pensé—. Mío. Nunca me lo quitarás. Nunca».

—Ah —repitió Colum—. Eso pensé que había pasado. Dime —continuó— si una mera disculpa te parece inadecuada, ¿aceptarías la venganza?

—¿Venganza? —Debí parecerle sorprendida ante la idea, pues sonrió, aunque sin ganas.

—Sí. La muchacha se casó hace seis meses con Hugh MacKenzie de Muldaur, uno de mis empleados. Éste hará con ella lo que yo le diga, y tú quieres que la castiguen. ¿Qué quieres que haga con ella?

Pestañeé, sorprendida ante la oferta. No parecía tener prisa por una respuesta. Permaneció sentado. No me estaba observando, pero me levanté y me alejé; quería estar sola un momento. Fui hasta la ventana y pensé en el calabozo.

Pasé el primer día en medio del frío y la suciedad, atónita e incrédula; el segundo en un estado miserable, cada vez más temerosa al descubrir hasta dónde llegaba la traición de Geillis Duncan y las medidas que Colum había tomado contra ella. Y el tercer día me llevaron al juicio. Allí, bajo las nubes de un cielo otoñal, sufrí vergüenza y terror y sentí las garras de Colum cerrándose sobre mí por una palabra dicha por Laoghaire.

Laoghaire. Rubia y de ojos azules, con una carita redonda y bonita, pero nada que la distinguiera de las demás muchachas de Leoch. Había pensado en ella durante mi permanencia en el foso con Geillis Duncan; había tenido tiempo de pensar en muchas cosas. Sin embargo, no podía considerarla una persona malvada.

—¡Sólo tenía dieciséis años, por el amor de Dios!

—Edad suficiente para casarse —dijo una voz a mis espaldas; me di cuenta de que había hablado en voz alta.

—Sí, ella amaba a Jamie —dije, volviéndome. Colum continuaba en el sofá, con las gruesas piernas cubiertas con una manta. Angus Mhor estaba detrás de él con la mirada fija en su amo—. O creía amarlo.

Después de todo, quizás había sido injusta con Laoghaire al suponer que sus sentimientos tenían menos valor que los míos. Nunca sabría si la había impulsado el despecho o una verdadera pasión. En cualquier caso, había fracasado. Yo había sobrevivido y Jamie era mío. Mientras lo observaba, Colum se alzó la falda y se rascó el trasero. Sonreí y regresé a mi silla.

—Aceptaré tus disculpas —dije.

Asintió, los ojos grises pensativos.

—Entonces ¿crees en la piedad?

—Más bien en la justicia. Pero no me dirás que has viajado desde Leoch a Edimburgo nada más que para disculparte conmigo. Debe de haber sido un viaje infernal.

—Sí, así fue —dijo Angus Mhor.

—No —continuó Colum—. No supe que estabas en Edimburgo hasta que su alteza mencionó a Jamie Fraser, y yo se lo pregunté. —Una sonrisa repentina apareció en su rostro—. El príncipe no te aprecia mucho, Claire. Supongo que ya lo sabes.

Hice caso omiso de su comentario.

—¿De modo que piensas unirte al príncipe?

Tanto Colum como Dougal o Jamie podían ocultar sus pensamientos cuando querían, pero de los tres, Colum era el que mejor lo hacía.

—He venido a verlo —fue lo único que dijo.

Permanecí en silencio un rato, preguntándome qué podía, o debía decir a favor de Carlos. Tal vez sería mejor que dejara el asunto en manos de Jamie. Después de todo, el hecho de que Colum se arrepintiera por haberme casi matado por accidente no significaba que confiara en mí. Y a pesar de que mi permanencia en el castillo, como parte del entorno de Carlos, sin duda descartaba que yo fuera una espía inglesa, no era imposible que no lo fuera.

Todavía estaba debatiendo conmigo misma cuando Colum apartó su copa y me miró fijamente.

—¿Sabes cuánto coñac he tomado desde esta mañana?

—No.

—Media botella. La habré terminado para la noche.

—Ah. —Por eso querían que llevara el botiquín.

—Si necesitas tanto coñac, lo único que puede ayudarte es algún derivado del opio —dije—. Me parece que tengo un poco de láudano, pero puedo conseguirte un poco de...

—No es eso lo que necesito de ti. Me imagino que habrá algún boticario en la ciudad que lo vende... o jarabe de amapola, u opio puro, para ser precisos.

Dejé caer la tapa del pequeño botiquín y apoyé las manos encima de él. Así que no quería consumirse en un estado de adormecimiento, dejando en la incertidumbre el liderazgo del clan. Y si no era un calmante lo que yo podía

ofrecerle, entonces ¿qué? ¿Algo definitivo? Conocía a Colum MacKenzie. La mente fría y calculadora que había planeado la muerte de Geillis Duncan no vacilaría en la suya propia.

Así que eso era. Colum había ido a ver a Carlos Estuardo para decidir si uniría a los MacKenzie de Leoch a la causa jacobita. Si lo hacía, sería Dougal quien dirigiera el clan. Y entonces...

—Creía que el suicidio era un pecado mortal —le dije.

—Imagino que sí —dijo, sin inmutarse—. O al menos un pecado de orgullo. Aunque no espero sufrir por mi pecado, pues dejé de dar crédito a la existencia de Dios a los diecinueve años.

El cuarto estaba en silencio. Sólo se oía el crepitar del fuego y los gritos ahogados de la batalla ficticia. Podía oír la respiración de Colum, lenta y constante.

—¿Por qué acudes a mí? Tienes razón, puedes conseguir láudano donde quieras. Sabes que una cantidad suficiente te mataría. Y es una muerte fácil.

—Demasiado fácil. —Sacudió la cabeza—. En la vida tuve muy pocas cosas de las cuales depender, salvo la cordura. Y quiero conservarla hasta para morir. En cuanto a la facilidad... Ya tendré suficiente. —Señaló mi botiquín—. Compartías con la señora Duncan el conocimiento de las medicinas. Pensé que quizá sabías qué utilizó ella para matar a su marido. Me pareció un método rápido y seguro... Y adecuado —añadió.

—Utilizó la brujería, según el veredicto del tribunal. —«El tribunal que la condenó a muerte, según tu plan», pensé—. ¿O acaso no crees en la brujería? —pregunté.

Colum se echó a reír.

—Un hombre que no cree en Dios tampoco puede dar crédito a Satanás, ¿no?

Vacilé, aunque Colum era un hombre que juzgaba a los demás con tanta agudeza como se juzgaba a sí mismo. Me había pedido perdón antes de pedirme un favor, y se había convencido de que yo creía en la justicia... o en la piedad. Abrí el botiquín y saqué una botellita de cianuro.

—Te lo agradezco, Claire —dijo—. Aunque mi sobrino no hubiera demostrado tu inocencia en Cranesmuir, no creería que eres una bruja. No sé más de lo que sabía de ti cuando nos conocimos, ni quién eres, ni por qué

estás aquí, pero que seas bruja nunca fue una de las posibilidades. —Hizo una pausa—. Supongo que no estás dispuesta a decirme quién (o qué) eres.

Vacilé un instante. Pero un hombre que no creía en Dios ni en el diablo, tampoco iba a creer la verdad de mi presencia allí. Apreté sus dedos suavemente y los solté.

—Es mejor que creas que soy una bruja —le dije.

A la mañana siguiente, camino del patio, me crucé con lord Balmerino en las escaleras.

—¡Ah, señora Fraser! —me saludó alegremente—. ¡Justo a quien buscaba!

Le sonreí; era un hombre regordete y alegre, uno de los personajes más agradables de Holyrood.

—Si no es fiebre, flujo ni viruela —dije—, ¿podéis esperar un momento? Mi esposo y su tío están ofreciendo una demostración de esgrima escocesa para don Francisco de la Quintana.

—Oh, ¿de veras? Yo también quiero verla. —Balmerino se puso a caminar a mi lado—. Me gusta ver a un hombre con una espada —dijo—. Y cualquier cosa que guste a los españoles tiene mi más decidida aprobación.

—La mía también. —Considerando que era demasiado arriesgado que Fergus robara la correspondencia del príncipe en Holyrood, Jamie dependía de la información que el mismo Carlos le proporcionaba. Sin embargo, dicha información era abundante; Carlos consideraba a Jamie un amigo íntimo; en realidad era el único jefe escocés que gozaba de tal favor, pese a su escasa contribución en hombres y dinero.

Sin embargo, en lo que a dinero, se refería, Carlos le confió que tenía grandes esperanzas de obtener apoyo financiero de Felipe de España, cuya última carta a Jacobo en Roma había sido claramente alentadora. Don Francisco, aunque no era un enviado, era miembro de la corte española y podía confiarse en que llevaría un informe favorable.

—¿Para qué queríais verme? —pregunté. Un grupo de espectadores se estaba reuniendo, pero todavía no se veía a don Francisco ni a los dos luchadores.

—¡Ah! —Lord Balmerino buscó en su chaqueta—. Nada de gran

importancia, mi querida señora. Recibí esto de uno de mis mensajeros, que lo obtuvo de un pariente en el sur. Pensé que os resultarían divertidos.

Me entregó un puñado de papeles mal impresos. Los reconocí como edictos, las circulares populares que se distribuían en las tabernas o que volaban de puerta en puerta por los pueblos y aldeas.

*CARLOS EDUARDO ESTUARDO, conocido por todos como El Joven Pretendiente —decía uno—. Que todos los presentes sepan que este personaje depravado y peligroso, habiendo desembarcado ilegalmente en las costas de Escocia, ha incitado a amotinarse a la población de ese país, y ha desatado sobre los inocentes ciudadanos la furia de una guerra injusta.*

Había mucho más en el mismo estilo, y concluía con una exhortación a los ciudadanos que leyeran el edicto, «a hacer todo lo que se encuentre en vuestro poder para entregar a este personaje a la justicia».

La hoja estaba decorada en la parte superior con lo que supuse sería un retrato de Carlos; no se parecía mucho al original, pero sin duda tenía aspecto de depravado y peligroso, que supuse sería la intención principal.

—Ése es bastante moderado —dijo Balmerino—. Algunos de los otros muestran una gran capacidad de vituperio. Ése soy yo —dijo, señalando el papel con evidente placer.

El edicto mostraba a un escocés enjuto de gruesas patillas, con cejas prominentes. Miré de reojo a lord Balmerino, ataviado con calzas y chaqueta del mejor material, pero de confección y colores discretos, para que se adaptaran a su silueta pequeña y rechoncha. Observó el edicto, acariciándose las mejillas redondas.

—No sé —dijo—. Las patillas me dan un aire aventurero, ¿no os parece? Sin embargo, la barba produce un terrible escozor; no estoy seguro de poder llevarla, ni siquiera para estar más guapo.

Miré el siguiente y casi se me cayeron todos.

—Se esmeraron un poco más en el dibujo de vuestro esposo —observó Balmerino— pero por supuesto nuestro querido Jamie se parece mucho al concepto que los ingleses tienen de un malhechor escocés... sin ánimo de

ofenderos, querida señora. Pero es enorme, ¿no es cierto?

—Sí —respondí débilmente, mientras leía el edicto.

—No sabía que vuestro esposo tuviera por costumbre cocinar niños y comérselos —dijo Balmerino, riéndose—. Aunque siempre sospeché que su estatura se debía a algo especial en su dieta.

La actitud irreverente del hombrecillo me tranquilizó. A mí también me hacían gracia las ridículas acusaciones y descripciones de los edictos, aunque me preguntaba cuánta credibilidad les darían quienes los leyeran. Mucha, me temía; la gente siempre está dispuesta a creer lo peor...

—Pensé que os interesaría leer el último.

«LA BRUJA DE LOS ESTUARDO», proclamaba el título. Una mujer de nariz larga y grandes pupilas asomaba sobre un texto que acusaba a Carlos Estuardo de invocar «los poderes de la oscuridad» en apoyo de su causa ilegítima. Contar en su entorno con una bruja famosa (que tenía el poder de la vida y de la muerte sobre los hombres, así como el poder más común de malograr las cosechas, envenenar ganado y causar ceguera) hacía evidente que Carlos había vendido su alma al diablo, y por lo tanto «¡ardería por siempre en el infierno!», como finalizaba el edicto.

—Supongo que sois vos —dijo Balmerino—. Aunque os aseguro que el dibujo no os hace justicia.

—Muy divertido —dije. Le devolví los edictos. Me sentía algo indispuesta, pero hice lo posible por sonreír. Balmerino me miró y después me cogió el codo y le dio un apretón.

—No os preocupéis, querida —me dijo—. Una vez que su majestad haya recuperado el trono, todas estas tonterías serán olvidadas. El villano de ayer es el héroe de mañana a los ojos del populacho; lo he visto una y otra vez.

—*Plus ça change, plus c'est la même chose* —murmuré. Y si su majestad el rey Jacobo no llegaba a recuperar el trono...

—Y si por desgracia nuestros esfuerzos resultaran inútiles —dijo Balmerino— lo que digan los edictos será el menor de nuestros problemas.

—*En garde.* —Con la apertura francesa formal, Dougal adoptó la postura clásica de espadachín. La espada de Jamie chocó con la de Dougal.

—*Je suis prest.* —Jamie me miró de reojo, y pude ver que sonreía. La

acostumbrada respuesta del espadachín era el lema de su clan: *Je suis prest*: «Estoy listo».

Por un momento pensé que tal vez no lo estaba y solté un bufido cuando Dougal dio una estocada. Pero Jamie había visto el movimiento y, cuando la espada llegó a su sitio, él ya no estaba allí.

Se echó a un lado con un rápido chocar de hojas y arremetió. Las dos espadas se mantuvieron unidas por el mango durante un segundo; después los espadachines se separaron, dieron un paso atrás y volvieron al ataque.

Con un golpe y un batir de hojas, un quiebro y un choque en *terce*, Jamie se acercó a escasos centímetros de la cadera de Dougal que se echó a un lado con un revuelo de faldas. Otro quiebro y un rápido golpe hacia arriba que hizo a un lado la hoja del oponente y Dougal dio un paso adelante, obligando a Jamie a retroceder.

Pude ver a don Francisco de pie al otro lado del patio, con Carlos, Sheridan, Tullibardine y algunos otros. Una leve sonrisa curvaba los labios del español bajo el bigote engominado, pero no supe deducir si se debía a la admiración por los espadachines o se trataba de una variación de su expresión arrogante. Colum no estaba. No me sorprendió; aparte de que no le gustaba aparecer en público, debía de estar exhausto por el viaje a Edimburgo.

Tanto tío como sobrino eran espadachines consumados, y ambos zurdos. Los dos empuñaban espadones escoceses: un metro de acero templado, con un filo capaz de partir a un hombre. Blandían las armas con una gracia de la que no hubieran sido capaces hombres más pequeños.

Vi que Carlos murmuraba algo al oído de don Francisco y el español asentía, sin apartar los ojos de la lid. Muy parecidos en tamaño y agilidad, Jamie y su tío aparentaban querer matarse el uno al otro. Dougal había sido maestro de esgrima de Jamie y habían peleado juntos muchas veces; ambos conocían las sutilezas del estilo del otro tanto como las propias... o por lo menos eso esperaba yo.

Dougal presionó con una doble arremetida, obligando a Jamie a retroceder hacia el borde del patio. Jamie dio un paso hacia un lado, paró la espada de Dougal con un golpe, después golpeó desde el otro lado con tal velocidad que el filo del espadón desgarró la camisa de Dougal. Se oyó un fuerte rasgido y un jirón de lino blanco quedó colgando.

—¡Oh, muy bien, señor! —Me volví a ver quién había hablado y vi a lord Kilmarnock junto a mí. Era un hombre serio y feo de unos treinta años. Él y su pequeño hijo Johnny eran huéspedes de Holyrood.

El hijo rara vez se separaba de su padre y lo busqué con la mirada. No tuve que buscar mucho; estaba al otro lado de su padre. Al otro lado de la columna vi a Fergus, con los ojos negros fijos en Johnny.

Johnny se envanecía de ser heredero de Kilmarnock y de ir a la guerra con su padre a los doce años; tenía la costumbre de jactarse ante los demás muchachos, que lo evitaban, o bien esperaban a que saliera de la sombra protectora de su padre.

Sin duda, Fergus pertenecía a este último grupo. Resentido por un comentario de Johnny con respecto a los «terratenientes de gorra», que había interpretado; como un insulto a Jamie, Fergus había sido obligado a desistir de atacar a Johnny unos días atrás. Jamie le había dado una paliza y le había señalado que la lealtad era una virtud admirable, pero la estupidez no.

—El muchacho es dos años mayor que tú, y bastante más robusto —le dijo—. ¿Crees que me ayudarás haciendo que te rompan la cabeza? Hay veces en que debes luchar sin reparar en las consecuencias, pero otras en que hay que morderse la lengua y esperar la oportunidad. *Ne pétez plus haut que votre cul*, ¿eh?

Fergus asintió, enjugándose las lágrimas con el borde de la camisa, pero yo no creía que las palabras de Jamie le hubieran causado mucha impresión. No me gustaba cómo lo estaba mirando. Pensé que, si Johnny fuera un poco más inteligente, se habría puesto entre su padre y yo.

Jamie se inclinó a medias sobre una rodilla y dio un golpe hacia arriba que pasó a milímetros de la oreja de Dougal. MacKenzie retrocedió sorprendido, y después sonrió y golpeó el espadón de canto sobre la cabeza de Jamie, con un resonante *clong*.

Oí los aplausos desde el otro lado del patio. La lucha estaba degenerando de un elegante duelo al estilo francés a una riña escocesa, y los espectadores disfrutaban con la broma.

Lord Kilmarnock miró al otro lado del patio y sonrió.

—Su alteza está convocando a sus consejeros para conocer al español —observó—. O’Sullivan, y ese viejo mequetrefe Tullibardine. ¿Y por qué no

acepta consejos de lord Elcho? ¿O de Balmerino, de Lochiel... incluso de mi humilde persona?

Sin duda se trataba de una pregunta retórica; respondí con un murmullo, sin apartar la mirada de los espadachines. El choque de los espadaones casi ahogó las palabras de Kilmarnock. Sin embargo, una vez que empezó no pudo contener su amargura.

—¡No, claro que no! O’Sullivan, O’Brien y el resto de los irlandeses; ¡no arriesgan nada! Si llegara a suceder lo peor, podrían invocar la inmunidad debido a su nacionalidad. Pero a nosotros, que arriesgamos nuestros bienes, el honor, ¡la vida!, se nos trata como a vulgares soldados. ¡Ayer le dije buenos días a su alteza, y levantó la nariz como si hubiese violado alguna regla de etiqueta!

Era evidente que Kilmarnock estaba furioso, y con razón. Carlos los había convencido de que le proveyeran de los hombres y el dinero necesarios para su aventura, y después se volcaba en sus antiguos consejeros del continente, que consideraban Escocia una tierra desierta y a sus habitantes, poco menos que salvajes.

Se oyó un grito de sorpresa de Dougal y una risotada de Jamie. La manga izquierda de Dougal le colgaba del hombro, dejando ver la piel marrón y suave sin un rasguño.

—Pagarás por esto, pequeño Jamie —dijo Dougal, sonriendo. Por el rostro le corrían gotas de sudor.

—¿Sí, tío? —preguntó Jamie, jadeando—. ¿Con qué? —Un preciso golpe del espadón y el morral de Dougal voló por los aires.

Percibí un movimiento con el rabillo del ojo y giré la cabeza con brusquedad.

—¡Fergus! —exclamé.

Kilmarnock miró en la dirección que yo miraba y vio a Fergus. El niño llevaba un largo palo en la mano con tal indiferencia que resultaba cómica.

—No os preocupéis, milady Broch Tuarach —dijo lord Kilmarnock—. Mi hijo sabrá defenderse llegada la ocasión. —Sonrió con indulgencia a Johnny y volvió a mirar a los espadachines. Yo también me giré, pero mantuve un oído alerta en la dirección de Johnny. No es que creyera que Fergus carecía de sentido del honor; pero tenía la impresión de que difería

completamente de la noción de lord Kilmarnock.

—*Gu leoir!* —Ante el grito de Dougal, la lucha terminó. Sudando profusamente, los dos espadachines se inclinaron y se adelantaron un paso para aceptar las felicitaciones y ser presentados a don Francisco.

—¡Milord! —gritó una voz aguda—. ¡Por favor, *le parabola!*

Jamie se volvió, con el entrecejo fruncido ante la interrupción, pero después se encogió de hombros, sonrió y volvió al centro del patio. *Le parabola* era el nombre que Fergus había dado a aquel truco.

Con una rápida reverencia a su alteza, Jamie cogió el espadón por la punta, se agachó un poco y lo arrojó al aire dando vueltas. Todas las miradas se fijaron en la espada. Toda su longitud brillaba al sol mientras daba varias vueltas con tal inercia que pareció detenerse en el aire antes de caer hacia abajo.

El truco consistía en arrojar el arma de manera que se enterrara de punta al caer en la tierra. Jamie se paraba justo debajo del arco de descenso, y daba un paso atrás en el último momento.

La espada se clavó a los pies de Jamie, con el acompañamiento de un «¡ah!» de todos los espectadores. Cuando Jamie se inclinó para sacar la espada de la hierba, me di cuenta de que en las filas de espectadores había dos menos.

Uno de ellos, el amo de doce años de Kilmarnock, yacía boca abajo en el suelo. El chichón de la cabeza empezaba a asomar a través del pelo castaño y fino. El segundo había desaparecido; sin embargo, oí un leve murmullo a mis espaldas.

—*Ne pétez plus haut que votre cul* —decía, satisfecho. No pedorrees por encima de tu trasero.

El tiempo era inusualmente cálido para noviembre, y las nubes se habían dispersado. Aproveché el calor para estar al aire libre, aunque fuera por poco tiempo, y me puse a gatear por los jardines de Holyrood, para diversión de varios escoceses que paseaban por allí, disfrutando del sol con una jarra de *whisky* casero.

—¿Qué estáis buscando, señora? —dijo uno.

—Seguramente duendes, no orugas —bromeó otro.

—Es más probable que encontréis duendes en esa jarra que yo las piedras —respondí.

El hombre alzó la jarra, cerró un ojo y escudriñó teatralmente en sus profundidades.

—Bueno, mientras no haya orugas en mi jarra —contestó, y dio un enorme sorbo.

De hecho, lo que yo buscaba les iba a resultar tan significativo como las orugas, pensé mientras levantaba una roca. Delicadamente la raspé con un pequeño cortaplumas y varias escamas de líquen cayeron en la palma de mi mano, de allí fueron a la cajita de rapé que contenía mi botín.

Algo de la actitud relativamente cosmopolita de Edimburgo se les había pegado a los escoceses visitantes; mientras que en las aldeas montañosas más remotas me habrían mirado con recelo, por no decir con hostilidad, allí mi conducta resultaba una rareza inofensiva. Aunque los escoceses me trataban con mucho respeto, me alivió saber que no me tenían miedo.

Hasta me habían perdonado el hecho de ser inglesa una vez supieron quién era mi marido. Supuse que nunca iba a saber más de lo que Jamie me había contado sobre sus hazañas en la batalla de Prestonpans, pero fuera lo que fuese, había impresionado mucho a los escoceses. Jamie el Rojo era vitoreado cada vez que salía de Holyrood.

Precisamente en aquel momento un grito me hizo levantar la mirada para ver al mismísimo Jamie paseando por el jardín como si buscara algo.

Su rostro se iluminó al verme. Cruzó el césped hasta donde me encontraba, arrodillada en medio de las rocas.

—Aquí estás —dijo—. ¿Puedes venir conmigo un rato? Y trae tu canastita, por favor.

Me puse de pie, quitándome la hierba seca del vestido, y dejé caer el cortaplumas en la cesta.

—De acuerdo. ¿Adónde vamos?

—Colum quiere hablar con nosotros dos.

—¿Dónde? —pregunté.

—En la iglesia de Canongate.

«Qué interesante». Fuera lo que fuese lo que Colum quería decirnos, era evidente que no deseaba que en Holyrood se supiera que había hablado con

nosotros en privado.

Tampoco Jamie; por eso la canasta. Atravesando del brazo el portal del Castillo de la Milla Real, mi canasta daba una excusa para alejarnos, ya fuera para ir de compras o distribuir medicinas entre los hombres acampados en las afueras de Edimburgo.

La calle principal de Edimburgo iba cuesta arriba. Holyrood estaba al pie de la cuesta y la bóveda de su abadía le daba cierto aire de seguridad. Con soberbia hacía caso omiso del imponente castillo de Edimburgo, en lo alto de la colina rocosa. La Milla Real se alzaba entre los dos castillos. Jadeando por el esfuerzo, me pregunté cómo diablos había hecho Colum MacKenzie para sortear la pendiente que mediaba entre el palacio y la iglesia.

Encontramos a Colum en el cementerio, sentado en un banco de piedra. Su bastón estaba junto a él y sus piernas cortas y torcidas colgaban cerca del suelo. A cierta distancia parecía un duende, un habitante natural de aquel jardín.

Aunque no hicimos ruido al acercarnos, Colum levantó la cabeza cuando todavía estábamos a cierta distancia. Al menos sus sentidos funcionaban a la perfección.

La sombra que había bajo un tilo cercano se movió cuando nos acercamos. También los sentidos de Angus Mhor funcionaban a la perfección. Satisfecho de nuestra identidad, el sirviente reanudó su silenciosa guardia, transformándose otra vez en parte del paisaje.

Colum nos señaló el banco. De cerca no parecía un duende, pese a su cuerpo contrahecho.

Jamie me encontró un asiento en una piedra cercana antes de sentarse junto a Colum. La piedra estaba fría y me moví un poco; la calavera y los huesos cruzados que estaban tallados en la piedra resultaban bastante incómodos. Vi el epitafio tallado más abajo y sonreí:

*Aquí yace Martin Elginbrod,  
ten piedad de mi alma, Señor Dios,  
como haría yo si fuera el Señor Dios,  
y tú fueras Martin Elginbrod.*

Jamie enarcó una ceja y se volvió hacia Colum.

—¿Querías vernos, tío?

—Quiero hacerte una pregunta, Jamie Fraser —dijo Colum—. ¿Me consideras tu pariente?

Jamie estudió en silencio el rostro de su tío. Después sonrió débilmente.

—Tienes los ojos de mi madre —dijo—. ¿Acaso puedo negarlo?

Colum pareció sorprenderse. Sus ojos eran grises. Pese a su belleza, podían ser tan fríos como el acero y me pregunté, no por primera vez, cómo habría sido la madre de Jamie.

—¿Recuerdas a tu madre? Eras sólo un niño cuando murió.

La boca de Jamie se torció un poco al oír esto, pero respondió con calma.

—Tenía la edad suficiente para recordarla. Además, la casa de mi padre tenía espejos; me dijeron que me parezco un poco a ella.

Colum se echó a reír.

—Más que un poco. —Miró de cerca a Jamie—. Ah sí, muchacho; eres el hijo de Ellen, no cabe duda. Ese pelo, para empezar... Y esa boca...

Jamie se echó a reír.

—Le escribí una carta —continuó— cuando tu hermano y el recién nacido murieron de viruela. Aquélla fue la primera vez desde que se fue de Leoch.

—Desde que se casó con mi padre, quieres decir.

Colum asintió lentamente, mirando en otra dirección.

—Sí. Ella era mayor que yo, sabes, uno o dos años; la misma diferencia que hay entre tu hermana y tú. —Los ojos oscuros se fijaron en Jamie.

—No he conocido a tu hermana. ¿Os lleváis bien?

Jamie no habló, sino que se limitó a asentir, estudiando a su tío minuciosamente, como si buscara la respuesta a un acertijo en el rostro curtido que tenía delante.

Colum asintió también.

—Así éramos Ellen y yo. Yo era un enfermo y ella me atendía siempre. Recuerdo cuando me contaba cuentos. Incluso después, cuando dejé de caminar; ella iba y venía por todo Leoch, y todas las mañanas y todas las noches se detenía en mi alcoba para contarme a quiénes había visto y qué

habían dicho. Hablábamos de los terratenientes y de los empleados, y cómo podían arreglarse las cosas. Después me casé, pero Letitia no tenía cabeza ni interés por estos asuntos. —Hizo un ademán, como descartando a su esposa.

—Hablábamos los dos (a veces con Dougal, a veces solos) de cuál era la mejor manera de asegurar el futuro del clan; cómo podía conservarse la paz entre las tribus, qué alianzas podían hacerse con otros clanes, cómo podían manejarse las tierras y la madera... y después ella se fue. Sin pedir permiso y sin despedirse. Se fue. Y de vez en cuando tenía noticias de ella por otras personas, pero de ella, nada.

—¿No respondió a tu carta? —pregunté. Colum sacudió la cabeza, todavía con la mirada baja.

—Estaba enferma; había perdido a su hijo y tenía viruela. Tal vez tenía la intención de escribir después; es tan fácil posponer las cosas. —Sonrió brevemente—. Pero en la Navidad siguiente ya había muerto.

Miró a los ojos a Jamie, quien mantuvo la mirada,

—Me sorprendí cuando tu padre me escribió para decirme que iba a llevarte con Dougal, y que deseaba que después fueras a Leoch para tu aprendizaje.

—Así se acordó cuando se casaron —respondió Jamie—. Que debía criarme con Dougal y después ir a vivir contigo un tiempo. —Las ramas secas de un alerce crujieron ante una ráfaga de viento; Jamie y Colum encorvaron los hombros por el repentino frío; la similitud del gesto destacó el parecido familiar.

Colum vio mi sonrisa al advertir el parecido y sonrió.

—Ah, sí —dijo a Jamie—. Pero los acuerdos valen tanto como los hombres que los hacen. Y entonces no conocía a tu padre.

Abrió la boca para seguir hablando, pero después pareció reconsiderar lo que estaba a punto de decir. El silencio del cementerio inundó el espacio creado por su conversación, llenando el vacío como si nunca se hubiera pronunciado palabra.

Finalmente, fue Jamie quien rompió el silencio una vez más.

—¿Qué pensabas de mi padre? —preguntó, y en su tono vislumbré la curiosidad de un niño que ha perdido a sus padres muy pronto, que busca pistas de la identidad de esas personas a las que sólo ha conocido como niño.

Comprendí su impulso; lo poco que sabía de mis padres provenía de las respuestas breves del tío Lamb a mis preguntas;

no era un hombre acostumbrado a analizar a las personas.

Pero Colum sí lo era.

—¿Cómo era, quieres decir? —Miró con detenimiento a su sobrino y soltó un gruñido.

—Mírate al espejo, muchacho —dijo con una media sonrisa—. Verás la cara de tu madre y los ojos de gato de tu padre. Pero en respuesta a tu pregunta —continuó— no me gustaba mucho tu padre (ni tampoco yo a él) pero era un hombre de honor. Sé que tú también lo eres, Jamie MacKenzie Fraser.

Jamie no cambió su expresión, pero hubo un imperceptible temblor en sus párpados; sólo alguien que lo conociera tanto como yo (o alguien tan observador como Colum) lo habría notado.

—Por eso, muchacho, quería hablar contigo. Debo decidir si los MacKenzie de Leoch deberán apoyar al rey Jacobo o al rey Geordie. —Sonrió con amargura—. Es un asunto feo, pero es una decisión que debo tomar.

—Dougal... —empezó a decir Jamie, pero su tío lo interrumpió con un movimiento de la mano.

—Sí, sé lo que piensa Dougal... en estos últimos dos años no he tenido descanso al respecto —dijo con impaciencia—. Pero soy yo quien representa a los MacKenzie de Leoch, y soy yo quien debe decidir. Dougal hará lo que yo diga. Quiero conocer tu consejo... por el bien del clan cuya sangre corre por tus venas.

Jamie miró hacia arriba.

—Estoy aquí, y mis hombres conmigo —dijo—. ¿No es evidente mi elección?

Colum volvió a cambiar de posición, con la cabeza inclinada hacia su sobrino atentamente, como si quisiera captar cualquier cambio en la voz o en la expresión que le diera una pista.

—¿Lo es? —preguntó—. Los hombres prestan lealtad por un sin fin de razones, muchacho, y pocas tienen relación con la que exponen. He hablado con Lochiel, Clanranald y Angus y Alex MacDonald de Scotus. ¿Crees que

todos ellos están aquí sólo porque creen que Jacobo Estuardo es su legítimo rey? Ahora quiero oír tu opinión, que digas la verdad, por el honor de tu padre.

Al ver que Jamie vacilaba, Colum continuó, observando a su sobrino con detenimiento.

—No lo pregunto por mí; si tienes ojos, te darás cuenta de que no es un asunto que me vaya a preocupar mucho tiempo. Pero por Hamish... tu primo, ¿recuerdas? Si es que va a haber un clan para él debo decidir lo correcto.

Dejó de hablar y permaneció quieto; su habitual cautela abandonó sus rasgos.

Jamie permaneció tan quieto como su tío. Yo conocía el dilema que lo preocupaba, aunque el rostro no reflejaba nada. Era el mismo dilema al que nos habíamos enfrentado antes, cuando elegimos ir con los hombres desde Lallybroch. La rebelión de Carlos estaba en la punta de un cuchillo; la alianza de un clan grande como el de los MacKenzie de Leoch podría alentar a otros a unirse al impetuoso Joven Pretendiente y hacerlo triunfar. Pero si fracasaba, el clan MacKenzie de Leoch podría ser aniquilado.

Por fin Jamie volvió la cabeza deliberadamente, mirándome con sus ojos azules. «Tú tienes opinión en esto —parecía decir su mirada—. ¿Qué hago?».

Pude sentir que Colum también me miraba. Antes que ver, sentí la pregunta en sus gruesas y oscuras cejas enarcadas. Pero lo que vi en mi imaginación fue al joven Hamish, un muchacho pelirrojo de diez años, tan parecido a Jamie como para ser su hijo en lugar de su primo. Y lo que sería la vida para él, y el resto de su clan, si los MacKenzie de Leoch caían con Carlos en Culloden. Los hombres de Lallybroch tenían a Jamie para salvarlos de la masacre final. Pero los hombres de Leoch, no. Y sin embargo, no podía ser yo quien tomara la decisión. Me encogí de hombros e incliné la cabeza. Jamie respiró profundamente y tomó una decisión.

—Vuelve a casa, a Leoch, tío —dijo—. Y mantén tus hombres allí.

Colum permaneció inmóvil un largo rato, mirándome fijamente. Por fin su boca se curvó hacia arriba, pero la expresión no llegó a ser una sonrisa.

—Casi le impedí a Ned Gowan que fuera a rescatarte de la hoguera —me dijo—. Supongo que me alegro de no haberlo hecho.

—Gracias —dije con un tono de voz tan serio como el suyo.

Colum suspiró, frotándose la nuca con una mano callosa, como si le pesara bajo el peso del liderazgo.

—Bien, pues. Veré a su alteza por la mañana y le comunicaré mi decisión. —La mano descendió y permaneció inerte sobre el banco de piedra, a mitad de camino entre él y su sobrino—. Te agradezco tu consejo, Jamie. —Vaciló, y añadió—: Y que Dios te acompañe.

Jamie se inclinó y apoyó la mano sobre la de Colum. Sonrió con la sonrisa dulce de su madre y dijo:

—Y a ti también, *mo caraidh*.

\* \* \*

La Milla Real bullía de gente ansiosa por aprovechar las breves horas de calor. Caminamos en silencio a través de la multitud. Por fin, Jamie sacudió la cabeza, murmurando algo en gaélico.

—Hiciste lo correcto —le dije—. Yo habría hecho lo mismo. Suceda lo que suceda, por lo menos los MacKenzie estarán a salvo.

—Sí, quizá. —Saludó a un oficial que pasaba—. Pero ¿y los MacDonald, los MacGillivray y todos los que han venido? ¿Serán destruidos ahora, cuando tal vez no lo serían si hubiera tenido las agallas de aconsejarle a Colum que se les uniera? —Sacudió la cabeza con preocupación—. Es imposible saberlo, ¿no es verdad, *Sassenach*?

—Sí —dije—. Imposible. Pero no podemos hacer nada al respecto, ¿no es así?

Me sonrió y apretó mi mano.

—No. Supongo que no. Ya está hecho y nada puede cambiarlo, así que no vale la pena preocuparse. Los MacKenzie permanecerán fuera.

El centinela de Holyrood era un MacDonald, uno de los hombres de Glengarry. Reconoció a Jamie e hizo una señal hacia el patio sin dejar de quitarse los piojos. El tiempo cálido ponía activos a los insectos y, al abandonar los nidos de la entrepierna y la axila, a menudo podía vérselos cruzando el peligroso terreno de la camisa o la capa.

Jamie le dijo algo en gaélico. El hombre se echó a reír, se quitó algo de la

camisa y se lo arrojó a Jamie, quien fingió atraparlo, miró el animal imaginario con ojo crítico y después, guiñándome un ojo, se lo puso en la boca.

—¿Cómo está vuestro hijo, lord Kilmarnock? —pregunté cortésmente cuando salimos a la pista de baile de la Gran Galería de Holyrood. No me importaba demasiado, pero pensé que tal vez era mejor sacar a colación el tema en un sitio donde no podía mostrar hostilidad abiertamente.

—Ah, bastante bien, señora Fraser —respondió Kilmarnock—. Un chichón en la cabeza no incomodará a un muchacho de su edad por mucho tiempo; aunque tal vez su orgullo tarde un poco más en curarse —añadió con un repentino toque de humor.

Le sonreí, aliviada.

—Entonces ¿no estáis enfadado?

Sacudió la cabeza, mirando hacia abajo para asegurarse de tener los pies alejados de mi falda.

—He procurado enseñarle a John las cosas que debe saber como heredero de Kilmarnock. Pero parece que fallé al enseñarle a ser humilde; tal vez vuestro sirviente haya tenido más éxito.

—Supongo que nunca lo habéis castigado a la vista de todos —dije abstraída.

—¿Cómo?

—Nada —dije, ruborizándome—. Mirad, ¿no es ése Lochiel? Creí que estaba enfermo.

La danza requería toda mi respiración y lord Kilmarnock no parecía inclinado a conversar, así que tuve tiempo de mirar a mi alrededor. Carlos no bailaba; aunque era un buen bailarín y las jóvenes de Edimburgo se peleaban por sus atenciones, aquella noche estaba concentrado por completo en atender a su huésped. Por la tarde había visto cómo metían en la cocina un pequeño barril con una marca portuguesa, y la copa que don Francisco sostenía en la mano izquierda parecía llenarse con el líquido color rubí como por arte de magia.

Nos cruzamos en el camino de Jamie, quien avanzaba con una de las señoritas Williams al son de la danza. Eran tres señoritas Williams que casi

no se distinguían entre sí: jóvenes, de pelo castaño, guapas, y todas «tan tremendamente interesadas, señor Fraser, en esta noble Causa». Me tenían harta, pero Jamie, que era todo paciencia, bailaba con todas ellas, una por una, y respondía a las mismas preguntas tontas una y otra vez.

—Pobrecitas, no tienen otra oportunidad de salir —explicaba—. Y su padre es un rico mercader, así que su alteza quiere alentar la simpatía de la familia.

La señorita Williams que lo acompañaba en aquel momento parecía subyugada, y me pregunté cuánto la estaría alentando Jamie. Después me distraje al ver a Balmerino bailando con la esposa de lord George Murray. Vi que los Murray intercambiaban miradas cariñosas cuando se cruzaban; el señor Murray también estaba bailando con otra de las señoritas Williams.

Colum, como no era de extrañar, no estaba en el baile. Me pregunté si habría tenido oportunidad de hablar con Carlos, pero supuse que no; Carlos parecía demasiado alegre y animado para haber recibido malas noticias.

A un lado de la Galería vi dos figuras robustas, casi idénticas. Eran John Simpson, jefe del gremio de fabricantes de espadas de Glasgow, y su hijo, también John Simpson. Habían llegado para presentar a su alteza uno de los magníficos espadones que los habían hecho famosos en toda Escocia. Evidentemente, habían sido invitados para demostrarle a don Francisco hasta dónde llegaba el apoyo que tenían los Estuardo.

Simpson padre era canoso, con algunos cabellos castaños, mientras que su hijo parecía una colina oscura con un borde de nieve; tenía canas en las sienes y en los pómulos. Cuando los miré, el padre dio un codazo al hijo e hizo un ademán con la cabeza hacia una de las hijas del mercader, que paseaba cerca de la pista de baile bajo la protección de su padre.

Simpson hijo miró a su padre con escepticismo, pero después se encogió de hombros, se acercó y ofreció su brazo con una reverencia a la tercera señorita Williams.

Observé divertida y fascinada cuando empezaron a bailar; Jamie conocía a los Simpson y me había contado que el hijo era sordo por completo.

—De tanto martillar en la fragua, supongo —me había dicho, al mostrarme con orgullo la hermosa espada que había comprado a los artesanos—. Es sordo como una tapia; el padre es el que habla y el hijo lo ve todo.

El joven Simpson era un poco lento de reflejos, pero mantenía el ritmo bastante bien... por lo menos tan bien como yo. Cerré los ojos y percibí la vibración de la música a través del suelo de madera; supuse que era eso lo que lo guiaba. Después, al abrir para no tropezar con todo el mundo, vi que el joven hacía una mueca ante una mala nota de los violines. Quizá podía oír algunos sonidos, después de todo.

Los pasos de baile nos acercaron adonde estaban Carlos y don Francisco, junto a la enorme chimenea. Ante mi sorpresa, Carlos me miró con severidad por encima del hombro de don Francisco, instándome a que me alejara con un movimiento subrepticio de la mano. Al verlo, Kilmarnock se echó a reír.

—¡Parece que su alteza tiene miedo de presentaros al español! —dijo.

—¿De veras? —Volví a mirar por encima de mi hombro, pero Carlos había vuelto a su conversación, gesticulando mientras hablaba.

—Creo que sí. —Lord Kilmarnock era un buen bailarín, y yo estaba empezando a relajarme lo suficiente para poder hablar.

—¿Habéis visto ese estúpido edicto que Balmerino ha enseñado a todo el mundo? —preguntó; asentí y continuó—. Me imagino que su alteza también lo habrá visto. Los españoles son bastante supersticiosos con ese tipo de idioteces. Ninguna persona inteligente ni de buena crianza podría tomarse en serio algo semejante —me aseguró— pero sin duda su alteza cree que es mejor asegurarse. El oro español justifica cualquier sacrificio, después de todo —añadió. Incluyendo el sacrificio de su propio orgullo; Carlos todavía trataba a los condes escoceses y a los jefes de clanes como mendigos en su mesa; al menos habían sido invitados a las festividades de aquella noche, aunque sólo fuera para impresionar a don Francisco.

—¿Habéis visto los cuadros? —pregunté, deseosa por cambiar de tema. Había más de cien en las paredes de la Gran Galería, todos retratos de reyes y reinas de gran similitud.

—¿Ah, la nariz? —dijo, reemplazando la expresión amarga que había inundado su rostro al ver a Carlos y al español con una sonrisa divertida—. Sí, por supuesto. ¿Conocéis la historia?

Al parecer los retratos eran obra de un solo pintor, un tal Jacob DeWitt, que había sido contratado por Carlos II en el momento de la restauración, para realizar retratos de todos los antepasados del rey, desde Roberto I en

adelante.

—Para que todo el mundo quedara convencido de la antigüedad de su linaje, y de que su restauración era absolutamente justa —explicó Kilmarnock, con una mueca irónica—. Me pregunto si el rey Jacobo llevará a cabo algún proyecto similar cuando recupere el trono.

A fin de cumplir con las exigencias del monarca, DeWitt se había dedicado a pintar un retrato cada dos semanas. La dificultad, claro está, fue que DeWitt no tenía modo de saber cómo eran los antepasados de Carlos, así que había usado como modelos a cualquiera que pudiera arrastrar hasta su estudio, y se limitó a equipar a cada retrato con la misma nariz prominente para asegurarse el parecido familiar.

—Ése es el rey Carlos —dijo Kilmarnock, señalando un retrato de cuerpo entero. Echó un vistazo crítico a su descendiente, Carlos, cuyo rostro mostraba que había bebido tanto como su huésped.

—De todos modos tiene una nariz más bonita —murmuró el conde, como para sí—. Su madre era polaca.

Se estaba haciendo tarde y las velas de los candelabros de plata empezaron a vacilar y apagarse antes de que la gente de Edimburgo quedara satisfecha de vino y danza. Don Francisco, que posiblemente no estaba acostumbrado a la bebida como Carlos, cabeceaba.

Jamie, después de haber devuelto la última de las señoritas Williams a su padre con un suspiro de alivio, fue a acompañarme. Me había quitado los zapatos y esperaba no tener que ponérmelos a toda prisa.

Jamie se sentó a mi lado enjugándose la frente y señaló una mesita donde había algunos pasteles.

—Tengo hambre —dijo—. El baile me da un terrible apetito, y la conversación mucho más. —Se puso un pastel entero en la boca, lo masticó un poco y se estiró para coger otro.

Vi que el príncipe Carlos se inclinaba sobre el huésped de honor y lo sacudía por el hombro sin éxito. La cabeza del enviado español estaba caída hacia atrás y la boca abierta bajo el bigote. Su alteza se levantó tambaleándose, y miró a su alrededor buscando ayuda, pero Sheridan y Tullibardine, ambos ancianos, dormían en medio de encajes y terciopelos, apoyados uno sobre otro como un par de viejos borrachines de pueblo.

—¿Por qué no vas a echarle una mano a su alteza? —sugerí.

Resignado, Jamie tragó el resto del pastel, pero antes de que pudiera levantarse vi que Simpson hijo había reparado en la situación y daba un codazo en las costillas a su padre.

Éste avanzó y se inclinó ante el príncipe Carlos. Antes de que el príncipe pudiera responder, los artesanos cogieron al enviado español por muñecas y tobillos, lo alzaron de su asiento y se lo llevaron.

Esta partida indicó el final del baile.

Los demás invitados empezaron a relajarse y a moverse de un lado a otro. Las damas desaparecieron en la antesala para recoger mantones y capas; los caballeros se quedaron esperando con impaciencia en grupos pequeños, intercambiando quejas acerca del tiempo que tardaban las mujeres en prepararse.

Como dormíamos en Holyrood, nos fuimos por la otra puerta. En la escalera nos encontramos con Angus Mhor.

—Mi amo está muerto —dijo.

—Su alteza ha dicho —me informó Jamie— que quizá fue para bien. —Hablabla con amargo sarcasmo.

—Debido a Dougal —añadió, al ver mi sorpresa—. Dougal siempre ha estado dispuesto a colaborar con él. Y ahora que Colum ha muerto, Dougal es el jefe. Y los MacKenzie de Leoch marcharán con el ejército. A la victoria, o no.

Las arrugas de pena y cansancio se recortaron profundamente en su rostro. No se resistió cuando me puse detrás de él y apoyé las manos en sus anchos hombros. Emitió un suspiro de alivio cuando mis dedos presionaron con fuerza los músculos del cuello y dejó caer la cabeza, apoyándola sobre los brazos. Estaba sentado a la mesa de nuestra alcoba, y a su alrededor había varios montones de cartas y despachos. Entre los documentos había una libretita, algo gastada, con tapas de cuero rojo. Era el diario de Colum, que Jamie había sacado del dormitorio de su tío con la esperanza de encontrar alguna anotación reciente que confirmara la decisión de Colum de no apoyar la causa jacobita.

—No es que eso vaya a hacer vacilar a Dougal —había dicho, mientras

pasaba las páginas escritas con letra apretada— pero es la única alternativa que tenemos.

Pero Colum no había escrito nada en su diario en los últimos tres días, salvo una breve anotación, evidentemente al regresar del cementerio el día anterior.

«Me he reunido con el joven Jamie y su esposa. Por fin estoy en paz con Ellen». Por supuesto, dicha anotación era importante para Colum, para Jamie y tal vez para Ellen, pero de poco valor para modificar la decisión de Dougal MacKenzie.

Jamie se enderezó y se volvió hacia mí. Sus ojos estaban inundados de preocupación y resignación.

—Eso significa que ahora estamos comprometidos con él, Claire, es decir, con Carlos. Tenemos menos escapatoria que antes. Debemos tratar de asegurarnos la victoria.

Tenía la boca seca de tanto vino. Me mojé los labios antes de responder.

—Supongo que sí. ¡Maldita sea! ¿Por qué Colum no pudo esperar un poco más? ¿Lo justo para haber hablado con Carlos?

Jamie esbozó una sonrisa.

—No creo que haya tenido mucha elección. Pocos hombres pueden elegir la hora de su muerte.

—Pero Colum sí. —No sabía si contarle a Jamie mi primera conversación con Colum en Holyrood, pero ya no tenía sentido guardar los secretos de su tío.

Jamie sacudió la cabeza y suspiró ante la revelación de que Colum había querido quitarse la vida.

—Entonces me pregunto —murmuró, como para sí—, ¿crees que habrá sido una señal, Claire?

—¿Una señal?

—La muerte de Colum ahora, antes de que pudiera hacer lo que tenía pensado, es decir, antes de negarse a prestar ayuda a Carlos. ¿Será una señal de que Carlos está destinado a ganar esta guerra?

Recordé la última imagen que tenía de Colum. La muerte le había sobrevenido sentado en la cama, con una copa de coñac intacta cerca de su mano. Había sucedido tal como él quería, con la mente despejada y alerta; la

cabeza le había caído hacia atrás, pero los ojos estaban abiertos, apagados frente a las imágenes que había dejado atrás. La boca estaba apretada con fuerza, las líneas habituales profundamente marcadas de nariz a barbilla. El dolor que había sido su compañero constante, lo había acompañado hasta el final.

—Sólo Dios lo sabe —dije por fin.

—Sí —respondió—. Espero que alguien más lo sepa.

*Un pacto con el diablo*

El catarro se convirtió en algo tan normal en Edimburgo como la nube que ocultaba la vista del Castillo. El agua caía día y noche y, aunque los adoquines se veían provisionalmente libres de aguas residuales, la ausencia del hedor era compensada por los gargajos que cubrían calles y senderos.

Pese a la inclemencia del tiempo, yo solía salir a pasear entre Holyrood y Canongate. Prefería la lluvia a tener los pulmones llenos de humo y de gérmenes. En todo el palacio se oía el ruido de toses y estornudos aunque la presencia de su alteza obligaba a la mayoría a escupir en pañuelos mugrientos o en las chimeneas, en lugar de en los lustrosos suelos de roble escocés.

En aquella época del año anocheecía pronto, así que me giré en mitad de la calle mayor para llegar a Holyrood antes de que oscureciera. No tenía miedo de que me atacaran en la oscuridad.

Los hombres que aún estaban en condiciones de abandonar sus hogares, terminaban sus obligaciones a toda prisa para zambullirse en el santuario lleno de humo de la taberna de Jenny Ha, donde el olor a cuerpos sucios, *whisky* y cerveza casi lograba superar el hedor de la chimenea.

Mi único miedo era tropezar en la oscuridad y romperme un tobillo sobre los adoquines, La ciudad estaba iluminada sólo por los tenues faroles de los serenos, que tenían la costumbre de meterse entre un umbral y otro apareciendo y desapareciendo como luciérnagas. A veces, el farolero entraba

a una taberna para beber un trago de cerveza caliente y desaparecía durante media hora.

Miré el tenue brillo sobre la iglesia de Canongate y calculé cuánto tiempo quedaba hasta que oscureciera. Con suerte, tenía tiempo de detenerme en la tienda del boticario, el señor Haugh, que estaba especializado en vender castañas de Indias y corteza de olmo; por lo general también me proveía de menta y bérbero. En aquella época del año, su ganancia principal provenía de la venta de bolas de alcanfor, consideradas el mejor remedio para resfriados, catarro y tisis. Aunque no era más efectivo que los remedios modernos contra el resfriado, reflexioné, tampoco era peor, y por lo menos tenía un olor muy saludable.

Pese a las narices rojas y los rostros pálidos, en el palacio había fiestas varias noches por semana; la nobleza de Edimburgo seguía dando la bienvenida a su príncipe. Un par de horas después, los faroles de los asistentes a la fiesta comenzarían a titilar en la calle mayor.

Suspiré al pensar en otro baile, concurrido por caballeros que estornudaban y echaban piropos con voz ronca. Tal vez debería agregar un poco de ajo a la lista; llevado en el interior de un relicario de plata colgado del cuello, se suponía que prevenía enfermedades. Lo que en realidad hacía, suponía yo, era mantener a una distancia segura a los enfermos, lo cual era igualmente satisfactorio desde mi punto de vista.

La ciudad estaba ocupada por las tropas de Carlos, y los ingleses estaban secuestrados en el Castillo. Sin embargo corrían rumores, de dudosa veracidad, en ambas direcciones. Según el señor Haugh, el rumor más reciente sostenía que el duque de Cumberland estaba reuniendo tropas al sur de Perth con la intención de marchar hacia el norte de inmediato. No sabía si era cierto; de hecho, tenía mis dudas al respecto, pues no recordaba que se mencionara en la historia nada acerca de las actividades de Cumberland antes de la primavera de 1746, que aún no había llegado. Pero ahí estaba el rumor.

El centinela me dejó pasar, tosiendo. Los guardias de los pasillos también tosían. Resistiendo el impulso de agitar una canasta de ajo como un incensario a mi paso, subí las escaleras hasta la sala de recibir, donde fui admitida sin problemas.

Encontré a su alteza con su secretario, además de Jamie, Aeneas

MacDonald, O'Sullivan y un hombre de aspecto diabólico llamado Francis Townsend que últimamente gozaba de su favor. La mayoría tenía la nariz roja y estornudaba, y el hogar estaba lleno de escupitajos. Miré a Jamie, tirado sobre un sillón y muy pálido.

Acostumbrados a mis paseos por la ciudad y deseosos de recibir alguna noticia acerca de los movimientos de los ingleses, los hombres me escucharon con atención.

—Estamos en deuda con vos por vuestras noticias, señora Fraser —dijo Carlos con una graciosa reverencia y una sonrisa—. Debéis decirme si hay alguna manera de pagar vuestro generoso servicio.

—La hay —respondí—. Quiero llevar a mi marido a casa y meterlo en la cama. Ya.

Los ojos del príncipe se agrandaron por un instante pero se recuperó enseguida. Aeneas MacDonald tuvo un sospechoso acceso de tos. La cara pálida de Jamie se tornó carmesí. Estornudó y enterró la cara en un pañuelo; los ojos azules echaban chispas sobre los pliegues.

—Ah... vuestro marido... —dijo Carlos, recibiendo con galantería el desafío—. Hum... —Un suave rubor rosado empezó a cubrirle las mejillas.

—Está enfermo —dije—. Seguramente os habréis dado cuenta. Quiero que se acueste y descanse.

—Ah, que descanse —repitió MacDonald como para sí.

Busqué palabras corteses.

—Lamento privar a vuestra alteza de la compañía de mi marido, pero si no descansa, no os podrá seguir acompañando por mucho tiempo.

Carlos, ya recuperado de la sorpresa, parecía encontrar divertido el desconcierto de Jamie.

—Claro —dijo mirando a Jamie—. Nos desagradaría mucho considerar tal perspectiva, *Madame*. —Inclinó la cabeza—. Será como deseáis. Se excusa a *cher* James de acompañar a nuestra persona hasta que se restablezca. Por supuesto, llevad a vuestro esposo a vuestros aposentos y... realizad cualquier cura que sea... ah... adecuada. —El príncipe torció la boca, sacó un pañuelo del bolsillo y siguió el ejemplo de Jamie: enterró en él la cara y tosió.

—Debéis cuidaros, alteza, o podríais contagiaros —le aconsejó

MacDonald.

—Ojalá tuviera yo la mitad del mal que aqueja al señor Fraser —murmuró Francis Townsend, sin ocultar su sonrisa irónica.

Jamie se levantó bruscamente, se inclinó ante el príncipe con un breve: «Os lo agradezco, alteza» y cogiéndome del brazo se encaminó a la puerta.

—Suéltame —le dije, cuando pasamos junto a los guardias—. Me estás deshaciendo el brazo.

—Bien —murmuró él—. En cuanto estemos en privado, te romperé el cuello. —Pero vi su sonrisa y supe que su rudeza era sólo fachada.

En nuestros aposentos, con la puerta cerrada, me atrajo hacia sí y se rió a carcajadas, apretando la mejilla en mi cabeza.

—Gracias, *Sassenach* —dijo, resollando un poco.

—¿No estás enfadado? —pregunté—. No quise avergonzarte.

—No, no me importa —respondió, soltándome—. Dios, no me habría importado aunque hubieras dicho que ibas a prenderme fuego en la Gran Galería, mientras pudiera venir a descansar un rato. Estoy harto de ese hombre y me duele todo el cuerpo. —Un espasmo repentino de tos lo sacudió.

—¿Estás bien? —Me puse de puntillas para tocarle la frente. No me sorprendió, pero me alarmé bastante al sentir lo caliente que estaba la piel.

—¡Tienes fiebre!

—Todo el mundo tiene fiebre, *Sassenach* —dijo—. Sólo que algunos tienen más que otros, ¿no?

—No te salgas por la tangente —le advertí, aliviada de que aún fuera capaz de hablar con lógica—. Quítate la ropa. Y ni lo pienses —añadí con firmeza, al ver la sonrisa que se le formaba al abrir la boca—. Lo único que pienso hacer con tu cuerpo es meterlo en un camisón.

—¿Ah, sí? ¿No crees que me haría bien un poco de ejercicio? —bromeó—. Creí que decías que el ejercicio era sano. —Su risa se convirtió en un acceso de tos ronca que lo dejó sin aliento y sonrojado. Dejó caer la camisa al suelo y casi de inmediato empezó a tiritar.

—Demasiado sano para ti, muchacho. —Le pasé el grueso camisón de lana por la cabeza y le quité la falda, los zapatos y las medias—. ¡Dios mío, tienes los pies congelados!

—Podrías... calentármelos. —Pero los dientes le castañetearon al decirlo; no protestó cuando lo conduje hacia la cama.

Temblaba demasiado para poder hablar cuando cogí un ladrillo caliente, lo envolví en un trozo de franela y lo puse a sus pies.

El escalofrío fue intenso pero breve y ya no temblaba cuando terminé de poner en remojo en una sartén un manojo de menta y grosella.

—¿Qué es eso? —preguntó con recelo, olfateando el aire cuando abrí otra jarra de mi canasta—. No pretenderás que lo beba. ¿No? Huele a pato muerto.

—Casi —dije—. Es grasa de ganso mezclada con alcanfor. Voy a frotártela en el pecho.

—¡No! —Se tapó con las mantas hasta la barbilla.

—Sí —insistí con firmeza, avanzando hacia él.

En medio de mis labores, me di cuenta de que teníamos público. Fergus estaba a un lado de la cama, observándonos fascinado. Estaba moqueando. Quité la rodilla del abdomen de Jamie y le alcancé un pañuelo.

—Y tú, ¿qué haces aquí? —le preguntó Jamie, tratando de volverse a tapar con el camisón.

Fergus, sin desconcertarse por el tono del recibimiento, hizo caso omiso del pañuelo y se limpió la nariz con la manga. Observaba con admiración el pecho musculoso de su amo.

—El milord delgado me ha enviado a buscar un paquete que dice que tenéis para él. ¿Todos los escoceses tienen tanto pelo en el pecho, milord?

—¡Cristo! Me olvidé de los despachos. Espera, yo mismo se los llevaré a Cameron. —Jamie empezó a levantarse, proceso durante el cual su nariz quedó cerca del sitio de mis manipulaciones.

—¡Puaj! —Agitó el camisón para disipar el penetrante aroma y me miró con aire acusador—. ¿Cómo voy a deshacerme de este hedor? ¿Esperas que ande por ahí oliendo a ganso muerto, *Sassenach*?

—No —respondí—. Espero que permanezcas tranquilamente acostado y descanses, pues de lo contrario tú serás un ganso muerto. —Lo fulminé con la mirada.

—Yo puedo llevar el paquete —le aseguró Fergus.

—No harás nada de eso —dije, al ver las mejillas rojas y los ojos brillantes del muchacho. Le puse una mano sobre la frente.

—No me digas —dijo Jamie—. ¿Tiene fiebre?

—Sí, así es.

—Ja —dijo a Fergus con satisfacción—. Ahora veremos si te gusta que te apaleen.

Después de un período de intenso esfuerzo, Fergus quedó arropado en su camastro junto al fuego, con grasa de ganso y té medicinal caliente administrados con abundancia y un pañuelo limpio depositado bajo la barbilla.

—Bien —dije, enjuagándome las manos en la palangana—. Ahora yo llevaré este precioso paquete de despachos al señor Cameron. Vosotros dos vais a descansar, a beber té caliente, a sonaros la nariz y a descansar en ese orden. ¿Entendido, tropa?

La punta de una nariz larga y roja apenas visible encima de la colcha osciló lentamente de un lado a otro.

—Ebria de poder —indicó—. Una actitud muy poco femenina.

Le di un beso en la frente y descolgué mi capa de su gancho.

—Qué poco sabes de mujeres —le dije.

Ewan Cameron estaba a cargo de lo que se consideraba el servicio de inteligencia de Holyrood. Sus aposentos estaban al final del ala occidental, no lejos de las cocinas. A propósito, sospeché tras ver el apetito del hombre. Posiblemente tenía la solitaria, pensé al ver su semblante cadavérico cuando abrió el paquete y revisó los despachos.

—¿Todo en orden? —le pregunté momentos después. Tuve que reprimir el impulso de añadir «señor».

Interrumpido en sus pensamientos, levantó la cabeza de los despachos y pestañeó.

—¿Hum? ¡Oh! —Sonrió y se apresuró a disculparse.

—Perdón, señora Fraser. Muy descortés de mi parte dejaros de pie. Sí, todo parece estar bien. Muy interesante —murmuró para sí—. ¿Me haríais el favor de decir a vuestro marido que deseo discutir estos despachos con él lo más pronto posible? Tengo entendido que no está bien de salud —añadió. Al parecer, Aeneas MacDonald no había tardado mucho en informarle de mi entrevista con el príncipe.

—Así es —respondí.

Lo último que quería era que Jamie pasara la noche estudiando despachos con Cameron y Lochiel. Sería casi tan malo como bailar toda la noche con las damas de Edimburgo.

—Estoy segura de que se reunirá con vos en cuanto pueda —respondí, mientras me arropaba con la capa—. Se lo diré. —Y así lo haría... uno o dos días después. Fuera cual fuese la posición de las tropas inglesas, estaba segura de que estaban a más de ciento cincuenta kilómetros de Edimburgo.

Volví a nuestros aposentos. Los dos bultos estaban inmóviles bajo las frazadas y el rumor de la respiración lenta y regular, aunque algo congestionada, llenaba la habitación. Satisfecha, me quité la capa y me senté en la salita con una taza de té caliente a la que añadí una buena porción de coñac.

Mientras lo saboreaba, sentía el calor del líquido fluir por el centro de mi pecho, extenderse por mi abdomen e iniciar su camino de descenso hacia los pies, helados después de la caminata a través del patio, camino que prefería al pasadizo interno, lleno de interminables escaleras y rincones.

Sostuve la taza debajo de la barbilla, inhalando el aroma agradable y amargo y sintiendo el coñac caliente aclarando mis fosas nasales. Me puse a reflexionar cuál sería la razón exacta por la cual, en una ciudad y en un edificio plagado de catarros, mis fosas nasales permanecían descongestionadas.

De hecho, aparte de la fiebre posterior al parto, no había caído enferma desde mi paso a través del círculo de piedras. Era muy extraño, pensé; dadas las condiciones de higiene, las medidas sanitarias y el hacinamiento en que solíamos vivir, tendría que haber contraído por lo menos un par de catarros. Pero me conservaba tan sana como siempre.

Evidentemente, no era inmune a todas las enfermedades, pues en ese caso no habría contraído la fiebre. Pero ¿y las normalmente contagiosas? No podía contraer, por ejemplo, viruela, tifus, cólera ni fiebre amarilla. Apoyé la taza y me palpé el brazo izquierdo, La cicatriz de la vacuna se había difuminado con el tiempo, pero todavía podía notarla: era un círculo de piel lisa de un centímetro de diámetro.

Sentí un breve escalofrío al recordar a Geillis Duncan, pero aparté el pensamiento; volví a sumergirme en la contemplación de mi estado de salud para evitar pensar en la mujer que había muerto en la hoguera, y en Colum MacKenzie, el hombre que la había condenado.

La taza estaba casi vacía. Me levanté para volver a llenarla. ¿Habría adquirido inmunidad? En el entrenamiento para enfermeras había aprendido que los resfriados son causados por innumerables virus, cada uno diferente y siempre en evolución. Una vez expuesta a un virus en particular, según nos había explicado el instructor, una persona se hace inmune a él. Ésta se continúa resfriando a medida que se enfrenta a virus nuevos y diferentes, pero las posibilidades de encontrar uno al que no esté expuesta se reducían con la edad. Así, mientras que los niños tenían un promedio de seis resfriados por año, las personas de mediana edad tenían solo dos y los ancianos podían pasar años sin resfriarse. La única razón era que ya se habían enfrentado a la mayoría de los virus conocidos y se habían inmunizado.

Era una posibilidad. ¿Y si algunos tipos de inmunidad fueran hereditarios? Sabía que los anticuerpos de muchas enfermedades podían pasar de madre a hijo. A través de la placenta o de la leche materna, de modo que el niño se inmuniza (si bien temporalmente) contra cualquier enfermedad a la que la madre estuvo expuesta. Tal vez nunca me había resfriado porque había heredado anticuerpos de virus del siglo dieciocho y de todos mis ancestros.

Me encontraba reflexionando sobre esta idea cuando oí una suave llamada a la puerta.

Suspiré con impaciencia, irritada ante la distracción. Sin dejar la taza, me aproximé a la puerta, preparada para recibir (o rechazar) las esperadas averiguaciones acerca de la salud de Jamie. Seguramente Cameron se había topado con un párrafo poco claro en un despacho, o Carlos había reconsiderado su generosidad al prescindir de la presencia de Jamie en el baile. Pues bien, sólo lo sacarían de la cama por encima de mi cadáver.

Abrí la puerta y las palabras de saludo murieron en mi garganta. Jack Randall estaba de pie bajo el umbral.

El té que derramé sobre la falda me hizo volver en mí; sin embargo, él ya

había entrado. Me miró de arriba abajo con su acostumbrado desdén y observó la puerta cerrada que daba al dormitorio.

—¿Estáis sola?

—¡Sí!

Los ojos color avellana oscilaron entre la puerta y mi persona, tratando de averiguar si decía la verdad. Su cara tenía huellas de mala salud y una palidez causada por la mala nutrición y un invierno puertas adentro. Sin embargo, su agudeza mental no parecía haber disminuido.

Decidiéndose, me asió del brazo y cogió mi capa con la otra mano.

—Venid conmigo.

Le hubiera permitido que me hiciera picadillo antes de hacer un ruido y que la puerta del dormitorio se abriera.

Ya estábamos a mitad del corredor cuando sentí que no había peligro en hablar. No había guardias apostados dentro del sector del personal, pero los jardines estaban fuertemente patrullados. Randall no podía esperar sacarme por el jardín ni por los portones laterales sin que lo detectaran, y mucho menos a través de la entrada principal al palacio. Por lo tanto, debía hacer lo que pretendía dentro de Holyrood.

¿Asesinarme, quizá, para vengarse de la herida que Jamie le había infligido? Me dolió el estómago de sólo pensarlo. Lo inspeccioné mientras caminábamos rápidamente junto a las luces que emitían los candeleros de la pared. El fin de éstos no era decorativo; las velas de aquella parte de palacio eran pequeñas y muy espaciadas. Las llamas eran débiles; su única razón de ser era proporcionar luz suficiente para los huéspedes que regresaban a sus habitaciones.

Randall no iba de uniforme ni parecía estar armado. Llevaba un abrigo grueso sobre calzas marrones y medias. Nada excepto el porte y la arrogante inclinación de su cabeza sin peluca ofrecía evidencia de su identidad: habría podido deslizarse en palacio con uno de los asistentes al baile, haciéndose pasar por un sirviente.

No, pensé mientras lo observaba al pasar por las luces tenues, no estaba armado, aunque me apretaba el brazo con fuerza. Sin embargo, si tenía en mente estrangularme, no le iba a resultar una víctima fácil; yo era tan alta como él y estaba mucho mejor alimentada.

Como si me hubiera leído el pensamiento, se detuvo cerca del final del corredor y me dio la vuelta para que lo mirara.

—No os quiero hacer daño —dijo, en voz baja pero firme.

—Permitidme dudarlo —respondí, evaluando la posibilidad de que alguien me escuchara si gritaba. Sabía que había un guardia al pie de la escalera, pero se encontraba al otro lado de unas puertas dobles, un descansillo y una larga escalera.

Por otra parte, estábamos empatados: él no podía llevarme más lejos, ni yo podía pedir ayuda desde allí. Aquel extremo del corredor no era muy concurrido y sus residentes estaban en el ala opuesta del palacio, ya fuera participando del baile o sirviendo en él.

Habló de inmediato.

—No seáis idiota. Si os quisiera matar, podría hacerlo aquí. Sería mucho más seguro que fuera. Además —añadió— si os quisiera hacer daño, ¿para qué habría traído la capa? —Alzó el atuendo a modo de ilustración.

—¿Cómo diablos voy a saberlo? —pregunté, aunque parecía lógico su razonamiento—. ¿Por qué la habéis traído?

—Porque quiero que salgáis conmigo. Os tengo que hacer una proposición y no quiero correr el riesgo de que alguien nos escuche. —Miró hacia el final del corredor. Como todos los de Holyrood, estaba construido al estilo cruz y Biblia: los cuatro paneles superiores formaban una cruz y los dos inferiores una Biblia abierta. Holyrood había sido una abadía en otra época.

—¿Queréis que vayamos a la iglesia? Allí podremos hablar. —Era verdad. La iglesia contigua al palacio, parte de la abadía original que iba a ser Holyrood según el plan original, estaba abandonada y se la consideraba insegura por falta de mantenimiento a lo largo de los años. Vacilé, pensando qué hacer—. ¡Pensad, mujer! —Me sacudió levemente, luego me soltó—. ¿Por qué iba a correr el riesgo de entrar en el palacio?

Era una buena pregunta. Podría haberme esperado en algún callejón oscuro hasta verme en mis excursiones diarias y abordarme. La única posible razón para no haberlo hecho era la que me estaba dando: necesitaba hablarme sin el riesgo de ser visto ni oído.

Extendió el abrigo para que me lo pusiera.

—Tenéis mi palabra de que regresaréis de nuestra conversación sana y

salva, *Madame*.

Traté de interpretar su expresión, pero era impenetrable. Su mirada era firme y no me decía más de lo que me habría dicho la mía en un espejo.

Acepté la capa.

—De acuerdo —dije.

Salimos a la oscuridad del jardín y pasamos junto al centinela. Me reconoció; no era raro que yo saliera de noche para atender algún caso urgente en la ciudad. El guardia miró a Jack Randall con severidad (por lo general era Murtagh quien me acompañaba, cuando Jamie no podía hacerlo) pero con semejante atuendo, no había modo de conocer la verdadera identidad del capitán. Le devolvió la mirada al guardia con indiferencia y la puerta del palacio se cerró detrás de nosotros, librándonos a la noche.

Había llovido. Espesas nubes se deshacían y flotaban sobre nuestras cabezas, guiadas por el viento, que me azotaba la capa y me pegaba la falda a las piernas.

—Por aquí. —Me cubrí con el pesado terciopelo, incliné la cabeza y seguí la delgada figura de Jack Randall a través del sendero rocoso.

Salimos al extremo inferior y, tras una breve pausa para mirar alrededor, cruzamos rápidamente el jardín hacia el portal de la iglesia.

La puerta estaba destartada y entreabierta; hacía varios años que estaba en desuso debido a fallas estructurales que hacían que el edificio fuera peligroso. A medida que mis ojos se acostumbraban a la oscuridad, pude ver las líneas de los pilares a cada lado de la nave y la enorme ventana en el extremo, casi sin vidrios.

Un movimiento en la oscuridad me indicó adonde había ido Jack Randall; anduve entre los pilares y lo encontré en un espacio donde alguna vez había estado la pila bautismal y había dejado un saliente de piedra a lo largo de la pared.

—Muy bien —dije—. Aquí no puede oírnos nadie. ¿Qué queréis de mí?

—Vuestra habilidad como médica y vuestra absoluta discreción. A cambio de cierta información que poseo referente a los movimientos y planes de las tropas del elector —respondió de inmediato.

Me quedé sin aliento. No esperaba algo semejante.

—¿Buscáis tratamiento médico? —le pregunté sin esforzarme por ocultar

el horror y la sorpresa de mi voz—. ¿De mí? Tengo entendido que vos... quiero decir... —Dejé de titubear y dije con firmeza—: Vos ya debéis de haber recibido todo el tratamiento posible. Parecéis estar en buenas condiciones. En el exterior, por lo menos. —Me mordí el labio.

—Se me ha informado de que tengo la fortuna de seguir vivo, *Madame* —respondió con frialdad—. Eso es discutible. —Colocó el farol en un hueco de la pared—. Supongo que vuestra pregunta tiene que ver con curiosidad médica y no con interés en mi bienestar —prosiguió. La luz del farol, a la altura de su cintura, le iluminaba desde las costillas hacia abajo, dejando ocultos la cabeza y los hombros. Apoyó una mano sobre la cintura de sus calzas y se volvió hacia mí.

—¿Deseáis inspeccionar la herida para apreciar la eficacia del tratamiento? —Las sombras le ocultaban el rostro, pero el hielo de su voz estaba cargado de ponzoña.

—Quizá más tarde —le dije—. Si no es para vos, ¿para quién requerís mis servicios?

Vaciló, pero ya era demasiado tarde para mostrarse reticente.

—Para mi hermano.

—¿Vuestro hermano? —No pude evitar el tono de sorpresa—. ¿Alexander?

—Que yo sepa, mi hermano mayor William se encuentra ocupado en administrar las propiedades de la familia en Sussex, y no necesita ayuda... —dijo con sequedad—. Sí, mi hermano Alex.

Apoyé las manos sobre la fría piedra de un sarcófago para estabilizarme.

—Contadme.

La historia era simple y triste. De haber sido otra persona y no Jonathan Randall quien me la contara, habría sentido compasión.

Privado de su empleo con el duque de Sandringham debido al escándalo con Mary Hawkins, y con una salud demasiado frágil para conseguir otro nombramiento, Alexander Randall se había visto obligado a pedir ayuda a sus hermanos.

—William le envió dos libras y una carta de exhortación. —Jack Randall se apoyó contra la pared—. William es un tipo muy sincero, me temo. Pero

no estaba preparado para recibir a Alex en Sussex. La mujer de William es un tanto... radical, digamos, en sus opiniones religiosas. —Hubo un dejo de risa en su voz; durante un momento me pareció un hombre agradable. En otras circunstancias, ¿podría haber sido como el descendiente al que tanto se parecía?

La imagen de Frank me desequilibró tanto que no oí su siguiente comentario.

—Lo siento. ¿Qué habéis dicho? —Me apreté la alianza de la mano izquierda con la derecha. Frank no existía. Debía dejar de pensar en él.

—Dije que fui yo quien procuró habitaciones para Alex cerca del Castillo, para poder tenerlo bajo mi protección, pues mis fondos no eran suficientes para poder pagarle un sirviente.

Pero sus ocupaciones en Edimburgo dificultaron sus visitas, de manera que Alex Randall quedó librado a sus propios recursos durante el último mes; sólo disfrutaba de los servicios de una mujer que iba a limpiar de vez en cuando. Su mala salud se vio agravada por el mal tiempo y la mala dieta hasta que, seriamente alarmado, Jack Randall se vio obligado a buscar ayuda. Y para procurarse esa ayuda estaba dispuesto a traicionar a su rey.

—¿Por qué acudir a mí? —pregunté.

Pareció ligeramente sorprendido.

—Por ser vos quien sois. —Sus labios se curvaron en una sonrisa leve y burlona—. Si uno busca vender su alma, ¿no es mejor acudir a los poderes de la oscuridad?

—Realmente creéis que soy un poder de la oscuridad, ¿no? —Era evidente que así era; estaba más que capacitado para la burla, pero en su propuesta no había habido burla.

—Aparte de las historias que circularon en París, vos misma me lo dijisteis —señaló— cuando os dejé ir de Wentworth. Fue un error terrible —dijo con voz suave—. Jamás os debí dejar con vida, peligrosa criatura. Pero no tenía alternativa: vuestra vida fue el precio fijado por él. Y yo habría pagado un precio mayor aún por lo que él me brindó.

Sentado en la oscuridad, con la cabeza medio vuelta y las líneas de crueldad borradas por la oscuridad, era posible confundirlo con un hombre que yo había amado. Con Frank.

Pero yo había traicionado a aquel hombre; debido a mi decisión, él jamás existiría. «Pues los pecados de los padres vivirán en los hijos... y tú lo destruirás, raíz y rama, para que su nombre no sea conocido entre las tribus de Israel».

—¿Él os lo ha dicho? —preguntó su voz, suave y agradable entre las sombras—. ¿Os ha contado lo que pasó entre él y yo en aquel pequeño cuarto de Wentworth? —En medio del estupor y la rabia, advertí que seguía obedeciendo la orden de Jamie; ni una vez le oí utilizar su nombre. «Él». Nunca «Jamie». Ese nombre me pertenecía a mí.

Apreté los dientes con fuerza, pero forcé las palabras a través de ellos.

—Me lo contó. Todo.

Randall suspiró.

—Aunque la idea no os complazca, querida, vos y yo estamos unidos. No puedo decir que a mí me complace, pero admito la verdad. Los dos conocemos el roce de su piel tan cálida, ¿verdad? Como si ardiera desde dentro. Conocemos el olor de su sudor y la aspereza del vello de sus muslos. Vos conocéis el sonido que hace al final, cuando se pierde. Y yo también.

—Callad —le dije—. ¡Callad! —Pero continuó hablando como para sí. Reconocí, con una rabia incontenible, el impulso que lo había llevado a esto: no la intención, como pensé al principio, de ofenderme, sino la necesidad imperiosa de hablar de un ser amado; de repasar otra vez, en voz alta, detalles esfumados. Después de todo, ¿con quién más podía hablar de Jamie?

—¡Me voy! —dije, y giré sobre mis talones.

—¿Os vais? —preguntó—. Yo os puedo entregar al general Hawley. De lo contrario, él destruirá el ejército escocés. La decisión depende de vos.

Sentí la tentación de decirle que el general Hawley no valía la pena. Pero pensé en los jefes escoceses alojados en Holyrood: Kilmarnock y Balmerino y Lochiel. Y en el mismo Jamie. En los miles de soldados que dirigían. ¿La posibilidad de la victoria valía el sacrificio de mis sentimientos? ¿Era aquél otro momento crucial? Si no escuchaba, si no aceptaba lo que Randall proponía, ¿qué pasaría?

Me di la vuelta lentamente.

—Hablad, entonces. —No pareció conmovido por mi furia, ni preocupado por la posibilidad de que me negara a escucharlo.

—Me pregunto si habréis recibido de él tanto como yo. —Inclinó la cabeza; los rasgos angulosos fueron visibles al salir de las sombras. La luz reflejó los ojos color avellana haciéndolos brillar como los de una bestia oculta entre los arbustos.

La nota de triunfo en su voz fue leve pero inconfundible.

—Yo —continuó— lo tuve como vos jamás podréis tenerlo. Sois una mujer y no podéis entenderlo, a pesar de ser una bruja. Yo poseí el alma de su hombría, tomé de él lo que él tomó de mí. Lo conozco como él me conoce a mí. Estamos unidos por la sangre.

«Te doy mi Cuerpo, para que los dos podamos ser Uno...».

—Habéis elegido una manera muy extraña de pedir mi ayuda —le dije con voz temblorosa. Mis manos estaban aferradas a los pliegues de mi falda.

—¿Sí? Me parece que es mejor que lo entendáis bien, *Madame*. No busco vuestra lástima; no recurro a vuestros poderes como un hombre que busca compasión femenina. Por esa causa podríais ayudar a mi hermano por vuestra cuenta. Prefiero un trato claro, *Madame*: un pago a cambio de un servicio, pues sabed que mis sentimientos hacia vos son los mismos que los vuestros hacia mí.

No salía de mi estupor; mientras luchaba por hallar una respuesta, él continuó.

—Vos y yo estamos unidos a través del cuerpo de un hombre, de él. No permitiré que un vínculo semejante se forme a través del cuerpo de mi hermano; busco vuestros servicios para curar su cuerpo pero no me arriesgo a que su alma caiga presa de vos. Decidme, entonces, ¿el precio que ofrezco es aceptable?

Me di la vuelta y caminé hacia el centro de la nave. Temblaba tanto que mis pasos sonaban inseguros y la dureza del suelo me estremeció.

Al final de la nave, lo más lejos que podía estar de él, me detuve y apreté las manos contra la pared para buscar apoyo. Esperé, con los ojos cerrados, a que pasara la tormenta y a que mi pulso volviera a la normalidad.

«Es lo mismo —me dije a mí misma—. No importa lo que él sea. No importa lo que él diga».

«Estamos unidos a través del cuerpo de un hombre. Sí, pero ese hombre no es Jamie. ¡No es Jamie! —insistí, a él, a mí misma—. ¡Sí lo tuviste,

bastardo! Pero yo lo liberé de ti. ¡No te quedaste con nada de él!». Pero el sudor que me caía por las costillas y el sonido de mis sollozos contradecía mi convicción.

¿Era aquél el precio que debía pagar por Frank? ¿Salvar, quizás, mil vidas como compensación por esa pérdida?

La oscura mole del altar se elevaba a mi derecha y deseé con todo mi corazón que hubiese alguna presencia, fuera cual fuese su naturaleza, algo que me diera una respuesta. Pero no había nadie excepto yo. Los espíritus de los muertos guardaban su consejo, silenciosos en las piedras de la pared y el suelo.

Traté de olvidar a Jack Randall. Si no fuera él, si otro hombre me pidiera ese favor, ¿iría? Tenía que considerar a Alex Randall. «Por esa causa podríais ayudar a mi hermano por vuestra cuenta», había dicho el capitán. Y tenía razón. Fuera cual fuese la curación que le ofreciera, ¿podía negársela a causa del hombre que la solicitó?

Pasó un largo rato. Me sentía agotada y débil, el cuello me dolía y me pesaba la cabeza, como si, después de todo, la enfermedad que asolaba la ciudad hubiera caído sobre mí.

Él seguía allí, esperando en la oscuridad.

—Sí —dije bruscamente cuando me acerqué—. De acuerdo. Iré mañana por la mañana. ¿Adónde?

—A Ladywalk Wynd —respondió—. ¿Lo conocéis?

—Sí. —Edimburgo era una ciudad pequeña; no tenía más que una calle principal de la que salían pequeños y mal iluminados callejones. Ladywalk Wynd era uno de los más pobres.

—Os veré allí. Tendré lista la información. —Se puso en pie y dio un paso adelante. Después se detuvo, esperando que yo avanzara. Vi que no deseaba que pasara cerca de él para llegar a la puerta.

—Tenéis miedo de mí, ¿no es verdad? —pregunté—. ¿Creéis que os voy a convertir en hongo venenoso?

—No —respondió—. No os temo, *Madame*. No podéis tenerlo todo. Quisisteis aterrorizarme en Wentworth al darme la fecha de mi muerte. Pero después de habérmelo dicho ya no podéis amenazarme; si estoy destinado a morir en abril del año próximo, no podéis hacerme daño ahora, ¿no es cierto?

De haber tenido un cuchillo, le habría demostrado lo contrario. Pero me pesaba la profecía y las vidas de mil escoceses. Jack Randall estaba a salvo de mí.

—Mantengo mi distancia, *Madame* —dijo— simplemente porque preferiría no arriesgarme a tocaros.

Una vez más me eché a reír.

—Ése, capitán —dije—, es un impulso con el que coincido plenamente. —Me volví y abandoné la iglesia, dejándolo solo.

No dudé de que cumpliría su palabra. Una vez me había liberado de Wentworth porque había dado su palabra. Jack Randall era un caballero.

«¿Qué sentiste cuando le di mi cuerpo a Jack Randall?», me había preguntado Jamie.

«Rabia —le había respondido—. Asco. Horror».

Me recliné en la puerta de la salita, volviendo a sentir todas aquellas sensaciones. El fuego se había apagado y la habitación estaba fría.

Me arrodillé frente a la chimenea y empecé a reanimar el fuego. Se había apagado por completo. Empujé el tronco a medio quemar y encendí unas astillas. En Holyrood el fuego se alimentaba con leña, no con turba. Una lástima, pensé; un fuego de turba no se habría extinguido tan fácilmente.

Las manos me temblaban un poco. El pedernal se me cayó dos veces antes de lograr sacar una chispa. «Es por el frío», me dije. Allí hacía mucho frío.

«¿Os ha contado lo que pasó entre él y yo?», dijo la voz burlona de Jack Randall.

—Todo lo que necesito saber —murmuré, mientras encendía un papel y pegaba fuego a la leña en varios puntos diferentes. Era madera de pino; verde.

—Todo lo que necesito saber —susurré. El camastro de Fergus estaba vacío. Al despertarse y sentir frío, había ido en busca de un refugio cálido.

Estaba acurrucado en la cama de Jamie; la cabeza oscura y la pelirroja descansaban una junto a otra sobre la almohada; las bocas entreabiertas roncaban pacíficamente. No pude evitar sonreír ante la escena, pero no tenía intención de dormir en el suelo.

—Fuera —murmuré a Fergus, cogiéndolo en mis brazos. Era de huesos pequeños y delgado, y sin embargo, pesaba mucho. Lo coloqué en su camastro sin dificultad, lo arropé y regresé a la cama de Jamie.

Me desvestí despacio, junto a la cama, mirándolo. Se había acurrucado. Me puse el camisón y me deslicé en la cama detrás de él. Se movió un poco, tosiendo, y apoyé una mano sobre su cadera para tranquilizarlo. Se movió, apretándose contra mí con un pequeño suspiro. Lo abracé por la cintura, rozando con mi mano la suave masa de sus testículos. Podía excitarlo, lo supe, dormido como estaba; me resultaba muy fácil: sólo con unas caricias firmes de mis dedos.

Pero no quise turbar su descanso y me contenté con acariciarle el vientre. Jamie echó una mano enorme hacia atrás y torpemente me acarició el muslo.

—Te amo —murmuró, medio despierto.

—Lo sé —respondí, y me dormí de inmediato.

*Vínculos familiares*

Era un barrio bastante pobre. Me hice a un lado para evitar un charco de inmundicia: evidentemente habían vaciado las bacinillas de los pisos superiores esperando que lo arrastrara la próxima lluvia.

Randall me cogió del codo para que no resbalara en los adoquines mojados. Me puse tensa al sentir su mano y él la retiró de inmediato. Vio mi expresión ante la jamba destartada de la puerta, y se defendió diciendo:

—No me alcanzó para un lugar mejor, pero no es tan malo dentro.

No lo era. Al menos se había tratado de amueblar el cuarto con cierta comodidad. Había una jarra y una palangana, una mesa con una hogaza de pan, un queso y una botella de vino, y la cama tenía un colchón de plumas y varios edredones gruesos.

El hombre tendido en la cama había apartado los edredones, al parecer acalorado por el esfuerzo que hacía al toser. Tenía la cara roja, y la violencia de sus accesos de tos sacudían la cama.

Crucé el cuarto hasta la ventana y la abrí, haciendo caso omiso de las protestas de Randall. El aire frío entró en la sofocante habitación y el hedor a cuerpo sin lavar, sábanas sucias y bacinilla repleta menguó un tanto.

La tos disminuyó gradualmente y el color rojo de la tez de Alexander Randall se convirtió en una palidez espectral. Sus labios estaban ligeramente azulados y respiraba con dificultad.

Miré a mi alrededor, pero no vi nada que sirviera a mi propósito.

Abrí mi maletín de medicamentos y saqué una hoja dura de pergamino. Estaba un poco raída en los bordes, pero todavía podía ser de utilidad. Me senté en un borde de la cama y sonreí a Alexander Randall lo mejor que pude.

—Habéis sido... muy amable... al venir —dijo, luchando por no toser entre palabra y palabra.

—Enseguida os sentiréis mejor —le dije—. No habléis y no os resistáis a la tos. Necesito oírla.

Tenía la camisa desabrochada y asomaba el pecho hundido, casi sin carne. Se le notaban las costillas desde el abdomen hasta la clavícula. Siempre había sido delgado, pero con la enfermedad era piel y huesos.

Arrollé el pergamino formando un tubo y coloqué un extremo sobre su pecho y el otro en mi oído. Era un tosco estetoscopio, pero sorprendentemente eficaz.

Escuché en distintos puntos, diciéndole que respirara hondo. No tuve necesidad de pedirle que tosiera, pobre muchacho.

—Poneos boca abajo un momento. —Le levanté los faldones de la camisa y escuché, dando golpecitos suaves, comprobando la resonancia de sus pulmones. La carne estaba viscosa por el sudor.

—Muy bien. Daos la vuelta y quedaos quieto. Esto no os dolerá. —Continué hablando con calma mientras examinaba el blanco de los ojos, las glándulas linfáticas del cuello, que estaban hinchadas, la lengua y las amígdalas inflamadas.

—Tenéis catarro —le dije, dándole un golpecito en un hombro—. Os daré algo para la tos. Mientras tanto... —señalé el tiesto de porcelana debajo de la cama y miré al hombre que aguardaba junto a la puerta.

—Deshaceos de esto —le ordené. Me fulminó con la mirada, pero se acercó y se inclinó para obedecerme.

—¡No lo tiréis por la ventana! —dije con sequedad—. Llevadlo abajo. —Se giró y salió sin mirarme.

Alexander respiró cuando la puerta se cerró detrás de su hermano. Me sonrió; los ojos color avellana destacaban en su rostro pálido. Su piel transparente, estirada sobre los pómulos.

—Es mejor que os apresuréis antes de que vuelva Johnny. ¿Qué tengo?

Su pelo oscuro estaba despeinado de tanto toser; tratando de reprimir los sentimientos que me provocaba, se lo alisé. No quería decírselo, pero era evidente que ya lo sospechaba.

—Tenéis catarro. Y también tuberculosis... tisis.

—¿Qué más?

—Y deficiencia cardíaca —respondí.

—Ah. Pensé... que era algo por el estilo. A veces siento palpitaciones en el pecho... como un pequeño pájaro. —Apoyó una mano suavemente sobre el corazón.

No podía soportar ver su pecho, jadeando bajo su carga imposible; con delicadeza le abroché la camisa y le sujeté la corbata al cuello. Una mano larga y blanca tomó la mía.

—¿Cuánto tiempo me queda? —preguntó. Su tono era bajo casi indiferente, como si le importara poco.

—No lo sé. Es la verdad, no lo sé.

—Pero no mucho —dijo con seguridad.

—No, no mucho. Meses quizá, pero casi seguro menos de un año.

—¿Podéis... aliviar la tos?

Busqué en mi botiquín.

—Sí. Puedo evitarla, por lo menos. Y también detener las palpitaciones. Puedo preparar un extracto de digitalina. —Encontré el paquetito de hojas secas de dedalera; su preparación me llevaría algún tiempo.

—Vuestro hermano —dije sin mirarlo—. ¿Queréis que...?

—No —respondió con determinación. Lo vi tan parecido a Frank que tuve ganas de llorar por él.

—No —repitió—. Debe de saberlo, de todos modos. Siempre... hemos sabido cosas el uno del otro.

—Entonces, ¿sabéis? —pregunté, mirándolo directamente a los ojos. No desvió la mirada, pero sonrió.

—Sí —respondió—. Lo sé. Pero no importa.

«¿Ah, no? —pensé—. Tal vez a ti no te importe». Como no quería que mi expresión me delatara, me giré y me ocupé de encender la pequeña lámpara de alcohol que llevaba conmigo.

—Es mi hermano —continuó la voz suave a mis espaldas. Respiré profundamente y calculé las hojas.

—Sí —dije—. Eso sí.

Al esparcirse la noticia de la terrible derrota de Cope en Prestonpans, desde el norte llovieron ofertas de apoyo, hombres y dinero. En algunos casos, tales ofertas llegaban a materializarse: lord Ogilvy, el hijo mayor del conde de Airlie, aportó 600 arrendatarios de su padre, mientras que Stewart de Appin apareció al mando de 400 hombres de los condados de Aberdeen y Banff. Lord Pitsligo se convirtió en responsable de la mayor parte de la caballería escocesa al aportar un gran número de caballeros y sus sirvientes, todos montados y con buenas armas, por lo menos en comparación con las de algunos de los clanes, cuyas armas se reducían a viejas espadas de dos filos guardadas por sus abuelos en la rebelión del 15, hachas oxidadas y horcas utilizadas hasta entonces para limpiar establos de vacas.

Eran una multitud heterogénea, pero no por eso menos peligrosa, reflexioné, al ver un grupo de hombres reunidos alrededor de un afilador ambulante. Los soldados ingleses podrían contraer tétanos en lugar de morir instantáneamente, pero los resultados eran los mismos.

Mientras, lord Lewis Gordon, hermano menor del duque de Gordon, había ido a rendir homenaje a Carlos en Holyrood, y ofrecía llevar a todo el clan Gordon; pero una cosa era besar la mano del príncipe y otra muy diferente contribuir con hombres.

Y las Tierras Bajas escocesas, aunque se alegraron mucho al recibir noticias de la victoria de Carlos, no se mostraban dispuestas a enviar hombres para apoyarlo; casi todo el ejército Estuardo estaba compuesto por hombres de las Tierras Altas. No obstante, las Tierras Bajas también aportaron algo; lord George Murray me había contado que las contribuciones de comida, bienes y dinero de los condados sureños constituían una suma considerable para el tesoro del ejército.

—Recibimos cinco mil quinientas libras sólo de Glasgow. Aunque no es mucho en comparación con el dinero prometido por Francia y España —había confiado su excelencia a Jamie. Pero no me siento inclinado a despreciarlas, particularmente dado que su alteza no ha recibido de Francia

otra cosa que palabras alentadoras.

Jamie, que sabía lo improbable que era que apareciera el oro francés, se limitó a asentir.

—¿Te has enterado de alguna otra cosa hoy, *mo duinne*? —me preguntó Jamie cuando llegué de la calle.

—Corre el rumor de que el general Hawley está formando unidades de caballería en el sur. Tiene orden de formar ocho regimientos.

Jamie gruñó. Dada la aversión que sentían los escoceses por la caballería, aquélla no era una buena noticia.

—Lo anotaré para el coronel Cameron, entonces —dijo—. ¿Crees que es cierto, *Sassenach*? —Miró por encima de su hombro para asegurarse de que estábamos solos. Me llamaba *Sassenach* sólo en privado; en público utilizaba el más formal «Claire».

—Sí.

No era un rumor; era la información de Jack Randall, el último pago de la deuda que insistió en asumir por el cuidado de su hermano.

Por supuesto, Jamie sabía que visitaba a Alex Randall, al igual que a los demás enfermos del ejército jacobita. Lo que no sabía, y lo que nunca le diría, era que una vez por semana (a veces más a menudo) me reunía con Jack Randall para enterarme de las noticias que se filtraban en el Castillo de Edimburgo desde el sur.

Algunas veces iba al cuarto de Alex cuando yo estaba allí; otras veces, cuando volvía a casa en el crepúsculo invernal, una silueta delgada vestida de marrón me llamaba desde la boca de un callejón, u oía una voz a mis espaldas en medio de la niebla. Me desconcertaba: me parecía ver el fantasma de Frank.

Para él habría sido mucho más sencillo dejarme una carta en el cuarto de Alex, pero no quería dejar nada escrito, y lo comprendí. Si alguna vez llegaban a encontrar una carta, aunque fuera una firma, quedaría involucrado no solo él sino también Alex. Tal como estaban las cosas, Edimburgo estaba lleno de extranjeros: voluntarios del rey Jacobo, curiosos del norte y del sur, enviados extranjeros de Francia y España. Las únicas personas que no salían a la calle eran los oficiales y hombres de la guarnición inglesa, que

permanecían encerrados en el Castillo. Siempre y cuando nadie oyera lo que me decía, nadie podía reconocerlo por lo que era, ni sospechar nada extraño de nuestros encuentros, aunque nos vieran, y rara vez nos veían, tales eran sus precauciones.

Por mi parte, la prudencia también me convenía, pues habría tenido que destruir cualquier papel escrito. Aunque no creía que Jamie reconociera la letra de Randall, no podría haberle explicado cuál era mi fuente de información sin tener que mentirle. Era mucho mejor aparentar que la información formaba parte de mis pesquisas diarias.

La desventaja, claro, era que al hacer pasar las informaciones de Randall junto con los demás rumores corría el riesgo de que no se les diera importancia. Sin embargo, aunque creía que Jack Randall me proporcionaba información de buena fe (confiando en que tal concepto podía ir de la mano de la clase de persona que era) no significaba que ésta fuera siempre correcta.

Le comuniqué la noticia de los nuevos regimientos de Hawley con la acostumbrada sensación de culpa. Sin embargo, pese a que yo creía que la sinceridad entre marido y mujer era esencial, también creía que no había que llevarla hasta los extremos. Y el conseguir información útil a los jacobitas no le causaría daño a Jamie.

—El duque de Cumberland sigue esperando que sus tropas regresen de Flandes —añadí—. Y el sitio del castillo de Stirling no lleva a ninguna parte.

Jamie gruñó, mientras escribía rápidamente.

—Eso ya lo sabía; lord George recibió un despacho de Francis Townsend hace un par de días; tiene la ciudad rodeada, pero los fosos que ordenó abrir su alteza son una pérdida de dinero y agotan a sus hombres sin resultados. No son necesarios; sería mejor que bombardearan el Castillo desde lejos con fuego de cañón y después lo atacaran.

—¿Y para qué cavan fosos?

Jamie movió una mano distraídamente, concentrado en lo que escribía.

—Porque los italianos cavaron fosos frente al castillo de Verano, que es el único sitio que ha presenciado su alteza, así que hay que hacer lo mismo, ¿no?

—*Ach*, sí —dije imitando su acento escocés.

Dio resultado: Jamie levantó la mirada y se echó a reír, con los ojos

entrecerrados

—Es un muy buen intento, *Sassenach* —dijo—. ¿Qué otra cosa sabes decir?

—¿Te conformas con el padrenuestro en gaélico? —pregunté.

—No —dijo, echando arena sobre el despacho. Se levantó, me dio un beso y cogió su chaqueta—. Pero me conformaré con una cena. Ven conmigo, *Sassenach*. Encontraremos una taberna bonita y te enseñaré muchas cosas que no debes decir en público. Las tengo todas frescas en la memoria.

Finalmente el castillo de Stirling cayó en manos escocesas, a pesar de que el precio fue muy alto. Sin embargo, el efecto sobre Carlos fue eufórico... y desastroso.

—Por fin he logrado convencer a Murray, ¡ese maldito cabezón! — exclamó Carlos, frunciendo el entrecejo. Después recordó su victoria y volvió a regodearse—. He ganado. ¡En una semana marcharemos a Inglaterra, para reclamar todas las tierras de mi padre!

Los jefes escoceses reunidos en la sala de recibir matinal se miraron unos a otros, tosieron y se movieron en sus asientos. El ánimo general no pareció ser de gran entusiasmo ante la noticia.

—Eh, alteza —comenzó lord Kilmarnock con tacto—. ¿No sería más sensato considerar...?

Lo intentaron. Todos lo intentaron. Todos adujeron que Escocia ya le pertenecía por completo. Desde el norte seguían llegando hombres, pero desde el sur había pocas esperanzas de apoyo. Y los lores sabían que los escoceses de las Tierras Altas, aunque eran fuertes y leales, también eran granjeros. Necesitaban cultivar los campos para la cosecha de primavera y preparar el ganado para el invierno. Muchos de los hombres se resistirían a seguir marchando hacia el sur en invierno.

—Y estos hombres, ¿no son mis súbditos? ¿No irán donde yo les ordene? ¡Tonterías! —dijo Carlos con firmeza. Y eso fue todo. O casi.

—¡James, amigo! Espera, debo hablar contigo en privado, por favor. — Su alteza interrumpió una conversación seria con lord Pitsligo.

No creí estar incluida en esta invitación. Pero tampoco tenía intención de marcharme, así que me acomodé con firmeza en una de las sillas color

damasco, mientras los lores y jefes jacobitas se marchaban, murmurando entre sí.

—¡Ja! —Carlos chasqueó los dedos—. ¡Viejas gruñonas, todos ellos! Ya verán. Y también mi primo Luis, y Felipe... ¿acaso necesito su ayuda? Se van a enterar. —Vi que los dedos pálidos y arreglados tocaban un lugar encima de su pecho. Un pequeño rectángulo se dejaba ver a través de la seda de su chaqueta. Llevaba una miniatura de Louise; ya la había visto.

—Os deseo toda la buena suerte en vuestra empresa —murmuró Jamie— pero...

—¡Ah, gracias, *cher* James! ¡Por lo menos vos creéis en mí! —Carlos echó un brazo alrededor de los hombros de Jamie, masajeando con afecto sus deltoides.

—Aunque es una lástima que no podáis acompañarme y no estéis a mi lado para recibir el aplauso de mis súbitos al entrar en Inglaterra —dijo Carlos, sacudiéndolo vigorosamente.

—¿No? —Jamie parecía atónito.

—Ay, *mon cher ami*, el deber requiere de vos un gran sacrificio. Sé cuánto añora vuestro gran corazón las glorias de la batalla, pero requiero de vos otro servicio.

—¿Sí? —preguntó Jamie.

—¿Qué? —dijo con brusquedad.

Carlos miró con educado disgusto en mi dirección y después se volvió a Jamie y recuperó su expresión de buen talante.

—Es una tarea de gran importancia, mi querido James, que sólo vos podéis llevar a cabo. Es cierto que muchos hombres llevan el estandarte de mi padre. Pero no debemos apresurarnos a sentirnos seguros, ¿no? Hemos tenido la suerte de que vuestros parientes MacKenzie hayan acudido en nuestra ayuda. Pero vuestra familia tiene otra rama, ¿verdad?

—No —dijo Jamie, con una expresión de horror.

—Claro que sí —dijo Carlos, con un apretón final. Se giró para quedar frente a Jamie—. ¡Iréis al norte, a la tierra de vuestro padre y regresaréis al mando de los hombres del clan Fraser!

*La madriguera del zorro*

—¿Conoces bien a tu abuelo? —pregunté. Jamie sacudió la cabeza.

—No. He oído que se comporta como un monstruo, pero no debes asustarte. Yo estaré contigo.

—Ah, los viejos antipáticos no me preocupan —le aseguré—. Conocí a muchos en mi época. En su mayoría, por dentro son suaves. Me imagino que tu abuelo es igual.

—No —respondió—. De verdad es un monstruo. Sólo que, si pareces asustada, es peor. Como las bestias que huelen sangre, ¿sabes?

Miré adelante; las colinas que ocultaban el castillo de Beaufort me parecieron siniestras. Aprovechando mi momentánea falta de atención, un tábano pasó rozando mi oreja izquierda. Chillé y me incliné y el caballo, sorprendido por mi movimiento brusco, respingó, asustado.

—¡Eh! *Cuir stad!* —Jamie saltó para coger mis riendas, soltando las de su caballo. Mejor domado que el mío, su cabello resopló, pero se limitó a sacudir las orejas.

Jamie clavó las rodillas en el caballo y detuvo al mío.

—Ahora bien —dijo mientras observaba el vuelo del tábano—. Déjalo aterrizar, *Sassenach*, y lo atraparé. —Esperó, con las manos alzadas y alertas.

Permanecí sentada como una estatua, medio hipnotizada por el zumbido. El cuerpo de grandes alas, demasiado lento, zumbó entre las orejas del

caballo y las mías. El caballo agitó las orejas.

—Si esa cosa aterriza en mi oreja, Jamie, voy a... —empecé a decir.

—¡Shh! —ordenó Jamie, inclinándose con la mano izquierda ahuecada —. Otro segundo y lo atraparé.

Entonces vi el oscuro bulto posándose en su hombro. Otro tábano buscando un sitio para tomar el sol. Volví a abrir la boca.

—Jamie...

—¡Silencio! —Cerró las manos sobre mi atormentador una décima de segundo antes de que el otro tábano lo picara en el cuello.

Los miembros de los clanes escoceses luchaban de acuerdo con sus antiguas tradiciones. Desdeñando la estrategia, la táctica y la sutileza, su método de ataque era la simplicidad misma. Cuando el enemigo estaba a la vista, se quitaban las capas, desenvainaban las espadas y atacaban al enemigo, gritando con toda la fuerza de sus pulmones. Siendo lo que son los gritos en gaélico, este método solía tener mucho éxito. Una buena cantidad de enemigos, al ver una masa de seres peludos y sin pantalones arremetiendo contra ellos, perdían todo su valor y salían corriendo.

Aunque muy bien domado, el caballo de Jamie no estaba preparado para oír un grito en gaélico tan cerca de su cabeza. Echó atrás las orejas y corrió como si lo llevara el mismísimo diablo.

Mi caballo y yo permanecemos inmóviles en el camino, observando la exhibición de equitación mientras Jamie, con los dos estribos perdidos y las riendas sueltas, quedó con la mitad del cuerpo fuera por la brusca partida del caballo. Se inclinó hacia delante y se cogió a las crines. Su capa ondeó al viento y el caballo, completamente aterrorizado, tomó la masa de pelo como excusa para correr aún más rápido.

Agarrando las largas crines con una mano, Jamie trataba de enderezarse, con las largas piernas colgando del caballo. Con mi limitado conocimiento de gaélico pude oír que profería palabras muy vulgares.

Un sonido pausado y lento me hizo mirar a mis espaldas. Murtagh, que conducía el animal de carga, se aproximaba a la pequeña colina que acabábamos de descender. Bajó hacia el camino donde yo esperaba. Hizo detener al animal y miró hacia delante, hacia el sitio por el que Jamie y el caballo aterrorizado acababan de desaparecer.

—Un tábano —dije, a modo de explicación.

—Ya me parecía que no podía tener tanta prisa por ver a su abuelo como para dejarte atrás —comentó Murtagh—. No es que una esposa más o menos haga diferente la recepción.

Cogió sus riendas y azuzó al poni. El animal de carga lo siguió mansamente. Mi caballo, alegre por la compañía y tranquilo por la ausencia de moscas, siguió trotando alegremente.

—¿Ni siquiera una esposa inglesa? —pregunté con curiosidad. Por lo poco que sabía, no creía que lord Lovat se llevara bien con nada que fuera inglés.

—Ni inglesa, francesa, danesa ni alemana. Es lo mismo. Será el hígado del muchacho el que se comerá el viejo zorro mañana en el desayuno, no el tuyo.

—¿Qué quieres decir con eso? —Me quedé mirando al hombrecillo, que se parecía mucho a uno de los bultos que cargaba el caballo. Cualquiera atuendo que llevara puesto Murtagh, aunque fuera nuevo o de excelente confección, enseguida adquiriría el aspecto de haber salido del basurero.

—¿Qué clase de relación tiene Jamie con lord Lovat?

Sorprendí a Murtagh mirándome de reojo; volvió la cabeza hacia el castillo de Beaufort. Se encogió de hombros con resignación.

—Ninguna hasta ahora. El muchacho no ha hablado con su abuelo en toda su vida.

\* \* \*

—Pero ¿cómo sabes tanto sobre él si no lo conoces?

Empezaba a comprender la resistencia de Jamie a pedir ayuda a su abuelo. Después de volver a reunirse con Jamie y su caballo, este último con aspecto muy castigado, y el primero bastante irritado, Murtagh lo miró y se ofreció a ir primero a Beaufort con el animal de carga.

Después de un reconfortante almuerzo con cerveza y torta de avena, Jamie me contó que su abuelo, lord Lovat, no aprobó la elección de novia de su hijo; se había negado a bendecir la unión y a comunicarse con su hijo, o

con sus nietos, desde la boda de Brian Fraser y Ellen MacKenzie, hacía más de treinta años.

—Sin embargo, de un modo u otro supe muchas cosas de él —añadió—. Es la clase de hombre que impresiona a la gente.

—Eso supongo. —El anciano Tullibardine, uno de los jacobitas parisinos, me había dado varias opiniones sobre el líder del clan Fraser; me había parecido que quizá Brian Fraser no se había sentido desolado por la actitud de su padre. Se lo conté a Jamie y éste asintió.

—Ah, sí. No recuerdo que mi padre haya tenido mucho bueno que decir del viejo, aunque nunca le faltó al respeto. Pero no hablaba con frecuencia de él. —Se frotó el cuello, donde se veía una mancha roja de la picadura del tábano. Hacía mucho calor y se había quitado la capa para que yo me sentara encima. La conversación con el jefe del clan Fraser imponía cierta dignidad, así que Jamie llevaba una nueva falda del tipo militar con hebilla y la capa separada. Aunque abrigaba menos que la anterior, que tenía cinturón, era mucho más práctica en un apuro.

—Muchas veces me he preguntado —dijo— si mi padre fue la clase de padre que fue, debido al modo en que el viejo Simon lo trató. En aquel momento no me daba cuenta, por supuesto, pero no es muy común que un hombre demuestre sus sentimientos hacia sus hijos como lo hizo mi padre.

—Has pensado mucho al respecto —dije. Le ofrecí otra botella de cerveza; Jamie la cogió con una sonrisa que me penetró con más calidez que el débil sol otoñal.

—Sí, así es. Me preguntaba qué clase de padre sería yo con mis propios hijos, y recordaba a mi padre como el mejor ejemplo que tenía. Sin embargo también sabía, por lo poco que él decía y por lo que Murtagh me había contado, que mi abuelo no había sido como mi padre, así que pensé que cuando tuvo la oportunidad trató de hacerlo todo de otro modo.

Suspiré.

—Jamie —dije—. ¿De verdad crees que alguna vez...?

—Sí —respondió sin dejarme terminar—. Lo sé, *Sassenach*, y tú también lo sabes. Naciste para ser madre y no tengo la intención de que ninguna otra persona sea el padre de tus hijos.

—Bien, pues yo tampoco.

Se echó a reír y empujó hacia atrás mi barbilla para besarme en la boca.

—¿No crees que deberías afeitarte? —sugerí—. ¿Ya que vas a conocer a tu abuelo?

—Ah, pero ya lo he visto una vez —dijo como con aire indiferente—. Y él también me ha visto. Con respecto a su opinión de mi actual apariencia, puede aceptarme tal cual soy, o irse al diablo.

—¡Pero Murtagh me dijo que no lo conocías!

—Bueno... en realidad nunca nos presentaron. Fue así...

A los diecisiete años, el joven Jamie Fraser zarpó rumbo a Francia para finalizar su educación en la Universidad de París y para aprender todo lo que no enseñan los libros.

—Zarpé del puerto de Beaulieu —explicó—. Había otros puertos desde donde podría haber zarpado pero mi padre reservó el pasaje desde Beaulieu; y fue a despedirme.

Desde su matrimonio, Brian Fraser pocas veces había abandonado Lallybroch, y camino del puerto le señaló a su hijo diversos sitios donde había cazado o viajado cuando era niño o joven.

—Pero a medida que nos acercábamos a Beaufort se fue quedando callado. En aquel viaje no me habló de mi abuelo; y sabía que era mejor que no se lo mencionara. Sin embargo, sabía que me hacía zarpar desde Beaulieu por alguna razón.

Varios gorriones pequeños se acercaban con cautela, saltando de los arbustos bajos, listos para volverse a ocultar ante el menor atisbo de peligro. Al verlos, Jamie cogió unas migas y las arrojó con considerable exactitud en la mitad de la bandada, que echó a volar ante la repentina intrusión.

—Volverán —dijo. Luego continuó su relato.

—Oímos un rumor de caballos en el camino que baja del castillo y, cuando nos volvimos, vimos un pequeño grupo que descendía: seis jinetes y un carro; uno de ellos llevaba el estandarte de Lovat, así que supe que mi abuelo estaba entre ellos. Miré a mi padre para ver si iba a hacer algo, pero sólo sonrió, me apretó el hombro y dijo: «Subamos a bordo, muchacho».

—Pude sentir los ojos de mi abuelo sobre mí mientras bajábamos a la playa, con mi pelo y mi altura gritando a los cuatro vientos: «MacKenzie»; me alegré de llevar puestas mis mejores ropa y de no tener aspecto de

mendigo. No miré atrás, pero me erguí cuan alto era; sentí orgullo de llevarle media cabeza al hombre más alto del grupo. Mi padre caminaba a mi lado, en silencio, y tampoco me miraba, pero podía sentir que se enorgullecía de ser mi padre.

Me sonrió.

—Fue la última vez que supe que él aprobaba mis actos, *Sassenach*. Después ya no estuve tan seguro, pero me alegré por ese único día.

Se abrazó las rodillas, mirando al infinito como si reviviera la escena del muelle.

—Subimos al barco y nos presentaron al capitán. Después nos quedamos junto a la barandilla, hablando un poco de todo. Ninguno miraba a los hombres de Beaufort que descargaban los bultos, ni hacia la costa, donde estaban los jinetes. Entonces el capitán dio orden de zarpar. Besé a mi padre y él saltó la barandilla, bajó al muelle y caminó hasta su caballo. No miró atrás hasta que se montó, y entonces el barco ya había zarpado.

—Saludé a mi padre con la mano y él me respondió. Después se volvió, montando mi caballo, y regresó a Lallybroch. El grupo de Beaufort también se giró y se retiró. Pude ver a mi abuelo a la cabeza del grupo, erguido en su montura. Mi padre y mi abuelo, a veinte metros de distancia el uno del otro, ascendieron la colina y la descendieron, salieron de mi vista, y en ningún momento ninguno se volvió hacia el otro, ni actuó como si el otro estuviera presente.

Jamie giró la cabeza y miró el camino, como si buscara señales de vida provenientes de Beaufort.

—Me crucé con su mirada —dijo—. Una sola vez. Esperé a que mi padre llegara a su caballo y después miré a lord Lovat con tanta soberbia como pude. Quería que supiera que no le íbamos a pedir nada, pero que no le temía. —Sonrió—. Pero no era cierto: le temía.

Apoyé una mano sobre la suya y le acaricié los nudillos.

—¿Y él te estaba mirando?

Soltó un corto resoplido.

—Sí. Creo que no me quitó los ojos de encima desde que descendí la colina hasta que mi barco zarpó. Y cuando lo miré, allí estaba, mirándome fijamente con sus ojos negros.

Quedó en silencio, todavía mirando el castillo, hasta que lo insté a que continuara.

—¿Y qué aspecto tenía?

Apartó los ojos de la oscura masa de nubes y me miró; su expresión acostumbrada de buen humor había desaparecido de su boca y de su mirada.

—Frío como el hielo, *Sassenach* —respondió—. Frío como la piedra.

\* \* \*

Fuimos afortunados con el tiempo: hizo calor desde que partimos de Edimburgo.

—No va a durar —predijo Jamie, mirando hacia el mar—. ¿Ves aquel banco de nubes? Esta noche llegará a tierra firme. —Olió el aire y se echó la capa sobre los hombros—. ¿Hueles el aire? Se siente venir la tormenta.

—¿Habrán llegado los hombres a Lallybroch? —pregunté.

—Lo dudo. —Jamie sacudió la cabeza—. Tienen menos distancia que recorrer que nosotros, pero van a pie, y deben de haber tardado en irse. —Se irguió sobre los estribos y miró el banco de nubes—. Ojalá sólo sea lluvia, que no los molestará demasiado. Puede que no sea una tormenta grande. Quizá no llegue tan al sur.

Se había levantado la brisa y me envolví en la cálida capa. El tiempo cálido de los últimos días me había parecido un buen presagio; ojalá no estuviera equivocada.

Después de recibir la orden de Carlos, Jamie había pasado la noche entera sentado junto a la ventana de Holyrood. Y por la mañana había ido a ver primero a Carlos, para comunicarle que él y yo iríamos solos a Beaulieu, con la única compañía de Murtagh, para presentar los respetos de su alteza a lord Lovat y solicitarle el honor de proporcionarle hombres y ayuda.

Después Jamie llamó a Ross, el herrero, a nuestro dormitorio, y le dio órdenes en voz tan baja que no pude entender las palabras.

El ejército escocés viajaba con poca disciplina, en una muchedumbre heterogénea que no podía ser considerada una «columna». A lo largo de un día de marcha los hombres de Lallybroch iban a fugarse, uno por uno.

Saltarían a los arbustos como si fueran a descansar un momento o a hacer sus necesidades y no regresarían a la columna sino que se marcharían en silencio, hasta un punto de encuentro con los demás hombres de Lallybroch. Una vez juntos volverían a sus hogares bajo las órdenes de Ross.

—Dudo que los echen de menos —dijo Jamie, al discutir conmigo el plan—. La desertión es bastante común en el ejército. Ewan Cameron me dijo que su regimiento perdió veinte hombres la semana pasada. Es invierno y los hombres quieren volver a sus hogares para preparar la siembra de primavera. De todos modos, no tienen a nadie de quien prescindir para que los busque, en caso de que se note su ausencia.

—Entonces ¿te das por vencido, Jamie? —le pregunté.

—No lo sé, *Sassenach*. Quizá sea demasiado tarde; quizá no. No sé. Fue una tontería ir hacia el sur en época invernal, y más aún perder tiempo en sitiar Stirling. Pero a Carlos no lo han derrotado y algunos jefes responden a su convocatoria. Ahora los MacKenzie, más tarde otros a instancias de éstos. Ahora cuenta con el doble de hombres de los que tenía en Prestonpans. ¿Qué significará eso? —Alzó las manos, frustrado.

—No sé. No hay oposición; los ingleses están aterrorizados. Bueno, ya sabes; has visto los edictos. —Sonrió sin ganas—. Asesinamos a niños y los asamos al fuego, y deshonoramos a las esposas e hijas de hombres honrados. —Soltó un gruñido de disgusto. Aunque crímenes como el robo y la insubordinación eran comunes entre el ejército escocés, la violación era casi desconocida.

—Cameron oyó un rumor según el cual Jorge II se está preparando para escapar de Londres, por miedo a que el ejército del príncipe pronto ocupe la ciudad. —Era cierto: tal rumor le había llegado a Cameron a través de mí y a mí a través de Jack Randall—. Y están Kilmarnock y Cameron. Lochiel, Balmerino y Dougal, con sus MacKenzie. Todos buenos luchadores. Y si Lovat envía los hombres que prometió... Dios mío, tal vez sea suficiente. Y si entramos en Londres...

»Pero no puedo arriesgarme —dijo—. No puedo ir a Beaulieu y abandonar a mis hombres aquí para que los lleven Dios sabe dónde. Si estuviera yo para guiarlos... sería diferente. Pero no los dejaré a merced de Carlos o de Dougal para hacer frente a los ingleses mientras yo estoy en Beaulieu.

Y así quedó arreglado. Los hombres de Lallybroch (incluyendo a Fergus, que protestó a gritos) iban a desertar con disimulo rumbo a sus hogares. Y una vez que completáramos nuestra misión en Beaulieu y nos reuniéramos con Carlos... bueno, tendríamos tiempo suficiente para pensar.

—Por eso llevo a Murtagh con nosotros —explicó Jamie—. Si todo va bien, lo enviaré a Lallybroch para que traiga de vuelta a los hombres. —Sonrió—. No parece muy imponente sobre un caballo, pero es un buen jinete. Rápido como un relámpago.

No lo parecía en aquel momento, pensé, pero tampoco había ninguna prisa. De hecho, se movía más despacio de lo normal; cuando llegamos a la cima de una colina, lo vimos al pie de ésta, deteniendo a su caballo. Cuando lo alcanzamos, había descendido y miraba la montura del animal de carga.

—¿Qué sucede? —Jamie se dispuso a bajar de su caballo, pero Murtagh lo detuvo con un gesto de irritación.

—No, no, nada de qué preocuparse. Se ha soltado la cincha, eso es todo.

Jamie hizo un gesto de conformidad, luego seguimos.

—No está muy alegre hoy, ¿verdad? —comenté, refiriéndome a Murtagh. De hecho, el hombrecillo se volvía más irritado e impaciente cuanto más nos acercábamos a Beaulieu—. Supongo que no le gusta la idea de visitar a lord Lovat.

Jamie sonrió.

—No, Murtagh no siente ninguna simpatía por el viejo Simon. Quería mucho a mi padre; y también a mi madre. No le gustó cómo los trató Lovat. Ni tampoco aprobaba el método de Lovat para conseguir esposas. Murtagh tiene una abuela irlandesa, pero está relacionado con Primrose Campbell por el lado materno —explicó, como si ese comentario dejara todo en claro.

—¿Y quién es Primrose Campbell? —pregunté, confundida.

—Ah. Primrose Campbell fue la tercera esposa de Lovat... todavía lo es, supongo —añadió— aunque hace algunos años lo abandonó y volvió a la casa de su padre.

—Tiene éxito con las mujeres, ¿no? —murmuré.

Jamie resopló.

—Creo que puedes llamarlo así. Con su primera esposa se casó a la fuerza. Secuestró a la futura lady Lovat de su cama en mitad de la noche, se

casó y la llevó directamente a la cama. Sin embargo —añadió—, más tarde ella decidió que lo quería, así que no debió de haber sido tan malo.

—Por lo menos sería bastante divertido en la cama —dije—. Supongo que es hereditario.

Me miró sorprendido, pero luego sonrió con timidez.

—Sí, bien. De todos modos, no lo ayudó mucho. Sus sirvientas hablaron en su contra y Simon fue declarado; proscrito y tuvo que irse a Francia.

Matrimonios forzados y proscripción, ¿eh? Traté de no seguir buscando parecidos familiares, pero en mi fuero íntimo esperaba que Jamie no siguiera los pasos de su abuelo con respecto a esposas subsiguientes. Al parecer a Simon una no le había bastado.

—Fue a visitar al rey Jacobo en Roma y juró fidelidad a los Estuardo —continuó Jamie— y después fue directamente a Guillermo de Orange, rey de Inglaterra, que estaba de visita en Francia. Le hizo prometer a Jacobo que le daría títulos y propiedades si recuperaba su trono, y después (sólo Dios sabe cómo) recibió el perdón de William y pudo volver a Escocia.

Ahora me tocó a mí sorprenderme. Al parecer no se trataba solamente de atractivo para el sexo opuesto.

Simon continuó sus aventuras: más tarde volvió a Francia, esta vez para espiar a los jacobitas. Cuando lo descubrieron fue encarcelado, pero se fugó, volvió a Escocia, organizó la reunión de los clanes so pretexto de una expedición de caza en el valle de Mar en 1715 y después consiguió endilgarse todo el crédito con la corona inglesa por haber sofocado la rebelión resultante.

—Que viejo zorro, ¿eh? —dije, completamente intrigada—. Aunque no debía de ser tan viejo entonces; tendría unos cuarenta años. —Cuando supe que lord Lovat tenía unos setenta y cinco años, había esperado encontrarme con una persona decrepita y senil, pero cambié mis expectativas, en vista de tales historias.

—Mi abuelo —observó Jamie— tiene una personalidad tal que le permitiría esconderse detrás de una escalera de caracol. Pero —continuó— después se casó con Margaret Grant, la hija de Grant O'Grant. Después de su muerte se casó con Primrose Campbell. En aquella época ella tendría unos dieciocho años.

—¿Y el viejo Simon era tan buen partido para que su familia la obligara a casarse? —le pregunté.

—En absoluto, *Sassenach*. Sabía muy bien que ella no lo iba a aceptar, aunque fuera muy rico, y no lo era, así que le envió una carta diciéndole que su madre había caído enferma en Edimburgo y dándole la dirección adonde debía ir.

»La joven y hermosa señorita Campbell se apresuró a viajar a Edimburgo, pero no encontró a su madre, sino al viejo e ingenioso Simon Fraser, que la informó de que estaba en un conocido burdel y que su única esperanza de preservar su buen nombre era casarse con él enseguida.

—Debía de ser muy tonta para caer en esa trampa —dije.

—Bueno, era muy joven —dijo Jamie— y tampoco era una amenaza vana; si lo rechazaba, el viejo Simon no hubiera dudado en arruinar su reputación. De todos modos, se casó con él y lo lamentó.

—Hum. —Me puse a hacer cuentas. El encuentro con Primrose Campbell había sido sólo unos años atrás, según había dicho Jamie—. Entonces... ¿Quién fue tu abuela, la primera lady Lovat o Margaret Grant? —pregunté con curiosidad.

Los pómulos tostados por el sol y el viento se tiñeron de rojo.

—Ninguna de las dos —dijo. No me miró. Tenía los labios apretados con fuerza.

—Mi padre fue un bastardo —explicó por fin. Se irguió en la montura; sus nudillos estaban blancos de tanto apretar las riendas—. Reconocido, pero bastardo al fin. Hijo de una de las criadas del castillo Downie

—Ah —dije. Me pareció que no había mucho más que añadir.

Jamie tragó saliva; pude ver el movimiento en su garganta.

—Debí habértelo dicho antes —dijo—. Lo siento.

Toqué su brazo; estaba duro como el hierro.

—No importa Jamie —le dije—. No me importa.

—¿No? —dijo por fin—. Bueno... a mí sí.

\* \* \*

El viento que provenía del estuario de Moray invadió la colina. El paisaje era una extraña combinación de colinas y costa. El sendero que seguíamos estaba bordeado por alisos, alerces y abedules, pero a medida que nos aproximábamos al castillo de Beaufort, percibíamos el efluvio de las tierras bajas y las algas marinas.

Nos estaban esperando; los centinelas, armados con hachas, no nos detuvieron cuando atravesamos el portón. Nos miraron con curiosidad, pero al parecer sin hostilidad. Jamie iba sentado como un rey en su montura. Saludó con la cabeza a un hombre y recibió un gesto similar como respuesta. Tuve la sensación de que llevábamos la bandera blanca de tregua; no se sabía cuánto podía durar ese estado.

Seguimos cabalgando sin problemas hasta el patio del castillo, un edificio pequeño, no tan fortificado como algunos de los castillos que había visto en el sur, pero capaz de resistir muchos ataques. A lo largo de las paredes exteriores se veían, a intervalos regulares, cañones de boca ancha; además, la fortaleza contaba con cuadras que daban al patio.

En éstas había varios ponis con las cabezas por encima de la media puerta de madera, que relincharon para dar la bienvenida a nuestros caballos. Cerca de la pared había varios paquetes recién descargados.

—Lovat ha reunido a varios hombres para recibirnos —observó Jamie, mirando los paquetes—. Parientes, supongo. —Se encogió de hombros. Por lo menos son amistosos.

—¿Cómo lo sabes?

Descendió de su montura y me ayudó a bajar.

—Han dejado las espadas con el equipaje.

Jamie entregó las riendas a un palafrenero que salía de los establos para recibirnos.

—¿Y ahora qué? —murmuré a Jamie. No había señales del dueño de la casa ni de algún mayordomo; nadie parecido a la figura alegre y autoritaria de la señora Fitz Gibbons, que nos había recibido en el castillo Leoch dos años atrás.

Jamie se quedó en el centro del patio, con los brazos cruzados, inspeccionando el lugar como si fuera un comprador que alberga serias dudas sobre los drenajes.

—Ahora nos quedamos esperando, *Sassenach* —explicó—. Los centinelas ya habrán avisado que estamos aquí. O alguien viene a recibirnos... o no.

—Bien, pero que decidan pronto; tengo hambre; y no me vendría mal un baño.

—Sí, es cierto —dijo, sonriendo—. Tienes una mancha de hollín en la nariz y cardos en el pelo. No, déjalos —añadió cuando me llevé la mano al pelo—. Te quedan bien, aunque no lo hayas hecho a propósito.

No lo había hecho a propósito, pero los dejé. Sin embargo, me acerqué a un abrevadero para inspeccionar mi aspecto y mejorarlo en la medida de lo posible con un poco de agua fría.

Estábamos en una situación delicada con respecto al viejo Simon Fraser, pensé mientras me inclinaba sobre el agua y trataba de diferenciar qué manchas de mi imagen eran verdaderas y cuáles eran briznas de heno.

Por otra parte, Jamie era un emisario formal de los Estuardo. Tanto si las promesas de apoyo por parte de Lovat eran sinceras como si no, no le quedaba más remedio que recibir al representante del príncipe, aunque fuese por cortesía.

Pero dicho representante era nieto ilegítimo; y aunque estaba reconocido, no era considerado miembro de la familia. Y ya conocía bastante de luchas entre clanes para saber que era un problema que no mejoraba con el paso del tiempo.

No creía que lord Lovat nos dejara abandonados en el patio. Sin embargo, podía dejarnos el tiempo suficiente para que nos diéramos cuenta de la naturaleza dudosa de su acogida.

Después de eso... ¿quién sabe? Lo más probable era que nos recibiera lady Frances, una de las tías de Jamie, una viuda que, por lo que sabíamos de Tullibardine, manejaba los asuntos domésticos de su padre. Si éste decidía recibirnos como una misión diplomática y no como parientes, supuse que lord Lovat en persona podría aparecer para recibirnos, seguido por la pompa formal de secretario, guardias y sirvientes.

Esta última posibilidad parecía la más probable, en vista de lo que tardaba; después de todo, llevaría cierto tiempo reunir al personal necesario. Al considerar la posibilidad de que apareciera con todo su personal pensé que

no era oportuno dejarme los cardos en el pelo y volví a inclinarme en el abrevadero.

En aquel momento fui interrumpida por un ruido de pasos detrás de los pesebres. Un anciano de figura regordeta con camisa abierta y calzas desabrochadas entró en el patio, dando un violento codazo a una yegua rolliza color castaño y emitiendo un irritado *¡Tcha!* Pese a su edad, tenía la espalda erguida y los hombros casi tan anchos como los de Jamie.

Se detuvo junto al abrevadero y miró el patio como si buscara a alguien. Su mirada pasó sobre mí sin verme y volvió de repente. Dio un paso y adelantó belicosamente la cara sin afeitar.

—¿Quién diablos sois? —preguntó.

—Claire Fraser, quiero decir, lady Broch Tuarach —dije, recordando de forma tardía mi dignidad. Me recompuse y me enjuagué una gota de agua de la barbilla—. ¿Y quién diablos sois vos? —pregunté.

Una mano firme me cogió del codo y una voz resignada dijo.

—Es mi abuelo. Milord, os presento a mi esposa.

—¿Eh? —dijo lord Lovat, mirándome con sus fríos ojos azules—. Supe que te habías casado con una inglesa. —Su tono dejó en claro que dicho acto confirmaba sus peores sospechas con respecto al nieto que nunca conoció.

Alzó una ceja gris en mi dirección y transfirió su mirada de lince a Jamie.

—Parece que no tienes más sensatez que tu padre.

Vi que Jamie retorcía las manos, resistiendo el impulso de convertirlas en puños.

—Por lo menos no tuve necesidad de tomar esposa con violaciones o trampas —observó.

Su abuelo gruñó, imperturbable ante el insulto. Me pareció ver que fruncía el morro.

—Sí, pero no hiciste muy buen negocio —observó—. Aunque por lo menos ésta es menos costosa que esa ramera MacKenzie de la que se enamoró Brian. Si esta extranjera no te da nada, por lo menos su aspecto dice que te costó poco. —Los ojos azules rasgados, tan parecidos a los de Jamie, recorrieron mi vestido manchado por el viaje, observando el dobléz descosido, la costura deshecha y las manchas de barro de la falda.

Pude percibir que una fina vibración recorría a Jamie, pero no sabía si era de ira o de risa.

—Gracias —dije, con una sonrisa amistosa—. Tampoco como mucho. Pero me vendría bien un poco de agua, Sólo agua; no os molestéis por el jabón, si es muy caro.

Esta vez la sonrisa fue segura.

—Sí, ya veo —dijo lord Lovat—. Enviaré una criada a vuestra alcoba. Y también jabón. Nos veremos en la biblioteca antes de la cena... nieta —añadió mirando a Jamie. Volvió sobre sus talones y desapareció bajo la arcada.

—¿Quiénes son los demás? —pregunté.

—Simon hijo, supongo —respondió Jamie—. El heredero del viejo. Algún que otro primo, tal vez. Y algunos de los herradores, me imagino, a juzgar por los caballos que hay en el patio. Si Lovat está considerando unirse a los Estuardo, sus herradores y arrendatarios tienen que opinar.

—¿Has visto alguna vez un gusano en medio de las gallinas? —murmuró Jamie mientras atravesábamos el vestíbulo una hora después, detrás de un sirviente—. Ese soy yo; o mejor dicho, nosotros. Ahora quédate cerca de mí.

Se habían congregado todas las ramas del clan Fraser. Cuando nos hicieron pasar a la biblioteca del castillo de Beaufort, encontramos a más de veinte hombres sentados.

Jamie fue presentado formalmente y pronunció un discurso formal a favor de los Estuardo, presentando los respetos del príncipe Carlos y del rey Jacobo a lord Lovat y apelando a su ayuda; el anciano respondió, brevemente y sin comprometerse. Una vez cumplidas las normas de etiqueta fui presentada. La atmósfera se volvió un tanto más relajada.

Varios caballeros se turnaron para intercambiar palabras de bienvenida conmigo mientras Jamie conversaba con alguien llamado Graham, que parecía ser primo de lord Lovat. Los herradores me miraron con cierta reserva, pero fueron corteses... con una excepción.

El joven Simon, muy parecido a su padre en cuanto a su forma regordeta, pero casi cincuenta años más joven, se me acercó y se inclinó sobre mi mano. Enderezándose, me observó con una atención que rozaba el límite de la

descortesía.

—La esposa de Jamie, ¿eh? —preguntó. Tenía los ojos rasgados de su padre y de Jamie, pero los suyos eran castaños—. Supongo que os puedo llamar «sobrina», ¿no es así? —Era casi de la edad de Jamie, claramente menor que yo.

—Ja-ja —dije, mientras él se reía de su ingenio. Intenté liberar mi mano, pero no la soltaba. En cambio sonrió jovialmente, volviendo a echarme una ojeada.

—He oído hablar de vos —dijo—. Gozáis de cierta fama en las Tierras Altas, señora.

—¿Ah, sí? Qué bien. —Intenté soltar mi mano con disimulo; en respuesta, me apretó tanto la mano que casi me dolió.

—Ah, sí. He oído que sois muy popular entre los hombres que manda vuestro esposo —dijo con una sonrisa exagerada—. Me han dicho que os llaman *neo-geimnidh meala*, que significa «Señora labios de miel» —tradujo, al ver mi expresión confusa ante el poco familiar gaélico.

—Bueno, gracias... —empecé, pero no pude terminar de hablar pues el puño de Jamie se estrelló contra la mandíbula de Simón hijo y arrojó a su tío contra una mesa, desparramando con un terrible estruendo las confituras y cucharas por el suelo.

Aunque se vestía como un caballero, tenía los instintos de un bravucón. El joven Simon se arrodilló con los puños apretados, y allí se quedó. Jamie se puso encima de él; su tranquilidad era peor que una amenaza abierta.

—No —dijo— ella no sabe mucho gaélico. Y ahora que lo has confirmado para satisfacción de todos, pedirás disculpas a mi esposa antes de que te patee los dientes y tengas que tragártelos. —El joven Simon fulminó con la mirada a Jamie y después miró a su padre, que asintió, al parecer impaciente ante la interrupción. El desgredado pelo negro del joven Fraser se había desatado y le colgaba como moho de árbol alrededor de la cara. Miró a Jamie con cautela, pero con una extraña mezcla de diversión y respeto. Se pasó el dorso de la mano por la boca y me hizo una reverencia, todavía de rodillas.

—Os pido disculpas, señora Fraser, y perdón por cualquier ofensa que os pueda haber infligido.

No pude hacer otra cosa que asentir antes de que Jamie me condujera al corredor. Casi habíamos llegado a la puerta cuando hablé, mirando hacia atrás para comprobar que no nos oyeran.

—¿Qué diablos significa *neo-geimnidh meala*? —pregunté, tirándole de la manga para que caminara más lento. Me miró; como si acabara de verme.

—¿Eh? Ah, significa labios de miel, como te dijo. Más o menos.

—Pero...

—No se refería a tu boca, *Sassenach* —dijo Jamie con sequedad.

—Pero, ese... —Quise regresar al estudio pero Jamie me detuvo.

—No te preocupes. Sólo me están probando. Está todo bien —murmuró en mi oído.

Me dejó al cuidado de lady Frances, la hermana de Simon hijo y regresó a la biblioteca con los hombros erguidos para dar batalla. Deseé que no golpeará a más parientes; aunque los Fraser no eran tan grandes como los MacKenzie, estaban siempre al ataque, actitud que no convenía a nadie que intentara algo en su contra.

Lady Frances era joven, tal vez de unos veintidós años. Parecía estar fascinada y aterrorizada por mí, como si yo fuera a saltar sobre ella si no me aplacaba continuamente con té y pasteles. Me esforcé por parecer lo más agradable e inofensiva posible. Poco tiempo después, se relajó lo suficiente para confesarme que nunca antes había conocido a una mujer inglesa. «Mujer inglesa», según supuse, era una especie exótica y peligrosa.

Tuve cuidado de no hacer ningún movimiento repentino y, al cabo de un rato, se sintió más cómoda y me presentó tímidamente a su hijo, un robusto chiquillo de unos tres años, conservado en un estado de limpieza sobrenatural por la constante vigilia de una sirvienta de cara muy seria.

Les estaba hablando a Frances y a su hermana menor Aline de Jenny y su familia, a quienes no conocían, cuando de repente se oyó un ruido y un grito en el corredor. Me puse en pie de un salto y llegué a la puerta de la sala a tiempo para ver un montón de ropa que trataba de ponerse en pie en el corredor de piedra. La pesada puerta de la biblioteca estaba abierta y la figura regordeta y malévola de Simon Fraser padre se recortaba en el vano.

—Lo pasarás peor, muchacha, si no te esfuerzas más —dijo. Su tono no era particularmente amenazador; se limitaba a exponer un hecho. La figura se

puso en pie y levantó la cabeza; vi un rostro extraño, anguloso y bonito, con grandes y oscuros ojos que resaltaban sobre la mancha roja que se le estaba formando en el pómulo. Ella me vio, pero no hizo ningún gesto de reconocimiento. Se limitó a ponerse de pie y a irse apresurada, sin pronunciar palabra. Era muy alta y delgada en extremo, y se movía con la gracia extraña y un poco torpe de una cigüeña.

Me quedé mirando al viejo Simon, cuya silueta se recortaba contra la luz del fuego de la biblioteca situada a sus espaldas. Sintió que lo miraba y volvió la cabeza para mirarme. Los viejos ojos azules se posaron en mí, fríos como zafiros.

—Buenas tardes, querida —dijo, y cerró la puerta.

Me quedé mirando la oscura puerta de madera.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunté a Frances.

—Nada —dijo, mojándose los labios, nerviosa—. Vámonos, sobrina. — La dejé que me llevara, pero decidí que más tarde le preguntaría a Jamie qué había sucedido en la biblioteca.

Llegamos a la alcoba que nos habían asignado. Jamie despidió a nuestro pequeño guía con una palmadita.

Me dejé caer en la cama, mirando con impotencia a mi alrededor.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunté. La cena, había pasado sin pena ni gloria, pero de vez en cuando había sentido la mirada de Lovat posada sobre mí.

Jamie se encogió de hombros, quitándose la camisa por la cabeza.

—No tengo ni la menor idea —respondió—. Me preguntaron el estado del ejército escocés, la condición de las tropas, qué sabía de los planes de su alteza. Les respondí. Y después volvieron a preguntarme todo otra vez. Mi abuelo nunca piensa que alguien le da una respuesta directa —añadió fríamente—. Cree que todo el mundo es tan retorcido como él, que tiene una docena de motivos diferentes para cada ocasión.

Sacudió la cabeza y arrojó la camisa en la cama.

—No puede saber si le estoy mintiendo con respecto al estado del ejército. Pues si yo quisiera que él se uniera a los Estuardo, le contaría las cosas mejor de lo que son, y si no me importara personalmente, entonces

diría la verdad. Y no piensa comprometerse hasta que crea saber dónde estoy yo.

—¿Y cómo piensa averiguar si estás diciendo la verdad? —pregunté con escepticismo.

—Tiene una vidente —respondió como si hablara de uno de los muebles del castillo. En lo que a mí respectaba, lo era.

—¿De veras? —Me incorporé en la cama, intrigada—. ¿Es esa mujer tan extraña que sacó a patadas al corredor?

—Sí. Se llama Maisri y posee el don desde que nació. Pero no pudo decirle nada... o no quiso —añadió—. Era evidente que ella sabía algo, pero lo único que hacía era sacudir la cabeza y decir que no podía ver. Entonces fue cuando mi abuelo perdió la paciencia y la golpeó.

—¡Maldito bastardo! —exclamé, indignada.

—Bueno, no es un perfecto caballero —admitió Jamie.

Vertió agua en una palangana y empezó a lavarse la cara. Levantó la mirada, sorprendido y chorreando agua, al oír mi exclamación.

—¿Qué?

—Tu estómago... —dije, señalándolo. Entre el esternón y la falda tenía una enorme contusión que se extendía como un feo y enorme capullo sobre su piel clara.

Jamie miró hacia abajo.

—Ah, eso —dijo con indiferencia, y continuó lavándose.

—Sí, eso —repetí, levantándome para mirarlo de cerca—. ¿Qué pasó?

—No importa —dijo—. Esta tarde hablé un poco rápido y mi abuelo hizo que el joven Simon me diera una pequeña lección.

—¿Así que hizo que un par de Frasers te sostuvieran mientras él te golpeaba en el estómago? —pregunté, sintiendo náuseas.

Haciendo a un lado la toalla, Jamie cogió la camisa de noche.

—Muy halagador de tu parte pensar que sólo se necesitaron dos para sostenerme —dijo, sonriendo mientras metía la cabeza por la abertura—. En realidad fueron tres; uno me cogió por detrás.

—¡Jamie!

Se echó a reír, sacudiendo la cabeza apenado mientras echaba hacia atrás el cobertor.

—No sé qué pasa contigo, que siempre quieres que alardee para ti. Supongo que querrás que me maten uno de estos días, tratando de impresionarte. —Suspiró—. Es sólo actuación, no debes preocuparte.

—¡Actuación! ¡Por Dios, Jamie!

—¿Acaso no has visto nunca a un perro extraño unirse a una jauría? Los otros lo huelen, le muerden las patas y gruñen para ver si se acobarda, les devuelve el gruñido. A veces se muerden, a veces no, pero al final cada perro de la jauría conoce su lugar y sabe quién es el líder. El viejo Simon quiere asegurarse de que sé quién manda en su jauría; eso es todo.

—¿Ah, sí? ¿y lo sabes? —Me acosté, esperando que él también se acostara. Cogió la vela y me miró.

—Puuuf —dijo, y sopló la vela.

Durante los dos días siguientes sólo vi a Jamie por la noche. Durante el día estaba siempre con su abuelo, cazando o cabalgando. (Lovat era un hombre vigoroso pese a su edad) o bebiendo en el estudio, mientras el Viejo Zorro lentamente sacaba conclusiones y daba forma a sus planes.

Yo pasaba la mayor parte del tiempo con Frances y las demás mujeres. Fuera de la sombra de su temible y anciano padre, Frances recobró suficiente coraje para hablar por su cuenta y resultó ser una compañera inteligente e interesante. Tenía que administrar el castillo y su personal, pero cuando su padre aparecía en escena, pasaba a ser insignificante y rara vez alzaba la mirada. No la culpaba.

Dos semanas después de nuestra llegada, Jamie fue a buscarme a la salita donde estaba sentada con Frances y Aline, diciéndome que lord Lovat quería verme.

El viejo Simon señaló con gesto indiferente unas botellas que había en la mesa y después se sentó. La silla se adaptaba a su figura corta y robusta como si hubiese sido construida a su medida; me pregunté si así habría sido o si, de tanto usarla, Lovat había adquirido la forma de la silla.

Me senté en silencio en un rincón con mi copa de oporto y me mantuve callada mientras Simon preguntaba a Jamie una vez más acerca de la situación y las perspectivas de Carlos Estuardo.

Por vigésima vez en una semana, Jamie informó pacientemente del

número de tropas, la estructura de mando (si es que existía) el armamento de que se disponía y su condición (en su mayor parte pobre); qué posibilidades había de que a Carlos se le uniera lord Lewis Gordon de Farquharson, qué había dicho Glengarry después de Prestonpans, qué sabía o deducía Cameron del movimiento de las tropas inglesas, por qué Carlos había decidido marchar hacia el sur, etcétera. Me di cuenta que me estaba durmiendo sobre mi copa y me sacudí para despertarme justo a tiempo para evitar que el líquido color rubí se me derramara en la falda.

—... y tanto lord George Murray como Kilmarnock opinan que su alteza haría mejor en replegarse a las Tierras Altas durante el invierno —concluía Jamie, dando un enorme bostezo. Incómodo en la silla que le habían dado, se levantó y se estiró.

—¿Y tú qué piensas? —Los ojos del viejo Simon brillaron bajo sus párpados entrecerrados. El fuego brillaba en la chimenea; Frances había apagado el fuego del corredor principal, cubriéndolo con trozos de turba, pero éste había sido atizado por orden de Lovat con madera. El aroma a resina de pino era penetrante y se mezclaba con el olor a humo.

La luz proyectaba la sombra de Jamie en la pared. El pequeño estudio estaba cerrado y oscuro, con la ventana tapada por la noche... muy diferente del cementerio abierto y soleado donde Colum le había hecho la misma pregunta. Y la situación había cambiado; Carlos ya no era el líder popular a quien los jefes de los clanes consultaban; tenía que enviar a por los jefes, llamándolos a sus obligaciones. Pero la forma del problema era el mismo: oscura, amorfa, pendiendo como una sombra sobre nosotros.

—Ya te he dicho lo que pienso... una docena de veces o más. —Jamie habló bruscamente. Movié los hombros con impaciencia, encogiéndolos como si la chaqueta le quedara pequeña.

—Ah, sí. Me lo has dicho. Pero esta vez quiero la verdad. —El anciano se acomodó en su silla, con las manos entrelazadas sobre el vientre.

—¿De veras? —Jamie emitió una risilla y se volvió para mirar a su abuelo. Se inclinó sobre la mesa, con las manos en la espalda. Pese a la diferencia de postura y figura, hubo cierta tensión entre los dos hombres que los hizo parecidos. Uno alto y el otro bajo, pero ambos fuertes, obstinados y determinados a ganar aquella partida.

—¿Acaso no soy tu pariente? ¿Y tu jefe? Yo dirijo tu lealtad, ¿no es así?

Ése era el punto. Colum, tan acostumbrado a la debilidad física, había conocido el secreto de utilizar la debilidad de otro hombre en su propio beneficio. Simon Fraser, fuerte y vigoroso pese a su avanzada edad estaba acostumbrado a salirse con la suya por medios más directos. Pude ver, por la sonrisa de Jamie, que él también comparaba la petición de Colum con la exigencia de su abuelo.

—¿De veras? No recuerdo haberte hecho ningún juramento.

De las cejas de Simon sobresalían varios pelos largos y rígidos. Éstos temblaron a la luz del fuego, aunque no supe si de indignación o de risa.

—¿Un juramento? ¿Acaso no corre por tus venas la sangre de los Fraser? La boca de Jamie se torció al responder.

—Dicen que un niño sabio reconoce a su propio padre, ¿no? Mi madre era una MacKenzie; es lo único que sé.

La cara de Simon enrojeció y se le juntaron las cejas. Después abrió la boca y estalló en carcajadas. Se rió hasta que tuvo que enderezarse en la silla e inclinarse hacia delante, farfullando y ahogándose. Por último, golpeando con una mano el brazo de la silla, se metió la otra en la boca y se quitó la dentadura postiza.

—*¡Pod Dioz!* —farfulló, jadeando y resollando. Con el rostro lleno de lágrimas y saliva, palpó ciegamente en la mesita que había junto a su silla y dejó caer los dientes en un plato. Los dedos agarrotados se cerraron en una servilleta de tela y la apretó contra su cara, emitiendo sonidos parecidos a la risa mientras se secaba.

—*Pod Cdisto, mushasho* —dijo por fin—. *Pázame el whizky.*

Jamie alzó las cejas, cogió la botella y se la pasó a su abuelo, quien le quitó la tapa y bebió un buen trago sin molestarse en verterlo en una copa.

—*¿Creez que no erez un Frazer?* —dijo—. ¡Ja! —se reclinó una vez más; el estómago subía y bajaba rápidamente mientras recobraba el aliento. Señaló a Jamie con un dedo largo y delgado.

—*Tu pdopio pade ze padó en el mizmo zitio donde tú eztáz ahoda, y me dijo lo mizmo que tú el día que abandonó pada ziempe el castillo de Beaufort.* —El anciano se estaba calmando; tosió varias veces y se enjugó la cara otra vez.

—¿Zabíaz que intenté impedid que tuz padez se cazadan diciendo que el hijo de Ellen MacKenzie no eda de Bdian?

—Sí, lo sabía. —Jamie se inclinó sobre la mesa otra vez, mirando a su abuelo con los ojos entrecerrados.

Lord Lovat dio un gruñido.

—No didé que ziempre ha habido buena voluntad entre yo y loz míoz, pedo conozco a miz hijoz. Y a miz nietoz —añadió—. Que me lleve el diablo zi cdeyeda que alguno de elloz puede zed un codnudo.

A Jamie no se le movió un pelo, pero no pude evitar alejar mi mirada del anciano. Me quedé mirando los dientes postizos; la sucia madera de haya brillaba entre las migas de torta. Afortunadamente lord Lovat no se dio cuenta.

El anciano continuó hablando, otra vez serio.

—Ahora bien. Dougal MacKenzie de Leoch ze ha decladado pod Cadloz. ¿Lo conzidedaz tu jefe? ¿Ez ezo lo que me quiedez decid: que le haz pdeztado judamento?

—No. No he prestado juramento a nadie.

—¿Ni ziquieda a Cadloz? —El anciano pensó con rapidez; se abalanzó sobre esta posibilidad como un gato sobre un ratón. Casi pude verle menear la cola cuando miró a Jamie; los ojos rasgados y profundos brillaban bajo los arrugados párpados.

La mirada de Jamie estaba fija en las llamas.

—No me lo ha pedido. —Era cierto. Carlos no había tenido necesidad de pedirle juramento a Jamie; dicha necesidad fue anulada al firmar por Jamie el Acta de Asociación. Sin embargo, yo sabía que el hecho de no haberle dado su palabra era importante para Jamie. Al menos, si traicionaba a Carlos, no sería a un hecho reconocido por él. La idea de que el mundo supiera que dicho juramento podía existir era un asunto de menor importancia.

Simon volvió a gruñir. Sin su dentadura postiza, la nariz y la barbilla se juntaban y la parte inferior de su cara parecía extrañamente corta.

—Entonzez nada te impide pdeztadme judamento como jefe de tu clan — dijo con calma. La cola era menos visible, pero todavía estaba allí. Casi podía oír sus pensamientos, caminando con sigilo. Si Jamie le juraba lealtad a él en lugar de a Carlos, el poder de Lovat se vería incrementado. También su

riqueza, gracias a la porción de los ingresos de Lallybroch que podría reclamar como jefe del clan. La perspectiva de ser duque se acercaba cada vez más, brillando a través de la niebla.

—Nada excepto mi propia voluntad —coincidió Jamie—. Pero ése es un detalle sin importancia, ¿no? —Los ojos se entrecerraron aún más.

—Bien. —Los ojos de Lovat estaban casi cerrados y sacudió la cabeza lentamente—. *Ah, zi, mushasho, edez hijo de tu pade. Obztinado como una piedra y doblemente eztúpido. Debí haber sabido que Brian no engendraría otra coza que tontoz de esa proztituta.*

Jamie se acercó a la mesita y cogió la dentadura postiza.

—Será mejor que te los pongas, viejo tonto —dijo con brusquedad—. No entiendo una palabra de lo que dices.

La boca de su abuelo se agrandó en una sonrisa sin humor que exhibió un único diente amarillento en la mandíbula inferior.

—¿No? —dijo—. *¿Podráz entended mi trato?* —Me echó un rápido vistazo, como un elemento más de negociación—. *Tu juramento por el honor de tu ezpoza, ¿qué te parece?*

Jamie se echó a reír, con la dentadura todavía en la mano.

—¿Ah, sí? ¿Pretendes forzarla delante de mis ojos, abuelo? —Lo miró con desprecio, con la mano sobre la mesa—. Adelante, y cuando ella haya terminado contigo, enviaré a la tía Frances a que recoja tus pedazos.

Su abuelo lo miró con calma.

—*Yo no, mushasho.* —La boca sin dientes dibujó una sonrisa al volver la cabeza para mirarme—. *Aunque ganaz no me faltarían.* —Me habría gustado echar mi capa sobre mis pechos para protegerse de la malicia de sus ojos oscuros; por desgracia no la llevaba puesta.

—¿Cuántoz hombrez hay en Beaufort, Jamie? ¿Cuántoz, que querrían uzar a tu zazzenach pada lo único que zidve? No puedez cuidarla día y noche.

Jamie se enderezó lentamente. Su enorme sombra siguió sus movimientos sobre la pared. Miró a su abuelo con cara inexpresiva.

—Oh, no creo que deba preocuparme, abuelo —dijo con suavidad—. Mi esposa es una mujer rara. Una hechicera, ¿sabes? Una Dama Blanca, como Dame Aliset.

Nunca había oído hablar de Dame Aliset, pero evidentemente lord Lovat

sí; giró la cabeza con brusquedad para mirarme con los ojos desorbitados por el miedo. Abrió la boca, pero antes de que pudiera hablar, Jamie continuó hablando, con un tono de malicia claramente audible.

—Al hombre que la tome en abrazo impuro se le marchitarán las partes privadas como una manzana azotada por la escarcha —dijo— y su alma arderá eternamente en el infierno. —Le enseñó los dientes a su abuelo y retiró la mano—. Así. —La dentadura postiza cayó en medio del fuego y de inmediato comenzó a chisporrotear.

*La maldición de la vidente*

La mayoría de los escoceses de las Tierras Bajas se habían convertido al presbiterianismo hacía dos siglos. Algunos de los clanes de las Tierras Altas los habían imitado pero otros, como los Fraser y los MacKenzie, habían conservado su fe católica. En especial los Fraser, que tenían fuertes vínculos familiares con la Francia católica.

Había una pequeña capilla en el castillo de Beaufort para uso del conde y su familia, pero el Priorato de Beaulieu, arruinado como estaba, seguía siendo el cementerio de los Lovat, y el suelo del antealtar estaba repleto de lápidas planas.

Era un sitio pacífico por el que me gustaba pasear pese al clima frío y ventoso. No sabía si el viejo Simon me había amenazado de verdad, o si el hecho de que Jamie me comparara con Dame Aliset (que resultó ser una curandera legendaria, el equivalente escocés de la Dama Blanca) había sido suficiente para poner fin a la amenaza. Pero pensaba que no era probable que alguien me atacara entre las tumbas de los difuntos Fraser.

Una tarde, pocos días después del incidente en la biblioteca, atravesé un hueco de la ruinoso pared del priorato y vi que no estaba sola. La mujer alta que había visto fuera de la biblioteca estaba allí, reclinada en una de las tumbas de piedra roja, con los brazos cruzados para darse calor y las largas piernas estiradas, como una cigüeña.

Me dispuse a retirarme, pero ella me vio y me llamó.

—¿Vos debéis de ser lady Broch Tuarach? —dijo, aunque su pregunta fue más bien retórica.

—Así es. Y vos sois... ¿Maisri?

Una sonrisa le iluminó el rostro; éste era raro, algo asimétrico, como una pintura de Modigliani, y su pelo era largo y negro con algunos mechones grises aunque aún era joven. Vidente, ¿eh? Tenía todo el aspecto de serlo.

—Sí, tengo el don —dijo sonriendo.

—También leéis la mente, ¿no? —pregunté.

Se echó a reír; el sonido se perdió con el viento.

—No, señora. Pero leo el rostro, y...

—Y el mío es un libro abierto —dije, resignada.

Permanecimos en silencio un momento, observando el aguanieve que caía sobre la espesa hierba del cementerio.

—Dicen que sois una Dama Blanca —dijo Maisri. Sentí que me miraba fijamente, pero sin el nerviosismo que parecía tan común a dicha observación.

—Eso dicen —coincidí.

—Ah. —No volvió a hablar; sólo se miró los pies, largos y elegantes, con medias de lana y sandalias de cuero. Mis propios pies, que estaban más abrigados, estaban muy fríos, y pensé que los de ella se estarían congelando si hacía rato que estaba allí.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté. El priorato era un sitio acogedor con buen tiempo, pero no era muy recomendable en la fría nevisca.

—Vengo a pensar —respondió. Sonrió, pero era evidente que estaba preocupada. Fueran cuales fuesen sus pensamientos, no eran muy agradables.

—¿A pensar en qué? —pregunté, levantándome para sentarme sobre la tumba junto a ella. Sobre la lápida se veía la gastada figura de un caballero, con la espada apretada contra su pecho.

—¡Quiero saber por qué! —explotó. Su delgado rostro de repente se mostró indignado.

—¿Por qué, qué?

—¡Por qué! ¿Por qué puedo ver lo que va a suceder, cuando humanamente no puedo hacer nada para modificarlo o detenerlo? ¿De qué

sirve un don semejante? No es un don, sino una maldición, aunque no he hecho nada para merecerla.

Se volvió y miró la tumba de Thomas Fraser.

—¡Sí, y quizá es tu maldición, viejo tonto! ¡Tú y el resto de tu maldita familia! ¿Alguna vez lo habéis pensado? —preguntó de repente, volviéndose hacia mí. Sus cejas se arquearon sobre los ojos castaños, que brillaban con furia.

—¿Alguna vez habéis pensado que quizá no sea en absoluto el destino el que nos hace lo que somos? ¿Que tal vez una persona tiene el don o el poder sólo porque le es necesario a otra persona, y no tiene nada que ver con ella, excepto que es esa persona y no otra la que lo tiene, y debe sufrir por ello? ¿Alguna vez lo habéis pensado?

—No lo sé —dije—. O sí, me lo he preguntado. ¿Por qué yo? Me hago esa pregunta siempre, por supuesto. Pero nunca he dado con una respuesta satisfactoria. Vos pensáis que tal vez poseéis el don porque es una maldición para los Fraser... ¿saber cuándo van a morir? Es una idea terrible.

—Es un infierno —dijo.

—¿Qué opináis? —me preguntó de repente—. ¿Se lo digo?

Quedé sorprendida.

—¿Ah quién? ¿A lord Lovat?

—Sí. Me pregunta qué veo y me golpea cuando le respondo que nada. Él lo sabe; puede ver en mi rostro que he tenido una visión. Pero es el único poder que tengo: el de no responder. —Los largos dedos blancos surgieron de entre la capa, jugando con los pliegues.

—Siempre existe la posibilidad, ¿no es verdad? —dijo—. Existe la posibilidad de que si lo digo las cosas sean diferentes. De vez en cuando ocurre. Le dije a Lachlan Gibbon que había visto a su yerno envuelto en algas marinas y con las anguilas debajo de su camisa. Lachlan me escuchó y fue directamente a hacerle un agujero al bote de su yerno. —Se echó a reír al recordar—. ¡Por Dios, lo que hubo que hacer para arreglarlo! Pero cuando vino la gran tormenta la semana siguiente, se ahogaron tres hombres, y el yerno de Lachlan estaba a salvo en casa, arreglando su bote. Y cuando volví a verlo tenía la camisa seca y ya no tenía algas en el pelo.

—A veces sucede —dije.

—A veces —repitió, asintiendo. Lady Sarah Fraser yacía a sus pies, con una calavera cruzada con dos huesos. *Hodie mihi cras tibi*, rezaba la inscripción. *Sic transit gloria mundi*. Hoy es mi turno; mañana el tuyo. Y así pasa la gloria del mundo.

—A veces, no. Cuando veo a un hombre envuelto en una mortaja, sobreviene la enfermedad... y no hay nada que pueda hacerse.

—Tal vez —dije. Me miré las manos, extendidas sobre la piedra junto a mí. Sin medicinas, ni instrumentos, ni conocimiento... sí, entonces la enfermedad era el destino, y nada podía hacerse. Pero si había un médico cerca y tenía los elementos para curarla... ¿era posible que Maisri viera la sombra de una enfermedad aproximándose como un síntoma real, como la fiebre o una erupción? ¿Que sólo la falta de medicinas convirtiera la lectura de dichos síntomas en una sentencia de muerte? Nunca lo sabría.

—Nunca podremos saberlo —dije—. No se sabe. Sabemos cosas que otras personas no saben y no podemos decir por qué ni cómo. Pero poseemos el don... y tenéis razón: es una maldición. Pero si se tiene el conocimiento... y puede prevenir el daño... ¿Creéis que puede causarlo?

Maisri sacudió la cabeza.

—No puedo responder. Si supierais que vais a morir pronto, ¿haríais algo? ¿Y serían sólo cosas buenas, o aprovecharíais la última oportunidad que os queda para hacer daño a vuestros enemigos, daño que de otro modo no haríais?

—No lo sé. —Permanecemos en silencio.

—A veces sé que hay algo —dijo Maisri de repente— pero puedo apartarlo de mi mente, puedo no verlo. Fue lo que pasó con su excelencia; supe que había algo, pero conseguí no verlo. Después él me hizo mirar y pronunciar el hechizo para que la visión se volviera clara. Y así lo hice. Él estaba delante del fuego, pero era de día, se veía con claridad. Había un hombre detrás de él, quieto como un árbol, que tenía el rostro cubierto de negro. Y frente al rostro de su excelencia cayó la sombra de un hacha.

Maisri habló con indiferencia, pero sentí un escalofrío en la espalda. Por fin suspiró y se volvió hacia mí.

—Bueno, se lo diré y que haga lo que quiera. No puedo condenarlo ni salvarlo. Es su elección... y que Dios lo ayude.

Se volvió para retirarse; salí de la tumba y me detuve sobre la lápida de lady Sarah.

—Maisri —la llamé.

—¿Sí?

—¿Qué ves, Maisri? —pregunté y me quedé esperando.

Ella me miró de hito en hito. Por fin sonrió levemente, asintiendo.

—No veo nada más que a vos, señora —dijo con suavidad—. Sólo estáis vos.

Se volvió y desapareció entre los árboles.

No puedo ni condenar ni salvar. Pues no tengo otro poder que el conocimiento, ninguna habilidad para doblegar a otros a hacer mi voluntad, ningún modo de impedirles que hagan lo que quieran.

Sacudí la nieve de mi capa y me volví para seguir a Maisri por el camino, compartiendo su amargo conocimiento de que sólo estaba yo. Y yo no era suficiente.

La actitud del viejo Simon fue la misma en el curso de las siguientes dos o tres semanas, pero me imaginé que Maisri había mantenido su intención de contarle su visión. Aunque parecía a punto de convocar a los herradores y arrendatarios para marchar, de repente se echaba atrás, diciendo que no había prisa después de todo. Tal indecisión enfurecía al joven Simon, que ardía en deseos de ir a la guerra y cubrirse de gloria.

—No es una cuestión urgente —dijo el viejo Simon por enésima vez—. Tal vez será mejor esperar a la primavera.

—¡Antes de la primavera podrían estar en Londres! —El joven Simon fulminó con la mirada a su padre—. ¡Si no quieres ir tú, déjame a mí llevar a los hombres para que se unan al príncipe!

Lord Lovat gruñó.

—Eres demasiado impaciente —dijo— pero no eres sensato. ¿Nunca aprenderás a esperar?

—¡Ya pasó el tiempo de esperar! —dijo Simon—. Los Cameron, los MacDonald, los MacGillivray... todos han estado allí desde el principio. ¿Vamos a llegar al final, como mendigos, y quedar en segundo lugar después de Clanranald y Glengarry? ¡Maldita la oportunidad que tendrás entonces de

conseguir un ducado!

La boca de Lovat era grande y expresiva; incluso en la ancianidad, conservaba cierto humor. Pero en aquel momento no se notaba. Apretó los labios, observando a su heredero sin ningún entusiasmo.

—Si te casas con prisa, tendrás toda la vida para arrepentirte —dijo—. Y es más cierto al elegir un arrendatario que un hijo. Uno puede deshacerse de una mujer.

El joven Simon gruñó y miró a Jamie en busca de apoyo. En los dos últimos meses, su hostilidad inicial había dado paso a un respeto ante la evidente experiencia que tenía su pariente bastardo en el arte de la guerra.

—Jamie dice... —empezó.

—Sé muy bien lo que Jamie dice —lo interrumpió el viejo Simon—. Lo ha dicho muchas veces. Tomaré una decisión a su debido tiempo. Pero recuerda, muchacho: cuando se trata de involucrarse en una guerra, no se pierde nada esperando.

—Esperando a ver quién gana —murmuró Jamie.

—Diste tu palabra a los Estuardo —continuó el joven Simon—. No querrás romperla, ¿no? ¿Qué dirá la gente de tu honor?

—Lo mismo que dijeron en el año 15 —respondió su padre con calma—. La mayoría de los que «dijeron cosas» están muertos, en bancarrota o mendigando en Francia. Y yo sigo aquí.

—Pero... —Simon hijo estaba rojo de rabia, el resultado normal de este tipo de conversación con su padre.

—Basta —interrumpió bruscamente el viejo conde. Sacudió la cabeza mientras miraba a su hijo con los labios apretados—. ¡Cristo Santo! A veces desearía que Brian no hubiera muerto. Sería un estúpido, pero por lo menos sabía cuándo dejar de hablar.

Tanto Simon hijo como Jamie se pusieron rojos de ira pero, después de mirarse el uno al otro, volvieron a prestar atención a la comida.

—¿Y tú qué miras? —gruñó lord Lovat, al ver que yo lo miraba.

—A vos —dije—. No tenéis buen aspecto. —Era cierto. Aunque de altura mediana, con los hombros caídos y anchos, era un hombre de aspecto sólido. Sin embargo, últimamente parecía como si hubiese encogido un poco. Las bolsas arrugadas debajo de los ojos se le habían oscurecido y tenía la piel

pálida.

—¿Ah, sí? —gruñó—. ¿Y por qué no? No descanso cuando duermo, ni estoy tranquilo cuando estoy despierto. No es de sorprender que no parezca un recién casado.

—Pero sí que lo pareces, padre —comentó el joven Simon con malicia—. Un recién casado al final de su luna de miel, agotado.

—¡Simon! —exclamó lady Frances. Un rumor de risas se extendió por la mesa ante la ocurrencia; hasta lord Lovat sonrió.

—¿Sí? Bueno, preferiría sufrir dolor por esa causa, muchacho. —Se movió incómodo en su silla y rechazó la fuente de nabos hervidos que le ofrecían. Cogió su copa de vino, la alzó hasta la nariz, la olió y volvió a dejarla.

—Es de mala educación mirar a la gente —indicó con frialdad—. ¿O tal vez los ingleses tienen diferentes reglas de educación?

Me ruboricé un tanto, pero no dejé de mirarlo.

—Sólo me preguntaba... no tenéis apetito y no bebéis. ¿Qué otros síntomas tenéis?

—Quieres probar que sirves para algo, ¿eh? Una curandera, según dice mi nieto. Una Dama Blanca, ¿eh? —Echó una mirada fulminante a Jamie, que continuó comiendo sin hacerle caso. Lovat gruñó e inclinó la cabeza irónicamente en mi dirección.

—Bueno, no bebo, señora, porque no puedo orinar y no quiero explotar como un cerdo. Y no descanso porque me levanto diez veces durante la noche para usar la bacinilla, aunque poco uso le doy. ¿Qué decís de eso, Dame Aliset?

—Padre —murmuró lady Frances— realmente, creo que no deberías...

—Podría deberse a una infección de la vejiga, pero más bien me parece prostatitis —respondí. Alcé mi copa de vino y bebí un sorbo, saboreándolo antes de tragarlo. Sonreí con timidez.

—¿Ah, sí? —dijo, alzando las cejas—. ¿Y qué es eso, por favor?

Me remangué y levanté las manos, flexionando los dedos como un mago a punto de realizar un acto de prestidigitación. Estiré mi índice izquierdo.

—La próstata en los varones —expliqué— encierra el canal de la uretra, que es el pasaje desde la vejiga hasta el exterior. —Encerré con dos dedos de

la mano derecha el índice izquierdo, a modo de ilustración—. Cuando la próstata se inflama o se agranda (se llama prostatitis) aprieta la uretra — estreché el círculo de mis dedos— cortando el flujo de la orina. Es muy común en los hombres ancianos. ¿Lo veis?

Lady Frances, al no poder impresionar a su padre con sus opiniones sobre las conversaciones adecuadas durante la cena, murmuraba agitada a su hermana menor y ambas me miraban con más recelo que de costumbre.

Lord Lovat observó mi pequeña demostración fascinado.

—Sí, ya veo —respondió—. ¿Y qué puede hacerse, ya que tienes tanto conocimiento del tema?

Pensé, mientras escudriñaba en mi memoria. En realidad nunca había visto (y mucho menos tratado) un caso de prostatitis, pues no era una enfermedad que afligiera a los jóvenes soldados. Sin embargo, había leído textos médicos donde estaba descrita. Recordaba el tratamiento porque había causado mucha risa entre las estudiantes de enfermería, que se habían horrorizado por las gráficas ilustraciones del texto.

—Bueno —respondí— exceptuando la cirugía, hay sólo dos cosas que se puedan hacer: insertar un palillo de metal a través del pene y hacerlo, llegar hasta la vejiga, a fin de abrir la uretra —metí el índice en el pequeño círculo — o masajear la próstata, a fin de disminuir la hinchazón. A través del recto —agregué con precisión.

Oí un leve ruido de atragantamiento junto a mí y miré a Jamie. Tenía la mirada fija en el plato, pero el rubor le subía desde el cuello y las puntas de las orejas eran de un rojo brillante. Tembló un poco. Miré alrededor de la mesa y encontré un grupo de miradas fascinadas clavadas en mí. Lady Frances, Aline y las demás mujeres me observaban con expresiones variadas: desde curiosas hasta disgustadas; los hombres parecían todos horrorizados.

La excepción a la reacción general fue la del mismo lord Lovat, que se frotaba la barbilla pensativamente, con los ojos entrecerrados.

—Vaya —dijo—. No tengo mucha elección: un palo en el pito o un dedo en el trasero, ¿eh?

—Más bien dos o tres dedos —aclaré—. Repetidas veces.

—Ah. —Una sonrisa similar apareció en la boca de lord Lovat, quien con lentitud levantó la mirada y fijó sus ojos azules en los míos con una expresión

entre burlona y desafiante.

—Suenan... divertido —observó apaciblemente. Los ojos rasgados miraron mis manos, evaluando.

—Tienes hermosas manos, querida —dijo—. Muy bien cuidadas... y con dedos muy largos y blancos, ¿no?

Jamie apoyó las dos manos sobre la mesa con un golpe y se puso en pie. Se inclinó, poniendo la cara a medio metro de su abuelo.

—Si necesitas tales atenciones, abuelo, me ocuparé de ellas en persona. —Extendió las manos sobre la mesa, anchas y macizas: cada dedo tenía el diámetro del cañón de una pistola—. Para mí no es ningún placer meter el dedo en tu peludo y viejo trasero —dijo— pero supongo que es mi obligación impedir que la orina te haga explotar, ¿no?

Frances emitió un pequeño chillido.

Lord Lovat miró a su nieto con considerable disgusto y se levantó con lentitud de su asiento.

—No te molestes. Haré que una de las sirvientas lo haga. —Extendió una mano al grupo, indicando que podíamos continuar la comida y abandonó el recinto. Se detuvo para mirar a una joven sirvienta que entraba con una fuente de faisán. Ésta abrió los ojos de par en par y dio un paso a un lado para pasar lejos de él.

Se produjo un gran silencio en la mesa después de la partida de lord Lovat. El joven Simon me miró y abrió la boca. Después miró a Jamie y volvió a cerrarla. Se aclaró la garganta.

—Pásame la sal, por favor —dijo.

—... y como consecuencia de la lamentable dolencia que me impide prestar asistencia personal a vuestra alteza, os envío por intermedio de mi hijo y heredero una muestra de la lealtad (no, cámbialo por «respeto») una muestra del respeto que siempre he sentido por vos. —Lord Lovat hizo una pausa, mirando al techo.

—¿Qué podemos enviarle, Gideon? —preguntó al secretario—. Algo lujoso pero no tanto que no podamos decir que fue sólo un presente sin importancia.

Gideon suspiró y se enjugó el rostro con un pañuelo. El secretario era un

hombre robusto, de mediana edad, algo calvo y con mejillas redondas y coloradas; era evidente que le resultaba opresivo el calor que daba el fuego de la habitación.

—¿El anillo que Vuestra Excelencia recibió del Conde de Mar? —sugirió, sin esperanza. Una gota de sudor cayó de la doble barbilla a la carta que le estaban dictando y la limpió disimuladamente con la manga.

—No es lo bastante valioso —juzgó el anciano— y tiene demasiadas asociaciones políticas. —Los dedos pecosos golpetearon el cubrecama, mientras lord Lovat pensaba.

El viejo Simon había montado bien la escena. Llevaba puesta su mejor camisa de dormir y estaba sentado en la cama con un impresionante despliegue de remedios distribuidos sobre la mesa. Estaba asistido por su médico personal, el doctor Menzies, un hombre pequeño con un ojo desviado que no dejaba de mirarme con considerable recelo. Supuse que el viejo no confiaba en el poder de imaginación del joven Simon y había montado esta escena para que su heredero informara con todo lujo de detalles sobre el estado de decrepitud de lord Lovat cuando se presentara ante Carlos Estuardo.

—Ja —dijo con satisfacción—. Le enviaremos el juego de cubiertos de oro y plata. Es bastante lujoso y demasiado frívolo para ser interpretado como un apoyo político. Además una cuchara está abollada. De acuerdo, entonces —comunicó al secretario— continuemos con: «Como vuestra alteza sabrá...».

Intercambié una mirada con Jamie, quien ocultó una sonrisa.

—Creo que le diste lo que el viejo necesitaba, *Sassenach* —me había dicho mientras nos desvestíamos después de la famosa cena de la semana anterior.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Una excusa para acosar a las sirvientas?

—Dudo de que se preocupe mucho por excusas de ese tipo —respondió Jamie con sequedad—. No, le diste la posibilidad de jugar a dos bandas, como siempre. Si sufre de una enfermedad de nombre impresionante que lo confina en la cama, no pueden culparlo por no aparecer en persona con los hombres que prometió. Al mismo tiempo, si envía a su heredero a luchar, los Estuardo sabrán que Lovat cumplió su promesa; y si todo sale mal, el Viejo

Zorro va a asegurarle a los ingleses que él no tenía intención de ofrecer ayuda a los Estuardo, sino que el joven Simon fue por su propia voluntad.

—¿Le puedes deletrear «prostatitis» a Gideon, muchacha? —me pidió lord Lovat, interrumpiendo mis pensamientos—. Y escríbelo con cuidado, estúpido —dijo a su secretario—. No quiero que su alteza lo lea mal.

—P-r-o-s-t-a-t-i-t-i-s —deletreé lentamente, para beneficio de Gideon—. ¿Y cómo os encontráis esta mañana? —pregunté acercándome al lecho.

—Mucho mejor, gracias —dijo el anciano, sonriendo y mostrándome su nueva dentadura postiza—. ¿Quieres verme orinar?

—Ahora no, gracias —respondí con cortesía.

Era un día despejado y frío de mediados de diciembre cuando partimos de Beaulieu para unirnos a Carlos Estuardo y el ejército escocés. Contra todos los consejos, Carlos había insistido en avanzar hacia Inglaterra, desafiando el clima y el sentido común, así como a sus generales. Pero por fin, en Derby, los generales prevalecieron, los jefes escoceses se negaron a seguir adelante y el ejército escocés estaba regresando al norte. Una carta urgente de Carlos dirigida a Jamie nos instaba a dirigirnos hacia el sur «sin demora», para encontrarnos con él en Edimburgo. El joven Simon, quien tenía todo el aspecto de un jefe de clan con su tartán carmesí, cabalgaba a la cabeza de una columna. Los que tenían caballo lo seguían, pero la mayoría iba a pie.

Como teníamos caballo, cabalgaríamos con Simon a la cabeza de la columna hasta que llegáramos a Comar. Allí nos dividiríamos: Simon y las tropas Fraser se dirigirían a Edimburgo y Jamie me acompañaría hasta Lallybroch antes de regresar a Edimburgo. Por supuesto que no tenía intención de regresar, pero eso no le importaba a Simon.

A media mañana, salí de una pequeña arboleda junto al camino y encontré a Jamie esperando con impaciencia. A los hombres que partían se les había servido cerveza caliente para ayudarlos a resistir el viaje. Y aunque a mí me había parecido muy bueno como desayuno, también descubrí que tenía un efecto marcado sobre mis riñones.

Jamie gruñó.

—¡Mujeres! —exclamó—. ¿Cómo podéis tardar tanto tiempo para hacer algo tan sencillo como orinar? Armáis tanto lío como mi abuelo.

—Bueno, la próxima vez puedes venir conmigo y observarme —sugerí con aspereza—. Tal vez puedas darme alguna sugerencia.

Se limitó a gruñir otra vez y se dio la vuelta para observar la columna de hombres que marchaban; sin embargo, sonreía. El día claro y brillante levantaba el espíritu a todo el mundo, pero Jamie estaba de muy buen humor esta mañana. Y no era para menos: regresábamos a casa. Yo sabía que Jamie no se engañaba con que todo iba a salir bien; esta guerra iba a tener su precio. Pero si bien no habíamos podido detener a Carlos, tal vez podríamos salvar ese pequeño rincón de Escocia que tanto amábamos: Lallybroch. Quizá eso todavía estuviera en nuestro poder.

Observé la columna de hombres.

—Doscientos hombres son un buen número.

—Ciento setenta —corrigió Jamie distraídamente, mientras tomaba las riendas de su caballo.

—¿Estás seguro? —pregunté con curiosidad—. Lord Lovat dijo que enviaba doscientos hombres. Lo oí cuando dictaba la carta.

—Pues no. —Jamie se subió a la montura y señaló la colina que había más adelante, donde el estandarte Fraser con su penacho de cabeza de ciervo flameaba a la cabeza de la columna.

—Los conté mientras te esperaba —explicó—. Treinta jinetes con Simon, más cincuenta hombres armados con espadas, más los campesinos, con guadañas y martillos, que son noventa.

—Tu abuelo supone que el príncipe Carlos no los va contar en persona —observé con cinismo—. Trata de obtener crédito por más de lo que envía.

—Sí, pero los nombres serán registrados en el ejército apenas lleguen a Edimburgo —dijo Jamie, frunciendo el entrecejo—. Será mejor que vaya a ver.

Lo seguí a paso lento. Mi caballo debía de tener unos veinte años y no se le podía pedir más que un paso lento. El de Jamie era un poco más rápido, aunque no era comparable a Donas. El hermoso corcel había quedado en Edimburgo, pues el príncipe Carlos quería montarlo en ocasiones públicas. Jamie accedió a su petición pues albergaba la sospecha de que el viejo Simon iba a querer apropiárselo.

A juzgar por la escena que veía delante de mí, Jamie no se había

equivocado al juzgar a su abuelo como lo hacía. Jamie cabalgó hasta el secretario del joven Simon. Lo que parecía desde mi punto de vista, una discusión acalorada, terminó cuando Jamie se inclinó en su montura, asió las riendas del indignado empleado y arrastró su caballo hasta el borde del camino.

Ambos hombres desmontaron, quedaron cara a cara y obviamente se pusieron a reñir violentamente. El joven Simon, al ver el altercado, se apartó de la línea de marcha e indicó al resto que prosiguiera. A continuación hubo más discusiones; yo estaba lo suficientemente cerca como para ver el rostro de Simon, rojo de ira, la mueca de preocupación del empleado y una serie de gestos violentos por parte de Jamie.

Observé fascinada esta pantomima: el empleado, encogiéndose de hombros, abrió su alforja, revolvió en su interior y extrajo varias hojas de pergamino. Jamie se las quitó y las revisó rápidamente, pasando el índice por las líneas escritas. Cogió una página, dejando que el resto cayera al suelo y la agitó en la cara de Simon Fraser. El Joven Zorro pareció sorprendido. Cogió la hoja, la examinó y después miró a Jamie, confundido. Jamie volvió a coger la hoja, rompió el duro pergamino en cuatro y metió los pedazos en su morral.

Detuve mi poni, que aprovechó la ocasión para olisquear las pocas plantas que había. Vi que la nuca del joven Simon estaba roja cuando regresó a su caballo, así que decidí mantenerme alejada. Jamie volvió a montar su caballo, regresó trotando hasta mí, con el pelo rojo flameando como un estandarte al viento, los ojos brillantes de ira y los labios fruncidos.

—¡El viejo sucio! —dijo sin ceremonia.

—¿Qué ha hecho? —inquirí.

—Puso a mis hombres en sus propios registros —dijo Jamie—. Como si fueran parte del regimiento Fraser. ¡Viejo gusano traicionero! —Miró hacia atrás con añoranza—. Lástima que ya estemos tan lejos para abofetear a ese viejo decrepito.

Resistí la tentación de instarlo a que siguiera insultando a su abuelo, y le pregunté:

—¿Y por qué lo habrá hecho? ¿Sólo para que pareciera una contribución más importante?

Jamie asintió. Las mejillas estaban recuperando su color normal.

—Sí, eso también. Para quedar mejor, sin costo adicional. Pero no sólo eso. El viejo tramposo quiere recuperar mi tierra; la ha querido desde que se vio obligado a darla cuando mis padres se casaron. Ahora cree que si todo sale bien y él se convierte en duque de Inverness, puede afirmar que Lallybroch siempre fue suya y que yo soy sólo su arrendatario: la prueba está en que envió hombres de allí para responder a la llamada de los Estuardo.

—¿Y puede hacer algo así? —pregunté.

Jamie aspiró una gran bocanada de aire y la soltó. La nube de aliento se elevó de su nariz como si fuera un dragón. Sonrió y dio una palmadita a su morral, que le colgaba de la cintura.

—No, ahora no —respondió.

Con buen tiempo, buenos caballos y el suelo seco, el viaje de Beaulieu a Lallybroch debía durar dos días, sin detenernos más que para las necesidades básicas: comer, dormir y lavarnos. Pero uno de los caballos se lastimó a diez kilómetros de Beaulieu, nevó, llovió y sopló el viento; el suelo pantanoso se congelaba por momentos y se convertía en hielo resbaladizo; entre una cosa y otra pasó casi una semana antes de que descendiéramos la última colina que nos llevaba a la granja de Lallybroch: llegamos con frío, cansados, hambrientos y bastante sucios.

Estábamos nosotros dos solos. Murtagh había sido enviado a Edimburgo junto con el joven Simon y los caballeros armados a fin de juzgar la situación del ejército escocés.

La casa se erguía sólida entre las dependencias, blanca como los campos nevados que la rodeaban. Recordé las emociones que sentí al ver Lallybroch por primera vez. Por supuesto, la había visto un hermoso día de otoño, no a través de la nevisca helada; en aquel momento me había parecido un refugio acogedor. La impresión de fortaleza y serenidad de la casa ahora se veía acentuada por la cálida luz de la lámpara que se filtraba a través de las ventanas inferiores, de un suave color amarillo en medio del gris cada vez más acentuado del crepúsculo.

La sensación de bienvenida se hizo más fuerte cuando seguí a Jamie por la puerta principal y nos recibió el aroma riquísimo de carne asada Y pan

recién horneado.

—Cena —dijo Jamie, cerrando los ojos gozoso mientras inhalaba el fragante aroma—. ¡Dios mío, podría comerme un caballo! —El hielo de su capa se derritió en charcos en el suelo de madera.

—Pensé que íbamos a tener que comernos uno —observé, mientras desataba las cintas de mi capa y me quitaba la nieve del pelo—. Esa pobre criatura que compraste en Kirkinmill apenas podía cojear.

El sonido de nuestras voces atravesó el vestíbulo y una puerta se abrió, seguida del sonido de pequeños pies y un grito de alegría cuando el pequeño Jamie vio a su tocayo.

El alboroto atrajo la atención del resto de los habitantes de la casa. Antes de darnos cuenta, estábamos envueltos en saludos y abrazos mientras Jenny y el bebé, la pequeña Maggie, Ian, la señora Crook y varios sirvientes vinieron al corredor.

—¡Me alegro tanto de verte, querido! —dijo Jenny por tercera vez—. Con las noticias que recibimos del ejército, temíamos que pasaran meses antes de que aparecierais.

—Sí —dijo Ian—. ¿Has traído a algunos de los hombres contigo, o es sólo una visita?

—¿Que si los he traído? —Justo cuando se disponía a saludar a su sobrina mayor, Jamie miró a su cuñado, olvidándose momentáneamente de la niña. Cuando ésta le tironeó el pelo recordó su presencia, la besó distraído y me la entregó.

—¿Qué quieres decir, Ian? —preguntó—. Los hombres debieron haber vuelto hace un mes. ¿Acaso algunos no han regresado?

Apreté a Maggie contra mi pecho. Una horrible sensación me invadió al ver cómo se desvanecía la sonrisa de Ian.

—No ha vuelto ninguno, Jamie —dijo lentamente. Su rostro largo y jovial de repente fue un reflejo de la expresión sombría de Jamie—. No los hemos visto desde que se fueron con vosotros.

Se oyó un grito desde el patio, donde Rabbie MacNab estaba guardando los caballos. Jamie se dio la vuelta, abrió la puerta y se inclinó bajo la tormenta.

Por encima de su hombro pude ver que venía un jinete a través de la

nieve. La visibilidad era muy escasa para poder distinguir su rostro, pero la forma pequeña, robusta y parecida a la de un mono era inconfundible.

—Rápido como un rayo —lo había descrito Jamie en una oportunidad; y tenía razón: hacer el viaje desde Beaully hasta Edimburgo y después a Lallybroch en una semana era una hazaña. El jinete era Murtagh, y no necesitamos el don de profecía de Maisri para adivinar que las nuevas que portaba eran malas.

*Reuniones*

Jamie, blanco por la ira, abrió de un golpe la puerta del salón de Holyrood. Ewan Cameron se puso en pie de un salto, volcando el tintero que estaba usando. Simon Fraser, señor de Lovat, levantó sus espesas cejas negras.

—¡Maldición! —exclamó Ewan, buscando un pañuelo para secar la tinta—. ¿Qué pasa, Fraser? Ah, buenos días, señora Fraser —dijo al verme detrás de Jamie.

—¿Dónde está su alteza? —preguntó Jamie sin más preámbulos.

—En el castillo de Stirling —respondió Cameron—. ¿No tienes un trapo, Fraser?

—Si lo tuviera, te ahorcaría con él —le dijo Jamie—. ¿Por qué has permitido que pusieran a mis hombres en Tolbooth? Acabo de verlos, ¡en ese sitio ni siquiera pondrían a los cerdos! ¡Podrías haber hecho algo!

Cameron se ruborizó.

—Lo intenté —respondió—. Le dije a su alteza que era un error... sí, y eso que los treinta hombres estaban a quince kilómetros cuando fueron descubiertos; ¡vaya un error! Además, aunque quisieran desertar, su alteza no puede permitirse el lujo de prescindir de ellos. Eso fue lo que los salvó de ir a la horca en el acto —dijo, empezando a enfadarse a medida que se desvanecía el susto por la entrada de Jamie—. ¡Recuerda que es traición desertar en tiempo de guerra!

—¿Ah, sí? —preguntó Jamie—. ¿Acaso has ordenado tú que ahorcaran a esos veinte hombres tuyos que se han vuelto a casa, Ewan? ¿O son cuarenta, ya?

Cameron se ruborizó más aún y bajó la mirada mientras limpiaba la tinta con el pañuelo que le había dado Simon Fraser.

—No los descubrieron —murmuró por fin. Miró a Jamie con seriedad—. Ve a ver a su alteza en Stirling —le aconsejó—. Estaba furioso por la desertión, pero después de todo fue por orden suya por lo que fuiste a Beaulieu dejando a los hombres sin vigilancia, ¿no? Tiene muy buena opinión de ti, Jamie, y te llama su amigo. Tal vez perdone a tus hombres si le ruegas por sus vidas.

Cogió el trapo empapado en tinta, lo miró y salió a deshacerse de él, pero se notaba que quería alejarse de Jamie.

Jamie se dejó caer en su silla, abatido. Estaba así desde que Murtagh había llegado a Lallybroch con la noticia de que treinta de los hombres bajo su mando habían sido aprehendidos desertando y estaban en la famosa prisión de Tolbooth, en Edimburgo, condenados a muerte.

Personalmente, no creía que Carlos fuera a ejecutarlos. Como señaló Ewan Cameron, el ejército escocés necesitaba todos y cada uno de los hombres que pudiera conseguir. La marcha sobre Inglaterra había sido difícil y el apoyo que esperaba el príncipe de los campesinos ingleses no se había producido. Además, ejecutar a los hombres de Jamie en ausencia de éste habría sido un acto de estupidez política y una traición personal.

No, Cameron tenía razón, los perdonarían. Sin duda, Jamie también lo sabía, pero saberlo no compensaba el hecho de que, en lugar de ver a sus hombres a salvo de los riesgos de aquella espantosa campaña, por seguir sus órdenes estaban en una de las peores prisiones de toda Escocia, considerados cobardes y sentenciados a una muerte vergonzosa en la horca.

Esto, sumado a la perspectiva inminente de tener que abandonar a sus hombres en su horrible prisión para ir a Stirling a humillarse ante Carlos, era más que suficiente para explicar la expresión de Jamie.

El joven Simon también estaba en silencio, serio, con la amplia frente arrugada mientras pensaba.

—Te acompañaré —le dijo de repente.

—¿Lo harás? —Jamie miró sorprendido a su tío y entrecerró los ojos—. ¿Por qué?

Simon sonrió a medias.

—La sangre es la sangre, después de todo. ¿O crees que trataría de quitarte a tus hombres como hizo mi padre?

—¿Lo harías?

—Podría —respondió Simon— si creyera que existe alguna posibilidad de que salga bien. Pero lo más probable es que sea motivo de problemas, eso es lo que pienso. No deseo pelear con los MacKenzie, ni contigo, sobrinito —añadió—. Por rica que sea Lallybroch, está muy lejos de Beaulieu y habría que luchar mucho para conseguirla, ya sea por la fuerza o por las cortes. Se lo dije a mi padre, pero él sólo escucha lo que quiere.

El joven sacudió la cabeza y se acomodó el cinturón de la espada alrededor de la cadera.

—Habrás mejores cosas que roer si ganamos la guerra. Además —concluyó— si ese ejército debe volver a luchar como lo hizo en Preston, necesitaremos todos los hombres que se puedan conseguir. Iré contigo —repitió.

Jamie meneó la cabeza y sonrió.

—Se te agradece, Simon. Serás de gran ayuda.

—Sí, bien. Y no vendría mal que nos acompañara Dougal MacKenzie, que ahora está en Edimburgo.

—¿Dougal MacKenzie? —Jamie alzó las cejas—. No, supongo que no me vendría mal, pero...

—¿Venirte mal? Hombre, ¿acaso no has oído? Dougal es el favorito del príncipe Carlos en este momento. —Simon se reclinó en su silla, mirando burlescamente a su sobrino.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Qué diablos ha hecho? —Dougal había llevado 250 hombres, pero otros jefes de clanes habían hecho aportes mayores.

—Diez mil libras —explicó Simon—. Diez mil libras en plata fina, que depositó a los pies de su alteza. Y muy necesarias —dijo con indiferencia, abandonando la posición de descanso—. Cameron me estaba diciendo que Carlos ya ha gastado todo el dinero español y que está entrando muy poco de

los partidarios ingleses con que contaba. Las libras de Dougal alimentarán y aprovisionarán el ejército durante varias semanas; por lo menos hasta que lleguen los refuerzos de Francia. —Por fin, al ver que su temerario primo distraía a los ingleses, Luis había decidido enviar algún dinero. Sin embargo, éste tardaba en llegar.

Observé a Jamie, cuyo rostro reflejaba mi propia sorpresa. ¿De dónde diablos había sacado diez mil libras Dougal MacKenzie? De repente recordé dónde había oído mencionar esa suma antes... en la prisión de Cranesmuir, donde había pasado tres interminables días y noches, esperando que me juzgaran por brujería.

—¡Geillis Duncan! —exclamé. Sentí un escalofrío al recordar nuestra conversación en la penumbra absoluta de una fosa llena de lodo. Aunque en la sala la temperatura era agradable, me envolví en mi capa.

—Conseguí casi diez mil libras —me había contado Geillis, jactándose de los robos perpetrados por medio de hábiles falsificaciones perpetradas en nombre de su difunto marido. Arthur Duncan, a quien ella había envenenado, era procurador fiscal del distrito—. Diez mil libras para la causa jacobita. Cuando llegue el momento de rebelión, sabré que fui de ayuda.

—Ella lo robó —dije, sintiendo un escalofrío al pensar en Geillis Duncan, condenada a la hoguera por brujería. Geillis Duncan, que había escapado a la muerte sólo el tiempo suficiente para dar a luz al fruto de sus amores con su amante Dougal MacKenzie—. Lo robó y se lo dio a Dougal; o él se lo quitó, ahora no importa. —Agitada, me levanté y caminé de un lado a otro delante del fuego.

—¡Ese bastardo! —dije—. ¡Eso hacía en París hace dos años!

—¿Qué? —preguntó Jamie. Simon me miraba boquiabierto.

—Visitaba a Carlos Estuardo. Fue a averiguar si era cierto que Carlos planeaba una rebelión. Quizá le prometió el dinero entonces; tal vez eso fue lo que alentó a Carlos a arriesgarse a venir a Escocia: la promesa del dinero de Geillis Duncan. Pero Dougal no podía darle el dinero mientras Colum viviera, pues éste habría hecho preguntas; era un hombre demasiado honrado para utilizar dinero robado.

—Claro —dijo Jamie—. Pero ahora Colum está muerto y Dougal MacKenzie es el favorito del príncipe.

—Lo cual te beneficia, como estaba diciendo —dijo Simon, impaciente por la conversación sobre personas que no conocía y asuntos que sólo comprendía a medias—. Ve a buscarlo. Es posible que esté en la taberna de siempre.

—¿Crees que hablará en tu favor ante el príncipe? —pregunté a Jamie. Dougal había sido el tutor de Jamie durante un tiempo, pero la relación había sufrido sus altibajos. Quizá Dougal no quería arriesgar su relación privilegiada con el príncipe hablando a favor de un grupo de cobardes y desertores.

El Joven Zorro podía no tener la experiencia de su padre, pero sí su perspicacia. Arqueó las espesas cejas negras y dijo:

—MacKenzie todavía quiere Lallybroch, ¿no? Y si él cree que mi padre y yo queremos reclamar tu tierra, estará deseando ayudarte a recuperar tus hombres. Le costaría mucho más pelear con nosotros por ella que hacer tratos contigo, una vez terminada la guerra. —Movié la cabeza mientras consideraba las implicaciones de la situación.

—Iré a restregarle por la nariz una copia de la lista de mi padre antes de que hables con él. Entonces tú entras y le dices que antes que permitirme reclamar a tus hombres te vas al infierno. Y después vamos todos juntos a Stirling. —Miró a Jamie con sonrisa cómplice.

—Siempre he sabido que escocés es sinónimo de intriga —observé.

—¿Qué? —Los dos hombres me miraron, sorprendidos.

—No importa —dije, sacudiendo la cabeza.

Permanecí en Edimburgo mientras Jamie y sus tíos iban a Stirling a hablar con el príncipe. Dada mi situación, no podía quedarme en Holyrood, así que busqué alojamiento en uno de los callejones de Canongate. Era una habitación pequeña, fría y estrecha, pero no pasaba mucho tiempo en ella.

Los prisioneros de Tolbooth no podían salir, pero no había nada que impidiera visitarlos. Fergus y yo íbamos a diario a la cárcel, y pequeños sobornos nos permitían llevarles comida y medicamentos. En teoría no estaba permitido hablar a solas con los prisioneros, pero una vez más, el sistema permitía ciertas excepciones con un buen soborno de por medio. Así, en dos o tres oportunidades logré hablar a solas con Ross, el herrero.

—Fue culpa mía, milady —me dijo—. Tendría que haber tenido más sensatez: hacerlos ir en grupos de tres o cuatro y no los treinta juntos, como hicimos. Pero tenía miedo de que se perdieran. Ninguno se había alejado antes de Lallybroch.

—No necesitas amargarte —le aseguré—. Por lo que he oído, ha sido mala suerte. No os preocupéis: Jamie ha ido a Stirling a ver al príncipe y os liberará pronto.

Ross asintió. Estaba mugriento y desgredado; ya no era el herrero fornido que había sido meses antes. Pero sonrió y me agradeció la comida.

—No nos vendrá mal —dijo con franqueza—. Lo único que nos dan es agua sucia. ¿Creéis...? —Vaciló—. ¿Creéis que podríais conseguirnos unas mantas, milady? Yo no os lo pediría por mí, pero cuatro de los hombres tienen fiebre y...

—Lo intentaré —prometí.

Salí de la prisión, preguntándome dónde conseguiría el dinero para comprar mantas. Aunque el ejército había marchado hacia el sur para invadir Inglaterra, Edimburgo seguía siendo una ciudad ocupada, con soldados y *lores* yendo de un lado a otro; cualquier mercancía costaba una fortuna. Había mantas y ropa de abrigo, pero eran muy caras y yo sólo tenía diez peniques.

Había un banquero en Edimburgo, un tal señor Waterford, que en el pasado había manejado algunos de los negocios e inversiones de Lallybroch, pero Jamie había retirado todos los fondos del banco hacía meses, temiendo que los depósitos bancarios cayeran en manos de la corona. Con el dinero compró oro: envió una parte a Jared, en Francia, para que lo guardara en una caja fuerte, y el resto lo ocultó en la granja. De un modo u otro, me resultaba inaccesible en aquel momento.

Me detuve en la calle para pensar. Los transeúntes me empujaban al pasar. No tenía dinero, pero todavía contaba con algunos objetos de valor. El cristal que me había dado el maestro Raymond en París, aunque no valía mucho en sí, estaba montado en oro, y la cadena también era de oro. Mis alianzas... no, no quería separarme de ellas, ni siquiera por un tiempo. Pero las perlas... Me palpé el bolsillo para asegurarme de que el collar de perlas que Jamie me había regalado continuaba cosido al dobladillo de la falda.

Sí, allí estaba: las perlas pequeñas e irregulares de agua dulce eran duras y suaves bajo mis dedos. No eran tan valiosas como las perlas orientales, pero formaban un collar fino, con cuentas de oro entre perla y perla. Había pertenecido a la madre de Jamie, Ellen. Pensé que a ella le habría gustado que las utilizara para aliviar a sus hombres.

—Cinco libras —dije con firmeza—. Vale diez y podría venderlo fácilmente por seis, si me molestara en ir hasta la otra tienda. —No sabía si esto era cierto o no, pero hice un ademán como para recoger el collar del mostrador. El prestamista, un tal señor Samuels, apoyó rápidamente la mano sobre el collar. A juzgar por su rapidez me di cuenta de que podría haber empezado pidiéndole seis libras.

—Tres libras y diez chelines, entonces —dijo—. Estoy condenando a mi familia a morir de hambre, pero por una dama fina como vos...

La campanilla sonó al abrirse la puerta y oímos unos pasos vacilantes.

—Disculpadme —dijo una voz femenina; me di la vuelta, olvidando el collar de perlas, y vi el rostro de Mary Hawkins. Había engordado algo, y crecido. Había cierta dignidad en su porte, aunque aún era muy joven. Parpadeó y corrió hacia mí con una exclamación de alegría. Me abrazó con fuerza y su cuello de piel me hizo cosquillas en la nariz.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté, librándome por fin de su abrazo.

—La her... hermana de mi pa... padre vive aquí —respondió—. Es... estoy con ella. ¿O pre... preguntas por qué estoy aquí? —señaló la tienda donde nos encontrábamos.

—Bueno, eso también, pero puede esperar. —Me volví hacia el señor Samuels—. Cuatro libras con seis chelines, o me voy —le dije—. Decidíos que tengo prisa.

Refunfuñando, el prestamista buscó la caja debajo del mostrador.

—Tengo que comprar unas mantas, Mary. ¿Puedes acompañarme?

Miró hacia fuera, donde la esperaba un hombrecito con uniforme de lacayo.

—Sí, si luego vienes conmigo. ¡Ay, Claire, estoy tan contenta de verte!

—Me envió un mensaje —me contó luego, mientras íbamos calle abajo

—. Alex. Un amigo me llevó la carta. —Su rostro se encendió al pronunciar su nombre, pero también vi una pequeña arruga entre sus cejas.

—Cuando me enteré de que estaba en Edimburgo, hice que mi pa... padre me en... enviara a visitar a la tía Mildred. A él no le im... importó —añadió con amargura—. Le ponía en... enfermo verme después, de lo sucedido en Francia, así que se alegró de que me fuera.

—¿Cómo has hecho para ver a Alex? —le pregunté. No sabía cómo estaba el joven clérigo. Me pregunté también de dónde había sacado valor para escribir a Mary.

—Él no me pidió que viniera —añadió—. Lo decidí sola. —Alzó la barbilla en un gesto desafiante, pero le tembló la voz al decir—. No... no me ha... habría es... escrito, pero pensó que se estaba mu... muriendo, y quería saber... quería saber... —Le rodeé los hombros y giré rápidamente por uno de los callejones para alejarla del intenso tráfico callejero.

—Está bien —le dije, abrazándola, sabiendo que nada de lo que dijera solucionaría nada—. Viniste, y lo has visto, y eso es lo importante.

Ella asintió, sin palabras, y se sonó la nariz.

—Sí —dijo, por fin—. He... hemos estado juntos... dos meses. Siempre me digo que eso es más de lo que pue... pueden tener muchos: dos meses de felicidad... pero he... hemos perdido tanto tiempo, y... no basta. ¡Claire, no basta!

—No —le dije en voz baja—. Toda una vida no basta para esa clase de amor. —Con una punzada repentina, me pregunté dónde estaría Jamie, y cómo le estaría yendo.

Mary, más tranquila, me cogió de la manga.

—Claire, ¿puedes venir conmigo a verlo? Sé que no... no es mu... mucho lo que puedes hacer... —Se le quebró la voz, e hizo un esfuerzo para continuar hablando—. Pero quizás po... podrías ayudarlo. —Vio que yo miraba al lacayo, que seguía parado, impassible, en el callejón, sin importarle el tráfico—. Le pago —explicó con sencillez—. Mi tía cree que salgo a caminar todas las tardes. ¿Vamos?

—Sí, por supuesto. —Miré al cielo. Oscurecería en una hora; quería que las mantas fueran entregadas en la prisión antes de que la noche enfriara aún más las húmedas paredes. Tomando una decisión repentina, me volví hacia

Fergus, que se había quedado de pie junto a mí observando a Mary. Fergus había regresado a Edimburgo con el resto de los hombres de Lallybroch, se había salvado de ir a prisión por ser francés y había sobrevivido gracias a su oficio habitual. Lo había encontrado en las cercanías de Tolbooth llevando comida a sus compañeros en prisión.

—Toma este dinero —le indiqué— y busca a Murtagh. Dile que compre todas las mantas que pueda y que se las lleve al guardia de Tolbooth. Ya lo he sobornado, pero guardad unos pocos chelines por si acaso.

—Pero *Madame* —protestó— le prometí a milord que no la dejaría sola...

—Milord no está aquí —dije con firmeza— y yo sí. Vete ya, Fergus.

Nos miró a Mary y a mí. Evidentemente decidió que ella constituía una amenaza menor para mí que mi mal humor para él, pues partió encogiéndose de hombros y murmurando algo en francés acerca de la terquedad de las mujeres.

El cuartito de la parte superior del edificio había cambiado considerablemente desde mi última visita. Estaba limpio e impecable. Había comida en la alacena, un edredón sobre la cama y toda clase de comodidades para el paciente. Mary me contó que había empeñado las joyas de su madre para ayudar a Alex.

Había límites para lo que el dinero podía comprar, pero el rostro de Alex se iluminó como la llama de una vela cuando Mary atravesó la puerta, ocultando los estragos causados por la enfermedad.

—He traído a Claire, querido. —Mary dejó caer su abrigo en una silla y corrió a arrodillarse junto a la cama. Tomó las delgadas manos de venas azuladas entre las suyas.

—Señora Fraser. —Le faltaba la respiración, pero sonrió—. Me alegro de que nos volvamos a ver.

—Yo también. —Le devolví la sonrisa, y observé el pulso rápido visible en su cuello y la transparencia de su piel. Los ojos de color avellana eran dulces; contenían la mayor parte de la vida que quedaba en el frágil cuerpo.

Carecía de medicamentos, de modo que era poco lo que podía hacer, pero lo examiné cuidadosamente y volví a arroparlo; sus labios adquirieron un tono azul por el esfuerzo causado por el examen.

Traté de ocultar la angustia que me producía su condición y le prometí volver al día siguiente con medicamentos que lo ayudaran a dormir. Casi no me prestó atención, pues estaba pendiente de Mary, sentada a su lado, ansiosa, sosteniéndole la mano. La vi mirar a la ventana y comprendí su preocupación: tenía que regresar a casa de su tía antes del anochecer.

—Me iré entonces —dije a Alex, con tanto tacto como pude, para dejarlos a solas.

Alex me miró, y luego a Mary, y después me devolvió la sonrisa, agradecido.

—Dios os bendiga, señora Fraser —dijo.

—Os veré mañana —dije, y salí deseando que fuera cierto.

Los días siguientes estuve muy ocupada. Las armas de los hombres habían sido confiscadas, como era de suponer, cuando los arrestaron. Hice todo lo posible por recuperarlas, intimidando y amenazando, sobornando y seduciendo cuando era necesario. Empeñé dos broches que Jared me había regalado y compré comida para asegurarme de que los hombres de Lallybroch recibieran el mismo alimento que el resto del ejército, por pobre que éste fuera.

Logré entrar en la prisión y pasé algún tiempo tratando las enfermedades de los prisioneros, desde escorbuto y desnutrición, hasta excoriaciones, sabañones, artritis y una variedad de enfermedades respiratorias.

Visité a los pocos jefes y *lores* que todavía se hallaban en Edimburgo y que podían ser de ayuda a Jamie si su visita a Stirling fracasaba. No lo creía, pero me pareció sensato tomar precauciones.

Todos los días sacaba un rato para acercarme a visitar a Alex Randall. Trataba de ir por la mañana, para no echarle a perder los momentos en que estaba con Mary. Alex dormía poco y mal y por eso solía estar exhausto por la mañana; no tenía ganas de hablar, pero siempre me sonreía cuando llegaba. Le daba una mezcla ligera de menta y lavanda, con algunas gotas de jarabe de amapola; esto le permitía dormir un poco para estar despierto por la tarde, cuando llegaba Mary.

Además de Mary y de mí, nadie visitaba a Alex. Por eso me sorprendí cierta mañana cuando, al subir las escaleras, oí voces tras la puerta cerrada.

Di un golpecito breve, como habíamos acordado, y entré. Jonathan Randall estaba sentado junto al lecho de su hermano, vestido con uniforme de capitán, rojo y canela. Se levantó cuando entré e hizo una reverencia, con la mirada fría.

—*Madame* —saludó.

—Capitán —dije. Nos quedamos parados en medio de la habitación, mirándonos, sin saber qué decir.

—Johnny —dijo la voz ronca de Alex desde la cama. Había una nota persuasiva en su voz, y también de autoridad; su hermano se encogió de hombros irritado al oírlo.

—Mi hermano me ha llamado para que os comunique una noticia —dijo con los labios fruncidos. No llevaba peluca; con el pelo oscuro atado, el parecido con su hermano era asombroso. Pálido y frágil como estaba Alex, parecía el fantasma de Jonathan.

—La señora Fraser y tú habéis sido muy bondadosos con mi Mary —dijo Alex, poniéndose de lado para mirarme—. Y conmigo también. Yo... conozco el trato de mi hermano con vos —sus mejillas se tiñeron de rosa— y sé también lo que vos y vuestro marido hicisteis por Mary... en París. —Se humedeció los labios reseco—. Creo que deberíais oír la noticia que ha traído Johnny del castillo.

Jack Randall me miró con disgusto, pero era un hombre de palabra.

—Hawley ha sucedido a Cope, como dije que pasaría. Hawley no tiene dotes de mando, pero consigue una obediencia ciega en los hombres a su cargo. No sé si eso le será más útil que el cañón de Cope... —Se encogió de hombros con impaciencia—. Sea como fuere, al general Hawley se le ha ordenado marchar hacia el norte para recuperar el castillo de Stirling.

—¿Sí? ¿Y sabéis con cuántas tropas cuenta?

Randall asintió.

—Tiene ocho mil hombres, mil trescientos de los cuales pertenecen a la caballería. Espera, además, la llegada de seis mil mercenarios. También he oído que el jefe del clan Campbell enviará mil hombres para unirse a las fuerzas de Hawley, pero no sé si esa información es fiable. No parece haber forma de predecir lo que hacen los escoceses.

—Ya veo. —Aquello era serio. El ejército escocés tenía entre seis y siete

mil hombres. Si se enfrentaban a Hawley sin los refuerzos esperados, podían conseguir la victoria. Esperar a que llegaran los mercenarios y los hombres de Campbell era una locura, sin contar el hecho de que el fuerte del ejército escocés era el ataque y no la defensa. La noticia debía llegar a lord George Murray de inmediato.

La voz de Jack Randall me sacó de mis pensamientos.

—Os deseo buenos días, *Madame* —me dijo con su formalidad acostumbrada; no hubo rastro de humanidad en su expresión cuando se retiró.

—Gracias —dije a Alex Randall mientras esperaba que Jonathan descendiera la larga y sinuosa escalera antes de partir—. Lo aprecio mucho.

Alex asintió. Las sombras bajo sus ojos eran pronunciadas: otra mala noche.

—De nada —dijo—. ¿Me dejaréis la medicina? Imagino que pasará algún tiempo antes de que os vuelva a ver.

Me sorprendió la seguridad con que Alex daba por sentado que yo misma iría a Stirling. Era lo que hasta la última fibra de mi cuerpo me apremiaba a hacer, pero tenía que pensar en los hombres presos.

—No lo sé. Pero sí, os dejaré la medicina.

Caminé despacio hasta mis habitaciones; la cabeza me daba vueltas. Tenía que hacer llegar la noticia a Jamie de inmediato. Murtagh tendría que ir, supuse. Jamie me creería si le enviaba una nota pero ¿podría convencer a lord George, al duque de Perth y a los demás comandantes del ejército?

No podía decirle de dónde provenía la información. ¿Estarían dispuestos a creer en la palabra escrita de una mujer? ¿Aunque se tratara de una mujer supuestamente dotada de poderes sobrenaturales? De repente pensé en Maisri y temblé. «Es una maldición —había dicho. Sí, pero ¿qué alternativa me quedaba?—. El único poder que tengo es el de no decir lo que sé». Yo también tenía ese poder, pero no me atrevía a utilizarlo.

Ante mi sorpresa, la puerta de mi pequeña habitación estaba abierta y en su interior se oía un entrecocar de metales. Yo había estado guardando las armas recuperadas debajo de mi cama y, cuando ya no cabían más empecé a almacenar espadas y cuchillos de todo tipo junto a la chimenea, hasta que casi no hubo espacio en el suelo, salvo el pequeño cuadrado donde Fergus

dormía.

Me detuve en la escalera, sorprendida ante la escena que veía a través de la puerta abierta. Murtagh, de pie en la cama, dirigía la entrega de armas a los hombres apiñados en el cuarto: los hombres de Lallybroch.

—¡*Madame!* —Me giré al oír el grito y encontré a Fergus, con una amplia sonrisa.

—¡*Madame!* ¿No es maravilloso? Milord ha recibido el perdón para sus hombres. ¡Esta mañana llegó un mensajero de Stirling con la orden de liberarlos y se nos ha ordenado que nos unamos de inmediato a milord en Stirling!

Lo abracé, sonriendo por mi parte.

—Es maravilloso, Fergus. —Algunos de los hombres me habían visto y estaban empezando a ir hacia mí, sonriendo. La pequeña habitación se llenó de alegría y emoción. Murtagh me vio y sonrió; su rostro era casi irreconocible.

—¿El señor Murtagh llevará a los hombres hasta Stirling? —preguntó Fergus. Había recibido en el reparto una espada corta y practicaba con ella mientras hablaba.

Miré a Murtagh y negué con la cabeza. Después de todo, pensé, si Jenny Cameron podía conducir a las tropas de su hermano hasta Glenfinnan, yo podía llevar las de mi marido hasta Stirling. Y a ver si lord George y su alteza se atrevían a restar importancia a mi información, dada en persona.

—No —dije—. Yo lo haré.

## 43

### *Falkirk*

Podía sentir a los hombres rodeándome en la oscuridad. Había un gaitero caminando a mi lado; sentí el crujido de la gaita debajo de su brazo y vi el contorno de los tubos, que sobresalían y se movían a su paso, como si fuera un animalillo luchando por liberarse.

Conocía al gaitero: se llamaba Labhriunn Maclan. Los gaiteros de los clanes se turnaban para anunciar el amanecer en Stirling, caminando de un lado a otro del campamento para que el sonido resonara en las tiendas, llamando a todos a la batalla del nuevo día.

Al atardecer, otro gaitero atravesaba lentamente el patio y el campamento detenía su actividad para escuchar. Las notas altas y agudas convocaban a las sombras y, cuando el gaitero finalizaba su tarea, ya era de noche.

De tarde o de mañana, Labhriunn Maclan tocaba con los ojos cerrados, iba y venía con paso firme y lento por el patio, con el codo apretado contra la gaita y los dedos ágiles sobre los agujeros. Pese al frío, a veces me sentaba a observarlo al atardecer, dejando que las notas me atravesaran el corazón.

Hay gaitas irlandesas, que son pequeñas y se utilizan en el interior de las casas para hacer música, y hay grandes gaitas en el norte, que se utilizan a aire libre para el toque de diana, para llamar a los clanes al orden y para incitar a los hombres a la batalla. Maclan tocaba la gaita del norte, caminando de aquí allá con los ojos cerrados.

Una tarde me levanté cuando terminó de tocar, esperé hasta que hubo sacado el aire de la gaita con un gemido moribundo y me puse a caminar a su lado cuando atravesó el portón de Stirling.

—Buenas noches, señora —me dijo. Su voz era suave y sus ojos más suaves aún, merced al hechizo de la melodía que todavía lo acompañaba.

—Buenas noches, Maclan —respondí—. Quería hacer una pregunta, ¿por qué tocas con los ojos cerrados?

Respondió con una sonrisa:

—Supongo que se debe a que me enseñó mi abuelo, señora, y él era ciego. Siempre lo veo cuando toco, caminando por la costa con la barba flotando al viento y los ojos ciegos cerrados para que no entrara arena; se guiaba por el sonido de la gaita al reverberar contra las rocas.

—¿Así que lo ves, y tocas a los peñascos y al mar? ¿De dónde eres, Maclan? —pregunté. Su voz era aún más baja que la de la mayoría de los escoceses de las Tierras Altas.

—De las Shetland, señora —explicó, pronunciando esta última palabra casi como si fuera *Zitland*—. Muy lejos de aquí. —Volvió a sonreír, e hizo una reverencia cuando llegamos al sector de los invitados, donde yo debía quedarme—. Pero creo que vos aún venís de más lejos, señora.

—Es cierto —respondí—. Buenas noches, Maclan.

Más tarde me pregunté si su habilidad para tocar sin ver le iba a ser de ayuda allí, en la oscuridad. Un grupo de hombres en marcha hacen mucho ruido, por más silenciosos que anden. Sin embargo, pensé que cualquier eco que crearan sería ahogado por el rumor del viento. No había luna, pero el cielo estaba claro por las nubes y caía una llovizna helada que me quemaba las mejillas.

Los hombres del ejército escocés cubrían el terreno en grupos pequeños de diez o veinte; se movían como bultos desiguales, como si de la tierra surgieran pequeños montes, o como si los bosquecillos de alerces y alisos caminaran en la oscuridad. Mi información tenía respaldo: los espías de Ewan Cameron también habían avisado acerca de los desplazamientos de Hawley y el ejército escocés avanzaba a su encuentro, en algún punto al sur del castillo de Stirling.

Jamie se había dado por vencido; ya no insistía en que regresara. Le

prometí mantenerme al margen, pero si se libraba una batalla, yo debía estar junto a los otros médicos para ayudar. Cuando se giró me di cuenta de que estaba concentrado en sus hombres y en lo que les aguardaba. Se irguió y alzó un brazo; dos sombras más pequeñas se desprendieron de la masa en movimiento y se acercaron a sus estribos. Conversaron entre murmullos; después se enderezó en su montura y se volvió hacia mí.

—Dicen que nos han visto; los guardias ingleses han ido volando a Callendar House a alertar al general Hawley. No esperaré más. Haré que mis tropas marchen en círculo delante de las de Dougal, en el extremo de la colina de Falkirk. Iremos por atrás mientras los MacKenzie avanzan desde el oeste. Hay una iglesia en la colina, a la izquierda. Ése es tu lugar, Sassenach. Ve allí y quédate. —Buscó mi brazo en la oscuridad, lo encontró y le dio un apretón.

—Iré a buscarte en cuanto pueda, o enviaré a Murtagh si no puedo ir yo. Si las cosas salen mal, entra en la iglesia y pide refugio. Es lo único que se me ocurre.

—No te preocupes por mí —le dije. Tenía los labios fríos y esperaba que mi voz no temblara. Me mordí la lengua para no decir «Ten cuidado».

Dirigí el caballo hacia la izquierda y me moví despacio, mientras los hombres pasaban a mi alrededor. Mi caballo se excitó con el tumulto; sacudió la cabeza, resoplando, y se movió, inquieto. Tiré con fuerza de las riendas, como me había enseñado Jamie y luego miré hacia atrás, pero Jamie había desaparecido en la noche.

Necesité toda mi atención para encontrar la iglesia en la oscuridad. Era un edificio de piedra construido en una pequeña depresión de la colina; parecía un animal agazapado. Desde allí se veían las fogatas de los ingleses y se oían gritos lejanos, de ingleses o escoceses; era imposible saberlo.

Luego empezaron a sonar las gaitas en medio de la tormenta. Oí chillidos discordantes que se elevaban desde diferentes sitios de la colina. Podía imaginarme a los gaiteros soplando sus instrumentos.

No había una galería bajo la cual refugiarse, ni árboles sobre la colina que detuvieran el viento. Mi caballo se volvió, bajó la cabeza y sacudió la crin en mi cara.

La iglesia ofrecía un refugio contra los elementos y contra los ingleses.

Empujé la puerta y, tirando de la brida, guié el caballo detrás de mí.

El interior estaba oscuro; la única ventana no era más que una mancha difusa. El sitio parecía cálido pero el olor a sudor lo hacía sofocante. No había asientos con los que el caballo pudiera tropezarse; sólo un pequeño santuario sobre una pared y el altar propiamente dicho. El caballo permaneció quieto, resoplando, pero no se movió mucho. Mirándolo con cautela, volví a la puerta y saqué la cabeza.

Era imposible saber qué estaba sucediendo en la colina de Falkirk. Chispas de fuego de artillería resplandecían de vez en cuando. Débil e intermitente me llegaba el sonido de metal y el ruido sordo de alguna que otra explosión. Y también el alarido de un herido, distinto a los gritos de los guerreros. Y luego cambiaba la dirección del viento y ya no oía nada, o me imaginaba que oía voces, pero no había nada.

Yo no había visto la batalla de Prestonpans; acostumbrada a los desplazamientos de ejércitos gigantescos y al fuego de tanques y morteros, no me daba cuenta de lo rápido que podían ocurrir las cosas en una batalla pequeña de lucha cuerpo a cuerpo y con armas pequeñas y ligeras.

La primera advertencia fue un grito cercano. «*Tulach Ard!*». Ensoberdecida por el viento, no los oí subir la colina. «*Tulach Ard!*». Era el grito de batalla del clan MacKenzie; algunas de las tropas de Dougal habían sido obligadas a retroceder en dirección a la iglesia. Volví a entrar, pero mantuve la puerta entreabierta para poder espiar.

Un pequeño grupo de hombres subía por la colina. Escoceses, por el ruido y el aspecto: con faldas y barbas y melena ondeando al viento; parecían nubes negras corriendo colina arriba contra el viento.

Volví a entrar en la iglesia cuando el primero entró corriendo. Oscuro como estaba, no pude verle el rostro, pero reconocí su voz cuando chocó de cabeza contra mi caballo.

—¡Maldición!

—¡Willie! —exclamé—. ¡Willie Coulter!

—¡Cristo santo! ¿quién es?

No tuve tiempo de responder; la puerta volvió a estrellarse contra la pared y otras dos siluetas negras irrumpieron. Excitado por la ruidosa aparición, mi caballo retrocedió y relinchó, escarbando el aire. Esto dio origen a gritos de

alarma por parte de los intrusos, que creían que el sitio estaba vacío.

La entrada de varios hombres más aumentó la confusión; renuncié a calmar al caballo. Me escondí entre el altar y la pared y esperé. Una de las voces se alzó por encima de las demás.

—¡SILENCIO! —gritó en un tono que no admitía réplica. Todo el mundo obedeció y, cuando el bullicio cesó, hasta el caballo se tranquilizó.

—Soy MacKenzie de Leoch —dijo la voz—. ¿Quién vive?

—Soy Geordie, Dougal, y mi hermano está conmigo —dijo una voz cercana—. Hemos traído a Rupert; está herido. ¡Por Dios, creí que era el mismísimo diablo el que estaba aquí!

—Gordon McLeod de Ardsmuir —dijo otra voz.

—Y Ewan Cameron de Kinnoch —dijo otro—. ¿De quién es el caballo?

—Mío —respondí, saliendo de detrás del altar. El sonido de mi voz produjo otro alboroto, al que Dougal puso fin una vez más levantando la voz por encima del bullicio.

—¡SILENCIO, maldita sea! ¿Eres tú, Claire Fraser?

—Bueno, no soy la reina —dije—. Willie Coulter también está aquí, o lo estaba hace un minuto. ¿Alguien tiene un pedernal?

—¡Nada de luz! —exclamó Dougal—. Es probable que los ingleses detecten este lugar si nos están siguiendo, pero no tiene sentido atraer su atención.

—De acuerdo —dije—. Rupert, ¿puedes hablar? Di algo para saber dónde estás. —No sabía qué podía hacer por él en la oscuridad; dada la situación, ni siquiera podía alcanzar mi botiquín. Pero tampoco podía permitir que se desangrara.

Se oyó una fea tos al otro extremo de la iglesia y una voz ronca dijo:

—Aquí, muchacha —y tosió otra vez.

Anduve a tientas, maldiciendo en voz baja. Por el sonido de la tos sabía que era mala; la clase de tos que no podía aliviar con mi botiquín. Me agaché y anduve en cuclillas los últimos metros, sacudiendo los brazos para tocar cualquier obstáculo que se interpusiera en mi camino.

Mi mano chocó contra un cuerpo cálido y una mano me cogió. Tenía que ser Rupert; podía oírlo jadear.

—Aquí estoy —dije; él emitió una especie de jadeo y apretó mi mano con

fuerza.

Subí mi mano en busca de su cabeza. La espesa barba me anunció que había llegado a mi meta y palpé con cuidado su cuello, buscando el pulso. Rápido, pero bastante regular. Tenía la frente empapada en sudor y la piel pegajosa. La punta de la nariz estaba fría cuando la rocé.

—Lástima que no soy perro —dijo, con un hilo de risa entre los jadeos—. La nariz fría... sería una buena señal.

—Mejor señal sería que dejaras de hablar —dije—. ¿Dónde te ha dado la bala? No, no hables, toma mi mano y apóyala en la herida... y si la pones en otro sitio, Rupert MacKenzie, puedes morir aquí como un perro, y que te aproveche.

Debajo de mi mano sentí que el ancho pecho vibraba de risa reprimida. Rupert llevó mi mano lentamente debajo de la capa; con la otra mano aparté la tela.

—Ya está, la tengo —susurré. Sentí un pequeño desgarrón en su camisa, húmedo de sangre en los bordes; la cogí con ambas manos y lo abrí. Rocé muy suavemente su costado; sentí la piel de gallina y después el pequeño orificio de entrada de la bala. Parecía pequeñísimo en comparación con el cuerpo de Rupert.

—¿Ha salido por algún lado? —murmuré. El interior de la iglesia estaba en silencio, salvo el caballo, que se movía inquieto en un rincón. Aun con la puerta cerrada, se oían los ruidos de la batalla; era imposible adivinar si estaban o no cerca.

—No —respondió, y volvió a toser. Sentí que movía la mano hacia la boca y la seguí. Mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad; aun así, Rupert no era más que una silueta oscura tendida en el suelo. Sin embargo, para algunas cosas el tacto me bastaba. En el sitio de la herida la hemorragia era pequeña, pero el paño que le llevé a la boca inundó mi mano con un repentino líquido tibio.

La bala le había afectado por lo menos un pulmón, quizá los dos, y el pecho se le estaba llenando de sangre. Podía durar unas horas, como mucho un día si el pulmón funcionaba. Si le había herido el pericardio, moriría más rápido. Sólo podía salvarlo la cirugía, algo que yo no podía hacer.

Sentí una presencia tibia detrás de mí y oí una respiración normal

mientras una mano me tocaba. Estiré mi mano y sentí que me la asían con fuerza. Era Dougal MacKenzie.

Se acercó y apoyó una mano sobre el cuerpo de Rupert.

—¿Cómo te sientes, hombre? —preguntó—. ¿Puedes caminar? —Con mi otra mano todavía sobre Rupert, pude sentir que sacudía la cabeza en respuesta a la pregunta de Dougal. Los hombres empezaron a hablar en voz baja.

La mano de Dougal presionó mi hombro.

—¿Qué necesitas para poder ayudarlo? ¿Tu cajita? ¿Está en el caballo? —Se levantó antes de que pudiera decirle que nada que hubiera en el maletín podía ser de ayuda.

Un ruido repentino proveniente del altar interrumpió los susurros y los hombres buscaron sus armas. Otro crujido y por la ventana entró una ráfaga de aire frío y algunos copos de nieve.

—¡*Sassenach!* ¡Claire! ¿Estás ahí? —La voz me hizo poner en pie y olvidarme un instante de Rupert.

—¡Jamie! —A mi alrededor se produjo una exhalación colectiva y se oyó el ruido de las espadas al caer. La tenue luz de fuera fue tapada un momento por la cabeza y los hombros de Jamie. Bajó del altar y preguntó:

—¿Quién está ahí?... Dougal, ¿eres tú?

—Sí, soy yo, muchacho. Están tu esposa y unos cuantos más. ¿Viste a esos bastardos *sassenaches* ahí fuera?

Jamie emitió una risita corta.

—¿Por qué crees que entré por la ventana? Hay unos veinte al pie de la colina.

Dougal hizo un ruido de disgusto.

—Los desgraciados nos han separado del grueso de las tropas —dijo Dougal.

—Así es. *Ho, mo cridh! Ciamar a tha thu?* —Al reconocer una voz familiar en medio de la locura, mi caballo levantó el hocico con un relincho de alegría.

—¡Cállate, pequeño estúpido! —le dijo Dougal—. ¿Quieres que nos oigan los ingleses?

—No creo que los ingleses vayan a ahorcarlo a él —observó Jamie—. Y

para saber que estamos aquí, no van a necesitar oídos si tienen ojos; la colina está llena de vuestras pisadas.

—Hum. —Dougal miró hacia la ventana, pero Jamie ya estaba sacudiendo la cabeza.

—Es inútil, Dougal. El cuerpo principal ha marchado hacia el sur y lord George Murray ha ido a su encuentro, pero la partida de ingleses que encontramos vinieron para este lado. Un grupo me persiguió colina arriba. Los esquivé y subí arrastrándome hasta la iglesia. Deben de seguir buscándome. —Extendió una mano hacia mí y la cogí. Estaba fría y húmeda por haber gateado en la hierba, pero me alegré de tocarlo, de tenerlo cerca.

—Viniste gateando, ¿eh? ¿Y cómo planeas volver a salir? —preguntó Dougal.

Adiviné que Jamie se encogía de hombros. Incliné la cabeza en dirección al caballo.

—Pensé que podría salir al galope; no saben nada del caballo. Con eso haríamos bastante alboroto para que Claire quede libre.

Dougal resopló.

—¡Bah! Reventarán al caballo como a una manzana madura —dijo Dougal.

—Poco importa —dijo Jamie—. No veo cómo podréis salir todos sin que nadie lo note.

Como confirmando lo dicho, Rupert lanzó un fuerte quejido junto a la pared. Dougal y yo nos arrodillamos junto a él de inmediato, seguidos más lentamente por Jamie.

No estaba muerto, pero tampoco estaba bien. Tenía las manos heladas y respiraba con un silbido,

—Dougal —susurró.

—Aquí estoy, Rupert. Quédate quieto, hombre, pronto estarás bien. —El jefe de los MacKenzie se quitó la capa de tartán, la plegó y la puso bajo la cabeza y los hombros de Rupert. Su respiración era un poco mejor, pero al tocarlo bajo la barba supe que tenía manchas húmedas en la camisa. Todavía tenía algo de fuerza; extendió una mano y cogió el brazo de Dougal.

—Si... nos encontrarán de todos modos... enciende una luz —dijo jadeando—. Quiero ver tu cara una vez más, Dougal.

Al estar tan cerca de Dougal, sentí la conmoción que lo invadió al escuchar estas palabras y lo que ellas implicaban. Giró la cabeza bruscamente hacia mí pero no pudo ver mi cara. Murmuró una orden y, al poco rato, alguien cortó un manojo de paja del techo, lo torció formando una antorcha y la encendió con una chispa de pedernal. Se quemó rápidamente, pero me proporcionó luz suficiente para examinar a Rupert mientras los hombres se ocupaban de afinar una larga estaca de madera que sirviera como antorcha un poco más duradera.

Estaba blanco como una sábana, tenía el pelo lleno de sudor y una mancha de sangre en el labio inferior. Había manchas oscuras en la espesa barba negra, pero sonrió débilmente cuando me incliné para controlar su pulso otra vez; era más ligero y muy rápido, y de vez en cuando los latidos se detenían. Le aparté el pelo de la cara y él me tocó las manos en agradecimiento.

Sentí la mano de Dougal sobre mi codo y me puse en cuclillas, volviéndome para mirarlo. Una vez lo había visto como en este momento, frente al cuerpo de un hombre mortalmente herido por un jabalí. Entonces me había preguntado: «¿Podrá vivir?», y vi que el recuerdo de ese día se reflejaba en su rostro. Sus ojos me hacían la misma pregunta, pero esta vez temían mi respuesta. Rupert era su amigo más íntimo, el que cabalgaba y peleaba a su derecha, como Ian hacía con Jamie.

No respondí; Rupert lo hizo por mí.

—Dougal —dijo, y sonrió cuando éste se inclinó. Cerró los ojos y respiró hondo, tratando de reunir fuerzas—. Dougal —repitió—. No llores por mí, hombre.

El rostro de Dougal se contrajo. Pude ver en sus labios la negación de la muerte, pero se abstuvo.

—Soy tu jefe —dijo, con una sonrisa temblorosa—. No puedes darme órdenes; te lloraré si quiero. —Cogió la mano de Rupert y la apretó con fuerza.

Hubo un risa leve de Rupert y otro acceso de tos.

—Bueno, sufre si quieres, Dougal —dijo—. Me alegro. Pero no podrás llorarme hasta que me muera, ¿no? Quiero morir por tu mano, *mo caraidh*, no por la de desconocidos.

Dougal se movió inquieto. Jamie y yo intercambiamos miradas atónitas a sus espaldas.

—Rupert... —empezó a decir Dougal, impotente, pero Rupert lo interrumpió cogiéndole la mano y sacudiéndola suavemente.

—Eres mi jefe, hombre, y es tu deber —susurró—. Vamos. Hazlo ahora. Morir me duele, Dougal, y quiero que termine. —Me buscó con la mirada—. ¿Quieres sostener mi mano mientras me voy, muchacha? —me preguntó—. Me gustaría que así fuera.

No había más que hacer. Moviéndome despacio, sintiendo que estaba en medio de un sueño, cogí su mano ancha y velluda entre las mías, apretándola como si pudiera darle calor.

Con un gruñido, Rupert giró y miró a Jamie, que estaba sentado junto a su cabeza.

—Ella debió haberse casado conmigo, muchacho, cuando tuvo la oportunidad —murmuró—. Eres un pobre diablo, pero haces lo que puedes. —Un ojo se cerró con fuerza—. Dale un buen hogar por mí, muchacho.

Los ojos negros se dirigieron a mí y una sonrisa final se extendió por su rostro.

—Adiós, muchacha hermosa —dijo con voz suave.

El puñal de Dougal lo alcanzó debajo del esternón. El voluminoso cuerpo se convulsionó con una explosión de tos, aire y sangre, pero el breve grito de agonía fue de Dougal.

El jefe MacKenzie permaneció rígido un momento, con los ojos cerrados y las manos apretando el mango del puñal. Jamie se levantó, lo cogió por los hombros y lo alejó, murmurando algo en gaélico. Jamie me miró y yo asentí y extendí mis brazos. Dio la vuelta a Dougal suavemente hacia mí y lo apreté contra mi pecho mientras ambos nos arrodillábamos sobre el suelo, sosteniéndolo mientras lloraba.

Jamie también lloraba. Oí los breves suspiros y sollozos de los demás hombres. Supuse que era mejor que lloraran por Rupert y no por sí mismos. Si caíamos en manos de los ingleses, nos ahorcarían por traición. Era más fácil llorar por Rupert, que ya estaba a salvo gracias a la ayuda de un amigo.

No llegaron en la larga noche de invierno. Nos acurrucamos contra una

pared, cubiertos de capas y abrigos, esperando. Dormité a ratos, apoyada sobre el hombro de Jamie, con Dougal encorvado y silencioso al otro lado. Sabía que ninguno de los dos dormía. Estaban velando el cuerpo de Rupert, cubierto por su capa, al otro lado del abismo que separa a los muertos de los vivos.

Hablamos poco, pero sabía lo que estaban pensando. Se preguntaban, al igual que yo, si las tropas inglesas se habrían retirado para reagruparse con el ejército principal en Callendar House, o si seguirían montando guardia fuera, esperando que amaneciera antes de hacer un movimiento, para que ninguno de los ocupantes de la pequeña iglesia pudiera escapar al abrigo de la noche.

Todo se resolvió con la llegada de la primera luz.

—¡Eh, vosotros, los de la iglesia! ¡Salid ya! ¡Entregaos! —gritó una voz con acento inglés.

Hubo un movimiento entre los hombres de la iglesia y el caballo que dormía en su rincón levantó la cabeza sobresaltado. Jamie y Dougal intercambiaron una mirada y después, como si ya lo hubieran planeado, se levantaron y permanecieron en pie, hombro con hombro ante la puerta cerrada. Un gesto que hizo Jamie con la cabeza me envió a la parte posterior de la iglesia, de vuelta a mi refugio detrás del altar.

Otro grito del exterior fue recibido en silencio. Jamie sacó tranquilamente su pistola del cinturón y comprobó si estaba cargada. Cayó sobre una rodilla y preparó la pistola, apuntando a la puerta, a la altura de la cabeza de un hombre.

Geordie y Willie custodiaban la ventana de atrás con espadas y pistolas listas. Pero era probable que el ataque viniera de delante pues el terreno detrás de la iglesia era abrupto; apenas había espacio entre la colina y la pared de la iglesia para que pasara un hombre.

Oí pasos y entrechocar de armas. Los pasos se detuvieron a cierta distancia y se oyó una voz, más cerca y más clara.

—¡En el nombre de su majestad, el rey Jorge, salid y entregaos! ¡Sabemos que estáis ahí!

Jamie disparó. El estruendo fue ensordecedor. Oí el ruido de pasos que retrocedían, acompañados de maldiciones. El disparo abrió un agujero en la puerta; Dougal se acercó a mirar por él.

—Maldición —dijo en voz baja—. Son muchos.

Jamie me miró, luego se ocupó de volver a cargar la pistola. Estaba claro que los escoceses no tenían intención de rendirse. Estaba igualmente claro que los ingleses no tenían intención de tomar la iglesia por asalto, dado que la entrada estaba bien defendida. ¿Pensarían matarnos de hambre? Seguramente el ejército escocés enviaría hombres en busca de los heridos en la batalla de la noche anterior. Si llegaban antes de que los ingleses tuvieran oportunidad de montar un cañón contra la iglesia, podíamos salvarnos.

Por desgracia, fuera había alguien que pensaba. Otra vez se oyó el ruido de pasos y después una voz inglesa llena de autoridad.

—Tenéis un minuto para salir y rendiros —dijo— o prenderemos fuego al techo de paja.

Miré hacia arriba completamente horrorizada. Las paredes de la iglesia eran de piedra, pero la paja no tardaría en arder aunque estuviera empapada de lluvia y nevisca. Una vez encendida, lloverían sobre nosotros llamas y brasas. Recordé la terrible velocidad con que había ardido la antorcha de paja la noche anterior; el resto chamuscado yacía junto al cadáver tapado de Rupert, que parecía un espantoso recuerdo a la luz grisácea del amanecer.

—¡No! —grité—. ¡Malditos bastardos! ¡Esto es una iglesia! ¿Acaso no sabéis lo que es un santuario?

—¿Quién es ésa? —dijo la voz de fuera—. ¿Una inglesa?

—¡Sí! —gritó Dougal, saltando hacia la puerta. La entreabrió y siguió gritándoles a los soldados ingleses apostados al pie de la colina—. ¡Sí! ¡Tenemos a una inglesa cautiva! ¡Prended fuego al techo y ella morirá con nosotros!

Hubo un estallido de voces al pie de la colina y un repentino movimiento entre los hombres en la iglesia. Jamie miró seriamente a Dougal y le dijo:

—¡Qué...!

—¡Es la única oportunidad! —susurró Dougal—. Que se la lleven a cambio de nuestra libertad. No le harán daño si creen que es nuestro rehén; ya la liberaremos una vez estemos libres.

Salí de mi escondite, me dirigí a Jamie y lo así de la manga.

—¡Sí! —le dije—. ¡Dougal tiene razón!

Jamie me miró con una mezcla de impotencia, furia y miedo. Y también

una sonrisa ante lo paradójico de la situación.

—Después de todo, soy una *sassenach*.

Me acarició la cara con una sonrisa apesadumbrada.

—Sí, *mo duinne*. Pero eres mi *sassenach*. —Se volvió a Dougal, enderezando los hombros. Inspiró hondo y asintió.

—Está bien. Diles que la apresamos anoche —pensó con rapidez, pasándose la mano por el pelo— en el camino de Falkirk.

Dougal asintió y sin esperar más salió de la iglesia agitando un pañuelo blanco.

Jamie se volvió a mí, serio, observando la puerta de la iglesia; se oían voces inglesas aunque no se distinguía lo que decían.

—No sé qué vas a decirles, Claire; quizá será mejor que finjas estar tan turbada que no puedes hablar. Quizás es mejor que inventar una historia, pues si descubren quién eres... —Se detuvo de repente y se frotó la cara.

Si descubrían quién era, me llevarían a Londres, a la Torre, y muy posiblemente sería ejecutada. Pero a pesar de que los edictos se referían a la «Bruja de los Estuardo», nadie, por lo que sabía, se había dado cuenta ni había publicado el detalle de que la bruja era inglesa.

—No te preocupes —dije, percatándome de lo estúpido del comentario pero incapaz de decir nada mejor—. Me rescataréis antes de que puedan darse cuenta de nada. ¿Crees que me llevarán a Callendar House?

Asintió.

—Sí, eso creo. Si puedes, trata de estar sola junto a una ventana después de medianoche. Iré a buscarte entonces.

No hubo tiempo para más. Dougal volvió a deslizarse por la puerta, cerrándola cuidadosamente.

—Hecho —dijo, mirándome a mí y a Jamie—. Les damos la mujer y nos permitirán partir sin problemas. No nos perseguirán. Nos quedamos con el caballo. Vamos a necesitarlo para Rupert —me dijo, como pidiendo disculpas.

—Está bien —le dije. Miré hacia la puerta; el pequeño agujero por donde había pasado la bala era del mismo tamaño que la herida de Rupert. Tenía la boca seca y tragué con fuerza. Me sentí como un huevo de cuclillo a punto de ser colocado en el nido equivocado. Los tres vacilamos ante la puerta, reacios

a dar el paso final.

—Será mejor que vaya —dije, haciendo un enorme esfuerzo por controlar mi voz y mis temblorosas extremidades—. Se estarán preguntando qué nos detiene.

Jamie cerró los ojos por un momento, asintió y después se acercó a mí.

—Creo que es mejor que te desmayes, Sassenach —dijo—. Tal vez así sea más fácil. —Se inclinó, me tomó en sus brazos y atravesó la puerta que Dougal sostenía abierta.

Su corazón latía con fuerza junto a mi oído; sentía que los brazos le temblaban. Después del encierro en la iglesia, con los olores a sudor, sangre, pólvora y estiércol de caballo, el aire fresco y frío de la mañana me quitó el aliento y me apreté contra él, temblando. Sus manos me apretaron más debajo de las rodillas y los hombros: nunca me dejaría.

—Dios —dijo en voz baja. Habíamos llegado. Hubo preguntas cortantes y respuestas murmuradas. Jamie me depositó con desgana en el suelo. Después oí el ruido de sus pies, corriendo por la hierba húmeda. Estaba sola, en manos de extraños.

*En el que muchas cosas salen mal*

Me acerqué más al fuego y extendí las manos para calentarlas. Las tenía sucias de sostener las riendas todo el día. Me pregunté si valdría la pena recorrer la distancia hasta el río para lavarlas. Mantener la higiene en ausencia de comodidades era bastante problemático. No era raro que la gente enfermara y muriera con tanta frecuencia, pensé. Morían de suciedad e ignorancia más que de otra cosa.

El pensar en morir a causa de la suciedad fue suficiente para que me pusiera en pie a pesar de lo cansada que estaba. El riachuelo que pasaba junto al campamento era pantanoso en las márgenes y mis zapatos se hundieron en el barro. No sólo no pude lavarme las manos sino que volví con los pies mojados junto al fuego, donde me esperaba el cabo Rowbotham con un cuenco de lo que él aseguraba que era un guiso.

—El capitán os envía sus saludos, señora —dijo—; y me pidió que os dijera que mañana llegaremos a Tavistock, donde hay una posada. —Vaciló; en su rostro redondo y agradable se notaba la preocupación, después añadió —: El capitán me manda sus disculpas por la falta de comodidades, señora, pero hemos armado una tienda para vos. No es mucho, pero os resguardará de la lluvia.

—Dad las gracias al capitán de mi parte, cabo —dije, con la mayor amabilidad que pude—. Y gracias a vos, también —añadí. Era consciente de

que el capitán Mainwaring me consideraba una carga y que no se había detenido a pensar en mi bienestar nocturno. La tienda (un trozo de tela colocado sobre la rama de un árbol y sujeto en ambos extremos) sin duda era idea del cabo Rowbotham.

Había permanecido el mayor tiempo posible fingiendo estar desmayada en la colina de Falkirk, pero poco tiempo después me despertó un dragón británico que trataba de obligarme a beber coñac de una botellita. Como no sabían muy bien qué hacer conmigo, me habían llevado a Callendar House y entregado al personal del general Hawley.

Hasta ese momento, todo había salido según lo planeado. Sin embargo, una hora después la situación se complicó bastante. Sentada en una sala de espera, escuché todo lo que decían a mi alrededor. Me enteré de que lo que yo había creído que era una gran batalla durante la noche no había sido otra cosa que una pequeña escaramuza entre los MacKenzie: y un grupo de tropas inglesas que marchaban a unirse al cuerpo principal del ejército. Dicho ejército se estaba preparando para enfrentarse al ataque escocés en la colina de Falkirk; ¡en realidad, la batalla a la que creí sobrevivir aún no se había producido!

El general Hawley en persona supervisaba este proceso y, como nadie parecía tener idea de qué hacer conmigo, encargaron de mi custodia a un joven soldado raso, y junto con una carta en la que se describían las circunstancias de mi rescate, me enviaron al campamento de un tal coronel Campbell, en Kerse. El joven soldado, un gordo llamado Dobbs, se mostraba muy ansioso por cumplir con su deber y pese a varios intentos, aún no había podido deshacerme de él.

Llegamos a Kerse, sólo para descubrir que el coronel Campbell no estaba allí, sino que había sido enviado a Livingston.

—Mirad —le sugerí a mi carcelero-escolta— es evidente que el coronel Campbell no tiene tiempo ni ganas de hablar conmigo y de todos modos no tengo nada que decirle. ¿Por qué no me alojo aquí, en el pueblo, hasta que pueda hacer algún arreglo para continuar viaje hasta Edimburgo? —A falta de una idea mejor, le había contado a los ingleses la misma historia que le había contado a Colum MacKenzie dos años atrás: que era una viuda de Oxford que viajaba para visitar a un pariente en Escocia, cuando fui

secuestrada por bandoleros escoceses.

El soldado Dobbs sacudió la cabeza, ruborizándose tercamente. No podía tener más de veinte años y no era muy inteligente, pero una vez que se le metía una idea en la cabeza, no había nada que se la quitara.

—No os puedo permitir hacer eso, señora Beauchamp —dijo, pues yo utilizaba mi apellido de soltera— el capitán Bledsoe me matará si no os llevo sana y salva ante el coronel.

Así que hacia Livingston nos dirigimos, montados en dos caballos que daban lástima. Por fin me vi aliviada de las atenciones de mi escolta, pero sin que mejorara mi situación. Me vi encerrada en la habitación superior de una casa de Livingston, contando otra vez mi historia a un tal coronel Gordon MacLeish Campbell, un escocés de las Tierras Bajas a cargo de uno de los regimientos del elector.

—Sí, entiendo —dijo; el tono de su voz mostraba que no había entendido nada. Era un hombre pequeño, con cara de zorro, con escaso pelo rojizo peinado hacia atrás. Entrecerró aún más los ojos, observando la carta arrugada sobre su escritorio.

—Aquí dice —explicó— que uno de vuestros captores era un tal Fraser muy robusto y pelirrojo. ¿Es cierto?

—Sí —respondí, preguntándome adónde quería llegar.

Inclinó la cabeza de modo que los lentes le resbalaron por la nariz, para mirarme mejor por encima de ellos.

—Los hombres que os rescataron cerca de Falkirk piensan que uno de vuestros captores no era otro que el famoso jefe escocés conocido como Jamie el Rojo. Ahora bien, entiendo, señora Beauchamp, que vos estabais... ¿angustiada, por así decirlo? —sus labios se estiraron al pronunciar la palabra, pero no fue una sonrisa— durante el período de vuestro cautiverio, tal vez no estabais en condiciones de hacer ninguna observación, pero ¿advertisteis si en algún momento los demás hombres le llamaban Jamie?

—Así es; lo llamaban Jamie. —No imaginaba que pudiera hacer ningún daño al contarle eso; los edictos que yo había visto dejaban bien claro que Jamie era partidario de la causa de los Estuardo. Quizá el hecho de que Jamie participara en la batalla de Falkirk interesara a los ingleses, pero no podía involucrarlo aún más.

—No pueden ahorcarme más de una vez —me había dicho Jamie. Una vez iba a ser más que suficiente. Miré la ventana. Hacía media hora que había anochecido. Jamie estaría en Callendar House, buscando la ventana donde yo debía esperarlo.

De repente tuve la absurda certeza de que Jamie me estaba siguiendo, que de algún modo había averiguado adónde me llevaban y que esperaba en la calle a que yo apareciera.

Me puse en pie bruscamente y fui hacia la ventana. La calle estaba vacía, a excepción de un vendedor de arenque en salmuera, sentado en un banquillo con una lámpara a los pies. No era Jamie, por supuesto. No tenía manera de encontrarme. Nadie en el campamento Estuardo sabía dónde estaba yo; estaba sola por completo. Apreté fuertemente las manos contra el cristal sin importarme que podía romperlo.

—¡Señora Beauchamp! ¿Estáis bien? —El coronel parecía alarmado.

—Estoy bien —dije—. Si habéis terminado de hacerme preguntas, me gustaría irme.

—¿Sí? Pues... —Me miró con cierta duda y después sacudió la cabeza con decisión.

—Pasaréis la noche aquí —declaró—. Por la mañana os enviaré al sur.

Sentí que me recorría un escalofrío.

—¡Al sur! ¿Y para qué diablos voy a ir al sur? —grité.

Alzó las cejas, atónito, y abrió la boca. Después se recompuso, la cerró y volvió a abrirla para responderme.

—Tengo órdenes de enviar cualquier información concerniente al criminal escocés conocido como Jamie Fraser el Rojo —dijo—. O de cualquier persona asociada con él.

—¡No estoy asociada con él! —protesté. A menos que cuente el matrimonio, por supuesto.

El coronel Campbell no escuchaba. Se dirigió a su escritorio y buscó entre un montón de despachos.

—Sí, aquí está. El capitán Mainwaring es el oficial que os escoltará. Os vendrá a buscar al amanecer. —Hizo sonar una campanilla de plata con forma de duende; la puerta se abrió y apareció su secretario privado—. Garvie, acompaña a la dama a sus habitaciones. Y cierra la puerta con llave.

—Se volvió a mí e hizo una reverencia mecánica—. No creo que volvamos a vernos, señora Beauchamp; que descanséis y buen viaje. —Y eso fue todo.

El capitán Mainwaring estaba a cargo de un tren de provisiones, con rumbo a Lanark. Después de entregar éstas, se dirigiría hacia el sur con el resto de su destacamento, entregando despachos poco urgentes en el recorrido. Al parecer yo entraba en la categoría de despacho no, urgente, pues llevábamos más de una semana de viaje y no había señales de que llegáramos a destino, fuera cual fuese éste.

«Al sur». ¿Eso significaba Londres?, me pregunté por enésima vez. El capitán Mainwaring no me había dicho cuál era mi destino final, pero no se me ocurría otra posibilidad.

Al levantar la cabeza vi que uno de los dragones me observaba. Yo le devolví la mirada hasta que se ruborizó y bajó la mirada al cuenco que tenía en las manos. Ya estaba acostumbrada a tales miradas aunque la mayoría no eran tan atrevidas.

El primero fue el estúpido que me llevó a Livingston, que me miraba con cierta reserva. Me llevó algún tiempo descubrir que lo que causaba la actitud de cautela en los oficiales ingleses no era la sospecha, sino una mezcla de desprecio y horror, con cierta lástima y una sensación de responsabilidad oficial que les impedía expresar sus verdaderos sentimientos abiertamente.

No sólo me habían rescatado de una banda de escoceses rapaces y saqueadores. Había sido liberada de un cautiverio después de haber pasado una noche entera en la misma habitación que un número de hombres considerados por todos los ingleses de bien «poco menos que bestias salvajes, culpables de pillaje, robo e innumerables crímenes terribles». Por lo tanto, no podían concebir que una joven inglesa saliera indemne después de haber pasado la noche en compañía de semejantes salvajes.

El hecho de que Jamie me llevara en brazos, al parecer desmayada, tal vez facilitó las cosas al principio, pero sin duda contribuyó a la impresión general de que tanto Jamie como los demás escoceses me habían violado. Y gracias a la detallada carta escrita por el capitán del grupo que me rescató, todo el mundo a quien fui transferida posteriormente (y todo el mundo con quienes éstos hablaban, me imaginé) lo sabían. Después de haber pasado por

la escuela de París, conocía muy bien la mecánica de los rumores.

Sin duda, el cabo Rowbotham había oído dichos rumores, pero continuaba tratándome amablemente, sin la mirada que con tanta frecuencia sorprendía en los rostros de los demás soldados. Si me hubiera inclinado por rezar, lo habría incluido en mis oraciones.

Me levanté, me quité el polvo de la capa y me dirigí a mi tienda. Al verme partir, el cabo Rowbotham también se levantó, caminó con discreción alrededor del fuego y volvió a sentarse junto a sus camaradas, con la espalda frente a la entrada de mi tienda. Cuando los soldados se fueran a dormir, yo sabía que él buscaría un sitio, a distancia respetuosa, pero cerca de mi lugar. Lo había hecho durante las tres últimas noches tanto si dormíamos en una posada como si lo hacíamos en el campo.

Tres noches atrás yo había intentado escaparme otra vez. El capitán Mainwaring sabía muy bien que viajaba contra mi voluntad y, aunque yo le resultaba una carga, era demasiado concienzudo para desligarse de su responsabilidad. Dos guardias me vigilaban de cerca y durante el día cabalgaban a mi lado.

Por la noche no me vigilaban; el capitán no creía probable que me arriesgara a recorrer a pie los páramos desiertos en pleno invierno. Y tenía razón: no tenía interés en suicidarme.

Sin embargo, aquella noche habíamos pasado por una pequeña aldea dos horas antes de acampar. Aunque fuera a pie, estaba segura de poder llegar a la aldea antes del amanecer. La aldea tenía una pequeña destilería desde la cual partían carros llenos de barriles hacia diversos pueblos de la región. Había visto el patio de la destilería, repleto de barriles, y pensé que podía esconderme ahí y partir en el primer carro.

Así que cuando los soldados dormían alrededor del fuego, me arrastré fuera de mi tienda y me abrí paso sin más ruido que el rumor del viento. Cuando salí de la arboleda, pensé que el ruido que oía a mis espaldas era el viento, hasta que una mano me cogió del hombro.

—No grites. No querrás que el capitán sepa que sales sin permiso. —No grité, pero solo porque me había quedado sin aliento. El soldado, un hombre más bien alto a quien sus compañeros llamaban «Jessie» por el tiempo que pasaba peinándose los rizos rubios, me sonrió; le devolví la sonrisa con cierto

recelo.

Su mirada cayó en mi pecho. Suspiró, me miró a los ojos y dio un paso hacia mí. Yo di tres pasos atrás, rápidamente.

—Pero en realidad no importa, ¿no corazón? —dijo, con su sonrisa dulzona—. No después de lo que ya pasó ¿Qué puede hacerte una vez más? Además, yo soy inglés —continuó— no un sucio escocés.

—Deja tranquila a la pobre mujer, Jess —dijo el cabo Rowbotham, saliendo lentamente de los sauces—. Ya ha tenido suficientes problemas, pobre señora. —Habló en voz muy baja, pero Jessie lo fulminó con la mirada y después, pensándolo mejor, se giró sin decir palabra y desapareció bajo los sauces.

El cabo esperó en silencio a que recogiera mi capa, y después me siguió hasta el campamento. Me hizo una seña para que me acostara y se acomodó a dos metros de mí, sentándose con la manta alrededor de los hombros, como los indios. Cada vez que me despertaba durante la noche lo veía sentado, observando el fuego.

Tavistock tenía una posada. Sin embargo, no tuve mucho tiempo para disfrutar de sus comodidades. Llegamos al pueblo al mediodía y el capitán Mainwaring salió enseguida para entregar sus despachos. Regresó una hora después y me dijo que cogiera mi capa.

—¿Por qué? —dije, sorprendida—. ¿Adónde vamos?

Me miró con indiferencia y respondió:

—A la residencia Bellhurst.

—Muy bien —dije.

La casona, sin consideración hacia la belleza natural del lugar, daba al acantilado. El sendero de acceso era corto, recto y sin adornos, a diferencia de los de las mansiones francesas, pero la entrada estaba flanqueada por dos columnas de piedra, cada una con el emblema del propietario. Lo miré cuando se detuvo mi caballo, tratando de interpretarlo. Un felino, quizás un leopardo, con un lirio en la garra. Lo conocía. Pero ¿de quién era?

Hubo un movimiento cerca de la puerta y alcancé a ver un par de ojos cuando un montón de harapos agazapados se escabulleron entre las sombras, apartándose de los ruidos de los cascos de los caballos. Algo en aquel

mendigo harapiento también me resultó familiar. Quizá tenía alucinaciones.

La escolta aguardó en la puerta, sin molestarse en desmontar, mientras el capitán Mainwaring y yo subíamos los escalones y esperábamos a que abrieran. Me preguntaba qué habría al otro lado de la puerta.

—¿Señora Beauchamp? —El mayordomo, si eso era, parecía esperar lo peor. Sin duda, estaba en lo cierto.

—Sí —respondí—. Eh... ¿de quién es esta casa?

En el momento en que hacía la pregunta levanté la mirada y miré el sombrío vestíbulo. Una cara me estaba mirando con los ojos de ciervo asustado.

Mary Hawkins.

Cuando la muchacha abrió la boca, yo hice lo mismo. Y chillé lo más fuerte que pude. El mayordomo, cogido por sorpresa, dio un paso atrás, tropezó con un diván y se cayó. Oí los ruidos que hacían los soldados mientras subían los escalones.

Me levanté las faldas, gritando:

—¡Un ratón! ¡Un ratón! —y corrí hasta el vestíbulo aullando como alma en pena.

Contagiada por mi histeria, Mary también gritó y me rodeó por la cintura cuando la embestí. La arrastré hasta el fondo del vestíbulo y la cogí por los hombros.

—No le digas a nadie quien soy —susurré en su oído—. ¡Absolutamente a nadie! ¡Mi vida depende de ello! —Sabía que exageraba, aunque quizás ésa era la realidad de mi situación. Estar casada con Jamie el Rojo podía costarme la vida.

Mary sólo tuvo tiempo de asentir, como hipnotizada, cuando se abrió una puerta y apareció un hombre.

—¿Qué es este ruido infernal, Mary? —preguntó un hombre regordete, de aspecto satisfecho, con el mentón decidido y la expresión de alguien que siempre se sale con la suya.

—Na... nada, papá —respondió Mary, tartamudeando por los nervios—. Só... sólo un ratón.

El *baronet* cerró los ojos e inspiró hondo, como implorando paciencia.

Tras hallar un simulacro de dicho estado, volvió a abrirlos y miró a su hija.

—Dilo otra vez, muchacha —ordenó—. Pero bien. No quiero que andes tartamudeando y farfullando. Respira hondo, tranquilízate. Ahora, otra vez.

Mary obedeció, inspiró hasta que su corsé le apretó el joven busto. Aferró con los dedos la seda de su falda, buscando apoyo.

—Un ra... ratón, papá. La señora Fra... esto... la se... señora se asustó al ver un ratón.

Poco satisfecho con este intento, el *baronet* dio un paso adelante y me examinó con interés.

—¿Ah? ¿Y quién sois vos, señora?

El capitán Mainwaring, que finalmente apareció en escena después de buscar al ratón, me cogió del brazo y me presentó, a la par que entregaba la nota de presentación del coronel MacLeish.

—Así que su gracia será vuestro anfitrión, *Madame*, al menos por un tiempo. —Le entregó la nota al mayordomo y cogió el sombrero que éste había quitado de un perchero cercano—. Lamento que nuestra relación sea breve, señora Beauchamp. Estaba a punto de partir. —Miró por encima de su hombro una corta escalera que salía del vestíbulo. El mayordomo ya estaba ascendiendo, con la nota—. Veo que Walmisley va a notificar a su gracia vuestra llegada. Yo debo irme o perderé el coche correo. *Adieu*, señora Beauchamp.

Se volvió a Mary, que se había apoyado contra la pared.

—Adiós, hija. Intenta... bien. —Las comisuras de la boca se alzaron a modo de sonrisa paternal—. Adiós, Mary.

—Adiós, papá —murmuró Mary, con los ojos clavados en el suelo. Miré uno y a otra. ¿Qué diablos hacía allí Mary Hawkins? Era evidente que se alojaba en la mansión; supuse que el propietario de ésta sería algún pariente.

—¿Señora Beauchamp? —Un lacayo pequeño y regordete me estaba haciendo una reverencia—. Su gracia os espera.

Mary me tiró de la manga cuando me volví para seguir al lacayo.

—Pe... pero... —empezó a decir. No tenía paciencia para oírla hasta que terminara de hablar. Sonreí vagamente y le di una palmadita en la mano.

—Sí, sí —le dije—. No te preocupes, todo irá bien.

—Pe,... pero es mi...

El lacayo se inclinó y abrió una puerta al final del corredor. Entramos en una lujosa sala. El sillón que vi llevaba el penacho de la familia tallado en el respaldo; una versión más clara del que había visto sobre la gastada piedra.

Un leopardo acostado, con un lirio en la garra, ¿o era una flor de azafrán? El ocupante del sillón se puso en pie; su sombra se proyectó en el umbral de la puerta al darse la vuelta. Una campanilla de alarma sonó en mi cerebro al verlo. Entonces entendí las palabras angustiadas de Mary, pronunciadas al mismo tiempo que el anuncio del lacayo.

—¡Mi pa... padrino! —dijo.

—Su gracia el duque de Sandringham —anunció el lacayo.

—Señora... ¿Beauchamp? —dijo el duque abriendo la boca con sorpresa.

—Bien... algo por el estilo —respondí con voz débil.

La puerta de la sala se cerró a mis espaldas y me quedé sola con su gracia. Lo último que vi de Mary fue que estaba parada en el corredor, con los ojos abiertos de par en par, abriendo y cerrando la boca.

—Tenéis una casa muy elegante —dije; el duque me observaba con una expresión divertida.

—Gracias —respondió—. Vuestra presencia la adorna, querida —dijo y sonrió.

—¿Por qué Beauchamp? —preguntó—. No es vuestro verdadero nombre.

—Es mi nombre de soltera —respondí, obligada a decir la verdad. Las gruesas cejas rubias se enarcaron.

—¿Sois francesa?

—No, inglesa. Pero no podía usar el apellido Fraser, como comprenderéis.

—Ya veo.

El duque se paseó de un lado a otro frente al fuego, observándome y sonriendo.

—¿Qué sois en este momento? —preguntó—. ¿Una rehén inglesa, una jacobita o una agente francesa?

Me apreté la frente, entre los ojos, para aliviar la tensión. La respuesta correcta era «ninguna de las tres cosas», pero no creí que eso me llevara muy lejos.

—La hospitalidad de esta casa le va a la zaga a su elegancia —dije con toda la arrogancia de que fui capaz, dadas las circunstancias. El ejemplo de Louise de gran dama no había sido inútil.

El duque se echó a reír, con una risa aguda, como quien acaba de escuchar un buen chiste.

—Disculpad, *Madame*. Tenéis razón; tendría que haberos ofrecido algo de beber antes de preguntar nada. Muy desconsiderado por mi parte.

Murmuró algo al lacayo que acudió a su llamada; después esperamos en silencio a que trajeran la bandeja. Miré a mi alrededor, echando un vistazo de vez en cuando a mi anfitrión. Ninguno de los dos estaba interesado en charlas triviales. A pesar de las apariencias, se trataba de una tregua armada, y ambos lo sabíamos.

Lo que yo quería saber era por qué. Al igual que el resto de la gente, el duque se preguntaría quién diablos era yo. Pero yo por mi parte me preguntaba dónde encajaba el duque en todo aquello. O dónde creía él que yo encajaba. Le había visto dos veces antes como la señora Fraser, esposa del terrateniente de Lallybroch. Y de repente llegaba a su puerta como rehén inglesa llamada Beauchamp, recién rescatada de una banda de jacobitas escoceses. Era suficiente para que la gente dudara. Sin embargo, su actitud hacia mí iba mucho más allá de la simple curiosidad.

Llegó el té con pastas. El duque cogió su taza, con una ceja alzada me indicó que cogiera la mía y tomamos el té en silencio.

—Bien —dijo—. Permitidme comenzar, señora Fraser... ¿os puedo llamar así? Gracias. Permitidme comenzar diciendo que ya sé muchas cosas sobre vos. Mi intención es saber más. Os conviene responder con la verdad y sin vacilaciones. Debo decir, señora Fraser, que sois increíblemente difícil de matar —hizo una leve reverencia— pero estoy seguro de que podría lograrse, con suficiente determinación.

Me quedé mirándolo, inmóvil, no debido a mi sangre fría, sino más bien por estar atónita.

—Me temo que me creeréis algo pesada —dije— pero no sé de qué estáis hablando.

—¿Ah, no, querida?

Los alegres ojillos azules no pestañearon. Alcanzó la campanilla de plata

que había sobre la bandeja y llamó.

El hombre que acudió debía de estar esperando en la habitación contigua, pues la puerta se abrió casi de inmediato. Un hombre alto, delgado y vestido de oscuro como un sirviente de alto rango, se acercó al duque e hizo una profunda reverencia.

—¿Vuestra gracia? —Hablaba inglés, pero el acento francés era inconfundible.

—¿No lo reconocéis? —preguntó.

Empecé a sacudir la cabeza cuando la mano derecha del hombre se apretó de repente contra sus calzas. Entonces lo supe, y a los pocos segundos tuve la confirmación: la pequeña marca sobre el pulgar.

No tuve la menor duda: era el hombre que nos había atacado a Mary y a mí en París. Evidentemente, era empleado del duque.

—¡Maldito bastardo! —exclamé— y me puse en pie de un salto. Cogí lo primero que encontré, una caja de tabaco de alabastro, y se la arrojé a la cabeza. El hombre se volvió y huyó lo más rápido que pudo. La caja le pasó rozando la cabeza y se estrelló contra el marco de la puerta.

La puerta se cerró cuando empezaba a perseguirlo; me detuve de repente, respirando con dificultad. Me quedé mirando a Sandringham, con las manos en jarras.

—¿Quién es ése?

—Mi ayuda de cámara —dijo con calma—. Albert Danton es su nombre. Muy bueno en lo que se refiere a corbatines y medias, pero un tanto excitable, como todos los franceses. E increíblemente supersticioso. —Frunció el entrecejo observando la puerta cerrada—. Malditos papistas, con todos esos santos y olores. Todo se lo creen.

Mi respiración se estaba normalizando, aunque el corazón me seguía latiendo con fuerza.

—¡Sois un asqueroso degenerado!

El duque recibió mi insulto con indiferencia y asintió con negligencia.

—Sí, sí, querida. Eso, y mucho más. Pero, por lo menos en esa ocasión no tuvimos suerte.

—¿No tuvisteis suerte? ¿Eso os parece? —Me senté. Las manos me temblaban.

—En muchos aspectos, mi querida señora. Escuchad. Envié a Danton para que se librara de vos. Él y sus compañeros decidieron divertirse un poco primero. Eso está muy bien, pero llegan a la conclusión de que sois una especie de bruja, pierden la cabeza y huyen. No antes de desvirgar a mi ahijada, presente allí por mero accidente. De manera que se echa a perder un excelente matrimonio, arreglado por mí con gran cuidado. ¡Ya veis qué ironía!

Las sorpresas se sucedían, una tras otra, y yo no atinaba a reaccionar. Sin embargo, en su discurso parecía haber una afirmación particularmente llamativa.

—¿Qué queréis decir con que «se librara de mí»? —pregunté—. ¿Queréis decir que pensabais hacerme matar? —La habitación parecía balancearse un tanto y tomé un trago de té, lo único que tenía a mano. Pero no resultó muy efectivo.

—Pues, sí —respondió—. Eso era lo que intentaba decir. ¿Preferiríais una copa de jerez, querida?

Lo miré, achicando los ojos. ¿Acababa de decirme que intentaba matarme, e iba a aceptar una copa de jerez de sus manos?

—Coñac —dije—. Y mucho.

Se rió otra vez.

—El capitán Randall dice que sois una mujer muy divertida. Es un gran halago viniendo del capitán. No suele preocuparse mucho por las mujeres, aunque éstas se le arrojan encima. Debe de ser por su aspecto, no por sus modales.

—De modo que Jack Randall trabaja para vos —dije.

—Por supuesto. Por lo general, la mejor herramienta es la más peligrosa. No se vacila al utilizarla, pero es preciso tomar algunas precauciones.

—Peligroso, ¿eh? ¿Cuánto conoce a Jonathan Randall? —pregunté.

El duque rió.

—Oh, creo que mucho, querida. De hecho, mucho más que vos. No tiene sentido emplear a un hombre semejante sin contar con medios para controlarlo. Y el dinero es un buen freno, pero una pobre rienda.

—¿A diferencia del chantaje? —dije con voz seca.

Se reclinó en su asiento con las manos apretadas contra el abultado

estómago y me observó con cierto interés.

—Ah, ¿supongo que creéis que el chantaje funciona de ambas maneras? —Sacudió la cabeza—. No, querida. Mi posición es muy diferente a la del capitán. Bueno..., el ejército tiene un punto de vista restringido con respecto a ciertas inclinaciones. Con frecuencia se castiga con pena de muerte. No, no existe comparación. —Inclinó la cabeza.

»Pero no es la promesa de riquezas ni la amenaza de desvelar su secreto más íntimo lo que ata a Randall a mí —explicó—. Él me sirve porque yo le puedo dar lo que desea.

Miré su figura obesa sin disimular mi asco, lo que hizo reír a su gracia.

—No, no es eso —dijo—. Las preferencias del capitán son mucho más refinadas. A diferencia de las mías.

—¿Qué es, entonces?

—El castigo —dijo en voz baja—. Pero vos lo conocéis, ¿verdad? O, por lo menos, vuestro marido.

Me sentí sucia por el solo hecho de estar cerca de él y me puse en pie para irme.

No sabía si quería discutir con él la tentativa de asesinato contra mí, pero en aquel momento me pareció preferible a otras alternativas posibles.

—¿Por qué queríais mi muerte? —le pregunté de repente.

—Parecía necesario en su momento —dijo—. Me había enterado de que vos y vuestro marido intentabais frustrar un asunto en el que yo tenía cierto interés. Consideré deshacerme de vuestro marido, pero resultaba demasiado arriesgado debido a su parentesco con dos de las familias más importantes de Escocia.

—¿Pensasteis en deshaceros de él? ¿Acaso fuisteis vos quien envió a los marineros que atacaron a Jamie en París?

El duque asintió con indiferencia.

—Me pareció el método más simple, aunque algo violento. Pero luego Dougal MacKenzie apareció en París y empecé a preguntarme si vuestro marido no estaría trabajando para los Estuardo. Eso me desconcertó.

Lo que yo me preguntaba era cuáles eran los intereses del duque. Aquella extraña conversación me hacía llegar a la conclusión de que era un jacobita; de ser así, había guardado muy bien su secreto.

—Además —continuó— debía tener en cuenta su amistad con Luis de Francia. Aunque vuestro esposo hubiera fracasado con los banqueros, Luis podría haber proporcionado a Carlos Estuardo lo que éste necesitaba, siempre y cuando hubierais mantenido vuestra linda naricita fuera del asunto.

»Cuando me aseguré de la verdad, traté de atraer a vuestro marido de regreso a Escocia con el ofrecimiento del indulto. Resultó muy costoso — reflexionó—. ¡Y vano!

»Pero después recordé la aparente devoción de vuestro esposo hacia vos, muy conmovedora, por cierto —añadió con un sonrisa—. Supuse que vuestra trágica desaparición sin duda le distraería de sus propósitos, sin provocar la clase de interés que habría atraído el asesinato de vuestro esposo.

De repente se me ocurrió algo, y me giré para mirar el clavicordio que estaba en un rincón. Varias partituras adornaban el atril, escritas en letra fina y clara. «Cincuenta mil libras una vez que vuestra alteza desembarque en Escocia». Y firmado «S». De Sandringham, por supuesto. El duque se echó a reír con aparente buen humor.

—Fue muy inteligente por vuestra parte, querida. Debisteis ser vos la que interpretó las partituras; conozco la ineptitud de vuestro marido para la música.

—En realidad no fui yo —respondí, dejando de mirar el clavicordio.

La mesa que había a mi lado no tenía ningún abrecartas ni objeto contundente que me fuera de utilidad. Rápidamente alcé un jarrón y enterré la cara en la mata de flores de invernadero que contenía. Sentí el roce de los pétalos fríos contra las mejillas repentinamente calientes. No me atreví a levantar la mirada, por miedo a que mi expresión me delatara.

Porque detrás del duque vi algo redondo, curtido, con forma de calabaza, bordeado por cortinajes de terciopelo verde. Abrí los ojos, espiando con cautela a través de los pétalos y la boca ancha y de dientes rotos sonrió.

No sabía si sentir terror o alivio. Había tenido razón con respecto al mendigo que estaba junto al portón: era Hugh Munro, un antiguo compañero de Jamie, de sus días de proscrito en Escocia. Había sido maestro de escuela, pero después de que los turcos lo capturaran en alta mar y lo desfiguraran mediante las torturas a que lo sometieron, se vio obligado a mendigar y a cazar y pescar en forma ilícita, lo que combinaba con el trabajo de espía. Se

decía que era un agente del ejército escocés, pero nunca pensé que sus actividades lo llevaran tan al sur.

¿Cuánto tiempo habría estado allí posado como un pájaro entre la hiedra, atisbando desde la ventana de la segunda planta? No me atreví a intentar comunicarme con él; lo único que podía hacer era mantener la mirada fija en un punto justo encima del duque, fingiendo indiferencia.

El duque me estaba mirando con interés.

—¿De veras? ¿No fue Gerstmann? No me pareció que tuviera una mente suficientemente retorcida.

—¿Y creéis que yo lo hice? Me halagáis. —Seguí con la nariz hundida entre las flores.

La figura que estaba fuera soltó la hiedra el tiempo suficiente para que yo viera una mano. Los sarracenos le habían cortado la lengua, así que hablaba con las manos. Me miró fijamente, me señaló y luego se señaló a sí mismo, luego hacia un lado. Con dos dedos hizo la figura de piernas que corrían hacia el este. Finalmente me guiñó un ojo, alzó un puño a guisa de saludo y desapareció.

Me relajé, temblando por la emoción, y respiré profundamente. Estornudé y aparté las flores.

—¿De manera que sois jacobita? —pregunté.

—No necesariamente —respondió el duque—. La pregunta es: ¿lo sois vos? —Sin el menor atisbo de vergüenza, se quitó la peluca y se rascó la cabeza blanca y calva antes de volver a ponérsela.

—Vuestro marido y vos intentasteis frustrar la causa en París. Fracasasteis y ahora aparecéis como los más devotos colaboradores de su alteza. ¿Por qué? —Los ojillos azules no mostraban otra cosa que interés.

Desde que descubrí quién era mi anfitrión, había tratado de recordar con todas mis fuerzas qué era lo que Frank y el reverendo Wakefield habían dicho una vez del duque. ¿Era jacobita? Por lo que podía recordar, el veredicto de la historia (según Frank y el reverendo) era incierto. El mío también.

—No os lo pienso decir —respondí.

—¿Estáis segura de que eso es prudente, mi querida? Danton está cerca, listo para ser útil.

—Danton no me tocaría ni con una vara de tres metros —dije secamente

—. Ni vos tampoco —me apresuré a añadir al ver que abría la boca—. Si tenéis tantas ganas de saber de qué lado estoy, no os libraréis de mí antes de saberlo, ¿verdad?

»Estáis tratando de asustarme para que revele cosas, pero de nada os servirá —dije, fingiendo más seguridad de la que tenía.

—Muy bien —dijo—. Supongo que ya habrán terminado de preparar vuestros aposentos. Llamaré a una criada para que os acompañe

Debí de mirarle con expresión estúpida, pues sonrió mientras se levantaba de su silla.

—En realidad no importa —dijo—. Sea cual fuere vuestra identidad o la información que poseáis, tenéis un mérito inestimable como huésped.

—¿Cuál? —pregunté. El duque hizo una pausa con la mano apoyada en la campanilla y sonrió.

—Sois la esposa de Jamie el Rojo —dijo suavemente—. Y él os estima mucho, querida, ¿no es verdad?

Había visto prisiones peores. Era una habitación amplia y suntuosamente amueblada.

La criada que me acompañó dejó la jofaina y el aguamanil y corrió a encender el fuego, ya preparado. Un lacayo se colocó ante la puerta por si tenía la intención de huir por el corredor. No podría tener éxito en mi intento, pensé sombríamente; me perdería sin remedio en la casa después de la primera curva; aquella mansión era tan grande como el palacio de Buckingham.

—Su gracia espera que estéis cómoda, *Madame* —dijo la criada haciendo una reverencia.

—Sí, claro que sí —respondí con displicencia.

La puerta se cerró detrás de ella con un deprimente ruido sordo, y el sonido de la enorme llave pareció arrancar la última protección de mis nervios.

Temblando en la vasta habitación, me cogí los codos y caminé hacia el fuego. Mi primer impulso fue aprovechar la soledad para tener un pequeño ataque de histeria. Por otra parte, temía que si daba rienda suelta a mis emociones reprimidas, nunca podría volver a controlarlas.

Después de todo, no me hallaba en peligro inminente, y Hugh Munro estaba en camino hacia Jamie. Aunque Jamie hubiera perdido mi rastro en el curso del viaje, Hugh lo encontraría y lo guiaría hasta mí. Hugh conocía cada campesino y hojalatero, cada granja y mansión de cuatro condados. Un mensaje del hombre mudo podía viajar a través de la red de noticias y chismes con tanta rapidez como las nubes empujadas por el viento sobre las montañas. Es decir, si es que había logrado descender de su escondite en la hiedra y había salido de los terrenos del duque sin ser aprehendido.

—No seas ridícula —dije en voz alta— el hombre es un profesional. Claro que lo ha conseguido. —El eco de mis palabras me reconfortó.

»Y si lo ha conseguido —continué con firmeza, hablando en voz alta para escucharme— Jamie vendrá a rescatarme.

«Claro —pensé de repente—. Y los hombres de Sandringham estarán esperándolo cuando llegue». «Sois la esposa de Jamie el Rojo», había dicho el duque. Yo era carnada.

—¡Soy un huevo de salmón! —exclamé. Un griterío ahogado que provenía de fuera me distrajo.

Apartando las cortinas, descubrí que el duque no había hablado en vano. La ventana tenía fuertes barrotes de madera, tan juntos que apenas podía pasar un brazo. Sin embargo, me permitían ver.

Había caído el crepúsculo y las sombras bajo los árboles del parque eran negras como tinta. El griterío provenía de allí, combinado con gritos en respuesta desde los establos, donde dos o tres figuras aparecieron de repente llevando antorchas encendidas.

Las figuras pequeñas y oscuras corrieron hacia el bosque, con las llamas de las antorchas de pino flameando. Cuando llegaron al borde del parque, pude ver un grupo de siluetas cayendo sobre el césped de delante de la casa. El suelo estaba mojado y la fuerza de la lucha dejó profundas manchas oscuras en el césped invernal.

Me puse de puntillas, asiéndome a los barrotes y apretando la cabeza contra la madera, esforzándome por ver más. Ya no había luz del día y a la luz de la antorcha no pude distinguir otra cosa que alguna que otra extremidad en medio de la lucha.

No podía ser Jamie, me dije a mí misma, tratando de tragar el nudo en la

garganta. No tan pronto. Y seguramente no habría ido solo. Porque ya podía ver que la lucha se centraba en un solo hombre, ahora de rodillas, apenas un bulto oscuro bajo los golpes y palos de los guardabosques y mozos de cuadra del duque.

La figura agazapada quedó despatarrada en el suelo y el griterío terminó, aunque le propinaron unos cuantos golpes más como medida preventiva antes de echarse atrás. Se intercambiaron unas palabras, inaudibles desde donde yo estaba, y dos de los hombres se inclinaron y cogieron al hombre por las axilas. Cuando pasaron debajo de mi ventana en el tercer piso, camino a la parte trasera de la casa, la antorcha iluminó un par de pies con sandalias y los andrajos de un sucio delantal. No era Jamie.

Uno de los mozos de cuadra corría, llevando una gruesa billetera de cuero sobre una correa. Estaba demasiado alta para oír el entrechocar de los pequeños objetos de metal, pero titilaban a la luz de la antorcha: toda la fuerza que tenía abandonó mis brazos en un ataque de horror y desesperación.

Los pequeños objetos metálicos eran monedas y botones. Y *gabberlunzies*: los diminutos sellos de plomo que permitían a un mendigo pedir limosna en un condado determinado. Hugh Munro tenía cuatro, una marca de favor por sus juicios en manos de los turcos. No era Jamie, sino Hugh.

Temblaba tanto que las piernas no me sostenían; sin embargo, corrí hasta la puerta y golpeé con toda mi fuerza.

—¡Dejadme salir! —grité—. ¡Tengo que ver al duque! ¡Dejadme salir!

Nadie respondió a mis gritos y golpes, de modo que regresé a la ventana. Un muchacho sostenía una antorcha para uno de los jardineros que, arrodillado al borde del césped, reemplazaba delicadamente los pedazos de tierra arrancados durante la lucha.

—¡Eh! —grité. Como la ventana estaba cubierta de barrotes, no podía abrirla hacia fuera. Corrí al otro extremo de la habitación para coger uno de los pesados candelabros de plata, y rompí un cristal sin hacer caso de los fragmentos que salieron volando.

—¡Ayudadme! ¡Eh, allí abajo! ¡Decidle al duque que quiero verlo! ¡Ahora! ¡Ayuda! —Me pareció que una de las figuras miraba en mi dirección, pero ninguna hizo ademán de dirigirse a la casa, sino que continuaron su tarea como si no hubieran oído más que el chillido de un

pájaro en medio de la oscuridad.

Regresé a la puerta, golpeé y grité, y volví a la ventana, y de vuelta a la puerta. Grité, rogué y amenacé hasta que la garganta me dolió y golpeé la puerta hasta que los puños me quedaron rojos y lastimados, pero nadie acudió. Por lo que podía oír, bien podía estar sola en la casa. El silencio en el corredor era tan profundo como el de la noche; tan silencioso como una tumba. Perdí el control sobre mi miedo y caí de rodillas ante la puerta, sollozando sin poder parar.

Me desperté con un terrible dolor de cabeza, y sentí que algo me arrastraba por el suelo. El borde de la pesada puerta me atrapó el muslo contra el suelo.

—¡Ay! —Rodé por el piso, luego me arrodillé con dificultad.

—¡Claire! ¡Ay, guarda si... silencio, por fa... favor! Querida, ¿estás herida? —Mary se arrodilló a mi lado. La puerta se cerró y oí el ruido de la llave en la cerradura.

—Sí... quiero decir, no. Estoy bien —le respondí, aturdida—. Pero Hugh... —Cerré los labios y sacudí la cabeza, tratando de aclararla—. ¿Qué diablos haces tú aquí, Mary?

—So... soborné al ama de llaves para que me per... permitiera entrar —susurró—. ¿Tienes que hablar en voz tan alta?

—No importa demasiado —le dije—. Esa puerta es tan gruesa que ni siquiera podría oírse un partido de fútbol.

—¿Un qué?

—No importa. —La mente se me estaba empezando a aclarar, aunque tenía los ojos pegajosos e hinchados y la cabeza me latía como un tambor. Me levanté, fui hasta la jofaina y me salpiqué la cara con agua fría.

—¿Sobornaste al ama de llaves? —pregunté—. Pero todavía estamos encerradas, ¿no? Oí el ruido de la llave.

Mary se veía pálida en la penumbra de la habitación. La vela se había extinguido mientras yo dormía y la única luz que había provenía de las brasas del hogar. Mary se mordió el labio.

—Fue lo único que pude hacer. La señora Gibson le tiene demasiado miedo al duque para darme una llave. Lo único que me permitió fue encerrarme aquí contigo y dejarme salir por la mañana. Pensé que querías

compañía —añadió con timidez.

—Ah. Bien... ha sido muy amable de tu parte. —Cogí una vela y fui a encenderla.

—Claire —dijo Mary—. ¿Estás... en apuros?

No sabía qué responder. Mary sólo tenía diecisiete años, y de política sabía aún menos que de hombres.

—Eh... sí —dije por fin. Mary no podía ayudarme a escapar, pero al menos podía darme información sobre su padrino y las actividades de la casa.

—¿Oíste el alboroto que hubo en el parque hace un rato? —pregunté. Mary sacudió la cabeza.

—No, pero una cocinera decía que los guardianes atraparon a un cazador furtivo.

Ya se había metido bajo el edredón.

—No era un cazador furtivo —dije—. O sí, pero también es un amigo que iba a decirle a Jamie dónde estoy. ¿Sabes qué sucedió después?

—¡Ah, Claire! ¡Lo siento tanto!

—Bueno, también yo —dije—. ¿Sabes dónde está el hombre ahora? —Si Hugh estaba en algún lugar accesible, existía una pequeña probabilidad de que Mary pudiera liberarlo por la mañana.

El temblor de sus labios debió habérmelo advertido. Pero las palabras me atravesaron el corazón.

—Lo han colgado —dijo—. En la entrada del parque.

Pasó algún tiempo antes de que pudiera reaccionar. Sentía estupor, pena y miedo.

—Me repondré —le dije a Mary—. De veras. Ya estoy bien. Y contenta de que estés aquí... Y, ahora que lo pienso, ¿por qué estás en esta casa? —pregunté.

Mary bajó la mirada, ruborizada, y cogió una punta del edredón.

—El duque es mi padrino, sabes.

—Sí, eso supuse —dije—. Pero tengo la sospecha de que no sólo busca el placer de tu compañía.

Sonrió ante mi comentario.

—No. Pero cree que me ha en... encontrado otro ma... marido. Papá me

trajo para que lo conociera.

Por su expresión supuse que no debía felicitarla.

—¿Y conoces a tu pretendiente?

Sólo el nombre. Un tal señor Isaacson, un importador de Londres. Demasiado ocupado para viajar a Edimburgo a conocer a su prometida, había accedido a viajar a Bellhurst, donde se llevaría a cabo el matrimonio si todas las partes estaban de acuerdo.

—Tengo un ajuar nuevo —dijo—. Cuarenta y tres enaguas bordadas, dos con hilo de oro. Bien. Tal vez sea un hombre bondadoso.

—Eso es lo que temo.

—No le han di... dicho nada al señor Isaacson... de lo de París. Y dicen que no debo contárselo. Trajeron a una vieja horrible para que me diera instrucciones acerca de cómo debo comportarme en la noche de bodas... para fingir que es la primera vez... ¡Ay, Claire! ¿Cómo podré hacerlo? —gimió—. A Alex no le dije nada. Fui una cobarde. Ni siquiera le dije adiós.

—¿Vas a seguir adelante? —le pregunté.

—No tengo opción —dijo simplemente.

—Pero... —comencé, y después me detuve, impotente.

Mary tenía razón. Siendo joven y mujer, sin recursos, no había nada que pudiera hacer.

Abatidas, nos metimos bajo las sábanas para conservar el calor. Mary, exhausta por la emoción, se durmió a los pocos minutos. No menos exhausta, descubrí que no podía dormir, pensando en Hugh, preocupada por Jamie y curiosa por el duque. ¿Qué papel tenía éste en el asunto?

En apariencia era jacobita. Él mismo había admitido que estaba dispuesto a asesinar a fin de asegurar que Carlos recibiera el apoyo necesario para su expedición a Escocia. Y la evidencia del acertijo musical dejaba bien claro que había sido el duque quien había inducido a Carlos a zarpar en agosto, al recibir promesas de ayuda.

Era indudable que algunos se esforzaban por ocultar sus simpatías jacobitas; debido al castigo por traición, no había que sorprenderse. Y el duque tenía mucho que perder.

Sin embargo, Sandringham no me parecía un admirador de los Estuardo. Dados sus comentarios sobre Danton, era evidente que no simpatizaba con un

gobernante católico. Y ¿para qué esperar tanto tiempo para proporcionar apoyo, cuando Carlos necesitaba con tanta desesperación el dinero? De hecho, lo necesitaba desde su llegada a Escocia.

Pensé en dos motivos verosímiles de la conducta del duque. Podía ser un simpatizante de los jacobitas dispuesto a aceptar a un desagradable rey católico a cambio de futuros beneficios como principal sostén de los Estuardo.

Era evidente que no actuaba por principios, sino por interés. Tal vez quería esperar a que Carlos llegara a Inglaterra para que el dinero no se gastara antes de que el ejército escocés diera el golpe final en Londres. Cualquiera que conociera a Carlos Estuardo tenía el suficiente sentido común como para no confiarle demasiado dinero de una sola vez.

O quería asegurarse de que los Estuardo recibieran un apoyo sustancial para su causa antes de arriesgar su dinero; después de todo, no era lo mismo contribuir a una rebelión que sostener a un ejército.

Pero por otra parte, podía ver una razón mucho más siniestra. Su apoyo dependía de que el ejército jacobita llegara a suelo inglés; de este modo, Carlos debía luchar contra la oposición cada vez mayor de sus propios líderes y arrastrar a su ejército hambriento y débil cada vez más al sur, más lejos de las montañas protectoras que conocían tan bien.

Si bien el duque podía esperar beneficios de los Estuardo por contribuir a la restauración, ¿qué podía esperar de los Hanover, a cambio de poner a Carlos Estuardo a su alcance?

La historia no había podido dilucidar cuáles eran las verdaderas inclinaciones del duque, lo cual me resultaba extraño: tarde o temprano tendría que revelar sus verdaderas intenciones. Por supuesto, reflexioné, el Viejo Zorro, lord Lovat, había conseguido estar bien con ambos bandos en la última rebelión jacobita, congraciándose con los Hanover y reteniendo el favor de los Estuardo. Jamie había hecho lo mismo durante un tiempo. Quizá no fuera tan difícil ocultar la verdadera lealtad, en medio del constante tumulto de la política real.

Envuelta en el cálido capullo de edredones, dormí profundamente y sin soñar. Por eso fue mayor el sobresalto cuando me despertaron bruscamente de mi sueño. Todavía estaba oscuro, muy oscuro, pues el fuego se había

extinguido, pero el ambiente no estaba tranquilo ni en silencio. Algo pesado había caído de repente en la cama, golpeándome el brazo, y parecía dispuesto a asesinar a Mary.

La cama se sacudió y el colchón se movió debajo de mí; el marco de la cama osciló con la fuerza de la lucha que se libraba a mi lado. Desde muy cerca oí gritos y amenazas susurradas, y una mano que se agitaba (creo que la de Mary) me dio un golpe en el ojo.

Salí rápidamente de la cama, tropecé con la tarima y caí al suelo. Los sonidos de la lucha se intensificaron; oí un horrible chillido que interpreté como el intento de Mary de gritar mientras la estrangulaban.

Se oyó una voz de hombre que lanzaba una exclamación. Moviéndome a tientas, encontré el pedernal sobre la mesa y encendí una vela. La llama reveló al que había proferido la exclamación y a Mary, cuyo cuerpo era aplastado por mi marido, que pese a su tamaño tenía las manos bien ocupadas.

—¿Jamie? —le dije.

—¡Jesús! —Saltó de la cama y se agachó con la daga a medio desvainar. Entonces me vio, suspiró aliviado y cerró los ojos un instante.

—¡Dios mío, *Sassenach*! Nunca vuelvas a hacer eso, ¿me oyes? Cállate —ordenó a Mary, que se había librado de la almohada y estaba sentada en la cama, con los ojos saltones, farfullando—. No te iba a hacer daño. Creía que eras mi esposa. —Caminó en torno a la cama hasta que llegó hasta donde yo estaba y me besó con fuerza, como para asegurarse de que tenía a la mujer que buscaba. Le devolví el beso con considerable fervor, deleitándome en la áspera barba sin afeitar y en su fuerte olor a sudor masculino.

—Vístete —dijo—. Esta maldita casa está llena de sirvientes. Abajo es como un hormiguero.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le pregunté, mirando a mi alrededor en busca de mi vestido.

—Por la puerta, por supuesto —dijo, impaciente—. Toma. —Me arrojó el vestido que estaba en el respaldo de una silla. La puerta estaba abierta, y un gran manajo de llaves colgaba de la cerradura.

—¿Pero cómo...? —empecé a preguntar.

—Después —dijo con brusquedad. Vio a Mary, que había salido de la

cama—. Mejor métete en la cama, muchacha —le aconsejó—. El suelo está frío.

—Voy con vosotros —dijo.

—Ni lo sueñes —dijo Jamie—. No te preocupes, muchacha. No tendrás problemas: te encerraré con llave y mañana por la mañana puedes contar lo sucedido. Nadie te echará la culpa.

Mary se puso las chinelas y corrió hacia la puerta.

—¡Eh! ¿Adónde crees que vas? —Sorprendido, Jamie corrió hacia ella, pero no con la suficiente rapidez para evitar que llegara a la puerta. Ésta se paró en el pasillo, justo fuera de la alcoba.

—¡Iré con vosotros! —gritó Mary, desafiante—. Si no me lleváis, correré por los pasillos gritando como una loca hasta despertar a todos. ¡Estáis advertidos!

Jamie se quedó mirándola.

—Llémosla —dije—. Y vámonos ya.

Me miró como había mirado a Mary, pero no vaciló más. Me cogió del brazo y los tres salimos.

La casa estaba a la vez mortalmente tranquila y llena de ruidos; las tablas crujían bajo nuestros pies y los vestidos rozaban el suelo. Mary me apretaba el brazo mientras caminábamos por el corredor detrás de Jamie.

Cuando pasamos delante de una puerta oí el sonido de suaves pasos al otro lado. Jamie también los oyó y se apoyó contra la pared, mientras nos hacía una señal a Mary y a mí para que nos adelantáramos.

La puerta se abrió con cautela y salió una cabeza con una cofia blanca, espiando el corredor en la dirección opuesta.

—¿Hola? —dijo en un susurro—. ¿Eres tú, Albert? —Un sudor frío me recorrió la espalda. Era una sirvienta a la espera de una visita del ayuda de cámara del duque, quien parecía seguir justificando la reputación de los franceses.

No me pareció que un escocés armado fuera un sustituto adecuado para su amante ausente. Sentí que Jamie se ponía tenso junto a mí, tratando de sofocar sus escrúpulos por golpear a una mujer. En un momento ella se volvería, lo vería y se pondría a gritar.

—Eh, no —dije—. Me temo que soy sólo yo.

La sirvienta se sobresaltó y dio un rápido paso atrás, de manera que quedó frente a mí; Jamie seguía a sus espaldas.

—Lamento haberte asustado —dije, sonriendo—. No podía dormir, sabes. Quería ir a beber un vaso de leche tibia. ¿Voy en dirección correcta a las cocinas?

—¿Eh? —La sirvienta, una regordeta señorita de unos veinte años, se quedó con la boca abierta, exponiendo una total falta de higiene dental. Por fortuna no era la misma que me había llevado a mi habitación; quizá no se daría cuenta de que mi condición era de prisionera, no de huésped.

—Soy una invitada de la casa —expliqué—. Conque Albert, ¿eh? ¿Su gracia sabe que traes hombres a tu habitación por la noche? —La mujer se puso pálida y cayó de rodillas, aferrándose a mi falda.

—¡Ah, señora! Por favor, no le contéis nada a su gracia. No hagáis que me despidan de mi puesto. Tened piedad, milady, tengo seis hermanos y hermanas que mantener, y...

—Bueno, bueno —la tranquilicé—. No te preocupes. No le contaré nada al duque. Vuelve a la cama.

Cerré la puerta y me apoyé en ella. El rostro de Jamie salió de la oscuridad y me sonrió.

Mary esperaba en el descanso de la escalera; su bata de noche brillaba. Se aferró a la capa de Jamie cuando éste pisó el descanso.

—¡Shh! —susurró—. ¡Alguien viene!

Era cierto; pude oír el sonido de pisadas que subían y ver la luz de una vela que se proyectaba sobre la pared. No había ningún sitio donde esconderse.

Jamie suspiró, resignado. Entonces, instándonos a Mary y a mí a que retrocediéramos por el corredor, desenvainó la daga y esperó agazapado en un rincón.

Jamie tenía una pistola colgando del cinturón, pero no podía usarla dentro de la casa; un sirviente se daría cuenta y nos serviría como amenaza. Tendría que ser el cuchillo. Sentí pena por el sirviente que estaba a punto de toparse con un enorme escocés con una daga.

Consideré mi vestimenta y pensé que podía usar una de mis enaguas

como ataduras, cuando apareció la cabeza inclinada de quien llevaba la vela. El cabello oscuro tenía raya en medio y tenía un olor dulzón, lo cual me hizo recordar de inmediato una oscura calle de París y la curva de labios finos y crueles bajo una máscara.

Respiré sobresaltada al reconocer a Danton; éste, al oír el ruido, alzó la cabeza, un escalón debajo del descanso. Inmediatamente fue atrapado por el cuello y arrojado contra la pared del descanso con tal fuerza que hizo volar el candelero.

Mary también había visto a Danton.

—¡Es él! —exclamó—. ¡El hombre de París!

Jamie tenía al criado contra la pared, apretándole el pecho. El rostro del hombre, que se tornaba visible e invisible según pasaban las nubes, estaba terriblemente pálido. Palideció más todavía cuando Jamie le apoyó la daga en la garganta.

Subí al descanso, insegura de lo que Jamie haría o de lo que yo quería que hiciera. Danton dejó escapar un gemido cuando me vio, e hizo un intento vano por persignarse.

—¡La Dama Blanca! —susurró aterrorizado.

Jamie se movió violentamente, cogiendo al hombre por el pelo y tirándole la cabeza hacia atrás.

—Si tuviera tiempo, *mo garhe*, morirías lentamente —susurró—. Da gracias a Dios que no lo tengo.

»Tú la llamas «Dama Blanca» —dijo Jamie—. ¡Yo la llamo esposa! ¡Que su cara sea la última que veas!

El cuchillo cortó la garganta del hombre con tanta violencia que Jamie gruñó con la fuerza que hizo y la sangre le manchó la camisa.

Los ruidos a mis espaldas me devolvieron a la realidad: Mary se había puesto a vomitar en el pasillo. Mi primer pensamiento coherente fue que los sirvientes iban a tener mucho que limpiar por la mañana. Mi segundo pensamiento fue para Jamie, a quien vi a la luz de la luna. Tenía el rostro salpicado y el pelo pegajoso de gotas de sangre y respiraba con dificultad. Parecía que él también iba a vomitar.

Me volví hacia Mary y vi, a lo lejos en el corredor, una luz detrás de una puerta que se abría. Alguien se acercaba a investigar el ruido. Le cogí el

ruedo de la bata, le limpié la boca y la así del brazo.

—¡Vamos! —dije—. ¡Salgamos de aquí! —Jamie salió de su concentrada observación del cadáver de Danton, se sacudió y, volviendo en sí, se volvió hacia la escalera.

Jamie parecía saber adónde nos dirigíamos; nos condujo a través de los corredores oscuros sin vacilar. Mary tropezaba a mi lado, jadeando

En la puerta del fregadero, Jamie se detuvo en seco y silbó. Enseguida le respondieron y la puerta se abrió. Una figura se adelantó. Se intercambiaron algunos murmullos y el hombre se acercó a Mary y la empujó a las sombras.

La mano de Jamie sobre mi hombro me guió para salvar los obstáculos del oscuro fregadero y de un cuarto más pequeño que parecía ser una especie de leñera; me golpeé la espinilla con algo, pero ahogué la exclamación de dolor.

Por fin nos encontramos al aire libre de la noche. Después de haber atravesado la casa a oscuras, me parecía que me saldrían alas.

Los hombres que me rodeaban parecían compartir mi alivio; hubo comentarios y risas ahogadas que Jamie no tardó en silenciar. Los hombres salieron de uno en uno por el espacio abierto delante de la casa. A mi lado, Jamie vio cómo desaparecían entre los árboles del parque.

—¿Dónde está Murtagh? —preguntó en voz baja al ver pasar al último de sus hombres—. Supongo que habrá ido a buscar a Hugh —dijo, en respuesta a su propia pregunta—. ¿Tienes idea de dónde puede estar, *Sassenach*?

Tragué saliva. El recuerdo acallaba el repentino alborozo de libertad,

—Sí —respondí, y le di la mala noticia tan brevemente como pude. Su expresión se ensombreció.

—¿Os pensáis quedar aquí toda la noche? —preguntó una voz detrás de nosotros—. ¿O hacemos sonar una alarma para avisarles dónde buscar?

La expresión de Jamie se alivió un poco cuando Murtagh emergió de las sombras a nuestras espaldas, silencioso como un fantasma. Llevaba un bulto envuelto en un lienzo bajo un brazo; un pedazo de carne sustraído de la cocina, pensé al ver la mancha de sangre oscura sobre el lienzo. Justificaba esta impresión el enorme jamón que se había metido debajo del otro brazo y las tiras de salchichas que llevaba alrededor del cuello.

Jamie frunció la nariz, con una leve sonrisa.

—Hueles como un carnicero, hombre. ¿No puedes olvidarte por un momento de tu estómago?

Murtagh inclinó la cabeza, observando a Jamie que estaba salpicado de sangre.

—Es mejor parecerse al carnicero que a la mercadería —dijo—. ¿Vamos?

El viaje a través del parque fue aterrador. Los árboles eran altos y espaciados, pero crecían retoños entre ellos que, bajo la luz incierta, parecían guardabosques. Cuando llegamos al extremo del parque, comenzó a llover.

Habían quedado tres hombres con los caballos. Mary se subió a uno, delante de uno de los soldados de Jamie. Turbada por el hecho de verse obligada a montar a horcajadas, no hacía más que tirarse de los pliegues del camisón debajo de los muslos, como para ocultar el hecho de que tenía piernas.

Más experimentada, pero maldiciendo los pesados pliegues de mi falda, me arremangué y puse el pie sobre la mano que me ofrecía Jamie para montar. Subí a la grupa con un hábil movimiento. El caballo bufó ante el impacto y echó atrás las orejas.

—Lo siento —dije sin compasión—. Si crees que esto es malo, espera a que él monte.

Me giré para buscar al «él» en cuestión y lo encontré bajo uno de los árboles, con la mano sobre el hombro de un muchacho desconocido de unos catorce años.

—¿Quién es? —pregunté, atrayendo la atención de Geordie Paul Fraser, ocupado en ajustar la cincha.

—¿Eh? Ah, él. —Miró al muchacho, y después a la cincha, frunciendo el entrecejo—. Se llama Ewan Gibson. Es el hijastro mayor de Hugh Munro. Parece que estaba con su padre cuando los descubrieron los guardabosques del duque. El muchacho escapó y lo encontramos cerca del páramo. Él nos trajo hasta aquí. —Con un tirón innecesario, miró la cincha como si la retara a decir algo y después me miró.

—¿Sabes dónde está el padre del muchacho? —preguntó de repente.

Asentí; debió leer la respuesta en mi expresión pues se volvió a mirar al muchacho. Jamie lo estaba sosteniendo. Cuando miramos, lo apartó, le puso

ambas manos sobre los hombros y le dijo algo, mirándolo fijamente. No pude oír lo que le decía, pero un momento después el muchacho se enderezó y asintió. Jamie también asintió y lo guió hacia uno de los caballos, donde George MacClure ya le estaba extendiendo una mano para ayudarlo. Jamie caminó hacia nosotros, con la cabeza gacha.

Geordie escupió en el suelo.

—Pobre muchacho —dijo, sin especificar a quién se refería, y se montó en su propio caballo.

Nos detuvimos cerca del extremo sudeste del parque y dos de los hombres se metieron entre los árboles. No pasarían más de veinte minutos antes de que regresaran, pero pareció el doble de tiempo.

Los dos hombres montaban en un solo caballo y el segundo caballo cargaba una forma larga envuelta en una capa del clan Fraser. A los caballos no les gustó la carga; el mío sacudió la cabeza y resopló cuando el caballo que llevaba el cadáver de Hugh pasó junto a él. Jamie tiró de las riendas, hizo un comentario iracundo en gaélico y la bestia se tranquilizó.

Noté que Jamie se levantaba en los estribos, mirando hacia atrás, contando los miembros restantes de su banda. Después me rodeó la cintura con el brazo y partimos hacia el norte.

Cabalgamos toda la noche y sólo nos detuvimos para descansar. Durante una de estas paradas, Jamie se acercó para abrazarme, pero de repente se detuvo.

—¿Qué sucede? —pregunté, sonriendo—. ¿Tienes miedo de besar a tu esposa delante de tus hombres?

—No —respondió, probándolo. Después dio un paso atrás, sonriendo—. No, por un momento tuve miedo de que te pusieras a gritar y a arañarme la cara. —Se tocó las marcas que Mary le había dejado en la mejilla.

—¡Pobrecito! —dije, riendo—. No era la bienvenida que esperabas, ¿no?

—Bueno, cuando por fin te encontré lo fue —respondió con una sonrisita.

—¿Qué quieres decir? ¿Creíste que no iba a reconocerte después de una semana?

—No. Es que cuando entré en la casa, supe dónde estabas por los barrotes de tu ventana. —Arqueó una ceja—. Por el aspecto que tenían, debiste haberle causado gran impresión al duque.

—Así fue —respondí brevemente—. Continúa.

—Bueno —dijo—. Sabía cuál era la alcoba, pero necesitaba la llave, ¿no?

—Claro. Ibas a contármelo.

—Me la dio el ama de llaves sin ningún problema. —Se frotó suavemente debajo del cinturón—. Me pareció que a la mujer la han despertado otras veces... y que no le disgustó la experiencia.

—Ah, sí —dije—. Bueno, diría que para la mujer fuiste una fruta rara y refrescante.

—Lo dudo mucho, *Sassenach*. Se puso a gritar como una loca y me dio una patada en el bajo vientre, después me tiró un candelabro mientras estaba doblado, quejándome.

—¿Qué hiciste?

—Le di una buena tunda. La até con los lazos de su cofia. Después le puse una toalla en la boca para que dejara de insultarme, e inspeccioné la habitación hasta que encontré las llaves.

—Buen trabajo —dije, mientras se me ocurría algo—. Pero ¿cómo sabías dónde dormía el ama de llaves?

—No lo sabía —respondió—. La lavandera me lo dijo después de decirle quién era yo y de amenazarla con destriparla y quemarla. —Sonrió—. Como te dije, *Sassenach*, a veces es una ventaja que te consideren un bárbaro. Supongo que ya todo el mundo habrá oído hablar de Jamie el Rojo.

—Bueno, si no se enteraron, ahora se enterarán —dije—. ¿Y la lavandera no se desquitó?

—Me tiró del pelo —dijo—. Me arrancó un mechón de raíz. Te diré algo, *Sassenach*, si alguna vez decido cambiar de trabajo, no creo que me dedique a atacar mujeres. Es una manera muy dura de ganarse la vida.

Cerca del amanecer, Ewan Gibson detuvo su poni, se levantó en sus estribos para mirar a su alrededor y se dirigió hacia la colina que se elevaba a la izquierda.

Oscuro como estaba, era imposible guiar a los caballos colina arriba. Tuvimos que desmontar y conducirlos a lo largo del sendero. Nos detuvimos para descansar en la cima de la colina. El horizonte estaba oculto por las nubes, pero un gris de origen incierto comenzó a reemplazar al gris más

oscuro de la noche. Por lo menos podía ver dónde hundía los pies hasta los tobillos y evitar las peores rocas y zarzas con que tropezábamos colina abajo.

Al pie de la colina había una pequeña hondonada, con seis casas. Los techos de paja llegaban hasta un metro del suelo, dejando entrever sólo un poco de pared de piedra.

Nos detuvimos frente a una de ellas. Ewan miró a Jamie, vacilando como si hubiera perdido la dirección; obedeciendo a una orden suya, se agachó y desapareció bajo el techo de la cabaña. Me acerqué más a Jamie, apoyándole la mano en un brazo.

—Ésta es la casa de Hugh Munro —me explicó en voz baja—. Lo hemos traído con su esposa. El muchacho ha ido a explicárselo.

Miré la puerta baja y oscura y el bulto inmóvil, cubierto por la capa, que dos de los hombres estaban bajando del caballo. Sentí que a Jamie le temblaba el brazo. Cerró los ojos un momento y vi que movía los labios; después dio un paso adelante y extendió los brazos para recibir el cuerpo. Respiré hondo, me quité el pelo de los ojos y lo seguí, agachándome bajo el dintel de la puerta.

No fue tan malo como había temido, pero sí lo suficiente. La mujer, la viuda de Hugh, permaneció en silencio, aceptando el discurso de condolencia que Jamie pronunció en gaélico, con la cabeza inclinada y las lágrimas cayéndole por las mejillas. Hizo un gesto como para quitar la capa que cubría el cuerpo de su esposo, pero no pudo, se quedó con la mano suspendida en el aire, mientras que con la otra atraía contra sus piernas a un niño pequeño.

Había varios niños acurrucados alrededor del fuego: eran los hijos adoptados de Hugh; también había un bebé en una rústica cuna junto al fuego. Me sentí mejor al ver al bebé; por lo menos algo quedaba de Hugh. Pero el consuelo fue reemplazado por el temor cuando volví a mirar a los niños. Hugh era su principal sostén. Ewan era valiente y dispuesto, pero sólo tenía catorce años, y le seguía una niña de unos doce años. ¿Cómo iban a arreglárselas?

La cara de la mujer se veía cansada y arrugada, casi sin dientes. Me di cuenta con estupor que sólo tenía algunos años más que yo. Señaló la única cama y Jamie depositó el cuerpo suavemente en ella. Jamie volvió a hablarle en gaélico; la mujer sacudió la cabeza con impotencia, mirando todavía la

figura.

Jamie se inclinó junto a ésta, inclinó la cabeza y apoyó una mano sobre el cadáver. Habló en voz baja pero clara: hasta yo pude seguirlo con mi limitado conocimiento del gaélico.

—Te presto juramento, amigo mío, y que el Dios Todopoderoso me sirva de testigo. Por tu amor hacia mí, los tuyos nunca pasarán necesidades mientras yo tenga algo para dar.

Jamie hizo una reverencia a la mujer, se giró y me cogió del brazo. Antes de que saliéramos, la piel de vaca que pendía sobre la puerta se levantó, y me eché atrás para dar paso a Mary Hawkins, seguida por Murtagh.

Mary parecía confundida; tenía una capa húmeda alrededor de los hombros. Al verme se acercó a mí, como si estuviera agradecida por mi presencia.

—Yo no... no quería entrar —me susurró, mirando con timidez a la viuda de Hugh Munro— pero el señor Murtagh insistió.

Jamie alzó las cejas mientras Murtagh saludaba a la mujer de Hugh Munro y le decía algo en gaélico. El hombrecillo se veía igual que siempre, severo y competente, pero me pareció percibir cierta dignidad en su comportamiento. Llevaba una de las alforjas consigo, con un bulto. Sería un regalo de despedida, pensé.

Murtagh apoyó la alforja junto a mis pies, después se enderezó y nos miró: a mí, a Mary, a la viuda de Hugh Munro y finalmente a Jamie, que parecía tan confundido como yo. Después de asegurarse la atención de los presentes, Murtagh inclinó la cabeza en mi dirección; un mechón de pelo oscuro y mojado le cayó sobre la frente.

—Os traigo vuestra venganza, señora —dijo. Nunca lo había oído hablar en voz tan baja. Se irguió e inclinó la cabeza hacia Mary y hacia la mujer—. Y justicia por el mal causado.

Mary estornudó y se secó la nariz rápidamente con una punta de la capa. Se quedó mirando a Murtagh. Miré la abultada alforja, sintiendo un repentino escalofrío que no se debía al clima imperante. Pero fue la viuda de Hugh Munro quien cayó de rodillas y con manos firmes abrió la alforja y sacó la cabeza del duque de Sandringham.

*Malditos sean todos los Randall*

El regreso a Escocia fue un viaje tortuoso. Tuvimos que desviarnos varias veces, sin poder comprar alimentos ni pedir limosna, robando lo que podíamos o arrancando raíces para comer.

Lentamente fuimos hacia el norte. No teníamos idea de dónde estaría el ejército escocés. Decidimos encaminarnos a Edimburgo, para recibir noticias de la campaña. Sabíamos que los ingleses no habían podido recuperar el castillo de Stirling y que la batalla de Falkirk había sido un triunfo escocés. Pero ¿qué había sucedido después?

Cuando por fin entramos en la Milla Real, Jamie fue al cuartel general del ejército, dejando que Mary y yo fuéramos a buscar a Alex Randall. Teníamos miedo de lo que pudiéramos encontrar.

él estaba allí, y vi que a Mary se le aflojaron las rodillas cuando entró. Alex había estado dormitando; abrió los ojos y el rostro se le iluminó.

—¡Dios mío! —exclamaba—. ¡Dios mío! Yo creía... y rezaba... Quería verte una vez más. Sólo una vez más. ¡Ay, Dios!

Salí y me quedé sentada en la escalera durante media hora, apoyando la cabeza sobre las rodillas.

Cuando lo juzgué prudente, entré en el cuartito, y examiné a Alex, apoyando las manos sobre la piel demacrada. Me sorprendió que hubiera durado tanto. Ya debía de quedarle muy poco tiempo.

Él vio la verdad en mi expresión.

—Esperaba —me dijo—. Tenía la esperanza... de que ella viniera una vez más. No tenía razón... pero recé. Y mi oración ha sido escuchada. Ahora podré morir en paz.

—¡Alex! —El grito de angustia de Mary estalló como si las palabras de su amado le hubieran asestado un golpe físico, pero él sonrió y le apretó la mano.

—Lo sabemos desde hace mucho, amor mío —susurró—. No desesperes. Yo estaré contigo siempre, cuidándote, amándote. No llores, mi amor. — Mary se secó las mejillas.

—Señora Fraser —me dijo—. Tengo que pedirlos algo... mañana... ¿podrías venir con vuestro marido? Es importante.

Vacilé un instante. Según lo que averiguara, Jamie querría partir de Edimburgo de inmediato para unirse al ejército y al resto de sus hombres. Pero un día más no cambiaría mucho el curso de la guerra... y no podía negarme al ruego de los dos pares de ojos que me miraban con tanta esperanza.

—Vendremos —le prometí.

—Soy un imbécil —protestó Jamie, mientras íbamos al alojamiento de Alex—. Debíamos haber partido ayer. ¿No sabes lo lejos que está Inverness?

—Lo sé —respondí—. Pero se lo prometí. Y si lo hubieras visto... bueno, lo verás dentro de un momento; entonces comprenderás.

Mary estaba sentada a medias sobre la cama de Alex, abrazando a su amado. Se había quedado toda la noche allí.

Al verme, Alex se liberó de su abrazo.

—Señora Fraser —dijo—. Ha sido muy gentil de vuestra parte haber venido. Vuestro esposo... ¿está con vos?

Como en respuesta, Jamie entró en la habitación. Mary olvidó su infelicidad, nos miró, se puso en pie y apoyó una mano sobre el brazo de Jamie.

—Yo... no... nosotros... os ne... necesitamos, lord Tuarach. —Creo que fue su tartamudeo, más que el uso de su título, lo que conmovió a Jamie. Aunque aún estaba serio, parte de la tensión desapareció. Se inclinó ante ella

con respeto.

—Le pedí a vuestra esposa que os trajera, milord. Me estoy muriendo, como veis. —Alex Randall se había sentado en el borde de la cama.

Yo había visto la muerte muchas veces, en todas sus formas, pero ésta era siempre la peor, o la mejor: la de un hombre que se enfrentaba a ella con conocimiento y valor, sabiendo que las artes de la medicina resultaban inútiles.

Supuse que era así como se formaban los fantasmas: sobrevivía la voluntad y el propósito, sin importar el frágil cuerpo. No quería que Alex Randall fuera un fantasma para mí; ésa había sido una de las razones por la que había ido con Jamie.

Parecía que Jamie había llegado a la misma conclusión.

—Sí —dijo—. ¿Necesitáis algo de mí?

—Tan sólo la indulgencia de vuestra presencia. Prometo que no os detendré mucho tiempo. Esperamos a una persona más.

Mary no le soltaba la mano y Alex mantenía la mirada fija en ella. El sólo hecho de estar en la misma habitación con ellos me hacía sentirme una intrusa.

Cuando se abrió la puerta, apareció la figura de Jack Randall en el umbral. Nos miró a Mary y a mí, como sin comprender, y cuando sus ojos se posaron en Jamie pareció convertirse en piedra. Jamie lo miró de frente y se volvió hacia la cama.

Al ver la cara desencajada de su hermano, Jack Randall atravesó el cuarto y se arrodilló junto a la cama.

—¡Alex! —exclamó—. Dios mío, Alex...

—Está bien —dijo su hermano y le sonrió, tranquilizándolo—. Está bien, Johnny.

Cogí a Mary del brazo para apartarla de la cama. A pesar de ser quien era, Jack Randall merecía tener unas últimas palabras en privado con su hermano. Me aparté con Mary.

Se oyó un sonido ahogado que me hizo mirar hacia la cama. Jack, siempre de rodillas, había hundido la cara en el regazo de su hermano, que le acariciaba la cabeza y le sostenía una mano.

—John —le dijo—. Sabes que no te pido esto con ligereza. Pero por el

amor que sientes por mí... —La tos lo interrumpió.

Noté que el cuerpo de Jamie se ponía aún más rígido, si eso era posible. Jonathan Randall también se puso rígido, como si sintiera la fuerza de la mirada de Jamie sobre él, pero no levantó la mirada.

—Alex —dijo—. No te fatigues. Sabes que no necesitas preguntar: haré cualquier cosa que me pidas. ¿Se trata de la muchacha? —Giró la cabeza en dirección a Mary, pero no pudo decidirse a mirarla.

Alex asintió, siempre tosiendo.

—Está bien —dijo—. No permitiré que le falte nada. Descansa.

Jamie me miró con los ojos muy abiertos. Todo tenía sentido: el rubor en las mejillas de Mary, pese a su tristeza, y su aparente deseo de casarse con el acaudalado judío de Londres.

—No es por el dinero —expliqué—. Está embarazada. Él quiere... —Me detuve, aclarándome la garganta—. Creo que él quiere que os caséis con ella.

Alex asintió con los ojos cerrados. Respiró con dificultad un momento y los abrió; parecían brillantes lagos de avellana fijos en el rostro sorprendido y atónito de su hermano.

—Sí —confirmó—. John... Johnny, necesito que la cuides por mí. Quiero... que mi hijo lleve el apellido Randall. Tú puedes... ofrecerles cierta posición... muchas más cosas de las que yo podría ofrecerles. —Extendió una mano y Mary la cogió—. Mary. Deseo... bueno, tú sabes lo que deseo, querida, tantas cosas... Y tantas cosas que lamento. Pero no puedo arrepentirme de nuestro amor. Después de haber conocido semejante felicidad, moriría feliz, pero tengo miedo de que te veas expuesta a la vergüenza y al deshonor.

—¡No me importa! —exclamó Mary—. ¡No me importa quién lo sepa!

—Pero a mí sí me importa —respondió Alex. Extendió una mano a su hermano, quien la tomó después de vacilar un momento. Entonces Alex juntó ambas manos, la de Mary y la de Randall. La de Mary estaba inerte y la de Jack Randall rígida, pero Alex apretó sus manos alrededor de las dos.

—Os entrego el uno al otro, amados míos —dijo en voz baja. Los miró; cada uno reflejaba el horror de semejante sugerencia bajo la pena de la pérdida inminente.

—Pero... —Vi que a Jonathan Randall le faltaban las palabras.

—Bien. No queda mucho tiempo. Yo mismo os casaré. Ahora. Por eso pedí a la señora Fraser que trajera a su marido... ¿podrías ser testigo junto con vuestra esposa, señor? —Miró a Jamie, el cual asintió como un autómatas.

No creo haber visto nunca tres personas tan desdichadas.

Alex estaba tan débil que su hermano tuvo que ayudarlo a atarse el alzacuello blanco. Tampoco Jonathan se veía mucho mejor. Demacrado por la enfermedad, las líneas del rostro estaban tan acentuadas que parecía mucho mayor de lo que era y tenía los ojos hundidos en las órbitas.

En cuanto a Mary, estaba sentada sobre la cama, sollozando. Hice lo que pude por ella; le alisé el vestido y le cepillé el pelo. Ella mantuvo los ojos fijos en Alex.

Éste tanteó el cajón del armario y sacó el Libro de Oraciones. Le resultaba demasiado pesado para sostenerlo abierto. No podía estar de pie, así que se sentó en la cama, con el libro abierto sobre las rodillas.

—Amados míos... —comenzó Alex.

Mary había dejado de llorar, pero sus mejillas estaban sucias por las lágrimas. Jonathan lo vio, sacó un pañuelo y se lo ofreció.

Mary lo recibió y se limpió la cara.

—Acepto —dijo cuando llegó el momento, como si no le importara lo que decía.

Jack Randall dio su promesa con voz firme pero remota. Tuve una extraña sensación al ver un matrimonio de dos personas tan indiferentes la una a la otra; toda su atención estaba fija en el hombre que tenían delante.

Una vez terminada la ceremonia, hubo un incómodo silencio; no parecían adecuadas las felicitaciones a la nueva pareja. Cuando me casé con Jamie me había desmayado y Mary parecía dispuesta a seguir mi ejemplo.

Alex permaneció sentado en silencio durante un momento. Sonrió y paseó la mirada por la habitación. Vi el brillo de sus ojos cuando su mirada se cruzó con la mía. Observó a Mary y después cerró los ojos; extendió una mano, tanteando a ciegas. Jonathan la asió, lo cogió por los hombros y lo ayudó a recostarse sobre las almohadas.

—Mary. —La muchacha tomó las manos que se extendían entre las suyas y las apretó contra su pecho.

—Estoy aquí, Alex. ¡Oh, Alex, estoy aquí! —Se inclinó cerca de su

amado, murmurándole en el oído.

Los párpados pesados se aliaron una vez más, sólo a medias, buscando un rostro y encontrándolo.

—Johnny. Tan... bueno conmigo. Siempre, Johnny.

Mary se inclinó sobre él. Jonathan Randall permaneció quieto, observando a su hermano y a su esposa. No se oía nada en el cuarto, salvo el murmullo del fuego y el suave sollozar de Mary Randall.

Jamie me tocó el hombro y señaló a Mary.

—Quédate con ella —dijo—. Ya falta poco, ¿no?

—No.

Jamie asintió. Después inspiró hondo y cruzó el cuarto hasta donde estaba Jonathan Randall. Cogió la helada figura por un brazo y lo hizo girar hacia la puerta.

—Vamos, hombre —le dijo—. Te acompañaré hasta donde vives.

La puerta rechinó cuando partieron. Jack Randall se dirigió al cuarto donde pasaría su noche de bodas, solo.

Cerré la puerta del cuarto de la posada y me apoyé en ella, extenuada. Fuera empezaba a anochecer.

Jamie estaba junto a la ventana, observándome.

—Toma un trago, *Sassenach* —me dijo—. Pareces agotada.

—No duró mucho, pobrecito. Era como si hubiera estado esperando que ella estuviera segura para irse. Mandé avisar a la casa de la tía de Mary; ella y sus dos primos fueron a buscarla. Se encargarán de... Alex. —Bebí un sorbo de coñac. Me quemó la garganta y me subió a la cabeza como niebla, pero no me importó.

—Bien —dije— por lo menos sabemos que Frank está a salvo, a pesar de todo.

Jamie me miró con cólera.

—¡Maldito sea Frank! —dijo—. ¡Malditos sean todos los Randall: Jack Randall, Mary Hawkins Randall y Alex Randall!... que Dios guarde su alma —se corrigió rápidamente, persignándose.

—Creí que no te importaba... —empecé. Me fulminó con la mirada.

—Mentí.

Me cogió por los hombros y me sacudió un poco, sosteniéndome a distancia.

—¡Y maldita seas tú también, Claire Randall Fraser! —dijo—. ¡Por supuesto que me importa! ¡Me importa cada recuerdo tuyo que no me incluya, y cada lágrima que hayas derramado por otro, y cada segundo que hayas pasado en el lecho de otro hombre! ¡Maldita seas! —Arrojó la copa de coñac al suelo, me apretó contra él y me besó con fuerza.

Me apartó lo suficiente para volver a sacudirme.

—¡Eres mía, maldita seas, Claire Fraser! Mía, y no voy a compartirme, ni con un hombre ni con un recuerdo, ni con nada, mientras ambos tengamos vida. No volverás a mencionar su nombre, ¿me oyes? —Me besó—. ¿Me has entendido? —preguntó.

—Sí —dije, con cierta dificultad—. Si dejaras... de sacudirme, podría... responder.

Algo avergonzado, aflojó su presión sobre mis hombros.

—Lo siento, *Sassenach*. Es sólo que... Dios, ¿por qué tuviste que...? Bueno, sí, me doy cuenta de que... ¿pero tenías que...? —Interrumpí su discurso.

—Sí. Tuve que hacerlo. Pero ya terminó. Jamie —dije—. Estoy cansada. ¿Puedes llevarme a la cama?

Inspiró profundamente y soltó el aire con lentitud, mirándome con ojos hundidos de cansancio y tensión.

—Sí —dijo en voz baja, por fin—. Sí.

Permaneció en silencio. Al principio fue brusco; su ira agudizaba su amor.

—¡Ay! —dije en cierto momento.

—Dios, lo lamento, *mo duinne*. No pude...

—Está bien. —Interrumpí sus disculpas y lo abracé con fuerza, sintiendo que la ira desaparecía a medida que crecía la ternura entre nosotros. No se apartó del beso, pero se mantuvo inmóvil, explorando suavemente mis labios, acariciándolos levemente con la punta de la lengua.

Toqué su lengua con la mía y cogí su cara entre mis manos. No se había afeitado desde la mañana y la barba incipiente me raspaba placenteramente la punta de los dedos.

Descendió y giró para no aplastarme con su peso, y continuamos acariciándonos, unidos por la cercanía, hablando en silencio.

Estábamos vivos y éramos uno. «Somos uno y, mientras nos amemos, la muerte nunca podrá tocarnos».

«La tumba es un sitio bonito y privado / Pero nadie, creo, se abraza allí». Alex Randall yacía frío en su lecho y Mary Randall sola en el suyo. Pero nosotros estábamos juntos y nada ni nadie importaba más allá de ese hecho.

Jamie asió mis caderas y me atrajo hacia él. El escalofrío que me invadió también lo invadió a él, como si compartiéramos una sola carne.

Me desperté todavía en sus brazos, y supe que no estaba durmiendo.

—Vuelve a dormir, *mo duinne*. —Dijo.

—¿Qué sucede, mi amor? —susurré—. Jamie, de veras te amo.

—Lo sé —dijo—. Lo sé, mi amor. Déjame decirte mientras duermes cuánto te amo. No puedo expresarte lo mucho que te amo mientras estás despierta; sólo las mismas palabras, una y otra vez. Mientras duermes entre mis brazos, puedo decirte cosas que sonarían estúpidas estando despierta, pero en tus sueños sabrás la verdad. Vuelve a dormir, *mo duinne*.

Volví la cabeza lo suficiente para rozar con los labios su cuello. Después apoyé la cabeza sobre su pecho y entregué mis sueños a su vigilia.

*Timer mortis conturbat me*

Mientras avanzábamos hacia el norte, siguiendo al ejército escocés, encontrábamos hombres por todas partes. Pasamos pequeños grupos que caminaban haciendo esfuerzos por resguardarse de la lluvia y el viento. Otros yacían en cunetas, demasiado cansados para seguir. Habían dejado el equipo y las armas por el camino; aquí se veía una carreta volcada, con sacos de harina destrozados, allí un par de mosquetes debajo de un árbol.

El mal tiempo nos había acompañado, dificultando el viaje. Era 13 de abril; yo tenía un constante temor en el corazón. Lord George, los jefes de los clanes, el príncipe y sus principales consejeros estaban en Culloden House, según nos informó uno de los MacDonald. No sabía nada más. En el último mes, desde que yo había caído en manos de los ingleses, la situación había empeorado. Los hombres que veíamos se movían con lentitud debido al agotamiento y al hambre. Pero continuaban viaje hacia el norte, tercamente, obedeciendo las órdenes del príncipe. Se dirigían hacia el lugar que los escoceses denominaban Drumoissie Moor. Hacia Culloden.

El 15 de abril, a media mañana, llegamos a Culloden House, después de una travesía despiadada.

Jamie desmontó y entregó las riendas a Murtagh.

—Esperad aquí un momento —dijo—. Aquí hay algo que no va del todo

bien.

Murtagh echó un vistazo a la puerta de las cuadras, que estaba un poco entreabierta, y asintió. Fergus, montado detrás, quiso seguir a Jamie, pero Murtagh se lo impidió.

Dolorida por la cabalgata, bajé de mi caballo y seguí a Jamie. Había algo raro, era cierto. Sólo cuando entré en el establo me di cuenta de qué era: había demasiado silencio.

Dentro no había movimiento; hacía frío y estaba oscuro. Faltaba el calor y el ruido característicos de los establos. Sin embargo, el lugar no estaba completamente desprovisto de vida; una figura oscura se movía en la penumbra, demasiado grande para ser una rata o un zorro.

—¿Quién anda ahí? —preguntó a viva voz Jamie, adelantándose para dejarme detrás de él—. ¿Alec? ¿Eres tú?

La figura que estaba entre el heno levantó la cabeza con lentitud. El caballero mayor del castillo de Leoch tenía un solo ojo; el otro lo había perdido en un accidente hacía muchos años, y cubría el agujero con un parche negro. Normalmente un ojo le bastaba para dirigir tanto a mozos de cuadra como a caballos.

El ojo de Alec McMahon MacKenzie no tenía brillo. Estaba acurrucado y tenía las mejillas hundidas con la apatía de la hambruna.

Sabiendo que el anciano sufría de artritis con tiempo húmedo, Jamie se agachó a su lado para que no se levantara.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. Acabamos de llegar; ¿qué pasa aquí?

El viejo Alec tardó mucho tiempo en asimilar la pregunta y formar palabras para su respuesta; quizá fue sólo debido a la quietud del establo vacío que sus palabras sonaron huecas cuando por fin salieron.

—Todo se ha ido al diablo —dijo—. Marcharon a Nairn hace dos noches y volvieron huyendo ayer. Su alteza dice que tomarán una decisión según vayan las cosas en Culloden; allí está lord George ahora, con las pocas tropas que ha logrado juntar.

No pude reprimir un gemido al oír la palabra *Culloden*. Era allí. A pesar de todo, iba a suceder, y allí estábamos.

Un escalofrío recorrió a Jamie. Vi que se le erizaba el vello de los brazos, pero su voz no traicionó su nerviosismo.

—Las tropas... no están aprovisionadas para pelear. ¿No se da Cuenta lord George de que necesitan descanso y comida?

El sonido que emitió el viejo Alec debía de ser la sombra de una risa.

—Lo que él sabe no tiene importancia. Su alteza ha tomado el mando del ejército. Y su alteza dice que haremos frente a los ingleses en Drumossie. En cuanto a la comida... —Enarcó una ceja—. El mes pasado se comieron los caballos —explicó—. Desde entonces ha habido poco que comer.

Jamie se levantó bruscamente y se apoyó en la pared con la cabeza gacha, estupefacto. No pude verle el rostro, pero su cuerpo estaba rígido.

—Sí —dijo por fin—. Sí. Mis hombres... ¿recibieron una porción justa de la carne? Donas... era... un caballo robusto. —Hablabla con dificultad.

El anciano se levantó y apoyó una mano agarrotada en el hombro de Jamie.

—No se llevaron a Donas —explicó con calma—. Lo conservaron... para que el príncipe *Tcharlach* lo montara en su regreso triunfal a Edimburgo. O'Sullivan dijo que no era... propio... que su alteza fuera a pie.

Jamie se cubrió el rostro con las manos y se quedó temblando apoyado en las tablas de la caballeriza vacía.

—Soy un imbécil —dijo por fin—. Oh, Dios, qué tonto soy. —Se pasó la mano por la mejilla, pero el llanto continuó.

—La causa está perdida, mis hombres van camino del matadero, hay hombres muertos pudriéndose en el bosque... ¡y yo lloro por un caballo! Oh, Dios —susurró—. ¡Soy un imbécil!

El viejo Alec suspiró y su mano se deslizó pesadamente por el brazo de Jamie.

—Es bueno que todavía puedas llorar, muchacho —dijo—. Por mi parte, estoy más allá del llanto.

\* \* \*

Había hombres exhaustos por toda la casa, buscando olvidarse del desastre, seguro e inminente. Ya no quedaban mujeres; las pocas que habían acompañado a los jefes se habían marchado: la fatalidad proyectaba una larga

sombra.

Jamie me dejó fuera de la puerta que llevaba a los aposentos del príncipe. Mi presencia no contribuiría en nada.

Sabía que el príncipe Carlos se había enterado de la terrible y misteriosa muerte del duque de Sandringham; lo habíamos oído de casi todas las personas con quienes habíamos hablado en nuestro camino hacia el norte. ¿Qué habíamos hecho exactamente?, me pregunté. ¿Habríamos echado a perder la causa jacobita para siempre con aquella aventura nocturna, o sin darnos cuenta habríamos salvado a Carlos Estuardo de una trampa inglesa? Nunca sabría la respuesta.

Cuando volvió Jamie, una sola mirada a su rostro fue suficiente.

—Alec estaba en lo cierto —dijo—. Las tropas se desplazan a Culloden como pueden. Hace dos días que no comen ni duermen, pero marchan

Con un gesto impaciente, sacó la daga de su cinturón y la clavó en la mesa, donde quedó, temblando con la fuerza del golpe.

—Los campesinos dicen que si ves sangre en tu daga, significa que habrá muerte. Bueno, ¡la he visto! Todos la han visto. Ellos lo saben: Kilmarnock, Lochiel y el resto. ¡Y de nada sirve haberla visto!

Inclinó la cabeza aferrando la mesa con las manos y observando la daga.

—Jamie —dije—. Sólo queda una posibilidad.

—No hay forma —dijo—. Está empecinado. Murray ha intentado convencerlo, lo mismo que Lochiel. Y Balmerino. Y yo. Pero los hombres ya están en Culloden. Cumberland ha partido hacia Drumossie. No queda escapatoria.

Las artes de la curación son poderosas, y cualquier médico versado en el uso de sustancias curativas también conoce el poder de las que producen daño. Yo le había dado a Colum el cianuro que no tuvo tiempo de utilizar y había sacado la poción mortal de su mesa de noche. Y estaba en mi botiquín.

—Hay una manera. Sólo una —insistí.

Jamie continuó con la cabeza hundida en las manos. Había sido un largo viaje y las noticias de Alec habían añadido la depresión a su cansancio. Nos habíamos desviado para encontrar a sus hombres, o la mayoría, en un estado miserable y harapiento, al igual que los Fraser de Lovat que los rodeaban. La entrevista con Carlos fue la gota que colmó el vaso.

—¿Sí? —dijo.

Vacilé, pero tenía que hablar. La posibilidad debía ser mencionada, y él o yo tendríamos que reunir valor para llevarla a cabo.

—Es Carlos Estuardo —dije, por fin—. Él es todo: la batalla, la guerra, todo depende de él, ¿te das cuenta?

—¿Sí? —Jamie me miraba con los ojos inyectados en sangre e inquisitivos.

—Si él muriera... —susurré por fin.

Jamie cerró los ojos y los últimos vestigios de sangre desaparecieron de su rostro.

—Si él muriera... ahora. Hoy. O esta noche. Jamie, sin Carlos, no hay nada por qué luchar. Nadie que ordene a los hombres ir a Culloden. No habría batalla.

Los largos músculos de su garganta se movieron un poco cuando tragó. Abrió los ojos y me miró, consternado.

—Por Dios —murmuró—. No puedes hablar en serio.

Antes de Falkirk me habían llamado para que atendiera al príncipe: O'Sullivan, Tullibardine y los demás. Su alteza estaba enfermo: una indisposición, según dijeron. Había examinado a Carlos, le hice desnudar el pecho y los brazos y le había mirado la boca y el blanco de los ojos.

Era escorbuto junto con alguna otra enfermedad propia de la desnutrición. Así lo dije.

—¡Tonterías! —dijo Sheridan—. ¡Su alteza no puede sufrir eso, como los campesinos comunes!

—Está comiendo como uno de ellos —repliqué—. O peor que ellos. — Los «campesinos» se veían obligados a comer cebollas y repollos; por no tener otra cosa. Despreciando semejante comida, su alteza y sus consejeros comían carne, y casi nada más. Mirando alrededor del círculo de rostros asustados y resentidos, vi que no pocos exhibían síntomas de falta de alimentos frescos. Dientes sueltos o caídos, encías blandas y sangrantes.

No me gustaba tener que utilizar mi preciosa provisión de pétalos de rosa y bellotas secas, pero me ofrecí con desgana a preparar una infusión al príncipe. La oferta fue rechazada, y después supe que Archie Cameron había sido convocado, armado con su cuenco y su lanceta para ver si una sangría

aliviaba el dolor real.

—Podría hacerlo —dije—. Podría preparar una pócima y persuadirlo de que la bebiera.

—¿Y si muriera al beberla? ¡Claire, por Dios! ¡Te liquidarían en el acto! Metí las manos debajo de los brazos, tratando de darles calor.

—¿Importaría eso? —pregunté, tratando con desesperación de que no me temblara la voz. La verdad era que sí, me importaba. En aquel momento, mi propia vida pesaba mucho más que los cientos que podría salvar. Cerré los puños, temblando de terror, como un ratón en una trampa.

Jamie corrió a mi lado. Las piernas no me sostenían; me llevó hasta el banco destartado y se sentó conmigo, rodeándome fuertemente con los brazos.

—Tienes el valor de un león, *mo duinne* —murmuró en mi oído—. ¡De un oso, de un lobo! Pero sabes que no te lo permitiré.

El estremecimiento cesó, aunque todavía sentía frío y horror por lo que estaba diciendo.

—Podría haber otra manera —dije—. Hay poca comida, pero al príncipe no le falta. No sería difícil añadir algo a su comida con disimulo; todo está tan desorganizado. —Esto era cierto; por toda la casa los oficiales dormían sobre mesas y suelos, con las botas puestas, demasiado cansados para deshacerse de las armas. La casa era un caos. Sería fácil distraer a un sirviente el tiempo suficiente para añadir veneno en la cena del príncipe.

El espanto de mi sugerencia permaneció como veneno, congelándome la sangre. Jamie apretó mis hombros y después se apartó para meditar sobre la situación.

La muerte de Carlos Estuardo no detendría la rebelión. Las cosas habían ido ya demasiado lejos. Lord George Murray, Balmerino, Kilmarnock, Lochiel, Clanranald, todos éramos traidores: nuestras vidas y propiedades pasarían a la corona. El ejército escocés estaba destruido; sin la figura de un rey por quien luchar, se dispararía como humo. Los ingleses, aterrorizados y humillados en Preston y Falkirk, no vacilarían en perseguir a los fugitivos y en querer recuperar el honor perdido lavando el insulto con sangre.

No era muy probable que Enrique de York, el piadoso hermano menor de Carlos, que ya había prestado votos religiosos, tomara el lugar de su hermano

para continuar la lucha. En el futuro no había otra cosa que catástrofe y destrucción y no había modo de impedir las. Lo único que podía salvarse era la vida de los hombres que iban a morir al día siguiente en el brezal.

Fue Carlos el que decidió pelear en Culloden, Carlos, cuyo terco despotismo desafió el consejo de sus propios generales y fue a invadir Inglaterra. No había apoyo del sur; los jacobitas ingleses no habían acudido, según lo esperado, detrás del estandarte de su rey. Obligado contra su voluntad a retirarse, Carlos había elegido esta última posición, donde obligó a sus hombres mal armados, exhaustos y hambrientos, a luchar sobre un pantano, para enfrentarse a la ira del fuego de los cañones de Cumberland. Si Carlos Estuardo muriera, la batalla de Culloden podría no tener lugar. Una vida contra dos mil. Una vida: pero una vida de la realeza, arrebatada a sangre fría, no en la batalla.

Los jefes de los clanes de las Tierras Altas ya estaban, tiritando, en el páramo abierto, ajustando, arreglando y reordenando los planes de batalla, mientras más hombres se les unían. Entre ellos, los MacKenzie de Leoch y los Fraser de Beaully, 400 hombres de la sangre de Jamie. Y sus 30 hombres de Lallybroch.

El rostro de Jamie estaba pálido, inmóvil mientras pensaba, con las manos entrelazadas en la rodilla. Los dedos lisiados y los sanos se juntaron. Me acerqué a él, sin atreverme siquiera a respirar, aguardando su decisión.

—No puedo —murmuró. Me acarició—. Ojalá pudiera, *Sassenach*, pero no puedo.

El alivio que me invadió me privó del habla, pero Jamie se dio cuenta de lo que sentía, y tomó mis manos entre las suyas.

—¡Ay, Dios, Jamie, me alegro tanto! —murmuré.

Inclinó la cabeza entre mis manos. Volví la cabeza para apoyar mi mejilla en su pelo y me quedé helada.

En el umbral de la puerta, mirándome con repugnancia, estaba Dougal MacKenzie.

Los últimos meses lo habían envejecido; la muerte de Rupert, las noches sin dormir en medio de inútiles discusiones, la tensión de la difícil campaña y finalmente la amargura de la derrota inminente. Tenía canas en la barba castaña, cierta palidez en su piel y profundas arrugas en el rostro que no tenía

en noviembre. Con estupor me di cuenta de que se parecía a su hermano Colum. Dougal MacKenzie había querido dirigir. Había heredado el liderazgo y estaba pagando su precio.

—¡Sucia... traidora... prostituta... bruja!

Dougal MacKenzie avanzó hacia mí lentamente, haciendo a un lado los pliegues de su capa, de modo que la empuñadura de su espada quedó libre. Yo no había oído abrirse la puerta; debía de estar entreabierta. ¿Cuánto tiempo había estado escuchando?

—Debí haberlo sabido —dijo en voz baja—. Desde la primera vez que te vi debí haberme dado cuenta. —Sus ojos estaban fijos en mí, con una mezcla de horror y furia.

Hubo un repentino movimiento del aire junto a mí; Jamie estaba allí, con una mano sobre mi brazo, empujándome a sus espaldas.

—Dougal —dijo—. No es lo que crees, hombre. Es...

—¿No? —lo interrumpió Dougal. Me deslicé detrás de Jamie, agradecida por la pausa.

—¿No es lo que creo? —repitió—. Escucho que la mujer te insta a cometer asesinato... ¡a asesinar a tu príncipe! ¡No sólo a cometer un vil asesinato, sino también traición! ¿Y me dices que no entiendo? No te culpo, muchacho —dijo. Su voz parecía cansada y recordé que tenía más de cincuenta años—. No es culpa tuya, Jamie. Ella te ha embrujado... cualquiera puede darse cuenta. —Torció la boca mientras volvía a mirarme.

—Sí, sé muy bien cómo lo hizo. Se utilizó la misma brujería conmigo. Una perra asesina y mentirosa, coge a un hombre del pito y lo lleva a la destrucción, con sus garras bien clavadas en sus pelotas. Ése es el hechizo que te ha hecho, muchacho, ella y la otra bruja. Te llevan a su cama y te roban el alma mientras duermes con la cabeza sobre sus pechos. Te quitan el alma y se comen tu hombría, Jamie.

Sacó la lengua y se mojó los labios. Seguía observándome, y apretó la empuñadura de su espada.

—Apártate, muchachito. Te liberaré de la prostituta *sassenach*.

Jamie dio un paso frente a mí, apartándome por un momento de la vista de Dougal.

—Estás cansado, Dougal —dijo—. Y escuchas cosas, hombre. Vete

abajo. Iré...

No pudo terminar. Dougal no lo escuchaba; había desenvainado la daga.

—Te cortaré la garganta —me dijo—. Debí haberlo hecho la primera vez que te vi. Nos habríamos ahorrado muchas penas.

No estaba segura de su equivocación, pero eso no significaba que iba a permitirle remediar la situación. Retrocedí tres pasos rápidamente y me aferré a la mesa.

—¡Apártate, hombre! —Jamie se puso delante de mí, extendiendo un brazo.

El jefe MacKenzie sacudió la cabeza como un toro; los ojos enrojecidos no se apartaban de mí.

—Ella es mía —dijo—. ¡Bruja! ¡Traidora! Apártate, muchacho. No quiero hacerte daño pero, por Dios, si proteges a esa mujer, te mataré también.

Arremetió contra Jamie y me cogió del brazo. Exhausto, hambriento y envejecido como estaba, todavía era un hombre formidable y sus dedos me lastimaron la piel.

Grité de dolor mientras me atraía hacia él. Me tomó del pelo y tiró de él, obligándome a echar atrás la cabeza. Sentí su aliento caliente y ácido en la cara. Grité y lo golpeé, hundiéndole las uñas en la mejilla en el esfuerzo por liberarme.

Soltó el aire cuando el puño de Jamie le dio en las costillas y me soltó el pelo cuando el otro puño de Jamie se estrelló contra su hombro. Libre otra vez, me arrojé sobre la mesa, sollozando.

Dougal se giró para enfrentarse a Jamie, con el filo de la daga hacia arriba.

—Que así sea, entonces —dijo—. La sangre hablará. Tú, maldito engendro Fraser. La traición corre por tus venas. Ven aquí, te mataré rápidamente, por el bien de tu madre.

Había poco sitio para la lucha; con su daga clavada en la mesa, Jamie estaba desarmado. Imitó la posición de Dougal y fijó la mirada en la punta de la daga.

—Baja el arma, Dougal —dijo—. ¡Por la memoria de mi madre, escúchame!

MacKenzie no respondió; por el contrario, arremetió de repente, dando una estocada hacia arriba.

Jamie se hizo a un lado y volvió a esquivar otro golpe del otro brazo. Jamie tenía la agilidad de la juventud, pero Dougal empuñaba el cuchillo.

Dougal se acercó; la daga rozó a Jamie, cortándole la camisa e hiriéndolo. Con un siseo de dolor Jamie se echó atrás y asió la muñeca de Dougal en el momento en que el filo descendía.

El cuchillo desapareció en medio de los cuerpos en lucha. Rodaron juntos. El cuchillo volvió a subir, con dos manos asidas a su empuñadura. Un tirón, un repentino gruñido de esfuerzo, otro de dolor. Dougal dio un paso atrás, tambaleándose, con el rostro congestionado y lleno de sudor; la empuñadura de la daga sobresalía en la base de la garganta.

Jamie cayó a medias y se inclinó sobre la mesa.

Dougal dio un grito terrible. Jamie lo atajó cuando trastabilló y cayó. El peso de su tío le hizo caer de rodillas. La cabeza quedó apoyada sobre su hombro.

Caí de rodillas junto a ellos, tratando de ayudar, de sostener a Dougal. Pero era demasiado tarde. El enorme cuerpo quedó inmóvil, tuvo un espasmo y se escurrió del abrazo de Jamie.

Su cabeza estaba apoyada sobre el muslo de Jamie. Un jadeo nos mostró su rostro. Movía la boca diciendo algo, hablando con un enorme esfuerzo... pero sin sonido, salvo el burbujeo proveniente de la garganta destrozada.

El rostro de Jamie se puso pálido; pareció entender lo que decía Dougal. Trató de sostener el cuerpo tembloroso. Hubo un espasmo final, después un horrible sonido y Dougal MacKenzie quedó inmóvil, con las manos de Jamie apretando sus hombros, como queriendo impedir que se incorporara.

—¡San Miguel bendito nos proteja! —El susurro ronco provino del umbral de la puerta. Era Willie Coulter MacKenzie, uno de los hombres de Dougal. Miró con horror el cuerpo de su jefe. Un pequeño charco de orina se estaba formando debajo de éste. El hombre se persignó, todavía observando.

—Willie. —Jamie se levantó—. Willie. —El hombre parecía estupefacto. Miró a Jamie completamente confundido—. Necesito una hora, hombre. — Jamie lo hizo entrar en el cuarto—. Una hora para poner a salvo a mi esposa. Después vendré para responder por esto. Te doy mi palabra de honor. Pero

debo tener una hora libre. Sólo una. ¿Me darás una hora, hombre, antes de hablar?

Willie se pasó la lengua por los labios reseco, mirando el cuerpo de su jefe y al sobrino de éste, evidentemente asustado. Por fin asintió, sin saber qué hacer.

—Bien. —Jamie tragó saliva y se secó el rostro con su capa. Dio una palmada a Willie en el hombro—. Quédate aquí, hombre. Reza por su alma. Y por la mía. —Me empujó delante de él.

—Necesito a Murtagh —dijo cuando bajábamos.

Lo encontramos fuera, arropado en su capa, sentado bajo el alero de la casa. Fergus estaba junto a él, dormitando.

Murtagh miró la cara de Jamie y se puso en pie, serio y hosco, preparado para cualquier cosa.

—He matado a Dougal MacKenzie —dijo Jamie.

Murtagh palideció y después recobró su expresión normal.

—Sí —dijo—. ¿Qué hay que hacer, entonces?

Jamie palpó en su alforja y sacó un papel doblado. Las manos le temblaban al tratar de abrirlo; se lo quitó y lo abrió bajo el refugio del alero.

«Título de propiedad», decía en la parte superior de la hoja. Era un documento corto, de pocas líneas, que otorgaba el título de la propiedad conocida como Broch Tuarach a James Jacob Fraser Murray. Dicha propiedad sería administrada por los padres de James Murray: Janet Fraser Murray y Ian Gordon Murray, hasta la mayoría de edad de James Murray. La firma de Jamie estaba al pie y había dos espacios en blanco más abajo, cada uno con la palabra «Testigo» escrita debajo. Estaba fechado el primero de julio de 1745, un mes antes de que Carlos Estuardo iniciara la rebelión y convirtiera a Jamie Fraser en traidor a la corona.

—Necesito que Claire y tú lo firméis —dijo Jamie, entregando la nota a Murtagh—. Pero eso implica perjurio; no tengo ningún derecho a pedírtelo.

Los ojillos negros de Murtagh examinaron rápidamente la escritura.

—No —dijo secamente—. Ningún derecho ni ninguna necesidad. —Despertó a Fergus con un pie y el muchacho se incorporó, pestañeando.

—Entra en la casa y tráele a tu amo pluma y tinta, muchacho —dijo Murtagh—. ¡Rápido!

Fergus sacudió la cabeza para despejarse, miró a Jamie y entró.

De los aleros caían gotas de agua que se me escurrían por la nuca. Tirité y me arropé más en la capa de lana que tenía alrededor de los hombros. Me preguntaba cuándo habría escrito Jamie aquel documento. La fecha falsa hacía suponer que la propiedad había sido transferida antes de que Jamie se convirtiera en traidor, ocasión en que sus bienes y propiedades se verían sujetos a la corona; si el documento no era cuestionado, la propiedad pasaría a manos del pequeño Jamie. Por lo menos la familia de Jenny quedaría a salvo y en posesión de tierras y granja.

Jamie se había dado cuenta de la posible necesidad del documento; sin embargo, no lo había ejecutado antes de partir de Lallybroch; de algún modo tenía la esperanza de regresar y volver a ocupar su lugar. Eso ya no era posible, pero la propiedad podía ser salvada de la corona. Nadie sabría cuándo había sido firmado el documento, salvo los testigos, Murtagh y yo.

Fergus regresó con un tintero y una pluma. Cada uno firmó, apoyando el papel contra la pared de la casa. Murtagh firmó primero; vi que su apellido materno era FitzGibbons.

—¿Quieres que se lo lleve a tu hermana? —preguntó Murtagh mientras yo sacudía el papel para que se secase.

Jamie negó con la cabeza.

—No, Fergus lo llevará.

—¿Yo? —Los ojos del niño se abrieron de par en par por el asombro.

—Sí, tú, hombre. —Jamie cogió el papel, lo dobló, se arrodilló y lo metió en la camisa de Fergus.

—Este papel debe llegar a mi hermana, *Madame Murray*, sin falta Vale más que mi vida, hombre, y que la tuya.

Prácticamente exánime ante la tarea encomendada, Fergus se irguió.

—¡No os fallaré, milord!

Una breve sonrisa apareció en los labios de Jamie y apoyó una mano en el suave pelo de Fergus.

—Lo sé, hombre, y te lo agradezco —dijo. Se quitó el anillo de la mano izquierda: el rubí que había pertenecido a su padre—. Ve a los establos y enséñale esto al anciano que verás allí. Dile que te ordené que llevaras a Donas. Coge el caballo y cabalga hasta Lallybroch. No te detengas excepto

para dormir y, cuando lo hagas, escóndete bien.

Fergus estaba mudo de excitación, pero Murtagh lo miró dubitativo.

—¿Crees que el muchacho podrá manejar esa maldita bestia? —preguntó.

—Sí puede —respondió Jamie con firmeza. Abrumado, Fergus tartamudeó, cayó de rodillas y besó la mano de Jamie con fervor. Poniéndose en pie de un salto, corrió en dirección a las cuadras.

Jamie se pasó la lengua por los labios secos, cerró los ojos y se volvió a Murtagh con decisión.

—A ti, *mo caraidh*, te necesito para que reúnas a los hombres.

Las cejas de Murtagh se alzaron con sorpresa, pero se limitó a asentir.

—¿Y cuando lo haya hecho?

Jamie me miró y después a su padrino.

—Ahora deben de estar junto al joven Simon. Límate a reunirlos en un lugar. Pondré a salvo a mi esposa y después... —Vaciló y se encogió de hombros—. Os encontraré. Esperad a que regrese.

Murtagh asintió una vez más y se volvió para retirarse. Después hizo una pausa y miró a Jamie, hizo una mueca y dijo:

—Quiero pedirte algo, muchacho... que sean los ingleses. No tu gente.

Jamie vaciló un poco, pero después de un momento asintió. Entonces, sin hablar, extendió los brazos al hombre mayor. Se abrazaron rápidamente, con fuerza, y Murtagh partió.

Yo era lo último de la agenda.

—Vamos, *Sassenach* —dijo, asiéndome del brazo—. Debemos irnos.

Nadie nos detuvo. Jamie iba en silencio, concentrado en su propósito. No le hablé; estaba demasiado aturdida para conversar.

«Pondré a salvo a mi esposa». No sabía a qué se refería, pero lo comprendí al cabo de un par de horas, cuando dirigió su caballo hacia el sur y vi la empinada colina verde llamada Craigh na Dun.

—¡No! —exclamé al verla y comprender hacia dónde nos dirigíamos—. ¡Jamie, no! ¡No iré!

No me contestó; espoleó su caballo y galopó, sin dejarme otra opción que la de seguirlo.

Mis emociones eran un tumulto; más allá de la fatalidad de la batalla que se avecinaba y del horror de la muerte de Dougal, debía enfrentarme a las

piedras. Al círculo maldito por el que había llegado a aquella época. Estaba claro que Jamie intentaba enviarme de regreso a mi propio tiempo, si eso era posible.

Podía intentar cuanto quisiera, pensé. No había poder sobre la tierra que me obligara a abandonarlo.

\* \* \*

Nos detuvimos juntos en la colina, al lado de la choza que estaba debajo de la cima. Hacía años que nadie vivía allí; la gente decía que estaba embrujada, que era la morada de un duende.

Jamie me instó a subir, casi tuvo que arrastrarme, sin prestar atención a mis protestas. Sin embargo, al llegar a la cabaña se detuvo y se sentó en el suelo.

—Está bien —dijo por fin—. Ahora tenemos algún tiempo; nadie nos encontrará aquí.

Se sentó en el suelo, arropado en su capa. Había cesado de llover pero soplaba un viento frío.

Me senté junto a él y sentí que su respiración se calmaba a medida que disminuía el pánico. Permanecimos en silencio un rato. Abajo quedaba el caos, un caos que quizá yo misma había contribuido a crear.

—Jamie —dije por fin. Extendí una mano para tocarlo, pero me arrepentí y la dejé caer—. Jamie... lo lamento.

Continuó con la mirada fija en el oscuro páramo. Por un momento creí que no me había escuchado. Cerró los ojos y después sacudió la cabeza.

—No —dijo con voz suave—. No hay necesidad.

—Sí la hay. —La pena casi me ahogaba—. Debí haber regresado, Jamie. Si en aquella oportunidad me hubiese ido, cuando me trajiste desde Cranesmuir... quizá entonces...

—Sí, quizá —interrumpió. Se dio la vuelta para mirarme. Había añoranza en sus ojos y una pena igual a la mía, pero no había ira ni reproche.

Volvió a sacudir la cabeza.

—No —repitió—. Sé lo que quieres decir, *mo duinne*. Pero no es así. De

haberte ido entonces, quizá todo habría sucedido tal cual sucedió. Tal vez sí, tal vez no. Quizá todo habría pasado antes, de manera diferente. Quizá, sólo quizá, no habría sucedido. Pero intervino mucha más gente. No permitiré que te echas la culpa.

—No me refiero a eso —dije—. Eso no. Me refiero a lo que te hice.

Entonces sonrió con ternura y me acarició la mejilla.

—¿Sí? ¿Y qué hay de lo que te hice yo a ti, *Sassenach*? Te saqué de tu propio lugar, te conduje a la pobreza, te arrastré por el campo de batalla y arriesgué tu vida. ¿Me lo echas en cara?

—Sabes que no, Jamie.

Sonrió.

—Bien. Pues yo tampoco, *Sassenach*.

—No me iré, Jamie —repetí—. Me quedaré contigo.

—No. —Sacudió la cabeza—. Debo regresar.

—¡Jamie, no! —Me aferré a su brazo con desesperación—. ¡Jamie, ya habrán encontrado a Dougal! Willie Coulter ya se lo habrá contado a alguien.

—Sí, así es. —Puso una mano sobre mi brazo y me dio una palmada. Había tomado una decisión camino de la colina; me di cuenta al ver su rostro, una mezcla de resignación y determinación. También había pena y tristeza, pero estos sentimientos habían sido apartados; no tenía tiempo para lamentarse.

—Podríamos volver a Francia —dije—. ¡Jamie, debemos intentarlo! —Incluso mientras hablaba, sabía que no iba a cambiar de parecer.

—No —repetió. Se dio la vuelta—. El país está en rebelión. Los puertos están cerrados. Hace tres meses que O'Brien intenta traer un barco que rescate al príncipe para llevarlo a salvo a Francia. Dougal me lo dijo... antes. A Carlos Estuardo lo persiguen sólo los ingleses. Pero a mí me perseguirán no sólo los ingleses, sino también los clanes. Soy traidor por partida doble, un rebelde y un asesino. Claire... —Hizo una pausa—. Claire, soy hombre muerto.

—No —repetí; en vano.

—No paso precisamente desapercibido, sabes —dijo—. Jamie el Rojo no podría llegar muy lejos. Pero a ti... A ti puedo salvarte, Claire, y lo haré. Es lo más importante. Pero yo debo volver con mis hombres.

—¿Los hombres de Lallybroch? ¿Pero cómo?

Jamie se puso serio, tocando distraídamente la empuñadura de su espada mientras pensaba.

—Creo poder salvarlos. En el páramo será todo confusión, con hombres y caballos yendo de un lado a otro, órdenes gritadas y contradichas. Las batallas son muy confusas. Y aunque se sepa lo que... hice —continuó, vacilando un instante— nadie podrá detenerme, con los ingleses a la vista y la batalla a punto de comenzar. Sí, puedo hacerlo —dijo—. Me seguirán sin hacer preguntas. Después de todo, ¡fui yo quien los trajo aquí! Murtagh los habrá juntado; los guiaré fuera del campo de batalla. Si alguien intenta detenerme, diré que reclamo el derecho de guiar a mis propios hombres a la batalla; ni siquiera el joven Simon podrá negármelo.

»Los pondré a salvo. El campo es bastante grande y hay suficientes hombres para que nadie se dé cuenta de que nos hemos movido a otra posición. Los sacaré del páramo y los pondré en el camino de regreso a Lallybroch.

Se quedó en silencio, como si sus planes llegaran hasta allí.

—¿Y después? —pregunté, sin querer conocer la respuesta, pero sin poder evitar hacer la pregunta.

—Después regresaré a Culloden —respondió, soltando la respiración. Sonrió—. No tengo miedo de morir, *Sassenach*. —Su boca hizo una mueca irónica—. Bueno... no mucho. Pero algunas maneras de conseguirlo... —Un breve e involuntario escalofrío lo recorrió, pero trató de seguir sonriendo.

—Dudo de que me consideren digno de los servicios de un profesional, pero supongo que, llegado el caso, tanto a *Monsieur* Forez como a mí nos parecerá... extraño. Quiero decir, que alguien que compartió una copa de vino conmigo me arranque el corazón...

Con un gemido de desesperación, lo abracé, estrechándolo con todas mis fuerzas.

—Está bien —susurró—. Está bien, una bala de mosquete. Quizá la hoja de una espada. Pasará enseguida.

Yo sabía que era mentira. Había visto muchas heridas de guerra y la muerte de guerreros. Sentí que no podía respirar. Lo único cierto era que cualquier cosa era preferible a aguardar la horca. El terror me invadió,

ahogándome. Sentí en mis oídos mi propio pulso y la garganta se me cerró tanto que no podía respirar.

Entonces, de repente, el miedo me abandonó; No podía abandonar a Jamie; no lo dejaría.

—Jamie —le dije—. Vuelvo contigo.

Me apartó para mirarme.

—¡Claro que no! —exclamó.

—Sí. —Sentí mucha calma, sin rastro de duda—. Puedo hacerme una falda con mi capa. Puedo pasar por un muchacho. Todo será confusión. Nadie se dará cuenta.

—¡No! —exclamó—. ¡No, Claire! —Apretó la mandíbula y me observó con una mezcla de ira y horror.

—Si tú no tienes miedo, yo tampoco —dije apretando los dientes—. Pasaré pronto, como dices tú. —Me temblaba la barbilla a pesar de mi determinación—. ¡Jamie, no quiero... no puedo... no viviré sin ti, eso es todo!

Abrió la boca y volvió a cerrarla. Las nubes adquirirían un resplandor rojizo opaco. Finalmente extendió una mano y me acercó a él.

—¿Crees que no lo sé? Soy yo quien tiene ahora la parte más fácil. Porque si tú sientes por mí lo que yo siento por ti, entonces te estoy pidiendo que te arranques el corazón y que vivas sin él. Pero debes hacerlo, *mon duinne*. Mi valerosa leona. Debes hacerlo.

—¿Por qué? —pregunté, apartándome para mirarlo—. ¡Cuando me liberaste del juicio por brujería en Cranesmuir, dijiste que habrías muerto conmigo, que habrías ido a la hoguera conmigo de ser necesario!

Me asió las manos, mirándome con ojos imperturbables.

—Sí, lo habría hecho —dijo—. Pero yo no estaba embarazado.

El viento me había congelado; era el frío el que me hacía temblar, me dije, el que me quitaba el aliento.

—No puedes estar seguro —dije por fin—. Es demasiado pronto para saberlo.

—No olvides que soy agricultor, *Sassenach*. Nunca te has retrasado en tus períodos desde la primera vez que compartí tu cama. Y ahora hace cuarenta y seis días que no sangras.

—¡Maldito! —dije—. ¡En medio de esta maldita guerra, has estado llevando la cuenta!

—¿Tú no?

—¡No! —Era cierto; tenía demasiado miedo de reconocer la posibilidad de que algo que había esperado y por lo que había rezado tanto tiempo, llegaba tan terriblemente tarde—. Además —continué— eso no prueba nada. El hambre puede causar el retraso.

Enarcó una ceja y apoyó una mano bajo mi seno.

—Sí, estás delgada; pero a pesar de ello, tus pechos están llenos y tus pezones tienen otro color. Te olvidas de que ya te he visto antes así. No tengo dudas y tampoco las tienes tú.

Traté de evitar las náuseas (tan fácilmente atribuibles al miedo y al hambre) pero sentí la pequeña pesadez quemándome de repente en el vientre. Me mordí el labio con fuerza, pero las náuseas me invadieron.

—Claire —dijo con calma—. Mañana moriré. Este hijo... es todo lo que quedará de mí. Te pido, Claire, te ruego que lo salves.

Me quedé inmóvil con la visión borrosa; en aquel momento sentí que se me rompía el corazón.

Por fin incliné la cabeza; el viento ululaba en mis oídos.

—Sí —susurré—. Sí, me iré.

Era casi de noche. Se acercó y me abrazó. Habían empezado a aparecer luces en la lejanía. Nos quedamos en silencio mientras la tarde se convertía en noche. La colina estaba en silencio; sólo oía la respiración de Jamie.

—Te encontraré —susurró—. Te lo prometo. Aunque deba soportar doscientos años de purgatorio, doscientos años sin ti. Ése será el castigo por mis crímenes: por haber mentido, matado, robado y traicionado. Pero algo me salvará en el balance. Cuando esté frente a Dios, tendré algo que decir que compensará el resto.

Su voz se apagó, convirtiéndose en un murmullo, y estrechó sus brazos alrededor de mí.

—Dios, me diste una mujer única. Y yo la amé como correspondía.

Fue lento y cuidadoso; también yo. Cada caricia, cada momento debía ser saboreado, recordado, atesorado como un talismán contra un futuro vacío de

él.

Acaricié cada hueco, cada sitio oculto de su cuerpo. Sentí la gracia y la fortaleza de cada curva de sus huesos, sus músculos maravillosos y firmes, flexibles a lo ancho de sus hombros, suaves y sólidos a lo largo de la espalda.

Saboreé el sudor salado del hueco de su cuello, olí el cálido almizcle del vello entre sus piernas, la dulzura de la boca suave.

—Eres tan hermosa, mi amor —me susurró, acariciando la piel suave entre mis piernas.

Su cabeza no era más que una mancha oscura sobre la blancura de mis senos. Los agujeros del techo sólo dejaban pasar un mínimo de luz del cielo nublado; el suave rumor de los truenos primaverales murmuraba constantemente en las colinas, más allá de nuestras frágiles paredes. Sentí su erección en mi mano; mi caricia lo hizo gemir de necesidad cercana al dolor.

Cuando no pudo esperar más, me penetró, como un cuchillo en su funda. Nos movimos juntos, apretándonos, deseándonos, necesitando con suma urgencia ese momento de fusión y a la vez temiendo llegar a él, sabiendo que después vendría la separación eterna.

Me llevó una y otra vez al orgasmo, deteniéndose, jadeando y temblando en el límite. Hasta que por fin toqué su rostro, enredé mis dedos en su pelo, lo apreté con fuerza y arqueé mi espalda y mis caderas debajo de él, incitándolo, forzándolo.

—Ahora —le dije—. Ahora. Ven a mí. ¡Ahora!

Se entregó a mí, y yo a él. La desesperación cedió paso a la pasión, de modo que el eco de nuestros gritos pareció desvanecerse lentamente en la oscuridad de la fría cabaña de piedra.

Permanecimos tumbados y juntos, inmóviles; sentí su peso como una bendición, como escudo y protección. Un cuerpo tan sólido, tan lleno de calor y vida... ¿cómo era posible que dejara de existir dentro de pocas horas?

—Escucha —me dijo por fin—. ¿Oyes?

Al principio no oí nada excepto el rumor del viento y el goteo de la lluvia que se escurría por los agujeros del techo. Entonces lo oí: el latido constante y lento de su corazón sobre el mío, parejos en el ritmo de la vida. La sangre pasaba a través de nuestro frágil vínculo, entraba en mí y volvía a él de nuevo.

Nos quedamos así, arropados bajo la cubierta improvisada de tartán y capa, sobre una cama hecha con nuestras ropas. Finalmente se incorporó y apartándose de él, apoyó una mano sobre mi vientre.

—Ahora duerme un poco, *mo duinne* —susurró—. Quiero dormir una vez más así: abrazándote, abrazando a nuestro hijo.

Creí que no iba a poder dormir, pero estaba exhausta. Cerca del alba me desperté, con los brazos de Jamie alrededor de mí y me quedé contemplando el alba, deseando el íntimo refugio de la oscuridad.

Rodé hacia un lado para poder observarlo, para ver cómo la luz tocaba la forma de su rostro, inocente en el sueño, para ver cómo el sol del amanecer encendía su cabello en una llamarada... por última vez.

Me invadió una oleada de angustia tan aguda que debí hacer algún ruido; Jamie abrió los ojos. Sonrió al verme y me escrutó el rostro. Supe que estaba memorizando mis rasgos, como yo los suyos.

—Jamie —dije. Mi voz era ronca por el sueño y las lágrimas—. Jamie, quiero que me marques.

—¿Qué? —dijo, sobresaltado.

El pequeño *sgian dhu* que llevaba en la media estaba al alcance de mi mano. Cogí la empuñadura de hueso de jabalí tallado y le entregué el arma.

—Córtame —le ordené—. Profundamente, para que dejes una cicatriz. Quiero llevarla conmigo, siempre, y tenerte cada vez que la toque. No me importa si es doloroso; nada puede dolerme más que dejarte. Por lo menos, cuando la toque, dondequiera que esté, podré sentir tu caricia sobre mí.

Apoyó su mano sobre la mía, Un momento después, la apretó y asintió. Vaciló un momento, cogió el cuchillo afiladísimo y le ofrecí mi mano derecha, cálida por haber estado bajo nuestra ropa.

Puso la palma hacia arriba, examinándola con cuidado, y se la llevó a los labios. Me dio un suave beso y mordió la base del pulgar con fuerza. Lo soltó y cortó con el arma la piel entumecida. Sentí como una quemadura, pero la sangre empezó a manar de inmediato. Volvió a llevarse mi mano a la boca hasta que la sangre disminuyó, Vendó la herida con su pañuelo. Vi que el corte tenía la forma de la letra «J».

Levanté la mirada y vi que me extendía el pequeño cuchillo. Lo tomé y acepté la mano que me ofrecía.

Cerró los ojos un instante y apretó los labios, pero se le escapó un pequeño gruñido de dolor cuando apreté la punta del cuchillo en la base del pulgar.

Cuando completé la pequeña incisión semicircular me di cuenta de que me había dado su mano izquierda.

—Debí haberlo hecho en la otra —dije—. Te lastimarás con la empuñadura de la espada.

Sonrió levemente.

—No podría pedir más que sentir tu caricia en mi última pelea, dondequiera que ésta sea.

Desenvolviendo el pañuelo bañado en sangre, apreté mi mano herida contra la suya. Sentí la sangre cálida y resbaladiza que todavía no se tornaba pegajosa, entre nuestras manos.

—Sangre de mi Sangre... —murmuré.

—... y Carne de mi Carne —respondió con suavidad. Ninguno de los dos pudo terminar de pronunciar el voto: «hasta que la muerte nos separe», pero las palabras no dichas pendieron, dolorosas, entre los dos. Por fin sonrió con ironía.

—Más que eso —dijo con firmeza y me atrajo hacia él una vez más.

—Frank —dijo—. Bueno, tú verás lo que le dices de mí. Es probable que no quiera oír. Pero si lo hace, si descubres que puedes hablarle de mí, como me has hablado de él, entonces dile... que estoy agradecido. Dile que confío en él. Y dile... ¡Dile que lo odio con todo mi corazón y con la última fibra de mi cuerpo!

Estábamos vestidos y el amanecer se había convertido en día. No teníamos comida, nada con que desayunar. Nada más que hacer... y nada más que decir.

Tendríamos que despedirnos para que él llegara a tiempo a Drumossie Moor.

Por fin sonrió, se inclinó y me besó en los labios.

—Decían... En otro tiempo decían que, cuando un hombre partía para hacer algo importante, buscaba a una mujer sabia y le pedía que lo bendijera. Él se detenía en la dirección en que se encaminaba, y ella se acercaba por

detrás para rezar una oración por él. Cuando ella terminaba, él echaba a andar, sin mirar atrás porque de lo contrario tendría mala suerte en su empresa.

»Bendíceme, mujer sabia —me dijo—, y vete.

Puse una mano sobre su hombro, buscando las palabras. Jenny me había enseñado unas antiguas plegarias celtas de protección. Traté de recordar alguna.

—Jesús, hijo de María —empecé—. Invoco tu nombre y, en el nombre adorado de Juan Apóstol y en el nombre de los santos, te pido que lo protejas en la batalla que viene...

Me detuve, interrumpida por un sonido proveniente de la colina. Había ruido de voces y de pasos.

Jamie se quedó helado por un momento, luego giró, empujándome hacia la parte posterior de la choza, donde se había derrumbado la pared.

—¡Por ahí! —dijo—. Son ingleses. ¡Corre, Claire!

Corrí hacia el hueco de la pared y vi que él se dirigía a la puerta, espada, en mano. Me detuve un momento para verlo por última vez. Me miró, corrió a mi lado y me apretó contra la pared. Me acercó a su cuerpo con furor. Sentí su erección contra el estómago y la empuñadura de su puñal que se me clavaba en el cuerpo.

Habló con voz ronca en mi pelo.

—¡Debo hacerlo una vez más! ¡Pero rápido! —Me empujó contra la pared y levantó mi falda y la suya. No fue amor, sino un acto rápido y furioso, que terminó en segundos. Las voces se acercaban; estarían a cien metros.

Me volvió a besar y me dejó en la boca el sabor de su sangre.

—Llámalo Brian —me dijo— por mi padre. —Me empujó hacia el agujero de la pared. Corrí, pero me giré para verlo parado en medio del vano de la puerta, con la espada en una mano y el puñal en la otra.

Los ingleses, que no sabían que la cabaña estaba ocupada, no pensaron en enviar un guía a la parte trasera. La ladera detrás de la choza estaba desierta. Corrí hasta el refugio de un bosquecillo de alisos que había bajo la cima de la colina.

Me abrí paso entre el matorral y las ramas de los árboles, tropezando

contra las rocas, cegada por las lágrimas. A mis espaldas alcanzaba a oír gritos y el ruido de armas que entrechocaban en la choza. Mis muslos estaban pegajosos y húmedos del semen de Jamie. Me parecía que la cima de la colina nunca se acercaba; ¿iba a pasarme el resto de mi vida abriéndome paso a través de árboles?

Hubo un crujido en el matorral a mis espaldas. Alguien me había visto salir corriendo de la cabaña. Me sequé las lágrimas y trepé a cuatro patas cuando el terreno se hizo más empinado. Aquello era un claro: era la plataforma de granito que recordaba. Allí estaba también el montón de rocas pequeñas.

Me detuve en el borde del círculo de piedras y miré hacia abajo, tratando de ver lo que pasaba. ¿Cuántos soldados habrían llegado hasta la choza? ¿Habría podido Jamie huir de ellos y alcanzar su caballo? Sin él, jamás llegaría a tiempo a Culloden.

De repente vi un destello tras un matorral: un soldado inglés. Me volví, atravesé el círculo de hierba y me arrojé a través de la hendidura de la roca.

# SÉPTIMA PARTE

*Profecía retrospectiva*

*Cabos sueltos*

—Tenía razón, por supuesto. Maldito sea, casi siempre tenía razón. —Claire parecía irritada al decirlo. Una sonrisa triste le cruzó el rostro; miró a Brianna, sentada junto a la chimenea—. Fue un embarazo complicado, otra vez, y un parto difícil. Y si me hubiera quedado habríamos muerto las dos. — Hablaba con su hija, como si estuvieran solas en la habitación. Roger, que se despertaba lentamente del hechizo del pasado, se sintió un intruso—. La verdad es que no podía soportar dejarlo —continuó—. Ni siquiera por ti... durante un tiempo te odié, antes de que nacieras, porque eras la culpable de que tu padre me hubiera obligado a irme. No me importaba morir, no a su lado. Pero tener que continuar, vivir sin él... Jamie tenía razón, yo llevé la peor parte. Pero llevé a cabo mi promesa porque le amaba. Y por eso vivimos tú y yo, Brianna, gracias al amor de tu padre.

Brianna no se movió; no apartaba los ojos de su madre. Sólo sus labios se movieron, con rigidez, como si no estuvieran acostumbrados a hablar.

—¿Cuánto tiempo... me odiaste?

—Hasta que naciste. Hasta que te tuve en brazos, te amamanté y vi que me mirabas con los ojos de tu padre.

Brianna emitió un sonido ahogado, pero su madre continuó; su voz se suavizó al mirar a la muchacha.

—Entonces empecé a conocerte como alguien distinto de Jamie y de mí.

Y te amé por ti misma, no sólo por tu padre.

—¡Frank Randall era mi padre! —exclamó—. ¡Lo sé! —Miró a su madre con furia. La voz le temblaba—. No sé por qué haces esto. Quizá porque me odiabas y sigues odiándome. —Las lágrimas corrían por sus mejillas—. Papá... papá me quería... y no me habría querido si no hubiera sido su hija. ¿Por qué quieres convencerme de que no era mi padre? ¿Tenías celos de mí? ¿Por eso? ¿Te molestaba tanto que me quisiera? ¡A ti no te amaba! —Los ojos azules se entrecerraron como los de un gato.

Roger sintió ganas de desaparecer antes de que Brianna advirtiera su presencia y se desquitara con él. Pero a pesar de su incomodidad sintió una gran admiración. Se dio cuenta de que la muchacha que defendía con furia a su padre, ardía con la misma fuerza salvaje que había hecho caer a los guerreros escoceses sobre sus enemigos. Su nariz larga y recta se alargaba aún más por efecto de las sombras: era la viva imagen de su padre. Sin duda éste no era el profesor moreno y sereno cuya fotografía adornaba la contraportada del libro que había en la mesa.

Claire abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrarla y observó fascinada a su hija, la tensa postura del cuerpo, el arco de los anchos pómulos; a Roger le pareció haber visto esos rasgos muchas veces... pero no en Brianna.

Con un movimiento repentino que hizo que tanto Claire como Roger dieran un respingo, Brianna giró sobre sus talones, cogió los recortes amarillentos y los arrojó al fuego. Cogió el atizador y lo metió con furia en medio de la masa ennegrecida, sin importarle la lluvia de chispas que regó sus botas.

Brianna dio un pisotón en la chimenea, sobre la masa de palos que se ennegrecían rápidamente.

—¡Perra! —le gritó a su madre—. ¿Tú me odiabas? ¡Pues yo también te odio! —Echó el brazo hacia atrás con el atizador; los músculos de Roger se tensaron instintivamente, listo para saltar sobre ella. Pero Brianna se volvió, con el brazo hacia atrás como un lanzador de jabalina, y arrojó el atizador por la ventana; los vidrios reflejaron la imagen de una mujer en llamas por un momento, antes del choque y la caída en la oscuridad vacía.

El silencio en el estudio era pasmoso. Roger, que se había levantado de un salto para correr detrás de Brianna, permaneció en medio del cuarto, paralizado. Se miró las manos como si no supiera qué hacer con ellas y luego miró a Claire. Ésta permanecía inmóvil en su sillón.

Poco después, Roger se acercó al escritorio y se inclinó sobre él.

—No sé qué decir —dijo.

Claire hizo una mueca.

—Tampoco yo.

Permanecieron en silencio. Se oía un lejano ruido de cacerolas en la cocina, donde Fiona preparaba la cena. La sensación de estupor e incomodidad dio lugar a otro sentimiento que Roger no supo definir. Tenía las manos congeladas; se las frotó en las piernas, sintiendo el cálido roce de la pana.

—Yo... —empezó a decir, pero se detuvo.

Claire inspiró hondo.

—¿Me crees? —le preguntó.

Roger la miró, pensativo.

—En realidad, no lo sé —dijo, por fin.

Su comentario provocó una sonrisa de Claire.

—Eso mismo me dijo Jamie al principio, cuando le pregunté si sabía de dónde venía —dijo.

—No lo culpo. —Roger vaciló—. Permiso —dijo, y le cogió la mano. Ella no se resistió. De repente recordó algo: puede diferenciarse el marfil verdadero del sintético porque el verdadero es cálido al tacto. La palma de su mano era de un rosado pálido, pero la línea que formaba una «J» en la base del pulgar era blanca como hueso.

—No prueba nada —dijo Claire, observándolo—. Pudo ser un accidente. Pude haberlo hecho yo misma.

—Pero no lo hiciste, ¿verdad?

—No, pero no puedo probarlo. Las perlas —se tocó el collar— son auténticas: eso puede comprobarse. Pero no puedo probar dónde las obtuve.

—¿Y el retrato de Ellen MacKenzie...? —empezó.

—Es lo mismo: una coincidencia. Una justificación de mis mentiras. —

Había una nota amarga en su voz, aunque hablaba con calma. Sus mejillas estaban teñidas de rosa; estaba perdiendo la absoluta quietud. Era como ver una estatua volver a la vida, pensó.

Roger se puso en pie.

—Pero es importante para ti, ¿no? Muy importante.

—Sí.

—Tenía que saberlo. —La voz le tembló un poco—. Tenía que saber si lo había conseguido: si había salvado a sus hombres, o si se había sacrificado por nada. Y debía contárselo a Brianna. Aunque no me crea... aunque nunca me crea. Jamie fue su padre. Tenía que decírselo.

—Sí, me doy cuenta. Y no podías hacerlo mientras viviera el doctor Randall, tu esp..., quiero decir, Frank —se corrigió, ruborizándose.

Claire sonrió.

—Está bien, puedes llamarle mi esposo. Lo fue durante muchos años. Y Bree tiene razón, en cierto modo: él fue su padre tanto como Jamie. —Se observó las manos y extendió los dedos; la luz brilló en sus dos alianzas.

—Tu anillo —dijo Roger—. El de plata. ¿Tiene la marca del orfebre? Algunos orfebres escoceses del siglo dieciocho ponían su marca. Eso puede servir de algo.

Claire pareció sorprendida. Su mano izquierda cubrió la derecha, como protegiéndola. Sus dedos frotaron al ancho anillo de plata, decorado con motivos escoceses y cardos.

—No lo sé —dijo, ruborizándose—. No he mirado el interior. Nunca me lo he quitado.

Miró el interior del anillo, se levantó y se acercó a Roger girando el círculo de plata para que le diera la luz de la lámpara.

—Hay palabras escritas —dijo, asombrada—. Nunca había notado que él... ay, Dios. —Su voz se quebró y se le cayó el anillo. Roger se apresuró a cogerlo.

Se quedó un momento parado, sintiéndose fuera de lugar. Alzó el anillo a la luz y leyó.

—*Da mi basia mille...* —Fue Claire quien pronunció las palabras con voz temblorosa. Roger se dio cuenta de que estaba llorando, recuperando el control poco a poco.

—Es de Catulo. Un fragmento de un poema de amor, Hugh... Hugh Munro me dio el poema como regalo de bodas, envuelto en ámbar, con una libélula dentro. —Sus manos, todavía como puños, pendían a lo largo de su cuerpo—. No lo recuerdo entero, pero ese fragmento... lo recuerdo... da mi basia mille...

Todavía de espaldas, tradujo el resto:

*Deja que amorosos besos vivan  
en nuestros labios, comienza y cuenta  
hasta mil cien,  
y luego cien, y luego mil más.*

Cuando terminó, permaneció un momento sin moverse; luego se volvió lentamente para mirarlo. Tenías las mejillas ruborizadas y húmedas y las pestañas mojadas, pero ya estaba tranquila.

—Mil cien —dijo, e intentó sonreír—. Pero no hay marca del platero, de modo que tampoco es una prueba.

—Sí, lo es. Una prueba indiscutible. Para mí.

En los ojos de Claire algo se iluminó. Entonces las lágrimas fluyeron y perdió el control.

—Lo siento —dijo finalmente—. Nunca pensé... nunca se me ocurrió —dijo—. No sabía lo que podía significar que alguien me creyera.

—¿Aunque no sea Brianna?

Sonrió ante sus palabras y se echó el pelo hacia atrás con una mano mientras se enderezaba.

—Ha sido un golpe para ella —dijo, defendiendo a su hija—. Naturalmente, no pudo... ella quería mucho a su padre... a Frank, quiero decir. Yo sabía que al principio no iba a aceptarlo, pero... cuando tenga tiempo de pensar, de hacer preguntas... —Su voz se desvaneció.

Como para distraerse, Claire miró un montón de libros de historia que había sobre la mesa.

—Es extraño, ¿verdad? Viví veinte años con un estudioso de los jacobitas, pero siempre tuve miedo de lo que podía llegar a saber, de modo que nunca quise abrir uno de sus libros. —Sacudió la cabeza—. No sé qué

fue de muchos de ellos... no podría soportar saberlo. Conocí a todos esos hombres; no puedo olvidarlos. Sin embargo pude enterrarlos, conservar su recuerdo. Por un tiempo.

Ese tiempo había terminado, y empezaba otro. Roger levantó el primer libro y lo sopesó, como si fuera una responsabilidad. Quizá olvidaría el problema con Brianna.

—¿Quieres que yo te lo diga? —le preguntó.

Claire vaciló, pero finalmente asintió, como si temiera arrepentirse si lo pensaba más tiempo.

Roger se mojó los labios reseco y empezó a hablar. No necesitaba leer del libro; eran hechos conocidos por cualquier profesor especializado en aquel período. Sin embargo, apretó el libro de Frank Randall Contra su pecho, sólido coma un escudo.

—Francis Townsend —empezó—, el hombre que conquistó Carlisle para Carlos, fue capturado, juzgado por traición, ahorcado y destripado.

»MacDonald de Keppoch atacó con sus soldados en Culloden, a pie, con su hermano Donald. A ambos los derribaron los cañones ingleses. Lord Kilmarnock cayó en el campo de batalla, pero lord Ancrum, en busca de los caídos, lo reconoció y le salvó la vida. Pero no le hizo ningún favor, pues fue decapitado en agosto en Tower Hill, junto con Balmerino. —Vaciló antes de continuar—. El joven hijo de Kilmarnock se perdió en el campo; su cuerpo nunca fue recuperado.

—Siempre me gustó Balmerino —murmuró Claire—. ¿Y el Viejo Zorro, lord Lovat? —Su voz era poco más que un susurro—. La sombra de un hacha...

—Sí. Fue juzgado por traición y condenado a ser decapitado. Pero lo hizo bien; según todos los relatos, murió con gran dignidad.

Una escena apareció en la imaginación de Roger. Recitó de memoria, con la mayor exactitud posible:

—«Entre gritos y chiflidos de la multitud inglesa, camino a la Torre, el viejo jefe del clan Fraser parecía imperturbable, indiferente a los objetos que le pasaban rozando por la cabeza y casi de buen humor. En respuesta a una anciana, que le gritó: “¡Van a rebanarte la cabeza, viejo canalla escocés!”, él se asomó a la ventana de su carro y le respondió jovialmente: “¡Eso espero,

horrible perra inglesa!”».

Claire se rió, pero su risa era a la vez un sollozo.

—Sin duda lo dijo, maldito viejo bastardo.

—Cuando lo llevaron —prosiguió Roger— pidió inspeccionar el filo del hacha, y le ordenó al verdugo que hiciera un buen trabajo. Le dijo: «Hazlo bien, pues me enfadaré mucho si no lo haces».

Las lágrimas surgían de debajo de sus párpados cerrados, brillantes como joyas a la luz del fuego. Roger hizo un movimiento hacia Claire, pero ella lo percibió y sacudió la cabeza.

—Estoy bien. Continúa.

—No hay mucho más. Algunos sobrevivieron. Lochiel escapó a Francia. —No le dijo nada del hermano de Lochiel, Archibald Cameron. El médico fue colgado, destripado y decapitado en Tyburn. Luego le extrajeron el corazón y lo arrojaron a las llamas. Claire no pareció advertir la omisión.

Roger terminó la lista rápidamente, observándola. Las lágrimas habían cesado.

Roger esperó un momento. Después se levantó y la cogió del brazo con firmeza.

—Vamos. Necesitas un poco de aire. Ya ha dejado llover: salgamos a caminar.

El aire estaba fresco, había dejado de llover y sólo el goteo de árboles y arbustos recordaba el aguacero.

Sentí un gran alivio al salir de la casa. Había temido durante mucho tiempo aquello. Aunque Bree nunca... pero no, ella lo entendería Aunque tardara mucho tiempo, seguramente reconocería la verdad Tenía que hacerlo; la verdad la miraba todos los días en el espejo; corría por su misma sangre.

A pesar de la tristeza que me provocaban los recuerdos, me sentí en paz, o casi. Había cumplido con la parte más difícil: Bree ya sabía quién era. Deseé con fervor que alguna vez llegara a creerme, no sólo por su propio bien, sino también por el mío. Deseaba tener a alguien con quien recordar a Jamie; alguien a quien poder hablarle de él.

Caminaron en silencio durante algún tiempo. Sólo se oía el lejano murmullo

del tráfico y el sonido del río en la ribera. Roger no tenía ganas de conversar; temía recordarle a Claire cosas que ella deseaba olvidar. Pero las compuertas habían sido abiertas y no había modo de volver atrás.

Ella empezó a hacerle preguntas, vacilante. Él las respondió lo mejor que pudo, y a su vez le hizo otras preguntas. La libertad de poder hablar, después de tantos años de secretos guardados; pareció actuar en ella como una droga, y Roger, que la escuchaba fascinado, la sacó de su encierro pese a sí misma. Cuando llegaron al puente del ferrocarril, Claire había recuperado el vigor y la fuerza de carácter con que la había conocido.

—Era un estúpido, un borracho, un hombre débil —declaró con pasión—. Todos eran estúpidos: Lochiel, Glengarry y el resto. Bebían demasiado y se emborracharon con los sueños ridículos de Carlos. Hablar es barato; Dougal tenía razón: es fácil ser valiente, sentado con una copa de vino en una habitación acogedora. Se aturdían con el alcohol; eran demasiado orgullosos y no hacían más que hablar de su honor. Castigaban a sus hombres y los amenazaban, los sobornaban y los atraían, y al final los llevaron a la perdición... por el honor y la gloria.

Resopló por la nariz y permaneció en silencio un rato. De repente se echó a reír.

—¿Sabes qué es lo más gracioso? Ese pobre idiota y sus asistentes y los hombres honorables que no se atrevieron a echarse atrás... tenían una pequeña virtud en común: todos creyeron. Y lo raro es que esa virtud es lo único que ha quedado de ellos: toda la estupidez, la incompetencia, la cobardía y la vanagloria, todo eso desapareció. Lo único que queda de Carlos Estuardo y sus hombres es la gloria por la que lucharon y que nunca encontraron.

—Quizá Raymond tenía razón —añadió— cuando decía que lo único que cuenta es la esencia del hombre.

—Supongo que sentirás cierta amargura con los historiadores —aventuró Roger—. Con los escritores, que transformaron a *Bonnie Prince Charlie* en un héroe.

—Con los historiadores no. Su mayor error es suponer que saben lo que sucedió y sus causas, cuando sólo tienen lo que les dejó el pasado: en general, creen lo que se quiso que creyeran.

Hubo un leve rumor en la distancia. El tren nocturno de Londres, supo Roger. Desde la rectoría se oía el silbato.

—No, más culpa tienen los artistas —continuó Claire—. Los escritores, los cantantes, los músicos. Ellos toman el pasado y lo recrean a su antojo. Son ellos quienes hacen de un estúpido un héroe y de un imbécil un rey.

—Entonces ¿todos son mentirosos? —preguntó Roger. Claire se encogió de hombros.

—¿Mentirosos? —preguntó—. O hechiceros. Ven los huesos en el polvo de la tierra, la esencia de lo que fue una cosa, y la visten con una nueva piel, de modo que la bestia reaparece como un monstruo fabuloso.

—¿Y están equivocados? —preguntó Roger.

—Todavía no lo entiendes, ¿verdad? —dijo—. No sabes por qué. Tú no lo sabes, ni yo, y nunca vamos a saberlo. ¿No te das cuenta? Tú no puedes saber cuál es el fin, pues no existe ningún fin. No puedes decir que «este hecho» estaba «destinado» a ocurrir, y por lo tanto sucedió todo lo demás. Lo que Carlos hizo al pueblo de Escocia, ¿era el «hecho» que tenía que ocurrir? ¿O estaba «destinado» a suceder así y el verdadero propósito de Carlos era ser lo que es ahora: una figura, un icono? Sin él, ¿habría soportado Escocia doscientos años de unión con Inglaterra, y aun así —señaló las palabras escritas sobre la viga— habría conservado su propia identidad?

—¡No lo sé! —exclamó Roger; en aquel momento, el tren rugió sobre el puente y tuvo que gritar.

—Bueno, eso es lo malo —dijo—. Nunca se sabe, pero de todos modos hay que actuar, ¿no?

—Lo aprendes cuando eres médico. No en la universidad, sino cuando tratas a las personas y supones que las curas. Hay tantos enfermos fuera de tu alcance, tantos que nunca podrás curar, tantos cuya esencia no puedes encontrar, tantos que se te escapan de las manos... Pero no puedes pensar en ellos. Lo único que puedes hacer es tratar de curar al que tienes enfrente. Actuar como si ese paciente fuera la única persona en el mundo; de lo contrario puedes perderlo también. Uno a uno, es lo único que puedes hacer. Y aprendes a no desesperarte por los que no puedes ayudar, sino sólo a hacer lo que puedes.

Apoyó la mano sobre el brazo de Roger.

—Volvamos a la rectoría, Roger —dijo—. Tengo algo que decirte.

Claire permaneció en silencio en el camino de regreso, evitando las preguntas de Roger. Rechazó el brazo que éste le ofrecía y caminó sola, con la cabeza gacha y pensativa. No parecía que estuviera tomando una decisión, pensó Roger; ya lo había hecho.

Roger también se hacía preguntas. El silencio le dio un respiro y empezó a preguntarse por qué Claire había elegido incluirlo en sus revelaciones. De haberlo deseado, podría haber hablado a solas con su hija. ¿Habría temido la reacción de Brianna y no habría querido afrontarlo sola? ¿O habría dado por sentado, con razón, que él la creería y por eso lo quería como aliado?

La curiosidad de Roger había llegado a su punto máximo cuando llegaron a la rectoría.

Claire se sentó en el sofá y Roger sirvió dos vasos de *whisky*. Claire le dio las gracias, dio un sorbo, apoyó el vaso sobre la mesa y lo miró.

—Seguramente te preguntarás por qué quería que escucharas toda la historia —dijo—. Había dos razones. Te diré la segunda en un momento, pero creo que tienes derecho a oír la primera.

—¿Yo? ¿Qué derecho?

—El mismo que Brianna: el derecho a saber quién eres. —Se levantó y caminó hasta la pared del fondo, recubierta de corcho hasta el techo, con fotos, gráficos, notas, tarjetas de visita, antiguos horarios de la parroquia, llaves de repuesto y toda clase de cosas pinchadas en el corcho—. Recuerdo esta pared. —Claire sonrió—. ¿Alguna vez tu padre quitó algo de ella?

Roger sacudió la cabeza sorprendido.

—No, no lo creo. Decía que nunca encontraba nada en los cajones; si se trataba de algo importante, prefería tenerlo bien a la vista.

—Entonces es probable que todavía este aquí. Él lo consideraba importante.

Claire se puso de puntillas y comenzó a buscar entre las capas, separando con suavidad los papeles amarillentos.

—Es éste, creo —murmuró. Sacó una hoja y la apoyó sobre el escritorio.

—Es mi árbol genealógico —dijo Roger, sorprendido—. Hace años que no lo miro. Tampoco le presté mucha atención cuando lo vi —añadió—. Si

vas a decirme que soy adoptado, ya lo sé.

Claire asintió, con la mirada fija en el papel.

—Claro. Por eso el señor Wakefield dibujó este árbol. Quería estar seguro de que conocieras a tu verdadera familia, a pesar de haberte dado su propio apellido.

Roger suspiró, pensando en el reverendo, y en el marco de plata con la foto de un joven sonriente y desconocido, de pelo oscuro, vestido con uniforme de la Real Fuerza Aérea durante la Segunda Guerra Mundial, que tenía sobre su escritorio.

—Sí, también lo sé. El apellido de mi familia era MacKenzie. ¿Vas a decirme que estoy relacionado con los MacKenzie que tú... conociste? No veo ninguno de esos nombres en este árbol.

Claire actuó como si no lo hubiese oído; pasó un dedo por las líneas dibujadas a mano de la genealogía.

—El señor Wakefield era muy riguroso —murmuró, hablando como para sí—. No admitía errores. —Su dedo se detuvo en cierto punto de la hoja.

—Aquí está —dijo—. Aquí es donde pasó. Debajo de este punto —señaló con el dedo— todo es correcto. Éstos fueron tus padres, tus abuelos, tus bisabuelos, tus tatarabuelos, etc. Pero no arriba. —El dedo ascendió en la hoja.

Roger se inclinó sobre el gráfico, luego levantó los ojos, pensativo.

—¿Aquí? William Buccleigh MacKenzie, nacido en 1744, hijo de William John MacKenzie y Sarah Innes. Muerto en 1782.

Claire sacudió la cabeza.

—Murió en el cuarenta y cuatro, a los dos meses, de viruela. —Alzó la mirada—. Tú no fuiste la primera adopción en la familia —dijo. Con un dedo señaló el nombre—. Él necesitaba un ama de leche. Su madre había muerto, de modo que lo dieron a otra familia que había perdido a su hijo. Le pusieron el nombre del bebé muerto, lo cual era común, y no lo anotaron en el registro parroquial. Ya había sido bautizado al nacer; no era necesario volverlo a hacer. Colum me contó dónde lo pusieron.

—El hijo de Geillis Duncan —dijo Roger lentamente—. El hijo de la bruja.

—Así es. —Claire lo observó con la cabeza inclinada—. Supe que así era

en cuanto te vi. Tienes sus mismos ojos.

Roger se sentó. De repente sentía frío a pesar del fuego que ardía en el hogar.

—¿Estás segura? —le preguntó. Pero por supuesto que estaba segura... ¿Una mente enferma? ¿La doctora Claire Beauchamp-Randall, jefa de personal de un hospital importante? ¿Deliraba? Era más fácil creer que el loco era él. En realidad, era lo que empezaba a creer.

Respiró hondo y apoyó ambas manos sobre el gráfico, tapando el nombre de William Buccleigh MacKenzie.

—Bueno, es muy interesante. Supongo que me alegro de que me lo hayas contado. Pero en realidad no cambia nada, ¿no? Excepto que supongo que puedo romper la parte superior de esta genealogía y tirarla a la basura. Después de todo, no sabemos de dónde venía Geillis Duncan, ni quien fue el padre de la criatura; pareces segura de que no fue el pobre Arthur.

Claire sacudió la cabeza, con la mirada perdida.

—Oh, no, no fue Arthur Duncan. El padre fue Dougal MacKenzie. Por eso la mataron, no por bruja. Pero Colum MacKenzie no podía permitir que se supiera que su hermano había tenido una relación adúltera con la esposa del fiscal. Y Geillis quería casarse con Dougal; creo que quizá amenazó a los MacKenzie con revelar la verdad sobre Hamish.

—¿Hamish? Ah, el hijo de Colum. Sí, lo recuerdo. —Roger se frotó la frente. La cabeza empezaba a darle vueltas.

—No era hijo de Colum —dijo Claire— sino de Dougal. Colum no podía tener hijos; pero Dougal sí. Hamish era el heredero del clan MacKenzie. Colum habría matado a cualquiera que amenazara la posición de Hamish... y eso hizo.

Claire respiró profundamente.

—Y eso me lleva a la segunda razón por la que debías conocer toda la historia.

—Geillis Duncan tenía una marca de vacuna.

—Sí. Fue eso lo que me hizo regresar a Escocia. Cuando me fui con Frank, juré que no volvería. Sabía que no podría olvidar, pero sí enterrar el pasado.

»Geillis me salvó la vida en el juicio de Cranesmuir. Ella sabía que estaba

condenada, pero perdió toda posibilidad de salvarse por salvarme a mí. Me dejó un mensaje, que me dio Dougal en una gruta de las Tierras Altas cuando fue a decirme que Jamie estaba en prisión. El mensaje tenía dos partes. La primera decía: «No sé si es posible, pero creo que sí». La segunda era una secuencia de números: uno, nueve, seis, ocho.

—Mil novecientos sesenta y ocho —dijo Roger, con la sensación de que estaba en medio de un sueño. Seguramente pronto despertaría—. Este año. ¿Qué quería decir con eso de que pensaba que era posible?

—Regresar. A través de las piedras. No lo había intentado, pero creía que yo podría conseguirlo. Y estaba en lo cierto, claro. Estamos en el año en que ella atravesó las piedras. Sólo que creo que aún no lo ha hecho.

Roger casi deja caer el vaso por la sorpresa.

—¿Qué... aquí? Pero ella... ella no... tú no puedes saber...

—No lo sé con seguridad —señaló Claire—. Pero lo creo. Estoy casi segura de que es escocesa, y existen muchas probabilidades de que se haya ido al pasado aquí, en las Tierras Altas. Existen muchas piedras verticales, pero sabemos que Craigh na Dun es un pasaje. Además —añadió— Fiona la ha visto.

—¿Fiona? —«Esto es demasiado —pensó Roger. El colmo del absurdo». Podía creer cualquier cosa: viajes en el tiempo, traición entre clanes, revelaciones históricas. Pero incluir a Fiona era más de lo que su razón podía soportar—. Dime que no es en serio —rogó—. Fiona no.

La boca de Claire se torció.

—Me temo que sí —respondió—. Le pregunté acerca del grupo druida al que pertenecía su abuela. Tienen un juramento de silencio, por supuesto, pero yo ya sabía bastante acerca de él y... bien... —Se encogió de hombros—. No fue difícil hacerla hablar. Me dijo que había otra mujer que hacía preguntas, una mujer alta, rubia, de ojos verdes muy bonitos. Fiona me dijo que la mujer le recordaba a alguien, pero no sabía a quién.

Roger se limitó a gruñir y se agachó lentamente hasta apoyar la frente sobre la mesa. Cerró los ojos, sintiendo la fresca dureza de la madera bajo la cabeza.

—Y Fiona, ¿sabe quién es esa mujer? —preguntó con los ojos todavía cerrados.

—La mujer se llama Gillian Edgars —dijo—. Depende de ti. Tienes derecho a elegir. ¿Quieres que la busque?

Roger levantó la cabeza de la mesa y pestañeó con incredulidad.

—¿Que si quiero que la busques? Si todo esto es verdad, entonces debemos encontrarla, ¿no? ¿Va a regresar para que la quemem viva? ¡Por supuesto que debemos encontrarla! —exclamó—. ¿Se puede considerar alguna otra alternativa?

—¿Y si la encuentro? —replicó Claire. Apoyó una fina mano sobre el gráfico y alzó la mirada—. ¿Qué pasa contigo? —preguntó con voz suave.

Roger miró el estudio iluminado y repleto, con la pared cubierta de papeles. Apretó con fuerza sus muslos, aferrando la áspera pana como si quisiera asegurarse de que él era tan real como la silla sobre la que estaba sentado.

—Pero... ¡yo soy real! —exclamó—. ¡No puedo... evaporarme!

Claire alzó las cejas.

—No sé lo que te pasaría, no tengo la menor idea. Quizá no habrías existido. En todo caso, no debes preocuparte demasiado ahora. Tal vez la parte de ti que te hace única, tu alma o como quieras llamarla, estaba destinada a existir de cualquier modo, y tú seguirías siendo tú. Después de todo, ¿qué porcentaje de tu conformación física puede deberse a tus ancestros de hace seis generaciones? ¿Un cincuenta? ¿Un diez por ciento? —Se encogió de hombros y frunció los labios, mirándolo con cuidado.

»Heredaste los ojos de Geillis, como ya te dije. Pero también tienes parte de Dougal. No es un rasgo específico, es algo más sutil, algo en tu manera de caminar; cierta gracia. No... —Sacudió la cabeza—. No puedo describirlo. Pero el parecido existe. ¿Es algo que necesitas para ser quien eres? ¿Podrías existir sin ese pedacito de Dougal?

Se puso en pie, cansada. Por primera vez desde que la conocía parecía tener la edad que tenía.

—Me he pasado más de veinte años buscando respuestas, Roger, y solo puedo decirte una cosa: no hay respuestas, sólo opciones. Por mi parte he tomado unas cuantas decisiones y nadie puede decirme si fueron erróneas o no. Quizá el maestro Raymond, aunque no creo que hubiera opinado; era un hombre que creía en los misterios. Lo único que sé es que tenía que decírtelo;

la elección es tuya.

Roger alzó el vaso y vació el resto del *whisky*.

El año de nuestro Señor de 1968. El año en que Geillis Duncan entró en el círculo de piedras verticales. El año en que fue a enfrentarse a su destino: un hijo ilegítimo, y muerte en la hoguera.

Se puso en pie y paseó de un lado a otro de las hileras del estudio. Libros llenos de historia, ese tópico tan burlón y mutable.

No hay respuestas, sino elecciones.

Inquieto, tocó los libros de la repisa superior. Era la historia del movimiento jacobita, la historia de las rebeliones: la del año 15 y la del 45. Claire había conocido a varios de los hombres y mujeres descritos en aquellos libros. Había luchado y sufrido con ellos para salvar a un pueblo ajeno. Había perdido todo lo que amaba. Y finalmente, había fracasado. Pero la elección había sido suya.

¿Existía alguna posibilidad de que todo fuera un sueño, una especie de fantasía? No. Podía pensar que todo era una ilusión, pero sólo mientras no mirara a Claire.

Apoyó las manos sobre la mesa, después las giró y vio el laberinto de líneas que cruzaba sus palmas. ¿Se trataba sólo de su destino, o también tenía la vida de una mujer desconocida entre sus manos?

No hay respuestas. Cerró las manos suavemente, como si tuviera algo atrapado entre sus puños y se decidió.

—Busquemosla —dijo.

No hubo respuesta de la figura inmóvil sentada en la silla, ni ningún movimiento salvo el que hacía el pecho al respirar. Claire se había dormido.

*Caza de brujas*

El anticuado timbre retumbó en el interior del apartamento. No era la mejor parte de la ciudad, ni tampoco la peor. Eran casas de gente trabajadora y algunas, como aquella, estaban divididas en dos o tres apartamentos. Un cartelito escrito a mano debajo del timbre rezaba MCHENRY ARRIBA. TOCAR DOS VECES. Roger pulsó el timbre una vez más.

—Quizá no haya nadie en casa —dijo Claire señalando una maceta—. Esta planta no ha sido regada desde hace más de una semana.

Roger sintió alivio ante la idea; creyera o no que Geillis Duncan era Gillian Edgars, no le resultaba muy agradable la visita. Empezaba a retirarse cuando la puerta se abrió de repente, con un crujido de madera que le llevó el corazón a la boca.

—¿Sí? —El hombre que apareció en la puerta los miró de soslayo; tenía los ojos hinchados y la cara sin afeitar.

—Perdón por interrumpir su siesta, señor —dijo Roger haciendo un esfuerzo por calmarse—. Buscamos a la señorita Gillian Edgars. ¿Es ésta su casa?

—Señora Edgars para ti, estúpido. ¿Qué quieren de mi mujer? —Roger sintió ganas de retroceder ante el aliento cargado de alcohol del hombre, pero se mantuvo en su sitio.

—Sólo queremos hablar con ella —dijo en tono conciliador—. ¿Está en

casa, por favor?

—¿Está en casa, por favor? —repitió el hombre remedando el acento de Oxford de Roger—. No, no está en casa. Lárguense —añadió y cerró la puerta.

—No es raro que no esté en casa —comentó Claire—. Tampoco yo estaría, si eso es lo que me espera.

—Así es. ¿Tienes alguna otra idea de dónde encontrar a la mujer? —preguntó Roger.

Claire soltó el marco de la ventana.

—El hombre está frente al televisor —dijo—. Dejémoslo, por lo menos hasta que abra el bar. Mientras tanto, podemos preguntar en ese Instituto. Fiona me dijo que Gillian Edgars asiste a clases en él.

El Instituto para el Estudio del Folklore y el Pasado Escocés estaba en el piso superior de una casa angosta, al lado del distrito comercial. La recepcionista pareció encantada de verlos. No iba mucha gente a aquel lugar, pensó Roger.

—Ah, la señora Edgars —dijo, al oír su nombre—. Sí, estudia aquí y está al día con sus pagos. Viene a menudo. —Por el tono de voz, a la señora Andrews no le importaba mucho.

—¿No está aquí ahora, por casualidad? —preguntó Claire.

La señora Andrews negó con la cabeza.

—No. Es lunes. Hoy sólo estamos aquí el doctor McEwan y yo. Es el director... Si desean preguntar por la señora Edgars, será mejor que hablen con él. Iré a decirle que están aquí, ¿les parece bien?

Cuando la recepcionista se disponía a salir de detrás del escritorio, Claire la detuvo y le preguntó:

—¿Tiene una foto de la señora Edgars? —Ante la mirada de sorpresa de la señora Andrews, Claire sonrió y dijo—: No quisiéramos hacer perder tiempo al director, si no es la persona que buscamos.

La señora Andrews abrió la boca, confusa, pero asintió y empezó a revolver en su escritorio, abriendo cajones y hablando consigo misma,

—Sé que están por aquí, en algún lado. Ayer mismo las vi, así que no pueden haber ido lejos... ¡Aquí están! —Sacó del cajón una carpeta con fotos en blanco y negro.

—Aquí está en una de las excursiones para excavar, cerca del pueblo, pero no se le ve la cara, ¿no? Veamos si encuentro otra...

Volvió a buscar, murmurando para sí, mientras Roger espiaba con interés sobre el hombro de Claire la foto que la señora Andrews había puesto en el escritorio. Mostraba a un pequeño grupo de personas de pie junto a un Land Rover, con bolsos y herramientas en el suelo junto a ellos. Claire señaló sin vacilar a una mujer alta, de largo pelo rubio y lacio. Dio un golpecito a la fotografía y miró a Roger.

—No puedes estar segura —murmuró éste.

—¿Qué dice? —preguntó la señora Andrews—. Ah, no me hablaba a mí. Está bien. He encontrado una foto mejor; aunque tampoco se la ve de frente.

La foto mostraba a un hombre mayor con gafas y a la misma mujer rubia, inclinada sobre una mesa con lo que a Roger le parecieron partes oxidadas de un coche, pero que seguramente serían antigüedades valiosas. A la muchacha el pelo le caía a un lado y su cabeza miraba al hombre mayor, pero se veían con claridad la nariz recta y corta, la barbilla redonda y una boca hermosa. Roger reprimió un silbido de admiración. Antepasada o no, era una verdadera muñeca, pensó.

Observó a Claire. Ella asintió en silencio. Estaba más pálida que de costumbre y pudo ver que le latía una vena en la garganta, pero dio las gracias a la señora Andrews con su compostura habitual.

—Sí, ésa es. Nos gustaría hablar con el director, si es posible —dijo.

La señora Andrews echó un rápido vistazo a la puerta blanca que había detrás de su escritorio.

—Bueno, iré a preguntarle. ¿Podría saber de qué se trata?

Roger estaba a punto de abrir la boca, buscando alguna excusa, pero Claire salió al paso.

—Venimos de Oxford. La señora Edgars solicitó una beca de estudios en el Departamento de Antigüedades y dio el Instituto como referencia junto con el resto de sus credenciales. Así que, si no le molesta...

—Ah, ya veo —dijo la señora Andrews, impresionada—. Oxford. ¡Quién lo diría! Preguntaré al doctor McEwan si puede recibirlos ahora.

Cuando desapareció detrás de la puerta blanca, después de un ceremonioso golpecito, Roger se inclinó para murmurar al oído de Claire:

—No existe ningún Departamento de Antigüedades en Oxford —dijo— y tú lo sabes.

—Tú lo sabes —respondió con modestia— y yo también, como con tanta inteligencia señalaste. Pero hay muchas personas en el mundo que no lo saben, y acabamos de encontrarnos con una de ellas.

La puerta blanca comenzó a abrirse.

—Esperemos que por aquí sean todos distraídos —dijo Roger—, o que tu sepas mentir rápido.

Claire se puso en pie sonriendo a la señora Andrews, que los llamaba, mientras le decía entre dientes:

—¿Yo? ¿Yo, que leí las almas para el rey de Francia? Esto es pan comido.

Roger hizo una reverencia irónica, haciendo un gesto hacia la puerta.

—*Après vous, Madame*

Cuando Claire pasó delante de él, añadió:

—*Après vous, le déluge* —en voz baja. Claire irguió los hombros, pero no se dio la vuelta.

Para sorpresa de Roger, fue muy fácil. No podría decir si fue por la habilidad de Claire para mentir o por las preocupaciones personales del doctor McEwan, pero su buena fe no fue cuestionada. Al parecer, el hombre no pensó que no era muy probable que unos profesores de Oxford se aventuraran hasta Inverness para hacer averiguaciones sobre una potencial estudiante. Roger pensó que el doctor McEwan tenía la cabeza en otra cosa; quizá no pensaba con la claridad acostumbrada.

—Bueeeno... sí, la señora Edgars posee sin duda alguna una mente privilegiada. Muy privilegiada —dijo el director—. ¿Ustedes han... ella ha... es decir...? —murmuró y por fin preguntó—: ¿Ustedes conocen a la señora Edgars?

—No —dijo Roger—. Por eso hacemos averiguaciones sobre ella.

—¿Hay algo... —Claire hizo una pausa— que tal vez usted cree que el comité debería saber, doctor McEwan? —Se inclinó hacia delante poniendo unos ojos como platos—. Usted sabe que las averiguaciones de este tipo son absolutamente confidenciales. Pero es muy importante que estemos muy bien

informados; se trata de confianza. —Bajó el tono de voz, sugestivamente—. El ministerio, sabe.

A Roger le habría encantado estrangularla, pero el doctor McEwan asentía.

—Claro que sí, mi querida señora. Sí, por supuesto. El ministerio. Lo entiendo perfectamente. Sí, sí. Bueno, yo..., pues tal vez... No me gustaría que me malinterpretara. Y sin duda se trata de una oportunidad maravillosa para la señora Edgars...

Roger quería degollarlos a ambos. Claire debió de notarlo pues puso fin a las divagaciones del director.

—Básicamente nos interesan dos puntos —se apresuró a decir—. Queremos saber, en primer lugar, ¿cuál es su opinión sobre la erudición de la señora Edgars? y, en segundo lugar, ¿qué opina de su personalidad en general? Lo primero ya lo hemos evaluado por nuestra parte; pero, por supuesto, usted cuenta con elementos de juicio más detallados. —El doctor McEwan asentía, completamente hipnotizado.

—Sí, pues... —Resopló un poquito y, tras echar un vistazo a la puerta para asegurarse de que estuviera cerrada, se inclinó sobre el escritorio—. La calidad de su trabajo... bueno, con respecto a eso creo poder informarles bien. Les enseñaré algunas cosas en las que ella ha estado trabajando. Con respecto a lo otro... —Roger se inclinó hacia delante.

El doctor McEwan se echó atrás abruptamente, al parecer sorprendido.

—En realidad no es nada importante, pero... Quizá su interés a veces parece algo... ¿obsesivo? —preguntó. Miró a Roger y a Claire como una rata atrapada.

—¿Ese intenso interés podría estar dirigido a las piedras verticales? ¿Los círculos de piedra? —sugirió Claire.

—Ah, ¿entonces estaba en su solicitud? —El director sacó un pañuelo y se secó la cara con él—. Sí, eso es. Por supuesto, mucha gente se apasiona con el tema. Con el romance, el misterio. Como por ejemplo esas almas ignorantes que se reúnen en Stonehenge el día de san Juan, con capuchas y túnicas, y cantan... todas esas tonterías. No es que quiera comparar a Gillian Edgars con...

Continuó hablando, pero Roger dejó de escuchar. Se ahogaba en la

pequeña oficina y el cuello le apretaba.

«No puede ser —pensó—. Es imposible». Ciertamente, la historia de Claire Randall era convincente, muy convincente. Pero estaba viendo el efecto que tenía sobre aquel pobre hombre. Claire era capaz de hacerle creer cualquier cosa. Y no era que Roger fuera tan susceptible como el doctor McEwan, pero...

Agobiado por las dudas y empapado de sudor, Roger prestó poca atención cuando el doctor McEwan sacó un manojito de llaves de su escritorio y se levantó para guiarlos por un largo corredor lleno de puertas.

—Gabinetes de estudio —explicó el director. Abrió una de las puertas, revelando un cubículo de un metro de lado, donde apenas cabía una mesa, una silla y una pequeña librería. Sobre la mesa había carpetas de diferentes colores. En un lado Roger vio un cuaderno con una etiqueta escrita a mano: VARIOS. Por alguna razón, la letra le produjo un escalofrío.

Aquel asunto se volvía cada vez más personal. Primero fotografías, después los escritos de la mujer. Por un momento sintió pánico de encontrarse con Geillis Duncan. Es decir, Gillian Edgars. Quienquiera que fuese esa mujer.

El director abría varias carpetas, señalando y dando explicaciones a Claire, la cual fingía tener idea de lo que estaba hablando. Roger espió por encima de su hombro, asintiendo y diciendo: «Ajá, muy interesante» de cuando en cuando, pero lo escrito le resultaba incomprensible.

«Ella escribió esto —pensó—. Es real. De carne y hueso, labios grandes y pestañas largas. Y si pasa por la piedra, la quemarán viva. Y si no lo hace... yo no existo».

Sacudió la cabeza con violencia.

—¿No está de acuerdo, señor Wakefield? —El director lo estaba mirando sorprendido.

Roger volvió a sacudir la cabeza.

—No, no. Quiero decir... es sólo que... ¿podría beber un vaso de agua?

—¡Por supuesto, por supuesto! Venga conmigo, hay una fuente al volver la esquina, se la enseñaré. —El doctor McEwan lo condujo por el corredor, expresando en alta voz su preocupación por su estado de salud.

Una vez fuera del gabinete y lejos de los libros y carpetas de Gillian

Edgars, Roger empezó a sentirse un poco mejor. Sin embargo, la sola idea de volver a aquel cubículo, donde las palabras de Claire sobre su pasado parecían resonar... no. Tomó una decisión: Claire podía terminar su conversación a solas con el doctor McEwan. Pasó delante del gabinete rápidamente, sin mirar adentro, y atravesó la puerta que daba al escritorio de la recepcionista.

La señora Andrews lo miró con curiosidad.

—¡Por Dios, señor Wakefield! ¿Se siente mal? —Roger se pasó una mano por la cara y sonrió débilmente.

—No, muchas gracias. Es que hacía mucho calor ahí dentro; quise salir para tomar un poco de aire fresco.

—Ah. Los radiadores. Se bloquean, sabe, y no se apagan. Será mejor que los revise. —Se levantó de su escritorio, donde había quedado una foto de Gillian Edgars. La secretaria miró la foto y después a Roger.

—¿No es extraño? —dijo—. Estaba mirando esta foto; me preguntaba a quién me recordaba la señora Edgars y no me daba cuenta. Pero se parece mucho a usted, señor Wakefield, en especial en los ojos. ¿No es una coincidencia? ¿Señor Wakefield? —La señora Andrews miró en dirección a la escalera, donde se oían las pisadas de Roger, que se retiraba.

—Tenía prisa, pobre muchacho —dijo.

Aún era de día cuando Claire se reunió con él en la calle, pero ya era tarde. Roger se acercó para abrir la puerta del coche. No sabía lo que debía decir en primer lugar. Claire subió y lo miró.

—Qué golpe, ¿no? —fue lo único que dijo.

—¿Cuál es el paso siguiente? —preguntó Roger cuando hubieron atravesado el centro del pueblo.

—¿Por qué no invitas a cenar a Brianna? —le sugirió. «¿A cenar?», pensó Roger. No le parecía muy adecuado ponerse a cenar en medio de una investigación como aquélla, pero también se dio cuenta de que el vacío que sentía en el estómago tenía varios motivos.

—Bueno, está bien —respondió lentamente—. Pero mañana...

—¿Por qué esperar hasta mañana? —lo interrumpió Claire—. Puedes volver a hablar con Greg Edgars después de la comida, ¿no?

—¿Cómo sabes que su nombre es Greg? —quiso saber Roger—. Y si no ha hablado con nosotros antes, ¿por qué habría de hacerlo más tarde?

Claire lo miró como si de repente dudara de su inteligencia más elemental.

—Sé su nombre porque lo leí en su buzón —contestó. Y esta noche hablará contigo porque le llevarás una botella de *whisky*.

—¿Y tú crees que nos invitará a pasar?

Claire arqueó una ceja.

—¿No viste la colección de botellas vacías en la basura? Por supuesto que os hará pasar. Y trata de que Brianna te acompañe.

—Ha dicho que no quiere tener nada que ver con todo esto —le recordó Roger.

Claire lo miró con impaciencia.

—En ese caso, te sugiero que no le digas de qué se trata —dijo, empleando el tono de jefa de personal de un hospital.

—No podrás ocultarlo mucho tiempo, si vamos tú y yo...

—Yo no —lo interrumpió Claire—. Tengo otra cosa que hacer.

Aquello era demasiado, pensó Roger. Detuvo el coche sin hacer señas, lo acercó al bordillo y la miró.

—¿Tienes otra cosa que hacer? ¡Qué bonito! ¡Me ordenas que vaya a engatusar a un borracho que seguramente me atacará cuando me vea y que le oculte a tu hija la razón por la cual hago que me acompañe! ¿Qué pasa? ¿Crees que será necesaria para llevarme al hospital una vez que Edgars haya terminado de golpearme con la botella?

—No —respondió Claire—. Creo que Greg Edgars y tú podéis convencer a Bree de que Gillian Edgars es la mujer que yo conocí como Geillis Duncan. A mí no quiere escucharme. A ti tampoco te escuchará si intentas explicarle lo que descubrimos hoy en el instituto. Pero a Greg Edgars le creará —concluyó en tono severo.

—De acuerdo, lo intentaré —dijo sin mirarla—. ¿Y dónde vas a estar mientras tanto?

Claire rebuscó en su bolsillo, sacó la mano y la abrió. Roger vio el brillo plateado de un objeto pequeño en la oscuridad: una llave.

—En el instituto —contestó—. Quiero ese cuaderno.

Después de que Claire se disculpara para ir a hacer un «recado», decidieron dar un paseo junto al río Ness y Roger se olvidó de sus temores para disfrutar de la compañía de Brianna.

Conversaron con cautela al principio, para evitar temas polémicos. Después empezaron a hablar del trabajo de Roger y la charla se hizo cada vez más animada.

—¿Y cómo sabes tanto del tema? —preguntó Roger, interrumpiéndola en mitad de una frase.

—Mi padre me lo enseñó —respondió. Al pronunciar la palabra *padre* se puso un poco rígida, como si esperara que Roger dijera algo—. Mi verdadero padre —añadió.

—Bueno, sabía mucho —respondió Roger.

«Ya habrá tiempo para discutir —pensó—. Pero no seré yo quien tienda la trampa».

Roger vio una luz en la ventana de Edgars. La presa estaba en su guarida. Entraron en el *pub*, lleno de olor a grasa de cordero. Conversaron de diversos temas evitando referirse a la escena del día anterior. Roger había advertido la frialdad con que se trataban Claire y su hija.

Después de cenar, Brianna fue a buscar las chaquetas de ambos mientras Roger pagaba la cuenta.

—¿Para qué es eso? —preguntó, al ver la botella de *whisky*—. ¿Piensas coger una melopea?

—¿Coger una melopea? —dijo, sonriéndole—. Estás adelantando en tus estudios lingüísticos. ¿Qué más aprendiste?

Brianna bajó la mirada con exagerada timidez.

—Hay un baile en los Estados Unidos que se llama *Shag*. Pero será mejor que no te invite a bailar aquí.

—No, a menos que lo digas en serio —dijo. Ambos se echaron a reír, pero a Roger le pareció que Brianna se había ruborizado.

—Bueno, después de beber bastante de eso, cualquier cosa es posible —dijo Brianna, señalando la botella de *whisky* con una sonrisa maliciosa—. ¡Sabe a rayos!

—Sólo los escoceses apreciamos su sabor —dijo Roger—. Te compraré

una botella para que vayas practicando. Pero ésta es un regalo; se la prometí a alguien. ¿Quieres acompañarme o la dejo después? —preguntó. No sabía si deseaba que Brianna lo acompañara o no, pero sintió una oleada de felicidad cuando ella asintió y se puso la chaqueta.

—Claro, ¿por qué no?

—Bien. —Extendió la mano y le dobló con delicadeza la solapa—. Queda calle abajo... ¿Vamos caminando?

El vecindario tenía mejor aspecto de noche. La oscuridad disimulaba los rasgos sórdidos y las luces de las ventanas daban a la calle un aspecto de intimidad ausente durante el día.

—Sólo será un momento —dijo Roger mientras tocaba el timbre. No sabía si esperaba estar en lo cierto o no. Su primer temor desapareció al abrirse la puerta; había alguien en casa y todavía estaba consciente.

Era evidente que Edgars había pasado la tarde en compañía de una de las botellas alineadas en el borde de la alacena que se veía detrás de él. Afortunadamente, no pareció relacionar a los visitantes nocturnos con los de la tarde. Entrecerró los ojos cuando Roger hizo las presentaciones, inventadas camino de la casa.

—¿El primo de Gilly? No sabía que tuviera un primo.

—Pues lo tiene —dijo Roger—. Y soy yo. —Ya vería cómo se las arreglaría con Gillian cuando la viera. Si es que la veía.

Edgars parpadeó una o dos veces, después se frotó un ojo hinchado, como si quisiera verlos mejor. Con cierta dificultad fijó los ojos en Brianna, que se escondía detrás de Roger.

—¿Y quién es ella? —preguntó.

—Es... mi novia. —Improvisó Roger. Brianna lo miró pero no dijo nada. Estaría dándose cuenta de que pasaba algo raro, seguramente, pero se adelantó sin protestar cuando Greg Edgars los hizo pasar.

El apartamento era pequeño y mal ventilado, atestado de muebles de segunda mano. El aire olía a cigarrillos y a basura de varios días y se veían restos de comida por todas partes. Brianna miró a Roger como diciéndole: «¡Vaya, qué parientes tienes! —y él se encogió de hombros, como respondiéndole—: No tengo la culpa». El ama de casa no estaba y se veía que hacía tiempo que faltaba.

Por lo menos no en el sentido físico. Al sentarse en la silla que Edgars le ofrecía, Roger vio una fotografía de tamaño natural del rostro de Gillian, en un marco de bronce, y se mordió el labio para reprimir una exclamación.

—Buena fotografía, ¿eh? —Greg Edgars miró el retrato con una mezcla de hostilidad y añoranza.

—Eh, sí. Igual a ella —contestó Roger. Brianna miró el retrato con interés y después a Roger. Claramente, estaba comparándolos. Primos, ¿eh?

—Veo que Gillian no está —comentó Roger. Empezó a rechazar la copa que le ofrecía Edgars, pero después cambió de parecer y aceptó. Quizá se ganara su confianza si compartía una copa con él. Si Gillian no estaba, necesitaba averiguar dónde podía encontrarla.

Ocupado en quitar el sello con los dientes, Edgars sacudió la cabeza; después se quitó con delicadeza el papel del labio inferior.

—No. Esto no parece tan feo cuando ella está. —Con un ademán señaló los ceniceros llenos y los vasos de papel tirados—. Es parecido, pero no está tan mal. —Cogió tres vasos del aparador.

Vertió el *whisky* con el cuidado exagerado de alguien muy borracho. Brianna aceptó un vaso pero no quiso sentarse; se apoyó contra el armario.

Edgars se echó sobre el raído sofá y alzó su vaso.

—Salud, compañero —dijo, y bebió—. ¿Cómo dijiste que te llamabas? —preguntó—. Ah, Roger, claro. Gilly nunca me ha hablado... pero claro —añadió de mal humor—. Nunca he sabido nada de su familia. Creo que se avergüenza de ellos... pero tú no pareces tan malo —dijo—. Tu chica es guapa, por lo menos. Ah, eso suena bien, ¿no? «Tu chica es guapa, por lo menos». —Estalló en carcajadas, salpicando gotas de *whisky*.

—Sí —dijo Roger—. Gracias. —Bebió un sorbo. Pensó que no había necesidad de andarse por las ramas.

—¿Sabe dónde está Gillian? —preguntó. Cada vez que pronunciaba su nombre le sonaba raro. La foto le sonreía serenamente.

Edgars meneaba la cabeza de un lado a otro sobre su vaso. Era un hombre bajo y robusto, más o menos de la edad de Roger, pero parecía mucho mayor.

—No —respondió—. Creí que tú lo sabrías. Seguramente estará con las Rosas, o con los nacionalistas. No sé con cuál de los dos.

—¿Los nacionalistas? —El corazón de Roger comenzó a acelerarse—.

¿Se refiere a los nacionalistas escoceses?

Los párpados de Edgar comenzaban a caer; sin embargo, los abrió una vez más.

—Ah, sí. Malditos nacionalistas. Ahí es donde conocí a Gilly.

—¿Y cuándo fue eso, señor Edgars?

Roger, sorprendido, levantó la mirada al oír la suave voz. Pero no era la fotografía quien había hablado, sino Brianna, que le miraba fijamente. Roger no supo si su pregunta fue sólo para conversar o si sospechaba algo.

—No sé... dos o tres años. Al principio era todo diversión: echar a los malditos ingleses, que Escocia se una al Mercado Común por su cuenta... cerveza en las tabernas y unos arrumacos en la parte de atrás de la camioneta cuando volvíamos de las campañas. —Edgar sacudió la cabeza. Entonces la sonrisa desapareció de su rostro—. Eso fue antes de que se volviera loca.

—¿Loca? —Roger echó otro rápido vistazo a la foto. Ardiente, cierto. Eso parecía. Pero no loca. ¿Podía saberse, por una foto?

—Sí. Se unió a la Sociedad de la Rosa Blanca, ese grupo jacobita que entroniza al príncipe. Están todos locos; se visten con trajes antiguos, con espada y todo. Está bien si les gusta, por supuesto —añadió—. Pero Gilly siempre se toma las cosas muy a pecho. No hacen más que hablar del *Bonnie Prince Charlie*. ¿Qué habría pasado si hubiera ganado? Beben cerveza hasta cualquier hora y discuten por qué no ganó. Y en gaélico. —Puso los ojos en blanco—. Tonterías, digo yo.

Roger sintió la mirada de Brianna taladrándole la nuca.

—¿Su esposa también está interesada en las piedras verticales, señor Edgars? —Brianna ya no se preocupaba por mostrarse cortés.

—¿Piedras?

—Los círculos de piedras prehistóricas. Como los de Clava Cains —dijo Roger.

—Ah, ésas. —Edgars rió—. Sí, claro. En todas esas bobadas. Eso fue lo último, y lo peor. Y gasta un montón de dinero en ese instituto, donde se pasa día y noche escuchando cuentos de hadas. «No aprenderás nada útil en ese lugar, muchacha —le dije—. ¿Por qué no aprendes a escribir a máquina? Consigue un empleo, si estás aburrida», le dije. Así que se fue —dijo de mal talante—. Hace dos semanas que no la veo. —Miró su vaso, como

sorprendido por encontrarlo vacío.

—¿Queréis otro? —dijo alcanzando la botella, pero Brianna sacudió la cabeza con decisión.

—No, gracias. Debemos irnos. ¿No es cierto, Roger?

Al ver el peligroso brillo de sus ojos, Roger no sabía si no sería mejor quedarse a terminar el resto de la botella con Greg Edgars. Pero si Brianna se llevaba el coche tendría que recorrer un largo camino hasta la rectoría. Se levantó con un suspiro y sacudió la mano de Edgars a modo de despedida. La sintió cálida y sorprendentemente firme, aunque un poco húmeda.

Edgars los siguió hasta la puerta. Los miró a través de la reja y de repente les gritó:

—Si veis a Gilly, decidle que vuelva a casa, ¿eh?

Roger se giró e hizo un ademán a la figura borrosa parada en la puerta.

—Lo intentaré —dijo; las palabras se atascaban en su garganta.

Estaban ya cerca del *pub* cuando Brianna saltó.

—¿Qué diablos te propones? —preguntó—. Me dijiste que no tenías parientes aquí. ¿Qué es esto de una prima? ¿Quién es la mujer del retrato?

Roger miró la calle a oscuras buscando inspiración, pero no consiguió ninguna. Respiró hondo y la cogió del brazo.

—Geillis Duncan —dijo.

Brianna se detuvo en seco y apartó el brazo. El delicado tejido de la noche se había rasgado por la mitad.

—No... me... toques —dijo entre dientes—. ¿Ha sido idea de mi madre?

A pesar de su resolución de mostrarse comprensivo, Roger se sintió enfadado.

—Mira —le dijo—, ¿no puedes pensar en otra persona que no seas tú? Sé que todo esto ha sido un golpe para ti, ¿cómo no entenderlo? Y si no puedes decidirte a pensar siquiera en la posibilidad... bueno, no voy a obligarte. Pero debes considerar también a tu madre. Y a mí.

—¿A ti? ¿Qué tienes tú que ver con todo esto?

Roger no quería complicar más las cosas explicando su relación con el asunto, pero ya era demasiado tarde para guardar secretos.

Como en una revelación, se dio cuenta por primera vez de cuál había sido la intención de Claire. Tenía un modo de probarle a Brianna que su historia

era verdadera más allá de toda duda. Tenía a Gillian Edgars, que (quizá) todavía no había desaparecido para encontrar su destino como Geillis Duncan. Hasta el cínico más terco quedaría convencido, supuso, al ver a alguien desapareciendo en el pasado delante de sus ojos. No era raro que Claire quisiera encontrar a Gillian Edgars.

En pocas palabras le contó a Brianna su relación con la supuesta bruja de Cranesmuir.

—De modo que puede ser cuestión de su vida o la mía —terminó—. Tu madre dejó que yo decidiera. Pero pensé que, al menos, tenía que buscarla.

Brianna había dejado de caminar para escucharlo.

—Entonces ¿la crees? —preguntó.

Roger suspiró y volvió a cogerla del brazo. Ella no se resistió, sino que caminó junto a él.

—Sí —contestó—. Tuve que creerla. Tú no viste su cara cuando vio las palabras escritas en el interior del anillo. Eso fue real, lo suficiente para romperme el corazón.

—Será mejor que me lo cuentes —dijo Brianna después de un corto silencio—. ¿Qué palabras?

Cuando terminó con la historia, ya habían llegado al aparcamiento del *pub*.

—Bueno... —dijo Brianna—. Si... —Se detuvo otra vez, mirándolo a los ojos. Estaba parada bastante cerca para que Roger sintiera la calidez de sus senos, pero no intentó abrazarla. La iglesia de St. Kilda estaba demasiado lejos y ninguno de los dos deseaba recordar la tumba donde los nombres de los padres de Brianna estaban escritos en la piedra.

—No sé, Roger —dijo Brianna—. No puedo... no puedo pensar en esto todavía. Pero..., pensaré en ti —susurró.

Si te lo propones, entrar en un lugar con una llave no es difícil. La posibilidad de que volvieran el doctor McEwan o la señora Andrews y me sorprendieran era mínima. Y aunque me descubrieran, sólo tenía que decir que había regresado a buscar un cuaderno perdido y que había encontrado la puerta abierta. Ya no estaba muy acostumbrada, pero en una etapa de mi vida el engaño había sido como una segunda naturaleza para mí.

No era el acto de apoderarme del cuaderno de Gillian Edgars lo que me ponía nerviosa, sino el cuaderno en sí.

Como me había dicho el maestro Raymond en París, el poder y el peligro de la magia residen en las personas que creen en ella. Por lo que había visto, la información que contenía el cuaderno era una serie de hechos, suposiciones y fantasías, importantes sólo para quien lo había escrito. Pero sentí un rechazo casi físico al tocarlo. Sabiendo quién lo había escrito, supe de qué se trataba: lo que los franceses llaman un *grimoire*: el libro de un brujo, lleno de sus secretos.

Si había alguna pista acerca del paradero y de las intenciones de Geillis Duncan, estaría allí. Una vez a salvo en la calle, seguí con el cuaderno bajo el abrigo. Me parecía que llevaba algo que debía ser tratado con mucho cuidado para prevenir una explosión.

Caminé un rato. Finalmente entré en un restaurante italiano con terraza. Pedí una copa de Chianti. Saboreé el vino un rato; había puesto el cuaderno sobre el mantel.

Faltaban pocos días para el primero de mayo, la festividad de Beltane. El día en que yo había iniciado mi viaje al pasado. Debía de haber algo relacionado con ese día que lo había hecho posible. ¿O quizá era sólo la época del año? Había regresado a mediados de abril. Quizá la época del año no tenía nada que ver. Pedí otra copa de vino.

Podía ser que sólo ciertas personas tuvieran la capacidad de penetrar esa barrera. ¿Quizá algo en la constitución genética? Jamie no había podido atravesarla, pero yo sí. Era evidente que Geillis Duncan había podido, o iba a poder. Pensé en el joven Roger Wakefield y sentí cierta inquietud. Decidí ordenar un poco de comida para acompañar el vino.

La visita al instituto me había convencido de que fuera cual fuese el paradero de Gillian/Geillis, aún no había realizado el viaje al pasado. Cualquiera que estudiara el folklore escocés sabía que se acercaba Beltane y, si trataba de volver al pasado, seguramente escogería ese día. Pero no sabía dónde podía estar Gillian: ¿estaría escondida? ¿O realizando algún rito especial de preparación? En el cuaderno podía haber una clave.

Pensé que sabía cuáles eran mis motivos, pero ya no estaba segura. ¿Había involucrado a Roger en la búsqueda de Geillis porque me parecía la

única manera de convencer a Brianna? Aunque la encontráramos a tiempo, mi propósito se vería cumplido sólo si Gillian lograba volver al pasado. Y si lo hacía, moriría quemada.

Cuando Geillis Duncan fue condenada, Jamie me dijo: «No te lamentes por ella, *Sassenach*, es una mujer malvada». Fuera malvada o loca, en aquel momento no había tenido importancia. ¿No podría haberme ido sola, dejándola para enfrentarse a su propio destino? Sin embargo, pensé, ella me había salvado la vida. Pese a lo que era (o sería) ¿le debía el favor de tratar de salvarle la vida? ¿Y de ese modo quizá condenar a Roger? ¿Qué derecho tenía a entrometerme todavía más?

«No se trata de derecho, *Sassenach* —me pareció oír la voz de Jamie—. Es una cuestión de deber. De honor».

—Honor, ¿no es así? —dije en voz alta—. ¿Y qué es el honor? —El camarero me miró asombrado.

—¿Eh? —dijo.

—No importa —respondí—. Será mejor que me traiga el resto de la botella.

Terminé mi cena rodeada de fantasmas. Por fin aparté el plato vacío y abrí el cuaderno gris de Gillian Edgars.

*Bienaventurados los que...*

No existe lugar más oscuro que un camino de las Tierras Altas una noche sin luna. Los faros de un coche iluminaron la silueta de Roger. Tenía los hombros inclinados hacia delante, como defendiéndose del peligro inminente. Bree también estaba encorvada, acurrucada en un rincón del asiento junto a mí. Los tres estábamos callados, aislados el uno del otro, encerrados en nuestros pequeños mundos de silencio.

Había llamado por teléfono a Greg Edgars antes de salir de la rectoría, pero no había respondido nadie.

Observé el cristal oscuro de la ventana sin ver mi reflejo, ni las paredes ni los árboles. Veía una hilera de libros y, debajo, el cuaderno escrito con caracteres inclinados, con conclusiones y fantasías, mitos y ciencia, eruditos y leyendas, todo mezclado. Para un observador casual, podía tratarse de un montón de tonterías a medio hilar o, en el mejor de los casos, del esquema de una novela en parte inteligente y en parte estúpida. Sólo para mí tenía el aspecto de un plan cuidadosamente preparado.

En una parodia del método científico, la primera sección se titulaba «Observaciones». Contenía referencias inconexas, dibujos y tablas numeradas. Una de ellas era «La posición del sol y de la luna en la festividad de Beltane», con una lista de más de 200 cifras pares. Otras se referían a la víspera de Año Nuevo, a la del solsticio de verano o noche de san Juan, y a la

de Samhain o víspera de difuntos. Otra se refería a las antiguas festividades del fuego y del sol, y otra al sol de Beltane, que aparecería al día siguiente.

La parte central del cuaderno se titulaba «Especulaciones». Por lo menos, reflexioné, el nombre se correspondía más con la realidad. Una página contenía la siguiente aseveración: «Los druidas quemaban víctimas propiciatorias dentro de jaulas de mimbre con formas humanas, pero por lo general se estrangulaba a la gente y la sangre se derramaba hasta que el cuerpo quedaba vacío. ¿Era el fuego o la sangre el elemento fundamental?». La curiosidad despiadada de esta pregunta me hizo evocar claramente el rostro de Geillis Duncan. Pero no la estudiante cuyo retrato adornaba el instituto, sino la esposa del fiscal, callada y de sonrisa irónica, diez años mayor, versada en el uso de drogas y del cuerpo, la que seducía a los hombres y los mataba sin compasión para lograr sus fines.

La última sección de la libreta, titulada «Conclusiones», era la que nos había llevado a emprender aquel viaje en la víspera de Beltane. Apreté la llave, deseando con todo mi corazón que Greg Edgar hubiera respondido el teléfono.

Roger aminoró la marcha al entrar en el sendero de tierra que serpenteaba por la colina de Craigh na Dun.

—No veo nada —dijo. Hacía tanto que no hablaba que la voz le salió ronca.

—Pues claro que no —dijo con impaciencia Brianna—. Desde aquí no se ve el círculo de piedras.

Roger gruñó y aminoró la marcha. Era evidente que estaban nerviosos. Sólo Claire parecía tranquila.

—Ella está aquí —dijo de repente. Roger frenó con tanta brusquedad que tanto Claire como su hija se golpearon contra el asiento delantero.

—¡Ten cuidado, idiota! —gritó Brianna furiosa.

—¿Dónde? —preguntó.

Claire indicó hacia la derecha.

—Hay un coche justo detrás de ese matorral.

Roger se dispuso a abrir la puerta.

—Es el coche de Edgars. Iré a ver; quedaos aquí.

Brianna abrió la portezuela y miró a Roger con expresión burlona. Antes de que Roger bajara del coche, ya había vuelto.

—Allí no hay nadie —informó. Miró hacia la parte superior de la colina—. ¿Creéis que...?

Claire bajó sin responder a la pregunta.

—El sendero conduce en esta dirección —dijo.

Tomó la delantera; Roger, al observar la pálida silueta subiendo la colina delante de él, recordó la otra expedición colina arriba, en el cementerio de St. Kilda. Brianna también pareció recordarlo, pues vaciló y murmuró algo, irritada. Pero después se cogió del codo de Roger y lo apretó con fuerza. Si fue para alentarle o para pedir apoyo, Roger no lo sabía. Pero en todo caso a él lo alentó.

Era una noche muy oscura; sólo los débiles destellos de las partículas de mica les permitían distinguir las enormes piedras del antiguo círculo de la noche que los rodeaba. Se detuvieron en la cumbre. La respiración de Roger era ruidosa.

—¡Esto es una tontería! —exclamó Brianna.

—No, no lo es —replicó Roger—. Allí hay una luz.

Fue apenas una chispa que desapareció en seguida, pero Brianna alcanzó a verla. Roger oyó su respiración agitada.

¿Y ahora qué?, se preguntó Roger. ¿Deberían gritar? ¿O el ruido de las visitas precipitaría la acción de la presa? Y de ser así, ¿en qué consistiría?

Vio que Claire sacudía la cabeza repentinamente, como si tratara de espantar un insecto. Dio un paso atrás y tropezó con él.

Roger la cogió del brazo, murmurando: «Quieta, quieta», como si fuera un caballo. Su rostro apenas se veía a la luz de las estrellas, pero pudo sentir el escalofrío que la recorrió. Permaneció inmóvil, sin saber qué hacer.

Un olor repentino a gasolina lo hizo saltar. Vagamente notó que Brianna también la había olido y se volvía hacia el extremo norte del círculo. Roger soltó el brazo de Claire y fue hacia el centro del círculo, donde una figura negra agazapada destacaba sobre la superficie de hierba.

Oyó la voz de Claire a sus espaldas, fuerte y apremiante, rompiendo el silencio.

—¡Gillian! —llamó.

Hubo un ruido suave y repentino y la noche se iluminó. Encandilado, Roger dio un paso atrás, tropezando y cayendo de rodillas.

Por un momento no sintió otra cosa que la fuerte luz que le lastimaba las retinas y la brillantez que tapaba todo lo que se encontrara por detrás. Oyó un grito a su lado y sintió la mano de Brianna sobre su hombro. Pestañeó con fuerza, con los ojos llenos de lágrimas, y comenzó a recuperar la vista.

La delgada figura se interponía entre ellos y el fuego como un reloj de arena. A medida que veía con más claridad, se dio cuenta de que estaba vestida con una falda larga y un corpiño ajustado: ropas de otra época. Se volvió al oír su nombre, y Roger tuvo la impresión de que abría los ojos.

Encontró tiempo, mientras se levantaba con dificultad, para preguntarse cómo había arrastrado un tronco de semejante tamaño hasta allí. Entonces lo invadió el olor a pelo quemado y a piel chamuscada, como un golpe, y recordó. Greg Edgars no estaba en casa. Como no sabía si era la sangre o el fuego el elemento fundamental, Gillian había elegido ambos.

Roger hizo a Brianna a un lado y corrió en dirección a la mujer alta y delgada cuyo rostro era un espejo del suyo. Ella lo vio venir, se volvió y echó a correr hacia la piedra partida del final del círculo. Llevaba una mochila sobre el hombro; oyó gruñir a la muchacha y soltó un bufido cuando ésta la golpeó.

Gillian se detuvo un instante, extendiendo las manos hacia la roca, y miró hacia atrás. Roger habría jurado que sus ojos se posaron en él y lo miró más allá de la barrera del fuego. Roger abrió la boca en un grito silencioso. Entonces ella se dio la vuelta como una chispa danzarina y desapareció por la grieta de la roca.

El fuego, el cuerpo y la noche desaparecieron bruscamente con un ruido atronador. Roger se encontró boca abajo, aferrándose a la tierra, buscando con desesperación alguna sensación familiar que le permitiera saber que estaba cuerdo. Pero fue vana su búsqueda; ninguno de sus sentidos parecía funcionar. Hasta el contacto con el suelo era insustancial, amorfo, como si estuviera tendido sobre arenas movedizas.

Cegado por la blancura, ensordecido por el ruido de la piedra, palpó a su alrededor, agitándose con desesperación; sólo era consciente de algo que lo arrastraba y de la necesidad de resistirlo.

No percibía el paso del tiempo; le parecía que siempre había estado luchando en el vacío, cuando por fin se dio cuenta de algo ajeno a sí mismo. Unas manos lo cogían de los brazos con fuerza desesperada y un pecho se apretaba contra su rostro con suavidad sofocante.

Al poco recuperó la audición; oyó una voz llamándolo por su nombre. En realidad, insultándolo.

—¡Idiota! ¡Estúpido! Despierta, Roger... ¡imbécil! —La voz parecía amortiguada, pero el significado de las palabras le llegaba con claridad. Con un esfuerzo sobrehumano, se levantó y la cogió por las muñecas. Se dio la vuelta sintiéndose tan pesado como al comienzo de una avalancha y se encontró pestañeando estúpidamente ante el rostro manchado de lágrimas de Brianna Randall, cuyos ojos oscuros parecían cavernas a la luz mortecina del fuego.

El olor a gasolina y a carne chamuscada era terrible. Sintió náuseas y vomitó. Estaba demasiado ocupado para sentirse agradecido por haber recuperado el sentido del olfato.

Se secó la boca con la manga y palpó el brazo de Brianna. Ésta estaba acurrucada, temblando.

—¡Oh, Dios! —decía—. ¡Dios mío! Creí que no iba a poder detenerte. Ibas gateando directo a la piedra. ¡Dios mío!

No se resistió cuando Roger la atrajo hacia sí, pero tampoco le respondió. Continuó temblando; las lágrimas le caían de los ojos grandes y vacíos, y repetía: «¡Dios mío!» a intervalos, como un disco rayado.

—Shh —dijo Roger, dándole palmaditas—. Ya pasó. Shh. —El mareo se le estaba pasando, aunque todavía tenía la sensación de haber sido partido en varios trozos y desparramado a las cuatro vientos.

Se oyó un ruido proveniente del objeto oscuro que había en el suelo. Se tapó las orejas con las manos, como para aquietar los ecos del grito.

—¿Lo oíste? —le preguntó a Brianna. Ésta continuó llorando, pero asintió con la cabeza.

—¿Tu madre...? —empezó a decir, hilando sus pensamientos con esfuerzo; de repente se incorporó.

—¡Tu madre! —exclamó asiendo con fuerza ambos brazos de Brianna—. ¡Claire! ¿Dónde está?

Brianna abrió la boca, estupefacta, y se puso en pie con esfuerzo, mirando con desesperación los confines del círculo vacío, donde sólo se veían las piedras del tamaño de un hombre.

—¡Madre! —gritó—. ¡Madre! ¿Dónde estás?

—Está bien —dijo Roger, tratando de parecer tranquilizador—. Ahora estarás bien.

En realidad, no tenía ni idea de si Claire Randall alguna vez iba a estar bien. Por lo menos estaba viva Y era lo único que podía asegurar.

La habían encontrado inconsciente en la hierba, cerca del círculo de piedras, pálida como la luna; sólo la sangre que manaba de las palmas de sus manos evidenciaba que su corazón aún latía. Roger prefería no recordar el infernal viaje colina abajo hasta el coche, con el peso inconsciente de Claire sobre su hombro, tropezando y enganchándose con las ramas.

El descenso de la colina maldita lo había dejado exhausto. Fue Brianna quien condujo hasta la rectoría. Desplomado en el asiento de al lado, Roger vio en el espejo retrovisor el último brillo tenue de la colina que dejaban detrás; allí una pequeña y luminosa nube flotaba como el humo de una explosión de cañón, evidencia muda de una batalla.

Brianna miraba a cada rato el sofá donde yacía su madre, inmóvil como una momia en un sarcófago. Con un escalofrío, Roger evitó utilizar la chimenea, donde el fuego esperaba ser atizado y en su lugar encendió la pequeña estufa eléctrica con que el reverendo solía calentarse los pies en noches muy frías. Las barras de la estufa se pusieron anaranjadas y calientes con un crujido que rompió el silencio del estudio.

Roger se sentó sobre un taburete bajo junto al sofá, sin fuerzas. Con un último resto de determinación, extendió la mano hacia la mesa del teléfono y la dejó a escasos centímetros del aparato.

—¿Debemos...? —Tuvo que aclararse la garganta—. ¿Debemos llamar a un médico? ¿O a la policía?

—No. —La voz de Brianna sonó distraída al inclinarse sobre la figura inmóvil—. Está volviendo en sí.

Los párpados se movieron, tensos por un instante al recordar el dolor, después se relajaron y se abrieron. Sus ojos estaban claros y suaves como la

miel. Miraron a un lado y a otro, a Brianna, que estaba de pie junto a ella, y se fijaron en el rostro de Roger.

Los labios de Claire estaban pálidos como el resto de la cara; le costó hablar; al fin lo consiguió.

—Ella... ¿regresó?

Sus dedos estaban incrustados en la tela de su falda; Roger vio la mancha de sangre y se rodeó instintivamente las rodillas. Claire también se había agarrado a la hierba y a la grava para evitar ser atrapada por el pasado. Roger cerró los ojos para olvidar el recuerdo de esa sensación, que él también había experimentado.

—Sí —respondió—. Regresó.

Los ojos claros se fijaron en su hija; las cejas se arquearon como preguntando. Pero fue Brianna quien hizo una pregunta.

—Entonces, ¿era verdad? ¿Todo?

Roger percibió el pequeño escalofrío que invadió a la muchacha y, sin pensarlo, cogió su mano. Se sobresaltó involuntariamente cuando Brianna le dio un apretón, y de repente recordó uno de los textos favoritos del reverendo: «Bienaventurados quienes, sin ver, creyeron». ¿Y quienes deben ver para creer? Los efectos de tener que creer a la fuerza se manifestaban en Brianna, que temblaba, temerosa, aterrorizada ante lo que todavía le quedaba por creer.

A medida que la muchacha se ponía rígida, preparándose para aceptar una verdad que ya había visto, el tenso cuerpo de Claire se relajaba. Sonrió y una expresión de profunda paz suavizó el pálido rostro.

—Es verdad —respondió. Una pizca de color asomó a sus mejillas—. ¿Acaso tu madre te mentiría? —Y volvió a cerrar los ojos.

Roger apagó la estufa eléctrica. La noche era fría, pero ya no podía quedarse en el estudio, su refugio temporal. A pesar de que había pasado un día entero desde los sucesos del círculo de piedras, todavía se sentía ligeramente mareado, pero ya no podía esperar más. Tenía que tomar una decisión.

La noche anterior la policía y el médico forense habían terminado su trabajo antes del amanecer; tuvieron que llenar formularios, prestar declaración y hacer todo lo posible por explicar la verdad. «Bienaventurados

quienes, sin ver, creyeron», volvió a pensar. En especial en este caso.

Por fin se habían ido, con sus formularios, placas y coches con sirenas para supervisar el levantamiento del cadáver de Greg Edgars del círculo de piedras, y extendieron una orden de arresto a nombre de su mujer, quien, después de matar a su marido, había huido. Un eufemismo, pensó Roger.

Exhausto de cuerpo y espíritu, Roger dejó a las Randall al cuidado de un médico y de Fiona y se fue a la cama, sin preocuparse por desvestirse ni echar atrás los edredones. Se desplomó sobre la cama y durmió profundamente. Cerca del crepúsculo se despertó con mucha hambre, bajó las escaleras y encontró a sus invitadas, igualmente silenciosas ayudando a Fiona a preparar la cena.

Fue una cena tranquila. La atmósfera no estaba tensa; parecía que la comunicación era invisible entre los comensales. Brianna se sentó cerca de su madre y la tocaba de vez en cuando al pasarle la comida, como si quisiera asegurarse de su presencia. A veces miraba con timidez a Roger, pero no le habló.

Claire habló poco y no comió casi nada, pero permaneció sentada, en paz. Después de la cena se disculpó y fue a sentarse al final del corredor diciendo que estaba cansada. Brianna miró de reojo a su madre, cuya silueta se recortaba delante de la ventana con el último brillo del sol, y fue a la cocina para ayudar a Fiona a lavar los platos. Roger fue al estudio para pensar, con la exquisita comida de Fiona en el estómago.

Dos horas después seguía pensando, con poco resultado. Había libros amontonados sobre el escritorio y la mesa, abandonados a medio abrir sobre las sillas y el sofá; los huecos de las atestadas librerías eran testigos del esfuerzo que había hecho en su improvisada investigación.

Le llevó algún tiempo pero lo encontró: el pequeño párrafo que recordaba de su primera investigación para Claire Randall. En aquella ocasión le había dado consuelo y paz; pero esta información no iba a lograr los mismos resultados... si es que se la transmitía. Explicaba por qué esa tumba se encontraba tan lejos de Culloden.

Se pasó una mano por la cara y sintió la aspereza de la barba. No era extraño que hubiera olvidado afeitarse con todo lo sucedido. Cuando cerraba los ojos, todavía podía oler el humo y la sangre, ver el destello del fuego

sobre la piedra oscura y los mechones de pelo rubio, flotando fuera del alcance de sus dedos. Tembló ante el recuerdo y tuvo un repentino acceso de resentimiento. Claire había destruido su paz interior. ¿Debía responderle con menos? Y Brianna, ¿no tenía derecho a saber toda la verdad?

Claire aún estaba al final del vestíbulo, sentada junto a la ventana, contemplando la oscuridad de la noche.

—¿Claire? —La voz le salió áspera; se aclaró la garganta y volvió a intentarlo—. ¿Claire? Tengo... algo que decirte.

Ella se volvió y lo miró con un asomo de curiosidad. Estaba tranquila, como quien ha vivido el terror, la desesperación, el duelo y la desesperada carga de haber sobrevivido, y resistido. Al mirarla, sintió que no podía hacerlo.

Pero ella había dicho la verdad; él debía hacer lo mismo.

—Encontré algo. —Levantó el libro—. Acerca de... Jamie. —El hecho de pronunciar su nombre en voz alta pareció evocarlo, como si apareciera en persona, sólido e inmóvil en el vestíbulo, entre su esposa y Roger. éste respiró hondo a modo de preparación.

—¿Qué es?

—Lo último que pensaba hacer. Creo... creo que fracasó.

Claire se puso pálida de repente y miró el libro con los ojos abiertos de par en par.

—¿Sus hombres? Pero yo creí que habías encontrado...

—Y lo hice —interrumpió Roger—. No, estoy casi seguro de que tuvo éxito en eso. Los hombres de Lallybroch fueron retirados de la batalla; los salvó de Culloden y los puso en camino a casa.

—Pero entonces...

—Él pensaba regresar a la batalla y creo que lo hizo. —Le resultaba cada vez más difícil, pero tenía que decirlo. Al no encontrar palabras, abrió el libro y leyó:

*Después de la batalla final de Culloden, dieciocho oficiales jacobitas heridos buscaron refugio en la vieja casa y durante dos días, sin curar sus heridas, yacieron allí, sufriendo; los sacaron para fusilarlos. Uno de ellos, un Fraser, del regimiento de Lovat, escapó*

*de la matanza; los otros fueron sepultados en el borde del parque.*

—Uno de ellos, un *Fraser*; del regimiento de Lovat, escapó... —repitió Roger en voz baja.

Levantó los ojos del libro y se encontró con los de Claire, grandes y fijos como los de un ciervo que mira los faros del coche que está a punto de atropellarlo.

—Pensaba morir en la batalla de Culloden —susurró Roger—. Pero no fue así.



DIANA GABALDON. Licenciada en Zoología por la Universidad del Norte de Arizona, master en Biología Marina en la Universidad de California (San Diego) y doctora en Ecología en la Universidad del Norte de Arizona. Además de artículos profesionales, se inició en la literatura escribiendo cuentos para posteriormente pasar a la novela, comenzando a publicar en Internet. Ha recibido el Premio RITA en 1992 y el PEN Book Award en el año 2006. En sus novelas de ficción histórica se combina el romanticismo y la ciencia ficción.